

Donación Gioconda Herrera
31 marzo 2004
Eje

**VARONES ADOLESCENTES:
GÉNERO, IDENTIDADES Y SEXUALIDADES
EN AMÉRICA LATINA**

**José Olavarría
(Editor)**

305.31
V434v
ej. 2

**Varones adolescentes:
género, identidades y sexualidades
en América Latina**

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella. Especial mención debemos hacer al apoyo de la Fundación Ford y UNFPA.

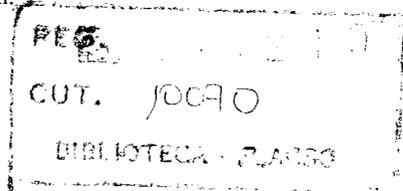
Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

612.6 Olavarría, José, ed.
O42 FLACSO-Chile; FNUAP; Red de Masculinidad/es
Varones adolescentes: género, identidades y
sexualidades en América Latina.
Santiago, Chile: FLACSO, 2003.
354 p. Serie Libros FLACSO
ISBN: 956-205-183-8

ADOLESCENTES / HOMBRES / SEXUALIDAD /
IDENTIDAD MASCULINA / ENFERMEDADES
DE TRANSMISIÓN SEXUAL / PATERNIDAD /
CONDUCTAS SEXUALES / CONFERENCIA /
AMÉRICA LATINA

Inscripción N°135.348, Prohibida su reproducción.

© 2003, FLACSO-Chile
Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.
Teléfonos: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0263
Casilla Electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>



© Fotografía portada: Imagen de la película "Te Amo. Made in Chile",
gentileza del director Sergio Castilla.

Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile
Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile
Diseño de portada: Claudia Winther
Impresión: Salesianos S.A.

BIJOTECA - FLA - E

Fecha: 31-Mar-2004

Colección:

Proveedor:

Genj:

Donación: Giolonda Herrera

INDICE

Presentación 7

Introducción 9

CAPÍTULO I PROCESOS Y TENSIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES DE LOS VARONES ADOLESCENTES

¿En qué están los varones adolescentes? Aproximación a estudiantes de enseñanza media
José Olavarria A. 15

Jóvenes rurales. Género y generación en un mundo cambiante
Benno De Keijzer y Gabriela Rodríguez 33

Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas
Robert W. Connell 53

CAPÍTULO II LOS GRUPOS DE PARES Y LAS IDENTIDADES MASCULINAS

Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género
Norma Fuller 71

Adolescencia, masculinidad y violencia: el caso de los barristas del fútbol
Humberto Abarca 85

El grupo de pares en la construcción masculina de jóvenes de clases subalterna
Fernando Urrea Giraldo 97

CAPÍTULO III CUERPOS, DESEO, PLACER Y RELACIONES AMOROSAS

Orientaciones íntimas en las primeras experiencias sexuales y amorosas de los jóvenes. Reflexiones a partir de algunos estudios de casos colombianos
Mara Viveros Vigoya 115

Cuerpos, deseos, placer y amor <i>Victor Jeleniewski Seidler</i>	127
---	-----

CAPÍTULO IV

COMPORTAMIENTOS REPRODUCTIVOS Y PATERNIDAD EN LOS ADOLESCENTES

‘No sé decirle si quedó embarazada’: género, responsabilidad y autonomía entre jóvenes mexicanos <i>Ana Amuchástegui Herrera</i>	143
--	-----

Iniciación sexual y salud reproductiva entre adolescentes en Oaxaca de Juárez, México <i>Matthew C. Gutmann</i>	153
---	-----

Paternidades entre los jóvenes: la “evasión” como respuesta en crisis y la paternidad en soltería como respuesta emergente <i>Irma Palma</i>	165
--	-----

CAPÍTULO V

BÚSQUEDAS, CONSUMO Y LÍMITES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES MASCULINAS

La formación de hombres jóvenes “género equitativos”: Reflexiones de la investigación y desarrollo de programas en Río de Janeiro, Brasil <i>Gary Barker</i>	185
--	-----

La experiencia de violencia de género de los hombres jóvenes. Complejidad en la prevención y atención a la violencia de los hombres jóvenes en las escuelas <i>Roberto Octavio Gardas</i>	205
---	-----

La pornografía entre los jóvenes adolescentes <i>Enrique Moletto</i>	221
---	-----

CAPÍTULO VI

BÚSQUEDAS Y EXPLORACIONES EN EL COMPORTAMIENTO SEXUAL, ITS Y VIH/SIDA

Dimensiones de la sexualidad: prácticas y representaciones de los jóvenes varones en Argentina <i>Ana Lía Kornblit</i>	235
--	-----

Tabú y profilaxis. La investigación social sobre las infecciones de transmisión sexual entre adolescentes varones en el Chile de los ‘90 <i>Gabriel Guajardo y Rodrigo Parrini</i>	247
--	-----

Salud sexual y juventud: algunas reflexiones sobre la prevención del VIH/SIDA en los jóvenes con prácticas homosexuales en Brasil <i>Felipe Ríos</i>	257
---	-----

GRUPOS DE TRABAJO

1. Educación sexual:	
- Propuesta gubernamental de sexualidad responsable. SERNAM, Chile. <i>M. Cristina Avilés</i>	271
- Programa Gente Joven MEXFAM, México. <i>Alfonso López Juárez</i>	279
2. VIH/SIDA y ITS:	
- Programa Prevención SIDA en Adolescentes. ABIA, Brasil. <i>Luis Felipe Ríos</i>	285
3. Paternidades adolescentes:	
- Proyecto PAPAÍ, Paternidad en la adolescencia. PAPAÍ, Brasil. <i>Jorge Lyra</i>	289
4. Violencia juvenil y drogas:	
- Proyecto Adolescencia, marginalidad y drogas. CONACE, Chile. <i>Fanny Pollarolo V.</i>	301
5. Educación, la escuela:	
- Proyecto Cultura de la Paz y escuelas. UNESCO, regional <i>María Luisa Jáuregui</i>	309
6. Derechos y ciudadanía:	
- Proyecto Adolescencia en América Latina y el Caribe. Orientaciones para la formulación de políticas. UNICEF, Buenos Aires. <i>Eleonor Faur</i>	315
- Proyecto Servicios para adolescentes: posibilidad para el ejercicio de sus derechos sexuales y reproductivos. PROFAMILIA, Colombia. <i>Marcela Sánchez B.</i>	327
CONCLUSIONES DE LOS GRUPOS DE TRABAJO	333

PRESENTACIÓN

Es una alegría grande presentar este texto que reúne los aportes realizados por investigadoras e investigadores en la Conferencia Regional “Varones adolescentes: construcción de identidades de género en América Latina”. La Conferencia constituyó una oportunidad muy valiosa de intercambio y de estrechamiento de lazos entre académicos/as y también profesionales que desarrollan políticas y programas de acción en las distintas problemáticas abordadas.

Esta Conferencia dio continuidad y profundizó los análisis que otro grupo de expositores/as realizó en aquella otra reunión sobre “La equidad de género en América Latina y el Caribe: desafíos desde las identidades masculinas”, realizada también en Santiago en 1998. Cuatro años de intervalo muestran avances y nuevas preguntas de investigación y también para la acción.

Abordar la adolescencia de los varones ha sido, sin duda, un acercamiento estratégico para la comprensión de los mecanismos de producción y reproducción de identidades y prácticas de género caracterizadas por el sexismo y el binarismo, con altas cuotas de homofobia. El tránsito en la adolescencia de los varones en nuestros países latinoamericanos es crucial en la elaboración identitaria y de relaciones de género. Identificar y comprender los factores que favorecen la incorporación de experiencias menos rígidas y más igualitarias puede contribuir a la elaboración de pedagogías para la equidad.

En ese sentido, pensamos que este texto puede ser una referencia de base para quienes quieran avanzar en esa tarea y desarrollar propuestas novedosas a ser implementadas en colegios, comunidades u otros ámbitos donde adolescentes y jóvenes se reúnen, se validan como varones y como personas, construyendo relaciones de cercanía e intimidad para apoyarse mutuamente frente a los desafíos de un mundo y un entorno que cambia día a día.

Especial atención deben recibir en ese esfuerzo los adolescentes y jóvenes de sectores marginales o simplemente de bajos recursos, donde se desdibujan del horizonte aquellos itinerarios que a las generaciones anteriores les permitieron tanto una inserción laboral, como una afirmación identitaria. La precarización e inestabilidad de los empleos, las mayores exigencias de calificación, el limitado poder adquisitivo de las remuneraciones a las que pueden aspirar, son caldo de cultivo para nuevas tensiones y angustias, muchas de las cuales pueden llevar a conductas evasivas y también violentas.

Por otra parte, los medios de comunicación y las nuevas tecnologías globalizadas, de acceso masivo a través del cable o de la red internet, emergen como un medio donde

propuestas alternativas contribuyen o pueden contribuir fuertemente en las búsquedas de aquellos jóvenes que no se adaptan a los modelos masculinos dominantes. Son una ventana que se abre a horizontes culturales variados y donde es necesario saber discriminar entre contenidos y propuestas múltiples y contradictorias, y discernir lo que ellos mismos califican de “lícito” o “ilícito”. Vale la pena preguntar en qué medida es posible favorecer o no la apropiación y elaboración de nuevos modelos a partir de esos recursos y si los agentes educativos están en condiciones de dialogar y acercarse a los jóvenes reconociendo la riqueza que estos medios pueden aportar.

La dimensión de la ciudadanía de estos adolescentes, es decir, la elaboración de un estatuto de derechos y de responsabilidades juveniles que haga carne sus intereses y se exprese en su capacidad de acción colectiva es otro eje de la reflexión que merece un examen detenido. Así, por ejemplo, la entrega de información y de recursos para enfrentar sus necesidades vitales en forma autónoma, o la provisión de redes de servicio que sean percibidas como cercanas y adecuadas son desafíos que cobran relevancia cuando es urgente prevenir embarazos no deseados, infecciones de transmisión sexual y el VIH/SIDA.

La diversidad de aportes y perspectivas incluidas en este texto, sin duda, permitirán a cada lector o lectora extraer aquellos elementos que mejor responden o contribuyen a su tarea de interés personal. Con cierto sentimiento de urgencia, ése es el propósito que nos hemos puesto al publicarlos.

*Teresa Valdés
Coordinadora
Area de Estudios de Género
FLACSO-Chile*

INTRODUCCIÓN

Este libro reúne las ponencias, estudios de casos, recomendaciones y conclusiones de la Conferencia Regional “Varones adolescentes: Construcción de identidades de género en América Latina. Subjetividades, prácticas, derechos y contextos socioculturales”, organizado por FLACSO-Chile y la Red de Masculinidades en Santiago entre los días 6 y 8 de noviembre de 2002.

El debate que se incluye permite conocer parte importante de la reflexión que sobre varones adolescentes se ha estado haciendo en América Latina, desde una perspectiva de género, en los primeros años de esta década.

La Conferencia profundizó en los procesos a través de los cuales los varones adolescentes dejan de ser niños, se encaminan al mundo adulto y consolidan modelos identitarios y relaciones de género. En este evento se reflexionó sobre la construcción de sus identidades de género y las vivencias de este tránsito para los propios adolescentes, los sentidos subjetivos que adquieren sus prácticas y los contextos familiares, escolares, barriales y sociales en los que se sitúan. Se buscó comprender los significados que tienen para ellos las formas de relacionarse con otros varones, las mujeres y los grupos de pares.

Especial atención se puso en las representaciones, significados y prácticas de sus sexualidades y comportamientos reproductivos, tratando de establecer la importancia que adquieren el cuerpo, el deseo, el placer y las relaciones amorosas en sus identidades y relaciones de género, así como su salud sexual y reproductiva.

Se hicieron interpretaciones sobre los comportamientos de búsqueda, exploración de los límites y situaciones de riesgo a las que se exponen en la constitución de una identidad propia que les caracterice como varones adultos. Se reflexionó, asimismo, sobre los procesos de construcción de derechos y las respuestas que ellos perciben frente a sus demandas en la vida privada y pública y al ejercicio de su ciudadanía.

Se dialogó desde la investigación y la intervención. La Conferencia fue un punto de encuentro entre investigadores/as y profesionales que han diseñado, o están diseñando políticas y programas de intervención a adolescentes, lo que permitió una mirada conjunta a los estudios actuales y a las políticas y programas de intervención con jóvenes y adolescentes que se aplican en la región.

Para realizar el debate y la reflexión se identificó un conjunto de seis grandes temas que fueron planteados por especialistas, comentados y luego debatidos. Cada tema tuvo un propósito señalado con anterioridad a los/as panelistas y las presentaciones apuntaron a él, de modo de asegurar los comentarios y la discusión desde las diferentes expe-

riencias de los/as participantes y el trabajo posterior de grupos temáticos. Se constituyeron seis grupos temáticos que funcionaron paralelamente: educación sexual; VIH/SIDA e ITS; paternidades adolescentes; violencia juvenil y drogas; educación, y la escuela, y derechos y ciudadanía.

La presentación de los artículos en este libro está ordenada de acuerdo con los paneles del programa. Los trabajos del Capítulo I, “Procesos y tensiones en la construcción de las identidades de los varones adolescentes” han sido elaborados a partir de resultados de investigación con varones adolescentes y buscan dar cuenta de la construcción de sus identidades de género y cómo consolidan modelos de relaciones entre hombres y entre hombres y mujeres. Analizan cuáles son los significados que tienen, para los propios jóvenes, los procesos de tránsito en los que están insertos, los sentidos subjetivos que adquieren sus prácticas y los contextos socioculturales en los que se sitúan. Desde investigaciones realizadas por José Olavarría en Chile, Benno de Keijzer y Gabriela Rodríguez en México, y el análisis y sistematización que hace Robert Connell de la producción del mundo angloparlante, se pretende abrir un campo de debate que permita buscar respuestas a las múltiples interrogantes que surgen en la construcción de las identidades de género, las relaciones inequitativas entre hombres y mujeres y la construcción de derechos.

El Capítulo II, “Los grupos de pares y las identidades masculinas”, reúne trabajos elaborados a partir de investigaciones de Norma Fuller en Perú, Humberto Abarca en Chile y Fernando Urrea en Colombia quienes reflexionan sobre los significados que tienen para los adolescentes sus relaciones con los pares –los amigos y los “mejores” amigos/as–, la participación en grupos de pares –grupos de esquina, los “amigos” del colegio, las pandillas, barras bravas, en general sobre las relaciones entre iguales– y cómo se asocia lo anterior con sus procesos identitarios de género y la construcción de derechos.

En el Capítulo III, “Cuerpos, deseo, placer y relaciones amorosas”, los escritos se centran en los significados que adquieren los cuerpos y las relaciones de afecto y amorosas en los adolescentes. Los artículos de Mara Viveros, que reflexiona a partir de investigaciones en Colombia, y Victor Seidler, desde el mundo anglosajón, profundizan en la sexualidad de los adolescentes, entendida como deseo, placer/displacer, diversidad; y la asocian con el género y el ejercicio de poder.

El Capítulo IV, “Comportamientos reproductivos y paternidad en los adolescentes”, incluye los trabajos de Ana Amuchástegui y Mathew Gutmann, quienes a partir de sus investigaciones en México, e Irma Palma en Chile, asocian la vida sexual activa (futura o actual) de los varones adolescentes con los comportamientos reproductivos, el uso de anticonceptivos y embarazo de sus parejas (estables u ocasionales), así como la valoración que adquiere en ellos la (posible) maternidad/paternidad y la forma en que se asocian estas vivencias con su construcción de identidad, de derechos y de relaciones de género.

En el Capítulo V, “Búsquedas, consumo y límites en la construcción de las identidades masculinas”, los escritos de Gary Barker, Roberto Gardas y Enrique Moletto, basados en investigaciones en Brasil, México y Chile respectivamente, profundizan en la adolescencia y en la búsqueda de los varones por demostrar su calidad de tales; en los motivos que les llevan, en ocasiones, a experimentar situaciones límites y en los significados que adquieren experiencias como el consumo de pornografía, de alcohol y drogas y los enfrentamientos violentos entre pares y con adultos. Asimismo, analizan la asocia-

ción entre estos comportamientos y significados con la construcción de sus identidades de género, la búsqueda de autonomía y de derechos.

El Capítulo VI, “Búsquedas y exploraciones en el comportamiento sexual, ITS y VIH/SIDA” incluye artículos que reflexionan a partir de investigaciones de Ana Lía Kornblit, en Argentina, Gabriel Guajardo y Rodrigo Parrini, en Chile, y Felipe Rios, en Brasil, sobre las vivencias contradictorias de búsqueda y exploración en los comportamientos sexuales y experiencias que los exponen a riesgos en su vida sexual activa; jóvenes que, a pesar de los conocimientos que tienen sobre preservativos, ITS y VIH/SIDA se exponen a situaciones límites en este ámbito. Profundizan en los posibles vínculos entre los sentidos que tienen estas búsquedas, los procesos de identidad sexual, las relaciones de género y el ejercicio de derechos.

El Capítulo “Grupos de trabajo”, agrupa las ponencias sobre políticas y programas de intervención con adolescentes, algunos regionales y otros nacionales, que abrieron el debate de los grupos de trabajo temático de la Conferencia. En el grupo de trabajo sobre “Educación sexual”, María Cristina Avilés presentó el Proyecto “Plan Piloto de Sexualidad Responsable”, que se aplica en Chile, y Adolfo López Juárez el “Programa Gente Joven”, de MEXFAM de México. En el grupo de trabajo “VIH/SIDA e ITS”, Felipe Rios expuso el “Programa de Prevención del SIDA en Adolescentes” de la ABIA, Brasil. En el grupo sobre “Paternidades adolescentes”, Jorge Lyra presentó el Proyecto PAPAI de Brasil. El grupo temático “Violencia juvenil y drogas” se inició con la ponencia de Fanny Pollarolo sobre el “Proyecto Adolescencia, marginalidad y drogas” del CONACE, Chile. En el grupo de trabajo “Educación y la Escuela”, María Luisa Jáuregui presentó el Proyecto Regional “Cultura de la Paz y Escuelas” de UNESCO. Y, el grupo temático “Derechos y Ciudadanía” se inició con las presentaciones de Eleonor Faur sobre el Proyecto Regional “Adolescencia en América Latina y el Caribe. Orientaciones para la formulación de políticas”, de UNICEF; y de Marcela Sánchez, con el Proyecto “Servicios para adolescentes: posibilidad para el ejercicio de sus derechos sexuales y reproductivos” de PROFAMILIA, Colombia.

Finalmente, se incluye las Conclusiones y Recomendaciones de los grupos de trabajos temáticos presentadas al plenario de la Conferencia.

Esta Conferencia fue auspiciada por la Fundación Ford a la que agradecemos su colaboración en el financiamiento de esta publicación y el constante apoyo que dio a las investigaciones sobre género y hombres del Área de Estudios de Género de FLACSO a través de Bonnie Shepard y Gaby Oré. Se agradece al FNUAP el haber permitido la presencia y participación de profesionales de distintas regiones de Chile, y a Valeria Ambrosio su aporte desde el PNUD. Se expresa el agradecimiento, asimismo, a las agencias e instituciones internacionales que patrocinaron la Conferencia: la OPS, PNUD, UNESCO, UNICEF, Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe y a los organismos nacionales: Ministerio de Educación, Ministerio de Salud, Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) e Instituto Nacional de la Juventud (INJUV). A CEPAL se agradece la acogida en su casa.

Especial reconocimiento hacemos a los/as especialistas que comentaron las ponencias de los paneles: Teresa Valdés de FLACSO-Chile, Gloria Careaga del PUEG/UNAM, Pía Rajevic periodista independiente de Chile, Ximena Luengo de ICMER, Chile, Ivonne Szazs del Colegio de México y Edith Alejandra Pantelides del CENEP, Argentina, y a

los/as relatores/as y moderadores/as de los grupos de trabajo Graciela Infesta (CENEP, Argentina), María Cristina Avilés (SERNAM Chile), Edith Alejandra Pantelides (CENEP, Argentina), Rodrigo Parrini (FLACSO-Chile), Alejandro Villa (CEDES, Argentina), Marcelo Rosas (Papás por Siempre, Chile), Alejandra Brito (Universidad de Concepción, Chile), Jimena Silva (Universidad Santos Ossa, Antofagasta, Chile), Gloria Careaga (PUEG/UNAM, México), Rodrigo Vera (FLACSO-Chile), Sebastián Madrid (FLACSO-Chile), Ana Amuchástegui (UAM, México), Eleonor Faur (UNICEF, Argentina) y Hernán Manzelli (CENEP, Argentina).

Fueron muchas las personas de FLACSO que permitieron la realización de la Conferencia y la edición de este libro. Agradecemos especialmente a Teresa Valdés, coordinadora del Área de Estudios de Género, a Enrique Moletto y a los alumnos tesistas Devanir da Silva y Arturo Márquez que formaron parte del equipo de investigación sobre adolescentes de FLACSO y estuvieron constantemente apoyando su preparación, a las integrantes del Área: Cristina Benavente y Claudia Vergara; a Catalina Céspedes, por su colaboración en el evento y en la preparación de este libro; a Ana María Muñoz por su apoyo en las traducciones y durante la Conferencia. A Mirta Monroy que se hizo cargo de gran parte del trabajo de secretaría y producción, a Magaly Ortiz que se involucró profundamente desde la secretaría; a nuestros/as compañeros/as de FLACSO, especialmente a Alejandra Carrasco, Paula Pardo, Manuel Coloma, Mauricio Rodríguez, y a Marcela Zamorano y Marcela Contreras que colaboraron activamente durante la Conferencia y en la edición de este libro. A todos y todas se les agradece.

El editor.

CAPÍTULO I

PROCESOS Y TENSIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES DE LOS VARONES ADOLESCENTES

¿EN QUÉ ESTÁN LOS VARONES ADOLESCENTES? APROXIMACIÓN A ESTUDIANTES DE ENSEÑANZA MEDIA

José Olavarría A.¹

RESUMEN

El trabajo que se presenta es una primera sistematización de dos investigaciones empíricas con varones adolescentes en Chile² que se preguntan acerca de qué ha llevado a estos jóvenes a tener comportamientos con profundos efectos sociales y cómo se asocian éstos con modelos identitarios que les sirven de referentes y con los que tratan de identificarse. Se analizan sus testimonios frente a los de hombres mayores, obtenidos en investigaciones anteriores.

Se estudió a alumnos de la enseñanza media de colegios municipales de La Florida, en Santiago y en una pequeña localidad semirural de la Provincia de Ñuble (aproximadamente 450 Kms. al sur de Santiago); en ambos casos eran estudiantes de sectores medio bajos y populares (en términos de marketing, C3 y D).

En el trabajo que sigue se busca profundizar en los siguientes tópicos: los adolescentes ya no son niños, están en un tránsito y el orden social de su infancia ha cambiado para ellos; actualmente están en procesos de búsqueda identitaria, que se expresan en el deseo y la sexualidad, los cuerpos y la moda, las competencias y los consumos, la intimidad y los espacios amorosos; se analiza cómo tienen que hacer frente a los dilemas que emergen de dichas búsquedas y, finalmente, se plantean algunas conclusiones y sugerencias.

PRESENTACIÓN

En Chile desde los años 70' hemos sido testigos y protagonistas de diversos procesos que han afectado profundamente la vida cotidiana, las instituciones, el papel del Estado y la economía. Han dejado profundas huellas y marcas en nuestra sociedad y, en general, son escasos los estudios y reflexiones que permitan una mejor comprensión de lo que se

¹ Profesor Investigador FLACSO Chile, doctorando ciencias sociales UBA con apoyo de PROGRESAR.

² Una, en Santiago: "Varones adolescentes: ¿responsabilidades y derechos? Cuestiones en torno a la sexualidad, salud reproductiva y paternidad" con financiamiento de la Fundación Ford y, la otra, en una localidad de cuatro mil habitantes de la Provincia de Ñuble: "Varones adolescentes de pequeñas localidades urbanas: ¿cómo interpretan su sexualidad, salud reproductiva y (potencial) paternidad a partir de sus identidades de género?", Proyecto FONDECYT N° 1010041.

ha estado construyendo y conformando en la vida de las personas y en las instituciones en este período.

En la vida cotidiana, los cambios parecen ser mucho más rápidos y profundos de lo que se ha estimado. Hasta hace una década atrás, las etapas del ciclo de vida de varones y mujeres estaban relativamente claras: ser criado, estudiar, trabajar, casarse y tener hijos; luego, los nietos, jubilarse y la vejez. Hoy esa secuencia en muchos casos se ha alterado. Puede haber distintos momentos para el estudio profesional; más de un matrimonio o/y convivencia, o tener hijos de la misma edad de los nietos.

Si nos situamos en la adolescencia, los cambios también han sido notables. Los adolescentes de hoy día nacieron a fines de los años 80' y comienzo de los 90'; sus padres, a lo menos en los 70' y muchos en los 60'.

Cuando los actuales adolescentes comenzaron a tomar conciencia del mundo en que vivían, la esperanza de vida era sobre setenta años de edad, ya se había acabado la guerra fría, el muro de Berlín y el mundo bipolar capitalismo/socialismo eran historia antigua –se recordaban por algún festival de rock–, ya estaba presente la pandemia del VIH/SIDA, el uso de anticonceptivos se había generalizado, especialmente en las ciudades; prácticamente todos los hogares tenían a lo menos un televisor y muchas veces de color; y los urbanos –especialmente de sectores medios– ya disponían de conexión a TV cable. Los computadores estaban presentes y se iniciaban las conexiones de internet. En Chile se había restaurado la democracia y estaba en su década de mayor crecimiento económico. Las tasas de escolaridad se incrementaban y cubrían a un alto porcentaje de los adolescentes en edad escolar.

Esta nueva realidad ha planteado diversas preguntas, en torno a los adolescentes, que tratan de responder el por qué tienen ciertos comportamientos que hasta hace algunas décadas eran impensables. Es así que desconcierta a muchos, la apropiación que hacen de sus cuerpos, como los “producen”, sus ornamentan; el uso que hacen de aros, collares y tatuajes; los colores y cortes del cabello; cómo cambia el sentido del vestir, las prendas que utilizan, los diseños, las combinaciones.

Lo mismo sucede con las relaciones afectivas y la aproximación a la sexualidad, cada vez iniciadas a edades más tempranas, donde muchas veces afectos, enamoramientos e intimidación sexual se entremezclan. Llama la atención el consumo de pornografía. Los embarazos de adolescentes solteras pasan a ser una experiencia no sólo de personas extrañas, sino cercanas e incluso de los propios hijos e hijas. La maternidad y paternidad de adolescentes se hacen más visibles y a menudo se constatan.

Produce a lo menos preocupación el consumo que hacen estos jóvenes de bebidas alcohólicas, marihuana y ocasionalmente de drogas más fuertes; consumos que antes eran considerados propios de la población adulta, ahora se presentan a edades cada vez más tempranas.

Genera, asimismo, debates la violencia que se desata entre jóvenes, especialmente adolescentes, en los estadios, las barras bravas. Lo mismo sucede con las acciones delictivas de varones que casi son niños, por su grado de violencia. Muchas de ellas por adolescentes de hogares con una baja calidad de vida.

En los últimos años, diversos comportamientos de los adolescentes se han transformado en problemas sociales, con una tendencia al crecimiento y un impacto significativo en la sociedad. Afectan a un número considerable de personas, además de los propios adolescentes.

I. ¿QUÉ SUCEDE CON LOS ADOLESCENTES HOY DÍA?

Las dos investigaciones tratan de buscar respuestas para explicar qué ha llevado a los adolescentes a tener tales comportamientos y cómo se asocian éstos con los modelos identitarios que les sirven de referentes y con los que tratan de identificarse. Se intenta observar si hay diferencias importantes entre aquellos que viven en Santiago con los de la pequeña localidad del sur y en qué difieren con de los testimonios de hombres mayores, obtenidos en investigaciones anteriores.

Las personas, y por supuesto los adolescentes, se sitúan en la historia. Se explican el presente, lo significan y actúan en relación a lo que ha sido su vida hasta ese momento. Ello les da sentido a su existencia, a su situación actual y justifica sus prácticas (al menos para ellos).

En este tránsito, dos dimensiones temporales son sus referentes en cuanto varones: el pasado, del que tratan de distinguirse –ya no son niños–, y el futuro, donde buscan e interpretan signos que les permitan reconocerse en modelos identitarios para llegar a ser hombres adultos.

Según los adolescentes estudiados el mundo del que forman parte está constituido fundamentalmente por su familia, el colegio y los amigos. Dentro del hogar el televisor, a veces el tvcable y sus programas lo comunican con el otro mundo, que está más allá de los anteriores, el que aprehenden como espectadores y consumidores. Desde el colegio acceden a internet y a los sitios web.

Algunos tienen contactos esporádicos o temporal con el trabajo adulto; los de origen campesino en faenas agrícolas que les indican los padres o que ellos deciden; en la ciudad lo hacen varios ocasionalmente en supermercados o en pequeños trabajos. Pocos frecuentan grupos religiosos o iglesias, o forman parte de clubes deportivos.

Es importante el nivel de homogeneidad que presentan entre sí los adolescentes de Santiago y la pequeña localidad del sur en sus relaciones más significativas y en los recursos a los que acceden. Se diferencia en cambio de los varones mayores, los que en su adolescencia tenía una menor calidad de vida, acceso limitado a la televisión, no conocían la TV por cable, ni la internet; su escolaridad era menor. En cambio estaban más involucrados con el trabajo adulto y algunos con la política.

II. YA NO SON NIÑOS

El orden de la infancia entró en crisis: no se sienten niños, ni lo son, pero siguen dependiendo de su familia, no son autónomos.

Para los adolescentes el mundo de la infancia es el punto de referencia con el que se miden y califican. En sus biografías hay un orden, al menos en la subjetividad de cada uno, que corresponde a lo que fue esa etapa. Ellos se insertaron en un espacio que estaba preestablecido, en el que fueron criados y crecieron como niños; correspondía a una modalidad de convivencia que les dio sentido a sus vidas, reguló sus relaciones con otras personas y les asignó una actoría como niños varones. Profundizar sobre ese orden, que entró en crisis, tanto por razones estructurales asociadas a procesos macrosociales como en la percepción del propio adolescente, permite una mejor comprensión del problema.

1. La familia y su orden

La familia de la infancia sigue siendo la misma a la que pertenecen actualmente. Tanto para los de Santiago como los que viven en la localidad del sur este núcleo es una comunidad donde que conviven la madre, el padre –aunque no siempre– y hermano/a/s; en la misma casa o en las cercanías habita a veces algún abuelo/a, tía/o o parientes cercanos. El padre (cuando está) y la madre son las personas que han definido el tipo de convivencia, señalando e imponiendo las jerarquías, los respetos, las reglas del juego, el uso de los espacios, los límites. Desde niños/hombres han ocupado un lugar y se les ha señalado lo que se espera de ellos: sus actitudes y comportamientos en relación a los otros miembros de la familia, sus hábitos de aseo, horarios, alimentación, vestuario; sus obligaciones en las actividades hogareñas –según una división sexual del trabajo–, las expectativas en relación a sus desempeños escolares; los permisos, el acceso al vecindario y los amigos, el aprendizaje y manejo de dinero, por señalar algunos aspectos.

La madre ha sido y es generalmente la autoridad presente en el hogar, más aún cuando el padre no está/ba. Ella señala las tareas y responsabilidades, revisa su cumplimiento y califica el desempeño, con premios, castigos o indiferencia. Ha estado a cargo de las tareas reproductivas del hogar y con gran frecuencia trabaja remuneradamente fuera de él, a diferencia de lo que sucedía con los hombres mayores cuando eran adolescentes. La más de las veces con la madre se ha establecido una relación de mayor intimidad, es la de los contacto físico, cariño, conversación sobre lo cotidiano, es la persona adulta con la que se tiene un diálogo más intenso. Entre ellos hay secretos, que ni el padre conoce, complicidades. Es también la que castiga y en ocasiones, grita, llama la atención y golpea. El padre era y es, en general, sentido más lejano, aunque viviese en el mismo hogar; es una persona respetada y muchas veces querida, pero ha estado y está poco en el hogar, porque trabaja. El padre no siempre convive con la familia y cuando eso es así la relación ha sido más bien distante y ocasional. Los afectos y contactos físicos de cariño con el padre son menos intensos y no siempre los ha habido.

Sus hogares les han dado una cierta calidad de vida, y las vivencias familiares les han permitido y permiten espacios de intimidad, aunque estos no sean necesariamente con los padres. Cuando los padres no están, son distantes afectivamente o se ha producido algún conflicto, generalmente hay una persona mayor, pariente o vecino/a, con la que establecen vínculos de confianza y es quien les abre el mundo de los adultos en una versión que pueden entender y entenderse; no les castigan, ni engañan; los tratan con respeto, conversan y les escuchan, razonan con ellos; en ocasiones les llaman la atención, les ponen límites. Así abuelo/s/as, tío/a/as, algún vecino/a son personas muy importantes durante la infancia y en algunos casos siguen siendo los consejeros y referentes éticos actuales.

Desde su hogar en Santiago o en la pequeña localidad se relacionan con el mundo y el orden que está más allá de su familia, el vecindario y colegio, a través del televisor y algunos por internet, lo que no era posible para los varones mayores, porque no tenían esos recursos. Son espectadores de historias de animales y de vidas, fantasías y aventuras de otros niños y jóvenes, que han ido aprehendiendo desde su primera infancia. También lo han hecho como consumidores. Ha sido un espacio de diversión y apren-

dizaje, inicialmente controlado por los padres y a medida que crecían se ha hecho más autónomo su acceso. Relatos sobre la naturaleza y los animales, entremezclados con comics, telenovelas y programas en vivo, infantiles y juveniles. Vida de aves y animales en que los procesos de reproducción y supervivencia son los más destacados. Machos luchando entre sí por conquistar una hembra. Machos y hembras cazando y matando a otros animales o aves para alimentarse: “la ley de la vida”. Comics donde los personajes representan al bien o al mal, con énfasis en las relaciones de fuerza y violencia que llevan al triunfo de los buenos sobre los malos. Telenovelas y programas en vivo donde se destacan libretos de convivencia y modelos identitarios distintos a los de su hogar. Cuando niños eran espectadores que trataban, en alguna medida, de reproducir en sus juegos las fantasías que veían. Ahora, como adolescentes, observan esos tipos de convivencias e identidades, con los que confrontan sus vidas y las de sus familias. Como consumidores han sido objeto de la publicidad que los incentiva a adoptar el consumo de nuevos productos y servicios de diversas marcas, inicialmente caramelos, figuras adhesivas y variados productos infantiles; ahora zapatillas, vestuarios, juegos electrónicos, cerveza, perfumes, entre otros.

2. El colegio y su rigidez

Para las dos generaciones, adolescentes y varones adultos, el colegio ha sido el lugar de convivencia más rígido. Aquí existe un orden muy distinto al de la familia; salvo en el jardín infantil, del que recuerdan que sólo jugaban. A partir de la educación básica este es un espacio casi totalmente estructurado. Constantemente se premia o castiga a los que se adaptan o no. Casi todo está señalado: los tiempos –a través de los horarios de clases y del cronograma anual de actividades–, los espacios físicos; los patios para los recreos y la educación física, los baños que distinguen entre los de mujeres y hombres; las salas de clases y la distribución de los pupitres; el orden en la actividad áulica; la regulación de los silencios y las conversaciones en el aula; la relación entre profesor/a y alumno/a; la jerarquía del propio colegio. El orden de género lo impregna todo, lo que corresponde a los hombres y las mujeres, desde la educación física: suave para las mujeres y más fuerte para los varones, a un discurso normativo público de los textos y las prácticas, con una carga importante de sexismo y homofobia.

Este espacio sobreestructurado contrasta con el orden del hogar, del vecindario y de los amigos, en los que hay mayor flexibilidad y ambigüedad. Aquí, a él como estudiante, sólo le queda aceptar el proceso de ortopedia al que es sometido, caso contrario es objeto de castigos y sanciones, desde las calificaciones hasta, en algunos casos, el castigo físico, la suspensión o expulsión. Los que responden según lo establecido, con buenas calificaciones, participando en las actividades organizadas por el colegio, siendo ordenados en el vestir, en el corte de pelo y en el comportamiento, son premiados, les dan más libertad y les reconocen algunos derechos que no tienen los otros.

Los padres en general no reaccionan y aceptan que esto sea así; se reafirma la complicidad entre colegio y padres, salvo que se surja un conflicto muy grave con sus hijos.

Los cuestionamientos de los jóvenes a la escuela comienza con la enseñanza media. Pero no sólo al colegio, también a la familia.

3. Los amigos

Al igual que en las generaciones anteriores, las relaciones de los adolescentes de Santiago y de la pequeña localidad del sur con el vecindario y los otros niños que vivían en él se dieron por la cercanía física y porque sus padres se lo permitieron; de alguna manera los indujeron a que establecieran relaciones con otros varones de su misma edad, los encuentros generalmente eran en la calle, en el patio de un vecino, en una plaza cercana, en un potrero; estos eran espacios de varones. En los juegos de la infancia los aprendizajes eran claros y definidos, según género. A los hombres les correspondían “juegos de varones”, distinguiéndolos de los de “las mujeres”. Ocasionalmente participaban en juego de mujeres. Era la edad de la homosocialidad; no estaba permitido cercanía ni complicidad con las mujeres, especialmente en el colegio, en cambio participar en esos juegos era más flexible en el hogar o en el barrio con alguna amiga; lo que se ocultaba en el colegio era muchas veces visible aquí. Los juegos de varones eran más bruscos y violentos (no son juegos de “niñas”), no se aceptaba a las mujeres, ellas podían mirar, pero no participar. La competencia era entre los varones. Competir con una mujer era mal visto.

A partir de aproximadamente los diez años de edad, en torno del quinto año básico, esta situación comenzó a cambiar tanto en el vecindario como en el colegio. Se intensificaron los juegos entre varones y mujeres: el semáforo, la escondida, la escondida con pinta. Carreras, abrazos, tocarse mutuamente, besos en las mejillas; perseguir, pillar. Fue el inicio de sentir y palpar a la otra, como si no se diesen cuenta; hacerlo sin que se notase, con cuidado de no sobrepasar unos límites que se desconocían. Se inició una redefinición de la relación con las mujeres, que los varones distinguen como uno de hitos que comienza a marcar el fin de la infancia.

Es así que el espacio de los amigos representa un orden ambiguo, aquí es posible tener una autonomía que es desconocida en el hogar y en el colegio. A medida que crecen, los límites y la vigilancia de los padres en las relaciones con sus amigos son más débiles y pueden burlarlos sin que éstos se percaten. El colegio no sólo es un lugar del aprendizaje áulico, donde se va para ser alguien en la vida y más adelante conseguir un trabajo, sino también un punto de encuentro con otros varones y mujeres. Fue y es el lugar en que se inician relaciones, amistades y también enemistades, distintas a las del vecindario. Para algunos ir al colegio tiene sentido por los compañeros, ahí están los amigos. Allí se aprende a ser hombre y a ser mujer, a diferenciarse, observando a los mayores en los juegos, las conversaciones, las fiestas. Desde incitar a los menores a pelearse a golpes con las manos –por supuestas ofensas, para demostrar su hombría, aunque los protagonistas no quisieran hacerlo–, a iniciarse en el cigarrillo y los juegos entre varones y mujeres, con alguna con carga erótica.

III. SON ADOLESCENTES. ESTÁN EN PROCESOS DE BÚSQUEDA

Tanto en Santiago como en la pequeña localidad del sur los adolescentes son críticos de sus familias, sienten que les siguen tratando como niños y ya no lo son. Sus intentos de autonomía se ven coartados y las limitaciones en las que han sido criados les resultan cada vez más difíciles de aceptar. El colegio, con su rigidez de la vida escolar y regla-

mentaciones, no se adecúa a las nuevas demandas y necesidades de estos jóvenes que siguen siendo tratados, en lo fundamental, como infantes.

Los cuerpos de los varones han cambiado, se han ido transformando en adultos. En lo subjetivo las nuevas vivencias los distancian de sus infancias con sentimientos y emociones que les son desconocidas y les plantean dilemas antes los que no tienen respuestas. Respuestas que tampoco encuentran en sus hogares y colegios. Están en “la edad del pavo”, por momentos no les da ganas de hacer nada, en otros de hacer mucho de alguna cosa, o se aburren de estudiar, cuando antes les entretenía. Se sienten raros. Salen a distraerse y andan distraídos. Algo les está pasando, se les quitan las ganas de compartir con los amigos, comienzan a andar solos y a sentir una sensación de soledad que también es nueva.

Empiezan a adquirir vigencia para ellos los aprendizajes que han recibido en el hogar, el colegio y la televisión en relación a lo que es ser “hombre”. No basta con jugar a ser “grande”, o fantasear como lo habían hecho en los juegos de la infancia, sino que ahora tienen que demostrarse a ellos mismos, y a los otros y otras, que efectivamente no son niños ni “mujercitas”.

Los mandatos de esta masculinidad dominante han sido internalizados, especialmente en el hogar y en el colegio, adquieren fuerza y les señalan que los hombres tienen que ser rectos, responsables, que se deben comportar correctamente; ser autónomos, libres; que se distinguen de las mujeres, las que deben depender de ellos y estar bajo su protección. Que los varones no deben disminuirse ante otros/as. Tienen que dar siempre la sensación de estar seguros, de saber lo que hacen; controlar sus emociones y no llorar. Ser fuertes, no amilanarse ante los problemas que enfrentan; ser valientes, no tener miedo y si lo sienten ocultarlo a terceros/as; no expresar sus emociones. Sus cuerpos deben ser resistentes a las demandas del trabajo y a la fatiga, a las jornadas extensas cuando se les requiera; a la falta de sueño y a la tensión nerviosa prolongada. Tienen que estar dispuestos a competir con otros varones para demostrar sus capacidades físicas, y si es posible derrotarlos/ganarles. No deben mostrar signos de debilidad, ni dolor; por el contrario se espera que disciplinen sus cuerpos para resistir esas molestias hasta el límite de sus capacidades; sólo allí mostrar el dolor y solicitar ayuda. Que los hombres son de la calle y cuando adultos tienen que constituir una familia, tener hijos, trabajar remuneradamente, ser la autoridad y los proveedores del hogar. Las mujeres, por el contrario, tienen que ser de la casa, ellas deben mantenerla, cuidar y criar los hijos; la casa es un espacio femenino.

Entre los amigos y los pares se hace presente una versión tosca, autoritaria de esta misma masculinidad dominante que incita a su expresión más desenfadada y a veces brutal de lo que es ser “hombre”, y que viene a complementar lo aprendido en el hogar y el colegio.

Ha llegado el momento de las pruebas, de los ritos de iniciación que permiten a un varón “ser hombre”. Aquello que les ha sido caracterizado como “de la naturaleza de los hombres”, de su corporeidad, empieza a ser internalizado como “lo masculino”. Se hacen presente los aprendizajes homofóbicos, sexistas y sienten que se les pide hacer demostración de su virilidad, incluso ejercer violencia sobre aquellos/as que, según esos aprendizajes, “la naturaleza” ha resuelto que son inferiores, débiles, pasivos, afeminados. Se sienten presionados a demostrar que son “verdaderamente hombres”.

Esta presión es particularmente fuerte en la convivencia que tienen con sus pares en el colegio y el vecindario, en especial por subordinar a otros varones, afeminando a

aquellos que expresan más sensibilidad, que son más débiles. Muchas veces con expresiones de agresión y violencia. También hay una demanda por demostrar que las normas de los mayores se pueden transgredir.

La sexualidad pasa a ser una cuestión de primera importancia, según los aprendizajes que ha tenido de esta masculinidad dominante, particularmente en la relación que se debe establecer con las mujeres, en la competencia por ellas, en su conquista, en la distinción entre sexo y amor la calificación del mundo de las mujeres, unas para enamorarse y las otras para gozarlas. Las expresiones de afecto y cariño físico hacia otros varones deben ocultarse, incluso las que se tenían con el padre y los hermanos. La homosexualidad es inaceptable y significa el ostracismo.

La intensidad y las formas que adquiere la presencia de la masculinidad dominante son muy semejantes entre los estudiantes de la pequeña localidad del sur y los de Santiago, y no tiene grandes diferencias con los internalizados por los varones mayores, que situaron en la adolescencia el momento en que se hicieron presentes con una mayor fuerza. Es llamativo lo homogéneo del discurso y la fuerza que adquiere como referente identitario. La diferencia de los actuales adolescentes con los hombres mayores es que éstos se cuestionan con más fuerza esas demandas, porque como veremos a continuación sus condiciones subjetivas y sociales han cambiado y pierde fuerza como modelo referente identitario.

1. Deseos y sexualidad

Los descubrimientos y las búsquedas están en el propio cuerpo. Éste está cambiando, lo observan no sólo en la ropa y en las zapatillas que les van quedando chicas y estrechas, sino también en nuevas sensaciones que les perturban. Aparece el deseo y comienzan a tener experiencias que los asustan y los satisfacen a la vez. Momentos de incertidumbre para muchos; quizás podría ser una enfermedad. Su propia sexualidad se va haciendo consciente. Como a los once años algunos, otros después, vivencian las primeras poluciones, constantes erecciones que muchas veces no controlan, y masturbaciones. Aprenden con su propio cuerpo que la excitación también se puede ocasionar conscientemente, masturbándose; que produce placer y está íntimamente asociada a otro cuerpo con el que fantasean, en muchos casos el de una mujer. La masturbación, desde ese momento, tiene un lugar destacado. Sus reacciones les sorprenden; con la excitación y la eyacuación el cuerpo vibra, como no lo había hecho antes. El semen es una secreción nueva.

Las vivencias de sus cuerpos sexuados les sorprenden. Nadie se los anticipó, ni en la casa, ni en el colegio. A algunos, las primeras poluciones nocturnas les dieron vergüenza, porque pensaron que sus madres se darían cuenta y les reprenderían, pero en general no les dijeron nada; pese a dejar las huellas inconfundibles, entre otras, sábanas mojadas.

Se sienten raros, no hay relatos ni explicaciones iniciales que vengan de quienes hasta ese momento les ordenaban la vida. A lo más un hermano hizo una broma, un tío dio un consejo y/o algún/a profesor/a hizo un comentario general en alguna clase.

Estas experiencias nuevas, que tienen una gran carga emocional, donde cada situación es inicialmente desconocida, no pueden ser compartidas ni en su hogar ni en el colegio. Pese a que en cada paso van dejando huellas físicas y emocionales de lo que les sucede, familias y colegios las ignoran. No les reconocen que están en un proceso de

profundos descubrimientos y búsqueda de sus propios cuerpos. Para los jóvenes comunicarlo es exponerse a ser ignorados o castigados por alterar la convivencia que está establecida en el hogar y que ellos se supone deben respetar. Los jóvenes ya conocen de castigos, silencios e indiferencias.

Las búsquedas y nuevas experiencias se dan a la par con las que vivencias de sus amigos y compañeros. A través de ellos intuyen que algo importante les está pasando. Algunos lo hablan desde el principio, a otros aún les da vergüenza conversar sobre ello, aunque escuchan a los compañeros. Con los amigos, los más cercanos se produce el diálogo; con el amigo íntimo las conversaciones más profundas; las bromas y competencias con los de su grupo. El grupo de amigos de la infancia y del colegio va cambiando con ellos y el espacio creado, con los años, se transforma en el lugar de la conversación íntima, donde parten las búsquedas por ser hombres y de compartir experiencias, vivencias que los adultos ignoran y que si conocen se exponen a ser reprimidos y castigados.

Los juegos masturbatorios son los que inician estas actividades secretas. Sólo algunos participan en estos encuentros colectivos, donde compiten en torno al goce de la excitación, sea contemplando una foto de una mujer desnuda, viendo un video porno, o simplemente fantaseando para ver quién termina más rápido. Después de todo, la masturbación es una actividad gozosa compartida por cada uno de ellos. Los otros, la mayoría, conoce de esos juegos, en ocasiones los ha visto. Eso no lo deben conocer los adultos.

Les llama la atención los cuerpos de las mujeres adultas, especialmente los senos. El voyerismo pasa a ser pan de todos los días. Se juntan entre los amigos, tanto para poder mirarlas –las que ya tienen un cuerpo desarrollado, las de cursos superiores, las hermanas mayores y sus amigas, las profesoras–, como para comentar los mejores lugares, lo que se ha visto, lo que se siente y quisieran hacer. Baños, escaleras, dormitorios, revistas y videos porno, películas eróticas en la TV son espacios escogidos.

La cuestión ahora es cómo acercarse a una mujer. Se cuentan historias, con más o menos fantasías. Se distingue entre las conocidas: las más fáciles de las otras, aquellas que irían con todos y las que son señoritas. Se simplifica el mundo de las mujeres. Se hacen otra vez presentes los mandatos internalizados de la masculinidad dominante y del cuerpo con su animalidad.

Las fiestas, los carretes y las discos son los lugares en que es posible acercarse a una mujer. Allí se intenta intimar con ellas, seducirlas, tocarlas si es posible. Así se inician en el lenguaje de los cuerpos. Algunas permiten avanzar, se dejan tocar, otras no, hay mensajes que es necesario descifrar y no siempre se logra.

En ocasiones, allí tienen su primera aventura con una chica de la misma edad o algo mayor. Se besan y a veces avanzan algo más, aparecen los acercamientos según “grados”, desde besarse hasta tener sexo. Tener sexo y penetrar a una mujer es lo máximo en esta búsqueda por ser hombre adulto y la primera relación sexual, una marca que no se olvida y se exhibe.

Es la etapa de las pruebas de amor y la actitud temeraria frente a la sexualidad, en que no hacen uso de preservativos, para no afectar el goce y la capacidad de mantener una erección; pese a conocer su uso, generalmente no lo hacen, porque a ellos no les pasará nada. A algunos los embarazos de sus parejas les sorprenden al poco tiempo.

Las experiencias se comparten con los amigos, se comentan, produce satisfacción saber que a los otros también les pasó, es posible nombrar las experiencias y las sensaciones en el cuerpo. Se pierden los temores; lo que no se puede hablar ni nombrar en los

otros espacios, aquí sí se puede. Aquellos que van más atrás, en estas conquistas de nuevas experiencias, escuchan, pero son conscientes que antes o después se van a enfrentar a ellas. Algunos iniciados presionan para que así les suceda a los que aún no lo hacen, otros los protegen para cuando se consideren preparados. En todo caso haberse iniciado marca la diferencia.

En las vivencias en torno al deseo y la sexualidad se pueden distinguir los varones que se han iniciado en la sexualidad activa de aquellos que no lo han hecho. Ello queda en evidencia en los testimonios. Entre los que se han iniciado en la pequeña localidad los lugares de encuentro e intimidad sexual son más tranquilos y privados: hay campo, árboles y matorrales a tres o cuatro cuadras del centro y está el río con el balneario a sólo una de la plaza. En cambio los de Santiago disponen sólo de sus casas, cuando salen los padres, o de algún lugar oscuro momentáneo donde tienen que hacerlo apurados y con los riesgos que ello supone.

Un hecho nuevo en la convivencia entre hombres y mujeres adolescentes es la iniciativa que muestran las chicas de la misma edad o algo mayores en el espacio de la sexualidad. Las investigaciones con hombres mayores muestran a las mujeres bastante pasivas en esa etapa de tránsito de sus vidas. No es extraño que actualmente compañeras de curso o de colegio les manden papelitos con propuestas diversas para encontrarse a solas, les piropeen, les propongan salir, les toquen y besen o los seduzcan para tener intimidad sexual, sin ellos saber cómo responder o tomando conciencia de lo que sucedió una vez que pasó. Estos comportamientos dejan a los varones desconcertados; no les gusta que las mujeres tomen la iniciativa y sienten afectada su masculinidad.

A diferencia de las generaciones anteriores las actuales han tenido cursos y/o charlas como las Jornadas de Conversación sobre Afectividad y Sexualidad (JOCAS) que les han introducido, en alguna medida conversaciones sobre la sexualidad, como no lo hubo antes. Asimismo, la disponibilidad de anticonceptivos y condones es mucho mayor a la de antes.

Los adolescentes así, van apropiándose de su sexualidad como no lo habían hecho las generaciones anteriores. Y ya no son, en general, las opiniones de los mayores los que les inhiban a tomar decisiones en este campo.

2. Los cuerpos y las modas

El cuerpo pasa a ser una expresión de identidad ante sí y frente a los otros. Las experiencias con el cuerpo y el inicio en la sexualidad consciente van generalmente acompañadas de búsquedas por diferenciarse, ser distintos, distinguirse. Llamar la atención es, en alguna medida, importante aunque no todos se atrevan a manifestarlo. Ya no son niños, sus cuerpos les pertenecen. Los pelos se cortan o dejan crecer, se peinan de maneras distintas, aparecen las colas, trenzas, gel, las trabas. Se experimenta con colores, diversos cortes. Cada vez aparecen nuevos productos en el mercado que les posibilitan “producirse” y las modas de diversas partes del mundo son conocidas casi de inmediato en los distintos lugares, algunas gustan, se sienten interpretados y las imitan. La opinión de los adultos cada vez tiene menos importancia, salvo que les obliguen a volver al origen y eso les ofende profundamente; los quieren transformar en lo que no son: niños.

Las ropas se diversifican, las de segunda mano, usada (la ropa “americana”) es un recurso disponible y barato. Las combinaciones buscan un particular estilo y éstos conviven entre sí; cada tanto dejarán un estilo y se inclinarán por otro. Ya sea pequeños detalles, bufandas, zapatillas, gorros, anteojos o pantalones, camisas, parkas. Los colores serán combinados teniendo conciencia que representan mensajes para los/as otras y también para los adultos.

El cuerpo es usado como lugar de apropiación visible a los otros. Adaptan “libretos” que se ofrecen en la publicidad y especialmente la televisión como propios de los cuerpos de los/as adolescentes y jóvenes y/o construyen otros que consideran les representan mejor. “Libretos” que cambian a medida que crecen. Aros en distintas partes de la cara y el cuerpo, tatuajes, anteojos que buscan efectos particulares. Integran la música y el baile. Los que gustan del rap, los salseros, los cumbieros, los hip hop, los diversos tipos de rockeros se diferencian entre sí. No es lo mismo ser uno, que otro. Entre ellos se distinguen y no siempre se relacionan. Algunos, como los “punk” tienen un discurso más político y su ropa y forma de ser son una expresión de protesta y rechazo a esta sociedad, al “sistema”. Tienen una filosofía de vida que les permite identificarse entre sí. Aquí adquiere sentido el tipo de ropa, los colores, el corte y cuidado del pelo, los aros.

Esta búsqueda de la propia identidad en su cuerpo tiene un correlato colectivo en los amigos. Ellos constituyen el espacio donde se comprende e interpreta adecuadamente este cuerpo producido; allí se exhiben. Las fiestas, disco, carretes son lugares que adquieren especial importancia.

Los distintos grupos se sienten interpretados, normalmente, por algunos conjuntos musicales y sus temas, cuyo origen puede ser cualquier lugar del mundo. El internet les permite “bajar” esa música, el “pirateo” de disquetes los hace más accesibles; se intercambian música constantemente. El volumen es para muchos al máximo. Escuchar “su” música en el hogar significa una lucha con los padres. El uso de reproductores de música pasa a ser un distintivo disponible en todo momento y se busca poseerlos.

Poseer algunos de los objetos que los distinguen e identifican es una tarea a veces imposible; varía todo el tiempo y la publicidad incentiva su consumo; se les trata de inculcar que el último modelo es el que más distingue, el que en definitiva vale. Para poseerlos se requiere de mucho más dinero del que son capaces de obtener y manejar, sólo lo logran algunos de ellos, cuando los padres se los compran, o hacen ahorros y pequeños trabajos caseros, en el vecindario o algún supermercado.

La posibilidad de obtenerlos con engaño y/o por la fuerza es una tentación, y también una forma de transgredir el mundo de los adultos. Algunos recurren a ello y entran a otro mundo casi sin darse cuenta, el de la delincuencia.

Estas búsquedas de la propia identidad en el cuerpo son nuevas y compartidas por jóvenes de Santiago y de la localidad de sur, hay rockeros, salseros, cumbieros, rap, hip hop entre ellos. En cambio no es posible encontrar algo semejante en las generaciones anteriores, quizás la que podría tener alguna similitud con la actual podría corresponde a algunos grupos de jóvenes de los sesenta (“la generación de las flores”). Hoy día los jóvenes manifiestan, como nunca, el derecho que tiene sobre su propio cuerpo.

3. Competencias y consumos

Los juegos se transformaron. Hablar de juegos sería una reminiscencia infantil. Los encuentros de amigos y compañeros giran en muchos casos en torno a competir en relación a algo para demostrar habilidades, fuerza, velocidad, destreza. Desde tirar una piedra para ver quién llega más lejos, saltar, correr, cualquier ocasión es apropiada para competir. Generalmente, es un juego amistoso que profundiza los lazos; supone cierto grado de confianza, se hace entre amigos. Unas veces se pierde, otras se gana; el afán no está tanto ganar, aunque eso es lo directamente se busca, sino en compartir un momento.

Estas competencias van mostrando destrezas y los distinguen por las habilidades exhibidas. Son importantes cuando se hacen equipos para competir entre sí; los más habilidosos se reparten equitativamente, para que no se produzca un desbalance que reste interés al encuentro. El sentido del grupo se fortalece con ello, aunque haya rupturas, al poco tiempo se producen los reencuentros. Se juega entre muchachos de edades semejantes, en ocasiones se integra alguno menor o mayor, pero no es lo común. Los más pequeños tratan de incorporarse a sus juegos, pero esos son niños y ellos ya son jóvenes.

Las competencias se van haciendo cada vez más exigentes; ya aburren las iniciales. Con el tiempo pasan a tener importancias aquellas en que las hay que demostrar no sólo habilidades sino también valentía, se debe correr algún riesgo para que sea respetable a los propios ojos y a los demás. Las hay de las más diversas, desde subir un cerro que tiene algunas zonas peligrosas, saltar sobre pequeños acantilados, internarse nadando más allá de lo que el resto es capaz, y si es posible en una zona que sea estimada peligrosa. Tirarse piqueros, en ríos o roqueríos, sin tener muy claro que hay bajo la superficie del agua. Superar, al comienzo, pequeños obstáculos que luego pueden ser los suficientemente grandes como para poner en riesgo la integridad física e incluso la vida. El desafío está en protegerse de los peligros que corren sus cuerpos y en no ser descubiertos en comportamientos o lugares prohibidos por los adultos, algunas competencias pueden estar en el límite con el delito o ser delitos. Así se muestra que están haciéndose hombres, que se hacen “grandes”. Los que superan esos obstáculos son reconocidos por sus triunfos, los otros tratan de lograrlo o dan explicaciones de por qué no lo han hecho. Son especies de trofeos que se coleccionan, lucen y distinguen. De una u otra manera todos están en la competencia.

Probar lo prohibido, saber cómo es, qué sabor tiene, qué efectos produce, ¿a él le pasará lo mismo o es fantasía de los otros que dicen haber probado y ya se han iniciado? Los otros, son los mismos amigos con los que descubre su sexualidad, su cuerpo, tiene competencias diversas y conversa constantemente. Los cigarrillos son los primeros estímulos a probar algo prohibido, cuando eran niños o casi niños. Beber cerveza en la ciudad y vino en el campo es una etapa que está después, tiene mejor sabor si no se enteran los padres. Vino, pisco y “piscola”³ es la variedad de productos alcohólicos que consumen ocasionalmente, más cerveza en Santiago, y vino en la localidad del sur —es más mucho más barato—; algunos, los menos, lo hacen en forma más regular. Prácticamente todos han bebido alcohol alguna vez y saben como se obtiene. En ambos lugares “juntar unas mone-

³ Bebida alcohólica que mezcla pisco con Coca cola.

das” es el inicio del carrete⁴, que parte con la compra de cerveza, vino o pisco para comenzar la noche. Siempre hay un lugar en que se puede compartir lo que se compró: la plaza, el balneario de la localidad, un rincón oscuro de una calle, el patio de la casa de alguno de ellos, el lugar de la fiesta o el carrete en que se pueda consumir lo que se compró.

La marihuana es también conocida por casi todos –en Santiago y en la localidad del sur– y muchos alguna vez la han fumado, lo hicieron para probar cómo era y no “achicarse” ante los otros, pero pese a conocer cómo se puede obtener, toman distancia, porque, según declararon les produce temor, mucho se ha dicho que no hace bien. Entre ellos se protegen y previenen. A veces alguno tiene una droga más fuerte, pero eso en general no atrae, porque está más allá del límite de las competencias y las pruebas consideradas aceptables, es demasiado riesgo y pueden producir daño. La gran mayoría no incursionan en esos campos, no porque no sepan como acceder o porque sea difícil juntar las monedas, simplemente se protegen.

Probar lo prohibido tiene sus riesgos: la intoxicación ocasional y el mal rato; que se den cuenta en su hogar, le reprochen y castiguen; que en el colegio los sorprendan y los suspendan y tenga que volver con el apoderado; que los descubra la policía y los detenga. No es fácil tratar de ser hombre.

Diferencia a los varones entre sí el nivel de riesgo que están dispuesto a correr y la destreza que se requiere para competir. Los hay deportistas, algunos de clubes de fútbol; miembros de barras bravas; jugadores de pool; pandilleros, por mencionar algunos. Otros miran, no compiten. Son formas que les permiten distinguirse e identificarse como varones. También se diferencian por lo que beben, o fuman y la cantidad en la que lo hacen y cómo lo hacen.

Las competencias y los consumos son espacios donde a veces les cuesta distinguir entre lo que es permitido y lo que es un delito. Hay grupos y jóvenes que están más cerca del delito.

En estos aspectos es notable la similitud que se observa entre los adolescentes de Santiago y los de la pequeña localidad.

4. La intimidad y los espacios amorosos

Las experiencias de este tiempo tienen una gran intensidad emocional, demandas de ellos mismos por ser “hombres”, presiones de sus pares porque participen de búsquedas y competencias a las que no siempre están dispuestos. Todo ello les tensiona y conflictúa. A veces logran avances y les sube la autoestima, pero otras sienten que retroceden, que no son capaces. Estas vivencias son difíciles de compartir. Los amigos no siempre entienden o no se les puede contar, es desarmarse, mostrar su parte débil, lo que sería calificado de infantil. Aquellos que no tienen amigos deben hacer frente a estas situaciones con mucha más precariedad.

Los padres ya no son interlocutores para estos momentos, no entienden, se molestan o los ignoran. La búsqueda de espacios de intimidad pasa a ser una necesidad sentida, pero ¿con quién o quiénes es posible establecerlos?

⁴ Salida con amigos/as y ánimo de divertirse.

Las experiencias con sus amigas o compañeras, el conocimiento que van logrando del mundo de las mujeres, les lleva a relaciones también nuevas. Sea porque una conquista terminó en enamoramiento, o porque los sentimientos hacia una chica tomaron una intensidad tal que se atrevió a “andar” con ella.

El enamoramiento permite, generalmente, establecer un lazo íntimo con la otra persona, cuando ese sentimiento es compartido. Con la enamorada se comparte y conversa sobre aquello que es secreto y no se da a conocer a los/as otros/as. Este es el lugar buscado; se puede mostrar debilidad y ser entendido, no es necesario justificarse. La otra persona le entiende y además le ama. Pasar el mayor tiempo posible juntos es una necesidad casi vital; son demasiadas las tensiones como para no tener una pareja; si se tiene, se protege a él mismo y a la pareja.

La relación amorosa con una chica les permite establecer un espacio de intimidad nuevo, que viene a cubrir lo que antes tenían en el hogar, si es que existió. De la intimidad afectiva a la intimidad de la vida sexual hay un trecho corto. Ya ambos se tiene confianza y creen conocerse intensamente ¿Por qué no intimar descubriendo y gozando de sus cuerpos? ¿Qué los puede detener? ¿Qué se los impide? Así lo hacen parejas amigas y algunos amigos, está presente en los guiones de las telenovelas, la publicidad se los insinúa. Del enamoramiento a la sexualidad activa pueden pasar algunas semanas, o meses, pero en general saben que el momento llegará, más antes que después y así lo conversan con sus parejas. De estas decisiones no tienen por qué enterarse los padres, aunque sí lo conversan entre amigos. Las prohibiciones y discursos que provienen de los padres y el colegio les atemorizan cada vez menos. Los jóvenes creen tener derecho sobre sus cuerpos y su sexualidad.

Adolescentes enamorados –con intimidad sexual algunos, otros con deseos de tenerla–, crean un espacio de sociabilidad donde es posible este nexo entre amor y sexualidad. Es esperable y en, muchos casos, deseado por los jóvenes. Se conversa de ello, de una manera distinta a los encuentros sexuales que tienen con las chicas que conquistan. Esto en cambio es serio, tiene sentido de continuidad, aunque el enamoramiento pueda durar sólo semanas. En estas relaciones se hace presente la tensión con la posibilidad del embarazo y la paternidad o el aborto. El embarazo tratan de evitarlo con la enamorada, ahora a diferencia de generaciones anteriores, se usa o intenta usar anticonceptivo. No faltan las ocasiones en que son ellas las que andan con los condones, y ellos no se ofenden. Pero a veces los resguardos no son suficientes, o no los hubo, y se produce el embarazo.

El embarazo de la enamorada pone al joven en el mundo adulto, sin serlo. Deben hacer frente a esta nueva realidad. No es lo mismo embarazar a una chica que se conquistó para gozar en un encuentro ocasional a que ello suceda con la enamorada.

El embarazo es una de las posibles consecuencias en las búsquedas de los adolescentes, sea para reafirmarse como varones conquistadores o para constituir espacios de intimidad. Enfrentarse con la paternidad lleva a los primeros a tratar de huir, negarla, aunque algunos terminan reconociendo a hijos con cuyas madres no les une ningún tipo de lazo. A los que embarazan a sus enamoradas les confronta con su honorabilidad y capacidad de ejercer como padres. Les lleva a replantearse sus vidas, sea para enfrentar y asumir la paternidad, como para negarla u ocultarla. Son conscientes de que no tienen los recursos mínimos para hacer frente a lo que socialmente significa tener un hijo: no son autónomos, dependen de un padre y/o una madre con la que viven, no se han incorporado al mundo del

trabajo, no tienen ingresos propios para proveer, no han constituido un hogar, pese a ser padres, ni pueden ser jefes de ese núcleo familiar. Siguen dependiendo de sus familias de origen, que son las que asumen en múltiples casos las responsabilidades y los derechos de la crianza de los hijos nacidos, así como de esos jóvenes padres.

La búsqueda de un espacio íntimo en la relación con su enamorada, que no encuentran en sus hogares, es semejante en las dos localidades; lo mismo sucede con las experiencias de embarazos y paternidad y las reacciones en su torno. La magnitud que tienen estas vivencias las diferencia de las mencionadas en los relatos de los varones mayores.

IV. LOS ADOLESCENTES Y LOS DILEMAS QUE ENFRENTAN

En el centro de la preocupación y de la ocupación de los adolescentes está la búsqueda de la propia identidad, de aquello que los distinga, que les dé sentido a sus vidas, que les permita sentirse parte de un mundo social en que sean considerados y respetados, que les reconozca derechos.

Se debaten entre el mundo de la infancia del que ya no se sienten parte, pero en el que sigue viviendo. Sus cuerpos han cambiado y lo siguen haciendo, sus vidas subjetivas están llenas de nuevas experiencias, estimulantes algunas, otras dolorosas. Los modelos identitarios que tienen frente a sí son confusos y contradictorios: los de los padres y del colegio que han sido profundamente internalizados se entremezclan con los de una modernidad presentes y aprehendidos de la televisión, internet y de la publicidad. Modelos enraizados, autoritarios, sexistas y heterosexistas los dominantes, con otros más recientes que apuntan a la diversidad y a la expresividad y reconocimiento de las diferencias.

Pasar de hombres niños a hombres adultos es el desafío. Es una experiencia personal, que tienen que hacer tanto solos como en compañía de sus pares. Las búsquedas por la propia identidad les llevan a conocer y reconocerse en su cuerpos, profundizar en el deseo y la sexualidad, competir para demostrar/se que crecen y probar de aquello que está prohibido. Abrir el campo de la sexualidad más allá de la heterosexualidad pasa a ser fundamental para los homosexuales.

Los espacios de intimidad se hacen fundamentales para poder descansar, conversar y reflexionar sobre tal cúmulo de experiencias y tensiones. El enamoramiento y la relación con la otra persona lo permiten en alguna medida, aunque su duración sea incierta. Una vez constituida una pareja se enfrentan los desafíos de otra manera.

Los adolescentes distinguen entre los amigos íntimos –uno o dos, a lo más–, los amigos del grupo y los pares, que son más distantes. Los primeros constituyen junto a la enamorada, cuando la hay, el núcleo afectivo y de lealtad en el que se sustenta gran parte de sus vivencias. No es fácil encontrar otra persona con quien compartir sus vivencias. No tener amigo íntimo, distanciarse de él, y no andar con una enamorada les hace la vida muchísimo más difícil. Las traiciones son inaceptables. La soledad pasa a ser otra experiencia más, que para algunos resulta dolorosa e insoportable. Los suicidios entre los adolescentes varones quizás tienen alguna relación con esto.

El espacio de intimidad que les había protegido durante la infancia, el hogar, ya no es visto como el más apropiado. Refugiarse en él es, en algún sentido, mostrarse débil, feminizarse, que es exactamente lo contrario de lo que ellos buscan. Los jóvenes perciben

a sus padres cada vez más distanciados de este proceso en el que están inmersos. Tampoco sienten que los padres comprendan la situación por la que pasan. Las nuevas vivencias no se comentan con ellos o sólo se habla de algunas. La conversación es más bien escasa. Con el padre ya cuestionado y con una mirada algo menos crítica hacia la madre, se produce un creciente distanciamiento. El padre sigue estando poco en la casa, en general no les presta mayor atención, es difícil estar con él. La madre, si trabaja, llega apurada, tensa, mandando; se producen discusiones por el orden y la limpieza. Aunque con ella muchas veces es posible mantener el espacio de intimidad creado en la infancia y conversar algunas de sus nuevas vivencias. Las expresiones de cariño van haciéndose más lejanas y los contactos físicos se reducen. Sus reacciones, para responder a las molestias que les producen las actitudes de los padres, son entendidas como falta de respeto y castigadas. Los adolescentes sienten que molestan, estorban y se alejan, buscan con más intensidad los otros espacios: amigos y enamoradas.

Hacerse hombres les supone en muchos casos andar en los bordes, desafiar los límites e incluso traspasarlos. Las expresiones de estos comportamientos temerarios han sido mencionados. Es una de las facetas de sus vidas, pero hay una infinidad de ellas, que por no llamar la atención como las otras, pasan desapercibidas y no son valoradas. Las actitudes temerarias también permiten salvar personas, solidarizar con los más desprotegidos, hacer campañas por causas que consideran justas.

En sus búsquedas y pruebas hay, en ocasiones, un componente importante de violencia entre los mismos adolescentes o de estos hacia otras personas. Los adolescentes pueden ser violentos y algunos lo son. Pero tanto o más importante que la violencia que se pueda generar, como consecuencia de sus acciones, está la que se ejerce hacia ellos. Gran parte de esta transición entre niño y adulto esta impregnada de violencia hacia los adolescentes; desde el modelo identitario autoritario de la masculinidad dominante en el que son socializados en el hogar y colegio; de los contenidos sexistas, autoritarios y violentos de las películas y videos pornográficas; del hecho de ignorar el proceso en el que están inmerso en la búsqueda de sus propias identidades, de no reconocer su calidad de personas con derecho a la intimidad, a la identidad, a tener una calidad de vida que les permita vivir dignamente; hasta de ignorar que tienen derecho para que se apoye su autonomía.

Se les condena por sus comportamientos sexuales, por su consumismo, por la riñas entre ellos, por la forma en que reaccionan frente a padres, colegio y autoridades en general, incluidas las fuerzas policiales. Se les castiga y violenta por intentar desordenar el “orden” de la escuela; por tratar de apropiarse de sus propios cuerpos y a través de ello protestar contra un “sistema” –como ellos afirman– que los ignora; por divertirse más allá de los límites “aceptables” produciendo sonidos, algarabías, fiestas a horas y en lugares en los que no está permitido hacerlo. Se les condena cuando embarazan, cuando son padres, cuando crean las condiciones para que una chica aborte, cuando se contagian con VIH/SIDA. Con mayor fuerza, cuando cometen un delito.

REFLEXIONES FINALES

Llama la atención las similitudes que se observan en las formas que se manifiestan los adolescentes en sus testimonios, como en los el contexto sociocultural en que están inmersos. Los modelos identitarios referentes son semejantes, así como los problemas que enfrentan para lograr su propia identidad; cuestiones centrales pasan a ser sus búsquedas en torno a la sexualidad, el cuerpo, las competencias y los consumos, así como la necesidad de tener espacios de intimidad, que no logran en sus hogares.

El mundo de estos adolescentes es llamativamente intimista, fuertemente asociado al mundo de lo privado. La familia, amigos, enamoradas y la vida en su colegio son el centro de preocupación y ocupación. Hacia su familia –padre y madre– y el colegio, en algunos casos, orientan su crítica y malestar. En gran medida los planes del futuro giran en torno a la familia que esperan tener. Los amigos y la enamorada forman su mundo más sensible y es en estos lugares donde se generan formas de ser hombre, masculinidades diversas, a través de los uso de sus cuerpos, de sus destrezas, de consumos, del tipo de riesgo que corren. Muchas búsquedas están enmarcadas en formas de masculinidad autoritarias y a veces violentas, pero también las hay que reconocen la diversidad, que son respetuosas de las decisiones de los otros.

Estos jóvenes son alumnos normales en sus colegios, terminarán sus años escolares y su enseñanza media sin grandes problemas. Han logrado los conocimientos y las rutinas que se lo permitirán. Son conscientes de que sus posibilidades para trabajar o hacer algo diferente, fuera del colegio, son escasas y no intentan salir de él.

Pensar en el futuro les produce gran ansiedad, especialmente a los que están por terminar la enseñanza media. Estos jóvenes, en general, no tienen a la universidad como referente para el futuro, ellos desean trabajar pronto. Estudiar, a lo más, uno o dos años para obtener algún oficio y ganar su propio dinero. Creen que lo lograrán, pero también saben que en alguna mediada se engañan. Los de la pequeña localidad ven su futuro en una ciudad grande, quizás Chillán, o Santiago. Tienen claro que no hay futuro para ellos en su localidad. Sus planes, al igual que los de Santiago, son trabajar, comprar una casa para tener su familia. Les cuesta verse cuando tengan treinta años.

La crítica social está presente en las formas y consecuencias que tiene sus búsquedas por una identidad propia. No hay un discurso crítico. La política es algo lejano y no forma parte de sus actividades ni proyectos en el futuro. Lo público les es gran medida ajeno. No leen diarios, en las radios escuchan los programas musicales de sus grupos y en la televisión ven telenovelas, películas y programas en vivo. Los noticieros no son mencionados.

Los problemas sociales, que tienen su origen en el comportamiento de los adolescentes, están en gran medida asociados a los procesos de búsqueda de identidad. Es allí donde se debería buscar también respuestas a ellos. Sin profundizar tales vivencias y las consecuencias que tienen en sus subjetividades y prácticas difícilmente se logrará formular políticas y propuestas de intervención que permitan superarlos.

Los adolescentes, sin lugar a dudas, son sujetos de derechos, pero cómo se construyen esos derechos cuando están en una proceso que les sitúa entre un orden social que les trata como niños y a la vez les exige transformarse en hombres adultos. Incentivar su ciudadanía y reconocerles derechos es quizás una condición para que sus búsquedas por identidades sean menos traumáticas, se les reconozca su diversidad y la posibilidad de ser diferentes y les abra el mundo de lo público y la política.

Los procesos de búsqueda giran especialmente en torno al mundo privado ¿cómo abrir esas búsquedas a lo público, a la actoría social, a la solidaridad con otros que están más allá de su mundo?

Finalmente, se hace cada vez más necesario buscar e incentivar modelos identitarios que reconozcan derechos en los adolescentes; que respeten su intimidad, autonomía y diversidad; que tiendan a la equidad e incentiven el ejercicio de su ciudadanía.

JÓVENES RURALES. GÉNERO Y GENERACIÓN EN UN MUNDO CAMBIANTE

Benno de Keijzer¹ y Gabriela Rodríguez²

INTRODUCCIÓN

En este trabajo enfocaremos la construcción de la masculinidad entre jóvenes en el contexto rural, específicamente en una región cañera del centro de México. Nos basaremos en un estudio realizado por los autores entre 1995 y 1997 (Rodríguez y de Keijzer, 2002) con el objetivo de dar cuenta de las transformaciones en el cortejo y la sexualidad desde una perspectiva de género y generación y dando cuenta tanto de las regulaciones sociales como de los efectos en la salud sexual-reproductiva.

La investigación se realiza en sur del Estado de Puebla, cerca del centro del país en una región denominada la Mixteca. Iguanillas es una comunidad representativa del México rural mestizo del altiplano central. Es atravesada por importantes procesos históricos como la constitución de haciendas y las relaciones de semiexclavitud durante el Porfiriato, por la Revolución Mexicana y los años de inestabilidad posterior, los cambios del modo de producción en el proceso de la caña, la llegada de la escuela y de otros servicios y las políticas clientelares de los sucesivos gobiernos priistas.

Iguanillas es una población de 1.050 habitantes, aunque hay un 25% más viviendo temporalmente o a largo plazo en los EE.UU. La comunidad se encuentra conformada en torno a la propiedad ejidal (uso de la tierra en usufructo, producto de la Reforma Agraria de los años 40). A lo largo de casi dos años se realizaron visitas de dos a tres días, dos veces al mes, para abordar el fenómeno desde una mirada etnográfica, combinada con doce sesiones de trabajo de discusión con jóvenes y diez y nueve entrevistas a profundidad a hombres y mujeres de tres generaciones.

I. CARACTERIZACIÓN DE LAS TRES GENERACIONES

La primera generación es la de los abuelos, todos ellos lo son varias veces. Su edad oscila entre los 55 y los 64 años. Todos son originarios de Iguanillas, aunque varios tienen algún progenitor foráneo. Forman parte de la generación que ganó la lucha por la tierra, aunque

¹ Médico, Maestro en Antropología Social y Doctorante en Salud Mental Comunitaria. Coordinador de Salud y Género, AC. Docente de la Maestría en Psicología y Desarrollo Comunitario.

² Psicóloga y Maestra en Antropología Social. Coordinadora de Afluentes, AC. Dedicada a la investigación y a la educación sexual por más de veinte años. Con varios libros publicados.

el menor ya la heredó de su padre, aún vivo. Todos se dedican al cultivo de caña y al trabajo de su pedazo de tierra “anexo”, donde siembran maíz, frijol, chile y otros alimentos para el sustento fundamentalmente familiar. Todos tienen además sus animalitos tanto para el trabajo como para una “eventualidad” (un gasto familiar fuera de lo común).

En ellos la historia de migración no es tan marcada. Dos migraron relativamente jóvenes, uno para dar instrucción militar en pueblos aledaños y el otro, ya casado, obligado por la falta de riego y el aumento de número de hijos, viajando a la zafra a Veracruz por espacios de hasta tres meses. Se pudieron asentar con mayor firmeza en cuanto instaló el riego en la región y se pudo tener cosechas más seguras de caña.

A esta generación “le tocó” ver ya de jóvenes llegar la escuela primaria posrevolucionaria, los primeros maestros que dan clases primero en alguna casa, que luego impulsan la construcción comunitaria del aula y que enseñan los tres primeros años en turnos mañana y tarde. “*Salía uno de maestro*”, ya que los más aplicados reproducían lo aprendido a niños de la comunidad. Ninguno tiene instrucción formal posterior, aunque uno de ellos no ha dejado de leer, especialmente todo sobre historia.

La segunda generación cuenta con cuatro de sus miembros que tienen consanguinidad con la generación anterior: tres son hijos y otro es hermano menor. El último de ellos se seleccionó por su experiencia de no tener propiedad familiar de tierra. Todos son ya padres de familia y su edad va de los 24 a los 47 años. Todos son de Iguanillas y de los cinco, cuatro tienen historias de migración. De hecho tres viven actualmente en Estados Unidos trabajando en la construcción en Arizona, después de varios años de trabajo en restaurantes y otros oficios en Los Ángeles. El otro ha migrado ya en tres ocasiones, no pudiendo soportar la lejanía de la familia. Actualmente “jornalea” en forma combinada en el campo y en el ingenio de Atencingo (ligado a la Pepsi Cola). El último no ha migrado jamás en su afán de “cuidar” a su pareja y combina la jornaleada con la mediaría (el trabajo en un terreno ajeno en la que quien renta paga la mitad del producto al dueño).

Esta generación está combinada en cuanto a sus estudios, ya que dos –los mayores– pudieron hasta el tercero de primaria, como sus padres y los dos más jóvenes pudieron avanzar hasta terminar la secundaria. Uno de ellos recibió una beca para estudiar elementos de agronomía en Morelos, lo que inicia su salida al mundo y es de los primeros migrantes.

Tenemos después la generación de jóvenes, todos de 15-16 años, nacidos en Iguanillas, tres hijos de ejidatario y uno no. Dos de ellos son familiares directos de las generaciones anteriores y dos no. Todos pudieron cursar la primaria y dos tienen la secundaria completa, mientras los otros iniciaron el primer año de secundaria sin terminarlo, prefiriendo dedicarse a trabajar y ganar su propio dinero.

Actualmente todos trabajan: dos en el campo, combinando el trabajo “en lo propio” (el ejido paterno) con la jornaleada. Son los mismos que dejaron la secundaria, ya tienen historia de migración conjunta para hacer trabajos de jardinería en Morelos y recolección de uva en Sonora, a tres días de viaje. Los otros dos terminaron la secundaria en 1996; uno ya emigró a Los Ángeles donde está su hermano y trabaja lavando trastes en un restorán. El otro, por ser el hijo menor, está prácticamente arraigado por sus padres en Iguanillas, condicionado a heredar la tierra familiar y cuidar de sus padres cuando envejezcan. Actualmente, desde su resistencia a trabajar en el campo se mantiene como empleado de una tienda en la capital del municipio.

II. ADOLESCENCIA... ¿EN EL MEDIO RURAL?

En el caso de Iguanillas la conceptualización de los “jóvenes” como miembros de una etapa más definible es relativamente reciente. Hay que reconocer que el concepto de adolescencia (y aún más el de preadolescencia) son de origen ajeno e históricamente reciente. Si bien es clara la ampliación de tiempo de vida en un país como México, donde la esperanza de vida al nacer se ha ampliado a más de 70 años, también hay que reconocer que las etapas dentro de ese ciclo son definidas no sólo desde lo biológico, sino también desde situaciones sociales y económicas. Lo que en la ciudad ya existe como una etapa de minoridad extendida, es relativamente reciente en el campo.

Esta etapa de los jóvenes, crecientemente conocida como adolescencia en las ciudades, se caracteriza por la contradicción entre un cuerpo suficientemente maduro a nivel biológico –como para tener vida sexual crecientemente– confrontado con una adultez social que se va alejando al alargarse los procesos educativos y al dificultarse la independencia económica. Además, los y las jóvenes siguen confrontando la doble moral sexual presente en la socialización de género, la que aún limita la autonomía y la libertad sexual de las mujeres mientras a ellos se les empuja a una sexualidad temprana, frecuentemente en situaciones de riesgo. Este es el contexto en el que activamente se gestan y promueven distintos riesgos sexuales y reproductivos.

De hecho, el concepto de adolescencia se ha ido traficando hacia el campo desde la ciudad dentro de programas tanto gubernamentales como no gubernamentales. En el campo apenas se está consolidando la juventud como una etapa de reciente alargamiento que cubre el tránsito entre una primaria (ahora secundaria) terminada y la formación de la familia. Existen casos minoritarios de hombres ya en fase adulta que no participan como iguales en las asambleas comunitarias o ejidales por ser solteros. Frecuentemente estos hombres viven aún con sus padres, marcando aún más su situación de adultez incompleta ante otros que no llegan a los veinte años pero ya tiene trabajo y familia.

Si bien los participantes de la tercera generación corresponden en edad a lo que en el medio urbano denominamos adolescentes, en este texto los denominamos jóvenes.

La generación y el género en la socialización

El tránsito de niño a joven se da en un doble juego de espejos, tanto el de la generación como el del género. En el primero el joven se va oponiendo al mundo de los niños y asimilando elementos del mundo juvenil y adulto. Estos elementos tienen que ver no sólo con la maduración corporal sino con el trabajo, los riesgos, las responsabilidades y la estética juvenil. En la dimensión del género se continúa con el entramado de oposiciones típicas de la infancia, afianzándose en las características pautadas de la masculinidad regional desde donde puede acercarse también el mundo de lo femenino. La entrada a la adultez puede estar marcada por diferentes hechos y el acceso a nuevos recursos materiales y simbólicos.

Analizaremos aquí los distintos elementos que marcan la especificidad de los hombres jóvenes rurales en tránsito del mundo infantil al mundo adulto. Así, analizaremos la influencia de la escuela, el trabajo, la migración, la sexualidad, el matrimonio y la paternidad. Hay elementos, como la escuela o el matrimonio, que pueden ser semejantes para mujeres y

hombres y sirven, desde la perspectiva de la generación para marcar la etapa juvenil o su terminación (el matrimonio). Pero también hay elementos distintivos como el trabajo, la migración en situación de riesgo, la sexualidad y la estética en donde encontramos importantes especificidades de género.

III. LOS JÓVENES RURALES EN MÉXICO

Pese a las hipótesis descampesinistas de los '60 y '70 la población rural sigue siendo un segmento muy importante en México en un sector agrario descapitalizado, en franca desventaja ante las crecientes importaciones desde los EEUU, invadido por productos masivamente producidos a precios mas baratos, incluyendo el maíz, sustento histórico de la dieta y la cultura mexicana.

La ruralidad en México es una realidad, si bien de 1970 al 2000 la población total de personas que viven en comunidades menores de dos mil quinientos habitantes ha disminuido de 41 a 25% a expensas inicialmente de migración hacia las ciudades, combinado luego con la migración a los Estados Unidos. Sin embargo, ha existido un leve aumento de esta población en términos absolutos, pasando en el mismo lapso de 19.9 millones a 24.6 millones de habitante (INEGI 2001). Esta población se encuentra dispersa en más de doscientas mil localidades, lo que se convierte en un reto en cuanto a la provisión de todo tipo de servicios. Según una encuesta demográfica de 1997 el 35,7% de la población mexicana tiene entre 12 y 29 años. De este total un 48% vive en ciudades de más de cien mil habitantes mientras que otro 25% vive en comunidades de menos de dos mil quinientos habitantes (SEP 2002).

La migración es un fenómeno que ha permeado la vida de estas comunidades desde la mitad del siglo 20, con un flujo hacia las ciudades cercanas (Puebla y México DF) y luego hacia los Estados Unidos. Sin embargo, el fenómeno arrecia en los últimos veinte años al grado de que se calcula que han emigrado a los EEUU más de dos millones de personas en la década del 1987 a 1997. De éstos, el 76% de los emigrantes son hombres (una razón de tres por cada mujer). De estos migrantes el 70% del total plantea la búsqueda de trabajo (más que la pobreza de origen) como motivo de la migración. Una encuesta de migración a la frontera norte mostró que el 91% de los migrantes eran hombres que quedan trabajando en las maquiladoras o pasan al "otro lado" para insertarse en trabajo agrícola estacional o en servicios. Otro acercamiento al fenómeno lo dan las estadísticas de mexicanos deportados de Estados Unidos: entre 1993 y 1997 fueron deportados casi dos millones, un 74% entre 12 y 19 años y el 86% de sexo masculino (SEP 2000). El estudio poblano muestra que la población adolescente comprende una cantidad creciente de estos migrantes, "alcanzando" a sus familiares ya emigrados para incorporarse también como trabajadores manuales ilegales. El cierre de fronteras y la estrecha vigilancia, así como las condiciones climáticas, hacen cada vez mas riesgoso este pase ilegal de fronteras; esto se refleja en el aumento de muertes de migrantes en los últimos años.

Más llamativo es el hecho de que en el censo del 2000 más del 31% de la población masculina mayor de 12 años "alguna vez trabajó o ha buscado trabajo en los Estados Unidos" (INEGI 2001). En una caracterización de esta población migrante emerge el hecho de que los hombres cuentan con un nivel de instrucción muy bajo (comparado

incluso con las mujeres migrantes): entre ellos el 12% no tiene instrucción y el 55% cuenta con estudios primarios incompletos. Sólo el 14% cuenta con estudios que van mas allá de la secundaria.

A nivel cualitativo, es poco estudiado y conocido el mundo de jóvenes rurales comparado con el de los urbanos, con quienes hay varios estudios enfocando aspectos como la sexualidad, la reproducción y la cultura juvenil entre otros temas. Por otra parte, se cuenta con pocos programas y materiales educativos específicos para este tipo de población en temas como la salud y la sexualidad (uno de los propósitos del estudio en Puebla). Los jóvenes rurales constituyen un sector que puede estar en procesos semejantes de transformación en su contacto con las ciudades, con cambios en los procesos de trabajo y su participación en instituciones como la escuela. Sin embargo, estamos también ante jóvenes muy diversos entre sí, sobre todo si analizamos su inserción en modos de producción distintos, variantes regionales y, aún mas, tomando en cuenta la dimensión étnica en un país con 6.3 millones de personas que hablan idiomas autóctonos, equivalente a un 7,3% de la población mayor de cinco años (INEGI 2001). Así, la dimensión étnica en México sigue siendo importante sobre todo en el centro y sur del país.

IV. ADOLESCENCIA Y POBREZA EN EL CAMPO, LA DIMENSIÓN DE CLASE

La adolescencia y juventud en el campo están fuertemente marcadas, para la mayoría, por la sobrevivencia en un contexto de pobreza y falta de servicios básicos. Los datos y tendencia en torno a la pobreza en México son difíciles de valorar debido a que los últimos gobiernos la han definido y cuantificado en formas diversas. Ante la imposibilidad de poder abatir la pobreza disecaron de ella la extrema pobreza como objeto de programas “más focalizados”. Lo único cierto es que todas las estrategias diseñadas para medirla muestran incrementos tanto en el número neto como en el porcentaje de pobres. La sobrevivencia en el campo está basada en la migración y/o la autoexplotación y el autoconsumo de maíz que ya Bartra definía en los 70’s. Por otra parte, uno tras otro distintos sectores agrícolas van entrando en crisis: el café, el arroz, la caña, el maíz..., aún antes de que el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá abra totalmente las puertas a la competencia con productos agrícolas norteamericanos. Es curioso y doloroso observar como la invasión de productos agrícolas desde el norte (muchos de ellos transgénicos) está aparejado con la “exportación” de campesinos y jornaleros que ya no pueden vivir de la tierra.

En este contexto se ha venido dando desde hace más de treinta años la emergencia del “narco” que empezó con la reconversión de cultivos a productos inmensamente más rentables como la mariguana o la amapola. Regiones enteras se encuentran bajo vigilancia militar; una vigilancia que también es horadada por el poder económico de los carteles. El fenómeno del narco permea la cultura popular tanto en la música, como en la narrativa, el cine y la moda. La figura del narco, poderoso (por el dinero y las armas) y retador de la autoridad, invade crecientemente el imaginario social. Junto con el migrante exitoso (que arriesgó la vida para llegar al otro lado), la figura del narco oferta una nueva imagen de masculinidad de mucho éxito, aunque de vida corta ante el riesgo de morir joven o caer en prisión.

Aunque en términos menos dramáticos, muchos jóvenes se adscriben a estas imágenes en un fenómeno semejante al descrito en historias de vida entre las favelas de Río de Janeiro, en las cuales los jóvenes revelan su expectativa de vivir una vida más corta y en mejores condiciones, prefiriendo una muerte temprana a acabar como muchos de sus padres que terminaron en la cárcel o muriendo de alcoholismo o tuberculosis.

V. LA ESCUELA SECUNDARIA Y LA CONSTITUCIÓN DE LA CULTURA JUVENIL

Las estadísticas censales muestran una asistencia considerable (88%) a la escuela primaria de la población rural de 6 a 14 años, aunque menor a las ciudades (95%). Donde se da una merma considerable es en la secundaria en la que baja a 15 % entre los hombres y 13 % entre las mujeres (comparado con 32% y 29% respectivamente en ciudades de más de 100,000 habitantes). El rezago educativo es más evidente en el 9,6% de hombres entre 8 y 14 años en comunidades de dos mil habitantes que no sabe leer (comparado con el 8,2 de las mujeres y con menos de 2% (para ambos sexos) en las ciudades (INEGI 2001). En el apartado de migración anotamos datos de los bajos niveles de instrucción de la población migrante, en especial los hombres.

Por género existen procesos diferenciales en la trayectoria escolar secundaria. Datos que apuntan a tendencias de género en el contexto mexicano muestran que ha existido una menor absorción de las mujeres entre un nivel a otro (de la primaria a la secundaria o de esta a la preparatoria), mientras que los hombres inscritos muestran mayores tasas de deserción y reprobación.

Hemos señalado la forma en que la aparición de la telesecundaria en Iguanillas influye desde la segunda generación estudiada y marca a una buena parte de la tercera generación. Con la llegada de la secundaria se da la creación un espacio nuevo para la recreación de identidades, de relaciones de género y el cortejo, la escuela se constituye como espacio de convivencia radicalmente distinto.

La tercera generación tiene claramente a la escuela como espacio de contacto y gran parte de los episodios de cortejo se originan con las jóvenes que allí acuden. Varias de las historias de cortejo arrancan desde la primaria. El año escolar en curso se convierte en una referencia más clara que la edad del declarante: *“Este, cuando iba yo en primero de, de secundaria”*, para ubicar alguno de sus noviazgos, por encima de su ubicación etárea. Los tres años de estudio posteriores a la primaria constituyen, independientemente de lo que aprenden académicamente, un espacio privilegiado de socialización con pares, hombres y mujeres que no existía antes, sobre todo por el extremo cuidado y vigilancia de la sexualidad de las jóvenes no casadas.

Simultáneamente existen otras alternativas para el contacto entre jóvenes como la cancha de basquet –un deporte que ellas también practican y que es fomentado en la escuela– y el balneario rústico en el nacimiento de agua que es lugar de lavado de ropa, de acarreo de agua y, para los jóvenes actuales, un lugar de recreación y contacto tanto para amistad como para cortejo.

El paso de la primaria a la secundaria marca un momento de distanciamiento de la infancia importante y más importante aún la salida de la secundaria en la que se está ya

en el camino hacia responsabilidades y derechos del mundo adulto, sobre todo a través del trabajo y el matrimonio. Las etapas escolares ocupan cada vez más un lugar los ritos de paso. La escuela rural ha jugado un rol claro en el alargamiento de la minoridad frente del trabajo asalariado.

En Iguanillas se da una inscripción similar de hombres y mujeres a la telesecundaria, aunque hay que resaltar que existe un porcentaje significativo de deserción, sobre todo masculina. La escuela ya no ofrece esa promesa de progreso que significó para las clases medias y populares de las ciudades. La perspectiva de mantener un hijo improductivo a lo largo de tres años de bachillerato más y luego la Universidad rebasa el horizonte de la economía de las familias. El sitio de la escuela, como lugar de salto al progreso, ha sido ocupado por la migración. En un ejercicio hecho con los jóvenes de ambos sexos en la telesecundaria, en donde se planteaban donde se veían en cinco años casi todos dijeron que en Estados Unidos o en una ciudad mexicana, trabajando y la mayoría soltero aún. Una de las jóvenes pudo visualizarse regresando de Estados Unidos a su pueblo en una *troca* (camioneta).

El deterioro de las expectativas sobre la escuela, como posibilidad de ascenso, es detectado por las maestras, quienes van casa por casa promoviendo la inscripción al nuevo ciclo (y promoviendo de paso la permanencia de su fuente de trabajo).

VI. EL TRABAJO, PUERTA HACIA OTROS MUNDOS

El trabajo en sí no es tan distintivo de la entrada a la juventud o la adultez, ya que muchos niños y niñas trabajan mucho desde pequeños; ellos más en el campo, “ayudando” al papá o a otros familiares en ciertos momentos claves como la siembra y la cosecha, mientras que las niñas trabajan más en el espacio doméstico, “ayudando” a la mamá y cuidando de especies menores. Los niños también acarrear agua hasta cierta edad, ya los jóvenes ven esto como trabajo de niños o mujeres.

Lo que marca un salto cualitativo es la oportunidad de trabajar en algo ajeno a la parcela familiar. Esto significa ingreso propio, aunque una parte se entrega a la familia con la que se convive. Así, la distinción joven-adulto ya no es tanto el trabajo sino el ingreso y la independencia. Hay hombres adultos no casados que siguen trabajando con el padre y es él quien recibe el ingreso y delega una parte al hijo para sus gastos. Es importante que, dentro de la trayectoria de la masculinidad, el trabajo asalariado trae consigo los recursos económicos para el sexo pagado y el alcohol. De hecho la iniciación sexual de los adolescentes en Iguanillas tiende a estar marcada por estos ingresos y las salidas colectivas con amigos y familiares de más edad a la cabecera municipal, donde se encuentran las casas de cita.

Cuerpo masculino, salud y trabajo

El tipo de trabajo y las condiciones en las que se realiza tiene un grado de desgaste en la salud, desde la incorporación temprana al mundo laboral. Una mirada desde la perspectiva de género puede agregar obstáculos en el autocuidado que también tienen que ver con una socialización masculina tendiente a la competencia, a la temeridad y a la percepción de que una actitud cuidadosa y preventiva es más propia de las mujeres.

“*Todo por servir se acaba*”, es una frase que frecuentemente se escucha referida tanto a objetos y maquinaria como al cuerpo masculino. También la dicen, sobre todo, para referirse a lo que otros llamarían envejecimiento prematuro o desgaste producto de una historia laboral desde niños y que para la adolescencia ya tiene todos los requerimientos del trabajo de un adulto: días que se inician con la recolección de los jornaleros por camiones para el corte de caña antes de que amanezca, en una jornada que puede transcurrir a cuarenta grados de temperatura, con un gasto calórico descomunal y con precaria situación en cuanto a equipo y atención a la salud.

Hay medidas preventivas que los mismos cañeros han incorporado como la norma de que, hasta cierta edad o grado de desarrollo físico, los jóvenes no pueden regar pesticida, ya que esto lo hacen los adultos apenas con un pañuelo tapando la boca como única medida de protección. Cuando ya se inician en estas actividades se les insiste (sólo a los que están “nuevos”, es decir, jóvenes) que consuman abundante leche para contrarrestar el pesticida que tiene la capacidad de entrar por nariz, boca y, sobre todo, a través de la piel. La efectividad de la medida queda cuestionada por los internamientos y muertes por intoxicación en México y Centroamérica, así como los daños crónicos como son los casos de infertilidad entre los bananeros centroamericanos (CSUCA 1984). Pero como dicen ... *todo por servir se acaba*.

Vista desde la perspectiva de género, la relación entre trabajo y cuidado de la salud es abiertamente contradictoria por diversas razones. Una razón importante tiene que ver con la centralidad del trabajo en la construcción de la identidad masculina, el hombre tiende a amalgamarse con su profesión u ocupación (Deutschendorf 1996). Esto se refuerza con el rol de proveedor que históricamente ha jugado en la familia. El cuerpo entonces es vivido como instrumento para esos fines. En este sentido, los jóvenes de Iguanillas no son excepción.

En general, el autocuidado, la valoración del cuerpo en el sentido de la salud, es algo casi inexistente en la socialización de los hombres. Al contrario, el cuidarse o cuidar a otros aparece como un rol netamente femenino, salvo cuando se es médico y se decide sobre la salud ajena. En Iguanillas no parecería como muy masculino el manifestar o practicar el cuidado del cuerpo y la salud.

Como conclusión inicial, la salud y el autocuidado no juegan un rol central en la construcción de la identidad masculina. Revisemos ahora el eje contrario, la forma en que la identidad masculina influye en la salud y no sólo de los hombres. El inventario de problemas de salud masculina donde el género determina, influye o interviene sigue ampliándose. A pesar de que las estadísticas de las últimas décadas han presentado una sobremortalidad masculina importante y creciente, esto apenas era problematizado por la epidemiología. Es muy reciente cuando empieza a enfocarse la mayor mortalidad masculina asociada a problemas de corazón, a ciertos tipos de cáncer (pulmón y próstata) y, sobre todo, a la enorme mortalidad debida a muertes violentas: homicidios, accidentes y suicidio. En este sentido las causas de muerte entre los hombres jóvenes de Iguanillas están ubicadas centralmente en las muertes violentas (por accidente u homicidio), en su mayoría “allá” en los Estados Unidos a donde migraron buscando trabajo.

Mención aparte merecen las adicciones, en especial el alcoholismo. La carrera adictiva se inicia tempranamente, como en la ciudad, con el consumo de cigarro para luego incorporar el alcohol. El consumo de alcohol inicialmente es trasgresivo o en situación

extraordinaria de fiesta entre los hombres más jóvenes, para luego ser ampliamente aceptado e incluso promovido. La liga ante este consumo y la hombría es clara, salvo los casos de hombres adultos que ya estén en la fase anónima (AA) de su trayectoria alcohólica. Al investigador, cuando se le vio por primera vez consumiendo cerveza en público, uno de los hombres adultos no pudo más que exclamar: “Ah, entonces sí es hombre!”. Hay datos de otras regiones sobre la introducción de otras drogas que se consumen en Estados Unidos, como la coca; esto no se ha dado aún en Iguanillas.

VII. “AQUÍ Y ALLÁ”: LA INFLUENCIA DE LA MIGRACIÓN Y LOS MEDIOS

La escuela ha aparecido claramente no sólo como un espacio privilegiado de interrelación juvenil sino como un factor creador de la propia juventud y su identidad. Revisemos ahora la influencia de la migración y los medios como referentes para esta identidad y para las modalidades en las relaciones de género.

Puebla, estado donde se realizó el estudio, no aparecía como un estado de alta migración en el momento de redacción del proyecto. Entre el 90 y 95 se calcula una migración de 70.563 poblanos (70% de ellos hombres). Cuando estaba redactándose la publicación ya aparecía en las estadísticas como fuerte expulsora de migrantes. En los últimos años los puntos en la frontera, a donde se puede viajar directo en autobús, han aumentado de uno a catorce, sin contar con los vuelos directos diarios de Puebla a Dallas.

Para el caso de Iguanillas la migración se viene dando desde la generación anterior y reforzado en la presente, con leve y temporal retroceso (y temporal) con cierre de fronteras (aumentando los riesgos del paso al “otro lado” y limitando más la migración de las mujeres jóvenes). Abundan y circulan las historias de éxito y fracaso que son activamente escuchadas y reproducidas por los jóvenes. Casi todas las historias empiezan con la migración antes de los veinte años y van desde el exitoso migrante que ya tiene papeles, casa propia y viene cada año en avión (una semana a Iguanillas y otra a Cancún), pasando por varios que han regresado muertos por accidentes o episodios violentos, hasta los que han fracasado en la “pasada”; uno hasta tres veces ha sido devuelto! Finalmente está el caso de Tamez, el Presidente del comité de la escuela quien ha migrado tres veces y trabajado muy duro, pero que comete la debilidad de llamar a su familia y, no pudiendo soportar el llanto de sus hijos, ha decidido regresar tres veces gastando gran parte de lo ahorrado.

Pero también está Inocencio (17 años) quien ocupa el lugar de hijo menor en una familia numerosa donde todos sus hermanos ya han migrado. El también quiere hacerlo al rechazar su destino de quedarse a trabajar la tierra familiar (heredándola) y de cuidar a los padres. Cuando llegamos a hacer trabajo de campo su madre se refería a este deseo de seguir los pasos de los hermanos rematando con la frase *pero ya le quitamos la intención*. Dos años después, terminando el trabajo de campo el asumía el hecho: *Ya me quitaron la intención*.

La migración que aparece en un lugar importante entre las influencias, al igual que la propia escuela. Podemos adelantar la enorme ambivalencia que produce dicho cambio visto como posibilidad y prisión a la vez, como confort y nostalgia, como modelo,

como clara posibilidad de progreso, etc. La migración tiene notables impactos sobre la economía y el consumo - quienes están construyendo o ampliando viviendas o invirtiendo en electrodomésticos, lo hacen con dólares de migrantes. Hay algunos que también invierten en obras, como las de riesgo, para sus terrenos.

Pero para nuestro tema es más importante aún la experiencia de la otredad; el notable contraste entre “allá” y “acá” que se maneja como una referencia permanente en los discursos; por ejemplo, de Javier (26 años) y de Juan Fernando (36 años) ambos migrantes en su adolescencia. Ellos resaltan las diferencias en las formas de relación, es decir, las relaciones de género que ven como muy contrastantes. Estas diferenciaciones se dan forma constante en el discurso incluso de los jóvenes y adultos que no han migrado. Es indudable la importancia de las redes, sobre todo familiares que sirven de guía cognitiva y de apoyo solidario en el tránsito y asentamiento de los nuevos migrantes. La red local y la red en los Estados Unidos pueden actuar tanto empujando como reteniendo, según el caso.

Veamos el caso de Javier quien migró terminando la secundaria. Su caso y trayectoria da una buena idea de lo que espera a muchos jóvenes a punto de migrar. Aunque es adulto ya, su relato es significativo puesto que los (y las) jóvenes actuales tienen puesta la mirada en esta generación migrante; mucho más que en la generación de los abuelos o de los padres que no han migrado.

El primer contacto con él es cuando los investigadores llegan en una de las visitas a Iguanillas y él, recién llegado de Estados Unidos, se acerca muy amable e interesado esperando traducirnos al confundirnos con turistas. Es hijo de Mario y Mariana, llegó de Estados Unidos con nueve maletas y un equipo de sonido de más de mil dólares. A las 11 está almorzando apenas y sale, a pesar del calor, envuelto en gruesa chamarra norteamericana y una camiseta negra con una imagen y texto del “*Real Bad Dog*”. Lo acaba de curar su mamá puesto que ayer se “fue de canijo”: después de tomar en la esquina, se siguieron con una camioneta a Izúcar y terminaron en Atencingo, dejando hasta una grabadora. El prefirió que se regresaran por la forma en que manejaban la camioneta. Ella lo fregó en alcohol y le inició un tratamiento de gotas diarias (“aversivas”) que hacen que uno vomite y rechace el alcohol.

Para Javier la migración fue una alternativa posterior a la escuela: “*tuve la oportunidad*”... “*una buena salida*”. Estudia la primaria y es de la segunda generación de la telesecundaria en Iguanillas. No puede hacer la preparatoria, que tendría que ser en la cabecera municipal, por el costo del transporte, la inscripción y los libros.

Javier migra a los EEUU a los 16 años, cuando estaba a punto de casarse, pero sus hermanos “*por las dos partes me ayudaron a desistir del matrimonio*” (“orientar” le llama él) y abrirle la puerta para migrar: “*meter la mano para irme*”. Migra en una época donde no hay riego en la zona de cultivo de caña, ni fuentes de trabajo en época de secas. Algunos cazan para comer o traen leña para la venta, incluido él. Hoy reconoce que hay más fuentes locales de trabajo, pero que pagan poco, “*pero ya hay siquiera donde dices pus me voy a agarrar un centavo*”.

Cuando se le entrevista tiene 26 años y desde enero 1986, a los 16, emigra a Los Angeles siguiendo a su hermano y sus cinco primos que ya trabajaban allá en restaurantes. “*Entonces la pasada era bien fácil*”. Ahora está más difícil, pero como trabajó un año de coyote³ se sabe pasar solo. “*La migra⁴ se va sobre de los grupos grandes*”. Ahora gana

³ Traficante de migrantes.

⁴ Policía migratoria de Estados Unidos.

mejor, trabajando de “roofero” en Arizona limpiando y reparando las azoteas de las casa de madera que allí se usan. Donde trabaja son puros gringos, casi no hay mexicanos.

Dice que migra: *“por tratar de mejorar. En realidad el pueblo está con pocos recursos. El trabajo de campo es más duro, por lo que pagan. Apenas da para ir viviendo, más bien comiendo, pues ni se puede comprar ropa”*. En ese tiempo sólo podía trabajar de jornalero o ayudando al papá. Pero casi no había trabajo puesto que en esa época no había agua (riego) la cual tiene apenas seis años de haberse logrado. Cuando migra vive con cinco primos. *“Allá hay más opciones donde trabajar”*. Empieza lavando platos en un restorán chino de comida rápida. Le cuesta inicialmente el inglés, pero es de los que mejor la ha hablado. *“Allá le va a uno como uno se desempeñe”*.

“Si yo me hubiera casado cuantos hijos orita no tuviera; tuviera lleno de hijos”. Calcula que serían cuatro, aunque su deseo es tener dos o tres. *“Los que se quedan aquí nomás piensan en casarse, pero así se destruye uno mismo. No hay como vivir la vida, aquí no hay diversiones más que tomar. Allá anda uno con chamacas. Se da uno cuenta de la vida. Si no, ya tuviera yo cuantos hijos. Yo no decidí casarme pronto”*. De los de su generación, los que se quedaron todos se casaron, sólo uno está soltero. De los hombres de su familia seis se casan y migran y sólo uno se quedó.

Allá se ahorra mucho, no hay en que gastar. Entre cinco rentan un departamento. *“Se siente uno encerrado, como en una jaula de oro”* que es exactamente la misma metáfora que usa Mario, su padre, a partir de los pocos meses que se quedó allá en una visita a sus hijos. *“Aquí uno es libre”* es la referencia mas frecuente en cuanto al uso del espacio y el clima que lo permita. *“Allá hace mucho frío ... se la pasa uno encerrado en la casa o en el trabajo. Allá no me siento bien. Aquí trabajo en la mañana y luego salgo con mis amigos. Allá si te ven mucho tiempo afuera creen que eres vendedor de drogas”*.

Javier, al igual que Juan Fernando migra sin tener pareja formada ni prospecto de pareja. Juan Fernando también se alegra de no haberse casado temprano como otros de su generación que actualmente tienen muchos hijos y problemas económicos. Este tipo de migrantes piensa trabajar varios años, fincar casa y luego buscar pareja y conformar familia, lo que coincide con la perspectiva de la generación de jóvenes actuales. Hay otros casos en que la migración surge después de formada la pareja porque la posición económica se les hace complicada. Algunos combinan la situación formando pareja justo antes de irse: se casan *para tener algo acá*. De allá mandan dinero, viajan a Iguanillas cada año o dos años (dependiendo del status migratorio que hayan logrado) y, en muchos casos, termina por *mandar a traer a la familia*.

Otro contraste, aún más marcado, se da en relación con la sexualidad “allá”. Es impactante para ellos la apertura cultural en relación al tema, el acceso a lugares donde se paga por sexo y el hecho de que en el cortejo “allá” sea lícito el tener relaciones prematrimoniales. Hay historias fuertes de los migrantes que, sobre todo inicialmente, viven hacinados en un departamento para compartir gastos y que contratan a alguna prostituta *“que se mete⁵ con todos”*. *“Dicen que hasta entre ellos...”*.

José (16 años), sin haber migrado hasta allá reproduce también estas historias. Hablando en relación a la frecuencia con las que se va a prostíbulos “acá” y “allá”: *“... y allá (van) mucho más. Allá en veces uno va buscando tuerca y se encuentra uno tornillo,*

⁵ A tener relaciones sexuales...

'no que si no...' 'pus por ahí no... o sea, al verlas se ven bien, así... mujeres bonitas, de buen cuerpo, pero ya no...' 'no me acuerdo como les llaman', que ahorita o sea 'primero me toca a mí' y ya, después 'ahora voy yo'... así, pues uno nos contó que así le pasó... Entrevistador: Ajá ¿y sí aceptó? 'No, ¡patagonia a correr!'

Desde este eje, Javier considera a San Miguel como *"más conservador ... allá no se ve el noviazgo ... hace uno cosas o sea más íntimas con la persona ya necesidad ni de hablar, dice el dicho" ... "mañana ni te conozco!"* dice refiriéndose al sexo con personas prácticamente desconocida. Los chamacos más pequeños si tienen noviazgo.

La influencia de los medios

La otra dimensión del "aquí y allá" está dada por la presencia de los medios comunicación masiva. Esta presencia es bastante reciente y creciente. La introducción de electricidad es algo que influye en las vidas de los más jóvenes de la generación intermedia. Javier ya menciona las escenas amorosas que ve en la televisión en casa de un amigo. En Iguanillas la presencia es sobre todo de la televisión y de la radio.

La televisión la consumen activamente los hombres y la radio se escucha en muchos casos en forma permanente. Los artistas de ambos medios son referencia común de los hombres, aunque en menor medida que las mujeres. No hay circulación de periódicos o revistas, incluso prácticamente no pudimos observar la práctica de lectura ya sea de libros (con la honrosa excepción de uno de los abuelos) ni de fotonovelas o comics.

Así, la influencia de los medios es creciente y se deja ver claramente en la tercera generación impactando su visión de la otredad en sus múltiples referencias a la ciudad, influyendo en su apariencia y sus gustos musicales. Este impacto se acrecienta con los equipos de sonido, televisores y videograbadoras traídos por los migrantes o el dinero enviado para su compra. Son de las primeras adquisiciones que se realizan. Hay la emergencia de nuevos héroes marcando la transición del corrido al narcocorrido, con el narco como una nueva tipología masculina.

El video abre una dimensión importante en la constitución de la sexualidad. Entre la tercera generación, en especial los hombres, circulan ya videos porno que traen los hermanos y tíos migrantes de los Estados Unidos. Estos son vistos "a escondidas" en alguna casa cuando los padres están fuera, por ejemplo, acudiendo a alguno de los mercados de la región. José afirma que esto sólo sucede entre los hombres jóvenes, pero Inocencio sabe de sesiones mixtas donde se han visto provocando mucha risa entre las jóvenes. Inocencio complementa afirmando que hay películas bajas y otras "más altas" donde se ve como se hace el amor.

Finalmente debemos de comentar el tipo de reacciones que se dieron en las sesiones de jóvenes al pasarles algunos de los videos de educación sexual como las de Mexfam. Generalmente, al discutirlos surgían comentarios que apuntaban a cosas *"que no se ven o dan aquí"* más que la atención a lo que sí se ve. Ejemplo de esto son escenas de jóvenes solos en la milpa o de jóvenes acostados y abrazados en un parque. Así se siguen con que no se ve ni la homosexualidad, ni el aborto, ni el incesto, ni el sexo prematrimonial, ni el robo de novia; el trabajo a largo plazo en la comunidad desmiente todo esto al comprobar al menos un caso.

VIII. GÉNERO, CORTEJO Y SEXUALIDAD

Al centrarse la investigación con más detalle en los procesos de cortejo y sexualidad, encontramos más elementos en donde también se van conformando (y confirmando) las identidades de género. Hay que resaltar al cortejo como espacio de reificación de la diferencia y la complementariedad de lo masculino y femenino, con características y roles de poder definidos.

En el estudio nos interesó tanto la reproducción como la trasgresión y la creatividad, sobre todo en las relaciones entre jóvenes. Una omisión fue que no profundizamos en la noción de cuerpo y en el significado de los drásticos cambios que se dan a partir de la pubertad.

La iniciación sexual marca también un punto de diferenciación entre los adolescentes, acercando a los iniciados al mundo adulto. En el caso mencionado, dicha iniciación se sigue dando en condiciones de riesgo. Los varones jóvenes, teniendo ya su primer salario, acuden prestos a los prostíbulos de la cabecera municipal para iniciarse sexualmente “a cuerno limpio” es decir sin condón, en referencia a las muy gustadas corridas de toros en la región. A pesar de la ruralización del VIH-SIDA, aún no llega a este poblado el terrible efecto demostrativo (y pedagógico) de los primeros muertos por SIDA, aunque es de suponer que se están incubando ya las primeras víctimas entre el 25% de la población que migra a Estados Unidos y regresa con cierta frecuencia.

El cortejo hace desplegar también una emergente estética juvenil con diferencias por género. Entre las adolescentes aparecen los pantalones, los shorts, el pelo corto y diversos peinados que ya incluyen el uso de rayos en el pelo. Entre los jóvenes lo más resaltante son las camisetas con textos en inglés y, sobre todo, las gorras beisboleras que rompen con el tradicional sombrero de paja que sus padres aún usan. Así, la estética no sólo marca las distinciones de género sino las de generación.

El cortejo y las representaciones de género, aparte de la escuela, cuentan con otros espacios: Un espacio privilegiado, y en ascenso, es el de los bailes. La fiesta con baile como momento extraordinario en el año y como posibilidad de contacto, se ve multiplicado por la creciente frecuencia de los bailes con sonido y las montadas de toro tanto en Iguanillas como en pueblos vecinos. Recientemente aparece la posibilidad de un baile por el mismo hecho de bailar, en ausencia de alguna festividad familiar o religiosa. De hecho se da una verdadera industria en la región que va desde los grandes conjuntos que llegan a Izúcar de Matamoros y las cabeceras municipales hasta los “sonidos” que se pueden contratar. A veces las fiestas de los pueblos incluyen juegos; otro espacio para el cortejo.

La familia se mantiene como principal locus de control de los roles de género y de la sexualidad, en especial, la femenina: en todas las generaciones el control va dirigido principalmente a la protección de las mujeres aunque los hombres pueden sufrir las consecuencias de esta protección en la modalidad de persecución y apedreamiento de los pretendientes. Sin embargo, en la generación de los abuelos el control hacia los hombres también era notable. La vigilancia se establece por parte de la familia extensa, los compadres y otros adultos. Según el caso, quien reprime puede ser la mamá, el papá y/o los hermanos grandes. La/os hermana/os pequeña/os suelen servir de informantes/espías. A pesar de lo que se percibe en las tres generaciones como grandes cambios, tenemos que lo cierto es que a las mujeres se les sigue cuidando mucho. Para las mujeres jóvenes actuales el rango

represivo aún va desde el regaño hasta los “cuerazos” (con cinturón). En una sesión de trabajo con jóvenes en torno al regaño y los golpes, nos llamó la atención que en la mayoría eran las mamás las que les pegaban y no tanto los papás.

El erotismo y la sexualidad marcan claramente las diferencias de género a lo largo del ciclo de vida, pero en especial en la adolescencia. Si es que hay derechos sexuales en esta etapa, están claramente del lado de los hombres. Javier tiene clara esta distinción de género: *Por parte de los hombres no hay ninguna limitación, porque siempre los papás y las mamás dicen “siendo hombre no hay ningún problema”*. A las mujeres debe de prohibírseles más *por el miedo a que “salgan” embarazadas o que lleguen a hacer cosas indebidas a temprana edad*.

Para José (16 años) la diferencia también es real: *“Entrevistador: ¿ Si los ven de noche platicando o agarrados de la mano ?*. José: *Pues si se enojan y hasta la cachetean, bueno a ella. A mi nomás la cachadera*. Entrevistador: *Tus papás si saben ¿pero para ti hay algún problema o a ti te limitan el tener novia ?* José: *No, porque uno es hombre”*.

Esto remite al terrible peso de la doble moral que se desenvuelva totalmente al ocurrir algún embarazo. Cuando ocurre un embarazo típicamente lo denominan como “salió embarazada”. En la entrevista a Inocencio vemos el costo de las relaciones prematrimoniales aunque no ocurra el embarazo: *“Entrevistadora ...entonces qué opinión tienes de esa muchacha, supónte que tuvo relaciones, no se embarazó ... Qué piensas de ella?*. Inocencio: *Este, pues que a la mejor más para adelante su vida la va hacer un desbarajuste ¿no?, porque si el que la ayud... si el que si su novio ... para adelante ya la va a tratar de, como po... como una cualquiera, ya va a empezar a regarla con los demás y le van a decir que ya no, que ya no es señorita ... que ella ya tuvo relaciones sexuales con él, la que va a perder es ella, y él ...”*.

Lo importante es que el mundo adulto no se entere de lo que ya sabe que está ocurriendo. El mismo mecanismo tiende a ocurrir con fenómenos como la iniciación sexual masculina y la circulación de videos porno entre los jóvenes. La norma y su trasgresión parecen convivir pacíficamente siempre y cuando no sean atrapados en el acto.

Otro elemento distintivo de la identidad masculina en el terreno de lo sexual es la competencia con otros hombres. Javier, de la segunda generación, que tiene su segundo noviazgo todavía en la primaria, con una que llegó de afuera. *“Ya todos, o sea, ya todos le hablaron así para novia”, porque era “como nueva y todos la querían. Yo le hablé y que me hace caso”*. Entonces hay competencia entre los hombres? *“Si porque, si uno va y le habla, como es nueva, pues yo también le hablo así, o no sé”*.

La identidad de género es sumamente dinámica y puede estar jugando constantemente en la relación entre géneros y generaciones. El cortejo es un espacio privilegiado donde se cumplen ciertas normas que, al ser trasgredidas, pueden poner en riesgo la identidad, en este caso de los varones. Al igual que sus compañeros de generación actual de jóvenes, Juan detecta un papel más activo en las muchachas y presenta el caso más claro desde su propia experiencia. Hablando del tema de la iniciativa surge la pregunta: *“¿Cómo te enteras tú de que ellas también están interesadas? Pues ellas le hablan a uno*. Entrevistador: *Ajá, te contestan. O te hablan, toman la iniciativa también. Si o sea como si ellas fueran el hombre y uno la mujer*. Entrevistador: *A mira ¿con cual te pasó eso?. Con una de acá... con la quinta creo. No, si, o sea que yo iba para la cancha y ésta andaba jugando ahí en la calle y nos íbamos con Cruz, y que les dice ‘Bueno, mucha-*

chas ¿jugamos?’ y dicen ‘bueno pues jugamos’, y luego ya no ya nos vamos y que me llama ella, así ven, así como media agachada... Esa ya ha sido que nos llevábamos bien en la escuela porque salimos juntos y ya que me dice: ‘te quiero decir algo’, ‘ajá’. ‘A ver, que te quiero’. Ya yo no supe ni que decirle (risas) si o algo así, o que me agarró en horas de que no sabe uno ni decir nada, y que; ‘¿y ora qué, por qué me dices eso’, ‘pues sí, te quiero, quiero que seamos novios’, ‘no, si él que te tiene que decir soy yo’, pues ‘si’ dice, ‘pero tú como que tú no me quieres hablar y yo, no a según estás engañándome, no eras de mi escuela, ya que te quería yo’... y ya no le dije nada. Entrevistador ¿No te habías dado cuenta tú que ella te quería? Ajá, yo no le dije nada. Ya hasta después me dice, ‘voy a salir y voy ir a traer pan allá por la iglesia’, que es por donde venden pan. Y ya en la noche que voy, ya estaba oscureciendo y que voy y ya mejor que le digo que si quería ser mi novia, pero ya era seguro. Ya que me dice que si”.

La edad mayor de la mujer así como el hecho de que ella tome iniciativa son hechos cargados de significación para los hombres al romperse el patrón común del cortejo. Es sumamente interesante encontrar una iniciativa femenina tan explícita, que luego se va repetir en su primer beso. Aún mas llamativo el hecho de que él se ve obligado a completar el ritual desde la iniciativa masculina pidiéndole que sea su novia aunque “ya era seguro”.

Inocencio comenta en cuanto a las relaciones premaritales: “Entrevistadora: ¿Hay muchachos que tienen relaciones sexuales con sus novias? Respuesta: Algunos sí. Entrevistadora: ¿De aquí de San Miguel? Respuesta: Ah, aquí dicen los muchachos que no que nadie. Pus no pue’... (ríe) Ya que van a estar diciendo ¿verdad? Bueno es que uno, es que uno ... se calla uno para no ... también, mmh, es como un secreto pues sólo que ... Entrevistadora: ¿Pero te han platicado, te han confiado algunos amigos? Respuesta: Bueno nada más, no no tan grandes pues, chavos, pues como yo. Pues usted ve que muy es muy distinta la juventú que ya es más grande a la juventud que es más chica. La juventud más chica te puede contar, aunque sea chismes pues ¿verdad? aunque no sean verdades y la juventú más grande pus, no te pueden mentir, ¿mmh?”.

Aquí lo que salta es el “ya que van a estar diciendo ¿verdad?” que le suelta a la investigadora como condensación de la clandestinidad, el secreto entre jóvenes ante el mundo de los adultos. Esta frase obliga a relativizar mucho de lo dicho a nivel grupal en torno a lo que no sucede en Iguanillas, mucho de lo que eventualmente emergió, afloró a medida de que se fue alargando el trabajo de campo fortaleciendo la confianza. Por otra parte, es de notar la distinción etárea que hace desde su cultura, diferenciando a la juventud *chica* de la *grande*.

Estos casos aparecen como “excepciones” pero parecen venir en aumento y tenderán a repetirse. Por excepcionales y trasgresores de las reglas del ritual tienden a ser calladas. En este grupo se encuentra una relación de mayor equidad y una mayor facilidad de los hombres de expresar lo que sienten en el contexto de una entrevista que de confianza o con algún amigo muy cercano. El reflejar ciertos sentimientos sigue siendo peligroso por la difusión que dicha información puede tener. Tanto Inocencio como José se preocupan por esto último.

Así, el cortejo y la sexualidad están muy ligadas a la emotividad y su expresión. En las tres generaciones de hombres existen regularidades en esta expresión. No hay un discurso masculino elaborado – tienden a *hablarle de amores* (no del amor que ellos sienten). Los abuelos lo manifiestan en los siguientes términos “En el primer momento, lo que usted le

caía de corazón a una muchacha...”. Más que un intercambio amoroso se refieren al corazón de ella y no al propio, como un logro, un primer paso, el hecho de llamar la atención de ella. La emotividad para los hombres parece ir más por este logro y lo que implica en términos de trabajo, espera y tensión para ubicarla, esperarla y conversar con ella, sin contar las emociones de alguna corretiza por parte de sus hermanos u otros cuidadores. “*Vas a un baile y te enamoras a alguien*”, es una frase común entre los jóvenes.

Como verbo “enamorarlas” es muy frecuente y se refiere a un sentimiento que activamente buscan despertar en la otra que quizás sin esa acción no se enamoraría de uno. Estamos hablando en los términos más claros del cortejo. Valorando globalmente este aspecto, los hombres aparecen con lo que podría ser una emotividad muy pobre. Consideramos que más bien la expresión de dicha emotividad es la que se encuentra restringida y estereotipada y que apenas nos empezamos a asomar a todo un discurso oculto y callado que los jóvenes revelan con menor dificultad. Esto no asegura que dicha apertura se vaya mantener en el tiempo: a medida de que crecen y se casan, frecuentemente se van ajustando a moldes más tradicionales de comportamiento.

La conformación de la pareja y la paternidad

En el campo mexicano los demógrafos detectan varios procesos simultáneos que se sintetizan en la tendencia a que los y las jóvenes se inician sexualmente a edades progresivamente más tempranas, mientras que se da un retraso en la conformación de pareja y en el primer embarazo. En el campo la iniciación sexual solía precipitar la conformación de la pareja, pero esto parece estar cambiando.

Se ha manejado en México un supuesto aumento de los embarazos adolescentes. Las cifras nacionales, sin embargo muestran que a nivel de tasa esto no es real, sino que es un reflejo de un aumento de números absolutos nacidos por el mismo aumento de adolescentes en edad fértil. La fecundidad adolescente (entre los 15 y 19 años) en poblaciones de menos de 15.000 habitantes ha bajado de 123 a 95 por mil (mientras que en las grandes ciudades ha bajado de 70 a 62 por mil. Esto significa que, si bien es más alta en el medio rural, está bajando a un ritmo más acelerado. Las estadísticas siguen encontrando la clara asociación entre el bajo nivel de instrucción de las jóvenes y el inicio de su fecundidad. No se les ha ocurrido aún intentar asociar el nivel de instrucción de los hombres jóvenes con este fenómeno (INEGI 2001).

Una de las formas en las que se transita de ser joven a ser adulto en las comunidades rurales es a través de la conformación de la pareja y, como consecuencia, la paternidad. Las mujeres prefieren “casarse de blanco” (por la Iglesia) mientras que los hombres optan más por la unión libre para que su familia no sufrague tantos gastos. Casi todas las parejas que conocimos se conformaron antes de los 18-20 años. Detectamos también casos de robo de novia, uno de ellos presentado luego como fuga concertada. Otro elemento de peso diferencial es el de la religiosidad, que es asumida de lleno más por las mujeres que por los hombres. Ninguno de los jóvenes se confesó previo a la misa por el fin de cursos en la telesecundaria. Ellos asisten poco a misa y tienden a hacerlo con una actitud más lejana.

En muchas comunidades se puede ser adulto a nivel etéreo, pero no participar de la asamblea ejidal con voto mientras no se finque familia. El no casarse implica también

frecuentemente el alargamiento de la vida con la familia de origen y el trabajo en una economía dominada por el padre. Este alargamiento no es equivalente a la minoridad extendida como puede verse en los sectores medios y clase alta de las ciudades, pero si implica un status de adulto incompleto. Si no se casan, muchos de ellos terminan migrando.

La paternidad juvenil es común al precipitarse tempranamente las parejas. Tanto la conformación de pareja como el primer hijo/a sirven como anclaje en el mundo y las responsabilidades adultos. Javier ha permanecido trasgresivo durante su vida de pareja, pero cuando nace su hija exclama *“Ahora sí tengo por quien trabajar”*. El tener hijos/as sirve como en otros países y sectores sociales como un ordenador de la vida.

En las entrevistas a la segunda y tercera generación aparece la noción de *“vivir la vida”* una noción reciente que se plantea como opuesta al matrimonio temprano. La entrada a la adolescencia para los varones frecuentemente está marcada por el consumo de tabaco y cantidades moderadas, pero crecientes, de alcohol, sobre todo en el contexto de fiestas y bailes. Vivir la vida aparece como posibilidad y ventaja de no casarse tempranamente asumiendo de inmediato las responsabilidades del mundo adulto, incluyendo los hijos que generalmente vienen pronto. Aparece tanto en hombres que han logrado hacerlo como en mujeres que no pudieron. *“Yo no me quería casar todavía ... quería vivir la vida”*.

En las tres generaciones se inquirió sobre los aspectos de los cuales se conversaba y se negociaba antes de conformar pareja. Prácticamente no hay respuestas más allá de pensar en tener hijos y reflexionar sobre las implicaciones de vivir con la familia del marido. Sin embargo, los y las jóvenes que ya tienen el referente de su propia familia van escuchando sobre los arreglos familiares en Estados Unidos. Es clara la diferencia del *“allá”*: se dan otras formas de comunicación, una mayor tendencia a decisiones conjuntas, una distribución más pareja del trabajo doméstico, sobre todo porque ellas también trabajan, en síntesis. *“¡Alla! es muy diferente”*. Lo contrastante es que algunos van incorporando y aplica ese modelo en su vida mientras que otros de acomodan de nuevo a las inequidades y servicios femeninos que reciben al retornar a Iguanillas.

X. CONCLUSIONES

Iguanillas constituye un microcosmos que refleja tanto la historia regional como los procesos de transformación actuales que dan lugar a la reinterpretación de las identidades tanto de género como de generación. En el caso de los jóvenes, en general, nos encontramos ante un sector auto y hetero-reconocido dentro de la comunidad, apareciendo la conformación de una cultura juvenil atravesada por diversas influencias.

Los hombres jóvenes van construyendo sus identidades en un doble juego de oposiciones, la de generación que los diferencia de la infancia y la del mundo de los adultos, al cual muchos no desean entrar tan pronto. Desde la generación de sus padres aparece ya la noción de *“vivir la vida”* o *“disfrutar la juventud”*, como deseo de retrasar no tanto la entrada al mundo del trabajo (en el cual ya se encuentran parcialmente), sino de la conformación de pareja y familia con las distintas responsabilidades que esto implica.

La migración aparece como una tremenda fuerza transformadora de todo tipo de relaciones entre ellas las de género (en el contacto con formas distintas de relaciones de poder entre mujeres y hombres) así como las de generación (al poder escapar de la tutela

de los padres y entrar en el cuidado más laxo de hermanos mayores u otros familiares. Ofrece asimismo nuevos modelos de masculinidad y novedosas situaciones de riesgo.

El otro juego de oposiciones, heredado de las generaciones anteriores y reforzado continuamente en diversas representaciones y prácticas culturales es el de la diferenciación y oposición de género. Estamos ante una construcción de género bipolar en donde tanto el territorio, como los horarios (*la noche se hizo para los hombres*), como el trabajo están claramente diferenciados. Es la migración la que trae nuevos elementos a esta división, ya que “allá” muchas de las mujeres también trabajan lo cual presiona a los hombres a asumir una carga mayor en el trabajo doméstico y en la crianza.

La escuela secundaria ofrece el principal espacio amplio de contacto entre jóvenes de ambos sexos antes del matrimonio. Aunque el cortejo ahí es prohibido, la escuela sirve de punto de desarrollo de la amistad, de una mayor comunicación y conocimiento y, lógicamente, para el surgimiento del cortejo. Lo que permanece como constante es el control y la represión sobre las mujeres y la persecución de los hombres, quizás menos férreo que antes. Pudimos detectar una creciente permisividad en la generación de sus padres a la vez que ellos y los abuelos se quejan de que *la juventú esta desabordinada*.

El cortejo y la sexualidad aparecen cruzados por una doble moral en *donde la mujer pierde* y donde el hombre (aparentemente) no tiene nada que perder. El discurso emotivo se encuentra depositado en la provocación de sentimientos amorosos en ella. Si bien aquí el género aparece también como una construcción bipolar y el discurso dominante afirma la regularidad de los comportamientos, pudimos constatar una serie de trasgresiones que vienen dándose incluso desde la generación anterior. Entre las más interesantes se encuentra el cortejo con mujeres jóvenes de más edad y los casos de iniciativa femenina en el cortejo.

No sólo podemos bordar sobre los elementos constitutivos de la masculinidad juvenil en el medio rural. Por oposición, podemos pensar también en los elementos que no le son constitutivos o que pudiesen verse como contradictorios, como son la demostración de ciertas emociones y el cuidado de la propia salud. Esta construcción de género dificulta la apropiación de prácticas preventivas, sobre todo para los hombres jóvenes, en relación a la salud en general (el trabajo, tomar riesgos, el abuso de alcohol), la salud sexual (su iniciación *a cuerno limpio*) y la salud reproductiva en particular. Tampoco lleva a una participación clara en la anticoncepción; el rol del hombre adulto está más en *darle permiso* a la pareja, y la vasectomía se sigue representando como equivalente a la castración.

Existen avances en el número e intensidad de programas y servicios dirigidos hacia los jóvenes en muchos países en el mundo a pesar de la férrea oposición de sectores conservadores. Sin embargo, esta información y formación tarda mucho en llegar al medio rural e indígena. Es creciente la sensibilidad social a la necesidad de dar mayor información y a ir más allá de la educación sexual entendida exclusivamente como reproducción. Nos hemos dado cuenta de que trabajar con jóvenes adolescentes implica frecuentemente llegar muy tarde, dada la cristalización en esta etapa de una serie de representaciones de lo que son las relaciones de poder entre hombres y las mujeres. Esto plantea la necesidad de trabajar con niños y niñas en los últimos años de la primaria.

Es clara la ironía cuando en el mundo adulto –gobiernos, maestros y padres– aún estamos debatiendo sobre la dosis “conveniente” de educación sexual que se debe administrar a las distintas edades, mientras los jóvenes de regiones rurales expulsoras de

migrantes ya ven videos porno traídos por sus hermanos y primos del otro lado⁶ y cuando en las clases pudientes los jóvenes ya ven sexo por internet. Mayor ceguera aún es la que existe al no detectar la importancia de revestir este trabajo de un fuerte componente de reflexión sobre las representaciones y prácticas incorporadas, sobre todo en los hombres que los lleva a prácticas de riesgo tanto para sí como para las mujeres con las que interactúan.

Bibliografía

- Barker, Gary (2000) *¿Qué ocurre con los muchachos?*, OMS, Ginebra, Suiza.
- Bronfman, Mario y Rubin, Jane (1999) "Comportamiento sexual de los migrantes mexicanos temporales a Los Angeles: prácticas de riesgo para la infección por VIH", en Figueroa C., Beatriz, *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*. Colmex y Somede. México.
- de Keijzer, Benno (1998) "La masculinidad como factor de riesgo". En: Tuñon, Esperanza, *Género y salud en el Sureste de México*. ECOSUR y U. A. de Tabasco. Villahermosa, México.
- de Keijzer, Benno (2001) "Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina", Mimeo, ponencia presentada en el VI Congreso de Ciencias Sociales y Salud, Lima, Perú.
- Fuller, Norma (2001) *Masculinidades: cambios y permanencias*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.
- Garduño, Ma. de los Angeles (2001) "Determinación genérica de la mortalidad masculina". En: *Salud problema*. UAM-X. México.
- INEGI (2001) *Mujeres y hombres en México*. INEGI. Aguascalientes, México.
- Rodríguez, Gabriela y de Keijzer, Benno (2002) *La noche se hizo para los hombres*. Edamex y Population Council. México.
- Instituto Mexicano de la Juventud (2000) *Jóvenes e instituciones en México 1994-2000: Actores, políticas y programas*. IMJ. México.
- Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.) (1998) *Masculinidades y equidad de género en América latina* FLASCO-Chile, FNUAP. Santiago, Chile.

⁶ Relatos semejantes emergen de los campamentos de refugiados guatemaltecos hace más de diez años.

ADOLESCENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES CONTEMPORÁNEAS¹

Robert W. Connell²

RESUMEN

La adolescencia no es una etapa fija en el ciclo de vida, por el contrario, es un terreno diverso donde se producen encuentros entre personas en desarrollo y el mundo adulto. La investigación en que se basa el presente artículo indaga diferencias sociales, culturas juveniles, cuerpos e in-corporación social, escuelas y la imaginación cultural de la masculinidad. Da cuenta de la importancia de un acercamiento relacional al género, y ve las masculinidades como construcciones, a veces provisorias otras permanentes, dentro de un orden de género. Los cuerpos en desarrollo son re-interpretados y desafiados por nuevas prácticas e instituciones, como la educación. Las imágenes son combatidas, pero también negociadas; los poderes del mundo adulto son aproximados y al mismo tiempo, confrontados. En estos ámbitos, diversos caminos son creados por diferentes grupos de jóvenes. La importancia de la adolescencia en la construcción de las masculinidades se encuentra en estas prácticas, tanto en la forma en que las masculinidades ya existentes son apropiadas y habitadas, y en la negociación, o rechazo de antiguos patrones.

INTRODUCCIÓN

La juventud se ha vuelto un tema muy relevante desde un creciente interés mediático y debate público sobre hombres, niños y masculinidad. Los debates sobre el supuesto 'fracaso' de los varones en la escuela se centran generalmente en estadísticas que muestran como las jóvenes tienen un rendimiento superior al de sus pares varones en la educación secundaria. Discusiones sobre la supuesta 'crisis de salud masculina' se han focalizado en torno al suicidio juvenil, alcoholismo y las altas tasas de accidentes automovilísticos de que son partícipes, generalmente atribuidas al "correr riesgos" masculino.

La preocupación general con la violencia masculina también se ha centrado en grupos de jóvenes, especialmente donde algún tipo de minoría puede ser patologizada. Al momento de escribir este documento (invierno 2002) una de las principales noticias de la prensa australiana se refiere a una brutal violación múltiple en la que los jóvenes

¹ Traducción del inglés de Ana María Muñoz, Socióloga FLACSO-Chile.

² Sociólogo, Profesor de Educación, Universidad de Sydney.

perpetradores, descritos como una 'pandilla libanesa', han recibido sentencias inusualmente severas.

Pero, si bien las investigaciones internacionales sobre masculinidades desde las ciencias sociales se han expandido considerablemente (Valdés y Olavarría 1998, Connell 2000) este crecimiento no se ha visto acompañado de un correspondiente énfasis en los jóvenes. Ciertamente, se realizan estudios iluminadores sobre el tema, como el amplio estudio sobre los efectos de la etnicidad, clase y cultura de masas en el Reino Unido realizado por O'Donnell y Sharpe (2000), titulado *Uncertain Masculinities*³; o la exhaustiva investigación de Messerschmidt (2000) sobre historias de vida de jóvenes violentos en Estados Unidos, *Nine Lives*⁴; y el ambicioso intento de reconceptualizar todo el campo de estudios sobre jóvenes desde una perspectiva australiana realizado por Wyn y White (1997). Pero aún así, los estudios sobre jóvenes, como campo de investigación se encuentran en baja; siendo difícil encontrar una línea coherente de pensamiento sobre los problemas de adolescencia y masculinidad.

La presente conferencia organizada por FLACSO es, por tanto, oportuna.

El presente artículo se basa en un diverso y a veces fragmentario cuerpo de investigaciones recientes, principalmente del mundo de habla inglesa, e intenta desarrollar un marco desde el cual pensar acerca del lugar de la adolescencia en la construcción y representación de las masculinidades.

I. ADOLESCENCIA

Parte de la dificultad es que el concepto de "adolescencia" es en sí debatible, y ha cambiado de significado considerablemente. El término fue introducido en las ciencias sociales un siglo atrás por Hall, quien define la adolescencia como un estado biológicamente determinado dentro de un ciclo fijo de desarrollo humano. Casi al mismo tiempo, Freud consideró la adolescencia como un estado particular del desarrollo psicosexual (posterior al "periodo de latencia"), promoviendo el psicoanálisis convencional desde entonces esta idea de una secuencia normativa de desarrollo (e.g. Silverman 1986).

Desde mediados del siglo veinte, algunos psicólogos influyentes se alejaron del determinismo biológico, pero no abandonaron la idea de etapas. Erikson (1950), en un argumento de enorme influencia, presentó la adolescencia como la etapa del crecimiento en que los problemas de "identidad" aparecen. Inhelder y Piaget (1958) trataron la adolescencia como el estado culmine del desarrollo intelectual, el momento cuando las "operaciones formales" predominan, transformando la capacidad de la persona en crecimiento para interactuar y comprender el mundo.

A fines del siglo veinte los sociólogos de la Escuela de Birmingham (Hall y Jefferson 1975) desarrollan un concepto de "culturas juveniles" que no presentaba la concepción de desarrollo. Este trabajo definía la adolescencia no en referencia a etapas tempranas del desarrollo, sino simplemente en oposición al mundo adulto. Otro tipo de investiga-

³ *Masculinidades Inciertas.*

⁴ *Nueve Vidas.*

ción de carácter histórico, trató la adolescencia y la juventud como una categoría socio-cultural construida en la historia reciente por discursos profesionales, políticas estatales y el crecimiento de instituciones como la educación secundaria (e.g. Irving et al. 1995).

La noción de secuencias de desarrollo fijas está obsoleta, y debemos ser cuidadosos de no caer en la trampa de tratar la “adolescencia” como un estado necesario en el desarrollo de la masculinidad. (Como se hace, por ejemplo, en algunos textos de psicología-pop reivindicando que en esta etapa los jóvenes requieren ser “iniciados” en la masculinidad). Sin embargo el crecimiento de los seres humanos es una realidad. No es sólo posible sino probable que en un asentamiento cultural particular ocurran ciertos *encuentros* característicos entre la persona en crecimiento y el orden social durante los años de adolescencia.

La idea de ‘encuentro’⁵ es el concepto organizador de la discusión que sigue. Yo considero a la persona en crecimiento como activa y creativa en la vida social (tanto individual y, como Willis [1990] plantea, colectivamente), no sólo comprometida pasivamente al aprendizaje de roles o siendo “socializado”. La actividad personal es al mismo tiempo una práctica *social*, orientada hacia otras personas, adquiriendo su significado desde un entorno social (lenguaje, recursos materiales, estructura social), y con efecto en las vidas de otros. La práctica siempre surge en circunstancias específicas y opera en esas circunstancias, cambiándolas con el tiempo.

El estado actual del orden de género es una de las circunstancias importantes en la vida de las personas jóvenes. Las masculinidades son construidas en el tiempo en los encuentros de los jóvenes con el orden de género de su sociedad. Dado que las “masculinidades” son (por definición) las configuraciones de prácticas asociadas con la posición social de los hombres, las historias de vida de los jóvenes son el principal sitio de su construcción.

Sin embargo, también es posible para las jóvenes asumir prácticas, y adquirir características, socialmente definidas como masculinas. Siendo ciertamente posible también que los jóvenes se involucren en prácticas, y adquieran características, socialmente definidas como femeninas. (Es indudable que estas posibilidades son concretadas comúnmente, y es punto importante en la psicodinámica de género). Deberíamos también destacar la importancia de las madres, amigas y parejas femeninas en el desarrollo emocional de niños y hombres. Sería un error tratar de entender las masculinidades mirando sólo entre los hombres. El género es un sistema interactivo complejo (Connell 2002), idea que opera fuertemente para una comprensión de la juventud y el desarrollo humano.

II. PODERES Y SEDUCCIONES DEL MUNDO ADULTO

El mundo adulto confronta a la gente joven como un hecho, como un mundo ya construido, no como el producto de sus propios deseos o prácticas. Sin embargo la adolescencia es por definición el estar en el umbral de éste mundo, es el proceso de convertirse en un participante. Los poderes de éste mundo –el Estado, el mercado, el capital corpo-

⁵ En el original *encounter*.

rativo— están por consiguiente al alcance de la mano, menos mediados que lo que habían sido (usualmente) en la niñez. Al mismo tiempo los placeres y las libertades de la vida adulta están también más cercanos.

Los niños conocen el Estado principalmente en la forma del sistema escolar, que en países ricos ocupa la mayor parte de los días de la mayoría de la población desde la mitad de la infancia hasta el final de la adolescencia. Investigaciones australianas sobre educación secundaria muestran que las familias de clase trabajadora se relacionan con la educación principalmente a través de la burocracia estatal, mientras las familias de clase dirigente lo hacen principalmente a través del mercado (Connell et al. 1982).

Los poderes coercitivos del Estado se vuelven claros cuando los adolescentes entran en conflicto manifiesto con la escuela, lo que sucede más frecuentemente entre los jóvenes de clase trabajadora, y con mayor frecuencia entre los niños que las niñas. En las escuelas públicas de New South Wales, por ejemplo, los varones fueron el foco del 85% de las medidas disciplinarias serias en 1998, y las tasas eran las más altas en las zonas de clase trabajadora (Sydney Morning Herald, 11 Marzo 1999). La sorprendente etnografía de una escuela secundaria de clase trabajadora realizada por Fine (1991) en Estados Unidos muestra como los procesos burocráticos de un gran sistema educacional crea el abandono (“expulsión” de la escuela) como la solución más simple frente a toda clase de problemas, de conflictos disciplinarios a pedagogía inapropiada. Una gran proporción de estudiantes, bajo el currículum convencional y una administración rutinizada, simplemente no consideran productivo su tiempo en la escuela.

En una situación como esa, muchos verían la entrada a la fuerza de trabajo como una solución. Un gran número de adolescentes ya son trabajadores asalariados, a tiempo completo o parcial. Mientras más pobre la comunidad, más probabilidades hay que los adolescentes estén en el mercado laboral. En comunidades muy pobres los adolescentes están mayoritariamente en el mercado laboral informal y se encuentran entre los más vulnerables de éste. La juventud rural, por ejemplo, forma la principal fuente de reclutamientos para la industria de la prostitución en ciudades como Bangkok (Bishop y Robinson 1998). Aún cuando algunos niños son requeridos para prostitución, la principal demanda es por niñas. Los varones presentan sin embargo mayores probabilidades de ser reclutados por el comercio de droga y robo de pequeña escala. Esta división de género del trabajo se refleja en la mayor tasa de arrestos y condenas de varones adolescentes en las cortes juveniles australianas (el 2001, el 88% de estas condenas correspondían a varones en las cortes de New South Wales: Bureau of Crime Statistics and Research, 2002).

Donde existe un mercado del trabajo formal, y éste está fuertemente segregado por género, los jóvenes de clase trabajadora aprenden de masculinidad participando en “*shop floor culture*”⁶, como la descrita por Willis (1979) para una ciudad industrial en el Reino Unido. Aquí el salario en sí se convierte en una marca de masculinidad adulta. Sin embargo la experiencia de esta transición puede ser más diversa que lo que Willis reconoció. Un pequeño, pero iluminador estudio de historia oral de hombres de clase trabajadora que crecieron en Nueva York sugiere que algunos de ellos tenían cuando jóvenes ambiciones

⁶ Cultura de consumo.

por trabajos relacionados con sus intereses, pero todos fueron decepcionados y obligados a establecerse en diversas formas de trabajo alienado (Handel 1991). La transición desde la niñez al mundo adulto de alienación –ya sea en la sexualidad o la industria–, puede ser una de las características que definen la adolescencia en el capitalismo.

La adultez, sin embargo, también ofrece nuevas posibilidades de intimidad. A pesar de algunas teorías sociológicas contrarias, la intimidad se mantiene fuertemente estructurada por género (Jamieson 1998). Es característico de la cultura Occidental contemporánea que lo más visible, culturalmente enfatizado y poderosamente deseado es la pareja sexual, generalmente heterosexual; si bien las amistades del mismo sexo son probablemente la experiencia de intimidad más común entre los adolescentes.

Por lo tanto una experiencia común (pero de ninguna manera universal) en los años adolescentes es la primera relación sexual voluntaria. La mejor evidencia en investigaciones de sexualidad, de Estados Unidos, sugiere una edad promedio para la primera relación sexual alrededor de los 18 años, con variaciones entre grupos étnicos (Laumann et al. 1994). Como resultado de esta primera experiencia algunos adolescentes experimentan las consecuencias de estar fisiológicamente maduros: se convierten en padres. La mayor parte de la atención ha estado en las “madres adolescentes”, pero los varones también están involucrados. Existen algunas evidencias sobre padres adolescentes que dejan en claro la diversidad de respuestas de los jóvenes al embarazo de sus parejas, de shock a confusión, a compromiso activo con la paternidad, del rechazo a intentos de escapar la responsabilidad (Massey 1991).

1. Puntos de partida y proyectos

Las circunstancias sociales en que la gente joven enfrenta el orden de género presentan grandes variaciones. Los padres jóvenes del estudio de Massey son negros, provienen del grupo que es el principal foco del racismo en la sociedad estadounidense, tiene una alta tasa de pobreza y violencia, y la edad promedio más baja para el primer encuentro sexual. Los jóvenes involucrados, por consiguiente, construyen su primera relación sexual probablemente en condiciones de privación y tensión social. Jóvenes blancos pobres han sido sujetos de considerables investigaciones en el Reino Unido desde los setenta. Los primeros estudios, como los de Robins y Cohen (1978) *Knuckle Sandwich* enfatizan la respuesta colectiva a las privaciones y políticas de mano dura por parte de los jóvenes varones de clase trabajadora, quienes desarrollaron un proyecto para demandar su propio territorio simbólico, una suerte de violencia de fútbol por un lado, y racismo por otro.

Algunos jóvenes enfrentan poderes más coercitivos que la policía británica. Por ejemplo la juventud palestina bajo ocupación israelí crece en condiciones donde las fuerzas de ocupación rutinariamente golpean, y a veces disparan, a hombres y varones adolescentes, y han destruido gran parte de la estructura de autoridad social previa. Aquí, resistencia y masculinidad se entretienen. El logro de la masculinidad es un proyecto definido dentro de la colectividad de hombres jóvenes vía protesta, prisión y violencia (Peteet 2000). Un proceso similar ocurre entre los jóvenes varones en Sudáfrica bajo el apartheid (Xaba 2001). Indudablemente esto probablemente ocurrirá en cualquier lugar donde los adolescentes sean reclutados por movimientos de resistencia o ejércitos, lo que parece ser usual en las guerras civiles actuales en África.

En una inusual investigación, Donaldson (1998) ha mirado la construcción de masculinidad en las historias de vida de hombres australianos que crecieron en condiciones de privilegio. Crecer siendo muy rico, así como la abundancia material y un sentido de derechos, también conlleva tensiones. Entre estos varones hay aislamiento emocional de los padres, un régimen deliberadamente “endurecedor”, un sentido de distancia del resto de la sociedad, y dificultad para formar relaciones cercanas y de confianza.

Parte de este entrenamiento es provisto por el sistema de colegios privados de elite que sirve a la clase dirigente australiana. Los proyectos de las familias privilegiadas de mantener su riqueza, y los proyectos de desarrollo individual de sus hijos, son tejidos por medio de instituciones que a la vez reflejan y producen división social. Este proceso esta particularmente claro en el magnífico estudio histórico de Morrell, *From Boys to Gentlemen*⁷ (2001). En la colonia pastoral y productora de azúcar de Natal, los colonos terratenientes británicos crearon un sistema de escuelas secundarias para niños que, a través de un régimen de jerarquía y brutalidad, definía una masculinidad dominante orientada al privilegio y la violencia. Este patrón de género se extendió a través de la sociedad colonizadora blanca y contribuyó a la mantención de la dominación racial y la jerarquía de clase por varias generaciones.

Por supuesto, no todos los niños, se convirtieron en cómplices de dicho proyecto. La escuela secundaria es una institución suficientemente compleja como para que existan caminos alternativos. Mac an Ghail (1994), por ejemplo, en un detallado estudio de la escuela secundaria británica, muestra como diferentes versiones de la masculinidad heterosexual son construidas al enfatizar diferentes aspectos de la vida escolar: el currículum académico para un grupo, deportes y grupos informales de pares para otros, oportunidades vocacionales e ideologías para otros más.

Particularmente interesante es la recolección de Mac an Ghail de la experiencia de jóvenes homosexuales, cuyos proyectos personales son más explícitamente sexualizados por ser definidos como desviados al interior de la cultura hetero-normativa. Aquí la *falta* de apoyo institucional para la construcción de masculinidad es notable: la escuela no tiene un espacio para la “masculinidad homosexual” en su repertorio cultural. Otra investigación en la construcción de la sexualidad homosexual, la de Dowsett (1996) sobre historias de vida australianas, confirma esta visión de la escolaridad que no apoya. Para los adolescentes que han desarrollado vínculos eróticos con personas de su mismo género el descubrimiento de otros aspectos del mundo adulto –tanto redes sexuales informales entre hombres, o la “comunidad gay” de la ciudad– es vital para ganar auto respeto y diseñar un camino hacia la adultez.

2. Masculinidad en culturas juveniles

Donde las respuestas colectivas entre grupos de jóvenes son predominantes y toman formas simbólicas –vestimenta distintiva, discurso, recreación o sentido de solidaridad– se ha vuelto común hablar de “sub-culturas juveniles” (o simplemente “culturas juveniles”),

⁷ *De niños a caballeros.*

siguiendo el trabajo de Jefferson, Hall y otros. Inicialmente la escuela de Birmingham consideró estos patrones como variantes de una más amplia cultura de clase trabajadora. Un lugar relevante en los informes de las sub-culturas juveniles británicas lo ocupan patrones de masculinidad fuertemente marcados, frecuentemente energéticos, combativos, anti-autoritarios y homofóbicos. (Hall y Jefferson 1975, Willis 1977, Robins y Cohen 1978). Comúnmente hay un énfasis en la “dureza” masculina, un desprecio por las mujeres, y rabia hacia las clases más privilegiadas (frecuentemente expresada en términos sexuales o de género, donde los hombres profesionales son vistos como feminizados).

Actualmente existe una nutrida literatura internacional describiendo variedades de culturas juveniles. La conexión con la clase trabajadora se ha perdido y el foco de la mayoría del debate ha cambiado hacia la interacción de la gente joven con la cultura comercial de masas: grabaciones de música y video, deportes comerciales, centros comerciales, automóviles y ropa de producción masiva. Hay ahora más énfasis en la diversidad, como lo ilustra una reciente publicación australiana (White 1999) que incluye skateboarders, fanáticos de los automóviles, hip hop, fans de las Spice Girls, fanzines, aborígenes, libaneses y juventud vietnamita, prisioneros, juventud lesbiana y homosexual, todos bajo la rúbrica de “subculturas juveniles”.

Dentro de esta variedad, sencillamente, hay una variedad de masculinidades. La masculinidad subcultural no es más, casi por definición, una “dura” masculinidad de protesta. De hecho Kersten (1993) describe una subcultura juvenil en Japón donde el estilo masculino bordea el travestismo. La aparición de estilos “raros” en la vida de la calle y eventos musicales quiebran también las oposiciones absolutas de género, y esto ha sido asociado marcadamente con la juventud.

Ha habido un creciente reconocimiento de raza y etnia, no como “contextos” estáticos para las vidas de la gente joven, sino como patrones dinámicos de relaciones que se entretienen con la formación de género. Noble y Tabar (1998) proveen un caso de estudio ejemplificador de este proceso entre la minoría arábico-parlante libanesa en Australia. Esta comunidad, que ha sido blanco de prejuicios maliciosos en años recientes, tiene altos niveles de desempleo, una relación problemática con el sistema escolar, y altos niveles de acoso policial. Todos los grupos de pares masculinos mantienen la identidad Libanesa (“Lebs rule!”⁸), intercambian insultos con otros grupos de jóvenes organizados por etnia, y afirman una masculinidad basada en la destreza física, éxito heterosexual y la capacidad de intimidar a otros. Frente al racismo, los jóvenes libaneses demandan respeto y se proveen mutuamente con solidaridad, pero (sobre fuertes tradiciones patriarcales) la dignidad que ellos afirman es masculina y requiere de la subordinación de las mujeres.

Respuestas similares ocurren entre los jóvenes de minorías étnicas pobres en otros países, como la afro-caribeña en el Reino Unido (Sewell 1997). Hay extrañas similitudes en la producción de una masculinidad dura entre las minorías étnicas dominantes en el estudio de Morrell, y entre los partidarios proletarios blancos de los movimientos neo-fascistas en Europa. Esto apoya los planteamientos de Tillner (2000) de la implicancia mutua entre jerarquía racial y masculinidad orientada a la dominación, a partir de investigaciones realizadas en Austria.

⁸ Poder libanés.

Sin embargo, sería un error pensar que el estatus de las minorías étnicas produce un patrón estándar de masculinidad. O'Donnell y Sharpe (2000), por ejemplo, describen diversas masculinidades entre las minorías "asiáticos" (principalmente indios y paquistaníes) en el Reino Unido, incluyendo una masculinidad de protesta (que ellos llaman "subcultura de macho") pero también proyectos bien establecidos de movilidad ascendente a través de la educación. La juventud china y japonesa en Estados Unidos y Australia también muestran con frecuencia una fuerte orientación hacia la educación, fundada en la clase y las tradiciones nacionales.

3. Cuerpos Jóvenes

Los cuerpos de mujeres y hombres son diferentes sólo en limitados aspectos, sin embargo, las diferencias reproductivas corporales son la arena en que se definen las relaciones de género. Masculinidades (y feminidades) se forman en un proceso de in-corporación social, en que tanto los cuerpos como las relaciones sociales, son transformados (Connell 2002). La adolescencia también es materia de in-corporación social. Los cambios físicos de la pubertad eran el sello de los libros de texto sobre adolescencia, con la edad promedio –y la amplia variación en edad– de la menarquia y el desarrollo de los testículos cuidadosamente calculados, conjuntamente con la "explosión de crecimiento" de la adolescencia, la aparición del vello púbico, etc. Estos son cambios importantes, pero ellos no determinan directamente la experiencia de la adolescencia. Esta pregunta es más bien sobre cómo las prácticas sociales son apropiadas, y le dan significado también, a los cambios y diferencias corporales.

La adolescencia es comúnmente retratada como el tiempo del despertar sexual, de la experimentación auto-erótica y de las primeras relaciones sexuales. Si bien como se ha señalado la iniciación sexual está lejos de ser universal. Sin embargo la idea del despertar de la adolescencia es ampliamente difundida, y está disponible a los jóvenes para dar cuenta de sus experiencias, aún cuando dichas experiencias están fuertemente estigmatizadas. Las entrevistas de Leahy (1992) con los integrantes más jóvenes de parejas homosexuales trans-generacionales no sólo encontraron operativo este discurso sobre la adolescencia, sino también un concepto de masculinidad que incorpora el *derecho* al placer sexual.

También es posible encontrar esta idea entre varones jóvenes heterosexuales. Totten (2000), en un inquietante estudio sobre jóvenes violentos de 13-17 años de edad en Canadá, descubre que los jóvenes que golpean violentamente a sus novias comparten la característica de creer en los derechos masculinos, las divisiones rígidas de género, y la "natural" subordinación de la mujer a los deseos del hombre. Estos jóvenes parecen haber aprendido una ideología autoritaria/patriarcal ya sea de sus padres o de pares en un contexto de pandillas, o de ambos. Carrington (1998), a partir del estudio del asesinato de una adolescente australiana en una fiesta, localiza también la violencia sexual en el contexto grupal, en este caso no en pandillas callejeras sino en las borracheras de las celebraciones de "llegada-cierto-edad" de hombres jóvenes en una comunidad que tolera el abuso crónico de las mujeres.

Las relaciones sexuales y los eventos son los momentos de excitación y de mayor interés entre los hombres jóvenes. Como señala el estudio británico de Wood (1984), las conversaciones de sexo de los varones adolescentes pueden ser el vehículo para un incipiente sexismo pues los jóvenes se vanaglorian y bromean entre ellos, probando actitu-

des sexuales; si bien, en la práctica, tenderán a retroceder si son puestos en su lugar por una joven asertiva. Conversaciones como éstas son una faceta de un proceso mayor: el aprendizaje de la heterosexualidad. La ideología popular trata la heterosexualidad adulta como “natural”. Pero de hecho, convertirse en heterosexual implica un complejo aprendizaje de repertorios interaccionales e identidades así como técnicas sexuales. La escuela etnográfica de Mac an Ghaill (1994) es nuevamente iluminadora en este punto. La heterosexualidad se aprende, y el aprendizaje, para los varones, es un momento importante de la construcción de la masculinidad.

Otra práctica corporal que también es aprendida, también es social, y es asimismo un espacio relevante de la formación de la masculinidad, es el deporte (Messner 2002, Huerta Rojas 1999). El deporte organizado está fuertemente segregado por género y dominado masculinamente. Deportes como el fútbol son también extraordinariamente populares, con altas tasas de participación de varones adolescentes. Aquellos jóvenes que han alcanzado tempranamente su tamaño adulto, fuerza y coordinación son probablemente los más exitosos, y los más premiados en los deportes.

Una recreación que involucra cuerpos en un combate ritualizado, donde el éxito responde a una combinación de fuerza y talento, es así presentada a un enorme número de jóvenes como un espacio de camaradería masculina, una fuente de identidad, un territorio de competencia por prestigio y como una posible carrera. Muy pocos hombres desarrollan efectivamente una carrera profesional en el deporte y quienes lo hacen, son más propensos a sufrir algún tipo de enfermedad crónica más tarde en sus vidas (Messner 1992). La mayoría de los hombres adultos se relacionan con los deportes sólo como espectadores, cada vez más a través de los medios de comunicación de masas, que actualmente explotan implacablemente la popularidad de los deportes como espectáculo. Pero los hombres adultos persistentemente alientan a niños y jóvenes a jugar, generalmente en la creencia que el deporte es bueno para la salud.

La práctica de deportes frecuentemente conlleva lesiones. Hay presión social en los jóvenes –a menudo de los entrenadores de equipos– para que se muestren rudos, desprecien el dolor y “jueguen duro” [i.e. jueguen sin importar ser heridos], que lleva a los deportistas a distanciarse de su propia experiencia corporal (White et al. 1995). Estas actitudes contribuyen a un ya amplio problema en la salud masculina, la tendencia a negar las enfermedades y a subutilizar los sistemas de salud primarios.

Los años de adolescencia también pueden ser formativos para otros problemas de salud, como el uso de drogas sociales. Un estudio australiano muestra que el porcentaje de varones en educación secundaria que reporta ingerir alcohol se eleva desde el 20% en el Año 7 (en torno a los 12 años) al 68% en el Año 11 (16 años) (Hibbert et al. 1996). El crecimiento en el consumo de alcohol es similar para ambos sexos, pero el número de niñas australianas que fuman cigarrillos al Año 11 es significativamente mayor que el de varones. Dado que los hombres jóvenes presentan mayores tasas de participación en deportes, y suelen dar como razón para no fumar el “estar en forma”, este puede ser el principal efecto positivo del deporte sobre la salud.

Un problema de salud frecuentemente no reconocido como tal es la violencia. Violencia severa es experimentada o inflingida, por una pequeña minoría de adolescentes, algunas de las circunstancias han sido mencionadas con antelación. Niveles moderados de violencia, en el deporte o el grupo de pares, son una experiencia mucho más común.

Por ejemplo estudios pioneros en Escandinavia sobre matonaje⁹ en colegios estiman que entre el 10% a 20% de los estudiantes están involucrados en matonaje, como perpetradores o víctimas –con mayor frecuencia varones y con mayor tendencia a ser físicamente agresivos– siendo las mayores tasas durante la adolescencia temprana (Besag 1989). La investigación sobre matonaje escolar tiende a no considerar problemas de género. Pero otros estudios sobre violencia juvenil enfatizan la dimensión de género, y ven el trabajo educacional en materia de masculinidad como crucial para su prevención (Wöflfl 2001).

4. Escuelas y trabajo juvenil

El rol de las instituciones de educación secundaria como arena para las relaciones de género y la formación de masculinidad ya ha sido mencionado. Para un gran número de varones, especialmente de clase-media, las escuelas son el contexto institucional de mayor importancia en sus años adolescentes. Como otras instituciones, las escuelas tienen regímenes de género definidos, incluyendo una marcada división del trabajo por género entre profesores y el resto del personal, así como divisiones de género en el currículum (Connell 2000).

Dichas divisiones son claramente visibles para los jóvenes, como muestra la investigación de Martino (1994) entre estudiantes australianos secundarios en la asignatura de “Inglés” (i.e. lenguaje y literatura). Aún cuando Inglés es una materia obligatoria, estudiada por todos, los jóvenes tienden a verla como una asignatura adecuado para niñas, y casi ninguno de ellos la ve como apropiada para varones; de hecho, son más los jóvenes que reprueban los exámenes de Inglés, y más las niñas que reciben distinciones.

Al interior del orden de género de una escuela secundaria, se posibilitan diferentes construcciones de masculinidad; lo que está documentado en varios estudios, incluyendo algunos ya citados (Willis 1977, Connell et al. 1982, Mac an Ghail 1994). Las diferentes masculinidades no se sientan simplemente una al lado de la otra. Hay relaciones concretas entre ellas –jerárquicas, de exclusión, y a veces de tolerancia–.

Esto es mostrado vívidamente en una de las mejores etnografías escolares, *Learning Capitalist Culture*¹⁰ de Foley (1990); en las escuelas secundarias de la Texas rural de este estudio varios tipos de masculinidad pueden ser identificados: el deportivo anglo deportivo o “jocks”, el latino anti-autoritario o “vatos”, la cómplice, pero discreta “silenciosa mayoría”. Los *jocks* poseen más prestigio, los *vatos* mantienen una distancia fría e irónica, los “fags” (afeminados u homosexuales) son foco de hostilidad, pero la mayor parte del matonaje es hecho por *hangers-on*¹¹ y no por los reales *jocks*. El prestigio en esta jerarquía esta relacionado con el prestigio entre las jóvenes. Las “Cheerleaders” son el modelo de la forma de feminidad aprobada por la comunidad y sólo el más seguro y prestigioso de los varones puede arriesgarse a ser rechazado y pedir una cita. Los otros jóvenes fantasean.

Las jerarquías de género y étnicas de esta escuela reflejan un momento particular de la historia de Estados Unidos, que es diferente de otros tiempos y lugares. El estudio de

⁹ En el original *bullying*.

¹⁰ *Aprendiendo la cultura capitalista*.

¹¹ Aquellos que quieren pertenecer al grupo.

Morrell (2001) nos recuerda las escuelas como instituciones masculinizantes se desarrollan en circunstancias históricas particulares –que ahora han cambiado radicalmente en Sudáfrica–. Otro notable estudio histórico, *Making a Man of Him*¹² de Heward (1988), muestra los cambios de las prácticas masculinizantes de los niños británicos en un periodo de veinte años, el énfasis en los deportes ha declinado mientras aumenta el énfasis en lo académico y vocacional en respuesta a grandes cambios económicos y en las estrategias de las familias de los estudiantes.

En la era de los programas de equidad de género los cambios en las prácticas masculinizantes de las escuelas tienden a ocurrir de manera consciente. Intentos por involucrar a los niños en la reducción del sexismo en los colegios han existido hace al menos veinte años; el año 1982 presenció la conferencia “*What’s In It For Boys?*”¹³ (Dowsett 1985) organizada por la Dirección Educacional del Interior de Londres. Novogrodsky et al. (1992). Un ejemplo particularmente interesante de este enfoque se ha formulado en Canadá, donde grupos de jóvenes de ambos sexos en último año de educación secundaria participan en “retiros” –primero por separado y luego juntos–, usando técnicas dramáticas para explorar las relaciones de género, siendo sus propuestas para reformas de género llevadas de vuelta a sus escuelas.

En los noventa, con el ampliamente difundido debate en los medios sobre el “fracaso” de los varones en las escuelas, un creciente número de instituciones de países de habla inglesa ha introducido programas especiales para varones o han intentado eliminar los estereotipos de género que los afectan. Cabe decir que estos esfuerzos han sido en su mayor parte de pequeña escala, su lógica educacional poco clara y sus efectos aún por ser determinados.

Mayor experiencia hay en programas especiales para varones adolescentes fuera de las escuelas, en organizaciones juveniles y trabajo juvenil, que datan desde el siglo diecinueve. Algunos historiadores han explorado las agendas masculinizadoras de organizaciones como los Boy Scouts, que han tratado de llevar una masculinidad fronteriza a los jóvenes de clase media de las metrópolis (Mangan and Walvin 1987).

Sólo recientemente, sin embargo, ha sido posible una reflexión crítica sobre la masculinidad en tales programas. El programa de juventud alemán analizado por Kindler (1993) es un buen ejemplo de lo que se puede hacer. Diecinueve talleres específicos, seminarios y otros eventos que compartían los objetivos de generar capacidad de autoconocimiento en los jóvenes, capacidad para relacionarse y compromiso con la equidad de género, fueron llevados a cabo y evaluados a través de un rango de tópicos incluyendo carreras, cuerpos masculinos, hombres y espiritualidad, y sexualidad. Entre los resultados más interesantes estuvo la información acerca de por qué los jóvenes participaron; los motivos incluían desarrollo personal y el deseo de intercambiar ideas con otros hombres jóvenes, encontrar espacios para una masculinidad no-tradicional, y un compromiso de principios con reformas de género.

¹² *Haciendo un hombre de él.*

¹³ “¿Qué hay allí para los niños?”.

5. Imaginando la masculinidad

Los hombres jóvenes en el programa descrito por Kindler estaban, claramente, imaginando nuevas y diferentes maneras de ser masculino. Es claro que esto es algo que los jóvenes violentos de Messerschmidt (2000) y Totten (2000) encuentran difícil o imposible de hacer. El reconocimiento de narrativas alternativas sobre la masculinidad, de diferentes formas de ser hombre, es la clave para el desarrollo y puesta en práctica de “formas respetuosas de trabajar con hombres jóvenes para reducir la violencia” llevada a cabo por Denborough (1996).

La creación de narrativas de masculinidad es, de hecho, una práctica familiar entre los escritores profesionales y los directores de cine. El clásico *Bildungsroman*, *Werther* de Goethe, incluso una obra maestra como el *Retrato del Artista Adolescente* de Joyce, son un extremo; en el polo opuesto están las espeluznantes y sangrientas historias de aventuras para niños, devorada por miles en revistas y otros medios. Es un hecho interesante que Xavier Herbert, autor de la famosa novela australiana *Capricornia*, comenzara su carrera profesional escribiendo historias de aventuras para niños; es un hecho triste que continuara entregando ansiosos despliegues de masculinidad exagerada por el resto de su vida (de Groen 1998). Quizás esto nos dice algo acerca de la dimensión simbólica de los cambios de género en una sociedad de dominación masculina post-colonial. Similarmente, las narraciones de ficción juvenil y de cómics han sido utilizadas por Ito (1992) para describir los cambios recientes en la identidad de género en Japón, especialmente las tensiones crecientes e incertidumbres para niños y hombres.

Escribir historias es también una técnica pedagógica. Rhodes (1994) pidió a adolescentes australianos que crearan historias en la sala de clases, apareciendo interesantes mecanismos hegemónicos. Intentos por introducir características femeninas atrajeron las burlas de otros niños. Los varones no estaban particularmente interesados en personajes como ellos, preferían caracteres que ellos admiraban, i.e. aquellos con legitimidad cultural, y resistieron las críticas a esos personajes. Las historias creadas por los grupos reforzaron las imágenes dominantes de masculinidad más que aquellas creadas individualmente, las que mostraron una mayor variedad de tipos de masculinidad.

La imaginación de la masculinidad también ocurre fuera de la sala de clases y el estudio; Walker (1997), mientras estaba estudiando la relación entre jóvenes de clase-trabajadora y cultura automovilística, entrevistó a un joven ladrón de automóviles en un centro de detención juvenil australiano, quien era especialista en autos de elite. El joven había aprendido las formas de hablar de la clase-media y podía engañar a un hotel para obtener alojamiento a crédito. Él seguía un sistema de reglas derivadas de un código anticuado¹⁴: Gánate la vida, protege a las mujeres y los niños (él arregló, y devolvió, un Mercedes azul que había robado erróneamente a una mujer), roba a otros hombres. Walker justificadamente llama a esto “una fantástica construcción de masculinidad hegemónica”, masculinidad como una fantasía de poder.

Este es un caso excepcional. Existe sin embargo, un argumento donde las masculinidades imaginarias son parte de una representación rutinaria de género. Wetherell y

¹⁴ En el original *Old-fashioned*.

Edley (1999), usando técnicas de psicología discursiva, proponen que las masculinidades existen no como estructuras de carácter establecidas sino como posiciones imaginarias en el discurso. Los hombres usan estas posiciones estratégicamente, a veces adoptándolas, a veces distanciándose de ellas. Si asumimos esta visión sobre el género, interesantes preguntas surgen acerca de cómo la gente joven aprende a “negociar” masculinidad y feminidad. Davies (1993) ha explorado esto en el contexto de la sala de clases con niños y niñas en la escuela primaria, descubriendo un sorprendente grado de flexibilidad para moverse más allá de las simples dicotomías masculino/femenino.

Si esta flexibilidad se encuentra frecuentemente en las últimas edades, y fuera de la esfera protegida de la sala de clases, es una pregunta abierta. La forma en que las masculinidades hegemónicas son imaginadas típicamente involucra el levantar fuertes barreras en torno un área limitada de conductas y sentimientos aceptables. Las entrevistas de Frank (1993) con hombres jóvenes canadienses en educación secundaria de edades entre 16 y 19 años, encontraron que la hegemonía heterosexual era reforzada a través de la intimidación de jóvenes homosexuales y afeminados. Este es un patrón común, y la intimidación no es siempre menor: puede involucrar serias golpizas y algunas veces muerte. La reciente investigación efectuada por Tomsen (2002) en Australia muestra que los asesinatos homofóbicos son usualmente cometidos por adolescentes u hombres muy jóvenes, quienes sienten que atacando a hombres mayores que suponen homosexuales, defienden el honor masculino o castigan a aquellos que lo violan. Estos asesinatos pueden ser excepcionalmente brutales.

6. Coda

Este artículo ha discutido evidencia sobre la diferencia social, culturas juveniles, cuerpos e incorporación social, escuelas, y la imaginación cultural de las masculinidades. Ha buscado mostrar la importancia de un enfoque relacional de género, observando las masculinidades como construcciones, algunas veces provisionales y algunas veces permanentes, al interior de un orden de género. En esta perspectiva la adolescencia emerge no como un momento único en el desarrollo (aún menos como un estado predeterminado) sino como un período en la vida definido de manera flexible en que ciertos tipos de encuentros ocurren. Los cuerpos en desarrollo son re-interpretados y desafiados en nuevas prácticas, instituciones como la escuela son enfrentadas y negociadas, los poderes del mundo adulto son aproximados y confrontados. Este período y estas prácticas forman una arena de placer, humor, curiosidad, de construcción de relaciones y éxitos, pero también una arena de ansiedad y violencia. Al reconocer, como debiéramos, la creatividad e inventiva de la gente joven, no debemos olvidar su juventud, la generalmente torpe combinación de capacidades corporales adultas con inexperiencia y dudas; de la que a veces resultan terroríficos errores, sobre-simplificaciones y odiosidades. La adolescencia es inherentemente, transitoria. Eso es lo que la palabra significa, y la mayoría de los “adolescentes” se ven asimismo como jóvenes adultos o casi-adultos en vez de miembros de un grado etario distintivo. (Reglas definidas por la edad, como la edad para beber legalmente o la edad en que se puede obtener la licencia de conducir, son creadas por autoridades adultas, no por jóvenes). Las masculinidades de la adolescencia, por consiguiente, tendrán generalmente una relación cercana con las masculinidades definidas por los adultos de sus comunidades, a

pesar que no las reproduzcan simple o inmediatamente. La importancia de la adolescencia en la construcción de masculinidades yace tanto en los modos en que las masculinidades existentes son ocupadas y apropiadas, y en las imperfecciones en el cumplimiento, el distanciamiento, negociación, y a veces rechazo de los antiguos patrones, que permiten el surgimiento de nuevas posibilidades históricas.

Bibliografía

- Besag, Valerie E. (1989) *Bullies and Victims in Schools: A Guide to Understanding and Management*. Open University Press. Milton Keynes.
- Bishop, Ryan and Lillilan S. Robinson (1998) *Night Market: Sexual Cultures and the Thai Economic Miracle*. Routledge. New York.
- Bureau of Crime Statistics and Research, New South Wales (2002) *NSW Criminal Court Statistics 2001*. Attorney-General's Department. Sydney (www.lawlink.nsw.gov.au/bocsar)
- Carrington, Kerry (1998) *Who Killed Leigh Leigh? A Story of Shame and Mateship in an Australian Town*. Random House. Sydney.
- Connell, R.W. (2000) *The Men and the Boys*. Sydney, Allen & Unwin, Australia. Polity Press, Cambridge.
- Connell, R. W. (2002) *Gender*. Polity Press. Cambridge.
- Connell, R. W., D. J. Ashenden, S. Kessler and G. W. Dowsett (1982) *Making the Difference: Schools, Families and Social Division*. Allen & Unwin. Sydney.
- Davies, Bronwyn (1993) *Shards of Glass: Children Reading and Writing Beyond Gendered Identities*. Allen & Unwin. Sydney.
- Denborough, David (1996) "Step by step: developing respectful ways of working with young men to reduce violence". Pp. 91-115 in Christopher Wren, Maggie Carey and Cheryl White, ed., *Men's Ways of Being*. Westview Press. Boulder.
- Donaldson, Mike (1998) "Growing up very rich: the masculinity of the hegemonic". *Journal of Interdisciplinary Gender Studies*, vol. 3 no. 2, 95-112.
- Dowsett, Gary (1985) *Boys, Sexism and Schooling*. NSW Department of Education Inservice Education Committee. Sydney.
- Dowsett, Gary W. (1996) *Practicing Desire: Homosexual Sex in the Era of AIDS*. Stanford University Press. Stanford.
- Erikson, Erik H. (1950) *Childhood and Society*. Imago. London.
- Fine, Michelle (1991) *Framing Dropouts: Notes on the Politics of an Urban Public High School*. State University of New York Press. Albany.
- Foley, Douglas E. (1990) *Learning Capitalist Culture: Deep in the Heart of Texas*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia.
- Frank, Blye (1993) "Straight/strait jackets for masculinity: educating for 'real' men". *Atlantis*, vol. 18 nos. 1-2, 47-59.
- Hall, Stuart and Tony Jefferson, ed. (1975) *Resistance through Rituals: Youth Subcultures in Postwar Britain*. Hutchinson. London.
- Handel, Gerald (1991) "Abandoned ambitions: transition to adulthood in the life course of working-class boys". *Sociological Studies of Child Development*, vol. 4, 225-245.
- Heward, Christine (1998) *Making a Man of Him: Parents and their Sons' Education at an English Public School 1929-50*. Routledge. London.
- Hibbert, Marianne, Joanna Caust, George Patton, Malcolm Rosier and Glenn Bowes (1996) *The Health of Young People in Victoria: Adolescent Health Survey*. Centre for Adolescent Health. Melbourne.
- Huerta Rojas, Fernando (1999) *El Juego del Hombre: Deporte y Masculinidad entre Obreros de Volkswagen*. Plaza y Valdés. México.
- Inhelder, Bärbel and Jean Piaget (1958) *The Growth of Logical Thinking from Childhood to Adolescence*. Basic Books. New York.
- Irving, Terry, David Maunders and Geoff Sherington (1995) *Youth in Australia: Policy, Administration and Politics - A History since World War II*. Macmillan. Melbourne.
- Jamieson, Lynn (1998) *Intimacy: Personal Relationships in Modern Societies*. Polity Press. Cambridge.
- Kersten, Joachim (1993) "Street youths, *Bosozoku*, and *Yakuza*: subculture formation and societal reactions". *Crime and Delinquency*, vol. 39 no. 3, 277-295.
- Kindler, Heinz (1993) *Maske(r)ade: Jungen- und Männerarbeit für die Praxis*. Neuling Verlag. Schwäbisch Gmünd und Tubingen.

- Laumann, Edward O., John H. Gagnon, Robert T. Michael and Stuart Michaels (1994) *The Social Organization of Sexuality: Sexual Practices in the United States*. University of Chicago Press. Chicago.
- Leahy, Terry (1992) "Positively experienced man/boy sex: the discourse of seduction and the social construction of masculinity". *Australian and New Zealand Journal of Sociology*, vol. 28 no. 1, 71-88.
- Mac an Ghaill, Máirtín (1994) *The Making of Men: Masculinities, Sexualities and Schooling*. Open University Press. Buckingham.
- Mangan, J. A. and James Walvin, ed. (1987) *Manliness and Morality: Middle-class Masculinity in Britain and America, 1800-1940*. Manchester University Press. Manchester.
- Martino, Wayne (1994) "Masculinity and learning: exploring boys' underachievement and under-representation in subject English". *Interpretations*, vol. 27 no. 2, 22-57.
- Massey, Grace (1991) "The flip side of teen mothers: a look at teen fathers". Pp. 117-128 in Benjamin P. Bowser, ed. *Black Male Adolescents: Parenting and Education in Community Context*. University Press of America. Lanham.
- Messerschmidt, James W. (2000) *Nine Lives: Adolescent Masculinities, the Body, and Violence*. Westview Press. Boulder.
- Messner, Michael A. (1992) *Power at Play: Sports and the Problem of Masculinity*. Beacon Press. Boston.
- Messner, Michael A. (2002) *Taking the Field: Women, Men, and Sports*. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- Morrell, Robert (2001) *From Boys to Gentlemen: Settler Masculinity in Colonial Natal, 1880-1920*. University of South Africa Press. Pretoria.
- Novogrodsky, Myra, Michael Kaufman, Dick Holland and Margaret Wells (1992) "Retreat for the future: an anti-sexist workshop for high schoolers". *Our Schools/Our Selves*, vol. 3 no. 4, 67-87.
- O'Donnell, Mike and Sue Sharpe (2000) *Uncertain Masculinities: Youth, ethnicity and class in contemporary Britain*. Routledge. London.
- Peteet, Julie (2000) "Male gender and rituals of resistance in the Palestinian Intifada: a cultural politics of violence". Pp.103-126 in Mai Ghossoub and Emma Sinclair, ed., *Imagined Masculinities*. Saqi Books. London.
- Poynting, Scott, Greg Noble and Paul Tabar (1998) "'If anyone called me a wog, they wouldn't be speaking to me alone': protest masculinity and Lebanese youth in western Sydney". *Journal of Interdisciplinary Gender Studies*, vol. 3 no. 2, 76-94.
- Rhodes, Mary (1994) "Adolescent boys' perceptions of masculinity: a study of group stories constructed by Years 8, 9 and 10 boys". *Interpretations*, vol. 27 no. 2, 58-73.
- Robins, David and Philip Cohen (1978) *Knuckle Sandwich: Growing Up in the Working-Class City*. Penguin.. Harmondsworth.
- Sewell, Tony (1997) *Black Masculinities and Schooling: How Black Boys Survive Modern Schooling*. Trentham Books. Stoke on Trent.
- Silverman, Martin (1986) "The Male Superego". *Psychoanalytic Review*, vol. 73 no. 4, 427-444.
- Tillner, Georg (2000) "The identity of dominance: masculinity and xenophobia". Pp. 53-59 in Ingeborg Breines, Robert Connell and Ingrid Eide, ed., *Male Roles, Masculinities and Violence*. UNESCO Publishing. Paris.
- Tomsen, Stephen (2002) *Hatred, Murder and Male Honour: Anti-homosexual Homicides in New South Wales, 1980-2000*. Canberra, Australian Institute of Criminology (Research and Public Policy Series, No. 43).
- Totten, Mark D. (2000) *Guys, Gangs and Girlfriend Abuse*. Broadview Press. Peterborough.
- Valdés, Teresa and José Olavarria, ed. (1998) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Walker, Linley (1997) "Locked out: a car thief and a fantastical construction of hegemonic masculinity". Paper delivered to "Masculinities: Renegotiating Genders" conference, University of Wollongong.
- Wetherell, Margaret and Nigel Edley (1999) "Negotiating hegemonic masculinity: imaginary positions and psycho-discursive practices". *Feminism and Psychology*, vol. 9 no. 3, 335-356.
- White, Philip G., Kevin Young and William G. McTeer (1995) "Sport, masculinity, and the injured body". Pp. 158-182 in Donald Sabo and David Frederick Gordon, ed., *Men's Health and Illness*. Sage. Thousand Oaks.
- Willis, Paul (1977) *Learning to Labour: How Working Class Kids get Working Class Jobs*. Saxon House. Farnborough.
- Willis, Paul (1979) "Shop floor culture, masculinity and the wage form". Pp. 185-198 in J. Clarke, J. Critcher and R. Johnson, ed., *Working Class Culture*. Hutchinson. London.
- Willis, Paul (1990) *Common Culture: Symbolic Work at Play in the Everyday Cultures of the Young*. Open University Press. Milton Keynes.
- Wöflf, Edith (2001) *Gewaltbereite Jungen – Was kann Erziehung leisten? Anregungen für eine gender-orientierte Pädagogik*. Ernst Reinhardt Verlag. München.
- Wood, Julian (1984) "Groping towards sexism: boys' sex talk". In Angela McRobbie and Mica Nava, ed., *Gender and Generation*. Macmillan. London.
- Wyn, Johanna and Rob White (1997) *Rethinking Youth*. Allen & Unwin. Sydney.
- Xaba, Thokozani (2001) "Masculinity and its malcontents: the confrontation between 'struggle masculinity' and 'post-struggle masculinity' (1990-1997)". Pp. 105-124 in Robert Morrell, ed., *Changing Men in Southern Africa*. University of Natal Press. Pietermaritzburg.

CAPÍTULO II

LOS GRUPOS DE PARES Y LAS IDENTIDADES MASCULINAS

ADOLESCENCIA Y RIESGO: REFLEXIONES DESDE LA ANTROPOLOGÍA Y LOS ESTUDIOS DE GÉNERO

Norma Fuller¹

En este trabajo me propongo explorar la relación existente entre los adolescentes varones y la transgresión de las normas sociales. Es sabido que la población masculina de esta edad presenta altos índices de conductas antisociales, consumo de drogas y conductas sociales de riesgo. Generalmente se atribuye esta tendencia a factores biológicos, psicológicos o a patologías sociales. Mi intención es romper con la tendencia a considerarlos como anomalías y avanzar una respuesta alternativa para entender por qué se asocian tan consistentemente.

Para ello recurriré a dos fuentes de reflexión: los estudios antropológicos sobre transiciones y la teoría de género, sobre todo aquella que estudia la constitución de la identidad masculina. Me propongo demostrar que el gusto por la trasgresión, más que una tendencia al desvío es una forma de reflexionar sobre el lugar que los jóvenes ocupan en el orden social. En segundo lugar sugiero que las nociones de masculinidad son fundamentales para entender los temas que preocupan a los adolescentes y las conductas de riesgo que pueden adoptar.

Finalmente intentaré identificar ciertas tendencias actuales en las actitudes hacia la sexualidad y hacia las conductas de riesgo en las jóvenes que pueden ser entendidas como expresión de la tendencia a asumir como modelo de identificación a la masculinidad por falta de referentes propios.

I. EL ESTUDIO DE LA ADOLESCENCIA

El término adolescente carece de una acepción unívoca, pero la mayoría sus definiciones coinciden en señalar que se trata de una etapa transicional en la cual los jóvenes ocupan un lugar ambiguo entre la infancia y la vida adulta. Han abandonado las posiciones de la infancia, pero aún no han alcanzado el estatus de hombres. A pesar de sus limitaciones, esta perspectiva tiene la ventaja de llamar la atención sobre una de las características más saltantes de este momento del ciclo vital: la ambigüedad.

Las sociologías norteamericana y británica son las que más se han preocupado de manera definida por los jóvenes al desarrollar la noción de *cultura juvenil* (*youth culture*).

¹ Antropóloga y doctora en Antropología, docente de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Así por ejemplo el célebre estudio de William E Whyte (1971) sobre las bandas de Chicago, *Street Corner Society*, nos pinta un mundo de jóvenes distintivo y estructurado, especialmente por la clase, la edad y el rol sexual. En similar dirección van estudios como los de Elias y Dunning (1986) quienes llaman la atención sobre la asociación entre masculinidad y cultura juvenil. Según señalan, la existencia de bandas juveniles es característica de las sociedades de dominio masculino donde los sexos están muy segregados, el padre participa poco en la socialización infantil y existe poco control sobre los niños que se socializan mayormente en la calle. En estos contextos los jóvenes tenderán a asociarse en grupos de pares que ejercerán entonces el rol de socializadores de género de los varones. La cultura masculina que se desarrolla en los grupos de pares exagera entonces los rasgos viriles tales como la competencia entre varones, la afirmación sexual y la actitud derogatoria hacia las mujeres. Sin embargo, estas dos escuelas tienden a confundir la *delinquent gang* con la subcultura juvenil que no está envuelta necesariamente en actividades ilegales.

A pesar de que la Antropología se ha ocupado poco de la adolescencia como tal y ha tendido a visualizarla como un período de pasaje a la adultez y como el proceso de aprendizaje de los roles adultos, sus estudios al respecto han permitido cuestionar ciertas suposiciones tales como la inevitabilidad de la crisis adolescente (Mead 1972) y han proporcionado ciertas pistas para entender la supuesta rebeldía juvenil sin asociarla a la delincuencia. Los estudios de Víctor Turner sobre rituales de transición y sobre las características de los grupos que aún no están insertos en el orden institucional, como es el caso de los jóvenes, pueden ser útiles para entender a la adolescencia, porque proporciona una lectura diferente de la supuesta turbulencia de este periodo de la vida. Esta no sería un síntoma de descomposición social sino un rasgo inherente a este estadio del ciclo vital que se caracterizaría por la ambigüedad ya que no presenta pocas o ninguna de las cualidades del estado pasado o por venir. Es por definición marginal y su cultura expresaría precisamente esta cualidad. En la medida en que como ya señaló Mary Douglas (1966), lo informe en términos estructurales se relaciona con lo contaminante o y lo poluido, podría decirse que el gusto por lo asqueroso (como el vómito de las borracheras) y lo grotesco, lo trasgresor (como ir a las fiestas y emborracharse, frecuentar prostíbulos, etc.) es un recurso para elaborar esta ambigüedad.

Según afirma Turner, durante el período “liminal” el estado del sujeto es ambiguo: éste pasa por un mundo que tiene pocas o ninguna cualidad del estado pasado o por venir. Ya no es un niño dependiente, pero aún no ostenta los blasones del adulto, no es sexualmente activo, no tiene autoridad sobre la familia, no está integrado al mercado de trabajo. Cuando la transición se consuma, el sujeto alcanza una vez más un estado estable y en virtud de esto, adquiere los derechos claramente definidos. Se espera de él que se comporte de acuerdo con determinadas normas dictadas por la costumbre y los lineamientos éticos del grupo (Turner 1973:54).

Por otro lado, Turner señala que la liminalidad puede ser parcialmente descrita como una etapa de reflexión ya que los neófitos son alternativamente forzados y estimulados a pensar sobre su sociedad, y sobre los poderes que los crean y los sostienen. Las ideas, sentimientos y hechos que hasta eran aceptados inconscientemente son reducidos a sus elementos constituyentes. Estos rasgos son aislados y convertidos en objetos de reflexión mediante procesos tales como la exageración componencial (Ibídem: 68). Desde este

punto de vista, lo grotesco y trasgresor de los rituales que marcan la salida del mundo doméstico y de las formas de sociabilidad juvenil muestran de manera vívida los elementos constituyentes de su cultura. Es precisamente al transgredir el orden familiar y social que los jóvenes pueden resaltar, hacer evidentes las reglas que los rigen. Si aplicamos esta líneas de interpretación, muchos rasgos de la juventud que se califican como rebeldía o marginalidad adquirirían sentido.

Sin embargo, el esquema de Turner padece de un androcentrismo implícito ya que no cuestiona el hecho de que los símbolos usados en los rituales de transición como el énfasis en la fuerza, la competencia y la capacidad sexual asocian las características ideales de la vida adulta con los rasgos ideales de la masculinidad. Por ello introduciré la perspectiva de género. Esta última resalta tres puntos que son centrales en la reflexión sobre la identidad masculina: su asociación al poder, su dependencia de lo femenino y su fragilidad ya que, en la medida en que se identifica con lo universal, el saber y el poder, ningún hombre concreto puede encarnarla. En este contexto, la masculinidad se define como un status a lograr y ciertas cualidades a desarrollar por medio de pruebas y del modelamiento de la sensibilidad de los niños formados por la madre, es decir domésticos, para convertirse en hombres.

II. REPRESENTACIONES SOBRE MASCULINIDAD DE LAS POBLACIONES ESTUDIADAS

Tomando como material diversas investigaciones que llevé a cabo entre varones urbanos del Perú (Fuller 1997, 2000, 2001) intentaré reconstruir la manera en que esta población define la adolescencia² y cómo ésta se relaciona con la constitución de la identidad de género masculina³.

Desde un punto de vista de la secuencia temporal en el ciclo de vida la masculinidad se desdoblaría en dos dimensiones, la natural=virilidad y la social= hombría. El aspecto natural de la masculinidad se refiere a los órganos sexuales y a la fuerza física. A partir de ellos cada niño debe desarrollar fuerza física, control sobre sus emociones y probar que es sexualmente activo. Estas son las cualidades que conformarían la *virilidad* (Fuller 1997). La hombría, en cambio, es un estatus que todo hombre debe alcanzar para ganar el título de hombre de bien, respetable, honorable. Se obtiene al ingresar al orden institucional del trabajo y de la familia. Es decir, que un joven se vuelve hombre cuando trabaja y es padre de familia.

Aún cuando los atributos de la virilidad se van estimulando desde la tierna infancia, estos se obtienen durante la pubertad y adolescencia. Por ello este período es fundamental en la constitución de la masculinidad ya que en ella cada varón adquiere y demuestra a los demás que posee los atributos viriles. Asimismo, en este período el niño que hasta entonces pertenecía a “la casa” y estaba bajo el control de la madre, se

² Para fines de este estudio definiré como adolescencia el momento del ciclo vital período que se inicia en la pubertad (12-13 años) y concluye cuando los varones ingresan en el espacio laboral y/o establecen una relación conyugal.

³ En la medida en que se trata de poblaciones de jóvenes y adultos esta reconstrucción no corresponde necesariamente a su experiencia presente sino a la reconstrucción que hacen de ella en su relato actual.

separa simbólicamente de ella e ingresa al mundo masculino. En adelante uno de sus grupos de referencia e identificación más importante serán sus pares. Ellos lo instruirán en las reglas y definiciones de la cultura juvenil masculina y es ante ellos que debe demostrar que es fuerte y sexualmente activo. A través de estas pruebas el joven ingresa a un mundo paralelo, independiente del espacio doméstico, pero esencial para obtener los símbolos de la sexualidad adulta y para ingresar en la compleja red masculina que le permitirá más tarde ubicarse en el campo público (trabajo, política) simbólicamente definido como masculino⁴.

La adolescencia sería, pues, un momento del ciclo vital y de la constitución de la identidad de género masculina que tiene sus reglas propias, opuestas en alguna medida al mundo de los adultos y en el cual las prioridades y relaciones de los niños se redefinen. De hecho, las hazañas más prestigiosas consisten en desafiar las reglas de los adultos.

Este período es peligroso ya que la inversión de las normas y el desplazamiento de los límites conllevan riesgos. El joven puede destruirse física o moralmente (De Keijzer 1997) o quedarse fijado en el período liminal y convertirse en un marginal o en el eterno inmaduro que exagera los valores viriles (fuerza sexualidad activa) y no se inserta en la vida doméstica o pública. Es el caso, por ejemplo, del drogadicto, el delincuente o el don Juan.

En la medida en que la adolescencia es el período en el cual los adolescentes se están separando simbólicamente del espacio doméstico, la cultura juvenil despliega diversas estrategias por las cuales se establecen cortes simbólicos que permitan a los varones vivir y circular en la casa (que es finalmente el lugar de dormir comer e intercambiar con la familia) sin contaminarse con lo femenino y marcando distancia frente a este orden. Durante ese período la calle será el ámbito privilegiado de acción de los jóvenes ya que ésta representa al mundo de lo inesperado, lo accidental y desbordado, en tanto que el hogar se refiere a un universo controlado donde todo está en su lugar (Da Matta 1984: 70). En él todos los varones se encuentran en el mismo plan.

Este momento del ciclo vital se organiza sobre dos grandes principios: el predominio de los mayores que juegan el rol de iniciadores y la solidaridad e igualdad entre los jóvenes como categoría opuesta a las mujeres. El grupo de pares será, en adelante el marco de referencia privilegiado de los jóvenes. Esto se evidencia por ejemplo en los términos que usan para referirse a los amigos que enfatizan la cercanía.

A diferencia de los adultos que están insertos en posiciones definidas (un padre debe anteponer los intereses de su familia a los de sus amigos, las relaciones de trabajo implican lealtades opuestas), los jóvenes, aún no ubicados en la vida doméstica o laboral pueden desarrollar vínculos muy profundos. Así la relación con los amigos se define en contraposición a la familia y al orden social, precisamente porque se funda en la ausencia de posiciones que los dividan. Esta camaradería es producto de su situación marginal con su escasez de relaciones jurídicamente sancionadas y su énfasis en valores axiomáticos, expresivos de la afirmación de la masculinidad o del lugar que los jóvenes ocupan en la estructura social. Así, el recurso a formas festivas, consumo de alcohol y al lenguaje soez marcan la excepcionalidad

⁴ Aunque en la práctica las mujeres participan activamente en el mercado de trabajo y en la política, estas esferas se definen como masculinas. Sin embargo estas representaciones están variando rápidamente debido a la crítica actual al predominio masculino.

y la intensidad de estas relaciones así como de las situaciones que se viven. Los espacios de reunión (deportes, bares) y el lenguaje se definen como estrictamente homosociales y el lenguaje usado, que cae dentro del registro de lo soez o del cochineo, entre ellos quiebra expresamente las reglas de respeto hacia las mujeres. Así, las mujeres quedan simbólicamente expulsadas de estos espacios. Su expulsión y derogación produce una eficiente frontera que establece los límites del mundo masculino y coloca a las mujeres, hasta entonces poderosas, como figuras subordinadas.

Por otro lado, los grupos de pares son uno de los ámbitos más opresivos para la producción y regulación de las masculinidades (Connell 1996, Mac an Ghail 1996). Los jóvenes son presionados por sus compañeros para ajustarse al modelo de masculinidad del grupo. Estas presiones a su vez representan un papel importante en la constitución de la identidad de género, porque marcan los límites admisibles de conducta que le permiten visualizar las reglas de la masculinidad.

III. LOS RITUALES DE TRANSICIÓN

A pesar de que el único ritual formal de transición y cambio de estatus existente en la sociedad peruana es el matrimonio, en el medio urbano los niños y jóvenes deben, idealmente (aunque no necesariamente), atravesar por diferentes pruebas a través de las cuales son aceptados en la cofradía masculina y confirman que poseen los atributos viriles de fuerza y sexualidad activa. Estos son: la primera borrachera, el combate cuerpo a cuerpo y la visita al burdel. Todos ellos dramatizan el corte con la casa y el ingreso a un período liminal en el cual se caracterizan por ser marginales al orden: ya no pertenecen totalmente a la casa, aún no han ingresado al mercado laboral ni han formado pareja.

En la medida en que la adolescencia y primera juventud se caracterizan por oponerse a los mundos de los que proceden (familia) y a los que aspiran (instituciones formales de la esfera pública), las pruebas que marcan estos pasajes dramatizan el contrapunto entre los valores domésticos y los públicos a los que descomponen para ensayar sus roles futuros como padres, esposos o trabajadores, ciudadanos. Por ello tienen lugar en ámbitos informales y aparentemente espontáneos como la calle o en espacios definidos como marginales a la familia y a las instituciones formales: el burdel, el patio trasero de la escuela, un viaje.

A través de estas pruebas, el adolescente suspende su participación en la sociedad para entrar en una suerte de estado separado del sistema de relaciones sociales institucionalizadas (familia, trabajo) y ensaya sus roles futuros al lado de sus pares. Se trata del último momento de licencia abierta a los jóvenes antes de insertarse definitivamente en el mundo adulto. Su contexto es catártico y festivo (fútbol, música juvenil, fiestas), donde la vida se rebalsa intensamente, propendiendo a las emociones fuertes, aún violentas, en las que se privilegia la corporalidad.

Se trata pues de una etapa peligrosa en el que el varón prueba que puede transgredir el orden doméstico y oponerse a los adultos para ser aceptado por el grupo de pares y consagrado como fuerte y viril, pero en el que corre el riesgo de autodestruirse.

Ciertamente, no todos los jóvenes atraviesan este tormentoso período, algunos se rehúsan a pasar por algunos de los rituales de iniciación masculinos y no suscriben los

valores del grupo de pares. Son aquellos que se identifican con los valores transmitidos por la escuela, la familia y la Iglesia. Otros tienen sensibilidades diferentes y no están de acuerdo con el tipo de virilidad propuesta por la cultura del grupo de pares. Sin embargo, por lo común los jóvenes reconocen la existencia de estas pruebas y han sentido presión para atravesarlas. Aún aquellos que no las siguieron se ven en la necesidad de justificar por qué no las aceptaron o cómo las evadieron.

Por otro lado, existen diferencias marcadas en la manera en que se cumplen estas pruebas que van desde el que cumple con probar frente a sus pares que puede transgredir y se mantiene dentro de los límites, el que vive peligrosamente el período se interna en él, pero sale al convertirse en adulto y el que sucumbe y cae en la marginalidad. Este último es el contrapunto del relato de los varones, el que marca el límite de lo prohibido.

1. La pelea

En algún momento, al final de la infancia, los niños se sienten forzados a demostrar en alguna ocasión que son capaces de enfrentarse en una pelea, de “dar la cara”. Esta escena ocurre entre los 11 y los 13 años y marca una de los primeros desafíos en que los varones deben pasar para ser aceptados en la categoría masculina y para marcar distancia frente a los adultos. Debe, idealmente, ser presenciada por los pares o relatada de manera que ellos la acepten como real. El enfrentamiento físico puede no ocurrir de hecho, no pocos de ellos logran evitarlo, pero lo que sí se considera ineludible es que en cierto momento deben responder al reto de otro niño y mostrarse dispuestos a afrontar un combate cuerpo a cuerpo, sea de forma grupal, sea de forma individual.

Pasada esta prueba de valentía y entereza el niño confirma que posee las cualidades básicas de la hombría: fuerza y valentía, gana el respeto de los pares y un lugar en el mundo masculino. A su vez legitima la superioridad de los varones sobre las mujeres, ya que ellas se consideran incapaces de defenderse físicamente y, por tanto, sometidas al control de los varones. Por otro lado, poder pelearse marca la separación del mundo protegido de la familia para ingresar al campo liminal donde cada cual debe luchar por encontrar un lugar. Por ello ocurre por lo general desafiando las reglas de la escuela y fuera de la casa, en la calle.

Es pues el primer paso del niño al ámbito masculino. Este ritual contiene todos los elementos que marcan la condición liminal de los jóvenes y sintetiza los valores de la masculinidad en esta etapa de la vida: fuerza y capacidad de competir para ganar respeto del otro y el reconocimiento de que puede circular entre los pares y tiene un lugar entre ellos. No se trata pues de una simple bravata sino de un ritual en el cual el joven demuestra que posee fuerza y capacidad de defender su posición. Quien no tiene éxito en este empeño corre el riesgo de ser identificado con lo femenino y estigmatizado. Esto último constituye el máximo peligro y sería la amenaza que fuerza a los niños a entrar dentro de los moldes prescritos.

Por otro lado, el temor que se pueda sentir en esta ocasión canaliza la inseguridad del niño respecto a su capacidad de demostrar que puede ocupar su posición en el mundo masculino. Si imponerse sobre otro es prueba de hombría, no ser capaz de aceptar una pelea y enfrentarla lo coloca en posición femenina, porque acepta colocarse en posición pasiva-feminiza frente al rival. De este modo, los niños aprenden a desarrollar fuerza y a identificarla con la masculinidad por contraste a su opuesto lo femenino.

En suma, la pelea o la capacidad de aceptar sería un paso requerido para probar la capacidad de responder a un desafío a la propia virilidad y obtener reconocimiento y respeto de los pares.

No obstante, ello no significa que la violencia física sea un valor muy apreciado. Por el contrario, en las entrevistas recogidas la mayoría de los informantes declara que se peleó o enfrentó un amago de lucha porque no le tuvo más remedio que hacerlo debido a la presión de los pares, al temor de quedar fuera del grupo o de ser maltratado por los más fuertes. La mayor parte de las veces se trataba de “dar la cara” mostrar que no se retrocede ni se teme al rival más que de un ataque efectivo. En suma, se trata de un dispositivo para la constitución de la identidad masculina que remarca precisamente el hecho de que se trata de un status por adquirir.

Siendo consecuente, contrariamente a quienes interpretan la necesidad de probar la masculinidad como una inseguridad de origen psicológico y por lo tanto esencial, yo sugiero que estas pruebas son formas de reflexión sobre las posiciones sociales que el niño debe asumir y de marcar su oposición a lo femenino.

La contienda es también una de las fórmulas de encuentro entre niños fuera de la familia nuclear ya que establece jerarquías y organiza al grupo de pares entre quienes pueden imponerse físicamente y quienes se someten o deben buscar alianzas con líderes que los protejan. De este modo el ciclo de las peleas infantiles entrena a los varones en la jerarquía interna por la cual los más fuertes asumen el liderazgo que le gana el reconocimiento y la lealtad de sus pares.

Ahora bien, la capacidad de luchar no se restringe a enfrentar un desafío físico. La contienda se anuda generalmente alrededor de tres grandes temas: no aceptar ninguna ofensa de otros, ser capaz de proteger a la familia y a su grupo y defender la justicia. Todos ellos identifican la fuerza, el atributo viril por excelencia con la defensa de los pilares de la sociedad: familia, y esfera pública. En este proceso se ancla y establece una asociación entre las características naturales del varón y el control del orden social.

De este modo masculinidad, autoridad y control se igualan simbólicamente. El mundo se ordena y jerarquiza usando como principio ordenador: las cualidades viriles. Ello nos permite entender la estrecha asociación entre la cultura masculina y el pandillaje ya señalada por otros autores (Elías y Dunning 1986), pero nos abre la posibilidad de entenderlas desde un punto de vista no patológico. No estoy sugiriendo que las pandillas no caigan en conductas delincuenciales, lo que intento señalar es que una estrategia importante para entender su lógica es enmarcarla dentro de las demandas de la cultura masculina en esta etapa de la vida.

2. La borrachera

El consumo de drogas, tabaco, marihuana, cocaína y sobre todo alcohol, pertenece a la serie de pruebas y riesgos que los jóvenes deben atravesar para ser aceptados en el grupo de pares e iniciar el proceso de convertirse en varones adultos. Dentro de éstas la primera borrachera marca el primer paso en el ingreso del niño al periodo liminal en el cual se invierte simbólicamente el orden doméstico y público.

En este punto se produce el primer corte respecto del orden doméstico ya que se trata de una prueba que implica quebrar sus reglas y enfrentarse a los valores que la

madre y el padre representan. De este modo, la primera borrachera marca un corte en el que el joven entra en un periodo de riesgos y de inversión de las reglas en los que se empuja el cuerpo hacia límites. Estas pruebas asocian simbólicamente la liminalidad del joven con la muerte, el corte de la infancia para renacer como varones. Se trata de actividades peligrosas en las que se quiebran los límites. Los jóvenes saben que se asoman a abismos en los que pueden caer.

Asimismo, la temática del consumo de alcohol dramatiza la ambigüedad de este periodo de la vida en el cual el hecho de traspasar los límites implica el riesgo de caer en la marginalidad, de perennizarse en una etapa juvenil y no lograr obtener el rango de varón logrado y respetable.

Por otro lado, el consumo de alcohol, que produce un estado alterado de conciencia y quiebra la distancia emocional entre las personas, crea un vínculo especial entre los iniciados. Ello se refuerza con la complicidad creada por compartir experiencias que marcan el quiebre frente al mundo doméstico y adulto y la conciencia de pertenecer a un mundo del que las mujeres están excluidas. Permite también relajar la represión contra la expresión de mutuo afecto entre varones impuesta por el tabú a la homosexualidad. En sentido contrario, el hecho de que estas expresiones puedan ocurrir sólo dentro del contexto del uso de alcohol, coloca las expresiones de afecto entre varones dentro del ámbito de lo invertido y confirma su prohibición.

El consumo de marihuana y otras drogas tales como la pasta básica, el terokal y la cocaína, es bastante común. Sin embargo, a diferencia del alcohol que se asocia a transgresión pero cuyo consumo está admitido, la marihuana cae dentro del registro de lo abiertamente prohibido. Se trata de una prueba en la que el joven demuestra que puede quebrar la ley y así adquirir el respeto de sus pares. Esta experiencia por lo común se asocia con el gusto por la novedad, la aventura y el riesgo. Se escenifica, de este modo, la ruptura de la ley y el regreso a ésta. El orden social se descompone por la vía de la inversión y transgresión en sus elementos constituyentes y los jóvenes hacen consciente su decisión de pertenecer al mundo adulto. (Es notorio que estas pruebas no existen en la población femenina o por lo menos no se asocian a la feminidad. Ello nos da una medida de la asociación entre masculinidad y orden social).

3. La iniciación sexual y la conquista

Hasta la década de los setenta en la sociedad peruana urbana acudir a una prostituta era considerado como el ritual informal a través del cual los varones probaban públicamente que eran sexualmente activos frente a sus pares. Quienes se negaban a pasar esta prueba debían afrontar la burla de sus compañeros, porque no habían probado su capacidad sexual y no habría cumplido con los requisitos necesarios para probar que son viriles. Para la mayoría se trataba de una experiencia difícil a la que se enfrentaron con temor y para demostrar frente al grupo de amigos que se es hombre.

Era pues, una prueba pública en la que el elemento decisivo no es el acto sexual en sí sino que los padrinos refrenden y confirmen que ha ocurrido. Por ello, no es raro que varones adultos relaten (ahora que ya no es algo importante y se han confirmado como adultos) que no fueron capaces de tener un coito, pero que lo importante era hacer como si.

Este ritual marca definitivamente el fin de la infancia. La adquisición de la virilidad y el ingreso al período liminal. Todos los símbolos usados en el relato de la iniciación sexual hacen referencia a la inversión del orden doméstico y de los afectos. La prostituta se describe como una mujer mayor que impone una relación mecanizada de estricto intercambio comercial. Los jóvenes, lejos de ser seductores, se ven en una situación que niega el erotismo y los coloca en la posición del novicio inexperto. El ambiente en que ocurre se percibe como contaminado, peligroso y sucio (Douglas, 1966) opuesto al mundo ordenado de la casa. En suma, se trata de una experiencia en la cual se invierte las normas que rigen los afectos y que se caracteriza por ser sucia y, por asociación, marginal.

Estas exigencias de la virilidad nos pueden dar pistas para entender la asociación entre cultura masculina y conductas de riesgo sexual. A pesar de que los jóvenes saben que la promiscuidad sexual y cierto tipo de prácticas los expone a contraer enfermedad transmisión sexual, la necesidad de alcanzar el estatus viril es, o era por lo común, más importante que el temor.

Ahora bien, en la actualidad no es raro que los jóvenes rechacen esta forma de iniciación sexual (Arias y Aramburu 2000, Fuller 1997, 2001), debido al temor a contraer enfermedades, y al trato con una mujer que consideran poluido, porque es promiscua y/o porque no aceptan entrar en una posición subordinada frente a una mujer mayor y que no acepta su control. Al mismo tiempo la liberalización de las costumbres sexuales ha abierto a los jóvenes la posibilidad de tener relaciones sexuales con sus jóvenes mujeres sin que se considere una seria transgresión del orden moral. Entre ellos es común que las fantasías sexuales se centren en la enamorada y la iniciación sexual ideal esté dentro del registro de la conquista o de la fusión amorosa.

Sin embargo en la cultura urbana peruana existe una oposición marcada entre el sexo asociado al amor, relacionado a la esposa/pareja y el sexo como afirmación de virilidad, como desfogue de una necesidad o como forma de probar que se es activo sexualmente y de obtener el reconocimiento de los pares, que se practica con las mujeres catalogadas como “fáciles” (Jiménez 1996, Fuller 1997, Cáceres 1998, Arias y Aramburu 2000). Estas últimas, que reciben nombres variados: *pacharaca*, *ruca*, *jugadora*, *trampa*, se diferencian de la “chica de su casa” por los límites que imponen a los deseos sexuales de los varones o porque no son elegibles como parejas por pertenecer a grupos sociales/raciales inferiores. La relación con ellas se define como restringida a la búsqueda de satisfacción. Es decir, se las disocia de su identidad social y se las percibe únicamente en términos sexuales (Nencel 1996). La mujer se define como una presa o como un depósito donde se descargan fluidos acumulados.

Este tipo de encuentros tienen lugar en la calle o en ámbitos asociados a ella como bares y discotecas. En éstos la regla de respeto hacia la mujer, rígidamente definida en los contextos domésticos e institucionales (escuela, universidad, trabajo) se difumina. De este modo, los códigos que rigen los encuentros son menos explícitos, más librados a la astucia de los participantes.

Estas relaciones representan un papel importante en la afirmación pública de la virilidad de un varón ya que demuestran a otros varones que son capaces de seducir a una mujer sin tener que pagar (prostituta) o comprometerse (enamorada). Es decir, es lo suficientemente atractivo o lo bastante astuto como para lograr que una mujer sucumba a sus encantos. Así, la seducción tiene como interlocutor no sólo a la pareja sexual, sino al grupo de

amigos. El sexo, en tanto principal forma de inversión y trasgresión del orden doméstico, es un símbolo de la fraternidad de los amigos. Esta conversación, con sus códigos secretos, crea una sensación de camaradería y produce a los jóvenes la impresión de pertenecer a una categoría opuesta a los adultos y, sobre todo, a las mujeres.

Por otro lado, como todas las formas jocosas o invertidas, la fanfarronada permite descomponer los temores que despiertan las relaciones con las mujeres. El lenguaje que usan para referirse a sus prácticas y aventuras sexuales, marcadamente soez, expresa la inversión del trato debido a ellas. En este período los jóvenes empiezan a prepararse para ingresar en el orden conyugal. Este se percibe con anhelo y temor por las cargas de responsabilidad que implica. De este modo, el continuo festejo de una sexualidad sin amarras en la que se niega toda forma de compromiso con la mujer y se relatan prácticas que colocan a la mujer como un objeto despreciado es también una manera de elaborar sus futuros roles masculinos y la ambivalencia de los varones frente a las cargas del matrimonio. Consecuentemente, estas relaciones dramatizan la ambivalencia que los jóvenes sienten entre la mujer como objeto de deseo y el temor al matrimonio. Es decir, entre su posición estructuralmente externa al orden social y las constricciones del estatus adulto.

Sin embargo, en este momento del ciclo vital, los jóvenes están en una posición social inferior respecto a las chicas, porque aún no cuentan con los medios para acceder a ellas. Las jóvenes, de su lado, son socialmente maduras y circulan entre varones que puedan ostentar los signos masculinos de estatus social: dinero para invitarlas, ropas adecuadas, etc. De este modo, la seducción, asociada a la afirmación viril, es también una fuente de inseguridad para el joven que aún no posee los símbolos de la masculinidad adulta. Es por ello que, a pesar de que se usa el libreto de la conquista, estos relatos se escuchan como fanfarronadas en las cuales los jóvenes más que relatar sus proezas buscan conversar con sus pares y verbalizar, bajo la forma de la inversión, sus temores y fantasmas.

IV. LAS JÓVENES Y ADOLESCENTES

El caso de las mujeres presenta ciertas peculiaridades, porque las definiciones de adolescencia, primera juventud y madurez femeninas están en revisión debido a factores tales como: la redefinición de la sexualidad y la reproducción femeninas, la mayor autonomía de los jóvenes frente a la familia, la tendencia hacia una mayor igualdad en las relaciones entre hombres y mujeres y, sobre todo, al desplazamiento de la maternidad en sus proyectos de vida.

En el modelo tradicional la menarca define la madurez sexual y social de la mujer (el momento en que están listas para casarse y ser madres). Por lo tanto, pasan de la infancia a la adultez sin solución de continuidad (Benítez et al 1996). En cambio en la actualidad las jóvenes tienen la posibilidad de vivir una etapa de circulación erótica asociado al placer y la búsqueda de novedades, el tiempo de los estudios y del ingreso al mercado laboral forman de la experiencia personal de una creciente porción de la población femenina joven y la maternidad ya no es el eje que define y engloba el proyecto de vida buena parte de las mujeres de hoy (Fuller 1993, Raguz 1986 1995, Ponce y la Rosa 1995 Quintana 1999, Valdés 1989, 1999). Es decir, ha surgido un período de moratoria social en el cual las jóvenes no son niñas pero no ha ingresado al orden institucional (matrimonio, trabajo responsable).

Ahora bien, en la medida en que en la cultura femenina no existen referentes previos para definir este estado, pareciera que la moratoria masculina está siendo tomada como modelo para la población femenina. Ello se debería, también a que lo masculino se asocia con todos los aspectos de la vida social a los que las mujeres están ingresando y, al mayor prestigio de la masculinidad.

Esto se refleja en la cultura juvenil que se está ampliando para generar formas de sociabilidad, consumo y valores antes asociadas a la población masculina y que ahora incluyen crecientemente a las jóvenes. Sin embargo, ello puede conducir a impases serios porque la cultura masculina está edificada sobre un cierto orden en las relaciones entre los géneros que se funda en la expulsión de las mujeres y que los fuerza a adoptar conductas de riesgo.

Una de las consecuencias no deseadas de estos cambios es que el uso de alcohol y otras drogas se ha incrementado de manera dramática en la población femenina joven. Yo sugiero que ello se debe, en gran medida, a que ellas identifican la cultura masculina con la libertad y la autoafirmación en tanto que la feminidad se asocia a la contención y al encierro.

Estas reflexiones pueden extenderse a otros ámbitos tales como la posibilidad de que los patrones de asociación y agresión masculinos sean copiados por algunos grupos de mujeres jóvenes con la posible proliferación de bandas femeninas y así sucesivamente.

Otro aspecto en el que se observa un aumento notable de situaciones de riesgo es en la conducta sexual. Es evidente que las costumbres sexuales femeninas han cambiado en el sentido de una mayor apertura y valorización de la importancia de tener una vida sexual propia independiente de la reproducción (Arias y Aramburú 2000, Gysling et. Al 1997, Ponce y La Rosa 1995, Quintana 1999). Sin embargo, como ya señalé líneas arriba, la cultura masculina supone que este tipo de relaciones caen dentro de la categoría de la seducción (Jiménez 1996, Olavarría y Parrini 1999) y puede conducir a los jóvenes a dejar de lado precauciones para evitar el riesgo de embarazos no deseados o de contraer enfermedades de transmisión sexual.

De hecho, estudios realizados en diversos países muestran que si bien, a lo largo de los últimos 30 años, ha venido produciéndose un descenso generalizado de la fecundidad femenina la cohorte de jóvenes de 15 a 19 años es la única que muestra un comportamiento inverso. Mientras las mujeres mayores reducen su contribución relativa gracias al uso cada vez mayor de anticonceptivos, la tasa de fecundidad en mujeres muy jóvenes se mantiene (Olavarría y Parrini 1999, Raguz 1999).

En suma, usualmente consideramos que los cambios en la situación jurídica y social de la población femenina conducirían a la redefinición de la feminidad y a la emergencia de nuevos estilos de mujer. No obstante el surgimiento de una experiencia inédita en la cultura femenina, como es la moratoria social, combinada a la tendencia de la población femenina a tomar como modelo de identificación a la masculinidad, pueden abrir nuevos riesgos para las adolescentes y jóvenes.

V. CONCLUSIONES

Ciertas conductas propias de los jóvenes y adolescentes varones que se asocian al riesgo y la trasgresión pueden ser mejor entendidas como formas de reflexionar sobre su posición liminal respecto al orden social y de descomponer el estado que dejan y aquel al que aspiran.

Ello no significa que las conductas transgresoras no se asocien a otros factores ni que no puedan caer en lo asocial. Lo que sugiero es que estos elementos conceptuales pueden darnos pistas para entenderlos desde una perspectiva que nos evite caer en la trampa de patologizar a priori este período de la vida.

La cultura masculina, que impone a los jóvenes la necesidad de adquirir los símbolos de la virilidad frente al jurado de sus pares, puede darnos pistas para entender cuáles son las conductas de riesgo más típicas de los adolescentes y jóvenes, por qué ellas son tan persistentes y cómo trabajar con los jóvenes y adolescente.

Los cambios en la adolescencia femenina debido al surgimiento de un periodo de moratoria social, podrían estar conduciendo a ciertas poblaciones de mujeres jóvenes a asumir conductas propias de la cultura masculina que serían de muy alto riesgo para ellas. Esto podría explicarse porque las jóvenes podrían estar tomando como modelo de patrones de moratoria social a aquellos desarrollados por la cultura masculina en esta etapa de la vida.

Bibliografía

- Arias, Rosario y Carlos Eduardo Aramburu (2000) *Uno empieza a alucinar ... Percepciones de los jóvenes sobre sexualidad, embarazo y acceso a los servicios de salud: Lima, Cuzco e Iquitos*. Redes Jóvenes Fundación Summit. Lima, Perú.
- Benítez, Norma, Cándida Mereles y Angélica Roa (1996) "Ahora ya saben todo", *Vivencias de la sexualidad de las adolescentes*. FNUAP, BECA, Asunción, Paraguay.
- Cáceres, Carlos (1998) "Jóvenes varones en Lima: Dilemas y estrategias en salud sexual". En Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, pp.158-174. FLACSO-Chile, FNUAP. Santiago, Chile.
- Connell, Robert (1996) "Teaching the boys. New research on masculinity and gender strategies for schools". *Teachers College Record*, Vol. 98, n° 2, pp. 206-235.
- Elias, Norbert y Eric Dunning (1999) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Da Matta, Roberto (1984) *Caranavaís, malandros e heoris. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Zahar Editores. Rio de Janeiro, Brasil.
- Douglas, Mary (1966) *Purity and Danger. An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. Praeger. Nueva York.
- Fuller, Norma (1993) *Dilemas de la Femenidad, Mujeres de clase media en el Perú*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Fuller, Norma (1997) *Identidades masculinas, varones de clase media en el Perú*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Fuller, Norma (2000) "Representaciones de paternidad entre varones urbanos del Perú". En Fuller, Norma (editora) *Paternidades en América Latina*. Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Fuller, Norma (2001) *Masculinidades, cambios y permanencias*. Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Gysling, Jacqueline, María Cristina Benavente y José Olavarría (1997) "Sexualidad en jóvenes universitarios". Nueva Serie FLACSO. Santiago, Chile.
- Jiménez, Oscar (1996) "Entre patas y platas. Parejas sexuales, riesgos sexuales y redes personales entre varones jóvenes". En Cordero, Marisol; Oscar Jiménez; María del Carmen Menéndez; Rocío Valverde y Carmen Yon, *Más allá de la intimidad, Cinco estudios en Sexualidad Salud Sexual y Reproductiva*, pp. 15-52. Lluvia Editores, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Mac An Ghail, Máirtín (ed.) (1996) *Understating Masculinities. Social Relations and Cultural Arenas*. Filadelfia: Open University Press, Buckingham.
- Mead, Margareth (1972) *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Laia, Barcelona, España.
- Olavarría José y Rodrigo Parrini (1998) "Los padres adolescentes", FLACSO, Unicef, Santiago, Chile.
- Nencel, Lorraine (1996) "Pacharacas, putas y chicas de su casa". Labeling, Femininity and Men's Sexual Selves in Lima, Peru. En Melhus, Marit y Kristi Anne Solen (eds.). *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power*

- of Latin American Gender Imagery*, pp.56-82. Verso, Londres – Nueva York.
- Ponce, Ana y La Rosa, Liliana (1995) *Nuestra sexualidad, Mis abuelos, mis padres y yo*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lluvia Editores, Lima, Perú.
- Quintana, Alicia (1999) “Construcción sexual de la sexualidad en adolescentes estudiantes de El Agustino”. En: Carlos Cáceres (editor) *Investigaciones recientes sobre salud sexual y reproductiva de los jóvenes en el Perú*, pp.9-18. Redess Jóvenes. Lima, Perú.
- Raguz, María (1986) “Estereotipos de rol sexual y diferencias sexuales: realidad y distorsión”. En *Revista de Psicología*. No 1 Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.
- Raguz, María (1995) “Construcciones sociales y psicológicas de Mujer, Hombre, Femenidad, Masculinidad y Género en diversos grupos poblacionales”. Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Raguz, María (1999) “Riesgo sexual y reproductivo en adolescentes desde una perspectiva de género”. En Carlos Cáceres (editor) *Investigaciones recientes sobre salud sexual y reproductiva de los jóvenes en el Perú*, pp.63-93. Redess Jóvenes, Lima, Perú.
- Turner, Victor (1973) *Dramas, Fields, and Metaphors, Symbolic Action in Human Society*, Cornell University Press, Ithaca and London. 1980. *La selva de los símbolos: Aspectos del ritual Ndembu*. Siglo XXI, México D.F.
- Valdés, Teresa (1989) *Venid benditas de mi padre, las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*. FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Valdés Teresa, María Cristina Benavente y Jacqueline Gysling (1999) *El poder en la Pareja, la Sexualidad y la Reproducción*. Serie Libros FLACSO. Santiago, Chile.
- Whyte, William Foote (1971) *La sociedad de las esquinas*. Editorial Diana, México.

ADOLESCENCIA, MASCULINIDAD Y VIOLENCIA: EL CASO DE LOS BARRISTAS DEL FÚTBOL

Humberto Abarca¹

ADOLESCENCIAS

Como nos recuerda el antropólogo José Fernando Serrano (2002), juventud y adolescencia² son objetos que no escapan a la organización del saber/poder disciplinar y, en tal sentido, al significado político que tienen las categorías a partir de las cuales se les define, las que la mayor parte del tiempo nos hablan más del que nombra que de lo nombrado. Al respecto, el autor identifica dos motivos-fuerza a partir de los cuales los discursos sobre adolescencia y juventud han definido –y controlado– el fenómeno: la juventud es “lo mismo” y la juventud es “lo otro”.

En el primer caso, se define lo juvenil como un movimiento vital transitorio orientado al futuro, que antecede y se completa en el mundo adulto. Lo juvenil sería un momento de paso o tránsito a la vida adulta, que constituye el punto de llegada y el patrón de medida para definir la condición. Desde este punto de vista, juventud es turbulencia, desorden, crisis de identidad que terminará en la ansiada estabilidad que se logra en la vida adulta. Tal noción de la adolescencia se funda a inicios del siglo XX cuando G.S. Hall compara los ciclos vitales con la evolución de las civilizaciones y hace de la adolescencia el equivalente de la barbarie. Discurso –señala Serrano– construido en un momento en que la teoría de la evolución legitimaba los procesos colonialistas y justificaba el control de un mundo –el centro colonial y el tutor adulto– sobre el otro: las colonias bárbaras y el adolescente turbulento. Discurso dominante en esta tradición, la psicología del desarrollo sitúa la crisis de la adolescencia en los cambios biológicos y, con ello, naturaliza la condición juvenil, la deshistoriza y desculturaliza al tiempo que invisibiliza la condición de clase y las diferencias que de ella emanan.

En el segundo caso, se ejerce un intento por definir lo juvenil desde una especificidad que se considera lo otro, lo diferente. Desde intentos de diferente signo, se concibe a los adolescentes y jóvenes como constructores de un mundo con sus propios códigos con independencia del mundo adulto y de nociones tradicionales como clase social. En

¹ Sociólogo, en la actualidad se desempeña en un proyecto de investigación sobre jóvenes, sexualidad y reflexividad social en el Centro de Género y Cultura de la Facultad de Filosofía, Universidad de Chile.

² Para cumplir con los requerimientos temáticos de esta conferencia, nos concentramos en aquel grupo de edad que va entre los 10 y los 19 años de edad. Bajo esta precisión, nos permitiremos hablar indistintamente de adolescentes y jóvenes.

los últimos años, el modelo de las culturas juveniles constituye el paradigma en boga para comprender el fenómeno juvenil y orientar el diseño de políticas.

Identidades

Pareciera que la reflexión sobre las identidades adolescentes no escapa al conflicto entre esencialismo y constructivismo: sea en sus versiones biologicistas –la mencionada psicología del desarrollo– o sociopolíticas –conservadoras: la juventud despreocupada y/o revolucionarias: la juventud rebelde–, asistimos al intento de afirmar un discurso que reduce la condición juvenil a partir de algún vector con el objetivo de validar un cierto saber o programa disciplinar (y disciplinatorio).

Como contrapartida, al igual que en el caso de la categoría de género, se consolida una visión que concibe lo juvenil como una construcción sociohistóricamente construida y/o situada. Lo anterior es relevante, pues nos revela que el carácter sesgado de la concepción dominante sobre juventud acopla con el tema que nos convoca: un modelo de clase y sexo específico: clase media, sexo masculino. La historia de la adolescencia y la juventud va ligada con la instauración y hegemonía de cierto modelo de masculinidad. Es reconocida la importancia de las instituciones de moldeamiento de la identidad masculina como los boys scouts y la educación física (Serrano, op cit.).

Por otra parte, como nos recuerda Renée de la Torre (2002), la identidad contemporánea se construye tanto por *pertenencia* (como colectivo institucionalizado con matriz socioterritorial) como por *referencia* a marcos de producción y distribución simbólica global (nuevas tribus urbanas, estilos de vida influenciados por modelos de consumo, entre otras). De hecho, la propia noción de identidad tiende a ser reemplazada por la de *identificación*, remarcando el proceso activo y contextual en que una misma persona y/o comunidad organiza sus modos de concebir la relación con el mundo en un juego de determinaciones y elecciones. Para Ibáñez (1990), se trata de la articulación de la cadena vertical de las filiaciones y la trama horizontal de las afiliaciones. Los procesos de construcción de la identidad masculina adolescente no escapan a estas reglas del juego contemporáneas.

I. LA EXPERIENCIA DE LAS BARRAS BRAVAS DEL FÚTBOL

A partir de estas salvedades, desarrollamos algunas reflexiones sobre las masculinidades adolescentes con base en una experiencia de investigación realizada entre integrantes de lo que se ha dado en llamar ‘barras bravas’ del fútbol³. Los sujetos pertenecen al sector El Castillo, Comuna de La Pintana, asentamiento urbano popular surgido de un proceso de erradicaciones forzosas que cambió el paisaje urbano de Santiago de Chile durante la dictadura que dominó al país hasta finales de los ochenta.

³ El estudio del que se derivan estas reflexiones se denomina “El feo, el sucio y el malo. Un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras del fútbol en Chile”, realizado junto a Mauricio Sepúlveda en el marco del Tercer Programa de Capacitación en Investigación sobre Derechos Reproductivos en Latinoamérica y el Caribe, Fundación Carlos Chagas, 2000.

1. Territorio, masculinidad y violencia

Los territorios donde habitan los jóvenes barristas provienen de un proceso de erradicación y radicación forzada, al cabo del cual el capital social acumulado durante años de permanencia en los espacios originarios se pierde y la convivencia entre los pobladores se degrada al punto de declararse una micro guerra civil donde la violencia entre grupos de varones pasa a ser la fuerza fundacional de un orden basado en la defensa de la territorialidad y en el temor que se es capaz de infundir. En este proceso, la violencia es mito fundacional y fuerza constructora de orden.

De esta forma, bajo condiciones como las existentes en el sector al momento de su fundación –deterioro del capital social y ausencia de un poder local de mediación– la violencia viene a ser un recurso fundante de identidad, en la medida que delinea las identidades (define quién pesa y cuánto) y, por lo mismo, establece un sistema de equilibrio disuasivo basado en su potencial de ejercicio. Al calor de este proceso, se instala un sistema de prestigio basado en una manera peculiar de resolver los conflictos –el ejercicio de la violencia– y un particular código de procedimiento –la ley del ‘más malo’–. Dicho sistema de prestigio da sentido a la identificación y al accionar de los grupos de varones.

Este proceso moldea las masculinidades del sector. La puesta en escena de las segundas y terceras generaciones de jóvenes varones, que han nacido o han desarrollado la mayor parte de su vida en el territorio de erradicación, marca el surgimiento de un proyecto de identidad colectiva que viene a suplir la memoria negada por la migración forzada afirmándose en la noción de ‘barrio bravo’, que invierte el estigma negativo atribuido al sector en potencialidad afirmativa como espacio de encuentro y referencia, particularmente masculina. El principio de predominio territorial es el eje ordenador del proceso y se traduce en una serie de prácticas de apropiación, control y defensa del territorio donde se realiza el habitar cotidiano. Tales conductas se expresan en la dinámica del ‘registrar’ referida por los sujetos: es una operación que, referida al dominio territorial, manifiesta un acto de presencia que afirma el derecho a dignidad y el deseo de respeto por parte de un grupo de varones.

La historia de la formación de El Castillo inscribe una enseñanza en la memoria colectiva que interpela especialmente la subjetividad de los varones adolescentes, principales destinatarios del mensaje: *cualquiera sea lo que se defina como ‘propio’, esto debe ser defendido*. La capacidad públicamente demostrada de un varón para actuar en consecuencia con esta demanda, es la principal fuente de su prestigio personal y grupal. En segundo lugar, la sinceridad de la devoción del varón por los valores que defiende se prueba públicamente en virtud de su *intensidad*, esto es, en la medida que reordena su biografía a partir de las prácticas y sentidos que debieran orientar el proceder de un varón ‘como corresponde’.

a) Territorio brígido⁴, varones brígidos

Asimismo, las identidades de género masculinas se imbrican con la identidad territorial: en este caso, el ‘cartel’ o imagen del territorio informa la vara con que habrá de medirse

⁴ ‘Brígido/a’: de temer, peligroso, que infunde temor.

a los varones provenientes de él: nosotros somos bravos. El estigma que persigue al territorio se traslada a los varones en la medida que se hace una marca de identidad que, por vía de una inversión ideológica, cambia a su favor el significado infame contenido en la noción de estigma reponiendo el significado original del término (del griego *stizo* ‘yo pico, muerdo’). Es una señal de agresividad y, bajo este contexto, de poderío. Estigma que gracias a la operación reivindicativa deviene de prontuario en currículum, y que gracias a la sobreexposición de los hechos delictivos en los medios masivos de comunicación, varía de cualidad local a prestigio nacional y, en esa medida, retroalimenta las expectativas sobre el accionar de un varón del sector.

Por su parte, la formación de las barras territoriales bajo una determinada identidad ‘de choque’ responde al despliegue de un proyecto de identidad local por parte de los jóvenes varones agrupados en ellas. El recurso a la identidad grupal de ‘piño de choque’ marca una solución de continuidad en la construcción del proyecto de identidad de estas agrupaciones en dos esferas diferentes –el barrio y el recinto deportivo–, brindándoles la posibilidad de desarrollar un sentido de congruencia con los valores que los constituyen. Entre ambas esferas, dominan el afán de afirmación y preeminencia, junto a cierta forma de administrar el poder y procesar el conflicto que denominaremos ‘juego de suma cero’, esto es, aquella relación de competencia donde lo que uno gana es la misma porción que el otro pierde. El discurso que articula la vivencia del barrista y su piño de choque al interior del estadio fluye de un ethos cuyo principio rector está representado por la categoría del ‘*aguante*’: un principio de plenitud, estoicismo y congruencia. Un principio cuyo total respeto constituye la fuente del prestigio del barrista.

Por otra parte, la experiencia o vivencia en el estadio se caracteriza por la opacidad de la experiencia en tanto esta huye o se resiste a toda descripción que posibilite la captura discursiva por fuera de la experiencia real. En este sentido se efectúa una operación de corte que ordena desde un lado a los sujetos de la experiencia y por otro lado, los sujetos que no participan de ella, distancia que no podría (o no se querría) ser suturada a través del relato o no podría ser traducible desde el discurso: es vivencia dicha como ‘no decible’. Esta operación de corte más allá de expresar la imposibilidad o la dificultad para socializar la experiencia, logra rendimiento en la productividad de los contornos de la identidad del grupo. Dicho de otro modo el barrista se constituye en y por una experiencia que se presenta como incomunicable y que, en los hechos, aparece como una operación que afirma el prestigio del grupo de barristas, a la vez que implica una convocatoria a la adhesión: *‘si no estás dentro, nunca sabrás lo grande que es’*.

b) *Un principio rector: la plenitud del aguante (‘cuanto peor, mejor’)*

Como ha sido señalado, existiría un principio aglutinador de la experiencia, que refiere a la ideología del aguante, definida como el arte de no escapar, de soportar lo que venga. La ideología del aguante alteriza el ideal de masculinidad del hincha e implica el despliegue de un sentimiento estoico ante la adversidad. En este sentido se extrema la identificación de la barra con la ideología del aguante toda vez que se afirma que un hincha sin aguante no es un hincha.

La ideología del aguante somete continuamente al hincha a su confrontación posibilitando su autoafirmación. El aguante no se puede “soltar” o “aflojar”, siempre se debe

estar allí, ofreciendo “todo”. En este sentido el aguante implica un ejercicio de sacrificio por parte del hinch, sacrificio no exento de dolor, que pone a prueba la resistencia masculina otorgándole un plus de honor. Del mismo modo somete a los hinchas al despliegue de todas sus habilidades y capacidades para sortear las variadas dificultades impuestas por las entidades de control o por las propias características selectivas del circuito comercial de la industria del espectáculo deportivo. Cual vocación religiosa, el aguante se prueba en la adversidad o ‘tentación de afloje’: cuando el equipo pierde y cuando el rival excede en número y/o las condiciones son adversas. “*En un campeonato en Viña del Mar cuando jugó el Colo, la U yo me fui preso todos los partidos (Risas), fueron ocho partidos, los ocho partidos preso, todos, todos, todos los partidos preso. De repente nos quedábamos durmiendo en la playa así poh*”. “*Ahí la sufríamos, al otro día la marea subía y el piño entero durmiendo en el agua, pasábamos cualquier frío*”. “*No estábamos ni ahí, todo por ir al estadio nomás*”. “*De repente teníamos que andar librando porque venían los pacos y salir corriendo y meta balazo detrás de nosotros (risas) y hasta que de repente nos encerraron y ahí quedábamos*”.

Desde un punto de vista etimológico, la palabra ‘aguante’ proviene de aguantar; y ésta, a su vez, del italiano *agguantare* ‘coger, empuñar’, ‘detener (una cuerda que se escurre)’, ‘resistir (una tempestad)’ y éste derivado de *quanto* ‘guante’, por alusión a los guanteletes de los guerreros medievales (una pieza de armadura con que se guarnecía la mano).

Desde un punto de vista existencial, ¿qué es el aguante sino el reemplazante humano de la fe? Es una actitud de resistencia a los embates de la vida. Una disposición a la entrega total, una actitud de sacrificio. Es una virtud del que arriesga y por tanto, deviene plenamente actor de una verdad. El aguante constituye el corazón de un microrrelato que se ofrece a los sujetos como una importante reserva de sentido.

El *aguante* es la expresión del *ethos* del barrista. Desde sus coordenadas éticas y estéticas, pertenecer al piño de choque aparece como una consecuencia natural. Más aún: es una oportunidad –la mejor, la única posible– para probarlo a plenitud. Parafraseando un texto memorable: tener aguante y no pertenecer al piño de choque es una contradicción casi biológica.

2. El guerrero en su ‘piño de choque’

En este marco, el conflicto opera como un proceso constitutivo de las grupalidades juveniles del sector y al mismo tiempo, provee una solución de continuidad entre la identidad barrial y la deportiva: las barras locales pasan a constituirse como ‘piños de choque’. Lo anterior nos sugiere que la violencia es un mecanismo que, al tiempo que ordena la topografía del poder local, aparece como un dispositivo crucial en la construcción de identidades grupales e individuales, que opera a través del doble movimiento constitutivo de *identidad* y *alteridad* señalado por Augé (1995). Aquí, la identidad aparece como una referencia geográfica (la adscripción a un territorio determinado) y sociocultural (la afirmación de una pertenencia a un equipo y un modelo de devoción al equipo); por su parte, la alteridad aparece como un reflejo negativo que permite desplazar lo abyecto y resolver un proyecto propio, que se construye por oposición. El concepto de alteridad nos recuerda que la identidad no es un resultado fijo y está en constante movimiento, en una constante *actuación* imbricada en la danza agonística que abraza a los enemigos,

constituyendo simultáneamente al ‘uno’ y al ‘otro’. En este empeño, *si no existe enemigo, habrá que inventarlo*. Para ciertos jóvenes del sector, ingresar a los grupos será acceder a un estado de guerra permanente y, por ende, a una identidad de guerrero.

En el transcurso de este proceso, la violencia contra el rival se instala –entre otras– como una práctica cotidiana que constituye la sociabilidad del grupo y está al centro del andamiaje que sostiene el sistema de prestigio, modelando las masculinidades: un varón es leal a lo suyo. Debemos notar que este sentido de belicosidad se observará, ante todo, entre los varones más jóvenes. La adhesión a las barras se origina en este recorrido complejo de identificaciones y constitución de alteridades, donde el sentido de la experiencia del barrista se configura alrededor de la noción de *intensidad o plenitud* implicadas en el *aguante*, que integra los diversos planos en los que se despliega la vivencia del barrista: amistad, aventura, pasión por el club y sus símbolos, lealtad hacia los suyos, odio por el rival, disposición a la acción directa, respeto por la ley de la jungla: *ni dar ni pedir tregua*.

Pertenecer a un grupo de choque es un posicionamiento sin retorno aparente en la medida que, como nos recuerda Clastres (1997), la maquinaria del prestigio empuja al guerrero en una huida hacia delante, alimentando su deseo de consecuencia y renombre. La adscripción al grupo de choque marca una solución de continuidad a la afirmación identitaria en el territorio, fundada en el potencial de ejercicio de la violencia: la pertenencia al ‘piño de choque’ inaugura una dialéctica bidireccional individuo-grupalidad que se manifiesta en sucesivos emplazamiento que el varón se hace a sí mismo y que éste devuelve hacia el grupo, recordándole al ‘piño de choque’ lo más genuino de su condición: ser una oportunidad que un grupo de varones se ofrece para probar su valor y su ‘aguante’. La adscripción a la barra y en particular al ‘piño de choque’ implican el ingreso a un estado de conflicto que se acepta –y se desea– en todas sus implicancias, especialmente las más difíciles, las que se perciben como más heroicas: aquellas donde se lleva todas las de perder. “*¿Desde cuándo están en la U? ...Tengo diez y ocho, estoy desde los catorce, cuando el Fantasma dijo ‘oye: ahí van los que le pegaron al otro’: éramos veinte contra ciento cincuenta*”.

3. Los semilleros y su conflictividad violenta

En los barristas de Colo Colo, la inclinación por la masividad se institucionaliza en la tradición del *semillero*, esto es, un sistema de estratificación social erigido en torno a la edad, a lazos familiares y de amistad con los miembros del grupo original (algunos de ellos son sus hermanos menores), que implica la creación de nuevas unidades que se desgajan de la barra mayor formando agregados que responden –eventualmente– a la convocatoria de la ‘nave madre’ o entidad mayor que las identifica. En el caso de los Peñis, existen diversas categorías: *Peñi Junior*, *Peñi Albo*, *Peñitos* (los de menor edad). En el caso de Los Suicidas, están los *Suiciditas*. Es lo que en el fútbol se denomina ‘divisiones inferiores’ y que no es más que una manera de ordenar la distribución del prestigio entre los varones de los diversos grupos, configurando una estructura piramidal que tiene al grupo original en el vértice. “*¿Piensas que va a terminar la violencia entre estos grupos? No sé...yo creo que si llegara a pasar, pa’uno va a pasar, pero siempre va a ir quedando, quedando todos los semilleros ... van a ir creciendo y van a querer estar*”.

Hay un sentido de trascendencia puesto en la creación de los semilleros: es la demanda –a veces expresada, a veces no– de mantener intacto el prestigio del grupo, lo que en otras palabras implica asumir la responsabilidad de dar continuidad a la lucha con el rival y sumar nuevas hazañas, dando forma a una saga circular en la que todos ‘van a querer estar’. Esta circularidad se fundaría en la inevitabilidad del conflicto y la agresión, que estarían arraigados en la mentalidad humana y particularmente en la ‘naturaleza’ de los varones. Es un derivado de la búsqueda de diferencia.

El hecho de tomar la referencia al grupo original para investirse de una identidad es un homenaje al prestigio ganado por los mayores y trasluce el vivo deseo de ‘hacerse un nombre’ a la altura y por los caminos de los fundadores del linaje. La relación de subordinación entre el grupo mayor con el semillero es variable y pasa por momentos de cercanía y distanciamiento. Otro rasgo destacable radica en la permanencia al interior del grupo constituido, esto es, no existe un ‘diseño de carrera’ o escalafón que permita –méritos mediante– integrarse al grupo originario: los sujetos que constituyen una nueva unidad permanecen en el tiempo y, aún cuando han crecido no abandonan el diminutivo que caracteriza sus nombres.

Como recuerda Clastres (op cit. 1997), los guerreros jóvenes o aspirantes son difíciles de controlar porque tienen un prestigio que ganar. Los nuevos grupos cambian el equilibrio del poder exigiendo su propio lugar en la estructura del prestigio local, por lo que deben recurrir a la violencia, que es –entre otros– un canal privilegiado para conseguir el objeto deseado: tener un ‘cartel’, un prestigio. En los hechos, la constitución de los semilleros constituye un lugar privilegiado para la socialización masculina en lo que a transmisión de un modelo se refiere. De modo explícito, a veces velado, observamos el funcionamiento del proceso que Santos (op cit 1999) denomina ‘emplazamiento de género’, mediante el cual un grupo de varones ‘iniciados’ advierte a un grupo de ‘novatos’ sobre el modo de comportamiento que hace honor al prestigio de los varones de un determinado sector. Esto puede hacerse por vía negativa –criticando su accionar pusilánime– o positiva –reafirmando conductas consideradas como válidas–.

4. Una causa de fondo: la lógica de la dominación

De acuerdo a los testimonios recogidos, la sucesión de peleas tiene su origen en la imposición de un nuevo estilo de gestión territorial: la idea de *zona alba*, que plantea un sentido de apropiación total del territorio y, en esa medida, no tolera la presencia del rival en un espacio que se considera como propio. Esta práctica, que denominaremos como ‘zona liberada’ inicia una sucesión de hostigamientos dirigidos al rival, que se manifiesta con particular virulencia en la constante intervención de sus murales, hecho que pone fin al pacto de no agresión concordado por los fundadores de las barras.

A nuestro juicio, un factor determinante del origen de la violencia entre las barras locales proviene del posicionamiento básico que las define en el juego de mayorías y minorías. Los antecedentes señalan una realidad: en El Castillo, la Garra Blanca en sus diferentes versiones locales es la barra que congrega la mayor cantidad de adherentes. En contrapartida, la barra local de Universidad de Chile es más selectiva en la captación de adherentes; su carácter de minoría belicosa pareciera ser su principal carta de presentación. En este marco, se entiende que el hostigamiento del rival proviene con mayor

frecuencia de los grupos *garreros*⁵, especialmente de los adherentes más jóvenes, que integran la provocación y agresión al rival en su repertorio de prácticas cotidianas de sociabilidad que recuerdan el estado de guerra permanente y el sentido de superioridad sobre el rival que deben dominar la convicción de un barrista y que demandan una constante actualización. Bajo la lógica de la dominación, el juego de mayoría y minoría deviene en una relación donde del lado del numerador, está la mayoría dominante y del lado del denominador, la minoría dominada. Esta relación se expresa en diferentes binomios –padres/hijos, padres/madres, varones/maricones, varón/mujer, aguantador/aflojador– que señalan lo mismo: una relación complementaria que se pretende fija, donde la esencia de uno está en gozar el ejercicio del poder y la esencia del otro está en sufrirlo⁶. Una relación donde el poder *suma cero*.

El discurso de la guerra y del guerrero, fundado en un modelo masculino que se construye en respuesta a un medio social dominado por la ley de la selva, se desactiva a partir de sus propios rasgos. Este hecho nos muestra dos características claves en la comprensión de la dinámica de las identidades de género: su carácter de construcción social y su flexibilidad en tanto modelo⁷. En el primer caso, se quiere sugerir que las masculinidades están sometidas al vaivén de la vida social en sus distintas esferas: economía, política, cultura, vida cotidiana, y que el varón, desde sus condicionantes parciales –etnia, clase, edad, nacionalidad– ha de realizar un trabajo de género para lograr cierta convergencia con el modelo dominante. El segundo caso deriva del anterior: la combinación entre condicionantes parciales y esferas generales produce múltiples versiones del mismo modelo, y, en virtud de ello, crea condiciones de plausibilidad que hacen habitables las biografías de los varones –aunque siempre estarán signadas por la demanda de ‘importancia’, esto es, por una cercanía con aquello que una comunidad defina como fuente de prestigio y poder social–.

En nuestro caso, la principal modulación del modelo-imagen masculino está determinada por el *tiempo* y consiste en la contraposición de las representaciones que dominan la imagen del varón joven y la del adulto entre los grupos en pugna: *guerrero/piño/leal* y *padre/individuo/responsable*, respectivamente. Se trata de dos versiones del mismo modelo, tan sólo mediadas por el paso del tiempo. Éstas, se conciben como asuntos de *edad*, esto es, como *etapas* por las que deberá transitar la vida de un varón que se pretende un hombre verdadero.

Si el sentido de la masculinidad juvenil popular estará dado por la congruencia, en el caso del varón adulto está signado por la responsabilidad en el cumplimiento de los roles que se le atribuyen (pareja, padre, proveedor). Si el guerrero es un revolucionario que mira a la muerte, el padre es un conservador que mira la vida; si el guerrero se *apiña* con otros para librar su batalla, el padre es un individuo autónomo, que resuelve por sí mismo la sobrevivencia del hogar y la propia. El guerrero se debe a la calle, el padre a la

⁵ Forma de llamar a los integrantes de la Garra Blanca, barra de Colo Colo.

⁶ De acuerdo al análisis del proyecto de dominación implicado en la *razón masculina*, emprendido por Jesús Ibáñez en su *Sociología de la Vida Cotidiana* (1997).

⁷ Esta noción clave para comprender la continuidad de modelo hegemónico –su flexibilidad– ha sido planteada por Marqués (1997).

esfera privada del hogar. El guerrero vive la guerra en un estado alienado, el padre *relata* la guerra, reflexivo. El padre es un guerrero que pasa a ‘reserva con instrucción’⁸.

II. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

En el caso de los adolescentes integrantes de la barra brava, el modelo hegemónico de masculinidad permea diversos planos de su existencia.

En primer lugar, nuestros resultados nos recuerdan que el orden de las masculinidades es del orden del poder. Un poder que, bajo la lógica de la dominación ordena actualizar permanentemente el principio de predominio que se expresa en la lógica activo/ pasivo con que los grupos pugnan por inscribirse a sí mismo y a sus rivales.

Asimismo, el modelo hegemónico se expresa a través del juego de competencia, enfrentamiento y dominación en el que se sumen los grupos, donde el poder ‘suma cero’ en la medida que se aspira a un modelo de roles complementarios y fijos donde uno manda y el otro obedece; en segundo lugar, a través de la dinámica de reconocimiento e impugnación en la esfera pública bajo la cual se definen los valores al interior del sistema de prestigio masculino. Bajo este modelo, el honor o dignidad de un varón se expresará en su grado de perturbabilidad ante aquello que defina como una afrenta y su prestigio se demostrará en su capacidad de ejercicio de violencia simbólica o material, sea para brindar o restituir afrentas. Si pensamos el modelo masculino como una razón donde existe un numerador dominante y un numerador dominado, se entiende que aquellos que quieren cambiar el lugar del numerador, esto es, las minorías y los aspirantes sean, precisamente los más belicosos y conflictivos, respectivamente. Por último, será el propio modelo-imagen masculino el que, demostrando su adaptabilidad, proveerá las condiciones para un tránsito digno desde el guerrero hacia la figura del padre de familia. De allí, la violencia deviene una ‘etapa’ necesaria en la socialización de un varón. Esta imagen tiene la ventaja de señalar una posibilidad de término individual —el logro de la adultez social: trabajo y familia— y la desventaja de toda etapa: se le percibe como un ciclo a repetir en la medida que permanece como el único camino para ejercer una masculinidad digna entre cierto tipo de jóvenes populares urbanos.

Por otra parte, su estructura y organización expresa una cuestión paradójica. Al tiempo que en la organización de su membresía y liderazgo se juega en un principio horizontal —rizomático— como alternativa al modelo arborescente / jerárquico del poder tradicional, la influencia del modelo hegemónico de hipermasculinización sobre este principio democratizador obra a favor del mantenimiento de la violencia: los brotes del semillero o nuevos grupos se constituyen a partir de un principio de autonomía —demanda de la masculinidad local— que les lleva a desconocer cualquier principio de autoridad externa, cuestión que en los hechos impide el ordenamiento del conflicto. Asimismo, la gestión del prestigio promueve el recurso a la violencia como modalidad a partir de la cual los nuevos integrantes construyen su lugar en la comunidad.

⁸ Forma en la que se define en Chile a los sujetos que hicieron o postergaron definitivamente el servicio militar obligatorio.

En la vida de este tipo de grupalidades juveniles, se expresa de modo constante un sistema de autoobservación de la masculinidad, que opera condicionando la membrecía a la aprobación de pruebas de resistencia que son administradas por los miembros intermedios del grupo. Alrededor del juego de deberes y derechos que emanan del modelo imagen masculino, resuena lo que Pitt-Rivers diferencia como “honor posición” (adscrito) y “honor virtud” (adquirido). Este último será más precario como valor de virilidad: está más expuesto y, por lo mismo, debe ser constantemente actualizado.

Al tiempo que implica la aceptación de pruebas de fuerza y la aceptación del tono sádico de ciertas prácticas lúdicas de hostigamiento, este tipo de agrupamiento entre pares moviliza un conjunto de recursos de sobrevivencia, contención afectiva y reducción de daños. Mención especial requiere un lugar común a la hora de levantar un estereotipo de este tipo de jóvenes, esto es, su adhesión a una pauta abusiva de uso de sustancias. Al respecto, nuestras observaciones alejan las pautas de consumos de estos jóvenes respecto de toda imagen catastrofista sobre la adolescencia en riesgo: en sus interacciones, los distintos tipos de sustancias ocupan el lugar de objetos litúrgicos, mecanismos de ampliación de consciencia sea en el ritual del estadio o en la cotidianidad poblacional, objetos reveladores de problemas (en el caso del crack o pasta base de cocaína), acumulación de prestigio como en el caso del alcohol, mediadores de un sentido comunitario de sociabilidad.

Por último, debemos señalar que más allá del predominio de un discurso de equidad entre los barristas, se trata de agrupaciones eminentemente masculinas que se construyen –a diferencia de otras culturas juveniles como la rasta y la hip hop– sobre la base de cierta segregación femenina. En el peor de los casos, como meras extensiones del honor de un varón las mujeres representan objetos a proteger y/o satisfacer y, en el mejor, actúan como comparsas de una fiesta protagonizada por varones⁹.

Por otra parte, nos parece necesario reflexionar sobre la relación entre masculinidad y violencia al interior de estas grupalidades.

A nuestro juicio, debe cuestionarse la pertinencia que la *hipótesis compensatoria* sobre la violencia tiene comprender este tipo de fenómenos. Autores como Kaufman (1999) plantean que la violencia es un mecanismo para *suplir* o *compensar* el desequilibrio emocional derivado de las inseguridades propias del modelo hegemónico masculino, especialmente entre los jóvenes, *eternamente* inseguros sobre su condición masculina cuya la violencia requiere la búsqueda de un blanco que sea reconocido por su vulnerabilidad. A juicio nuestro, tal perspectiva resulta insuficiente para pensar la violencia entre varones, al menos la que se manifiesta entre los barristas: lejos de elegir un blanco más débil –que resulta aplicable a la explicación de la homofobia como expiación de lo abyecto–, la realidad de los barristas apunta precisamente en sentido contrario: la ideología del ‘aguante’ que rige el código del guerrero postula que ‘cuanto peor, mejor’, esto es, que la violencia y en general, la disposición estoica será más apreciada cuanto más poderoso sea el rival o la situación que se enfrenta. Si no se lleva las de perder, no es ‘aguante’ de verdad.

A juicio nuestro, la hipótesis de la violencia compensatoria que responde la impugnación del poder masculino merece ser problematizada desde otra perspectiva. Al res-

⁹ No podemos dejar de señalar una cuestión: está pendiente la investigación sobre la vivencia de mujeres que, como en el caso de las barristas del fútbol, se mueven en zonas eminentemente masculinas.

pecto, Josep-Vicent Marqués señala que la consigna básica que define el orden masculino es *'ser importante'*. Cualquiera sea la esfera donde el varón se desempeñe, deberá orientarse por la lógica de la excelencia, expresada como *importar* –atraer hacia sí, llevar hacia dentro– lo ‘sobresaliente, que excede la talla de otro’. Lo anterior sugiere que la noción de ‘importancia’ debe ser entendida como una *función* a llenar ‘en la mayor medida posible’ por el rasgo específico que cualifique el *ethos* de la masculinidad en un determinado contexto histórico y cultural. Aquí se manifiesta una de las claves del comportamiento de los varones: su identidad personal está íntimamente ligada a su identidad de género, esto es, su valor como persona aparece expresado en una unidad que podríamos llamar *'valor-varón'* que, a su vez, estará definido contextualmente y cuya medida viene dada por su cercanía/lejanía respecto de la particular modulación del modelo hegemónico masculino que gobierne una comunidad.

La ‘importancia’ es un estandarte que se porta y cuya resonancia en la comunidad da origen a la segunda noción determinante, el *prestigio*, categoría que alude a un entramado de cualidades cuya propiedad debe ser demostrada y reconocida en la esfera pública¹⁰. Por definición, *el prestigio proviene de una operación de clausura*: su valor existe en la medida que se ha constituido en privilegio (‘ley privada’ o privado por ley). De esta forma, el proceso de construcción social del prestigio responde a la dinámica excluyente que caracteriza la consolidación de los estamentos, donde el rasgo o conjunto de rasgos que constituyen el ‘honor de status’ serán obligatorios para todo aquel que aspire a ser parte integrante del estamento o círculo. El honor social derivado de las estructuras de prestigio obedece a una estratificación que descansa sobre la usurpación y, en esa medida, produce diferencias y exclusiones, fundando un sentido de orgullo que se manifiesta como una mística masculina resumida a cabalidad en el lema del grupo juvenil “Mente Loca” de El Castillo: *'somos pocos, pero locos'*.

Lo expresado trae consecuencias para el acercamiento a los procesos de configuración de las identidades de género masculinas: frente a la propuesta esencialista y rígida de una identidad masculina que se expresa inmanente a lo largo del ciclo de vida, parece delinear-se una concepción de la identidad como *actuación*, en el sentido que estaría sujeta a la permanente actualización en los distintos referentes existenciales: ello permite que haya escenarios de confrontación y de solidaridad entre los grupos rivales y, al mismo tiempo, que se pueda transitar dignamente desde una identidad de ‘guerrero’ a la de ‘padre y jefe de familia’. Lo expuesto demuestra que, incluso en condiciones de hipermasculinización como las descritas, el modelo hegemónico provee salidas a los ciclos de violencia.

Lo recién expresado nos merece una última reflexión: no debemos obviar que los modelos hegemónicos presentan discontinuidades y, en diversos casos, francas superaciones. De hecho, en la medida que se construyen sobre la base de un acceso igualitario a estéticas y medios de expresividad, ciertas culturas juveniles representan una posibilidad de salida en este juego de hegemonías y contrahegemonías en el que se definen las identidades adolescentes –y que sugerimos, escapa a las categorías de edad–.

¹⁰ En sus orígenes, la noción de *prestigio* (‘ascendiente, influencia’) era entendida como ‘juego de manos’, ‘fascinación o ilusión con que se impresiona a uno’, ambas provenientes del latín *praestigium* ‘fantasmagoría, juegos de manos’. El vocablo anterior a *prestigioso* era ‘prestidigitador’.

Bibliografía

- Abarca, Humberto; Sepúlveda, Mauricio (2000) "El feo, el sucio y el malo. Un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras del fútbol en Chile"; Tercer Programa de Capacitación en Investigación sobre Derechos Reproductivos en Latinoamérica y el Caribe, Fundación Carlos Chagas, Brasil.
- Augé, Marc (1995) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa, Barcelona, España.
- Clastres, Pierre (1997) *Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva*. Gedisa, Barcelona, España.
- De la Torre, Renée (2002) "Crisis o revaloración de la identidad en la sociedad contemporánea". En *Revista Nómadas* N° 16, Abril 2002. Departamento de Investigaciones Universidad Central. Bogotá. Colombia.
- Ibáñez, Jesús (1990) Prólogo a la obra de Michel Maffesoli *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. ICARIA. Barcelona, España.
- Ibáñez, Jesús (1994) *Por una sociología de la vida cotidiana*. Siglo XXI Editores. Madrid, España.
- Kaufman, Michael (1999) "Las siete P's de la violencia de los hombres". Canadá.
- Marqués, Josep-Vicent (1997) "Varón y patriarcado". En: Valdés y Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres N° 24, ISIS/FLACSO-Chile, Santiago, Chile.
- Serrano, Fernando José (2002) "Ni lo mismo ni lo otro: La singularidad de lo juvenil". En *Revista Nómadas* N° 16, Abril 2002. Departamento de Investigaciones Universidad Central, Bogotá.

EL GRUPO DE PARES EN LA CONSTRUCCIÓN MASCULINA DE JÓVENES DE CLASES SUBALTERNAS

Fernando Urrea Giraldo¹

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Los grupos de pares juveniles en las clases subalternas² en la sociedad capitalista entre los siglos XIX y XX forman parte de la construcción del imaginario social sobre la juventud como ciclo de vida que separa la infancia de la vida adulta. La historiografía europea, especialmente francesa, sobre la juventud permite seguir esta pista. Primero, hay que señalar que la llamada juventud ha conllevado una ambigüedad en términos de exaltación y rechazo de parte de las clases altas, en cuanto categoría sociohistórica, tal como lo advierten Levi y Schmitt (1996: 7). Es una etapa de la vida que carga con muchas significaciones simbólicas, de promesas y amenazas respecto al orden social. Su carácter liminal y de rito de pasaje conflictivo se acentúa en las sociedades capitalistas en los siglos XIX y XX.

En las diferentes sociedades en Occidente lo que se ha construido socialmente como juventud, con las variaciones socio-históricas correspondientes, ha tenido dos tipos de referentes ambivalentes: uno que exalta una serie de características positivas de la etapa juvenil (a veces el heroísmo, la fogosidad, la valentía, la entrega, etc.), el otro que señala los peligros y amenazas de los comportamientos juveniles debido a las prácticas de rechazo y enfrentamiento a la sociedad “adulta” que pueden tener los “jóvenes”, clasificados en las sociedades modernas en gran medida como “delincuenciales”, pero siempre en determinados contextos de clase, grupo “étnico-racial”, nacionalidad u origen.

Según Levi y Schmitt (op. cit.: 15), los términos infancia, adolescencia y juventud no van a tener el mismo sentido en las diferentes sociedades en Occidente entre los siglos XVI y XX. En los siglos XVI y XVII la frontera entre las llamadas infancia y juventud no era aún

¹ Sociólogo, Profesor Titular del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, Colombia. En la elaboración de esta ponencia han colaborado en la revisión y discusión de notas de dos trabajos de campo anteriores, así como en el trabajo de edición, los estudiantes de sociología de la Universidad del Valle, Hernán Darío Herrera y Jorge Mario Cardona. Los textos en francés han tenido traducción libre por F. Urrea.

² En este artículo se hacen equivalentes los términos de clases populares al de clases subalternas o dominadas en la perspectiva gramsciana. Se integra también en la misma acepción lo que en Hoggart (1970) se denomina en inglés como *working-classes*. Sin desconocer la enorme heterogeneidad social de las clases populares, me acogería provisionalmente a dos acercamientos opuestos, pero al mismo tiempo complementarios, el de Bourdieu (1983) y Grignon y Passeron (1989), de su caracterización como clases dominadas, tanto en el campo económico como en el cultural.

clara, ya que no existía socialmente el reconocimiento de lo que en el capitalismo en los siglos XIX y XX va a ser denominado adolescencia (Schindler 1996: 280-281). Aunque esta última expresión ya era usada en el siglo XVI, se confundía todavía con lo que más adelante se construirá como infancia. Por el contrario, en las sociedades modernas la llamada adolescencia se va a ir especificando formando parte de la juventud³, asumiéndose paulatinamente ésta como una fase distinta entre la infancia y la edad adulta (op. cit.: 281).

DISCIPLINAMIENTO, JUVENTUD Y GRUPO DE PARES

Pero este proceso de producción social de categoría de ciclo de vida se irá a dar a partir de la escolaridad obligatoria y del servicio militar por conscripción entre el siglo XIX y XX (op. cit.: 282)⁴, a la manera de instituciones que los Estados consolidan en la dirección del disciplinamiento de las clases populares⁵.

No obstante, el programa civilizador enfrentó grandes obstáculos en la socialización de las nuevas generaciones obreras, debido a dinámicas opuestas de sociabilidades que no aceptaban la disciplina laboral y escolar, sobre todo cuando se produce la separación geográfica a lo largo del siglo XX, entre la residencia operaria (barrios) y el sitio de trabajo (fábricas, establecimientos comerciales, financieros, de servicios especializados, etc.). La antigua enorme influencia socializadora de la familia obrera en los barrios satélites a las fábricas, predominante en el anterior modelo de asentamientos, se diluye, sin perderse del todo necesariamente, ante la nueva geografía urbana con la desterritorialización de las fábricas o empresas. Aparece entonces la figura del joven obrero que dispone de su tiempo libre a su antojo, al lado de sus pares de modo más autónomo. De esta manera aumenta la importancia de los espacios de sociabilidad, diferenciados por género, más centripetos en torno al espacio residencial como el grupo de amigos barrial para las nuevas generaciones masculinas de las clases populares.

A lo largo del siglo XIX hasta bien entrado el XX, la juventud de las clases populares urbanas en las sociedades capitalistas estaba así asociada al desorden. Sólo en el siglo XX, especialmente a partir de la segunda posguerra, con la expansión del modelo de consumo de masas, progresivamente va a imponerse la ideología del sueño de la eterna

³ Términos hoy en día usados como primera y segunda infancia, preadolescencia, adolescencia y adultos jóvenes, revelan los importantes cambios que el psicoanálisis y la psicología han acuñado en el siglo XX para estudiar los fenómenos de individuación y socialización en las sociedades contemporáneas y las nuevas formas de producción de subjetividades cambiantes –que han contribuido a la demarcación “científica” de las categorías de tránsito– entre infancia y vida adulta. Sin embargo, las categorías (niño y adolescente) ya venían siendo incubadas entre las clases medias y altas a lo largo de los siglos XVIII y XIX, mediante los nuevos modelos pedagógicos que se construyen alrededor de la niñez. Fue a partir de la hegemonía de la ideología del amor romántico en la organización familiar que se legitima el mundo del infante y luego el del adolescente, primero en la burguesía y luego paulatinamente en las clases populares, pero para ello más adelante en los siglos XIX y XX aparecen un conjunto de nuevas condiciones que imponen los procesos de modernización y modernidad capitalistas.

⁴ Antes de la expansión del sistema escolar la llamada juventud era marcada en su límite superior por el matrimonio y la fundación de un hogar independiente de la familia de origen (op. cit. 283).

⁵ El servicio militar se constituye en el principal medio disciplinador para la “juventud difícil”, al fracasar la familia, el trabajo y la escuela (Perrot 1996: 99).

juventud del mundo adulto, aislando a la “verdadera juventud” en un ghetto a la vez cultural e industrial (op. cit.: 318).

Clases peligrosas y juventud tuvieron una especial asociación en los discursos ideológicos de la sociedad francesa durante el siglo XIX, de acuerdo a la detallada obra del historiador Louis Chevalier (1978), antes del desarrollo de un sistema escolar. De esta forma ya en las fases tempranas del capitalismo violencia y juventud masculina son fácilmente puestas juntas en los discursos oficiales. Interesa en esto tener en cuenta que “violencia” y “delincuencia” tenían que ver con los esfuerzos fallidos de control social dirigido a las nuevas generaciones de las clases populares o subalternas mediante la institución familiar, la disciplina laboral y el sistema carcelario. Como veremos a continuación el fantasma de bandas o pandillas de jóvenes adolescentes e incluso preadolescentes atormentó a las clases altas en Francia hasta entrado el siglo XX.

Según Perrot (1996: 88 y s.s.), hacia comienzos del siglo XX, los jóvenes obreros de la periferia urbana parisina, organizados en bandas desafiaban el orden capitalista industrial de la ciudad. Era el período del personaje popular del joven de barriada “apache” en grupos de pares que despreciaban el trabajo asalariado y la condición proletaria de sus padres. La fábrica y la pobreza extrema y excluyente eran su terror. Tenían deseos de consumos de lujo, como el vestido, el calzado y la apariencia personal. París estaba “asediada” por bandas de apaches adolescentes. Ellas eran la representación de lo que se va construyendo desde inicios del siglo XX como “violencia y delincuencia juvenil”. Los “apaches” se identificaban como bandidos y la fuerza física era uno de sus atributos; sin embargo, el autor señala, que el papel de la prensa parisina fue determinante en la producción ideológica del estereotipo.

Para Perrot la banda –según se denominaba al grupo de iguales o de pares masculino en esa época en París– es tradicionalmente el crisol de una sociabilidad juvenil intensa. Ella se forma según las afinidades del oficio, de barrio o de origen. Los camaradas (de la banda) representaban en este asunto un particularismo receloso que se acentuaba con el tiempo, jugándose en todo momento el capital de honor de cada uno (op. cit.: 120). Eran jóvenes obreros que ejercían una violencia que mezclaba el gusto por la rudeza física y el deseo por la proeza, en cierta manera como mecanismo que libera el cuerpo constreñido por los gestos del trabajo. La competencia por mujeres en los bailes era menos para conseguir una chica que para probar entre el grupo la mejor capacidad de conquistar. Los espacios de diversión eran terrenos de disputa, al punto que para estos jóvenes importaban más que las preocupaciones políticas (op. cit.: 121).

Las descripciones sobre la población urbana miserable en Europa en el siglo XIX y comienzos del XX, compuesta de migrantes recientes en buena medida, señalan la presencia de bandas de jóvenes con fuertes lazos de solidaridad entre ellos que deambulan en espacios urbanos amenazando la tranquilidad, según lo advierten diferentes historiadores, algunos de ellos referenciados. En este período ya existía así una visión estigmatizadora de los pobres como peligrosos, especialmente de los que ya no eran niños y tampoco adultos, pero que podían convertirse en una amenaza si conformaban una banda o pandilla.

Por otro lado, en términos de género en la sociedad parisina de comienzos del siglo XX las chicas de las clases populares presentaban todos los handicaps sociales y sexuales. Para este autor ellas tenían pocas posibilidades de transformar sus destinos y alcan-

zar así los espacios de autonomía que lograban los chicos al perder influencia la esfera familiar, no obstante el intenso proceso de proletarización femenina. Aún el sistema escolar en sus primeras etapas de expansión era un espacio masculino privilegiado, bien lejos de la situación contemporánea. Además, la violencia contra la mujer joven de las clases subalternas parisinas de parte de sus hombres era muy común para garantizar de ellas la adscripción a las tareas domésticas y afectivas con los hombres (op. cit.: 134).

SOCIABILIDADES BARRIALES COMO MARCADOR DE LOS GRUPOS JÓVENES EN LAS CLASES SUBALTERNAS

Durante el siglo XX el desarrollo capitalista en las ciudades consolidaron paulatinamente barrios y conglomerados urbanos de las clases subalternas (inicialmente en zonas céntricas, luego en la periferia o en ciudades dormitorio) que se convirtieron en los principales espacios de sociabilidad de las nuevas generaciones de hombres de estas clases. En estos espacios ‘cerrados’, más o menos segregados dependiendo del tipo de sociedad y modalidades de inserción de las clases subalternas –nacionalidad, religión, étnico-racial, origen geográfico, etc.–, se forman las nuevas generaciones masculinas constituyendo espontáneamente redes de grupos de pares con lazos extra-domésticos, como ya fue descrito en forma minuciosa por los diferentes estudios clásicos de la Escuela de Chicago para diversas ciudades americanas entre los años veinte y cuarenta –el de Whyte (1943) entre los más representativos– sobre jóvenes de sectores “étnicos urbanos”⁶, o en los estudios sobre las ciudades francesas a partir de las décadas del ‘70 y ‘80, cuando aparecen una serie de cohortes de jóvenes, hijos de inmigrantes de primera o segunda generación en su mayor parte magrebíes y de los países subsaharianos (Dubet 1987; Gendrot 1994; Lagrange 1995).

Hoggart (1970: 98–113), en su etnografía clásica de las clases obreras o populares en el noreste de Inglaterra, hacia la segunda postguerra durante el siglo XX, describe un cuadro típico del barrio, que nos remite hoy en día a cualquier barriada popular contemporánea en América Latina o en otros continentes. “Por encerrada en su intimidad que se mire cualquier residencia de un barrio popular, no hay que olvidar que la sala abre directamente sobre la calle (...)... el aspecto compacto de los barrios populares no genera sino impresión de tristeza; calles seguidas de calles con casas en condiciones lamentables, todas iguales⁷, separadas por una red de “corredores” y “pasajes” (de hecho sórdidas callejuelas) (...) Los niños, que parecen siempre mal nutridos y mal vestidos, tienen

⁶ cf. Thrasher (1963, 1927), Landesco (1979, 1929), Reckless (1969, 1933), Shaw (1966, 1930), Shaw y McKay (1969, 1942) y Whyte (1955, 1943).

⁷ Quizás la mayor diferencia en el caso de las periferias pobres latinoamericanas, africanas o asiáticas en el siglo XX y hoy en día, sea el mayor peso de la autoconstrucción y la precariedad de los materiales de construcción, además del alto peso de las ocupaciones “ilegales” (invasiones, favelas, pueblos libres, etc. diversas denominaciones), relacionado dicho fenómeno con los procesos de urbanización salvaje y por lo mismo precaria (sin servicios públicos domiciliarios), en estas sociedades. Pero como se puede observar a través del excelente estudio de Hoggart, desde una mirada reflexiva comparativa, se presentan algunas lógicas centrales del espacio de pobreza de las clases populares en el capitalismo con ciertos elementos estructurales.

un aire de miseria, de seres que carecen de sol y espacios verdes⁸ (...) *Desde la edad de 10 años nos conocíamos perfectamente, mis camaradas y yo, los estatus respectivos de todas las calles del barrio así como las fronteras separando cada terreno de caza. Las bandas de jóvenes se peleaban calle contra calle, tribu contra tribu. Al mismo tiempo, en un barrio popular, todo el mundo sabe de todo el mundo (...) La vida de los obreros reposa sobre la comunidad local (...) Para los asuntos cotidianos, es suficiente “descender” o “ir al frente”.* Casi toda calle posee una tienda o pequeño negocio y un puesto de periódicos cuyas vitrinas están repletas de objetos bien diferentes en miscelánea” (las cursivas son mías).

La anterior descripción permite resaltar las características cerradas o envolventes en forma centripeta de las interacciones cotidianas en una barriada, afirmando la dinámica de lo que el autor denomina una *comunidad local*. Esto es determinante en los procesos de sociabilidades de todos los grupos de edad, pero particularmente en los niños y los jóvenes, hombres y mujeres, pero como veremos un poco más adelante, más en los hombres que en las mujeres. Este fenómeno microsociológico significa que la mayor parte del año la vida de la gente transcurre en el barrio; de ahí que éste sea el cuadro central de referencia en términos de Goffman (1974), para la construcción de las identidades plurales de las clases populares. Hoggart advierte en esta dirección que “los miembros de las clases populares casi nunca viajan, a pesar de los progresos considerables de los medios de comunicación alcanzados después del medio siglo (...) una de las características principales de la vida obrera es que presenta una ínfima cantidad de desplazamientos. Esto le da a la vida (de las clases populares) su aspecto local y personal (...) La vida cotidiana es así organizada alrededor de desplazamientos rutinarios en algunas calles bien conocidas y ella es toda ordenada de acuerdo a las actividades del grupo local”. Por ello, para este autor, la importancia del lugar de residencia y el vecindario son claves en la construcción de las sociabilidades populares (op. cit.: 117).

Esto supone un juego de relaciones de dominación que son irremediamente aceptadas por las clases populares, en la medida en que no hay otra alternativa, como lo advierte Hoggart. “A los ojos de las capas más pobres el mundo de los “otros” constituye un grupo oculto, pero numeroso y poderoso, que dispone de un poder casi discrecional sobre el conjunto de la vida” (op. cit.: 118). Este efecto segregativo espacial es fundamental para entender las lógicas sociales urbanas en los jóvenes populares y su percepción del orden dominante. Por esta razón, Hoggart advierte que operan continuamente procesos de resistencia y desafío a ese orden, sobre todo desde los grupos de pares de jóvenes, precisamente bajo las diversas modalidades que son percibidas como generadoras de desorden e indisciplina social, como se observa con las bandas o pandillas, además de múltiples expresiones de hombres y mujeres, adultos y jóvenes en sus interacciones cotidianas más frecuentes con funcionarios (policías, miembros de la municipalidad, jueces, médicos, enfermeras, trabajadores sociales, etc.), ya que no tiene un acceso a las clases altas, entre otras cosas porque ellas viven en mundos separados.

Hay así, por ejemplo, el recurso a medios simbólicos de rechazo y desafío a través de diversas manifestaciones. Es decir, existe un campo de tensión en el que las relaciones de

⁸ En los países del trópico y subtropical quizás no falte el sol en los asentamientos urbanos populares, pero sí los espacios verdes.

dominación no pueden disimularse u ocultarse; lo que para este autor es el juego bipolar entre “ellos” y “nosotros” (op. cit.:117-146). No obstante, “por regla general, este sentimiento de comunidad no se transforma en conciencia de clase”, y por ello las formas de resistencia no afectan el orden de las cosas (op. cit.: 137); de ahí que las expresiones populares que el autor retoma estén señalando un pesado fatalismo: “*tomar la vida como ella viene*”, “*vivir y dejar vivir*”, “*lo que va a llegar es porque así debe ser*”.

El anterior es entonces el contexto macro que organiza los procesos de socialización micro entre el mundo de la infancia y el adulto de las clases subalternas, en el que se desarrollan los ritos de pasaje de las “edades jóvenes”. Pero la diferencia de sexo-género además tiende a ser más estricta en las clases populares, lo cual tiene que ver con la dominación masculina (Bourdieu 1998).

ESCOLARIZACIÓN Y SOCIABILIDADES EN EL CICLO DE VIDA JUVENIL DE LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS

El capitalismo contemporáneo ha producido socialmente –en términos masivos en las ciudades de diversas escalas de tamaño, en sus barrios populares pero también en las áreas rurales proletarizadas, sobre todo desde mediados del siglo XX– una población clasificada como “joven”, aunque con variaciones importantes respecto a las etapas anteriores capitalistas durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, gracias a un conjunto de factores sociales que se articulan y oponen al mismo tiempo. Ellos son: a) la escolarización y su expansión a edades cada vez menores a los cinco años y en edades superiores a los diez y ocho años, para hombres y mujeres; b) la presencia de los medios de comunicación de masas en diferentes modalidades y cada vez más sofisticadas, cubriendo a los sectores más pobres de la población urbana y rural; y c) a través de estos últimos y también del sistema escolar, de la inclusión a los patrones de consumo nacionales y transnacionales a las nuevas generaciones.

Estos tres componentes han sido determinantes en las manifestaciones de los grupos de edad en la forma como hoy los conocemos entre la infancia y la sociedad adulta. También hay que considerar que el modelo de consumo cultural del “cuerpo joven” de las sociedades contemporáneas, para hombres y mujeres, que forma parte del estilo de vida de los grupos de edad por encima de los 30-35 años, se articula a los patrones del gusto dominante, más y más desarrollados por la globalización. Dicho fenómeno ha sido más notorio en las clases medias y altas ya desde la segunda postguerra, aunque tampoco ha sido despreciable en sectores de clases subalternas con mayor recepción a los medios de comunicación.

Pero sería insuficiente si se olvida que la escolarización masiva y progresiva hasta los estudios superiores ha sido ante todo femenina después de los años cincuenta y que en este caso ha estado asociada en las diferentes sociedades capitalistas a la creciente participación laboral de las mujeres. Esto significa una aparición paulatina de trayectorias laborales femeninas al lado de las masculinas, separadas del espacio doméstico, arribando también estos dos procesos a las clases populares, al punto que en ellas, la competencia entre géneros por ingresos para el sostenimiento de los hogares, ha cobrado mayor fuerza, especialmente ante el desempleo de los jefes de hogar nominalmente hombres.

Estos fenómenos van a favorecer la aparición de nuevos espacios de sociabilidades masculinas y femeninas autonomizados del entorno familiar, alrededor de la escuela, pero muy pronto también por fuera de la misma escuela. Las amistades masculinas y femeninas separadas unas de otras, pero de cohortes de edades similares o próximas, por fuera de los lazos familiares tradicionales, relacionadas con la experiencia barrial y escolar, van a tener una importancia creciente en la socialización de tránsito hacia el mundo adulto para las clases subalternas, pues en el caso de las clases medias y altas el fenómeno es bien diferente. Aquí pesan más las sociabilidades desarrolladas por fuera del entorno residencial, gracias a mayores capitales cultural y social, no sólo económico, garantizando así un cosmopolitismo que genera nuevas oportunidades para los individuos, perdiendo fuerza el vecindario. Por ello los grupos de iguales masculinos y femeninos en las clases medias y altas tienden a tener un efecto pasajero, debido a la poca importancia de un espacio barrial estable en la socialización intergeneracional.

Sin embargo, ya no se trata simplemente de las sociabilidades barriales y laborales, típicas en las etapas anteriores, sino que existen dinámicas aceleradoras de tendencias precedentes en las clases populares, gracias al papel del mismo sistema escolar –así éste pierda importancia para los varones de las clases subalternas⁹– y de los medios masivos de comunicación –sobre todo la televisión y las nuevas tecnologías de comunicación que están entrando paulatinamente en los sectores populares, como el celular–.

En el caso de los hombres por las características del patrón de dominación masculina, asentado sobre la virilidad y todos los atributos relacionados a ella, al tener un mayor peso las amistades masculinas por fuera del ámbito doméstico y escolar, se constituyen organizaciones informales entre “iguales”, con modalidades jerárquicas de control, las que tienen como papel administrar y regular el capital de honor indispensable en la socialización masculina. Por esta razón, el grupo de pares constituye uno de los dispositivos más efectivos de reproducción de la dominación masculina en las clases subalternas. Pero como ya fue ampliamente anotado en un punto anterior, la aparición del grupo de iguales entre las clases populares de las áreas urbanas en las sociedades capitalistas es muy anterior a la expansión del sistema escolar entre las poblaciones de seis a doce años y a su extensión a lo largo del siglo XX, hacia grupos de edades menores y superiores respectivamente.

⁹ Para los jóvenes desertores escolares de las clases populares no puede desdenarse el “efecto generación” de la escolaridad recibida, por lo menos entre cinco y nueve años, bien diferente a las que tuvieron las generaciones obreras o populares de comienzos del siglo XX (menos de tres años de escolaridad). Sin embargo, este efecto debe relativizarse ante la presencia de los grupos de pares como anota Bourdieu (2001, 1983). Es este autor precisamente quien resalta precisamente el papel de lo que denomina “cambios en el modo de generación” entre las cohortes en el tiempo de las clases sociales.

¿POR QUÉ LOS GRUPOS DE PARES SON UN MECANISMO DE SOCIALIZACIÓN MASCULINO MÁS IMPORTANTE EN LAS CLASES SUBALTERNAS? UNA RELATIVIZACIÓN DE LOS EFECTOS DEL SISTEMA ESCOLAR EN ESTAS CLASES

En las diferentes sociedades capitalistas, precedentes y contemporáneas, los procesos de urbanización están inscritos en dinámicas de segregación residencial según diferentes etapas históricas, en las que se inscriben las distintas clases sociales de las diversas sociedades, ya sean de economías centrales o periféricas. Los grupos sociales más pobres enfrentan una segregación territorial urbana mayor, tal como lo registramos a través de la obra clásica de Hoggart en un apartado anterior, con sociabilidades fundamentalmente barriales, a diferencia de los grupos de clases medias y altas.

Esto nos conduce al terreno de la dimensión de clase y las condiciones de exclusión social que rodean las sociabilidades masculinas y femeninas de los jóvenes procedentes de hogares con el menor capital económico y cultural, y las formas de organización que ellos conforman. Mientras los hombres jóvenes van a conformar grupos más o menos jerárquicos alrededor del capital de honor de la virilidad, las amistades femeninas van a moverse en una esfera “privada” de solidaridades más afectivas, sin que en este caso les implique participar en grupos de “iguales” que tienden a ser cerrados, sino en redes de alianzas o intercambios abiertos.

Por ello, la otra dimensión que complejiza e intensifica la desigualdad entre clases es el grupo de edad y su asociación con un ciclo de vida. Es el caso de las poblaciones de niños y jóvenes de las clases subalternas y que son llamadas en las sociedades capitalistas contemporáneas ‘población de segunda infancia’ (6 a 9 años), ‘preadolescente’ (10 a 14), ‘adolescente’ (15 a 18) y ‘joven’ (19 a 25). En estas clases, dichos grupos de edad han sido durante las últimas tres décadas un problema de control social, debido a la debilidad de la institución familiar y del sistema escolar, y a un modelo laboral precario para garantizar su paulatina inserción a la sociedad mayor; lo que se agrava en las áreas urbanas segregadas de mayor pobreza y exclusión.

Lo anterior es principalmente válido para los grupos juveniles masculinos de las clases subalternas, de modo similar a lo que enfrentaron las generaciones de jóvenes precedentes a lo largo de los siglos XIX y XX de clases similares, como antes se señaló, puesto que tienen mayores problemas de inserción a la sociedad dominante y ofrecen una especial resistencia al disciplinamiento debido a sus condiciones de exclusión social (Dubet op. cit.; Castro 1999). Por otra parte, diversos estudios señalan que los grupos de pares en las sociedades contemporáneas tienden a tener un mayor peso en los sectores populares (Duret 1996: 90), con una intensa participación en las sociabilidades juveniles y, por lo mismo, en la dinámica socializadora.

Los grupos de iguales han sido soportes básicos de la socialización de la población joven masculina en las clases subalternas, debido a dos poderosos factores: a) la alta probabilidad en términos demográficos de que compartan en una misma calle o calles del vecindario los mismos individuos varones desde la infancia, configurando cohortes de edad con trayectorias biográficas cercanas (Duret 1996: 99; Espinoza 1999); y b) la reducida existencia de desplazamientos por fuera del espacio barrial de estos jóvenes (Duret 1996: 99 y 103). Según este autor, “la amistad ligada a la proximidad en la edad,

asociada a la vez en una débil movilidad espacial, va a permitir a los compañeros [*grands frères*] conservar una fuerte proporción de amigos de infancia”. Estos hallazgos son similares a los de Hoggart, antes mencionados.

A medida que aumentan las condiciones de pobreza en las sociedades capitalistas, para los diversos países en procesos de transición demográfica, las poblaciones son más jóvenes y masculinas. Dicho factor sociodemográfico, de una sobre concentración masculina de población menor de 20 años, en las clases populares, incide considerablemente en la competencia entre los varones jóvenes, favoreciendo episodios de violencia a través de organizaciones grupales espontáneas, tal como ha sido señalado por Urrea y Quintín (2000). En este contexto sociodemográfico y socioeconómico un grupo de pares es un espacio privilegiado de sociabilidades masculinas de orden grupal y jerarquizado en su interior —compitiendo y muchas veces en conflicto con las instituciones de la familia, la escuela y el trabajo, pero acorde con las representaciones idealizadas de figuras masculinas y sus consumos a través de los medios de comunicación—, que permite hacer la transición del mundo de la infancia al adulto entre hombres de cohortes de edades próximas, para diversas clases sociales, pero ante todo para las clases populares. Así el factor sociodemográfico puesto de relieve constituye una condición básica para explicar lo que sucede con las clases dominadas.

Bourdieu (2001: 141, 1983), ya había advertido que es mucho más poderosa la influencia del grupo de pares en los procesos de “socialización de tránsito”, especialmente en la fase adolescente, a medida que estamos en presencia de menores capitales cultural y económico, transmitidos por el grupo familiar. “Es evidente que para los hombres, y *entre ellos los más jóvenes y los menos integrados, actualmente y sobre todo potencialmente, en el orden económico y social, como los adolescentes descendientes de familias de inmigrantes*, se reconoce el rechazo más marcado a la sumisión y a la docilidad que implica la adopción a las maneras del hablar legítimas. La moral de la fuerza que encuentra su cumplimiento en el culto a la violencia y los juegos cuasi suicidas de moto, alcohol o drogas duras —en los que se afirma la relación de un porvenir de aquellos que no tienen futuro— es sin duda una manera de hacer de tripas corazón (...) La moral que constituye la trasgresión en deber impone una resistencia atada a las normas oficiales, lingüísticas o de otra clase, que no puede ser sostenida en permanencia sino al precio de una tensión extraordinaria y, *ante todo para los adolescentes, con el refuerzo constante del grupo. Como el realismo popular, que supone y produce el ajuste de las esperanzas en los chances, ella (la trasgresión) constituye un mecanismo de defensa y sobrevivencia: aquellos que son obligados a colocarse por fuera de la ley para obtener las satisfacciones que otros obtienen en los límites de la legalidad no tienen más que el costo de la revuelta. (...) En cuanto al efecto de la generación, él se confunde en lo esencial con el efecto de los cambios del modo de generación, es decir, del acceso al sistema escolar, que representa sin duda alguna el más importante de los factores de diferenciación entre las edades*. Sin embargo, no es cierto que la acción escolar ejerza el efecto homogenizador de las competencias lingüísticas que ella asigna y que se tiene siempre tentado a imputarle. Primero, porque las normas escolares de expresión, cuando ellas son aceptadas, pueden quedar circunscritas en su aplicación, a las producciones escolares, orales y sobre todo escritas; segundo, porque la escuela tiende a distribuir los alumnos en clases también homogéneas en lo posible bajo criterios escolares, y, (tercero)

correlativamente, desde el punto de vista de los criterios sociales, por cuanto el grupo de pares tiende a ejercer efectos, a medida que se desciende en la jerarquía social de los establecimientos y secciones, por lo tanto de los orígenes sociales, que se oponen más y más fuertemente a los que la acción pedagógica puede producir; en fin, porque paradójicamente creándose grupos durables y homogéneos de adolescentes en ruptura con el sistema escolar y, a través de él, con el orden social, y lugares en situación de cuasi inactividad e irresponsabilidad prolongada, las secciones de relegación a las cuales son inmersos los niños de las clases más desfavorecidas –especialmente los hijos de inmigrantes, sobre todo magrebíes– han sin duda contribuido a producir las condiciones más favorables a la elaboración de una suerte de “cultura delincuente”, que se expresa entre otras manifestaciones a través del lenguaje hablado en ruptura con las normas de la lengua legítima” (op. cit.: 143-144, cursivas mías).

Por supuesto, es posible que algunos grupos evolucionen hacia una mayor estabilidad o permanencia en el tiempo y también incluyan ‘jóvenes adultos’ hasta edades cercanas a los treinta años. Ello revela una enorme flexibilidad y fluidez del llamado grupo de iguales, dependiendo entre otras cosas de su papel no sólo de espacio de sociabilidad masculina privilegiado, sino también que se vaya constituyendo en un mecanismo para la generación de ingresos a través de actividades de rebusque, algunas ilícitas o que comportan una marginalidad respecto al orden social capitalista. Aquí se observa algo similar a situaciones históricas del capitalismo anteriores: entre el rechazo al trabajo asalariado, en medio de difíciles opciones de integración a un mercado de trabajo que permita alguna movilidad, debido al aumento de las condiciones de capital cultural y la precariedad en los empleos, y las alternativas de actividades “fáciles” ilícitas para alcanzar ciertos niveles de consumo –la pinta y el gasto en la mujer deseada–. La diferencia hoy en día estaría dada por la presencia del sistema escolar y la interacción cotidiana de la población en su conjunto con los medios de comunicación (sobre todo la televisión hoy en día).

Hay diferentes grupos de pares en las clases subalternas –también entre las clases medias– según tipos de actividades socializadoras y el grado de organización: desde los grupos informales de amigos de vecindario o barrio de corte lúdico, hasta organizaciones más relacionadas con diferentes actividades que generan ingresos, algunas de ellas ilegales. En el estudio de Urrea y Quintín (op. cit.) se observaron grupos de pares en edades que fluctuaban entre 12 y 24 años. Estos grupos reciben diversos nombres: *parche*, *gallada pandilla* y *banda* en Colombia, al igual que en Perú; *galera*, *gange*, *quadrilha* en Brasil; *galère* en Francia; *chavo banda* en Ciudad de México; *patota*, “*pibes chorros*”, *pungas* o *punguitas* en Argentina.

DIMENSIÓN DE GÉNERO Y SEXUALIDAD MASCULINA EN EL GRUPO DE PARES

Una característica central de estos grupos juveniles es su homofilia (Duret 1996: 103), lo cual marca una condición estructural del género masculino. Domínguez (1999) lo señala para los *parches* de Siloé (barrio de Cali): no es el lugar en donde las mujeres de un barrio popular están, ni es el tipo de unidad básica de sus relaciones, ya que por lo general tienen grupos más pequeños y con menos manifestaciones de solidaridad. Las relaciones en el

parche se hacen a través de los hombres: mientras los hombres siguen siendo miembros de la *pandilla* así no estén presentes, no sucede lo mismo con ellas, ya que sólo son del grupo en tanto permanezcan físicamente con ellos; paralelamente, los miembros del *parche* creen que las mujeres están con ellos debido al poder de sus miembros.

Estos grupos de jóvenes tienden a relacionarse con un territorio determinado del cual se ‘apropian’ (barrio, calles, parques, avenidas, etc., como anotan también Espinoza 1999, en su estudio de Lima y Souto 1997, para el caso de Rio de Janeiro). Este dominio territorial es interpretado por Fuller (2001: 143) como la posibilidad de ejercer control en el acceso a las mujeres del barrio mediante la expulsión de posibles rivales. Para una muchacha, por el contrario, el territorio es diferente, puesto que está menos circunscrita al espacio geográfico local. Al contrario, ellas viven el espacio barrial como algo que las aprisiona y que no les da poder (Domínguez 1999: 24). Cuando una mujer está cerca o pertenece a una *pandilla*, su distanciamiento y salida no se asocia a la dificultad de encontrar al hombre adecuado, sino con salir del barrio. Esto coincide con los hallazgos de otros investigadores que detectan esta lógica de circulación de las mujeres de todas las edades hacia el exterior del barrio y moviéndose en muchos espacios de la ciudad (Agier 1995), a diferencia de lo que sucede con los hombres. Además, pueden incluso ser más centrípetas las interacciones de los jóvenes que los de los hombres adultos, pues éstos mantienen interacciones con el mundo del trabajo que los obliga a desplazarse fuera del barrio.

Las relaciones de las chicas con los grupos de pares de los jóvenes son ambivalentes: por un lado se sienten impresionadas por la vida en la *pandilla*, atraídas por el dinero que algunos de los miembros consiguen en actividades ilícitas y que derrochan con ellas; por otro lado, casi siempre tienen dudas sobre el tipo de protección que ellas puedan recibir de los muchachos. Por ejemplo, las muchachas embarazadas novias de los *pandilleros* no tienen claro si ellos les van a ayudar, pues saben que ellos están más preocupados por sus amigos y las armas. Su esperanza reside en que la familia de ellos sí les colabore (usualmente lo hace la madre del que la ha embarazado). También es frecuente que sus deseos de entrar en las *pandillas* estén asociados a la posibilidad de salir de sus casas, donde ellas son más controladas que los hombres y donde se encuentran más subordinadas en el seno del hogar (Domínguez 1999: 27-28). Los muchachos son estimulados incluso por sus madres para que salgan a la calle. Sin embargo, las relaciones jerárquicas de género pesan enormemente al punto que, mientras los jóvenes de los grupos de pares defienden la igualdad entre ellos, no la aceptan para las mujeres (Duret 1996: 176).

Por otro lado, cuando los chicos están en medio del *parche* con sus amigas o novias no se muestran nunca como pareja; tampoco suele vérselos juntos por separado (Domínguez 1999; Urrea y Quintín op. cit.). Ello nos remite al fenómeno de la homofilia entre los grupos de pares masculinos como una de sus características estructurales, con una incidencia socializadora intensa en las generaciones de estos hombres debido a su mayor continuidad en la vida del joven. Vale la pena destacar que esta homofilia (homogeneidad sexual dentro del grupo de amigos) está a su vez fuertemente asociada a la homofobia. Esta es precisamente la forma de garantizar “comportamientos de hombres” entre los pares, evitando así la pérdida de la diferencia bipolar género-sexo: se está entre hombres para comportarse “como hombre”.

Esta organización, con la consiguiente exclusión de las mujeres, también se traslada a otros espacios del ciclo de vida y grupos sociales. Coincidimos con Viveros y

Cañón (1997:137), en sus conclusiones respecto a hombres adultos negros de clases medias colombianas: “...el análisis tanto de los ejes narrativos, de los ritos de iniciación y de las pruebas de virilidad de los hombres entrevistados pone de presente en este grupo etéreo (es necesario advertir que el estudio de los dos autores es con hombres mayores de cuarenta años) que la masculinidad se construye únicamente en referencia a la competencia, la rivalidad y la posibilidad de conflicto con otros hombres. Las mujeres sólo están presentes en sus narraciones como seres a los que hay que proteger o como objetos de placer. En su subjetividad, las mujeres no son sus equivalentes, razón por la cual el lugar que se les asigna en sus relatos tiene por efecto confirmar la supremacía masculina y mantener a las mujeres en una posición subordinada y desvalorizada... Los testimonios recogidos muestran que el imaginario de estos varones en relación con la masculinidad le asigna un lugar preponderante a la exhibición de la potencia y rendimiento sexuales y a la presentación de ellos como seres eminentemente sexuales”.

Así, la valoración que se hace de las mujeres se establece entre seres que hay que proteger (la esposa, la madre) y objetos de placer (la prostituta, la amante), lo que forma parte del juego ideológico en el amor romántico –que escinde el amor del eros, confiando el primero al hogar y el segundo al espacio público de la sexualidad ilegítima pero permitida al hombre–. Esto se acompaña del ejercicio competitivo, básicamente intra-masculino, a partir del ‘alarde’ de la masculinidad que ofrecen los grupos de pares.

De acuerdo con lo analizado previamente, en el grupo de pares se articulan la homofilia (que conlleva una intensa homofobia), la cual se sustenta en una separación radical sexo-género en el sentido tradicional y por lo tanto, una afirmación de la dominación masculina (cualesquiera de los miembros del grupo debe hacer prueba de hombría, de virilidad, rechazando toda contaminación “femenina”). A menor capital cultural, en condiciones de marginalidad o exclusión social, la producción y re-afirmación identitaria masculina pasa por la corporalidad y el sentido práctico, y es más fuerte la dominación masculina. Por lo mismo, la condición femenina es más desigual y todo intento de modificarse es censurado. En las clases populares en condiciones de marginalidad social, la familia, la escuela y el trabajo son instituciones relativamente precarias, muchas veces con escasa capacidad de incidencia en la generación de atributos masculinos, si bien algunas figuras femeninas como la madre juegan un papel sobresaliente, pero como objeto idealizado que es condescendiente y protector, de acuerdo a las condiciones existentes.

Finalmente Hoggart (op. cit.: 143-146) apunta a una serie de ejercicios de la sexualidad que predominan en las clases populares y las diferencian de las clases altas y medias: “...la vida sexual es aquí menos escondida (en las clases populares) y las experiencias sexuales se hacen más temprano y más fácilmente que en las otras clases. Pero estos comportamientos coexisten, como lo indican todas las encuestas sociológicas, con una gran timidez en la discusión “franca” del tema o en ciertos aspectos de la vida sexual: el pudor popular se ofusca de la desnudez del cuerpo, aún en el acto sexual, y manifiesta un alejamiento ante los refinamientos del erotismo. Todavía hoy en día, ciertas familias populares se abstienen casi completamente de hacer la educación sexual de sus hijos, esperando que la calle “se encargue de ello”. Para este autor los sectores populares no tienen sin embargo recato en hablar abiertamente de sus proezas sexuales, es-

pecialmente los hombres. Además *“alrededor de los diez años los chicos son rápidamente iniciados sexualmente por sus mayores, primero en el interior de la banda (grupo de pares), luego por los camaradas de trabajo. Inevitablemente para estos muchachos el acento está puesto sobre los placeres del sexo y sobre los peligros tan peligrosos como deliciosos (...) a partir de los trece años, los chicos de las clases populares hablan más a menudo de sus aventuras sexuales y se transmiten el nombre de las chicas que “tocan” o con quienes se “acuestan”. A los diez y ocho años, cualesquiera de los muchachos tiene ya un largo pasado sexual...”* (cursiva mía).

LA FUERZA Y LA VIRILIDAD COMO ‘CAPITAL DE HONOR’ Y EL EJERCICIO DE LA VIOLENCIA

“El más bravo es el que lo encañona [quien le apunta con el arma a la víctima], el que va carácter, porque va más de uno que va cagao [asustado]. Si uno le sale primero y lo coge hay que llevarlo porque va carácter... Yo aprendí viendo a Harold, un amigo mío. ¡Uf! Ese man cuando lo coge hay veces les da puño; entonces yo aprendí viéndolo a él y allí más de uno lo respeta allá en el barrio... El finadito Bolita, al que abría la boca lo mataba y así sea del barrio, al que se colocaba de sapo lo mataban también” (Michel 15 años) (Tomado de Urrea y Quintín, op. cit.).

Hay toda una serie de componentes ideológicos que forman parte de las prácticas cotidianas de estos grupos de jóvenes y que a nuestro juicio son fundamentales en la construcción de las identidades masculinas hegemónicas en los sectores populares, con significativas repercusiones en su combinación con fragmentos del amor romántico.

En primer lugar, la fuerza aparece como la capacidad física disuasiva (mediante el cuerpo o a través de armas blancas o de fuego) en el territorio que controla el grupo de pares, así como en el establecimiento de las jerarquías internas del grupo. Esta fuerza física está asociada a veces a la práctica de deportes de combate (boxeo, artes marciales, etc.) o de grupo (fútbol, baloncesto) en los que se demanda un excelente desempeño individual (Fuller 2001: 153). En segundo lugar, con la fuerza viene aparejada “la valorización permanente de los valores viriles [que] coloca a los jóvenes, a menudo desde la infancia, a confrontarse en una prueba de principios [...]. La dignidad no es solamente una cuestión de honor, ella propone un sustituto en la identidad, ser respetado es ser alguien. La susceptibilidad sirve como primera marca indispensable del apego a su honor” (Duret 1996: 12-14). Por eso, entre la fuerza y la virilidad está en juego un ‘capital de honor’ que no es sólo un bien individual, como sentirse y ser percibido hombre en el grupo, sino un bien colectivo del grupo particular al que se pertenece: “la fuerza permite también asegurar el prestigio de una comunidad a medida que ponga más atención a su capital de honor, cuando ella es estigmatizada” (Duret 1996: 15), y para las sociedades peruana y colombiana llegan a conclusiones similares Fuller (2001), Castro (1999), Santos (1999), Domínguez (1999) y Urrea y Quintín (op. cit.). La comunidad más importante en los jóvenes de las clases subalternas es el grupo de pares y en forma más ampliada, la cohorte de chicos en edades cercanas del vecindario.

Lo anterior nos remite al fenómeno de virilidad y violencia, advertido agudamente por Bourdieu (1998: 56-57), “la virilidad, entendida como capacidad reproductiva, sexual

y social, pero también como aptitud en el combate y en el ejercicio de la violencia (notablemente en la venganza), es ante todo un *cargo*. Por oposición a la mujer –cuyo honor, esencialmente negativo, sólo puede ser defendido o perdido, y su virtud siendo sucesivamente virginidad y fidelidad– el hombre “verdaderamente hombre” es aquél que siente estar a la altura de la posibilidad que se le ofrece de acrecentar su honor, buscando la gloria y la distinción en la esfera pública. La exaltación de los valores masculinos tiene como contrapartida tenebrosa los temores y las angustias que suscita la femineidad: estar débil y principios de debilidad en cuanto es la encarnación de la *vulnerabilidad* del honor, de la *h'urma*, sagrada izquierda (femenina, por oposición a la sagrada derecha, masculina), las mujeres –siempre expuestas a la ofensa– son también así fuertes en todas las armas de la debilidad, como la artimaña diabólica, *thah'raymith*, y la magia”. La virilidad entonces está continuamente expuesta a ser vulnerable y los hombres deben siempre asumirla a través de la práctica de la violencia, sobre todo entre los jóvenes de menores capitales cultural y económico.

Bourdieu (op. cit.) advierte que “las solidaridades viriles” son predominantes en las bandas o grupos de pares de adolescentes, entre los cuales son frecuentes las violaciones colectivas, que constituyen una variante desclasada de la visita colectiva al burdel en los adolescentes burgueses.

Según Duret (1996:100), la amistad entre los miembros del grupo “parece mejor existir en un mundo saturado de fuerzas, de temores y miedos. Lejos de ser gratuita, si ella se diera, la amistad se inscribiría en un estricto cálculo de relaciones de fuerza. [...] la fuerza física no está automáticamente pacificada y domesticada; ella se despliega abiertamente sometiendo a los jóvenes a su ley, exponiéndolos al terror de las violencias más poderosas y a la tentación de abusar de los más débiles”. En este contexto precisamente pesa de modo significativo el capital de honor basado en la pareja fuerza-virilidad en la construcción de los géneros, que opone al hombre y la mujer, y estimulando la hipermasculinidad y la homofobia, a través del reforzamiento de las interacciones en el grupo de pares y con ello, de las prácticas de homogeneidad sexual de los hombres.

De esta manera, la hipermasculinidad está articulada a formas fragmentarias pero resistentes del amor romántico, mediante el mecanismo de idealización de la mujer por parte de los jóvenes. Debido a ello, mientras que la violencia contra las mujeres y los homosexuales se desenvuelve por “necesidad”, en realidad, se trata de garantizar la manutención de la dominación masculina y por lo tanto el orden género-sexo hegemónico, entre los hombres la violencia forma parte de la acumulación de capital de prestigio u honor: se compite “entre hombres”.

Ahora bien, si retomamos la perspectiva de N. Elias (1982, 1991 y 1997) sobre el proceso global civilizatorio como sometimiento de la fuerza en todas sus expresiones, con el surgimiento de mecanismos colectivos sociogenéticos de autocontrol psíquico, entonces los espacios de socialización entre pares de los jóvenes en las sociedades capitalistas, especialmente en las clases subalternas, en determinadas condiciones, configuran modalidades de sociabilidad a través de grupos de pares opuestas al proceso general, en las que la fuerza, la virilidad y lo que esté asociado a ellas establecen las jerarquías de poder y legitimidad, y como tal pueden ser vistas como tendencias descivilizatorias (Mennell 1997: 213-236), las que pueden llegar a ser más profundas cuando afectan a una población por más de una generación. En una dirección similar R. Chartier (1994:

22-23), en el prólogo al libro de Elias y Dunning sobre el deporte, y refiriéndose a la violencia de los fanáticos del fútbol, señala que correspondería: “*a una menor valorización y una menor capacidad del autocontrol de las pulsiones de una parte de la población que, por su posición de exclusión o de marginalización, no ha logrado el estadio del proceso de civilización que es el de la mayor parte de la sociedad en la cual ella vive [...] Un lazo fundamental asocia por lo tanto los comportamientos brutales, prohibidos y reprehensibles: un habitus social que, lejos de haber interiorizado el control necesario de la agresividad, le reconoce a la violencia un valor, y una posición de “outsiders” en el mundo social, por fuera de dispositivos institucionales o sociales que instalan en los mecanismos de control del yo*” (cursivas mías).

Bibliografía

- Ager, Michel (1995) “Lugares y redes. Las mediaciones de la cultura urbana”. En *Revista Colombiana de Antropología*. pp.221-243. Vol. XXXII. ICAN. Bogotá, Colombia.
- Bourdieu, P. (1998) *La domination masculine*. Seuil. Paris, France.
- Bourdieu, P. (2001 1983) “Appendice: Vous avez dit ‘populaire’?” En *Langage et pouvoir symbolique*, pp: 132-151. Éditions Fayard. Paris. En 1983 en *Actes de la recherche en sciences sociales* pp. 98-105, 46 (mars 1983).
- Castro, Raúl (1999) “Un día de partido. Comunidades sentimentales y rituales violentos en la Trinchera Norte”. En Panfichi, Aldo y Marcel Valcárcel Editores *Juventud: sociedad y cultura*. pp 173-222. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos). Lima, Perú.
- Chartier, Roger (1994), avant-propos à Elias N. et E. Dunning *Sport et civilisation. La violence maîtrisée*. pp. 22-23. Éditions Fayard. Paris, France.
- Chevalier, Louis (1978) *Classe laborieuse, Classe dangereuse à Paris, pendant la première moitié du XIX siècle*. Hachette, coll. “Pluriel”. Paris. France.
- Domínguez, Marta (1999) “A gendered analysis of gangs in Siloe”, pp. 35. Disertación de tesis de Maestría en la London School of Economics and Political Science, London.
- Dubet, François (1987) *La Galère: Jeunes en Survie*. Fayard. Paris, France.
- Duret, Pascal (1996) *Anthropologie de la fraternité dans les cités*. PUF. Paris, France.
- Elias, Norbert (1982) *Sociología fundamental*. Gedisa. Barcelona, España.
- Elias, Norbert (1991) *La Société des individus*. Fayard. Paris, France.
- Elias, N. y Scotson, John (1997) *Logiques de L'exclusion*. Fayard. Paris, France.
- Espinoza, Atilio (1999) “Mi barrio es zona crema: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la Trinchera Norte”. En Panfichi, Aldo y Marcel Valcárcel Editores *Juventud: sociedad y cultura*. pp 223-268. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos). Lima, Perú.
- Fuller, N. (2001) *Masculinidades: cambios y permanencias*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú.
- Gendrot, Sophie (1994) *Ville et Violence*. Presses Universitaires de France. Paris, France.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude (1989) *Le Savant et le Populaire: Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Éditions du Seuil. Paris, France.
- Goffman, E. (1974) *Frame Analysis: An essay on the organization of experience*. Harvard University Press. Cambridge, Mass.
- Hoggart, Richard (1970) *La Culture du Pauvre: études sur le style de vie des classes populaires en Angleterre*, Les Éditions de Minuit. Paris, France.
- Lagrange, Hughes (1995) *La Civilité à l'épreuve: crime et sentiment d'inécurité*. Presses Universitaires de France. Paris, France.
- Landesco, J., (1979, 1929) *Organized crime in Chicago*, pp. 815-1100. Part III of the Illinois Crime Survey 1929. Illinois Association for Criminal Justice. Chicago.
- Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (1996) “Introduction”. En *Histoire des Jeunes en Occident: de l'Antiquité à l'Époque Moderne*, pp: 7-17. Tome 1. Éditions du Seuil. Paris, France.
- Mennell, Stephen (1997) “L'envers de la médaille: les processus de décivilisation”. En *Norbert Elias: La politique et l'histoire*, pp. 213-236. Sous la direction de Alain Garrigou et Bernard Lacroix. La Découverte. Paris, France.
- Perrot, Michelle (1996) “La jeunesse ouvrière: de l'atelier à l'usine”. En *Histoire des Jeunes en Occident: de l'Antiquité à l'Époque Moderne*, pp: 85-142. Tome 1. Éditions du Seuil. Paris, France.

- Reckless, W. C. (1969, 1933) *Vice in Chicago*. Chicago, University of Chicago Press, 2 ed. Montclair, Patterson Smith. NJ.
- Santos, Martín (1999) "Vergüenza y conflicto en grupos de pandilleros de un barrio popular de Lima". En Panfichi, Aldo y Marcel Valcárcel Editores *Juventud: sociedad y cultura*. pp. 273-315. Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e IEP (Instituto de Estudios Peruanos). Lima, Perú.
- Shaw, C.R. (1966 1930) *The Jack-Roller: A Delinquent boy's Own Story*. University of Chicago Press. Chicago.
- Shaw, C.R., Mckay H. et all (1969 1942) *Delinquency Areas*, University of Chicago Press. Chicago.
- Schindler, Norbert (1996) "Les gardiens du désordre: Rites culturels de la jeunesse á l'aube des Temps modernes". En *Histoire des Jeunes en Occident: de l'Antiquité á l'Époque Moderne*, pp: 277-329. Tome 1. Éditions du Seuil. Paris, France.
- Souto, Jane (1997) "Os Outros Lados do Funk Carioca". En *Galeras Cariocas. Territorios de conflitos e encontros culturais*. pp. 59-93. Organização: Hermano Vianna. Editora UFRJ. Rio de Janeiro, Brasil.
- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro (2000) *Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales*. 291 pp. F. Chagas/Cidse-Univalle, Cali. Colombia.
- Viveros, Mara y Cañón D., William (1997) "Pa'Bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los Quibdoseños", pp.125-138. En Valdés, Teresa y José Olavarria (eds.) *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Ediciones de las Mujeres No.24. FLACSO-Chile, ISIS. Santiago, Chile.
- Whyte, William F. (1955 1943) *Street Corner Society. The Social Structure of an Italian Slum*. University of Chicago Press. Chicago.

CAPÍTULO III

CUERPOS, DESEO, PLACER Y RELACIONES AMOROSAS

ORIENTACIONES ÍNTIMAS EN LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS SEXUALES Y AMOROSAS DE LOS JÓVENES. REFLEXIONES A PARTIR DE ALGUNOS ESTUDIOS DE CASOS COLOMBIANOS

Mara Viveros Vigoya¹

INTRODUCCIÓN

Hablar del deseo sexual y las relaciones amorosas en los hombres jóvenes o adolescentes plantea una primera pregunta sobre qué significa la adolescencia y sobre las implicaciones que tiene la comprensión de esta noción en la definición del objeto de estudio, el diseño metodológico y los instrumentos de análisis en las investigaciones sobre el tema de la sexualidad y el género. La “adolescencia” y la juventud son términos problemáticos, como lo han expuesto numerosos autores provenientes de diversos horizontes disciplinares. Se han señalado, por ejemplo, las dificultades de una definición de adolescencia y juventud, basada en criterios psicológicos y biológicos que aportan argumentos difusos y precarios para establecer el término de esta fase del ciclo vital (Stern y Medina 1999). Desde una perspectiva histórica y sociológica (Ariés 1973; Elías 1998; Segalen 1981; Parra Sandoval 1985; Arango 1991 y 1992; Serrano 1998; Muñoz 1999, entre otros) se ha planteado que esta noción, estrechamente asociada a la expansión de la educación secundaria, designa una nueva etapa de la vida que prepara para la adultez y pospone el ejercicio de las funciones laborales, procreativas y parentales que le están asociadas. Las aproximaciones antropológicas indican por su parte que la juventud aparece como una construcción cultural en el tiempo y en el espacio y que aunque cada sociedad organiza la transición de la infancia a la vida adulta, la forma y contenido de esta transición son extremadamente variables (Feixa 1998).

José Fernando Serrano (1998) plantea que la investigación reciente sobre jóvenes ha sido realizada desde una perspectiva que subraya el ajuste o desajuste de sus formas de ser y actuar en relación con las normas del mundo adulto, utilizado como patrón de referencia para calificar lo juvenil. Este “adultocentrismo” habría determinado y legitimado además los programas y políticas sociales orientadas hacia los jóvenes. En el caso de las investigaciones sobre la sexualidad juvenil, es importante señalar además que una gran parte de ellas se han efectuado desde un enfoque de salud y quien dice salud, habla de normalización. En este sentido, el deseo y los placeres sexuales juveniles han sido concebidos como los de unos sujetos incompletos, en vías

¹ Antropóloga y economista, Doctora en Ciencias Sociales, opción antropología, coordinadora de la Maestría de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.

de formación, y por lo tanto no aptos para responder a los requerimientos de una sexualidad responsable y plena como se supone es la sexualidad adulta. Igualmente, los trabajos señalan a los jóvenes como una población de alto riesgo para la prevención en salud sexual y reproductiva, por un inicio de su vida sexual con un bajo nivel de información, sin ningún tipo de protección y en un contexto social marcado por categorías como el pecado, la culpa, el machismo y la subordinación de la mujer (Mejía Motta 2000 citado en Serrano 2002). Por otra parte, cuando se incluye en estas investigaciones el tema del cuerpo de los jóvenes, éste se reduce muchas veces a los órganos genitales y reproductivos, y se ve como un cuerpo biológico y no como un cuerpo a través del cual se construye identidad ni como locus de las percepciones subjetivas ni como medio de comunicación (Serrano ídem).

La juventud, como un sector social delimitado a partir de la edad es una cuestión que ha sido fuertemente debatida por muchos de los autores anteriormente citados. La edad es una variable demográfica que no define una especificidad particular de los sujetos ya que estos se construyen en el complejo entramado de las relaciones sociales de clase, género, pertenencia étnico racial, local y cultural, donde la edad no es sino de los múltiples factores que entran en juego. Sin embargo, también es importante señalar que aunque la edad es un dato que sólo cobra sentido histórica y culturalmente, es un referente empírico inevitable en la biografía de los individuos y en el análisis de los significados que se le atribuyen.

Si las nociones de adolescencia y juventud no se pueden dar por supuestas, tampoco podemos obviar la pregunta sobre la sexualidad. Durante largo tiempo se pensaba que el sexo era una fuerza natural, inmutable, asocial y transhistórica que daba forma a las instituciones. Sin embargo en los últimos treinta años, aparecieron bastantes trabajos (Weeks 1985; Gagnon y Simon 1973; Rubin, 1989), que desafiaron explícita e implícitamente el esencialismo sexual al plantear que la sexualidad se constituye en la sociedad y en la historia y que no está unívocamente determinada por la biología. Por su parte, Michel Foucault (1976) aportó numerosos e importantes elementos al debate al argumentar, en la *Historia de la Sexualidad*, que los deseos no son entidades biológicas preexistentes sino que se constituyen en el curso de prácticas sociales históricamente determinadas. Igualmente, Foucault señala que se están produciendo constantemente sexualidades nuevas y hace hincapié en los aspectos generadores de sexo que tiene la organización social en detrimento de sus elementos represivos. Su contribución ha dejado huella en las aproximaciones contemporáneas de las ciencias sociales a la sexualidad, caracterizadas por el rechazo a interpretar la conducta sexual como el resultado de un enfrentamiento entre una pulsión natural y una ley social, que funcionaría como principio represivo (Bozon 2001).

La sexualidad no es entonces una realidad objetiva que se puede aislar, ni se puede asociar en forma exclusiva a una función biológica o a una institución social encargada de administrarla. Es un término que se define de muy diversas formas, ya sea por los discursos científicos o por los actores sociales que la experimentan. La sexualidad humana no es pensable por fuera de los marcos mentales, interpersonales e histórico culturales que la posibilitan. En este texto se adopta una tesis inspirada en el trabajo de Michel Foucault y desarrollada por Michel Bozon, que consiste en plantear la existencia de

configuraciones distintas, en número limitado, que asocian de manera estable las prácticas de la sexualidad y las representaciones de sí. Estos tipos de orientación íntima constituyen verdaderos marcos mentales que delimitan el ejercicio de la sexualidad, definen el sentido que se le asigna e indican el papel que juega en la construcción de sí. Estas orientaciones íntimas, que fundan la clasificación de los individuos y no se reducen a las clasificaciones sociales habituales ni a las pertenencias heredadas –aunque están estrechamente relacionadas con ellas– se originan en experiencias vividas en primera persona. En este sentido, las orientaciones íntimas constituyen un nivel social intermedio que expresa simultáneamente la influencia de los funcionamientos macrosociales y los procesos de cohesión del sujeto.

Bozon describe en su artículo tres usos elementales de la sexualidad en la construcción de sí, que nos resultan pertinentes para analizar las primeras vivencias sexuales y amorosas de nuestros entrevistados, hombres de sectores sociales medios, pertenecientes a dos cohortes de edad distintas (20-35 años y 45-60 años) y habitantes de dos ciudades intermedias colombianas, Armenia y Quibdo. Las ciudades seleccionadas para el estudio son bastante representativas de dos culturas regionales muy distintas, la cultura del eje cafetero la primera, y la cultura fluvio-minera del Océano Pacífico, la segunda. Están implicadas en dinámicas socioeconómicas opuestas, y son habitadas en el primer caso por una mayoría de población blanco-mestiza y en el segundo por una mayoría de población negra.

Los tres tipos de orientaciones íntimas descritos por Michel Bozon son los siguientes: el primero, denominado *modelo de la red sexual o de la sociabilidad sexual*, sitúa al individuo en la intersección de relaciones con múltiples parejas sexuales. Se caracteriza por una tendencia a la exteriorización de la intimidad. En el segundo tipo de orientación íntima que Bozon denomina *modelo del deseo individual*, el surgimiento del deseo, acompañado de la conquista (real o fantaseada) del objeto deseado es una de las condiciones de mantenimiento de la identidad íntima del sujeto. La tercera orientación íntima es la que corresponde al modelo de *la sexualidad conyugal*. En este modelo, la actividad sexual está al servicio de una construcción sentimental que la engloba y la contiene en todo los sentidos de término contener. Estas tres orientaciones describen también distintos modos de subjetivación en el sentido foucauldiano. Es decir, de la constitución de un sujeto como tal “por la instauración y el desenvolvimiento de las relaciones consigo mismo, por la reflexión sobre sí mismo, el conocimiento, el examen, el desciframiento de sí por sí mismo y las transformaciones que se busca cumplir sobre uno mismo” (Foucault 1993: 30). Es decir, estamos en el dominio de la “ética” y de la “ascética”, entendidas “como historia de las formas de subjetivación moral y de las prácticas de sí que están destinadas a asegurarla” (Foucault, op. cit.). La idea de que la experiencia sexual se ha convertido en el lugar de la construcción moral de sí en Occidente, como lo señala Michel Foucault en el segundo tomo de la *Historia de la Sexualidad, El uso de los placeres*, es una de las hipótesis subyacentes en nuestro interés por describir y analizar la forma como los hombres entrevistados vivieron su iniciación sexual y los significados que le atribuyeron.

LA EXPERIENCIA DEL INICIO SEXUAL

La iniciación sexual es un hito en la biografía de nuestros entrevistados, un rito de paso de la infancia a la adultez y una de las experiencias fundamentales en la construcción de la subjetividad y de la relación consigo mismo. Como lo señala Ana Amuchástegui, “la primera relación sexual puede ser una de las experiencias más importantes que intervienen en la constitución de sujetos de sexualidad y por lo tanto, en sus futuras prácticas sexuales” (1996: 138). Todos nuestros entrevistados tienen un recuerdo preciso de esta experiencia, pues según plantea uno de ellos, en forma bastante sintética, fue un *“momento esperado con gran anhelo, porque representaba no sólo adentrarse en el mundo de los varones adultos sino también tener la oportunidad de saber si se era más o menos viril que los demás muchachos de su misma edad”*. Por lo general fue vivido con gran expectativa, temor y muchas inquietudes que los llevaban a tejer toda una serie de fantasías en torno a las relaciones sexuales. Así lo expresan, particularmente los entrevistados mayores: *«la imagen que tenía uno del sexo, era algo extraterrestre, del otro mundo. Uno tenía muchos interrogantes»*. En la medida en que la sexualidad está asociada al riesgo de procrear, sus preocupaciones se vinculan no sólo con el desempeño sexual sino también con las consecuencias reproductivas del acto sexual: *“La primera vez uno no deja de quedar preocupado, ¿será que sí hizo lo que tocaba? ¿será que esa niña sale en embarazo?”*.

En la generación de los mayores de ambas ciudades, las primeras compañeras sexuales de los entrevistados fueron prostitutas y los sentimientos, si bien no estaban necesariamente ausentes de estas relaciones, tenían un carácter más narcisista que altruista: *“La primera vez, que tuve una relación sexual fue con una mujer de la calle, me llevó un amigo, a mí lo que me importaba era poder decir que había estado allá, la señora hasta era querida e incluso chanceaba conmigo, pero lo que me importaba era quedar bien delante de los compañeros, ellos estaban afuera esperando a ver cómo nos iba”* (hombre mayor de Quibdó). Sus relatos, incluso cuando señalan, como en el caso de los hombres mayores de Quibdó, el rol maternal que muchas prostitutas adoptaron con ellos, no cobrándoles en consideración de sus pocos ingresos y juventud, son autocentrados. La figura de las prostitutas es descrita como una mujer a su servicio, encargada de instruirlos en las actividades del erotismo.

La iniciación en un prostíbulo es referida en Armenia como parte de la tradición regional que confiere a este acto el carácter de prueba o rito de virilidad que debe ser experimentado de forma abierta y por lo tanto visible. En estudios como el de Gutiérrez de Pineda (1968) sobre los valores de esta región se identifica la prostitución como una institución característica de la cultura regional antioqueña que se ha expandido con ella a través de todas las zonas de colonización (como en el caso del eje cafetero donde se ubica Armenia): *“Mire, en Calarcá y en Armenia, había, yo creo que eso lo hay todavía, una prueba de virilidad muy generalizada, el uso de los servicios de la prostitución”* (hombre mayor de Armenia). Otro de los entrevistados plantea: *“en los pueblos de la región un joven de doce y trece años sí buscaba la zona de tolerancia y decía ‘cómo le parece que me acosté con dos mujeres’, y tal y pascual; entonces el otro muchacho por no quedarse atrás decía, ‘yo tengo cuatro o cinco mozas por allá’, y tal y pascual. Inclusive llegaban a haber muchas peleas y muchachos heridos por todo esa cuestión, de que yo soy más verraco que usted, y que yo soy más hombre que usted, y que yo soy*

capaz de ir al barrio y darme machete con cualquiera o puñaladas con el que sea, y decir el otro, no, yo ya estuve con la moza suya” (hombre mayor de Armenia).

La forma de describir estas situaciones indica que los objetivos de la experiencia sexual no eran tanto el placer y la satisfacción erótica y emocional sino la confirmación de la virilidad y la capacidad de conquista. No se puede decir sin embargo que este tipo de iniciación sexual sea la expresión de una imposición pura y simple de un comportamiento sexual por la cultura regional. La diversidad de las experiencias y las trayectorias sexuales muestran que existían diferentes maneras de conferir sentido y de inscribir este acontecimiento en las biografías de los individuos.

Para algunos de los entrevistados, este recuerdo fue positivo: *“Fui a una casa de citas y hasta estuve con una niña muy querida, muy linda. Sentí algo normal, pero también aprendí que el cuerpo de uno es un templo y no hay que caer en la promiscuidad”*. Para otro, su primera visita a una casa de citas estuvo acompañada de bastantes tropiezos: *“... fijese lo que me pasó: la habitación en la que yo entré tenía dos puertas, pero como yo iba tan alicorado entré por una y nunca supe que había otra al respaldo, cuando yo me acosté con la dama otra persona entró y tomó los pantalones que estaban en el suelo y vació los bolsillos y me quitó todo el dinero. Cuando yo terminé me vestí, tenía que pagarle a la dama y pagar el resto del licor, pero como no tenía ni un sólo peso ahí se me armó el problema con la dama”*. Otro de ellos, describe esta experiencia como un episodio frustrante: *“Pienso que esa primera vez no fue todo lo que yo pensé que era porque a decir verdad la diferencia entre alcanzar una eyaculación y un orgasmo penetrando a la mujer y haciéndolo por fuera no era ni tan grande, cierto?, fue más bien una decepción porque no había contacto afectivo y a nivel físico no eran tantas las diferencias”*.

Si comparamos estas tres respuestas, encontramos que las tres experiencias son valoradas en forma distinta y que sus diferencias tienen que ver con los significados atribuidos a este primer encuentro coital. El primero, pese a la descripción positiva que hace de la compañera de esta experiencia sexual, “muy querida y muy linda”, enfatiza el aprendizaje, paradójicamente adquirido en una casa de citas, de que “su cuerpo es un templo y la importancia de no caer en la promiscuidad”. No puede dejarse de mencionar el tinte normativo implícito en esta aseveración que sanciona la separación moral de espacios y mujeres. El segundo, se centra en la descripción de las dificultades que tuvo esa “primera vez” por su inexperiencia y falta de conocimiento de los códigos que rigen ese tipo de situaciones. Su referencia a la compañera sexual es muy neutra emocionalmente y sólo la menciona en su calidad de vendedora de servicios sexuales. En la tercera respuesta se percibe una insatisfacción ligada a una expectativa emocional no colmada en esa situación, en consonancia con los ideales modernos de un sentido íntimo para la experiencia genital. Es importante señalar que la difusión de valores modernos, asociados al proceso de urbanización, escolarización y a la presencia de los medios masivos de comunicación ha generado un sinnúmero de transformaciones y resistencias a dichos procesos que se expresan también en los significados atribuidos a las experiencias sexuales.

La iniciación sexual es descrita por muchos de los mayores como una respuesta a las presiones del grupo de pares. En el curso de esta experiencia, el grupo de pares es importante no sólo porque pone en circulación información sobre la sexualidad e

introduce en el universo de la sexualidad masculina, propiciando experiencias sexuales reales o imaginarias, sino porque es vital en la construcción misma de la identidad individual y de género. Esta se constituye a través de la presión o del estímulo a iniciarse sexualmente, mediante la competencia derivada de los relatos de las “conquistas” sexuales y el reto de probar continuamente ante otros varones sus atributos viriles. La descripción de la fase de iniciación sexual efectuada por los entrevistados de mayor edad en ambas ciudades corresponde bastante bien al modelo de la red sexual en el cual la actividad sexual aparece como un componente frecuente de la sociabilidad de los individuos. En este tipo de orientación íntima, la sexualidad constituye un elemento central de identidad social que debe ser exteriorizado y asumido públicamente. En lugar de ser disimulado, el comportamiento sexual de los varones jóvenes es puesto en escena, como una forma de adquirir reconocimiento social y revelar su estatus masculino.

Las descripciones de la iniciación sexual por parte de los más jóvenes, en las dos ciudades, pueden ser asociadas al segundo modelo de orientaciones íntimas, el del *deseo individual*, menos exteriorizado y más orientado hacia el mismo individuo. En este modelo, el deseo sexual es interpretado como una pulsión que tiene sentido fundamentalmente para el sujeto deseante, independientemente en gran parte del objeto de deseo, y la sexualidad es percibida en gran parte como un revelador de la evolución de sus capacidades individuales. Para muchos de los entrevistados, esta etapa biográfica se puede caracterizar como un período reflexivo de la sexualidad individualizada en el cual las experiencias sexuales tienen el valor de un aprendizaje personal y de un conocimiento de sí mismo. Así dicen algunos de ellos: *“Pensé, ya pasé una etapa, como si hubiera nacido a otra cosa distinta, porque para mí era una expectativa, unas ganas de sentir y de conocer, ya después de eso me siento un poco más seguro, ya mas o menos sé a que me atengo, qué es y cómo es eso”* (joven de Armenia). *“Fue algo muy importante porque descubrí que tenía algo que les gustaba a las mujeres”* (joven de Quibdó). *“Es un paso que uno tiene que dar, es importante, de pronto no lo aproveché a fondo, por los nervios, pero me sirvió mucho”* (joven de Quibdó). *“Si pudiera resumir lo que sentí la primera vez diría que significó una experiencia que me enseñó mucho de mí: qué y cómo sentía uno”* (joven de Armenia).

El significado atribuido a esta primera experiencia puede ser muy positivo en términos del aprendizaje y alistamiento que se incorpora, como experiencia acumulada, para el futuro: *“(la primera experiencia sexual) fue algo muy importante, sabroso pero además pensé que ya la próxima vez la iba a aprovechar mejor porque ya conocía algo que a las mujeres les gustaba y por medio de eso podía conseguir otras”*. Otro de los jóvenes quibdoseños relata su primera experiencia de la siguiente forma: *“Para mí fue una experiencia nueva y me sentí contento, pero como que sentía pena de mi cuerpo, después de esa vez llegaron muchas, yo no desperdiciaba oportunidad, me interesaba aprender, hasta que fui perdiendo esa pena”*. Esta última frase es bastante reveladora del lugar que ocupa un saber sobre la sexualidad a partir de la experiencia, como uno de los criterios masculinos para devenir sujeto de sexualidad.

Tanto en Armenia como en Quibdó, los más jóvenes señalan que su iniciación sexual se hizo con mujeres más cercanas a ellos en edad y condición social que en el caso de los adultos y en pocos casos con prostitutas. Como en el grupo de los mayores,

alardear sobre la capacidad de conquista o sobre el número de mujeres con las que se tienen relaciones es percibido como una forma de afianzar el sentimiento de virilidad dentro del grupo. Sin embargo, la evaluación de la primera experiencia sexual está muy ligada a la persona con la cual se tuvo, al vínculo afectivo que los unía y al espacio en el cual ocurrió. Los varones que tuvieron su primer contacto sexual con mujeres con las que tenían una relación emocional coinciden en calificar este momento como un hito positivo en su vida.

Vale la pena señalar que en Armenia, algunos jóvenes (de veinte años y más) manifiestan no haber tenido relaciones sexuales por diversas razones, que a nuestro modo de ver ponen de presente, en primer lugar, la posibilidad que les ofrece el discurso moderno de manifestar sin problema la total inexperiencia sexual y en segundo lugar, la diversidad de elementos que intervienen en el terreno de la sexualidad. Uno de ellos menciona el temor a las enfermedades de transmisión sexual como una de las razones para postergar el inicio de la vida sexual: *“ahora como están las cosas, por ahí me dan ganas pero me aguanto porque me da miedo”*. Otro plantea que no ha considerado que las relaciones sexuales sean un imperativo para afirmar su virilidad y enarbola sus principios como justificación para no tenerlas: *“Hay muchas veces que a uno lo presionan, pero ante todo yo siempre he puesto los valores, mis principios y si no ha habido la ocasión o la persona entonces no lo veo importante y no me siento como menos hombre que los demás”*. Otro le asigna al sexo un lugar secundario que sólo adquiere su verdadero significado como confirmación de una relación amorosa: *“hemos hablado del tema pero no nos parece que eso sea lo primordial, lo más importante, no queremos perderle el encanto a esa relación”*. En estas respuestas emerge una tercera orientación íntima, en la cual la actividad sexual despojada de su marco relacional es considerada como irrelevante o arriesgada y la sexualidad es transformada en significante privilegiado del significado relacional o afectivo.

En conformidad con esta orientación uno de ellos manifiesta cómo las relaciones sexuales deben estar basadas en el afecto, y critica el tener más de una pareja al tiempo. *“Mi actitud frente a la sexualidad es muy responsable, no soy amante como de estar picando aquí y allá. Me gustan las cosas serias y estables y pienso que las cosas se deben dar por amor y no por otra cosa ... para muchos hoy en día eso es una tontería, una cursilería porque hoy sólo se maneja el cuento de “ya vea aquella está bonita para acostarme con ella y listo”, y a mi no me gusta ese cuento, ni aplicarlo en ellas ni que lo apliquen en nosotros”*. Otro de los varones plantea la importancia de la fidelidad para el matrimonio no como el resultado de presiones externas sino como parte del pacto conyugal libremente consentido. Faltar a este compromiso no puede, según él, sino poner en peligro la felicidad conyugal y la estabilidad familiar: *“He considerado que uno debe prepararse muy bien para el matrimonio, y saber que si uno se enseña a estar con otras mujeres además de la esposa, que si está con varias mujeres, eso puede afectar el matrimonio; no se trata de que sea pecado o de que no se pueda sino de que ese es el compromiso del matrimonio, el de sacar adelante una pareja y una familia”*. En este comentario encontramos, como lo plantea Michel Bozon, que la exigencia de fidelidad en el mundo contemporáneo no responde al respeto de un orden moral y social, como antaño, sino al ideal del amor conyugal.

LAS INTERACCIONES SEXUALES Y LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS AMOROSAS

Los relatos de las primeras experiencias amorosas de nuestros entrevistados de la generación mayor, tanto en Quibdó como en Armenia señalan la existencia de categorías tajantes que escinden la figura femenina en dos tipos de mujeres. Por un lado, aquellas con las cuales estaba prohibido el deseo sexual y cuyas características principales eran la pureza y el pudor, asociados a su ausencia de experiencias sexuales. En contraparte, existían las mujeres con las que estaba permitida la búsqueda del erotismo y el placer pero que no eran merecedoras de relaciones que conllevaran implicación emocional o compromiso social.

En Quibdó, según el relato de los mayores, se establecía desde muy temprana edad una línea divisoria entre las “diablas” con las que se podía efectuar una exploración erótica y las “niñas de casa” con las cuales no se debía expresar el deseo sexual por ser considerado una “falta de respeto”. Uno de los entrevistados más joven del grupo de los mayores define con humor lo que es una “diabla”: *“Diabla” quiere decir una mujer que no le guarda la espalda a nadie, porque pasa de un enamorado al otro. Había una negra que me gustaba mucho, era muy diabla pero tenía un cuerpo! Una vez le dije una mentirita piadosa, le dije que me había soñado con ella y la verraca era tan diabla que me contestó que para qué soñar si es mejor vivir”*.

En Armenia, uno de los entrevistados mayores resume muy bien la separación tajante que crea la cultura paisa entre, por un lado, las imágenes femeninas de la esposa y madre de los hijos, y por el otro, la moza (la mujer con quien se establece un hogar paralelo) y la prostituta: *“Noto que la mayoría de hombres de mi generación tiene bien diferenciado lo que es erotismo de lo que es sexualidad y genitalidad. Yo lo que más oía era la frase ‘Yo adoro a mi mujer, yo la tengo como en un pedestal, es la madre de mis hijos y yo no puedo enturbiar el agua; entonces cuando yo quiero pasarla bien sexualmente o cuando quiero hacer acrobacias, me voy para donde la moza, pero como es la moza yo no la puedo querer. Yo quiero a mi mujer pero tengo sexo con mi moza”*.

En algunos casos esta línea divisoria coincide con la separación entre clases sociales, razón por la cual muchos de los mayores de ambas ciudades expresaron que las relaciones afectivas con una mujer de la misma condición social excluían la posibilidad de la intimidad sexual: *“Con algunas muchachas uno sabía que era posible eso, pero ya con la novia era otra cosa; la condición de la futura esposa, que como era la niña de un hogar de cierto nivel, había que evitar el peligro de llegar a desflorarla o incluso dejarla encinta, porque la única solución era el matrimonio”* (hombre mayor de Armenia). Sin embargo, la clasificación de las mujeres en función de su comportamiento sexual operaba más como referencia normativa que como guía práctica: *“Con una niña de bien eso nos hizo abstenernos, aun cuando pues también había sus momentitos de desorden. Pero la concepción era esa, la de guardar ese respeto...”* (hombre mayor de Quibdó).

La categorización de las mujeres en función de su comportamiento sexual es una expresión de la existencia de un marco normativo que fija los límites de la sexualidad lícita. Este modelo de construcción de la sexualidad en asociación con la conyugalidad, que corresponde al tercer tipo de orientación íntima descrita por Bozon, ha persistido hasta el día de hoy a través de la difusión del ideal del amor romántico. En esta organización de

la sexualidad, los espacios y las mujeres con las que se desarrolla la experiencia sexual están claramente diferenciados y jerarquizados.

La expresión del amor en la etapa adolescente pasaba para nuestros entrevistados en muchos casos por la abstención de contactos eróticos. Por esta razón los varones de la generación mayor comentan que, aún en el caso de tener novia, establecían relaciones con otras mujeres, en primer lugar para satisfacer con ellas sus deseos sexuales y en segundo lugar para confirmar su virilidad dentro de sus patrones culturales. *“La razón para tener otras novias era que mi novia era muy cohibida, entonces muy pocas oportunidades nos veíamos; la visita la tenía que hacer al frente de su casa, verla cuando ella saliera al balcón, era más platónico”* (hombre mayor de Armenia). *“Con mi primera novia, cuando yo ya tenía diecisiete años, no había podido hacer el amor con ella y para mí era innato que debía hacerse porque esa era una de las finalidades justas de las relaciones amorosas. Cuando no había el acceso se rompía esa forma innata. Yo no tenía las mismas facilidades con ella que tenía con otras, entonces esa parte innata se cumplía con otras, pero se rompía con ésta, porque no había la misma oportunidad (hombre mayor de Quibdó)”*.

En el grupo de entrevistados jóvenes sigue existiendo una categorización de las mujeres de acuerdo con la relación que se entabla con ellas y con la evaluación de su comportamiento social y moral. En función de estos criterios las mujeres son clasificadas de una u otra forma y son valoradas diferencialmente: *“Uno le pedía la opinión a un compañero de una muchacha, si le decían que esa mujer no servía, es una diabla (...) pues uno ya sabía a qué atenerse. Por eso uno tenía su noviecita en el colegio, de pronto no eran las más juiciosas, ni las más endiabladas, les gustaba la rumba, pero no era como otras que parrandeaban hasta que les diera la gana. No eran tan libertinas como otras...”* (joven quibdoseño). Las mujeres organizadas, tranquilas y prudentes son percibidas como mujeres con las cuales se puede entablar una relación de pareja estable, mientras las que carecen de estas cualidades y/o no pertenecen a su misma condición social son mujeres en las que no se piensa como tales. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en la generación de los mayores, los jóvenes aluden a más de dos categorías de mujeres e incluyen, entre otras figuras femeninas, a la amiga con la que se comparten intereses y confidencias pero con la cual se entabla una relación desherotizada y a la mujer con la que se tiene intimidad sexual y que recibe distintas denominaciones, “amigovía”, “tiniebla”, en función de los diversos grados de implicación emocional con ella. Esta complejización de las imágenes femeninas se puede relacionar con la experiencia de muchos de ellos en espacios educativos mixtos en los cuales se generan nuevas formas de relación entre hombres y mujeres, más centradas en las satisfacciones, limitaciones y dependencias ligadas al estatus adolescente que ambos comparten (Arango 1992).

Sostener relaciones sexuales constantes con una sola mujer era percibido por algunos de los entrevistados jóvenes, particularmente en Quibdó, como algo problemático y les despertaba recelo por el compromiso afectivo generado, ya sea porque no era deseado o porque no se sentían preparados para asumirlo: *“... más bien yo veía que después de una relación ellas trataban de ganárselo más a uno, como poseerlo...”*. *“Ellas querían que las buscara, que estuviera más pendiente de ellas, que las visitara continuamente, pero lo que pasa es que a mí no me gusta sentirme comprometido”*. Estas primeras experiencias sexuales cuestionaban a los varones que sentían amenazada su libertad y

autonomía por estas demandas afectivas. El desfase entre las expectativas masculinas y las expectativas femeninas frente a una relación es una situación reportada en numerosos trabajos sobre la sexualidad adolescente (Arango 1991; Amuchástegui 1996). Mientras el joven busca un aprendizaje de su sexualidad y la satisfacción de su curiosidad en relación con el cuerpo femenino, la joven aspira encontrar afecto, ternura y el establecimiento de una pareja. Los muchachos no desean conformar todavía una familia por las responsabilidades y obligaciones que ésta implica. Vale la pena anotar además que uno de los elementos más valorados por y para los hombres es la independencia, y en este sentido, controlar y disponer del propio tiempo es una posibilidad muy apreciada por ellos, como signo de virilidad. Por otra parte, para estos jóvenes de sectores medios, la formación de una familia es un objetivo que se ubica en un momento posterior al logro de las metas educativas que corresponden a su estatus social.

CONCLUSIONES

Los significados atribuidos a las primeras relaciones sexuales y amorosas se organizan en torno a distintas orientaciones íntimas que son a la vez formas de delimitar el lugar de la sexualidad en la vida de los individuos, formas de interactuar con sus parejas sexuales y usos sociales de la sexualidad, es decir, formas de vincular la sexualidad a lo no-sexual (Bozon 2001). Una primera conclusión, en el caso de nuestros entrevistados, es que sus expectativas frente a estas primeras relaciones, y sus ideas respecto al lugar que ocupa en ellas la sexualidad están orientadas por su pertenencia de género. Numerosos trabajos colombianos y latinoamericanos coinciden en señalar las divergencias existentes entre hombres y mujeres en relación con las razones que los y las llevaron a tener una primera experiencia sexual. Mientras los jóvenes declaran más a menudo el deseo, la curiosidad, o la atracción sexual, las jóvenes indican generalmente el amor y la ternura. Sin embargo, en las jóvenes generaciones de ambas ciudades se percibe una búsqueda de parte de los varones, de que este momento inaugural de la sexualidad se inscriba en una relación emocional positiva. En este sentido, podría plantearse, por una parte, que las orientaciones íntimas de los jóvenes de sectores medios en estas dos ciudades tienden a aproximarse a las de las jóvenes, es decir asociar sexo y sentimiento, pero también que se han dado cambios en las normas culturales relativas a la sexualidad de las jóvenes. Se podría decir por ejemplo que hoy en día, en el ámbito urbano colombiano, se espera que las chicas sean activas sexualmente en el marco de una relación amorosa, pero de ninguna manera, por fuera de ella. También que la actividad sexual empieza a ser experimentada, no sólo como prueba de virilidad para los muchachos y como umbral de la adultez para muchachos y muchachas, sino también como un derecho individual.

Una segunda conclusión es que el sujeto mismo puede estar dividido entre distintas orientaciones. En algunos casos, como lo planteamos anteriormente, los mandatos culturales tradicionales favorecen la organización de territorios separados, opuestos y jerarquizados para la sexualidad, unos lícitos y otros prohibidos. En esta organización de la sexualidad las orientaciones íntimas entran en tensión: mientras una de ellas es reconocida y exteriorizada, porque corresponde mejor a los valores dominantes, la otra permanece oculta y puede ser objeto de censura. Un ejemplo puede ser el caso del joven que tiene

una novia con la cual no se permite hacer exploraciones eróticas pues ella encarna el ideal de pareja y futura madre de su prole, mientras tiene alguna amiga “diabla” con la cual vive una relación cuyo objetivo explícito es la búsqueda y obtención de placer. Otra forma de contradicción entre distintas orientaciones íntimas es la que expresan algunos jóvenes de Armenia. Por una parte se muestran críticos de los patrones convencionales en relación con el género y la sexualidad, y promueven nuevas formas de relacionarse con las mujeres a partir de una valoración de la sexualidad como confirmación del amor, según el modelo de la sexualidad conyugal. Por otra, se sienten presionados por su grupo de pares que en consonancia con el modelo de la sociabilidad sexual exige de ellos una exteriorización y una afirmación de la virilidad por medio de su sexualidad.

Sin embargo esto no siempre sucede así y la coexistencia en un mismo individuo de distintas orientaciones íntimas no lleva necesariamente a una vida escindida ni a experimentar contradicciones. Esta coexistencia puede ser transitoria y estar asociada a una etapa del ciclo vital como la de la iniciación sexual y amorosa, en la cual los muchachos multiplican sus relaciones, casi siempre guiadas por una misma orientación íntima, ya sea la del deseo individual o la de la red sexual. Desde el modelo de la sexualidad conyugal, encuentran más dificultad para justificar la existencia de relaciones simultáneas o la ausencia de implicación emocional en sus relaciones de pareja. En otros casos, se da un cambio de orientación que corresponde a una transición biográfica, como cuando establecen un noviazgo estable, y se pasa del modelo de la red al modelo construido en torno a la conyugalidad o viceversa, en el caso de una ruptura amorosa, del modelo de sexualidad conyugal al del deseo individual o al de la sociabilidad sexual. Esta heterogeneidad de comportamientos y representaciones en materia de sexualidad atestiguan que hoy la sexualidad se construye más a partir de la diversidad de las trayectorias biográficas y los saberes existentes sobre la sexualidad y menos con base en las herencias sociales y los marcos institucionales (Bozon 2001).

De acuerdo a la propuesta analítica de Foucault sobre la subjetividad del deseo, se puede indicar que los procesos de autorreflexión, autoconocimiento y autoexamen implicados en estas primeras experiencias coitales y amorosas nos están informando sobre la forma en que estos muchachos se están construyendo como sujetos masculinos. En este sentido, el análisis del relato de la experiencia sexual del entrevistado es una puerta de acceso a su subjetividad como varón, es decir, una forma de conocer las modalidades de la experiencia sexual que lo constituyen como sujeto y estructuran éticamente su existencia. En este trabajo hemos mostrado la diversidad de formas en que los hombres entrevistados en Armenia y Quibdó se sitúan y se conocen a sí mismos a través de sus primeras relaciones sexuales y amorosas, es decir la diversidad de sus orientaciones íntimas. De esta forma hemos indicado los usos que los individuos han hecho de la sexualidad y la coherencia que le han dado a estas primeras experiencias. También hemos señalado la forma en que estas tres lecturas de la sexualidad pueden enfrentarse o coexistir en el curso de la vida de un individuo. Lo que revela la diversidad de significados atribuidos a esta experiencia es la pluralidad de discursos existentes sobre la sexualidad, la multiplicación de los saberes y las prácticas de sí, y la complejidad de las trayectorias afectivo-sexuales. En la construcción de sí, el esfuerzo por conocerse, comprenderse y ubicarse en relación con los otros (a través de la búsqueda individual de discursos y saberes que permitan cohesionar las experiencias íntimas mas diversas),

empieza a ser más importante que la antigua preocupación ética de actuar conforme a un ideal moral absoluto (Lahire 1998). Por último, quisiera dejar planteado que la identificación de las orientaciones íntimas no sólo tiene utilidad para entender los dilemas que plantea la sexualidad a los sujetos sino también los argumentos que subtienden los debates públicos en torno a la sexualidad y los contenidos implícitos en las políticas, los programas y campañas de salud sexual y reproductiva. Un ejemplo lo brinda la difusión del modelo conyugal que se puede observar en las campañas que incitan a los jóvenes a la abstinencia y a la reserva sexual como un método preventivo para disminuir el número de abortos, la difusión de las enfermedades sexualmente transmisibles y las tasas de embarazos adolescentes.

Bibliografía

- Amuchástegui, A. (1996) "El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de investigación". En Szasz, I. y Lerner, S., *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. El Colegio de México. México.
- Arango, L.G. (1991) "Socialización, adolescencia e identidad de Género en sectores populares urbanos". Proyecto Colcultura-Icetex. Programa de Becas Francisco de Paula Santander, Informe Final. Bogotá, Colombia.
- Arango, L.G. (1992) "Estatus adolescente y valores asociados con la maternidad y la sexualidad". En Didier Fassin, Anne-Claire Defossez y Mara Viveros (eds.), *Mujeres de los Andes. Condiciones de Vida y salud*, pp 263-287. IFEA/Universidad Externado de Colombia. Bogotá, Colombia.
- Ariés, Ph. (1973) *L'enfant et la vie familiale sous l' Ancien Régime*. Seuil. Paris, France.
- Bozon, M. (2001) "Orientations intimes et constructions de soi. Pluralité et divergences dans les expressions de la sexualité", *Sociétés contemporaines*, n° 41/42, Les cadres sociaux de la sexualité. L'Harmattan. Paris. France.
- Eliás, N. (1998) *La civilización de los padres y otros ensayos*. Editorial Norma. Bogotá, Colombia.
- Feixa, C. (1998) *El reloj de arena. Estudio de Culturas juveniles*. Dirección General Causa Joven-Centro de Investigaciones y Estudios sobre la Juventud, N° 4. México.
- Foucault, M. (1976) *Histoire de la sexualité 1. La volonté de savoir*. Gallimard, Paris, France.
- Foucault, M. (1993) *Histoire de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Siglo XXI. México.
- Gagnon, J., Simon, W. (1973) *Sexual Conduct. The Social Sources of Human sexuality*. Aldine Chicago.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1994) *Familia y Cultura en Colombia*. Editorial Universidad de Antioquia, Primera edición 1968. Medellín, Colombia.
- Lahire, B. (1998) *L'homme pluriel*. Nathan. Paris, France.
- Parra Sandoval, R. (1985) *Ausencia de futuro. La juventud colombiana*. CEPAL. Plaza y Janés. Bogotá, Colombia.
- Mejía Motta, I. E., (2000), *Dinámicas, ritmos y significados de la sexualidad juvenil*, Programa La Casa; CESO Universidad de los Andes. Bogotá, Colombia.
- Muñoz, S. (1999) *Jóvenes en discusión. Sobre edades, rutinas y gustos en Cali*. Fundación Social/Fundación Restrepo Barco/Procívica TV/Fundación FES. Bogotá, Colombia.
- Segalen, M. (1981) *Sociologie de la famille*. Armand Colin. Paris, France.
- Serrano, J.F. (1998) "La investigación sobre jóvenes: estudios de (y desde) las culturas". En Martín, J y López, F. *Cultura, medios y sociedad*. Ces/Universidad Nacional. Santafé de Bogotá, Colombia.
- Serrano, J. F., Bejarano, L., Caicedo, A., Hoyos, D., Quintero, F. (2002) "Estado del arte de la investigación sobre juventud para la formulación de la política", Departamento Administrativo de Acción Comunal del Distrito, Departamento de Investigaciones de la Universidad Central, Informe Final, Versión preliminar. Bogotá, Colombia.
- Stern, C. y Medina, G. (1999) "Adolescencia y Salud en México". En Maria Coleta Oliveira (org.), *Cultura. Adolescencia, saúde*, Consorcio Latinoamericano de Programas em Saúde Reprodutiva e Sexualidade. Brasil.
- Viveros, M. (2001) "Identidades masculinas. Diversidades regionales y cambios generacionales". En Mara Viveros, José Olavarria y Norma Fuller, *Hombres e Identidades de Género. Investigaciones desde América Latina*. CES, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.
- Weeks, J. (1985) *Sexuality and its Discontents: Meaning, Myths*. Routledge.

CUERPOS, DESEOS, PLACER Y AMOR* ¹

Victor Jeleniewski Seidler²

PENSANDO A LOS HOMBRES JÓVENES

Cuando pensamos en hombres jóvenes viviendo su tiempo como “adolescentes” nos encontramos pensando en que se encuentran atravesando sólo una etapa de su proceso de vida, pues como adultos frecuentemente pensamos en la adolescencia como una “fase” que “pasará” pues desde nuestra visión, la de la vida adulta, la adolescencia se convierte en un momento del desarrollo físico y emocional que hombres y mujeres jóvenes viven en su camino para convertirse en adultos. Tendemos entonces a pensar en términos psicológicos, en el encuentro entre los procesos biológicos de la adolescencia y el mundo social adulto; pero esta visión –a pesar de su “cientificidad”– puede ser engañosa pues se abstrae de la particularidad histórica y cultural de los momentos que los jóvenes están viviendo, más aún, podemos así reproducir, sin darnos cuenta, supuestos culturales que requieren ser cuestionados.

Como adultos podemos asumir la “adolescencia” como un problema que requiere ser resuelto minimizando las conductas de riesgo en que, particularmente los hombres jóvenes, tienden a involucrarse. Fácilmente asumimos que ser joven es ser “culpable”, como si la gente joven estuviera esperando ser culpada por cualquier cosa que vaya mal en sus vidas.

Implícitamente teorizamos como quienes “ya saben” a partir de una racionalidad que la masculinidad dominante puede dar por segura. Dentro de una visión Ilustrada de la modernidad formada en término de una masculinidad dominante, la razón aparece como la fuente del conocimiento separada de las emociones, sentimientos y deseos, que en términos kantianos pertenecen a la sinrazón e indeterminación³. Así la “adolescencia” es categorizada dentro de la tradición racionalista de la psicología como un “objeto” de observación científica, como una etapa del desarrollo en términos biológicos que

* Traducción al inglés de Ana María Muñoz, Socióloga FLACSO-Chile.

¹ Quisiera agradecer a Teresa Valdés y José Olavarria por su cálida hospitalidad durante la Conferencia así como por la interesante discusión. La reescritura de este paper ha sido enriquecida por las discusiones y las intensas conversaciones que siguieron a las sesiones de la Conferencia.

² Victor Jeleniewski Seidler es profesor de Teoría Social en el Goldsmiths College de la Universidad de Londres. Trabaja en las áreas de teoría social y filosofía y ha escrito ampliamente sobre ética, teoría política y género.

³ La relación entre las teorías morales kantianas y la visión más extendida de la modernidad que se ha definido en términos de una masculinidad europea dominante es un tema inicialmente explorado en Seidler (1986).

podemos conocer racionalmente donde, como científicos sociales, tenemos todo por enseñar y muy poco por aprender.

No es necesario por lo tanto dialogar con hombres y mujeres jóvenes, pues nosotros “ya sabemos” que “etapa” están viviendo pues está ya ha sido completamente cubierta dentro del discurso científico y como ésta es solo una fase que nosotros también hemos “vivido”, aunque en otro momento del tiempo, es algo que podemos asumir que ya conocemos desde dentro, aun cuando muchos de nosotros hayan perdido conexión con esos años y no se encuentran preparados para realizar el “trabajo emocional” que permitiría re-crear esa conexión. A menos que estemos dispuestos a hacer este “trabajo emocional”, un trabajo que la tradición racionalista psicológica y sociológica no apreciaría y desvalorizaría, especialmente dentro de la tradición positivista que solo podría reconocerlo como un sesgo en una práctica de otra manera objetiva. Esta visión del trabajo científico y las metodologías que de ella derivan se encuentran ya diseñadas bajo los términos de una masculinidad dominante. En vez de ser neutrales e imparciales, estos paradigmas de la práctica científica poseen ya el código de una masculinidad europea dominante, así no es accidente que las Revoluciones Científicas del Siglo XVII se presentarán, en términos de Bacon como una nueva filosofía ‘masculina’, como lo presento en *La Sinrazón Masculina: Masculinidad y Teoría Social*⁴.

En la medida que hemos dado cuerpo a una tradición estructural, la cultura es radicalmente separada de la naturaleza, así como la razón es separada de la emoción; dentro de una modernidad racionalista el ser racional es identificado con la razón, mente y conciencia son separados de los cuerpos, y la sexualidad y emociones, que en la cultura católica se identifican con los “pecados de la carne”, son desdeñadas como parte de una naturaleza “animal” y por tanto no forman parte de nuestras identidades como seres humanos. Como Kant evidencia en su visión de la “naturaleza humana” en una modernidad secularizada, sólo en la medida que tenemos razón y somos ‘rationales’ es que podemos ser humanos y “civilizados”. En estos términos el cuerpo permanece in/civilizado e identificado con sexualidades y por ello, como una amenaza a nuestro status de seres humanos. Esto fue crucial para definir la superioridad europea como la portadora de la ciencia, el progreso y la cristiandad, legitimando con ello el proyecto de la Conquista: había una naturaleza in/civilizada que necesitaba ser dominada para poder encontrar su camino de la tradición hacia la modernidad.

En este contexto resulta tentador tratar a la “adolescencia” como un estado incompleto – si no consideramos a la gente joven como carente de razón, entonces los imaginamos al menos perdiendo temporalmente su conexión con ella. Al tomar riesgos innecesarios con sus vidas la juventud es entendida como in/civilizada y bajo el control de su naturaleza emocional. Como incivilizados –y así fueron definidos los indígenas– carecían de razón y no se podían comunicar con ellos; el único lenguaje que podían entender era el lenguaje de la fuerza.

⁴ La relación entre las Revoluciones Científicas del siglo XVII y el reordenamiento de las relaciones de poder entre los géneros estableció elementos cruciales para la visión Ilustrada de la modernidad. Este fue un tema central en *The Death of Nature* de Carolyn Merchant (Harper and Row, New York, 1980). Las implicancias para las tradiciones de la teoría social son exploradas en *La Sinrazón Masculina. Masculinidad y Teoría Social* (Paidós, Barcelona, 2000).

Dentro de la misma tradición racionalista tratamos a la “adolescencia” como un “objeto” de investigación científica, donde no es necesario comunicarse o escuchar lo que los y las jóvenes tiene que decir por sí mismos. Es decir, la tradición positivista en las ciencias sociales también sirvió para silenciar a las personas que estamos investigando. Como “objetos” de conocimiento se espera que respondan a las preguntas que hacemos, pero no que ellos hagan preguntas.

Los hombres y las masculinidades no pueden ser considerados como nuevos “objetos” de investigación científica social a los que podemos aplicar los métodos positivistas tradicionales, sino que tenemos que reconocer las formas en que los supuestos de la masculinidad ya se encuentran en estas metodologías tradicionales. Se encuentran en el asumir una relación de autoridad con el investigado al rechazar el proceso de investigación como un proceso “relacional” en que los investigadores aprenden que sólo pueden hacer a otros preguntas que se encuentren preparados para hacerse a sí mismos. Para trabajar con adolescentes los investigadores tienen que haber hecho el “trabajo emocional” que los conecte con su propia adolescencia de manera que puedan también compartir su propia experiencia cuando sea apropiado. Como Carol Gilligan descubrió en su propio trabajo con niñas adolescentes, cuando tuvo que cuestionarse la ignorancia que es tan frecuentemente asumida y reconocida respecto de cuánto ya sabían las jóvenes con quienes estaba trabajando⁵. Ella descubrió que las jóvenes necesitaban crear una relación de confianza para compartir sus experiencias, pero esto dependía de la capacidad de Carol para compartir la propia.

El feminismo desafió las bases racionalistas de la modernidad al desafiar a la distinción entre razón y emoción, entre mentes y cuerpos. Con esto buscaba romper con la tradición cartesiana dominante que tradicionalmente desvalorizaba los cuerpos como parte de una naturaleza desencantada, insistiendo en que los cuerpos deben ser reconocidos como “parte de” nuestras identidades como seres humanos. En la creación de espacios para explorar las relaciones ocultas entre emociones y poder, el reconocimiento de que “lo personal es político” permitió a las investigadoras feministas analizar las relaciones de poder en las relaciones íntimas y familiares. Cuando se trata del análisis de los hombres y las masculinidades, algunos de estos descubrimientos, desafortunadamente, se han perdido por la adopción de un análisis estructural de las “masculinidades hegemónicas” en términos de prácticas sociales estructuradas exclusivamente como relaciones de poder⁶.

Esto ha significado que, cuando se trata de los hombres, volvemos nuevamente a la impersonal “visión desde ninguna parte” que viene de la tradición racionalista. Asumimos que cuando los hombres se reúnen es simplemente por el beneficio de sus vidas personales y no para revelar la operación de las relaciones estructurales de poder por

⁵ El marco para el último trabajo de Carol Gilligan (1982) con niñas adolescentes fue originalmente establecido en el trabajo en que establecía una distancia crítica con el trabajo más universalista de desarrollo moral de Kohlberg que estaba implícitamente basado en la experiencia de niños adolescentes en *Con una Voz Diferente* de Gilligan.

⁶ La insistencia en que la opresión de las mujeres es estructural y por ello tiene que estar relacionada con cuestiones históricas y de poder mientras que la experiencia de los hombres solo puede ser entendida en términos más personales es un asunto que ya había surgido en las políticas sexuales de los años 1970. Esto hizo difícil teorizar temas de violencia estructural de maneras tales que pudieran iluminar la destrucción de las vidas emocionales y personales. Este fue un tema que originalmente trabajé en Seidler (1989).

medio de la reflexión sobre su experiencia. Pero podemos también rescatar de la teoría postmoderna, haciendo eco de un temprano descubrimiento feminista, que las personas están siempre teorizando desde momentos históricos y culturales particulares que necesitan reconocer. De otra manera no solamente nos encontramos hablando sobre la gente joven sin reconocer la importancia de escuchar lo que tienen que decir, sino que descubrimos que, con demasiada frecuencia, abstraemos nuestro pensamiento de las personas jóvenes del entorno histórico y cultural particular en que viven. Así nos encontramos hablando en términos generales sobre la relación entre los y las jóvenes y las instituciones del mundo adulto que enfrentan. Así también legislamos para ellos por medio de la razón, en vez de aprender de los diferentes mundos en que ellos están creciendo.

Con las comunicaciones de masa y las nuevas tecnologías se vuelve inútil generalizar para todas las generaciones. Por el contrario tenemos que focalizarnos en los problemas y placeres particulares con que tiene que lidiar de la gente joven. Pero para hacer esto también tenemos que romper con la tradición racionalista que permite hablar de poder, pero no sobre cuerpos, placeres sexualidades y amor; necesitamos explorar nuevas formas de pensar cómo el poder opera también a través de estas diferentes esferas de la vida.

GENERACIONES

El desarrollo de los varones adolescentes hacia hombres jóvenes se da en mundos particulares que tienen sus propias historias y culturas. Crecer en las afueras de Santiago en los primeros años del nuevo milenio te enfrenta con diferentes preguntas, inquietudes y sueños que aquellos de finales de 1970, cuando las sombras de ese temprano once de septiembre eran parte de la lucha diaria por la sobrevivencia en el régimen de Pinochet y se enfrentaba con frecuencia el silencio de las madres y los padres respecto al compartir con sus hijos las dolorosas experiencias que tuvieron que vivir. En otros países de América Latina hubo diferentes silencios en la medida que los gobiernos militares tomaron el poder y los movimientos populares fueron aplastados. Muchas veces los padres sintieron que tenían que proteger a sus hijos de las dolorosas experiencias del pasado. A menudo era muy peligroso re-memorar el pasado y más fácil olvidar las dolorosas historias que los vividas recientemente por los países.

Con frecuencia esto bloqueó otras formas de comunicación entre padres e hijos a partir de una cierta ansiedad de mirar al futuro, lejos del pasado, que hace que los hijos aprendan pronto sobre qué cosas se supone no deben preguntar. Hay “vacíos” en la comunicación cuando los hijos “cargan”, sin saberlo, los sentimientos inconscientes no resueltos de sus padres. Algunas veces los hijos se encuentran a sí mismos soñando sobre horrores que no pueden definir, que provienen de algún lugar que las generaciones jóvenes no pueden nombrar. Cuando la vida pública es cerrada, algunos padres pueden sentirse más centrados en las relaciones con sus hijos, pero al mismo tiempo, desean protegerlos de historias dolorosas.

Los niños (varones) pueden sentir una responsabilidad particular, especialmente cuando han crecido sin su padre; al interior de una cultura patriarcal pueden sentir que no deben contribuir a la carga de su madre pues su vida es lo suficientemente dura. En ocasiones ha habido experiencias de separación dolorosas producto del exilio donde los

niños pueden sentir ira de que sus padres no hayan “estado ahí” emocionalmente para ellos. Las sombras de estas “historias difíciles” caen desigualmente a través de las familias donde los niños (varones) están convirtiéndose en hombres jóvenes, pudiendo ellos encontrar difícil compartir sus incertidumbres sobre sus deseos corporales y sentimientos emocionales, debiendo sustentar el silencio establecido a través de las generaciones.

Cuando escuchas a los adultos hablar sobre experiencias con adolescentes en Santiago, puedes escuchar la preocupación sobre la depresión que sienten que sus hijos llevan y de la cual no pueden hablar. Conscientes también del uso de anti-depresivos y las enfermedades mentales que afectan a tantos adultos, es aún difícil conversar sobre temas tan complejos como la experiencia de la adolescencia después del Golpe, con toda la violencia y horror que le siguieron. Es difícil saber cuándo será el tiempo adecuado para sostener esta conversación, especialmente cuando muchos adultos están preocupados por poner más carga sobre los hombros de sus hijos, mientras sienten que sus adolescentes no están interesados en estos temas, pues el mundo en que están creciendo es muy diferente. Pero frecuentemente las personas jóvenes saben mucho más de lo que sus padres podrían creer, algunos sólo están manteniendo su silencio porque con ello, silenciosamente, protegen a sus padres.

Estas traumáticas historias están moduladas de manera diferente en las distintas culturas latinoamericanas, por lo que los silencios se han roto de diferentes maneras y los pasados rondan de diversas maneras el presente. Una persona joven en Chile puede darse cuenta que nunca ha hablado realmente con sus padres sobre su experiencia después del Golpe. Sabe que sus padres sufrieron, pero durante los años de exilio nunca sintió que pudieran hablar sobre estas dolorosas historias. Ser sensible en la cultura chilena es no dañar a los otros, aprender a adaptarse a las expectativas de los demás y desconfiar de expresar realmente tus propios sentimientos y pensamientos; para no ofender a los otros el silencio es fácilmente preservado. La intención de hablar puede estar siempre ahí, pero el momento nunca parece ser el adecuado. Las personas se cuidan de traer experiencias dolorosas a la superficie, especialmente si la cultura incentiva una creencia en el futuro y un olvido del pasado. Muchas personas así pueden no soportar su vida presente por una depresión silenciosa, la de vivir llevando la silenciosa carga del pasado.

MUNDOS DIFERENTES

Frecuentemente los hombres jóvenes sienten que están creciendo en un mundo diferente del que sus padres conocieron y cuando comienzan a definir sus identidades en oposición a sus padres puede ser difícil mantener la comunicación. Esto es especialmente verdadero cuando la comunicación emocional no se ha establecido entre padres e hijos en los primeros años. Hay un momento crítico cuando el niño está cerca de los siete u ocho años y su padre siente que ya no puede continuar tomando la mano de su hijo en público; el niño entenderá que extender su mano hacia la de su padre sólo será para sentirse rechazado. Si no hay una explicación esto puede producir una distancia incómoda en la relación que será difícil de salvar. Se pueden crear lazos emocionales cuando los padres se involucran en el cuidado diario de sus hijos. Muchas veces los momentos posteriores al nacimiento del niño son cruciales para el aprendizaje, por parte de los padres, de habili-

dades de cuidado corporal y baño junto con la madre. Es esta inversión temprana de tiempo y de atención lo que permite que la conexión se sustente a través de los difíciles años de retraining adolescente, donde los varones adolescentes parecen tener que “encontrar su propio camino”, pero queriendo que sus padres “estén ahí” permitiéndoles cometer sus propios errores. A menudo, en sus últimos años de adolescencia, al final de este proceso, regresan.

Generalmente fallamos en reconocer los modos en que la adolescencia es “generada” (posee carácter de género) y preferimos pensarla como una etapa los niños y niñas deben atravesar. Esto hace difícil que podamos apreciar como la separación de género, que a menudo ocurre en la escuela cuando los niños tienen siete u ocho años, puede hacer que se aisle a los niños que sintieron más fácil jugar con las niñas, posiblemente porque crecieron en familias con una mayor preocupación emocional que valoraba una mayor igualdad de género.

Los movimientos feministas tradicionales se enfocaron en los asuntos de igualdad de género de maneras que hicieron difícil reconocer de modo igualitario las necesidades emocionales de los niños. A menudo los niños querían más contacto con sus padres, encontrándose a veces ambos trabajando remuneradamente, y resentían el ser dejados al cuidado de mujeres más pobres de quienes se esperaba hicieran el trabajo que permitía a la pareja de clase media tener una mayor igualdad de género. Nuevamente esta es una experiencia generacional que explica en parte por qué los niños cuyos padres se vieron influenciados por el feminismo de los años ‘70 y ‘80 parecen estar tomando decisiones diferentes para sí mismos.

Los varones han sido lentos en responder a los desafíos del feminismo; sintiendo que necesitaban ser “modelos” para sus hijos, a menudo ocultaron sus propios temores y humillaciones sufridas en su etapa escolar bajo el supuesto que tenían que ser “fuertes”, particularmente para sus hijos. Pero esto puede llevar a los varones jóvenes a sentirse más solos y aislados al no poder reconocer sus temores como “normales” pues, si son interpretados como un signo de debilidad y por ello como una amenaza a la identidad masculina, estos son vergonzantes y deben ser ocultados, con tensión en el cuerpo.

Algunos hombres jóvenes ven en Internet un espacio virtual donde son capaces de explorar sentimientos que no pueden compartir en persona. Descubrir incluso que es posible decir a sus amigos en Internet cosas que jamás se arriesgarían a decirles cara a cara. Nuevamente esto depende de las culturas verbales en que crecen los jóvenes. En ocasiones los jóvenes sienten deseos que sólo pueden admitir y explorar realmente por medio de la realidad virtual; por ejemplo un hombre joven que siente deseo por relaciones con su mismo sexo puede sentir que el no es “anormal” por tener estos deseos; en Internet puede encontrar sitios de conversación (chats) en que puede hacer suyos deseos que siente tiene que silenciar y suprimir en su vida cotidiana. De esta manera Internet se puede volver un espacio de libertad en el que la gente joven explore sus identidades sexuales, raciales y étnicas, donde pueden descubrir a otros lidiando con asuntos similares en sus propias vidas y sentirse así menos aislados y solos.

Además de ser un espacio en que la gente puede buscar apoyo, que de otra manera no tendría en su vida diaria, y abrir conversaciones que sienten no es posible tener con sus padres; Internet también puede ser un espacio en que las personas representen identidades sexuales y de género particulares. Un joven que se sienta ambivalente respecto de

su identidad sexual o de género podría usar el espacio de Internet para representar y actuar estas diversas identidades; descubrir un espacio en el cual está permitido explorar representativamente estas identidades, dándose a sí mismo un espacio para sentirse dentro de estas diversas identidades. A través del aprendizaje derivado de las sensaciones en estas representaciones, los jóvenes pueden obtener información sobre sí mismos que podría hacer una diferencia vital en las relaciones que escojan tener.

Debemos tener cuidado de trazar una distinción muy marcada entre lo “real” y lo “virtual”, pues las personas jóvenes se mueven con facilidad entre estas dos esferas. Pueden aprender de lo virtual de manera tal que hagan una diferencia en el modo como se sienten sobre sí mismos y por tanto, también en los modos como actúan en sus relaciones. En vez de tratar lo virtual como un espacio para escapar de los dilemas de lo real, debemos reconocer cómo lo virtual opera también como un espacio de exploración. Es en el anonimato de lo virtual donde algunos hombres se atreven a nombrar sus emociones y sentimientos. En vez de sentir que siempre deben tener la respuesta –lo que podría ser una presión particular para los hombres jóvenes que aprenden a temer su propia vulnerabilidad como un signo de debilidad y por lo tanto como amenaza a su identidad masculina–, los varones pueden aprender a apropiarse de su propia ambivalencia. Los hombres jóvenes también exploran la distancia que existe entre lo que sienten que tienen que decir, especialmente frente a otros hombres, y cómo se sienten realmente; pueden permitirse una honestidad de expresión, posibilitada al asumir una identidad diferente en la red.

Los jóvenes también pueden comenzar a reconocer como sus cuerpos han sido avergonzados y por consiguiente, a experimentar la tensión existente entre lo que ellos desearían sentir y lo que actualmente sienten sobre el contacto, el sexo y la intimidad. Posiblemente aún se sienten inconscientemente marcados por la doctrina católica sobre la no-confiabilidad de las mujeres jóvenes y la amenaza que ellas representan para la espiritualidad masculina, aun cuando hayan roto racionalmente con estas creencias, pueden seguir sintiéndose divididos entre nociones dualistas de “bien” y “mal” y percibir por ello que, en cierto nivel, la feminidad representa un “demonio” que debe ser resistido. Estas percepciones también pueden hacer difícil para los hombres jóvenes entender sus sensaciones corporales, particularmente su vulnerabilidad, ternura y miedos que han aprendido a identificar como “femeninas” y por ello como una amenaza a la identidad heterosexual masculina⁷.

CUERPOS

Si repensamos las teorías de Freud sobre la latencia podemos pensar en diferentes términos acerca de cómo los niños se convierten en hombres. Al momento de la separación, cuando las niñas y niños de ocho años se separan en mundos diferentes, algunos niños pueden sentirse abandonados y expuestos al tener que volver a un mundo masculino de fútbol con el cual podrían no sentirse confortables. Este es un tiempo en el que los niños

⁷ Algunas discusiones útiles en relación a la escolaridad de las masculinidades jóvenes en Gran Bretaña pueden verse en Frosch et al, 2002 y Mac an Ghail.

pueden ser objeto de burlas. La sensibilidad de los niños criados de modos anti-sexistas y educados emocionalmente puede aparecer como una discapacidad, dando a otros niños terrenos para el rechazo. En estos años puede ser difícil para los niños mostrar cualquier vulnerabilidad, especialmente en la escuela; a menudo solamente cuando han dejado atrás las puertas de la escuela se permiten lagrimas, al contar los eventos del día. Las emociones han sido definidas tradicionalmente como “femeninas”, siendo un signo de debilidad considerado como una amenaza a las identidades masculinas. Esto involucra a los niños que aprenden disciplinas corporales particulares, donde se les enseña a ocultar sus vidas emocionales internas. Los cuerpos se tensan frente a las experiencias, extendiéndose una brecha entre cómo los hombres jóvenes pueden sentir en su interior y lo que pueden arriesgar revelar a otros.

Como una forma de auto-protección, usualmente los niños asumen una relación instrumental hacia sus cuerpos. Frecuentemente no quieren reconocer lo que están sintiendo ya que esto puede amenazar sus identidades masculinas. No queriendo reconocer su miedo, tristeza o vulnerabilidad aprenden a desviar estas emociones hacia la rabia y violencia que sí afirman sus identidades masculinas. Es aquí donde podemos reconocer la debilidad de ciertas nociones de “masculinidad hegemónica” que definirían las masculinidades exclusivamente como relaciones de poder. Esto también se refleja en la debilidad de la posición de Connell, quien rechaza la idea que la masculinidad puede ser pensada como “empobrecida” o que los hombres tengan dificultades en expresarse emocionalmente. En vez de explorar en los significados de la carencia de lenguaje emocional de los hombres, Connell prefiere insistir en que los hombres tienen poder y privilegios que deberían ser compartidos más equitativamente. Su desdén por la comprensión “terapéutica” en oposición a una “política” hace difícil pensar creativamente de las relaciones entre el poder y las emociones⁸.

En *Masculinidades* de Connell hay una tensión entre el marco teórico y el estudio de casos de masculinidades particulares y ni siquiera a través de las historias de estos hombres sabemos cómo ellos se han convertido en los que son, ni la tensión entre los hombres y las diferentes masculinidades con las que pueden llegar a identificarse. Debido en parte a la fractura que habita entre emociones, sentimientos y deseos considerados como “terapéuticos”, se nos entrega una concepción pseudo racionalista del poder como si éste aún pudiera ser concebido en términos de “cero-suma”, como si el poder que los hombres dejan pudiera ser asumido por las mujeres. Esta visión del poder no sólo encierra a los hombres en masculinidades particulares, identificadas con relaciones de poder particulares, sino que hace difícil explorar las tensiones entre los hombres y las masculinidades con las cuales ellos se sienten obligados a identificarse.

Esta visión racionalista del poder hace difícil explorar los trabajos sobre relaciones de poder, la manera como pueden debilitar la autoestima y desvalorizar la experiencia. Es una visión del poder de alguna manera separada de los cuerpos, experiencia y de la vida emocional. Fue en parte lo que llevó a Foucault a ver la debilidad de su visión sobre poder/saber en el ensayo “*Tecnologías del Ser*”, si bien no pudo encontrar una solución, sintió

⁸ Estos son supuestos que ayudan a formar el argumento de Connell, en Connell 1987 y su más reciente en 1995.

que tenía que comenzar de nuevo su exploración sobre éticas y subjetividades⁹. Pero este cambio de foco no significó el abandono de su comprensión sobre la centralidad del poder, sino que su suspensión temporal para comprender las relaciones entre el poder, las identidades y la experiencia.

Esta fue una conexión que, desde un punto de partida diferente, Foucault podría haber hecho a través del feminismo y las políticas sexuales. Pero la últimas discusiones que hace Foucault en *La Inquietud de Sí* tienen una resonancia particular para apreciar la experiencia de los hombres jóvenes¹⁰. Él estaba interesado en cuestionar las tradiciones prevalentes que enseñan un desdén por el cuerpo y la sexualidad y así como un abuso del ser. Él estaba buscando fuentes alternativas al interior de diversas tradiciones griegas que pudieran incentivar un tipo diferente de cuidado de los cuerpos, emociones, sexualidades y amor. Él quería cuestionar el marco de referencia heterosexual que había sido codificado en la visión secularizada de la modernidad occidental que, con demasiada frecuencia, enseñaba que la masculinidad heterosexual y blanca proveía la norma en contra de la cual mujeres, gente de color, gays y lesbianas eran consideradas “defectuosas”.

Una teoría universalista, que tiende a pensar sobre las masculinidades hegemónicas exclusivamente como relaciones de poder, hace difícil teorizar las diversas culturas masculinas. El cerrarse a pensar las relaciones entre diversas masculinidades en términos de poder hace tentador aplicar una teoría universal a los distintos escenarios culturales. Esto produce sus propias formas de ceguera que, dentro de una economía mundial recientemente globalizada, puede servir para hacer circular masculinidades particulares con adaptaciones culturales menores, más que generar un análisis crítico de ellas. En sociedades crecientemente secularizadas necesitamos investigar cómo, por ejemplo en los diferentes países de América Latina, el catolicismo ha construido los modos en que las personas aún se sienten, inconscientemente, con respecto a sus cuerpos, emociones y sexualidades.

La idea del cuerpo como un sitio de pecado y tentación produce sus propios silencios entre generaciones. El shock que los cuerpos soportan cuando los varones jóvenes de comunidades urbanas y rurales recurren a prostitutas para su primera experiencia sexual no es un problema de los “significados” que le asignan a sus experiencias como sugeriría la tradición interpretativa. En cambio esta experiencia puede moldear sus sexualidades como un asunto de desempeño, y dañar los vínculos entre sexualidad y sentimientos, entre sexo y amor¹¹.

En las culturas latinas, donde la familia es considerada una institución significativa, hay una relación particular entre vida privada y pública. A menudo al interior de culturas católicas hay un gran énfasis en mantener las apariencias en público y en el comportamiento correcto, lo que puede abrir una brecha particular entre las vidas emocionales internas que las personas no esperan compartir y la manera como se presentan ante

⁹ Para una comprensión de cómo Foucault llegó a pensar sobre el desarrollo de su propio trabajo vea su ensayo “Technologies of the Self” que es el ensayo inicial en la colección de Martin et al 1996.

¹⁰ Puede ser útil leer el último trabajo de Foucault (1994) acerca del cuidado del yo *Care of the Self*—más conocido como el Tomo 3 de la *Historia de la Sexualidad*. Un texto más general es el de Hubert Dreyfus y Paul Rabinow (1982).

¹¹ Importantes y detalladas etnografías sobre estas diversas masculinidades han sido presentadas durante esta conferencia.

otros. Esto puede ser un problema particular para los hombres jóvenes que en los primeros años de su adolescencia deben lidiar con impulsos poderosos de sentimientos y emociones sexuales. Si bien por un lado existe un reconocimiento de lo significativo que es el primer período para las jóvenes, no hay una conciencia equivalente de lo significativo del primer sueño húmedo o masturbación de los hombres jóvenes, aunque la experiencia pueda a veces ser igual de abrumadora y, a no ser que exista un diálogo entre padres e hijos, estas experiencias pueden ser tan vergonzantes que se vuelve difícil establecer un mayor contacto con la experiencia corporal.

Cuando los varones jóvenes descubren que tienen sentimientos sexuales por su mismo sexo, pueden sentirse perturbados y ansiosos por este descubrimiento; pueden sentirse avergonzados y amenazados en su sentido de masculinidad, aislados, solos e incapaces de valorar sus propios deseos. En los complejos años de adolescencia temprana, donde los jóvenes están asumiendo su sexualidad, generalmente buscan apoyo en su grupo de pares. Inseguros de sus propios deseos y a menudo sintiéndose atrapados en las concepciones tradicionales de masculinidad, que insisten que los hombres son activos en sus deseos mientras que las mujeres son sólo objetos de los deseos heterosexuales masculinos, puede ser difícil para los jóvenes mantener un balance entre “actividad” y “pasividad”, entre dar y recibir amor. Algunas veces se establecen patrones en que los hombres se sienten más cómodos dando a otros el amor que realmente desean para sí mismos.

DESEO

A veces es más fácil para los hombres dar que recibir amor. Otros hombres pueden sentirse diferentes, más capaces de recibir amor que de darlo. La dependencia que los hombres sienten en sus relaciones está frecuentemente oculta por el ideal de “independencia” y “autosuficiencia” masculina. Si las necesidades emocionales son símbolo de debilidad, los hombres aprenden a negar sus necesidades de contacto e intimidad. Más aún, como mostré en *Rediscovering Masculinity* y más en detalle en *Man Enough: Embodying Masculinities* frecuentemente hay un temor a la intimidad¹². Los hombres jóvenes pueden sentirse incómodos con sus propias necesidades de contacto, forzándose hacia el sexo como un canal para sus diversas necesidades y deseos. Algunas veces cuando los hombres salen en busca de sexo lo que en realidad quieren es ser tocados, de lo que se darían cuenta si tuvieran más contacto con ellos mismos.

Como sus necesidades de dependencia les son frecuentemente negadas, los hombres jóvenes aprenden a plantearse el sexo en términos de rendimiento. Pueden desear tener sexo, pero sentirse inseguros sobre la intimidad, pues ésta puede parecer amenazadora para las fronteras del yo. Esto se debe también a la frecuente identificación entre masculinidad y autocontrol que es experimentada como conflictiva por los jóvenes que sienten la amenaza de la incertidumbre de un deseo que parece tener movimiento propio, fuera

¹² En *Rediscovering Masculinities: Reason, Language and Sexuality* comparto una historia particular sobre la manera en que los hombres han respondido a los desafíos del feminismo y las formas como esto ayudó a imaginar una nueva forma de política. En mi último trabajo *Man Enough: Embodying Masculinities* desarrollo una posición que aprende tanto de las fortalezas y debilidades de una política anti-sexista, como de la influencia del trabajo mítico en Estados Unidos y Gran Bretaña.

de su control consciente. En la medida que los hombres jóvenes perciben la necesidad de controlar sus experiencias sienten la necesidad de controlar sus deseos. Esto deriva en la inestabilidad del “estar enamorado”, en la confusión entre sexo y amor.

Mientras las mujeres están aprendiendo a demandar mas independencia para sí mismas, los hombres pueden sentirse amenazados en sus identidades masculinas tradicionales. El sexo, por ejemplo, es visto tradicionalmente como una obligación de los hombres hacia las mujeres en relaciones heterosexuales; pero a medida que las mujeres se conectan con sus propios deseos sexuales, lo negocian en mayor medida, lo que puede ser experimentado como una amenaza al poder masculino y a una respuesta violenta de parte de los hombres para afirmar sus identidades masculinas.

Aún en contextos urbanos, donde se da un movimiento hacia una mayor igualdad de genero, los hombres jóvenes pueden sentirse incómodos en la negociación de sus deseos sexuales. Ellos suponen que si hay amor su pareja debería saber lo que necesitan, pudiendo sentirse atrapados en una identidad masculina que ya no concuerda con sus experiencias. Pueden sentir que es posible mostrar ternura en privado, pero que en público tienen que mantener una masculinidad más tradicional. En el caso de la identidad gay, ellos pueden sentir que deben mantener una cierta imagen al interior de la familia. Así las personas se acostumbran a una doble identidad en sus relaciones, que mientras no sea conocida por sus parejas no tiene porque herirlos. Los hombres aprenden a usar el lenguaje como un medio de auto-defensa, cuidándose de exponer sus emociones y deseos internos a los demás por temor al rechazo.

Al interior de las culturas latinoamericanas, que se encuentran aún moldeadas por las tradiciones católicas, hay a menudo un temor inconsciente del cuerpo y las sexualidades. Una cosa es abandonar intelectualmente estas tradiciones, pero otra muy distinta es “atravesar” sus marcas inconscientes. Generalmente hay una conexión implícita entre amor y desinterés que representa al amor “puro” como un amor no manchado por la sexualidad; así se hace difícil conectar la sexualidad con una espiritualidad que ha identificado tradicionalmente el cuerpo y la sexualidad con el “Israel carnal”, como Daniel Boyarin lo ha evidenciado dentro del discurso cristiano anti-semita¹³. La sexualidad viene a ser identificada con los “pecados de la carne” y por lo tanto separada del amor. El heredar esta conciencia escindida incapaz de nombrar su herencia en una cultura secular, dificulta a los hombres jóvenes el reconocimiento de las fuentes de sus conflictos emocionales internos. Como los hombres sienten que son capaces de lidiar con sus emociones por sí mismos, frecuentemente se cierran en su propio aislamiento, incapaces de acercarse a otros en busca de apoyo.

¹³ Daniel Boyarin ha hecho un trabajo significativo explorando como las diferentes visiones que forman el judaísmo y el cristianismo, en relación al cuerpo y la sexualidad, ayudan a explicar algunas de las fuentes del anti-semitismo cristiano. Ver, en particular, *Carnal Israel: Reading Sex in Talmudic Judaism* (University of California Press, Berkeley 1993). En las tradiciones seculares dominantes en las ciencias sociales es difícil explorar la influencia cultural de tradiciones cristianas particulares en la formación de las relaciones de género. Esto explica la tentación de teorías universalistas particulares que a su modo sustentan, en vez de criticar, las masculinidades dominantes prevalecientes. Las personas pueden desacreditar sus experiencias de vida como “personales” o “subjetivas” y como de poca relevancia para la tradición positivista de las investigaciones sociales. Ha sido una fortaleza de las metodologías de investigación feministas el estructurar metodologías más complejas entre experiencia y poder.

Los hombres pueden acercarse a sus amigos cuando se sienten bien consigo mismos, cuando se sienten deprimidos puede ser más difícil levantar el teléfono para pedir ayuda. Esta es una práctica que tradicionalmente las mujeres han hecho de manera más fácil, si bien las mujeres profesionales de la nueva economía globalizada también están experimentando dificultades para expresar sus necesidades emocionales: pueden ofrecer apoyo emocional a otros, pero no pueden pedirlo para sí mismas.

Las mujeres tienen sus propias preocupaciones con la intimidad y el crecimiento personal, esto hace necesario repensar las políticas sexuales de los años 1970 que nos dejaron una herencia que definió al poder masculino como el único problema, como si “las dificultades con el amor” se deben a que los hombres no han cambiado lo suficiente. Efectivamente sigue siendo un tema el cómo los hombres jóvenes están cambiando, pero debemos estar conscientes que fallamos si los dejamos pensar que la masculinidad y el poder masculino es siempre el problema y nunca parte de la solución. Los hombres jóvenes requieren diferentes visiones de diversas masculinidades –heterosexual, gay o bisexual– que puedan aprender una de la otra para contribuir en la creación de relaciones de género y sexuales más igualitarias. Esto significa escuchar lo que los hombres jóvenes dicen sobre sus esperanzas, deseos y sueños.

En vez de dejar a los hombres sentirse mal consigo mismos, debido al poder que heredan dentro de una sociedad patriarcal, tenemos que proveerlos de la sensación de que pueden ser tan tiernos y amorosos como deseen, de manera clara y asertiva. Tenemos que aprender cómo escuchar las preocupaciones de los varones jóvenes, aprender a afirmar su experiencia y su involucramiento crítico con sus emociones. Tenemos también que reconocer la necesidad de apoyo que tendrán estos jóvenes a medida que se involucran en la redefinición de sus masculinidades. Los varones jóvenes pueden, con frecuencia, quedar con la sensación de que las jóvenes que conocen han cambiado más fácilmente y sentir envidia por ello, pero en vez de volcar sus emociones hacia dentro y en contra de sí mismos –lo que ha producido altas tasas de suicidio– pueden aprender a obtener el amor y apoyo que necesitan de otros hombres involucrados en los mismos procesos de cambio.

Así como se ha abierto una brecha entre diferentes generaciones de mujeres, donde las más jóvenes sienten una cierta distancia del feminismo, pues poseen la ventaja de la igualdad sexual por la que luchó una generación anterior, hay también una brecha con los hombres. La generación más joven no siente como preocupación central las relaciones entre hombres y feminismo, pues creció inmersa en relaciones de género más igualitarias en la escuela. Ellos cuestionan la identificación de los hombres con las masculinidades derivadas de las teorías sobre el tema, y por ello tienden a mantener silencio respecto de las incómodas relaciones entre los hombres y las masculinidades prevalentes. Si queremos hablarle a los varones jóvenes tenemos que apreciar los cambios generacionales en las relaciones de género, tenemos que estar preparados para repensar la igualdad de género y no asumirla como un ideal que no requiere ser redefinido por la reflexión sobre cómo el poder trabaja, global y localmente, para moldear las relaciones.

Si tenemos que hablarle a los hombres jóvenes sobre sus preocupaciones, necesitamos entonces teorizar la experiencia de los hombres y las masculinidades en formas que presten atención a los cuerpos, placeres, sexualidades y amor. Necesitamos considerar que los jóvenes suelen resistir toda categorización simple y que no desean ser asignados

a categorías preexistentes. En la medida que los jóvenes exploran sus deseos y necesidades desde el cuerpo se genera una mayor fluidez en sus identidades postmodernas. Esto significa también un cuestionamiento a la tradición psicoanalítica que ha asumido una responsabilidad particular en pensar las subjetividades. Nuevamente tenemos que cuidarnos de todo tipo de supuestos genéricos y raciales que implícitamente forman parte de nuestras tradiciones.

En la medida que aprendemos a escuchar a los jóvenes, aprendemos a respetar lo que tienen que decir, a ser conscientes de que necesitamos cuestionar la modernidad racionalista, incluyendo sus concepciones sobre las masculinidades, especialmente si vamos a validar las emociones y sentimientos como fuentes de conocimiento, de dignidad humana y de auto valoración.

Bibliografía

- Boyarin, Daniel (1993) *Carnal Israel: Reading Sex in Talmudic Judaism*. University of California Press. Berkeley.
- Connell, Robert (1987) *Gender and Power*. Stanford University Press. Stanford.
- Connell, Robert (1995) *Masculinities*. Polity Press. Cambridge.
- Dreyfus, Hubert y Paul Rabinow (1982) *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. University of Chicago Press. Chicago (En español por Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 2001).
- Foucault, Michel (1996) "Technologies of the Self" en Martin et al (1996) *Technologies of the Self*. Tavistock. London.
- Foucault, Michel (1994) *Care of the Self* (más conocido como el Tomo 3 de la *Historia de la Sexualidad*). Penguin Books. Harmondsworth.
- Frosh, Stephen; Ann Phoenix y Rob Pattman (2002) *Young Masculinities*. Palgrave. Basingstoke.
- Gilligan, Carol (1982) *In a Different Voice*. Harvard University Press. Cambridge, Mass.
- Mac an Ghail, M. (1996) *The Making of Men: Masculinities, Sexualities and Schooling*. Open University Press. Buckingham.
- Merchant, Carolyn (1980) *The Death of Nature*. Harper and Row. New York.
- Seidler, Victor (1986) *Kant, Respect and Injustice: The Limits of Liberal Moral Theory*. Routledge. London.
- Seidler, Victor (1986) *Rediscovering Masculinities: Reason, Language and Sexuality*. Routledge. London.
- Seidler, Victor (1997) *Man Enough: Embodying Masculinities*. Sage, London and Thousand Oaks.
- Seidler, Victor (1998) *Recreating Sexual Politics: Men, Feminism and Politics*. Routledge. London.
- Seidler, Victor (2000) *La Sinrazón Masculina. Masculinidad y Teoría Social*. Paidós. Barcelona, España.

CAPÍTULO IV

COMPORTAMIENTOS REPRODUCTIVOS Y PATERNIDAD EN LOS ADOLESCENTES

‘NO SÉ DECIRLE SI QUEDÓ EMBARAZADA’: GÉNERO, RESPONSABILIDAD Y AUTONOMÍA ENTRE JÓVENES MEXICANOS

Ana Amuchástegui Herrera¹

Yo no puedo ser libre, sólo nosotros podemos ser libres
Sampson

Con el fin de comprender algunos procesos subjetivos y culturales que intervienen en la posibilidad de democratizar las relaciones íntimas, en este trabajo me interesa discutir lo que considero algunas nociones de responsabilidad ligadas a la sexualidad² y la procreación, que sostienen la experiencia de jóvenes mexicanos de diversos contextos sociales³, en especial con respecto a sus deseos sexuales, su capacidad reproductiva y sus relaciones con sus parejas mujeres. Presentaré algunas intuiciones iniciales nacidas del trabajo de campo con jóvenes mexicanos, vinculadas con la autodeterminación desde una perspectiva relacional, especialmente en cuanto a la construcción que estos jóvenes hacen de sí mismos y de las mujeres como sujetos de sexualidad y de procreación, en el contexto de los conflictos y negociaciones de sus relaciones sexuales, procreativas y amorosas.

Las reflexiones aquí vertidas pretenden colaborar en el debate sobre los derechos sexuales, y en particular sobre la construcción subjetiva de la autodeterminación en términos sexuales y reproductivos⁴, pues si bien la sexualidad ha sido construida predominantemente como parte del ámbito de lo privado y lo individual, la investigación feminista ha mostrado que en realidad, el poder forma parte intrínseca de los vínculos eróticos.

¹ Profesora-investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco, México. Correo electrónico: amuchastegui@laneta.apc.org

² Bajo esta concepción entiendo la sexualidad como historia, no como naturaleza; como una construcción social de significados otorgados al cuerpo y a sus posibilidades de placer erótico, situada en el contexto particular de las sociedades occidentales modernas. Hablando de su trabajo histórico, Foucault afirmaba que se trata de analizar: "... las prácticas por las que los individuos se vieron llevados a prestarse atención a ellos mismos, a descubrirse, a reconocerse y a declararse como sujetos de deseo, haciendo jugar entre unos y otros una determinada relación que les permita descubrir en el deseo la verdad de su ser, sea natural o caída" (Foucault 1988: 35).

³ Lo que aquí presento nace de mi experiencia en investigación cualitativa sobre algunos aspectos de la construcción social de la sexualidad y el género en la diversidad cultural de México. Los datos de campo provienen de entrevistas en profundidad (Amuchástegui 2001), y entrevistas autobiográficas narrativas, con hombres de 15 a 29 años, residentes en comunidades rurales y urbanas de México, realizadas entre 1994 y 2000.

⁴ Uso el término apropiación como traducción de "entitlement", para denominar el proceso subjetivo a través del cual las personas reconocen y se autorizan para disponer de sus cuerpos, su sexualidad y reproducción, y de cómo logran exigir las condiciones sociales, económicas e institucionales para el ejercicio de los derechos.

Desde el punto de vista de la subjetividad, en virtud del orden social de género, el proceso de reconocimiento de los derechos sexuales es diferente para hombres y mujeres pues, a pesar de que podemos reconocer el deseo y el placer sexual como posibilidades universales de los cuerpos, las condiciones para su ejercicio se apoyan en desigualdades fundantes tanto de subjetividades como de estructuras sociales.

CIUDADANÍA, RESPONSABILIDAD Y DERECHOS SEXUALES

Actualmente, el concepto de ciudadanía referido a sexualidad y reproducción es motivo de un intenso debate, especialmente en cuanto al papel del Estado en los derechos sexuales, dado que se refieren al ejercicio de la libertad en la intimidad y la privacidad. En ese sentido, bajo una visión de los derechos sexuales como derechos humanos, la labor del Estado consistiría en garantizar, para todos los ciudadanos, las 'mejores condiciones posibles' para el ejercicio del deseo, el placer y la reproducción, las cuales incluirían el bienestar social, la seguridad personal y la libertad política (Petchesky 2000; Corrêa y Petchesky 2001).

Debido a la posición de desventaja de las mujeres en el orden de género, al feminismo le ha interesado conocer el proceso por el cual nos autorizamos a decidir sobre nuestros cuerpos y su reproducción, y llevamos a cabo estrategias de ejercicio y defensa. Pero en el caso de los hombres el problema puede ser aun más complejo porque, además de que es importante la autodeterminación, es igualmente relevante el proceso por el cual ellos pueden reconocer a otras/os como sujetos de derecho.

Según Jelin (1996) es frecuente olvidar que la ciudadanía incluye no solamente derechos sino también responsabilidades y deberes de los ciudadanos. Sin embargo, cuando se trata de hablar del papel de los hombres en el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos, es imprescindible abordar el problema desde ambas perspectivas.

Como sabemos, en la actualidad existe un intenso debate sobre la posibilidad de construir una noción de derechos reproductivos de los hombres. Desde aquellos que niegan que los derechos reproductivos sean una característica o posible prerrogativa de los varones (Azeredo y Stolcke 1991) hasta quienes proponen que tienen tantos derechos como las mujeres (Figuroa 2001:157).

Esta polémica está lejos de resolverse, y no es mi intención proponer una solución al respecto, debido a la complejidad del asunto. Pero comparto con Figuroa (2001) y con De Keijzer (1999) la necesidad de discutir por el momento, más que los contenidos específicos de tales derechos, las condiciones de posibilidad del ejercicio del derecho, incluyendo los procesos que constituyen ciertas formas de experiencia masculina en torno a la procreación, determinadas por modelos de masculinidad que dificultan la apropiación de sí mismos como sujetos reproductivos en interacción con las mujeres, y que facilitan la desigualdad.

Me parece que la ambigüedad respecto de los derechos sexuales es aun mayor. Es conocida la defensa de los derechos sexuales por parte de los movimientos homosexuales y lésbicos, a partir de la experiencia del homoerotismo y las consecuencias indesea-

bles de la homofobia⁵. Pero poco se ha dicho sobre los procesos que intervienen en la autodeterminación en materia sexual y las responsabilidades que conlleva, por parte de hombres cuya orientación es primordialmente heterosexual, probablemente porque el tema lleva a discusiones éticas muy complejas.

En lo personal, me parece que para acercarnos al problema es imprescindible separar conceptualmente sexualidad de reproducción porque ni fisiológica ni históricamente significan lo mismo. Mientras que las posibilidades eróticas de los cuerpos femeninos y masculinos son infinitas por igual, su posición en la reproducción no puede equipararse mecánicamente. El hecho de que el embarazo y el parto se verifiquen en el cuerpo de las mujeres produce experiencias necesariamente diferentes, argumento por el cual algunas feministas afirman que la situación y los riesgos de las mujeres en la procreación nunca podrán ser equivalentes a los de los varones (Corrêa y Petchesky 2001) y que por tanto es fundamental defender los derechos reproductivos de aquéllas.

Estas diferencias sexuales son utilizadas para construir un orden de género que naturaliza procesos sociales y culturales, como son las habilidades para la crianza y el afecto por los hijos. El resultado es el reforzamiento de la división sexual del trabajo, que funciona como prolongación innecesaria de las diferencias biológicas en la procreación. En lugar de reconocer que los miembros de esta relación dependen mutuamente, la dependencia de las mujeres es mucho más pronunciada, debido precisamente a su lugar en la asimetría de género.

Izquierdo (1998) abunda en este punto: “De lo que estoy hablando es de ese sobreañadido de dependencia, dominación y condicionamiento que tiene carácter asimétrico, que carece de reciprocidad, que no se justifica por la dependencia vital a la que estamos sometidos todos los seres humanos los unos respecto de los otros, sino que se trata de una dependencia en la desigualdad y por ello arbitraria. Construida socialmente y por ello socialmente evitable” (Izquierdo 1998:114)⁶.

Desde el punto de vista masculino, bajo el paradigma moderno del *hombre autónomo*, la necesidad que los hombres tienen de las mujeres en la actual división sexual y emocional del trabajo, no se reconoce. Seidler (2000) discute la cuestión de la responsabilidad de los hombres precisamente a la luz de esta división: “Con frecuencia, el hombre asume con poca responsabilidad su vida personal, en parte porque su madre primero, y después su compañera, la han tomado por él. Podemos estar tan acostumbrados a que alguien satisfaga esas necesidades *por nosotros* que creemos que se trata de un derecho y no de un elemento en una relación de poder y subordinación determinada por el géne-

⁵ También este concepto ha sido difundido gracias a las contribuciones feministas, reflejadas en la Plataforma de Acción de la Conferencia de Beijing, en la cual queda explícito como un derecho humano el derecho de las mujeres: “... a tener el control y decidir libre y responsablemente en cuestiones relacionadas con su sexualidad, incluyendo su salud sexual y reproductiva, libres de coerción, discriminación y violencia. Relaciones equitativas entre mujeres y hombres en materia de relaciones sexuales y reproducción, incluyendo el respeto total a la integridad de la persona, requieren respeto mutuo, consenso y responsabilidad compartida sobre el comportamiento sexual y sus consecuencias” (citado por Petchesky 2000:85).

⁶ Hay quienes consideran que, en virtud de las políticas económicas neoliberales, la división sexual del trabajo se está transformando de raíz. Sin embargo, en México la inclusión creciente de las mujeres en el mercado de trabajo remunerado no ha significado *per se* y para todas una transformación de las relaciones de poder al interior de las parejas y las familias.

ro... Con frecuencia esto es una racionalización del hecho de que los hombres nunca han aprendido a comunicar sus necesidades personales y emocionales y, temerosos del rechazo, nunca aprenden cómo asumir responsabilidad por sí mismos” (cursiva en el original, Seidler 2000:178).

De todo lo anterior se desprende que, en el caso de los posibles derechos sexuales de los hombres, es fundamental no perder de vista el contexto de la desigualdad de género ni tampoco de los efectos del mismo en la experiencia de los varones⁷. Es decir, no es posible hablar de derechos sin hablar de responsabilidades y del tipo de vínculos intersubjetivos que se requieren para el establecimiento de relaciones democráticas.

AUTONOMÍA, RESPONSABILIDAD Y RELACIONES SEXUALES

Uno de los pilares de la construcción de sujetos de derechos sexuales es supuestamente la adquisición de autonomía, pero el concepto no es de ningún modo monolítico o inequívoco. Por ejemplo, en el caso de las investigaciones que hoy comparto con ustedes, la autonomía es un valor muy apreciado por los hombres entrevistados, aunque no significa lo mismo para todos. Por ejemplo, el matrimonio y la paternidad no siempre son la expresión del deseo de los jóvenes entrevistados, sino el cumplimiento de una necesidad material o de una expectativa social, de modo que aquí la autonomía, cuando menos en cuanto al reconocimiento del deseo, es más bien relativa. Por ejemplo, Sebastián de 25 años, un pescador indígena de la isla de Janitzio, ofrece sus razones para contraer matrimonio: “... y ahí empecé yo a andar de noviazgo con ella y como en esos tiempos mi mamá bebía mucho, tomaba mucho el alcohol, dije ‘no, pues en mi casa no hay quien le ayude a mi papá, no hay quien le ayude a mis hermanos’ yo empecé a sentirme mal. Dije ‘a lo mejor me caso’ y ya le comenté a ella, me dijo ‘no, pues no sé’, pero tuvimos una oportunidad y le dije ‘bueno, si quieres, si no ya ni modo. O sea que yo me quiero casar porque la verdad tengo un problema’. Ya le comenté todo el problema que teníamos nosotros en la casa y sí aceptó casarse conmigo”.

En este fragmento, Sebastián no arguye ninguna otra razón para el matrimonio que la necesidad de trabajo doméstico gratuito para su familia y su posibilidad de conseguirlo a través de una esposa. Esta expresión ilustra dramáticamente la importancia de la división sexual del trabajo como trasfondo de las relaciones entre hombres y mujeres, y nos hace preguntarnos qué razones tendría la joven para aceptar un ofrecimiento en el que aparentemente ella pierde tanto. Pero es posible que, si bien Sebastián no lo construye así, las imágenes Mujer y Hombre, pilares del género y por tanto normativas, están ligadas directamente a tal división sexual del trabajo, de modo que influyen, aunque no de forma mecánica, en la construcción del deseo (Izquierdo 1998). Es interesante notar que, a pesar de que Sebastián explica la necesidad que tiene de una esposa, no reconoce su dependencia

⁷ El ejemplo más importante al respecto es la homofobia y el resultante terror de muchos hombres frente a sus deseos homosexuales, lo cual es principalmente un efecto del género (Nuñez 1999).

del trabajo de ella, invisibilizando la desigualdad que marca este supuesto contrato. Sospecho que es una cierta construcción social de la masculinidad y de las relaciones de género lo que permite a Sebastián mantener la ilusión acerca de su total autonomía.

No sólo el sentido común sostiene tal ilusión, sino que también en algunas aproximaciones psicológicas y psicoanalíticas de la adolescencia, por un lado, y en la doctrina liberal del derecho⁸, por otro, la autonomía se refiere a la soberanía del individuo para tomar sus propias decisiones sin la intervención de otros. Es una visión del individuo como unitario y racional, y una idea de la libertad como independencia de la voluntad de otros, como separación de otros. Al negar la responsabilidad mutua que tenemos sobre nuestras respectivas vidas, impedimos precisamente cualquier posibilidad de acción responsable. En esta concepción se desconoce tanto el papel del otro como de la colectividad en la construcción de la propia identidad o, como dice Voloshinov de forma poética, no se asume que el sí mismo [self] es siempre un regalo del otro (Voloshinov 1929/1973). "...este ideal autónomo tiende a restringirse a los grupos dominantes de la sociedad; el resto no cuenta con este lujo, ni siquiera de poder escoger quién o qué ser. Y... aun los grupos dominantes viven una mentira: su autonomía yace en su poder para construir *otros* no autónomos. Aun ellos dependen de estos *otros*, sin quienes su autonomía ilusoria se desvanecería" (Sampson 1994: 166).

Heredada de la Ilustración y reforzada por la necesidad de asimilación de los grupos en la sociedad norteamericana, tal concepción, que se ha universalizado y naturalizado, responde en realidad a un particular punto de vista: una cierta perspectiva masculina, blanca y de clase media, a pesar de su pretensión de neutralidad e imparcialidad. En este enfoque, los otros son percibidos como potenciales amenazas de la libertad o la integridad de los individuos, sentando así las bases para una relación negativa entre la persona y *el otro*, y dificultando precisamente la construcción de un vínculo dialógico en el que se reconozca la participación de sí mismo y del otro en la construcción de una realidad compartida.

1. Género, responsabilidad y autonomía

El primer gran otro en occidente es precisamente La Mujer, y todo polo masculino del orden de género comparte esta necesidad de diferenciación radical con lo femenino, definido desde su particular punto de vista⁹. Se trata de una imagen del individuo que tiene su condición en el monologismo, es decir, en la supresión del otro a través de construirlo en virtud de los propios intereses.

De este modo, la voz de lo femenino y de las mujeres ha sido excluida de esa construcción. En el caso de los participantes, aunque en virtud de su identidad étnica, su

⁸ La concepción moderna de ciudadanía (especialmente en cuanto a derechos políticos) está basada precisamente en tal definición de las personas. Es evidente que esta es la noción que subyace a la democracia formal, la cual opera principalmente en los países centrales de occidente y que ha sufrido un proceso de globalización junto con otros aspectos económicos y culturales. Sin embargo, existe un profundo debate entre una visión colectivista e individualista de la ciudadanía, el cual ha nutrido considerablemente los desarrollos teóricos y prácticos sobre derechos humanos, y las legislaciones y políticas públicas que se derivan de ellos (Ortiz 1999).

⁹ Aún en la construcción de otros *otros*, el género ha tenido injerencia, como es el caso del *homosexual*.

pobreza o su edad, ellos mismos han sido construidos como *otros* para quienes ejercen poder sobre ellos, la mayoría participan en sostener la dicotomía del orden de género, gracias a su posición de relativo privilegio en ella.

Para ilustrar este punto hablaré de dos conceptos surgidos del material de campo: la construcción del impulso sexual masculino como perentorio e incontrolable, y la experiencia de distancia de los hombres frente a la procreación, que me permiten comprender algunas dificultades de los hombres para entablar relaciones equitativas y/o dialógicas con sus compañeras sexuales.

2. El impulso sexual masculino: perentoriedad y desempeño

A partir de las conversaciones se puede interpretar que es naturaleza del Hombre ser un sujeto de deseo sexual; que una supuesta condición intrínseca de la masculinidad impulsa al Hombre hacia la actividad sexual. La mujer, en contraste, no posee esta "llamada de la naturaleza". Es simplemente una parte de la evolución fisiológica lo que lleva a los hombres a experimentar el deseo que, además, invariablemente sería heterosexual. Este concepto evolucionista está claramente plasmado en el siguiente fragmento de la plática con Guillermo, un empleado de 25 años de Guanajuato, quien se ha casado dos veces y tiene tres hijos: "Investigadora: ¿cómo hacían allá en el rancho los muchachos para poder empezar su vida sexual? *Guillermo: ¡Ah!, pus, se venían [a la ciudad] y como le digo, buscaban una mujer, ya de tiempo, ya cuando uno es grande, entonces ... ya se le antoja una mujer y venían y buscaban una mujer ... veníamos, veníamos y buscábamos una mujer...*".

En este relato podemos inferir que, para Guillermo, la urgencia sexual masculina es una condición natural que, por serlo, escapa a su voluntad. El impulso sexual es construido como un mandato corporal ante el cual el individuo no puede más que buscar su satisfacción. Esta es una de las concepciones que, a mi parecer, dificultan que los hombres se hagan cargo de las consecuencias de sus necesidades sexuales y, menos aún, de reconocer las necesidades de otros u otras.

Es común que en los escritos feministas se afirme que los hombres son más libres de expresar su sexualidad que las mujeres, pero para mi gusto falta una cierta comprensión de la experiencia masculina. La construcción de la actividad sexual de los hombres como indicador de su masculinidad los pone en realidad en una situación insostenible, es decir, en la paradoja de tener que desear lo que es imprescindible desear en virtud del género. En este contexto, el acceso y el reconocimiento del propio deseo son sumamente difíciles.

Algunos participantes relatan cómo la construcción social de la masculinidad, actuada por sus pares o inclusive por su propia exigencia, los orilló a situaciones más bien alejadas de su deseo. Saúl, un albañil de 28 años de las áreas rurales de Guanajuato, narra en estos términos su primera experiencia coital heterosexual: "*Saúl: ...me echaron a las muchachas, nos echaron a las muchachas en el suelo, en un petatillo por ahí ... En lo oscuro, y yo no sabía ni qué y luego yo encima. ¡no!, pues hasta la apachurro. Dice 'me estás apachurrando, no, no es por ahí'. ¡Ah caray!, yo bien apenado. '¿Sabes qué? Es por acá, más abajito, acomódate bien, mira, así y así', una poquilla instrucción. Ellas por su dinero. Pues ya lo demás, poquito a poco, pero yo me sentí incómodo, me sentí muy incómodo. Entrevistadora: ¿Y por qué lo hizo? Saúl: Pues nada más por pre-*

siones, por ir por presiones de los demás. Dicen 'órale, te toca tu primera comunión' y ya están ahí en la puerta. Uno no se siente bien así, como dice una tía de Celaya, se siente uno bien cohibido, ni gozarla, simplemente se da uno un pasón y sale uno".

En este fragmento, Saúl relata su primera experiencia coital como el resultado de un proceso en el que nada tuvo que ver su deseo y mucho los vínculos homosociales dentro de los cuales era fundamental demostrar su masculinidad a través del desempeño sexual. Para mi gusto, esta situación dificulta considerablemente que los hombres puedan reconocer su deseo, con lo cual su supuesta autonomía queda en entredicho por el orden de género.

En consonancia con la dicotomía activo/pasivo atribuida a lo masculino y lo femenino, algunos participantes consideraron necesario preservar la imagen de sus compañeras sexuales, lo cual indica que, aunque en los hechos ellas mostraran su deseo, no deben ser vistas como sujetos deseantes. En el siguiente fragmento, Jesús, un estudiante profesional de 20 años, residente en la ciudad de México, narra el proceso que lo llevó a su primera relación coital con su novia: "Jesús: ... recuerdo que ... todo eso ... salía espontáneamente porque ya sea de su parte o de mi parte, sacábamos el tema ... recuerdo que me decía que ella me quería dar una prueba de amor y me dijo, 'oyes para ti, ¿cuál será la prueba de amor?, para demostrarte que te amo y todo ..., 'yo en ningún momento le dije, '¿sabes qué?, pues dame tu prueba de amor o ten una relación', no, sino que ella me dijo 'oyes ¿tú estarías dispuesto a todo?' y dice 'a tener relaciones sexuales ...' Pues, no sé, o no es porque yo me lo propusiera, sino que fue una simple pregunta y yo le dije 'pues sí', no por aprovechar el momento, pero ... yo no estaba muy ... clavado en tener relaciones sexuales, sino que fue algo que surgió casi a ... a sugerencia de ella. Perdón, o sea, no fue tanto a sugerencia de ella, sino que, como le digo que sacábamos los dos el tema y tal vez ... pues me quería sentir a gusto con ella".

Es interesante que Jesús parece disculpar a su compañera sexual por su abierta proposición. De hecho, presenta la voz de ella como si no expresara deseo alguno, sino sólo obligación sexual con el fin de comprobar un sentimiento más elevado, el amor, que más bien la redimiría de su actitud activa. Así, la joven es descrita por Jesús como un objeto de su supuesto deseo sexual, aunque él ni siquiera lo haya manifestado.

Finalmente, otros participantes cuestionan la exclusividad masculina del deseo y construyen a algunas mujeres como sujetos de deseo y placer. Mario, un artesano rural de diez y ocho años, relata así su primera experiencia coital, ocurrida durante la secundaria: "Mario: Cuando pusieron ahí el condón [en una clase] y algunos otros videos, le digo a la chava, '¿a poco sí servirá éste?', como nos habían hablado del condón y la chava dice 'pues vamos a usarlo', 'puro relajó', le digo yo. Nunca se rajaban ellas y uno tampoco, ¿no? 'Pues vamos, vamos pa'l cerro y lo usamos [risa] para empezar a aprender'. Entrevistador: ¿Nunca habían tenido relaciones? Mario: Yo no, quién sabe ella. Yo no. Y creo que sí funcionó el preservativo porque ya desde ahí con las otras amigas ... ninguna se embarazó".

En este fragmento, Mario describe a su compañera sexual como un sujeto en igualdad de condiciones que él. Según su historia, no sólo ella toma la iniciativa para tener relaciones sexuales, sino que da por sentado el uso del condón, en lo cual ambos están de acuerdo. La mujer está aquí construida como sujeto de deseo y práctica sexuales, tanto como el propio Mario.

LA EXPERIENCIA DE DISTANCIA FRENTE A LA PROCREACIÓN: DESIGUALDAD Y DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

Distinto es el caso cuando interviene la posibilidad de procreación, pues los entrevistados diferencian radicalmente las consecuencias que las relaciones coitales tienen para las mujeres y para los hombres. No sólo eso, sino que en esta situación, sí apelan a su posición de ventaja en las relaciones de género, en el sentido de que se adjudican la posibilidad de optar o no por la paternidad, lo cual parece vedado para las mujeres. El propio Mario, que expresa sin reparos esa equidad sexual con sus compañeras, especula sobre su reacción ante un embarazo no planeado por él: *“Estas relaciones se llevaron así, fueron relaciones nada más como de amigos así. Siempre la chava decía ‘si pasa algo tú vas a ser responsable’, pus yo le decía ‘pus sí’, nada más para que me diera chance ¿no? Pero imagínate si llegara a pasar algo, quién sabe qué diría yo estando ahí, ‘no, pues hazle como puedas’ (risa). No sé, no sé ni qué le diría a la chava, pero pus como siempre usaba el preservativo, pus ya, no pasaba nada”*.

En este ejemplo Mario admite no sólo que utilizó la promesa de asumir su paternidad como estrategia para conseguir relaciones sexuales, sino que dada esa situación, él tendría la posibilidad de evadirla recurriendo a la imposibilidad de la mujer de demostrar su participación en el embarazo. Aunque Mario reconoce que esta maniobra sería injusta, otros participantes ni siquiera lo consideran. Por ejemplo, Sebastián se ufana del modo en que varias de sus parejas sexuales lo eximieron explícitamente de su responsabilidad sobre el producto de sus encuentros: *“Yo le dije ‘¿qué harías si te embarazas?’ y me dice ‘yo lo dejo crecer, yo quiero tener un hijo tuyo’, ‘pero ¿por qué si ni me conoces?’. ‘Pero es que te he visto tocando [en la banda] y te estoy persiguiendo, me gustas y me gustaría tener un hijo tuyo. Por eso hice la relación sexual contigo, para poder tener un hijo. Nomás yo lo quiero tener para mí, no te voy a meter en problemas, no te voy a amenazar ni te voy a chantajear, nomás quiero tener tu hijo’. Pero no sabría decirle si se embarazó o no. No tenía mucho tiempo que tuvimos relaciones sexuales y yo no sabría decirle si era mío o de otro o era de su novio ¿no?...”*

En este ejemplo es notoria la ansiedad que produce la distancia física de los hombres frente al evento del embarazo, en el sentido de que, en la experiencia de Sebastián, su pareja tiene la prerrogativa de continuar con la gestación y tener un hijo que él no deseaba. Sin embargo, su reacción frente a esta propuesta es ambivalente: si bien se manifiesta aliviado por la exención de la responsabilidad, también deja ver un cierto orgullo de comprobar su posibilidad de engendrar. En ese sentido, para Sebastián —y seguramente para muchos jóvenes— el deseo de engendrar no coincide con el deseo de un hijo, y es el orden de género y la dicotomía paternidad/maternidad, lo que permiten que Sebastián no se haga cargo de prevenir un embarazo. Esto es innecesario, ya que tiene la posibilidad de rechazar el producto de su encuentro gracias a que las mujeres asumen su lugar en la división sexual del trabajo. Es como si esa distancia biológica se viera agudizada por el significado social que se le da a su participación en la reproducción, la cual consiste en depositar en las mujeres tanto la procreación como su prevención. Es como si el semen, una vez arrojado fuera de su cuerpo, no tuviera ninguna relación con ellos. Un ejemplo contundente lo ofrece también Sebastián, quien cita la voz de sus parejas sexuales: *“yo acato las consecuencias, pero no sé si será por suerte*

o qué, porque la verdad yo no les decía nada, 'que no quiero que me involucren', no, yo les decía 'yo acato las consecuencias' y ellas me decían 'no quiero que estés obligado hacia mí'. Nadie me dijo 'si me pasa algo ¿tú vas a responder?'. No, nada, yo era el que me ofrecía a ayudarlas, ellas son las que me decían 'no, yo quiero que tú sigas adelante'. Nadie me decía eso ni antes de que fuera casado. Después fui casado y también me dijeron eso y me conmovió bien, yo quisiera que todas fueran así, ¿no? Pero hay unas que se me van a poner en el cuello, me van a atorar, 'ora sí quiero que me cumplas'. Pero pues no conocí a ninguna de esas, no sé si más adelante".

Sebastián no tiene empacho en imaginar el mejor de los mundos posibles al decir *yo quisiera que todas fueran así*, cuando *así* significa que las mujeres asumieran total y gozosamente las consecuencias de las relaciones sexuales y eximieran completamente a los hombres tanto de la responsabilidad de prevenir un embarazo no planeado como de reconocer la paternidad. Aun más, al desear la homogeneidad de las mujeres, Sebastián expresa su incomodidad frente a la diversidad de demandas que como sujetos podrían hacerle a él. En breve, aunque admite que su cometido es imposible, Sebastián anhela poder construir monológicamente a las mujeres, es decir, como *otros* en función de su propio deseo.

DEMOCRACIA Y RELACIONES ÍNTIMAS: LA LIBERTAD COMPARTIDA

Espero con estos ejemplos haber mostrado algunas de las dificultades de los hombres tanto para apropiarse de su deseo y de su capacidad reproductiva, como para reconocer a las mujeres como sujetos de autodeterminación. Aunque con matices propios de las culturas mexicanas, esta construcción social de la masculinidad es monológica en el sentido de que construye *otros* –principalmente *otras*– en función de sí misma.

Para la construcción de relaciones íntimas democráticas es fundamental el reconocimiento de sí y de la otra como sujetos con posibilidad de decisión, pero siempre en el marco de la mutua dependencia y de las limitaciones que impone la realidad. El orden de género hace muy difícil, en primer lugar, la apropiación de aspectos de sí mismos que los hombres viven como amenazantes de una identidad masculina, como pueden ser por un lado las emociones y sentimientos –calificados como femeninos– (Seidler 2000), y por otro los deseos, prácticas y aspiraciones que no concuerdan con el falocentrismo heterosexual reproductivo. En ese sentido, los hombres también pueden sentirse ajenos a sí mismos.

Esta distancia de sí, que desde la perspectiva psicoanalítica es condición de estructuración del sujeto, se magnifica en nuestra cultura por las relaciones de poder cuyo ejemplo es el género. En consecuencia, la distancia respecto al propio deseo y a las propias emociones produce necesariamente una incapacidad de reconocer al otro u otra como sujeto, y al vínculo inevitable que nos une.

Para concluir este trabajo, retomo pues las ideas de Sampson: “Lo que necesitamos... es construir un significado de la libertad basado en unidades colectivas, en el individuo-junto-con-otro. Compartimos una responsabilidad colectiva mutua, ninguno de nosotros puede estar solo. Ambos somos libres solamente en la medida en que podamos colaborar para definir quiénes y qué somos, y quién y qué seremos” (Sampson 1994: 168).

Bibliografía

- Amuchástegui, Ana (2001) *Virginidad e iniciación sexual en México: experiencias y significados*. EDAMEX/The Population Council. México.
- Azeredo, Sandra y Stolcke, Verena (1991) *Direitos reprodutivos*. Fundação Carlos Chagas. Brasil.
- Côrrea, Sonia y Petchesky, Ros (2001) "Los derechos reproductivos y sexuales: una perspectiva feminista". En Figueroa Perea, Juan Guillermo (coord.) *Elementos para un análisis ético de la reproducción*. Porrúa/PUIS/PUEG, México.
- De Keijzer, Benno (1999) 'Los derechos sexuales y reproductivos desde la dimensión de la masculinidad'. En Figueroa, Beatriz (coord.) *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos* El Colegio de México y Sociedad Mexicana de Demografía. México.
- Figueroa, Juan Guillermo (2001) "Varones, reproducción y derechos: ¿podemos combinar estos términos?". En *Desacatos. Revista de Antropología Social*, N° 6.
- Foucault, Michel (1988) *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*. Siglo XXI, 3ª ed., México.
- Jelin, Elizabeth (1996) 'Citizenship Revisited: Solidarity, Responsibility and Rights'. En Jelin, Elizabeth y Hershberg, Eric (eds.) *Constructing Democracy. Human Rights, Citizenship and Society in Latin America*. Westview Press. California.
- Izquierdo, Ma. Jesús (1998) *El malestar en la desigualdad*. Cátedra. Madrid, España.
- Núñez, Guillermo (1999) *Sexo ente varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. Porrúa/UNAM. México.
- Ortiz Ortega, Adriana (1999) "Introducción". En Ortiz Ortega, Adriana (coord.) *Derechos reproductivos de las mujeres. Un debate sobre justicia social en México*. UAM/EDAMEX. México.
- Petchesky, Ros (2000) "Sexual Rights: Inventing a Concept, Mapping an International Practice". En Parker, Richard; Barbosa, Regina Maria y Aggleton, Peter (eds.) *Framing the Sexual Subject. The Politics of Gender, Power and Sexuality*. University of California Press. California.
- Rodríguez, Gabriela; Amuchástegui, Ana; Rivas, Marta y Bronfman, Mario (1995) "Mitos y dilemas de los jóvenes en tiempos del SIDA". En Bronfman, Mario (ed.) *SIDA en México. Migración, adolescencia y género*. Información Profesional Especializada. México.
- Rodríguez, Gabriela y De Keizjer, Benno (2002) *La noche se hizo para los hombres. Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinas y campesinos*. The Population Council/EDAMEX. México.
- Sampson, Edward (1994) *Celebrating the other. A Dialogic Account of Human Nature*. Harvester Wheatsheaf, NY.
- Seidler, Victor (2000) *La sinrazón de los hombres. Masculinidad y teoría social*. Paidós/PUEG/UNAM. México.
- Voloshinov, Valentin (1929/1973) *Marxism and the Philosophy of Language*, Matejka, L y Titunik, R (trads.). Harvard University Press, Cambridge, MA.

INICIACIÓN JUVENIL Y SALUD REPRODUCTIVA ENTRE ADOLESCENTES EN OAXACA DE JUÁREZ, MÉXICO

Matthew C. Gutmann¹

A la memoria del poeta chileno Ricardo Yamal

I. INTRODUCCIÓN

La sexualidad y salud reproductiva de los varones adolescentes presenta, evidentemente, características particulares que derivan directamente de la etapa de vida en que se encuentran: la juventud². Entre estas particularidades la cuestión de la ‘iniciación’ a la vida sexual de estos jóvenes se vuelve una de las más significativas³. Esta ponencia trata sobre las iniciaciones, pero más que en los primeros pasos sexuales, trata con la iniciación a la falta de opciones que enfrentan los jóvenes –hombres y mujeres– en cuanto a sus posibilidades sexuales. En otras palabras, sobre la iniciación sexual como un proceso de límites y restricciones psicosociales que se expresan, por ejemplo en una falta de opciones de métodos anticonceptivos para varones adolescentes. Estas restricciones derivan directamente de una *comprensión médica (y medicalizada) de la salud reproductiva y la sexualidad*, que inicia a los jóvenes en explicaciones biologicistas y “naturalistas” de sus impulsos, necesidades, satisfacciones, etc.

En este ensayo pretendo describir algunos elementos de esta comprensión social de la salud reproductiva y la sexualidad a partir de los límites y restricciones que enfrentan los jóvenes urbanos de la ciudad de Oaxaca, México. Es importante destacar que esta es una primera aproximación a los resultados del trabajo de campo de tipo etnográfico realizado con ellos entre julio de 2001 y julio de 2002. De ahí que este texto constituya al mismo tiempo una iniciación personal en tanto primer reporte de los resultados de dicha investigación, con la carencia y confusión propias de la primera etapa de agrupación de datos dispersos.

¹ Antropólogo, Doctor en Antropología Sociocultural y Profesor Asociado de Brown University.

² La Organización Mundial de Salud llama “adolescentes” a aquellos individuos con edades entre 10 y 19 años de edad, siendo los “jóvenes” aquellas personas entre 15 y 24 años de edad (PAHO 1998:74).

³ Sobre cuestiones de virginidad e iniciación sexual en México, se recomienda consultar el estudio de Amuchástegui (2001).

II. DE DICOTOMÍAS, POLARIDADES Y CONTINUOS

En el marco conceptual de los estudios de masculinidad, es posible encontrar una contradicción fundamental: mientras por un lado se busca describir y promover una diversidad de masculinidades y feminidades, no se puede evitar la presencia de dicotomías o polaridades, sean aquellas que proponen mundos masculinos y femeninos o las que, dentro de la misma masculinidad separan a los machos de los andrógenos, o a los varones tradicionales en un extremo y los nuevos hombres en el otro.

La pregunta que se abre es si estas distinciones, desde la más básica entre sexo y género, entre cuerpos y culturas, son tan útiles como presumíamos y esperábamos muchos estudiosos del tema. La separación entre cuerpos y mentes, de sexualidades esencialmente biológicas y géneros culturalmente restringidos se está volviendo altamente problemática. Aún en el campo de la biología, las ideas “sagradas” sobre sexo y sexualidad se enfrentan cada vez más a la demanda por nuevas formas de entender estos conceptos tan básicos. Anne Fausto-Sterling (2000), en un reciente estudio sobre la construcción de la sexualidad, ofrece pruebas de la existencia de al menos cinco sexos biológicos (hermafroditos, varones pseudohermafroditos, mujeres pseudohermafroditas, mujeres y varones). ¿Es posible entonces continuar confiando en el dimorfismo macho-hembra –distinción que se ha utilizado incluso para explicar las diferentes conductas de acoplamiento de las especies⁴– o es necesario reformular muchos prejuicios teóricos esenciales?

Diversos estudios de género han realizado esfuerzos por romper este tipo de pensamiento binario, pero el modelo da prueba de ser bastante resistente, y la división hombre-mujer continúa siendo la base de muchas investigaciones sobre género en América Latina. Esto se debe en gran medida a que la base conceptual de la noción de género se encuentra en la diferencia sexual física y por lo tanto en ella se basa también la manera en la cual la entendemos, debatimos, organizamos y actuamos en sociedades distintas en todas partes del mundo. Así, es posible encontrar un modelo paralelo en algunos estudios cuyo enfoque es la sexualidad entre hombres, los que también suelen usar dicotomías rígidas como aquella entre activo y pasivo que explica, entre otras cosas, por qué algunos hombres –los activos, penetradores– no se consideran homosexuales o gay⁵.

Esta misma tendencia a dicotomizar persiste en los estudios sobre hombres y masculinidades, a pesar del esfuerzo por suavizar, matizar, calificar y deconstruir; apoyada de modo fundamental por el hecho que entre los y las jóvenes la referencia al cuerpo es fundamental para distinguir lo que es ser mujer u hombre; sin importar la referencia particular –fuerza física, genitalidad, hombría– el cuerpo se constituye en el último punto de referencia.

El cuerpo es por tanto uno de los espacios por excelencia de expresión de la dicotomización genérica. Una muestra importante constituye aquella que relaciona virginidad y sexo, que adquiere significados diferentes y opuestos para hombres y mujeres adolescentes *como* hombres y mujeres. Más específicamente, si una joven pierde su

⁴ Con un dimorfismo más grande entre los gorilas, por ejemplo, supuestamente correspondiendo a tasas más bajas de “monogamia” entre ellos.

⁵ Para Richard Parker (1999, 2003) esta taxonomía puede ocultar así como revelar normas cambiantes y prácticas sexuales verdaderas y por tanto podemos aún aprender de ella. Véase también Lancaster (1998) y Núñez (1994, 2001).

virginidad, esto no implica –ni requiere– que experimente un orgasmo durante el acto: el hecho corporal relevante de la pérdida de la virginidad es el sangramiento, no el orgasmo⁶. En cambio, si un varón adolescente virgen penetra la vagina de la misma adolescente y no eyacula, ¿puede decirse que ha perdido su virginidad? Para muchos en América Latina la respuesta sería negativa, pues la pérdida de la virginidad masculina requiere del orgasmo y de la eyaculación.

Las implicancias de dichas distinciones conceptuales con respecto a las diferencias genéricas relacionadas a los hombres y las masculinidades varían dependiendo de factores como época histórica, región y clase. Si una adolescente pierde su virginidad antes de casarse puede recibir fuertes castigos legales o, por el contrario, puede pasar como algo sin mayor importancia. En el Brasil del siglo XIX, se consideraba, legalmente, que las jóvenes entre dieciseis y veintiún años de edad que tenían relaciones sexuales con hombres habían sido seducidas con falsas promesas de matrimonio no cumplidas por sus galanes. Si el sexo era con una adolescente menos de dieciseis años de edad se consideraba legalmente una violación (Beattie 2003). Sin duda esta historia es la misma en muchas partes del mundo, pero en América Latina estas leyes y restricciones culturales han formado parte integral de la comprensión de los adolescentes y sus masculinidades.

En un reciente estudio antropológico panorámico sobre hombres y masculinidades de varias culturas alrededor del mundo se describe la masculinidad Latinoamericana donde: “... un hombre debe probar su hombría todos los días haciendo frente a retos e insultos, aunque se dirija ‘sonriente’ a su propia muerte. Además de ser valiente y duro, de estar listo para defender el honor de su familia por cualquier motivo, el mexicano urbano (...) también debe desempeñarse adecuadamente en cuestiones sexuales y procrear muchos hijos” (Gilmore 1990:16).

Este es quizás uno de los retratos más corrientes de los hombres latinos aparecido en la literatura académica de los últimos años, en el cual la sexualidad y la violencia inherente del latino juegan un papel infame y no digno de celebración. Seguramente en este estudio los latinoamericanos representan un extremo –el machista– en el continuo de global de masculinidades mientras que los varones de Tahití ocupan el polo opuesto (y los anglosajones ocupan una tibia posición intermedia).

III. LOS SIGNIFICADOS DE LA INICIACIÓN JUVENIL

Los resultados que presentaré a continuación representan una exploración en profundidad de las identidades y prácticas asociadas hoy a las masculinidades de varias edades en Ciudad de México. Si bien la población objetivo eran varones (y mujeres) adultos, sus experiencias de adolescentes, y las historias de sus hijos e hijas conforman no sólo una parte complementaria en el conjunto del estudio, sino una importante ventana por la cual podemos entender el proceso de iniciación sexual, y como representa más que un acto particular en un momento dado.

⁶ Sobre la virginidad femenina en México, véase Amuchástegui (2001:329-44). En Chile, Olavarría (2001:49-50) ha estudiado la iniciación sexual masculina.

La población en estudio reside en Oaxaca, a quinientos kilómetros de la capital mexicana, una ciudad famosa por su belleza, sus sitios arqueológicos y sobre todo por la riqueza de sus costumbres, en particular por sus diversos grupos étnicos –zapotecos, mixtecos, mixes, chatinos, mazatecos, triquis y otros– que corresponden aproximadamente a la mitad de la población total (tres millones de personas) del estado de Oaxaca.

El eje principal del estudio eran las negociaciones sobre la salud reproductiva masculina, especialmente negociaciones con la pareja y con compañeros y familiares masculinos, por lo que el grueso de la investigación se realizó en dos clínicas donde ofrecen servicios de vasectomía⁷, la clínica estatal para pacientes seropositivos o con SIDA y el Jardín Etnobotánico de Santo Domingo, lugar donde yo trabajaba como peón junto a un grupo de veinte a veinticinco hombres, haciendo hoyos, regando las plantas y hablando de la salud reproductiva y sexualidad en Oaxaca. Mientras en las clínicas el tema de métodos anticonceptivos y sexualidad era aproximable de manera más eficiente y directa, en el Jardín podía aprender en un ambiente más cotidiano y en el transcurso del trabajo diario de un grupo de hombres originarios de diversas partes del estado de Oaxaca.

El principal interés del estudio era la participación de los hombres en la planificación familiar a través de su trayectoria sexual (o sea, a través de los años)⁸. En particular me ha interesado la falta de métodos anticonceptivos temporales para hombres, la apertura a (o al menos el conocimiento de su existencia) la homosexualidad y la bisexualidad, y, en el caso de Oaxaca, los mitos y realidades de dos factores socioculturales en la vida sexual de los adolescentes: primero, la migración hacia El Norte, y la relación entre transnacionalismo y sexualidad, y segundo, la cultura de la sexualidad oaxaqueña, sobre todo la del Istmo de Tehuantepec y su influencia en el estado.

1. Impulsos adolescentes ¿primordiales?

En Oaxaca, al igual que en otros lugares, se dice que entre la niñez y la adultez se encuentra una etapa biológica de la adolescencia; es la etapa natural y por la que pasan todos los jóvenes del mundo donde se vuelven incapaces de manejar sus impulsos y pasiones primordiales y, por lo tanto, es la sociedad quien debe imponer controles sobre los jóvenes.

En el Jardín Etnobotánico de Oaxaca, que se encuentra al lado de la famosa catedral de Santo Domingo de Guzmán, trabaja un joven apodado Chaquetas (o a veces Chaquete). Chaquetear en México quiere decir masturbarse y los demás trabajadores del Jardín llaman así a Artemio no porque lo hayan encontrado alguna vez en el acto flagrante bajo un nopal o porque no tiene novia (sí la tiene) sino simplemente porque es todavía un joven soltero. Es decir, si eres adolescente soltero y varón los demás hombres dan por sentado que te masturbas mucho, evidente, así son todos los jóvenes. (Cabe decir que nunca he escuchado a nadie refiriéndose a una muchacha que se masturba mucho, ni mucho menos el uso de un sobrenombre similar para una joven).

⁷ Para un estudio pionero sobre esterilización masculina en Colombia, véase Viveros 2002, capítulo VII.

⁸ Si bien en el caso de los adolescentes, salvo casos de abuso sexual o sexualidad infantil inconsciente, no estamos hablando de una trayectoria muy extensa, sus experiencias constituyen las primeras muestras del aprendizaje y comportamiento sexual con las y los demás.

Artemio –Chaquetas– es del pueblo de Santo Domingo Morelos Pochutla en la costa pacífica de Oaxaca. Cuando llegó a Oaxaca en 1998 hablaba poco español pues es chatinohablante y hasta la fecha sus compañeros de trabajo se burlan de eso y cuentan la historia de cuando lo mandaban a buscar una pala y él regresaba con una barreta pues no entendía aún los nombres en castellano. También se comenta que Artemio toma demasiado alcohol, y en vez de pasar por esta experiencia propia de la adolescencia parece que se ha vuelto un alcohólico joven. Pero el apodo se lo ganó por la masturbación, hecho que parece tener mucho menos que ver con Artemio como individuo, que con su estatus de varón adolescente: “*Tienen la leche guardada*”, me dijo Toño, y por eso los adolescentes a fuerzas tienen que sacarla por lo menos dos veces al día.

Es notable que el énfasis se encuentre en la masturbación y no en que los jóvenes solteros –por la misma razón dada por Toño– sean mujeriegos. Sorprende pues no es la primera vez que he encontrado esta asociación, en una investigación anterior en Ciudad de México alguien dijo: “*‘Sabes lo que decimos sobre los solteros, ¿o no?’ Me preguntó Marcelo, un amigo en la colonia Santo Domingo, en la capital mexicana. ‘Los solteros son chaqueteros’ y ‘no le aprietes el cuello al ganso’*” (Gutmann 2000:209).

En otro momento, una amiga, la abuelita Ángela, me enseñó que ella y sus hermanas se referían a un sobrino soltero adolescente como quien “*le jala la cabeza al gallo*”. Esos, se dice, son los usos y costumbres sexuales en la vida de los adolescentes varones.

Claramente es mucho más romántica la imagen de un mujeriego que la de un hombre que se masturba, sin embargo, esta última es una descripción infinitamente más exacta de la vida sexual de la mayoría de los hombres solteros de Oaxaca y México que las descripciones de los jóvenes como rapaces siempre al acecho de la conquista de muchachas.

De otra manera Roberto, quien repara tubos de escape en la capital mexicana, contó como junto a su esposa han considerado importante instruir sobre la masturbación a sus tres hijos varones para que aprendan a considerarla como parte de una etapa de transición y como una buena forma de controlar el “estrés” (Gutmann 2000:210).

Encontramos así que parte del sentido común respecto de la adolescencia incorpora las experiencias de auto-placer para los varones, una especie de culto a la masturbación varonil y viril, que deriva de la existencia –supuesta– de una esencia masculina referida a los impulsos naturales. En otras palabras, la promoción popular del apego masculino adolescente a la masturbación tiene raíces en la naturaleza, en la biología humana finalmente, de la que deriva la versión medicalizada –o de quienes cuidan de nuestra biología– donde la masturbación adolescente de los varones implica una apertura sana y segura, una exploración normal en el proceso de adaptación al mundo sexual como verdaderos hombres del mundo moderno, como plantea Hector Carrillo: “Con respecto a la masturbación adolescente, la influencia principal (...) parece ser la percepción generalizada que aceptar dicha práctica indica modernidad y una respuesta apropiada en contra de tradiciones morales ya de otra época” (Carrillo 2002:171).

2. Sexo casual, SIDA y condones

Pero la modernidad no trae de la mano sólo cambios en las tradiciones morales, también es una época donde aparecen nuevos riesgos, en el ámbito de la sexualidad uno de los peores de ellos es el SIDA, un riesgo más que alarmante del sexo casual no protegido,

frecuente entre los adolescentes. Hoy las consecuencias de un acto sexual puede durar hasta la muerte. Si lo agregamos al embarazo no deseado y las infecciones transmitidas sexualmente⁹ es una razón más para promover el uso del condón entre los adolescentes. Pero la promoción parece quedar en los folletos de salud pública: los (o las) jóvenes no quieren usar condón.

Hablé con una pareja en la clínica estatal de COESIDA, donde se realizan los estudios y el tratamiento de pacientes con VIH/SIDA. Azabel y Fabiola vienen de la zona de la caña y la piña, el último pedacito de Oaxaca, cerca del estado de Veracruz, ambos venden refrescos (gaseosas) en la calle para sobrevivir. Viven juntos en unión libre y no tienen hijos. De acuerdo a los médicos, él se contagió cuando tenía 17 años y ella a los 15. “-¿Cómo se infectaron? ¿Saben o no? les pregunté. - “Bueno, o sea, de hecho ... yo no sé, me contestó Azabel. -¿Crees que por vía sexual? -Mmm. -¿Y después empezaron ustedes sin saberlo y sin protección? -Sin protección. Ella está en positivo y yo ya estoy en la etapa de ... SIDA. -¿Cómo reaccionaban cuando se enteraron? -Pues al principio como que ... ¡ay! Me puse pues a llorar; ... juntos y ... lloramos los dos, pues nunca ... De hecho pues no lo oculté [de los familiares] porque a lo menos si el hubiera sabido tal vez me lo hubiera dicho ¿no? Para que yo ... si seguía con él o no, pero pues aquí ninguno, ni él ni yo tenemos la culpa porque nunca sabemos lo que nos va a pasar”.

Lo que sucedió había ocurrido en el contexto de las relaciones sexuales adolescentes sin protección. Hoy los dos conocen la necesidad de cuidarse aún después de tener el virus, esto por los médicos y psicólogos de COESIDA que les han dicho que: “(...) de todos modos nos teníamos que proteger, porque dice que los virus que tengo yo se le pueden pasar a él y los virus que tiene él se me pueden pasar a mí” (Fabiola).

Pero los médicos y personal médico (psicólogos/as y trabajadores/as sociales) –al margen de que la mayoría de los hombres en la clínica de COESIDA tenga esposas o novias y diga que nunca han tenido sexo con un hombre–, están seguros de que es así (haber tenido sexo con hombres) como se contagiaron “originalmente” lo que hizo que después se contagiaran las mujeres. Los pacientes aprenden sobre las principales vías de transmisión y como se relacionan con los hábitos masculinos mexicanos, así como de los factores biológicos de anos y vaginas, en un proceso de la naturalización-medicalización de la enfermedad, donde el propio contagio y la relación sexual que lo originó queda fuera del proceso.

El discurso sobre sexo seguro inevitablemente nos lleva al condón, o sea, a la cultura del preservativo como la única manera de protegerse; protegerse *de* la otra o *del* otro quien potencialmente ya está infectada/o.

No obstante la evidente utilidad del preservativo y la amplia promoción que se le ha hecho en el mundo de la salud pública su uso aún se enfrenta a obstáculos como: la pasión y espontaneidad sexual que han sido parte característica de la vida sexual de muchos solteros y solteras de la clase media de Guadalajara en los 1990; o las diferencias de poder dentro de la pareja donde las negociaciones sobre el uso del condón y otras prácticas de “sexo seguro” son muchas veces problemáticas. Pero en vez de condenar esta pasión e impetuosidad, tenemos que comprender mejor estas maneras de vivir la

⁹ Antes llamadas ETS o Enfermedades Transmitidas Sexualmente.

sexualidad para hacer mejores campañas de salud pública (Carrillo 2002). “Creo que las expresiones culturales mexicanas como el albur, el silencio sexual y el énfasis local en la seducción y comunicación no-verbal, igual que las historias que cuentan mis informantes sobre el abandono sexual, la falta de control sexual, la rendición sexual y la pasión y espontaneidad sexual se pueden utilizar como herramientas en el trabajo de prevención de VIH. Actualmente se ven estos aspectos de la cultura mexicana sexual como obstáculos y no recursos, aun cuando no inherentemente contradigan la meta de salud sexual” (Carrillo 2002:284).

En Oaxaca no ocurren cosas muy distintas a las descritas por Carrillo en Guadalajara. Gordo, un amigo, dijo una vez, “*pocos usan condones, muchos rezan*”. Entonces, si los jóvenes no quieren usar condones, ¿qué hacer? ¿los forzamos a usarlos?¹⁰.

Paulina, de quince años en una conversación mostró saber mucho más sobre SIDA que sobre métodos anticonceptivos, excepto por el preservativo. Cuando le pregunté si los jóvenes andaban con condones ella afirmó que algunos sí. Al preguntar cómo lo sabía su respuesta fue: “*porque lo presumen ahí, presumen que traen un condón*”. Pero al preguntarle si había escuchado alguna vez del SIDA, contestó que muchas veces le habían hablado del SIDA en su escuela. Sabe que se puede contagiar “*por vías sexuales, sanguíneas y la leche materna*”, pero no por tocar o a través de la saliva, lo que demuestra un conocimiento bastante sofisticado. Pero, se presenta aquí una contradicción que se extiende a los servicios de salud reproductiva, donde los jóvenes menores a diez y ocho años no pueden hacerse un estudio para conocer si son seropositivos sin la autorización de uno de sus padres, aunque evidentemente muchos jóvenes tienen sus primeras relaciones sexuales antes de los diez y ocho años ¡sin pedir permiso a sus padres!

Con excepción de un sector de la población migrante¹¹ el uso del condón entre parejas adolescentes en Oaxaca es mínimo. Pero entre los adolescentes varones provenientes de pueblos y ciudades pequeñas, donde la iniciación sexual con una prostituta sigue siendo la ruta más común, al menos con ellas el uso de preservativos aumenta su frecuencia. A los quince años, Daniel y Eladio empezaron a visitar prostitutas en los antros/clubes en la periferia de Oaxaca. Por ochenta a cien pesos (US\$6 a 8), o a veces menos, encontraron la única forma (fuera de la masturbación) para “relajarse” y quitarse la “leche guardada”. El Cubano, del Istmo de Tehuantepec, pagó ciento cincuenta pesos la primera vez en su pueblo de Chahuities –en realidad no pagó él, se lo pagaron sus amigos–. Chahuities está cerca de la frontera con Guatemala, donde jóvenes centroamericanas se prostituyen para ganar dinero y seguir con su peregrinaje rumbo al norte. “*Cubano: Cuando estaba en la secundaria ya tomaba yo y me iba yo con los amigos pues, tenía yo como 16 años, y pues me llevaron, los cuates, ora sí que, “órale...”. Me enviciaron pues ahí. -Yo: ¿Cómo? -Gordo: Te dicen que no eres hombre. -C: Me enviciaron y ahí a temprana edad tiene que entrarle pues ... y ya tomado este ... estábamos ahí sentados y uno de mis cuates llamó una chava y ya le dijo que cuánto cobraba*

¹⁰ Parece que entre los jóvenes existe la idea de que el sexo anal heterosexual puede prevenir no solamente el embarazo, sino también reducir la posibilidad de contagiar el VIH.

¹¹ Entre los migrantes de varias edades, puede ser que exista una aceptación al condón no por la influencia de ideas norteamericanas en sí, sino porque para muchos migrantes sin papeles en EE.UU. es mucho más difícil conseguir métodos anticonceptivos sin costo aparte del condón.

y le dijo que si iba conmigo. Y ya la chava este ... a pues a mi me dio pena, pues, mucha pena. -Yo: ¿Por qué? -C: Estaba yo chamaco todavía. Cuando dice la chava ... el otro le dijo, "Llévatelo", "Vete", me decían, "Ve con la chava", "¿o qué eres puto?" me decían. Y ya la chava no traía brassier, lo que hizo, hizo así su blusa, me metió debajo de su blusa y ya fue que me entró ánimo, pues, de ver sus pechos y ya con una copas adentro...." -Yo: ¿Te gustó? -Cubano: Pues, un poco ... con la timidez ... -Yo: ¿Regresaste después? -C: Sí, sí, regresé. -G: Más cargado. -Yo: ¿Pero por qué no tuviste relaciones con chavas de la escuela?" (surgió que efectivamente también había tenido experiencias con chicas de la escuela, pero con las prostitutas era diferente). -C: "Lo que pasa es que, como te diré, no es tanto como "pedir permiso" con prostitutas. -G: En cambio, con la novia ... pues, sí, tienes que pedirle permiso. -C: Te compromete. -G: Te llevan a casarte de una vez".

Puede verse que precisamente en el eje de la responsabilidad por parte de los varones adolescentes sobre la sexualidad de las jóvenes es donde podemos comprender la manera por la cual la sexualidad se "naturaliza" desde temprana edad, indicando que el impulso, los deseos y necesidades corporales no pueden ser satisfechos de cualquier manera. Mas aún cuando incluso expertos académicos y de la salud reportamos su existencia independientemente de los contextos culturales e históricos. Finalmente se llega a la mantención de la necesidad biológica masculina, siendo la única posibilidad de cambio la de los valores de la sexualidad entre las muchachas, cambiando así el recurso de la prostitución para algunos varones. Una opción es la mencionada por Paulina: -"P: ¿Sabes lo que es "faje"? -Yo: ¿Es qué? Suena como grosería. -P: Es cuando tocas. Como los hombres tocan. -Yo: ¿A ella? -P: ¡Aja! Pues, es así, es todo, menos llegar a ... a la ... a la penetración. -Yo: Y así tienen orgasmo los chicos - sabes qué es orgasmo, ¿no? -P: Mmmm, las muchachas no sé. Pero los hombres, sí. Casi todos. -Yo: ¿Cuándo empezó eso? -P: En la secundaria, a los 13 ó 14 años".

Mientras ella hablaba de las formas de experimentar nuevas sensaciones con los jóvenes, también estaba enseñándome que existen diferencias en las responsabilidades o riesgos que están dispuestos a correr los varones adolescentes. Con respecto a esta responsabilidad que se siente hacia las jóvenes, hace algunos años sostuve una conversación bastante ilustrativa con un muchacho en la colonia de Santo Domingo en el D.F.: "Es que muchas veces el momento te obliga a actuar de esa manera, a mentir. Tu vas a mentir, le vas a decir a la muchacha, vamos a hacerlo, me voy a casar contigo. Le puedes echar el rollo aunque ya sabes que estás pecando".

3. Factores "culturales"

Las descritas no son las únicas formas que asume la iniciación sexual. Muchos adolescentes varones en Oaxaca no la experimenta con prostitutas o compañeras de la escuela, sino con prostitutas o con otros hombres. Incluso algunos investigadores han señalado la existencia de una costumbre más generalizada en otras partes de la República Mexicana en la cual los jóvenes prueban sus habilidades e impulsos sexuales entre sí¹².

¹² Véase Carrillo (2002); Núñez (1994, 2001); Prieur (1998).

A este respecto existe en Oaxaca una tradición particular relativamente famosa –¿infame?– que se encuentra en el Istmo de Tehuantepec, la de los hombres-mujeres: los muxe.

La mitología de los muxe del Istmo, y sobre todo de su capital cultural, Juchitán, proviene en parte de una tradición primitiva así como del imaginario cultural donde “En Juchitán la homosexualidad se toma como una gracia y una virtud que proviene de la naturaleza” (Macario Matus citado en Miano 1999:139). El Cubano reconoce su existencia: “*Otra de las cosas es que hay un punto también muy importante en la zona del Istmo, es de que ... muchos este ... como te estaba contando la otra vez, muchos ... que les llaman este ... tienen sobrenombre, pues, les llaman ‘putos’, les dicen ‘mamos’, y ahí en su idioma de ellos, el zapoteco, le dicen ‘muxe’. En zapoteco es puto, muxe es puto*”¹³.

Fidel, originario de la zona da cuenta que hasta hace poco tiempo, de acuerdo a su cálculo cerca del 80% de los jóvenes istmeños tiene su primera relación sexual con un muxe, y son los muxe quienes le pagan a los muchachos –“*te dan comidas, ropa o dinero, te atienden muy bien, pues– por tener relaciones con ellos*”¹⁴, mientras que en otros casos te violan”. Pero parece ser que en general la relación con el muxe es de penetración por parte de los jóvenes: “*Al menos que algunos sean mañosos ... que son mañosos y que te agarren a la fuerza y te violen. Porque un muxe ya grande, un chamacoco de veinte años se agarra uno de catorce años, lo invita y lo lleva, le da pues ... diversión, pero lo puede forzar*”.

La existencia de los muxe en el Istmo no es sólo relevante por razones de mito o de representación de patrones de mucha antigüedad cultural, sino que también dice relación con una relativización de lo que constituyen relaciones sexuales con otros hombres. Esto se aprecia en la clínica de COESIDA donde el personal (médicos, psicólogos y trabajadoras sociales) están convencidos de que muchos jóvenes que dicen nunca haber tenido sexo con otro hombre, están negando a estos hombres, a los muxe. De esta manera el entender a los muxe como elemento fundamental en la configuración cultural de la iniciación sexual juvenil en el Istmo permite “desviar” la pregunta por la fuente y el riesgo de contagio del VIH del sexo heterosexual y conectar el riesgo de infección de los jóvenes varones casi exclusivamente a los actos sexuales entre hombres, negando de esa manera el riesgo de la transmisión por vía heterosexual¹⁵. Esto constituye una forma de proyectar en riesgo no solo del mundo médico, sino también de los propios jóvenes.

4. La reformulación de la tradición

“En el ‘tijerear’ las miradas jugaron, como en las novelas rosa, un papel preponderante para demostrarle él a ella o viceversa, la existencia de un interés especial” (Román Perez 2000:153).

¹³ Según Miano (1999:145), en el Istmo: “En general, la gente del pueblo llama *muxe* o mampo a cualquier tipo de homosexual, sin que el término en sí tenga alguna connotación valorativa. También es muy usada la palabra ‘puto’ que, contrariamente a lo que sucede en otras zonas de la república, en el lenguaje cotidiano del Istmo tiene un sentido puramente descriptivo; sin embargo, puede ser también usada despectivamente, según el caso, el contexto y el sexo de quien la usa”.

¹⁴ Para un estudio de prostitutos travestidos en Oaxaca, véase Higgins y Coen 2000. Sobre un grupo de prostitutos en D.F., véase Prieur 1998.

¹⁵ Agradezco a Dan Smith por la idea de proyección de riesgo.

Tijerear tiene que ver con el código silencioso del deseo sexual que es, en un nivel, expresión de lo que Carrillo llama “el silencio sexual”, es decir, la existencia de una falta de comunicación abierta y verbal sobre asuntos sexuales en la cultura mexicana, y en la cultura latina en general; silencio que olvidamos en el trabajo de salud pública en el campo de salud reproductiva de adolescentes, donde en vez de reconocer y adaptarnos a las costumbres culturales con respecto a la sexualidad, intentamos educar a los adolescentes para cambiar su comportamiento sexual de riesgo.

No se trata de negar la importancia de la educación sexual, sino de reconocer que no es suficiente para combatir la propagación del SIDA en poblaciones crecientes de adolescentes en México hoy en día. Si casi toda la transmisión de VIH es hoy por vía sexual (hombre-hombre u hombre-mujer), es necesario incorporar los elementos no-verbales de los encuentros sexuales de los adolescentes para armar programas de prevención y tratamiento¹⁶.

Un ejemplo lo constituye la mantención de la tradición del ‘robo’ o secuestro de muchachas jóvenes que derivó de la imagen de un varón conquistando a una joven por la fuerza, llevándola de su casa y violándola impidiendo que ella pudiera regresar sin vergüenza a la casa de sus padres; hacia un tipo de ‘robo’ que actualmente representa más bien una declaración total de la propia independencia/autonomía sexual y amorosa, y un rechazo a los matrimonios arreglados por parte de los padres.

Los cambios que se puedan generar, tienen que ver en gran medida, como se dijo anteriormente, con los cambios que las jóvenes son capaces de generar, pues, como reconoce Monsiváis, una de las migraciones culturales más extraordinarias es la de la identidad femenina, donde lo masculino, sin duda alguna se modifica (Monsiváis 2000:175)¹⁷, como muestran dos jóvenes de Ciudad de México: *“Lo que pasa es que la mujer ya se está independizando un poco más, a través de que el hombre ya le da más libertad al trabajar. Antes no se le daba libertad de que trabajara, nada más era el hombre el que trabajaba y era el que la mantenía. Ahora mujer y hombre trabajan y se ayudan mutuamente”*. *“Por ejemplo, mis hermanas: una es más aferrada a esa cuestión, de que la mujer ya debe ser más independiente, ya debe tener casi los mismos derechos que el hombre porque viven en el mismo entorno social, porque los dos piensan, los dos tienen brazos, piernas, cabeza. Entonces cien por ciento la mujer exige que se le de un respeto dentro de la sociedad. Exige educación, exige un determinado salario, un determinado puesto en una empresa”*.

IV. COMENTARIOS FINALES

Los adolescentes mexicanos de hoy, sean los de Oaxaca o los del D.F., nacieron en un mundo ya configurado, con sistemas de salud reproductiva, con patrones de cortejo, con definición de la sexualidad. Estos jóvenes se apropian de estas configuraciones y las recrean, muchas veces sin pensar o buscar relacionarse sexualmente de nuevas maneras,

¹⁶ Otro factor importante para otra ocasión es la población migrante, y jóvenes trilingües que regresan a Oaxaca ya infectados por sus relaciones en los EE.UU (véase Gutmann 2003).

¹⁷ Sobre el romance de la democracia en general en el México contemporáneo, véase Gutmann 2002b.

así creen que los caminos están prefigurados siendo estos: “*Cuando una mujer se enoja, le llevan flores y tal vez mariachis, con un detalle la encontentan fácil*”, o “*Si no entiendes de con eso, pues, te quitas el cinturón y le das unas patadas*”.

Restringidos por factores culturales y materiales requieren de ayuda para establecer relaciones de equidad e independencia. Para ello es necesario, de parte de quienes esperamos proveerles dicha ayuda, quitarnos también las falacias sobre la masculinidad y la virilidad, así como cuestionar la naturalización y biologización de la sexualidad adolescente y humana.

AGRADECIMIENTOS

Gracias mil a las siguientes personas e instituciones que me han apoyado en el presente trabajo: Margarita Dalton, Alejandro de Ávila, Gudrun Dohrmann, Michael Higgins, Alberto Martínez, Paola Sesia y Antonieta Vizcaino Cook; a Brown University y National Endowment for the Humanities por su financiamiento del proyecto. El trabajo de campo ha sido posible gracias a la bienvenida que me prestaron los doctores Andrés Ruiz Vargas del ISSSTE, Miguel Ángel Vargas de COESIDA, Francisca Ramírez de MEXFAM y Antonio Agustín Santos del IMSS, y también cuando me invitaron a ser profesor visitante el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social–Istmo y el Centro Instituto Nacional de Antropología e Historia Oaxaca. Gracias finalmente a nuestros vecinos de Casa del Sol.

Bibliografía

- Amuchástegui, Ana (2001) *Virginidad e iniciación sexual en México: Experiencias y significados*. México, D.F.: Population Council/EDAMEX.
- Beattie, Peter M. (2003) “Measures of Manhood: Honor, Enlisted Army Service, and Slavery’s Decline in Brazil, 1850-90”. En Gutmann, Matthew C. (coord.) *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Pp. 233-55. Duke University Press. Durham, NC.
- Brusco, Elizabeth E. (1995) *The Reformation of Machismo: Evangelical Conversion and Gender in Colombia*. University of Texas Press. Austin.
- Carrillo, Héctor (2002) *The Night Is Young: Sexuality in Mexico in the Time of AIDS*. University of Chicago Press. Chicago, IL.
- Fausto-Sterling, Anne (2000) *Sexing the Body: Gender Politics and the Construction of Sexuality*. Basic Books. Nueva York.
- Fonseca, Claudia (2000) *Familia, fofoca e honra: Etnografía de relações de gênero e violência em grupos populares*. Editora da Universidade. Porto Alegre, Brasil.
- Gilmore, David (1990) *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. Yale University Press. New Haven, CT.
- Gutmann, Matthew C. (2000) *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. El Colegio de México. México, D.F.
- Gutmann, Matthew C. (2002a) “Hacer hombre: Las mujeres y la negociación de la masculinidad en la ciudad de México”. En *Nueva Antropología*.
- Gutmann, Matthew C. (2002b) *The Romance of Democracy: Compliant Defiance in Contemporary Mexico*. University of California Press. Berkeley.
- Gutmann, Matthew C. (2003) “Dystopian Travels in Gringolandia: Engendering Ethnicity among Mexican Migrants to the United States”. En *Ethnic and Racial Studies*.
- Higgins, Michael, and Tanya Coen (2000) *Streets, Bedrooms, and Patios: The Ordinarity of Diversity in Urban Oaxaca: Ethnographic Portraits of Street Kids, Urban Poor, Transvestites, Discapacitados, and Other Popular Cultures*. University of Texas Press. Austin.

- Lancaster, Roger N. (1998) "Sexual Positions: Caveats and Second Thoughts on 'Categories'". En *The Americas* 54(1):1-16.
- Miano Borruso, Marinella (1999) "Hombres, mujeres y muxes en la sociedad zapoteca del Istmo de Tehuantepec". Tesis de doctorado, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.
- Monsiváis, Carlos (2000) *Aires de familia: Cultura y sociedad en América Latina*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Núñez Noriega, Guillermo (1994) *Sexo entre varones: Poder y resistencia en el campo sexual*. UNAM/Porrúa/El Colegio de Sonora. México.
- Núñez Noriega, Guillermo (2001) "Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades: Antropología, patriarcado y homoerotismos en México". En *Desacatos* 6:15-34.
- Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la deriva?* FLACSO. Santiago, Chile.
- Pan American Health Organization (PAHO) (1998) *Health in the Americas*. World Health Organization. Washington, D.C.
- Parker, Richard (1999) *Beneath the Equator: Cultures of Desire, Male Homosexuality, and Emerging Gay Communities in Brazil*. Routledge. Nueva York.
- Parker, Richard (2003) "Changing Sexualities: Masculinity and Male Homosexuality in Brazil". En Gutmann, Matthew C. (coord.) *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Pp. 307-32. Duke University Press. Durham, NC.
- Prieur, Annick (1998) *Mama's House, Mexico City: On Transvestites, Queens, and Machos*. University of Chicago Press. Durham, NC.
- Rodríguez, Gabriela, y Benno de Keijzer (2002) *La noche se hizo para los hombres: Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinas y campesinos*. Population Council/EDAMEX. México, D.F.
- Román Pérez, Rosario, Ma. Esthela Carrasco, Elba Abril Valdez, Ma. José Cubillas (2000) "Noviazgo y embarazo: Una mirada a las trayectorias de amor y conflicto en mujeres adolescentes embarazadas". En Stern, Claudio y Carlos Javier Echarri (coords.) *Salud reproductiva y sociedad: Resultados de investigación*. Pp. 147-76. El Colegio de México. México, D.F.
- Viveros Vigoya, Mara (2002) *De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia/Fundación Ford/Profamilia Colombia. Bogotá, Colombia.

PATERNIDADES ENTRE LOS JÓVENES: LA “EVASIÓN” COMO RESPUESTA EN CRISIS Y LA PATERNIDAD EN SOLTERÍA COMO RESPUESTA EMERGENTE

Irma Palma¹

INTRODUCCIÓN

Esta presentación tiene un carácter provisional. Busca, por una parte, desarrollar un tipo de reflexión orientada por el interés de formular una hipótesis respecto de los modos actuales de las paternidades juveniles². Sintéticamente, ésta puede ser formulada en los términos siguientes: en la sociedad chilena, la evasión ha constituido una respuesta masculina tradicional. No obstante, sugerimos que se existe también una pauta emergente de paternidad en soltería, en condiciones de prescindencia de la formación de pareja. Dicha respuesta, que aunque no susceptible de ser cuantificada por ahora, ciertamente constituye un tipo de opción nuevo, emergente, en camino de legitimación social y cultural. Entonces, la “evasión” como respuesta en crisis y la paternidad en soltería como respuesta emergente. Dichas respuestas expresarían un desplazamiento desde una cierta polaridad de opciones –matrimonio o evasión– a un tipo de opción tal que, a la vez que constituye una respuesta de paternidad –por tanto se aleja de la evasión–, prescinde de la formación de pareja –y por tanto se aleja de la opción matrimonial. Tal hipótesis constituyó una búsqueda que orientó una investigación en que participé entre 1994 y 1995, realizada en Santiago de Chile, auspiciada y apoyada financieramente por el Programa de Investigación sobre Derechos Reproductivos, PRODIR, de la Fundación Carlos Chagas y la Mac Arthur Foundation, la que denominamos “Investigación sobre las opciones de paternidad y no paternidad de los hombres involucrados en el embarazo adolescente”^{3 4}.

¹ Psicóloga, Académica de la Universidad de Chile.

² Preferimos usar la categoría de joven por dos razones. En términos sociológicos es difícil definir un modo específico para este segmento etario; no sabríamos en qué fundarlo. Segundo, desde un punto de vista demográfico, este segmento es muy poco importante en el fenómeno del embarazo adolescente en Chile. CAPPS

³ Publicada en: Albertina de Oliveira Costa (org.). (1997). *Direitos Tardíos. Saúde, Sexualidade e Reprodução na América Latina. Fundação Carlos Chagas*. Editora 34. La población comprendida en este estudio estuvo constituida por hombres progenitores jóvenes –comprendidos entre las edades de 15 y 24 años– vinculados a embarazos de mujeres adolescentes pertenecientes a estratos populares y residentes en áreas poblacionales urbanas de la Región Metropolitana. Las técnicas utilizadas fueron el grupo de discusión y la entrevista en profundidad.

⁴ El propósito de esa investigación fue indagar en los “sentidos” de las diversas “respuestas” masculinas de jóvenes hombres de estratos populares urbanos a la situación embarazo de mujeres adolescentes en las cuales estuvieron concernidos; indagar, por una parte, en qué consisten las respuestas masculinas y cuáles son sus efectos y consecuencias sobre los progenitores que las adoptan o participan en cada una de ellas; por otra, indagar específicamente respecto del significado de las opciones “evasión” y “paternidad en soltería”, en cuanto serían expresivas de respuestas culturales tradicionales y emergentes, respectivamente, presentes en la sociedad chilena.

Del mismo modo, por otra parte, esta presentación intenta dar cuenta de unas transformaciones en las relaciones de pareja y en las nociones de paternidad. Por cierto, sugeriremos la existencia de una diversidad de modelos de paternidad, en contexto de transformaciones de las relaciones de género, de una modificación de la masculinidad, de un cambio en las relaciones de orden emocional en la familia, de la expansión de la noción de derechos a los ámbitos de la sexualidad y la reproducción.

I. EL EMBARAZO ADOLESCENTE EN CHILE: UNA MATERNIDAD EN LA ADOLESCENCIA –CUESTIÓN DE MUJERES O INEQUIDADES DE GÉNERO, FUNDAMENTALMENTE DE MUJERES POBRES– O LAS RAZONES DE LA SEGMENTACIÓN SOCIAL Y CULTURAL⁵

1. Segmentación social del fenómeno en la sociedad chilena

La cuestión de la distribución social de la maternidad adolescente es un tema crítico en la sociedad chilena: es lo que otorga un carácter social, político y cultural particular; allí se condensan no sólo unas orientaciones culturales diversas, contradictorias y acoplamientos dispares y heterogéneos a transformaciones culturales en el plano de las relaciones de género, la sexualidad y la salud y derechos sexuales y reproductivos, sino que, al mismo tiempo, expresa inequidades en materias de habilitación de los sujetos y acceso a medios de prevención de riesgos y reducción de daños, y conlleva efectos que profundizan y profundizan desigualdades sociales y de género.

Las tablas siguientes evidencian la enorme distancia entre comunas de estratos populares y las otras en la proporción o aporte a las tasa de fecundidad por parte de las mujeres adolescentes. En sus extremos, en La Pintana, uno de cada 5 niños/as que nace tiene por madre a una adolescente, mientras en Vitacura, sólo uno de cada 64 niños nacerá bajo esa condición materna.

⁵ Una comprensión amplia del embarazo adolescente supone dimensionar la magnitud de aquel que se traduce en maternidad adolescente, medida usualmente mediante la fecundidad, al mismo tiempo que dar cuenta de otros dos fenómenos asociados, normalmente invisibilizados en la sociedad chilena, cuyas magnitudes reales resultan, por tanto, muy difíciles de establecer: el embarazo no planificado/no deseado y el aborto inducido. Asimismo, el fenómeno del embarazo adolescente en la sociedad chilena no adquiere su centralidad en el ámbito de la salud sexual y reproductiva fundamentalmente a partir de su magnitud, sino de su particular ubicación sociodemográfica en los estratos populares y de las implicancias que ello tiene para el desarrollo social de los sujetos por él implicados. La definición del embarazo no deseado obviamente es compleja, y ha sido analíticamente construida a partir de dos elementos. De una parte, como orientación a la búsqueda o no; de otra, como disposición a la aceptación o no. De este modo, una mujer o pareja que no desee o planee un embarazo puede definirlo como *deseado* toda vez que, descubierto ese embarazo *no buscado*, *acepta-desea* el *nacimiento* de su futuro/a hijo/a, para lo cual necesita de la continuación y término del embarazo. En este marco, la consideración de un embarazo como deseado o no deseado tendería a definirse en términos de su resultado y no del proceso mismo.

RANKING DE COMUNAS DEL GRAN SANTIAGO SEGÚN NÚMERO DE NACIMIENTOS DE MADRES ADOLESCENTES. COMUNAS CON MAYOR PROPORCIÓN. 1996

Comunas Gran Santiago	Total de nacimientos	Madres menores 15	Madres entre 15-19	Total	%
La Pintana	3.802	28	783	811	21,33
Renca	2.567	12	485	497	19,36
El Bosque	3.507	17	590	607	17,30
San Bernardo	4.557	25	761	786	17,25
Cerro Navía	3.227	13	539	552	17,10
Lo Espejo	2.247	8	356	364	16,20

Fuente: INE, 1996.

RANKING DE COMUNAS DEL GRAN SANTIAGO SEGÚN NÚMERO DE NACIMIENTOS DE MADRES ADOLESCENTES. COMUNAS CON MENOR PROPORCIÓN. 1996

Comunas del Gran Santiago	Total de nacimientos	Madres menores de 15 años	Madres entre 15-19	Total	%
Santiago	3.410	7	297	304	8,92
La Reina	1.322	2	87	89	6,73
Ñuñoa	2.564	3	124	127	4,96
Las Condes	3.872	0	120	120	3,10
Providencia	1.689	0	52	52	3,08
Vitacura	1.346	0	21	21	1,56

Fuente: INE, 1996.

Diversas dimensiones de la maternidad de mujeres en etapa adolescente constituyen elementos cruciales de reproducción de trayectorias de pobreza. De forma específica, la mayor prevalencia del embarazo fuera del matrimonio, la mayor deserción del sistema escolar producida ante el embarazo o la maternidad y una inserción precaria en el mercado laboral, y, más generalmente, la transmisión intergeneracional de patrones de maternidad adolescente generan condiciones para que estas jóvenes mujeres, y con ellas, sus hijos conformen un tipo de hogar especialmente vulnerable desde el punto de vista económico y social.

Las adolescentes madres son aún más pobres que otros/as adolescentes⁶. En 1998, un 21% de los adolescentes eran *pobres no indigentes*, mientras que un 7,5% respondía a la categoría de *indigente* (CASEN). Según cifras de CASEN 1998, se observa una gran brecha entre las adolescentes que son madres y aquellas que no lo son: 48% de las adolescentes que son madres están bajo la línea de pobreza, mientras que un 25% de las que no son madres están en esa misma situación.

⁶ Los datos presentados corresponden a todas las mujeres que en el momento de la realización del censo eran madres, por tanto no arrojan información de embarazo según edad. Debido a que en Chile no existe otra fuente oficial de datos más que el Censo sobre este tipo de fenómenos, sólo es posible conocer las características sociodemográficas de la maternidad adolescente.

La maternidad adolescente ha sido asociada a condiciones de pobreza en cuanto da lugar a una jefatura de hogar femenina⁷. La información disponible indica que la mayoría de las adolescentes hacen su maternidad en soltería. Por otra parte, puede sugerirse que existe una doble dirección en la relación entre la maternidad adolescente y el nivel de escolarización. De una parte, el embarazo a edades tempranas puede tener como consecuencia la deserción del sistema de educación formal. De otra parte, el bajo nivel de instrucción, asociado al no ingreso o deserción temprana del sistema de educación formal por razones distintas a la maternidad, pueda generar condiciones para la ocurrencia de un embarazo a edades tempranas. Según datos del MIDEPLAN, obtenidos de la encuesta CASEN 1998, mientras un 74% de las adolescentes que no son madres asisten a un establecimiento educacional, sólo un 28% de las que son adolescentes madres lo hacen.

El abandono escolar, al interferir con las opciones de educación, capacitación y desarrollo de las adolescentes, especialmente las de los sectores más pobres, dificulta la salida de ellas, de sus hijos y sus familias del denominado círculo vicioso de la pobreza. Por cierto, al comparar los quintiles de ingresos económicos a partir de la CASEN 1998, un 44% de las adolescentes madres se ubican en el quintil de ingreso más bajo, en tanto que un 26% de aquellas que no son madres están en esta misma categoría.

La necesidad de generar ingresos impulsa a muchas adolescentes a una temprana incorporación a la fuerza laboral sin estar previamente capacitadas para ello; lo anterior las lleva a buscar y permanecer en trabajos precarios y mal remunerados y con posibilidades escasas de mejorar su situación en el futuro (González 1992). Un estudio realizado por CEPAL (1991) sugiere que el escaso ingreso económico logrado por estas mujeres no les garantiza suficiente autoridad dentro del hogar para decidir cómo gastarlo, lo que lleva al círculo vicioso de la pobreza de madres que trabajan, pero que ganan poco y contribuyen insuficientemente. Al mismo tiempo, son demandadas por carencias nutricionales de sus hijos/as a reforzar su decisión de trabajar. Sus hijos/as son más vulnerables. Se ha observado tienen más probabilidades de desnutrición, menores niveles de estudio, mayores probabilidades de colocación en servicios de menores y mayores riesgos de maltrato infantil, mayores riesgos de problemas en la infancia y la adolescencia, en relación con el aprendizaje, deserción escolar, drogadicción y delincuencia (UNICEF/SERNAM 1992).

⁷ En general se ha establecido tres conjuntos de factores que determinan la mayor pobreza de los hogares con jefatura femenina, en comparación con los hogares con jefatura masculina. Los hogares con jefatura femenina son más pobres que los que tienen jefatura masculina porque, aunque tengan menos miembros del hogar, tienen que sustentar comparativamente a más dependientes; tienen menos adultos que contribuyan económicamente. La vulnerabilidad económica de estos hogares se explica por diferencias de género: el hecho de que debido a que las jefas son mujeres, tienen menores ingresos medios, menos bienes y menos acceso a empleos remunerativos y recursos productivos, como tierras, capital y tecnología, que los jefes de hogar masculinos. La mayor pobreza de los hogares encabezados por mujeres también es el resultado de la combinación singular de tener como jefe a una mujer.

Véase Buvinic, Mayra. (1990). "La Vulnerabilidad de los Hogares con Jefatura Femenina: Preguntas y Opciones de Política para América Latina y El Caribe" CEPAL. Santiago, Chile. Véanse los informes sobre la evolución de la familia en Chile destacan el crecimiento sostenido de los hogares encabezados por una mujer. ("Familias y Políticas Públicas: Una Reflexión Necesaria"; Servicio Nacional de la Mujer; Febrero 2000. Santiago, Chile).

2. El embarazo adolescente y las inequidades en las relaciones de género

Progresivamente en nuestra sociedad se ha ido considerando problemático el embarazo para el desarrollo personal y social de las mujeres y sus hijos/as, para el ejercicio de sus derechos, para la equidad en las relaciones de género, para la plena integración social.

Se trata de una mujer aún en etapa adolescente, enfrentada a una experiencia que la expone a un cambio biográfico drástico, que le introduce en la adultez y le desafía a continuar transitando la juventud. Se encuentra en una situación límite: enfrentada a la presencia de un embarazo –muchas veces no deseado o no buscado y no necesariamente aceptado– ante el cual debe responder, y cualquiera sea su respuesta, conllevará obstáculos y pérdidas, y, sin embargo, si es adecuadamente apoyada, podrá significarle una apertura de posibilidades. Como sujeto, tal situación la expone a la discriminación social, a la eventual exclusión de los caminos institucionales de formación y a una limitación de oportunidades de desarrollo y de plena integración social.

Su situación se encuentra ligada, tanto en el origen como en sus consecuencias, a una configuración específica de las relaciones entre hombres y mujeres en un contexto social y cultural particular.

Junto con la mujer adolescente, se encuentra un hombre puesto frente al acontecimiento del embarazo, el cual activa unos sentidos y cursos de acción. Se trata de jóvenes⁸ –sólo un 5.2% son hombres con edades superiores, es decir 30 o más años; sólo un 0.1% son adolescentes en etapa puberal aún, es decir, son menores de 15 años–. Son en su mayoría jóvenes entre 20 y 24 años (58.9 %), un 13.0% son jóvenes entre 25-29 años. El segmento adolescente propiamente tal –considerando a los grupos de 15-19 años (22.8%) y menores de 15 años– representa un 22.9 %. Por ello, puede sugerirse que se trata de hombres caracterizables como jóvenes, más que como adolescentes.

Como han sugerido Olavarría y Parrini(1999), desde una perspectiva biográfica, el acontecimiento del embarazo con frecuencia constituye para el hombre joven un suceso que trastorna sus proyectos y quiebra su curso biográfico. Surge como un impedimento a la realización personal o a las aspiraciones de ascenso social. Implica pensar en otros aspectos que no se habían considerado y es sentido como un error o una equivocación, por la que se paga un costo. Si los padres comparten la responsabilidad del nuevo hijo, los adolescentes deben ingresar al mercado del trabajo, sin haber terminado su formación escolar o profesional, con la consiguiente inequidad en las oportunidades para enfrentar su futuro laboral. Ciertamente, la sociedad no ofrece condiciones para que tal experiencia sea integrada sin perjudicar el desarrollo y la integración social del hombre, no obstante, ello implica que la mujer debe asumir en condiciones de mayor inequidad aún tales efectos sobre sí misma y sobre su hijo/a.

⁸ Edad de la madre adolescente según edad del padre. Elaborado por CAPP, U. de Chile, a partir de MINSAL, Estadísticas vitales 1996-1998.

II. TRANSFORMACIONES EN LAS RELACIONES DE PAREJA

Analíticamente, puede afirmarse que las relaciones de parejas se encuentran en un proceso de transformación. No resulta posible observar las relaciones de pareja con las categorías de conyugalidad y premaritalidad. Las últimas no conducen necesariamente a las primeras, por tanto no pueden ser definidas como propiamente premaritales. La primera no se presenta homogénea ni perdurable como modelo. Por una parte, las formas de relación marital se abren a la cohabitación no conyugal que no puede ser definida como premaritalidad. Por otra parte, la relación premarital, caracterizada antiguamente por el noviazgo vigilado que, en décadas pasadas, debió dar lugar a lo que se denomina actualmente relación de "pololeo"; ahora se dispone a incorporar una nueva modalidad que, a falta de una denominación más precisa, se la conoce por el infinitivo de un verbo, como "*andar*"⁹.

Tal forma ha surgido de una nueva flexibilización de los vínculos, donde el "pololeo" representa una formalización de los mismos, que supone compromisos emocionales, sexuales o morales. Por ello, de algún modo antecede al pololeo, pero no lo hace en un sentido tradicional de etapa de seducción y galanteo, sino como un proceso abierto de reconocimiento, que no tiene proyecto que le oriente, éste, más bien, se descubre en el camino. Esquiva los compromisos, no hace planes, mientras que en el pololeo se hacen planes para el tiempo que se permanezca unidos, cuestión en la cual se expresa compromiso¹⁰. De forma general, el *andar* conecta con la emocionalidad propia de la amistad, la simpatía, sin embargo la complejiza, puesto que incorpora erotismo en un tipo de relación que supone su exclusión - no necesariamente radical, pero en general es así. Da lugar a un tipo particular de vínculo de amistad, que la privilegia al interior de una relación genérica de amistad. Pero, también, puede llegar a constituir una suerte de perversión de la amistad, en tanto, la cercanía corporal propia de la erotización, se acompañe de una distancia emocional.

En la actualidad, el proceso conducente al establecimiento de relaciones de pareja se realiza en un contexto de transformación de la institución matrimonial. Aun cuando persiste el matrimonio como un lazo legal, su concepción en la actualidad remite cada vez más a la noción de pareja, en cuanto unión emocional de sus integrantes. Sin embargo, el matrimonio se presenta como un fin de juventud y paso definitivo a la adultez, sólo comparable con el impacto del embarazo adolescente; como el paso a la formalidad de roles

⁹ Tal como ha sostenido Abarca (1995), el *andar* constituye una forma de vínculo que expresa una transformación del "pololeo": "en la fase previa y posterior al "pololeo" hay dos transformaciones que comprimen al pololeo y aumentan sus exigencias y su dificultad como vínculo: se afirma el "andar" como vínculo preferencial y, al mismo tiempo, desaparece la etapa del "noviazgo", antesala del matrimonio en la generación anterior" y agrega: "el reemplazo del noviazgo por una etapa superior al interior del pololeo, que aumenta su imagen de compromiso formal desplazando hacia el "andar" su sentido de ensayo y error, de tomar y dejar" (Pág. 8). El pololeo adquiere, entonces, una formalidad que no tuvo en su origen: "allí, los involucrados se juegan en una apuesta pública de pareja, que asume compromiso de fidelidad, permanencia y relación con la familia. En contrapartida al lazo blando presente en el "andar", el pololeo se presenta como un lazo duro de difícil alcance y de incierto desenlace"(pág. 8).

¹⁰ "Andar" manifiesta un compromiso de tono menor, condicional, que excluye la exigencia de fidelidad y circula públicamente como una posibilidad. Cuando el andar permanece, pierde límites claros con el pololeo. El discurso juvenil privilegia el "andar" como forma recurrente de vínculo, caracterizando la relación juvenil hombre-mujer como un lazo precario.

grises –esposo, esposa– que excluyen toda posibilidad de aventura. Como contrapartida al matrimonio, el logro de la mayoría de edad –diez y ocho años– se presenta como un canto de cisne, un momento de desmadre que desemboca en la adultez definitiva y en la ansiedad por el futuro. El fondo del discurso sobre el matrimonio trasluce una expresión de la crisis de confianza en las instituciones: existe la sospecha de que la promesa “para toda la vida” no funciona como debiera; ello es coherente con la aceptación del divorcio, aún entre jóvenes y adultos cristianos. La misma visión se registra a propósito de la fidelidad, valor transgredido en masa, sea en el “andar” o el “pololear”. Al parecer, las promesas encuentran sentido al interior de un proyecto de pareja que privilegia lo continuo y lo profundo. En tanto ese modelo constituye la excepción a la regla, se entiende que las causas a las que se atribuye la infidelidad sean el aburrimiento –fruto de la superficialidad– y la oportunidad –fruto de la ocasión–.

Por otra parte, ha surgido un modelo de relación de pareja que no podría ser definido como noviazgo, experiencia premarital, concubinato o unión libre¹¹. Bejin (1987), sugiere que resulta difícil ubicar este fenómeno en referencia a las categorías tradicionales de la conyugalidad. Las diferencias provienen de los jóvenes que optan por este modo de vida intentan conciliar comportamientos tradicionalmente incompatibles con la antigua sociedad occidental y señala que “la cohabitación juvenil contemporánea puede aparecer como un intento (problemático) de síntesis de los rasgos difícilmente conciliables, de la vida conyugal y de las uniones extraconyugales”^{12 13}.

Ahora bien, como se verá más adelante, la creciente mayor flexibilización de los vínculos y la menor disponibilidad de las nuevas generaciones para su institucionalización no constituye un fenómeno homogéneo en la sociedad chilena. Persiste en los estratos sociales populares un tipo de emparejamiento tempranamente –desde un punto de vista estadístico– conducente a la cohabitación y al matrimonio.

Descriptivamente, las encuestas nacionales de juventud (INJUV 1999), realizadas sucesivamente en 1994 y en 1997, por el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), muestran que un número creciente de jóvenes participa de un tipo de relación premarital distinta del pololeo y el noviazgo, el “andar”. En la primera de estas investigaciones, un 5% de jóvenes (comprendiendo por tal a los sujetos entre 15 y 29 años) declara participar de ese tipo de relación, y en el último, cuatro años más tarde, aumenta a un 7%,

¹¹ Louis Roussel ha propuesto elaborar un nuevo concepto para calificarlo, el de “cohabitación juvenil”.

¹² Según André Bejin (1987:216) la cohabitación juvenil surge como un nuevo “tipo ideal” de relación, distinta del matrimonio –el de un amor medido y tendiente a la larga duración y a la fecundidad– y de la extraconyugalidad –“el de un amor extraconyugal apasionado que aspira a la intensidad y evita la fecundidad”– situándose como un intento de conciliar las anteriores “el de la cohabitación de los jóvenes a quienes anima la moderna obsesión de ganar en todas las jugadas sin sacrificar ninguna de sus posibilidades”.

¹³ En relación con la duración potencial de la vida en común, puede decirse que “se desarrolla como si la duración dependiese de la renegociación cotidiana de la pareja”. En la vida en común, los cohabitantes juveniles establecen una cierta complementariedad en los roles de ambos miembros que la favorece, que conlleva cierto grado de especialización de tareas y renuncia a ciertas posibilidades personales. También hay una búsqueda de igualdad, de la simetría perfecta. La oscilación entre los polos de la igualdad y la especialización se traduce en un continuo tira y afloja en torno a la división de atribuciones y constituye y da lugar a ineluctables disensiones entre iguales. La cohabitación juvenil contemporánea no acepta ninguna norma universal de fidelidad absoluta, aunque la observa. Tampoco acepta la anomia, el vacío normativo.

variación que involucra fundamentalmente a la población masculina (pasa desde 5% en 1994 a un 10% en 1997). Al mismo tiempo, desciende el número de jóvenes participantes de relaciones de convivencia y matrimonio (desde 29% en 1994 a 27% en 1997), lo cual afecta fundamentalmente a hombres (22% en 1994 y 18% en 1997).

EVOLUCIÓN DE PORCENTAJE DE JÓVENES CON PAREJA
SEGÚN TIPO DE PAREJA, SEXO, EDAD Y NIVEL SOCIOECONÓMICO

	Año	Total	Hombre	Mujer	15-19	20-24	25-29	Alto	Medio	Bajo
"Andar"	1994	5.1	5.1	4.4	6.4	5.4	2.5	8.6	4.6	4.3
	1997	7.0	9.6	4.6	11.5	7.3	2.3	10.4	6.4	7.0
Pololeo/ Noviazgo	1994	22.8	24.5	21.0	27.2	27.3	13.9	33.6	27.3	15.5
	1997	23.1	24.9	21.5	24.1	24.4	20.9	35.6	27.0	17.2
Convivencia/ Matrimonio	1994	28.6	22.2	35.2	3.6	25.6	56.6	8.6	24.6	37.0
	1997	26.6	17.6	35.1	4.2	27.8	47.5	2.5	19.0	38.1
Total	1994	58.0	54.0	63.0	39.0	61.0	75.0	53.0	59.0	59.0
	1997	57.0	53.0	64.0	40.0	61.0	75.0	54.0	54.0	65.0

Fuente: Segunda Encuesta Nacional de Juventud, INJUV.

Las investigaciones del INJUV muestran también, que un número mayor de mujeres que de hombres jóvenes participa de algún tipo de pareja (64% y 53%, respectivamente). El Informe de investigación ofrece una interpretación en la línea de las pautas de emparejamiento prevalentes: "las mujeres tienden a emparejarse más jóvenes que los hombres, de manera que en este tramo de edad es más probable encontrar mujeres que hombres con relaciones de pareja establecidas" (INJUV 1999: 10-11). No obstante, resulta notable el hecho señalado precedentemente de que, tanto el aumento del tipo de relación definido como "andar", como el descenso de uniones matrimoniales y convivencias, sean modificaciones observadas en la población masculina, permaneciendo bastante estables los niveles de participación femenina en cada uno de los tipos de relación de pareja¹⁴.

Se observa una relación entre tipo de pareja y estrato social, la cual relativiza la influencia de la edad. En efecto, en el estudio de 1997 se observa que, mientras un 3% de jóvenes de estrato alto y 19% del estrato medio participa de una relación de convivencia, en el estrato bajo lo hace un 38%; al mismo tiempo, mientras un 36% de jóvenes de estrato alto y un 27% de estrato medio participa de una relación de pololeo o noviazgo, en el estrato bajo lo hace un 17%. La tendencia en los últimos años se orienta a una profundización

¹⁴ Específicamente, respecto del segmento de jóvenes entre 15 y 19 años, tales estudios muestran que un 40% participa de algún tipo de relación de pareja. La relación predominante es el pololeo/noviazgo (24%), le sigue el "andar" (12%) y, más lejos, la convivencia (4%). Como tendencia puede observarse un incremento en los últimos años del tipo de relación definida como "andar" (desde 6%, en 1994, a 12%, en 1997), unido a un incremento más leve de la convivencia (desde 3,6%, en 1994, a 4,2%, en 1997), y un descenso de la relación de pololeo/noviazgo (desde 27%, en 1994 a 24%, en 1997). Del mismo modo, muestran que el tipo de pareja guarda relación con la edad de los sujetos, donde la edad parece indicar una cierta evolución desde relaciones del tipo pololeo, noviazgo y "andar" a relaciones de cohabitación (conyugales o no). Como puede observarse respecto de la convivencia, entre el segmento de 15-19 años y el de 20-24 años existe una enorme brecha (4% y 28%, respectivamente, en 1997), que también se observa entre los grupos de 20-24 y 25-29 (alcanza desde 28% a 48%).

de las diferencias entre estratos, porque mientras los jóvenes de estratos altos disminuyen la condición de estar en pareja (desciende de 53% en 1994 a 50% en 1997), incrementan el andar (de 9% a 10%) y disminuyen la convivencia (de 9% a 3%); en los estratos populares, por el contrario, la condición de estar en pareja se eleva (desde 59% a 65%) y aumentan todos los tipos de relación de pareja, incluyendo la convivencia. Es decir, los jóvenes pertenecientes a los sectores populares realizan procesos orientados al establecimiento de relaciones de pareja más tempranamente que los hombres y mujeres jóvenes de los otros estratos, tendencia contraria a la que siguen los jóvenes de otros sectores sociales.

En la sociedad chilena es creciente el número de hombres y mujeres jóvenes que viven en pareja sin estar casados. Las encuestas CASEN indican que en el transcurso de la década de los noventa de forma consistente aumenta en tales tramos de edad la proporción de sujetos en la condición de soltería, al mismo tiempo que crece la proporción de sujetos que conviven y disminuye la proporción de casados.

CHILE: ESTADO CIVIL SEGÚN SEXO. POBLACIÓN DE 15-29 AÑOS, EN PORCENTAJES

Edad / Estado civil/	1990		1992		1994		1996		1998	
	Hombre	Mujer								
15-19 años										
Casado/a	1,0	6,1	1,1	5,6	1,1	5,4	0,4	3,7	0,2	3,3
Conviviente	0,6	2,0	0,8	2,3	0,7	2,5	1,1	3,5	0,9	3,8
Anulado/a/ Separado/a	0,0	0,3	0,0	0,1	0,3	0,3	0,2	0,3	0,2	0,3
Soltero/a	98,5	91,7	98,0	92,0	97,8	91,7	98,3	92,4	98,7	92,6
Viudo/a	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,1	0,0	0,1	0,0	0,0
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,00	100,0	100,0	100,0
N	621.414	624.938	623.975	626.172	592.890	598.352	639.357	628.755	671.042	652.808
20-24 años										
Casado/a	20,3	34,1	17,5	30,9	15,7	29,0	14,4	25,8	12,0	22,2
Conviviente	3,9	5,6	4,9	6,5	4,8	6,8	6,2	8,5	7,6	9,8
Anulado/a/ Separado/a	0,6	1,9	0,7	2,0	0,6	1,8	0,5	1,8	0,9	1,7
Viudo/a	0,0	0,1	0,0	0,0	0,1	0,1	0,1	0,1	0,0	0,1
Soltero/a	75,3	58,2	76,9	60,6	78,8	62,4	78,8	63,9	79,5	66,1
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
N	617.114	654.388	604.230	632.066	641.921	656.603	632.530	629.383	609.480	645.107
25-29 años										
Casado/a	49,8	55,4	47,5	54,1	46,5	54,2	39,7	49,3	36,3	48,0
Conviviente	6,9	6,6	7,7	7,5	8,0	8,4	11,8	11,4	11,7	11,3
Anulado/a/ Separado/a	1,9	3,9	1,9	3,7	1,6	3,8	2,5	3,9	2,8	4,9
Viudo/a	0,1	0,3	0,1	0,4	0,2	0,5	0,0	0,5	0,0	0,4
Soltero/a	41,3	33,8	42,8	34,2	43,6	33,1	46,0	34,9	49,2	35,5
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
N	571.642	629.917	575.712	622.442	569.293	603.835	551.600	572.974	581.357	581.485

Fuente: Elaboración propia a partir de encuestas CASEN años 1990-1998.

Los datos sugieren una tendencia a la prolongación de la soltería, en especial en relación con los grupos de 20-24 y 25-29 años, los cuales muestran variaciones importantes entre

1990 y 1998; en el primero, con mayor énfasis en las mujeres (58% de solteras en 1990 a 66% en 1998), y, en el último, con mayor énfasis en los hombres (41% en 1990 a 49% en 1998). Del mismo modo, los datos muestran un descenso del matrimonio, el cual se reduce para el rango de 25-29 años entre las mujeres desde un 60% (se incluye en estos datos anulación, separación y viudez) a un 53%, y entre los hombres varía de 52% a un 39%; mientras que para el rango de 20-24 años, entre las mujeres varía desde un 36% a un 24%, y entre los hombres varía de 21% a un 13%. En tanto, el 12% de hombres y 11% mujeres entre 25 y 29 años, el 10% de mujeres y 8% de hombres entre 20 y 24 años, y el 3% de mujeres y 1% de hombres entre 15 y 19 años, participa de un tipo de relación de pareja que, implicando cohabitación, no conlleva conyugalidad.

Entre los sujetos entre 15 y 19 años, en ese periodo, la situación de soltería no se modifica; no obstante, el matrimonio y la convivencia tienden a una inversión de sus niveles. El matrimonio experimenta un descenso: en la población masculina desciende de 1% en 1990 a 0.4% en 1998, en la población femenina, en tanto, desciende de 7% a 4%, y, de modo inverso, la convivencia experimenta un leve ascenso: en la población masculina pasa de 0.6% en 1990 a 0.9% en 1998, y en la población femenina asciende de 2% a 4%.

De manera similar a lo observado por las investigaciones del INJUV, en todos los tramos de edad resulta mayor la proporción de mujeres que de hombres en situación matrimonial y de convivencia, lo que pone en evidencia la existencia de pautas genéricas en el establecimiento de relaciones de pareja, las cuales, pese a que se encuentran sometidas a transformaciones importantes, parecen modificarse más lentamente entre las mujeres¹⁵.

1. El embarazo adolescente en la persistencia del matrimonio

Ahora bien, dado que en los estratos populares la institucionalización de las relaciones de pareja es más elevada y más temprana, resulta necesario indagar sobre la importancia del embarazo en la persistencia de uniones tempranas en esos estratos. Por cierto que es necesario indagar sobre los tipos de emparejamientos y uniones, sus prescripciones culturales y disponibilidades subjetivas que activan respecto de la reproducción biológica. Por otra parte, habrá que buscar sobre la activación sociocultural de respuestas de convivencia frente al embarazo que puedan presentarse con mayor fuerza en estos estratos. Disponemos aquí de datos nacionales indicativos de una más alta condición de maritalidad de las mujeres enfrentadas a la maternidad antes de los 20 años de vida respecto de la población general de mujeres adolescentes. Respecto de la población de mujeres adolescentes entre 15 y 19 años, que alcanzan un nivel de soltería de 92.6% (en el año 1998), las adolescentes en la condición de madres alcanzan sólo un 76.7% (el grupo de 15-17 alcanza a 84.3% y el de 18-19 a 70.8%) (INE 1996, 1998).

¹⁵ Ha de considerarse aquí una tendencia a la sobredeclaración de la situación de casada en el caso de las mujeres que conviven, y del estado de solteros para los hombres en esa misma condición.

III. RESPUESTAS MASCULINAS AL EMBARAZO ADOLESCENTE: LA “EVASIÓN” COMO RESPUESTA EN CRISIS Y LA PATERNIDAD EN SOLTERÍA COMO RESPUESTA EMERGENTE

La situación del embarazo adolescente plantea una situación que necesariamente conlleva opciones y decisiones a tomar. A su vez, el acto de optar y decidir respecto de qué hacer frente a un embarazo adolescente estará inscrito dentro de un conjunto de posibilidades ya dadas principalmente por los sentidos comunes prevalentes en la cultura en la que se está inserto.

En la actual configuración social y cultural de la sociedad chilena las opciones y decisiones posibles frente al embarazo adolescente se organizan en varias respuestas, cada una de las cuales conlleva sus propios dispositivos informacionales, tecnológicos, organizacionales, etc. A su vez, dichas respuestas se organizan como respuestas “genéricamente” organizadas o tipificadas. Dado que el embarazo ha sido representado tradicionalmente en nuestra cultura como una “falla” o imprevisión femenina, el acto de optar o decidir respecto de sus “consecuencias” aparece como un acto propiamente de la mujer. Desde esa perspectiva, las respuestas posibles para una mujer ante el acontecimiento del embarazo son: matrimonio, convivencia, maternidad en soltería, entrega en adopción, aborto, abandono del recién nacido, e infanticidio. Estas dos últimas aparecen silenciadas en los sentidos comunes: son indecibles, so riesgo de exclusión radical de la mujer que adopta tal respuesta, respecto de su comunidad de habla.

Es posible suponer que junto a las respuestas de las mujeres existen otras respuestas específicamente masculinas, configuradas social y culturalmente como disposiciones u orientaciones propiamente de género a actuar de una determinada manera, opciones y decisiones posibles frente al embarazo adolescente. Para el hombre, una diferencia de orden biológico –cual es que el embarazo ocurre fuera del cuerpo masculino– hace posible que, en el plano de la cultura, suceda una respuesta de fuga radical. La externalidad del embarazo al cuerpo masculino permite una respuesta exclusivamente posible para el hombre cual es la de “evadir” directamente cualquier decisión activa respecto del curso del mismo. Dicha “evasión” resulta plausible porque, a diferencia de la mujer, el hombre no tiene en su cuerpo un embarazo respecto del cual es imperativo decidir “dejarlo ser” –y continuar hasta el nacimiento– o “impedirlo ser” –interrumpirlo–. Por tanto, las opciones masculinas contienen una opción no factible para la mujer, cual es la de no participar de ninguna decisión. Así se configura un conjunto de respuestas masculinas posibles frente al embarazo que serían: evasión, aborto, adopción, paternidad en soltería, convivencia y matrimonio.

1. La fuga de la paternidad y la negación del origen del embarazo

La investigación desarrollada en el marco de PRODIR hace ya ocho años no pudo indagar empíricamente en la respuesta de evasión. Aun cuando se accedió a jóvenes que informantes calificados así los tipificaron, ninguno de los convocados reconoció tal condición. Puede sugerirse una deficiencia del diseño de investigación. Puede ser. No obstante, puede sugerirse que el fenómeno investigado resulta crecientemente silenciada en los sentidos

comunes: sea indecible, so riesgo de rechazo social del hombre que adopta tal respuesta, respecto de su comunidad de habla. En este sentido, puede metafóricamente decirse que no comparecieron los evasores, hacerlo se constituía en una suerte de confesión.

Puede afirmarse que en la sociedad chilena la evasión fue una pauta recurrente de respuesta masculina. Una respuesta tal aparece posible porque los sentidos comunes prevalentes en una cultura la incorporan como una opción factible, aceptable o, incluso, deseable. Ello puede ser interpretado como un ausentarse de la paternidad al modo del padre ausente, una de las formulaciones de la antropología respecto de Latinoamérica que remite a las relaciones de género, más precisamente a las relaciones entre hombres y mujeres vinculadas a la reproducción y la familia, conlleva una noción de paternidad que la niega al afirmarla, es la de "padre ausente" (Montesino 1992). Por cierto, esa noción define la condición de hijo como "huacho", y otorga una identidad a la mujer como "madre" y el vínculo básicamente como una díada de madre e hijo. Correspondería a un ethos que se funda en el proceso de conquista.

Ello constituye una perspectiva para observar la paternidad, pero ha sido criticada por esencialista, pues carecería de un fundamento en investigaciones históricas desde el momento de la conquista en adelante, hacia el siglo XVI, periodo durante el cual se habría cristalizado el ethos barroco católico en la cultura latinoamericana, al interior del cual se inserta el legado madre-huacho, y no se fundamentaría en investigación desde este periodo en adelante hacia la época contemporánea. Los evasores de hoy, y su condición de residuales, señalan una crisis de lo que fue una de las versiones de la masculinidad en nuestra sociedad.

Fuga de la paternidad y negación del origen serían hoy, a diferencia del pasado, necesarias e inseparables. Puede sugerirse, además, que la evasión esté siendo crecientemente excluida de los sentidos comunes, tornándose algo difícilmente justificable en un contexto de transformación de la masculinidad, en particular en relación a la paternidad, ámbito este último en el cual algunos investigadores ubican principalmente las transformaciones en la primera, como plantea el sociólogo chileno Marcelo Robaldo en uno de sus textos de tesis doctoral: "Entre el conjunto de prácticas masculinas de los hombres chilenos la paternidad es quizás aquella que constituye en mayor medida un cambio en los ordenes de masculinidad hegemónica. Esto está ligado en gran parte a las transformaciones en las relaciones de intimidad que han comenzado durante la modernidad tardía" (p.1).

Por otra parte, en la actualidad a la reprobación social se añade la exposición a sanción y exigencia legal de reconocimiento de la paternidad. La evasión podría, en términos fenomenológicos, configurar una respuesta de rechazo radical de la paternidad, que apueste al distanciamiento físico y temporal, al olvido, al deseo de negar lo vivido.

2. Paternidad sí / emparejamiento no: la paternidad en soltería.

La experiencia de ser padre se presenta como una experiencia cuyos significados en las biografías de los jóvenes aún están constituyéndose, a pesar del tiempo que puede haber transcurrido desde la situación de embarazo y nacimiento del hijo o hija y, en muchos casos desde el término de la relación con la madre.

Los significados posibles de tal experiencia parecen conllevar una distinción entre el hecho mismo de ser padres adolescentes y la relación con la madre. Mientras el primero

manifiesta una producción de sentidos en proceso (“me ha dado fuerzas para seguir en lo que estoy”), el segundo expresa algo no realizado (“y no fue así”) que, en alguna medida, califica al anterior (“pero”). Aparentemente, esta constante elaboración de significados se relaciona con una “irrupción” del embarazo como algo “sorpresivo”, que conmocionó a una relación de pareja aún en proceso de construcción y de definición de sentidos en función de un proyecto de vida.

La exposición a terceros –a los familiares y amigos y, en general, al orden social– implica también el final de una relación hasta entonces vista como sólo de la pareja y, con ello, de la inminencia de unos cursos biográficos enteramente distintos. Por ello mismo, la situación de comunicación de la pareja (respecto del embarazo) conlleva intensas conmociones en las propias disposiciones personales (“quedarse pa’dentro”, es decir, vivir la perplejidad del cambio inminente sin ser capaz de integrar los mensajes en las estructuras de significación aprendidas en la socialización).

Si el embarazo, implica la exposición de la relación de pareja al juicio de los otros (en lo inmediato y particular al juicio de los padres y amigos y, en lo mediato y general, al orden social) una posibilidad de responder a tales juicios está dada por el aborto (respuesta funcional al orden inmediato y particular y disfuncional al orden mediato y general). La posibilidad del aborto se presenta como una “respuesta normal” (posible, factible, adoptable en unas circunstancias específicas) que se manifiesta “espontáneamente” (“*al tiro se le vino a la mente*”, “*se le pasó la idea del aborto*”) cuando el proyecto de vida se encuentra amenazado (en riesgo de desajuste familiar, social y biográfico).

Sin embargo, la evaluación retrospectiva se realiza en relación al hijo o la hija como una realidad presenta “ahora” (cuando se habla de ello). Lo que iba a hacerse o pudo hacerse (el aborto) aparece explicado en función del “miedo” (exposición a una situación límite). La oposición del hombre al aborto aparece entonces, por un lado, como imposición sobre la mujer (como afirmación de la capacidad de decidir ser padre) y, por otro lado, como imposición de la “cordura” (“*es tirado de las mechas*”, “*ni loco*”). Si un sujeto niega de partida la posibilidad del aborto, otros asumieron inicialmente tal posibilidad (como intento frustrado y luego abandonado). La evaluación retrospectiva permite confirmar las certezas (o superar las dudas) respecto de las opciones tomadas. Sin embargo, el haberlo intentado continúa siendo elaborado como culpa (“*yo me arrepiento*”) que se dirige a los otros (al orden social) como prevención de un riesgo que apenas se evitó (pero que pudo haber negado la actual condición de “padre”). (La activación permanente de la culpa potencial puede también ser vista como auto-percepción de constante exposición a riesgos, de los cuales la posibilidad del aborto –de haberlo hecho o de hacerlo en el contexto de una situación límite– constituye sólo una expresión paradigmática, es decir, se constituye en significante de muchos significados posibles, vinculados entre sí por una auto-imagen del sujeto como expuesto o en riesgo). El aborto de un “hijo en potencia” aparece imaginariamente como un aborto de sí mismo. La interrupción del embarazo aparece como la eliminación de un hijo por parte de la mujer expone al riesgo de autoeliminación imaginaria (“*No se mata un hijo del amor*”). “*Hay mucha gente que no se arrepiente en todo caso, o sea es la sensación más rica que sentí cuando supe que iba a ser papá, porque iba a ser papá junto a la mujer que yo quería y que todavía quiero, pero, no sé, aceptar la idea de realizar un aborto, no sé, no puedo entender, aparte que eliminan una vida, también te estás auto-eliminando tú como persona porque es algo de ti que estás matando, algo de ti y de tu pareja*”.

Sin embargo, la noción de "amor" debe ser vista en el contexto existencial de los jóvenes populares: el encuentro con otro en vista a sí mismo parece constituir su primera experiencia en tanto sujetos distintos, autónomos en proyección –significantes– en las redes de relaciones, comunicaciones y experiencias que constituyen su mundo vital. Por ello mismo, la noción de "compromiso" no sólo se reduce a lo afectivo sino que incluye también su propia ubicación en el mundo –un lugar propio a ser asumido en plenitud– en tanto posibilidad de opción –renunciar al mundo para hacer su propio mundo– única y personal. En esta situación el hijo o la hija parece jugar un rol principal. La significación biográfica de la experiencia de la paternidad conlleva también el deseo o la aspiración de "dejar huellas biográficas" en el hijo o la hija, que les reconozca como padres en un futuro que aún no logran definir.

Esta significación biográfica de la pareja (que también puede expresarse en la noción de "encontrar lo que nunca tuvieron" los jóvenes populares) aparece como una "conversión" (paradigmática) a un orden que todavía les resulta indefinible, pero cuyos rasgos se anuncian en una "nueva disposición" hacia la sexualidad (auto-definida como "conciencia").

De fondo, lo que parece fundar tal percepción de "nuevo orden" es la noción de amor, definida como compromiso asumido voluntariamente y que excluye –o se opone– a una noción de placer o de realización de los impulsos o necesidades biológicas. En otros palabras, la situación de embarazo y de nacimiento del hijo o de la hija se presentan como legítimas y dotadas de sentidos ("*yo nunca me he arrepentido*") en tanto las disposiciones que las generaron pueden ser definidas –nombradas– en función de aquello que el orden social real prescribe –el amor– independientemente o a pesar de que el mismo orden proscriba su realización en condiciones no institucionalizadas –fuera del matrimonio–.

Si el amor legitima la transgresión del orden –y excluye la posibilidad de borrar las huellas de tal transgresión en el aborto– también funda la noción de "hacerse responsables" o de responder al orden social realizando la función de paternidad. Sin embargo, la relación de pareja que antes del embarazo aparecía dotada de unos sentidos (amor, compromiso, complicidad) ahora aparece expuesta a otros sentidos (complejizados por la participación de terceros –los padres, los amigos, la sociedad– que imponen o representan determinadas condiciones institucionales para continuar siendo pareja).

Por un lado, la experiencia de la paternidad puede modificarse drásticamente por disposiciones de la pareja derivadas de su propia experiencia de la maternidad, de modo que el continuar siendo pareja aparezca negado o en riesgo a pesar de las disposiciones propias hacia ello ("*no sé las cosas cómo pueden llegar a extremos*"). Por otro lado, superado el momento inicial de confrontación con el orden, éste puede integrar (o decidir inicialmente re-integrar) a la pareja (de modo que "salgan adelante") puede negar toda integración y aún disolver la integración precaria al momento de conocido el embarazo (echar de la casa) ... o formularse como una alternativa entre "retener" al hijo en el orden familiar o arriesgar su pérdida por la integración de la pareja al orden social.

Por su parte, la retención en el orden familiar parece operar como inducción velada a la evasión (del orden social y del orden familiar de la pareja), para conformar otra relación legitimada desde y por dicho orden familiar. En este sentido, el orden social se manifiesta tanto en su ambigüedad como en su concreción. Por un lado, en la prescripción y proscripción de caminos –la sexualidad y la procreación como experiencias institucionalizadas en el matrimonio– y, por otro lado, en la selectividad social de los

modos de realización de dichos caminos –la prescripción y proscripción de los sujetos con los cuales pueden adoptarse tales caminos–. En este caso, aparentemente la retención en el orden familiar opera no como negación de la institucionalización de la relación –matrimonio o convivencia fundada en compromisos estables– sino como realización de derecho de los padres (autores del hijo y autoridades en sus decisiones) a definir las condiciones en que ello se realiza.

La posibilidad de construir una relación estable de pareja aparece en el deseo y el intento frustrado por lograrlo. Un primer componente parece ser el “miedo” –percepción de riesgo y de escasa posibilidad de manejo de la situación– y la auto-percepción de unas disposiciones complejas. La complejidad de tales disposiciones parece referirse a unas auto-percepciones (prescripciones) de (tener que) “ser fuerte” o de establecer algún control sobre una situación que es controlada por otros –el papá de la niña o lo que resolvieran los padres–.

Se trata de encontrar un modo de ser padres y ser pareja, insertarse en el orden social y adecuarse a las posibilidades o dificultades del orden familiar. Las experiencias involucradas en ello aparecen intensas, transgresoras, o inverosímiles; sin embargo, dotadas de sentido (que sólo excepcionalmente rompe la rutina y les constituye en actores de unas épicas en que “jugárselas” no sólo implica sobrevivencia sino también la posibilidad de construir sentido para sus vidas). *“Claro, si siempre las relaciones de los jóvenes se viven así un poco como... no sé, en cierto modo algo parecido a ‘Bonnie and Clyde’, ‘Lo que el viento se llevó’, tiene algo de pasión, algo de suspenso, algo increíble ¿ah?, de repente parecen películas de espías, entrai por las ventanas y salís por el techo”*.

Sin embargo, se trata también de la historia de una frustración que es necesario “entender” (interpretar y dotar de sentido como una experiencia biográfica límite). No obstante, opera también como un intento de “hacer sentido” –hacer verosímil– unas respuestas de la pareja y del medio que rompen con los sentidos comunes (hasta entonces prevalentes) respecto de la situación de la pareja tanto respecto de sí misma como respecto de la realidad social inmediata (*“sin decir: ‘agua va’”*).

Realizada ya la pérdida definitiva de la pareja, la posibilidad del reencuentro aparece ahora mediada por la posibilidad de activación de unas emociones y sentimientos distintos (venganza) que no sólo podrían afectar a ambos miembros de la pareja sino también el hijo o hija y, con ello, negar también la posibilidad (aunque a la distancia) de la paternidad.

Sin embargo, la situación vivida es también una situación en proceso, aunque ahora organizada en relación al hijo o la hija. A la pérdida de la pareja se añade ahora la posibilidad de perder la paternidad. La relación de paternidad aparece entonces como una relación en disputa, que va a continuar hasta que el hijo o la hija se autonomice –o escape a la presión directa– de la madre o de la nueva pareja de ésta (*“cuando mi hijo esté grande”*) y sea posible establecer con él o ella unas relaciones directas. *“Yo sé que cuando mi hijo esté grande, yo sé que uno de los dos va a sentir la necesidad de buscar al otro, de comunicarse y de saber cómo es el otro realmente, porque también como seres humanos nunca nos quedamos con la idea de una sola de las partes, necesitamos saber la otra parte cómo fue, yo tengo la esperanza de que ...”*.

No obstante, el deseo de una relación futura con el hijo o la hija pasa también por el deseo de una relación “mejor” con la madre (ex-pareja). Ello implica también el reconocimiento de la paternidad del padre por parte de la madre, lo cual, a su vez, conlleva el

deseo o la necesidad de ser llamado “papá” y de excluir a otro hombre (a otra pareja de la madre) de tal posibilidad (el orden social sigue latente en la legitimidad afectiva y no legal de la familia). *“...pero me gustaría que comprendiera que yo soy su papá. No aceptaría la idea de que otra persona ajena el niño le dijera “papá”, me cuesta aceptarlo, a lo mejor lo va a hacer pero a mí me dolería”.*

La auto-conciencia de fracaso en la relación de pareja y de latencia de fracaso en la paternidad conlleva también, por una parte, una disposición a “hablar como padre” (a pesar de las dificultades para establecer o realizar dicha paternidad) y, por otra parte, a reflexionar sobre los posibles “errores” –acciones u omisiones de responsabilidad directa– cometidos a través de la experiencia del embarazo y la paternidad. Tal proyección es realizada (orientada) como comunicación de sus experiencias a otros (en el fondo, como un intento de construir y reconstruir los sentidos de una experiencia biográfica que los ha marcado profundamente).

VI. LAS NUEVAS DISPOSICIONES HACIA LA PATERNIDAD

1. El tránsito desde una legitimación por el amor a la legitimación por el derecho

Como pudo observarse más arriba, la investigación mencionada muestra la existencia de unos sentidos colectivos, a comienzo de los noventa, entre los jóvenes pertenecientes a estratos sociales populares, en que el “amor” (el /la hijo/a nacido/a del amor) funda la responsabilidad y disposición emocional hacia la paternidad. Por cierto, en ese momento no se constituye aún en el contexto nacional e internacional aún la voz de los derechos, aunque la Declaración de los Derechos del Niño tuviera una existencia de varios años. Puede sugerirse que otra forma de legitimación se deriva posteriormente desde una noción de derecho, cuyas versiones trataremos más adelante.

La legislación chilena ha incorporado recientemente una norma que exige de los hombres el reconocimiento de la paternidad biológica. Ello en respuesta a una nueva exigencia en la comunidad internacional de ajustar las legislaciones a la Convención de los Derechos del Niño. En este caso, como un derecho del hijo. Por cierto, los derechos fundan responsabilidades; en este caso, el derecho a tener un padre, implica la obligación de los hombres de asumir como tales.

Sin embargo, la cuestión del derecho a la paternidad puede ser ubicada respecto de los hombres, ya no sólo de los hijos. Remite a su relación con las mujeres. Sugiere Elizabeth Jelin que la formulación y conciencia creciente sobre los derechos sexuales y reproductivos implicará nuevas demandas masculinas e introducirá nuevas tensiones en las relaciones de género.

En la sociedad chilena, no se ha realizado aún, como sugiere Robaldo, investigaciones que miren la disposición de los hombres a reclamar para sí el derecho al ejercicio de la paternidad. Puede observarse, no obstante, en fenómenos como el surgimiento en la sociedad chilena de algunas agrupaciones de padres separados que reclaman una ampliación de derechos, así como su cumplimiento por parte de las mujeres y la justicia, un incipiente desarrollo cultural en este sentido.

2. Cuidado y dinero, o la transformación de la función de proveedor

Puede sugerirse que la instalación de la paternidad entre los hombres jóvenes como ejercicio real supone una deconstrucción de una participación masculina centrada en la función de proveedor; lo que requiere atender a una de las dicotomías clásicas de las funciones de la paternidad y la maternidad, a saber, el cuidado de los/as hijos/as como función materna y la provisión de recursos económicos. Tanto las políticas estatales, como las orientaciones culturales relativas a la paternidad han estado cruzadas por una tensión entre estas funciones. Formulada a la manera de una dicotomía clásica, puede ubicarse a los hombres y mujeres en una y otra polaridad y, con ello, reproducir versiones tradicionales de paternidad. Propuesta a la manera de una nueva integración de tales conceptos en nuevas prácticas.

Ciertamente, puede insistirse en ubicar a los hombres centralmente en la función de proveedores, especialmente demandada en el caso del divorcio o de padres solteros, en lo que se ha interpretado como un movimiento hacia el modelo de paternidad por dinero. Puede, por el contrario, orientarse a privilegiar el cuidado de los/as niños/as por parte de los padres, mediante la custodia compartida tras el divorcio. Asimismo, más globalmente, puede favorecerse su ejercicio mediante políticas que, bajo la distinción entre hombres por la condición o no de padres, promuevan entre quienes lo son sistemas de licencias, vacaciones y permisos basados en la función de cuidado respecto de los hijos. Las formas en que se comporten las políticas así como los sentidos comunes son críticas respecto de las condiciones para favorecer o inhibir la instalación de la paternidad por parte de las generaciones jóvenes de hombres.

V. SER PADRE MEJOR QUE EL PROPIO PADRE

Recientemente hemos asistido con otros investigadores/as a una conversación entre unos hombres jóvenes en La Pintana. Se trataba de una conversación en una jornada de conversación sobre afectividad y sexualidad, JOCAS, era el primer momento, era su conversación, y hablaron largamente sobre la paternidad. De la experiencia de ser hijo, dura, ambivalente, carente. Desde las carencias en la comunicación sobre sexualidad con sus progenitores, los costos personales que ello tuvo en sus cortas vidas, lo incomprensible de haber silenciado un tema con el cual habrían de habérselas solos ahora; de la insuficiente intimidad: la distancia emocional, los atropellos, la falta de escucha; del abuso de poder: la violencia, el abandono, etc., etc. Del deseo de reparar en la propia experiencia de ser padre, mejor, cercano, cuidador, amoroso. Interesante resulta observar cómo la paternidad se integra progresivamente en las conversaciones para interrogarla, revisarla y cuestionarla en sus sentidos comunes más clásicos, de modo parecido a cómo ha ido sucediendo a propósito de la sexualidad, las relaciones familiares, la masculinidad.

Bibliografía

- Abarca, Humberto (1995) "Elementos cualitativos de diagnósticos sobre sexualidad juvenil". Santiago, Chile.
- Bejin, André (1987) "El matrimonio extraconyugal de hoy". En Ariès, Ph.; A. Bejin; Foucault et al. (1987) *Sexualidades Occidentales*. Paidós. Buenos Aires Argentina.
- CEPAL (1991) "La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de caso sobre la transmisión de la pobreza en Santiago de Chile". CEPAL. Santiago, Chile.
- González, Electra (1992) "Adolescente embarazada. Aspectos Sociales". En *Embarazo en adolescentes. Diagnóstico en 1991*. UNICEF/SERNAM. Santiago, Chile.
- González, E., Molina, R. y Contreras, C. (1991) "Algunas características del perfil de adolescentes varones progenitores". En Molina, R (ed.) *Adolescente Embarazada en Chile. Diagnóstico de la Situación, 1991*. Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). Santiago de Chile.
- Instituto Nacional de Estadísticas (1996, 1998) Estadísticas Vitales. Estado Civil madres adolescentes. INE. Santiago, Chile.
- Instituto Nacional de la Juventud (1999) "Familia y Vida Privada de los Jóvenes". Segunda Encuesta Nacional de la Juventud, Cuadernillo Temático (4). INJUV. Santiago, Chile.
- Montecino, Sonia (1992) "Madres y guachos". En ISIS Internacionnal *Espejos y Travesías. Antropología y mujer en los 90*. Ediciones de la Mujer N°16, ISIS. Santiago, Chile.
- Montecino, Sonia (1997) *Madres y Huachos. Alegorias del mestizaje en Chile*. Edit. Sudamericana. Santiago, Chile.
- Olavarría, José (2001) *Y todos querían ser (buenos) padres*. FLACSO. Santiago, Chile.
- Olavarría, José y Rodrigo Parrini (1999) "Los padres adolescentes/jóvenes". FLACSO-UCNICEF. Santiago, Chile.
- Palma, Irma (1990) "Embarazo en Adolescentes: Daño Psicosocial y Proyecto de Vida". En: *Los Jóvenes en Chile de Hoy*. Generación Compiladores. INCh, PSI, CIDE, CIEPLAN y SUR. Santiago, Chile.
- Palma, Irma (1993) "El Embarazo Adolescente desde una Perspectiva de Género". Memoria Reunión de Trabajo Red de Salud de las Mujeres de América Latina y del Caribe. Ediciones ISIS Internacional. Santiago, Chile.
- Palma, Irma y Quilodrán C. (1992) "Embarazo Adolescente: desde el Matrimonio al Aborto, Respuestas Posibles en relación al Proyecto de Vida". Informe de Investigación. Fundación Carlos Chagas y Mac Arthur Foundation. Mimeo.
- Palma, Irma, Quilodrán C., Palma, S., Vilella, H. "Discursos sobre sexualidad y salud reproductiva en adultos jóvenes: factores facilitadores e inhibitorios en la prevención de riesgos". Informe Organización Mundial de la Salud.
- Robaldo, Marcelo (2000) "El discurso sobre lo masculino en hombres jóvenes de clase media de Santiago". Tesis de grado. Sociología, Universidad de Chile. Santiago, Chile.

CAPÍTULO V

BÚSQUEDAS, CONSUMO Y LÍMITES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES MASCULINAS

LA FORMACIÓN DE HOMBRES JÓVENES “GÉNERO EQUITATIVOS”: REFLEXIONES DE LA INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO DE PROGRAMAS EN RÍO DE JANEIRO, BRASIL

Gary Barker* ¹

INTRODUCCIÓN

Investigaciones recientes han llevado a un creciente reconocimiento del costo que ciertos aspectos tradicionales de la masculinidad y de la identidad masculina tienen para los varones: su falta de involucramiento en la vida de sus hijos e hijas, la alta tasa de muertes en accidentes de tránsito, suicidios y muertes violentas, así como un mayor consumo de alcohol y uso de sustancias que las mujeres (WHO 1998; NSW Health 1998; World Bank 1993; Keijzer 1995; Yunes y Rajs 1994; Keys Young 1997; Frydenberg 1997; Manstead 1998). Un cúmulo significativo de investigaciones muestra que la forma en que muchos hombres son socializados y las formas marcadas por el género en que definen su identidad pueden tener consecuencias negativas para su salud y la salud de sus parejas, masculinas o femeninas (Barker 2000a). Una encuesta nacional a adolescentes varones entre 15 y 19 años en Estados Unidos encontró que las creencias sobre lo que es masculinidad aparecen como los predictores más fuertes de conductas de riesgo, los jóvenes con las visiones de masculinidad más tradicionales presentaban mayores tendencias de uso de drogas, violencia, delincuencia y prácticas sexuales no protegidas (Courtenay 1998).

¿Cómo se puede cambiar aquellos aspectos dañinos de ciertas formas tradicionales de masculinidad o identidad masculina? ¿Cómo podemos promover entre los hombres jóvenes actitudes más equitativas entre los géneros? ¿Cómo podemos reducir el uso de la violencia por parte de los jóvenes, tanto entre ellos como contra mujeres jóvenes? ¿Cómo puede fomentarse entre estos jóvenes una mayor responsabilidad en su salud sexual y reproductiva, una mayor cercanía con sus hijos o hijas y un mayor respeto en sus relaciones con mujeres? Estas preguntas son vitales para mejorar la salud y el bienestar de hombres y mujeres.

En este contexto, el propósito de este artículo es doble: (1) ofrecer reflexiones sobre un estudio cualitativo con un grupo de jóvenes más ‘igualitarios en términos de género’ y no violentos de un sector de bajos ingresos de Río de Janeiro, Brasil; y (2) considerar las implicaciones de esta investigación para trabajar con hombres jóvenes en la promoción de equidad de género y prevención de la violencia.

* Traducción del inglés de Ana María Muñoz, Socióloga FLACSO-Chile.

¹ PhD, Instituto PROMUNDO, Río de Janeiro, Brasil.

EL USO DE UNA VISIÓN DESARROLLISTA

Tanto mi investigación como los programas directos con jóvenes varones que coordiné en Río de Janeiro, Brasil, surgen de mi perfeccionamiento en el desarrollo de niños y adolescentes, buscando combinar aspectos intra-síquicos de la formación de identidad y construcciones socio-cultural de la identidad de género y adolescente.

Específicamente en esta investigación, así como en las intervenciones que coordiné, mi intención fue incluir al individuo –y su habilidad de construir su propia realidad, de dar un “giro subjetivo” a su realidad– así como lo social, reconociendo las formas en que el contexto influencia y forma a los individuos.

Diversos autores han sugerido, desde una perspectiva desarrollista, que la socialización de los varones es particularmente relevante en términos de cómo interactúan a nivel interpersonal y en sus relaciones íntimas. Cierta literatura sugiere que estilos de interacción en relaciones íntimas son ‘ensayados’ durante la adolescencia, generando una fuerte base empírica y teórica para trabajar con varones jóvenes en temas de salud reproductiva, necesidades relacionales y equidad de género (Archer 1984; Kindler 1995; Erikson 1968; Ross 1994). Investigaciones con varones adolescentes en diversas partes del mundo sugieren que la visión de las mujeres como objetos sexuales, el uso de la fuerza para obtener sexo y la visión de éste desde la perspectiva del ‘desempeño’, generalmente comienza en la adolescencia y puede continuar durante la adultez (Jejeebhoy 1996; Bledsoe y Cohen 1993). Análisis longitudinales y varios estudios también sugerirían que las formas en que los varones son socializados en la infancia tienen relación con el posible uso que ellos hagan de la violencia en sus relaciones interpersonales, o su asociación con grupos de pares que usen violencia.

Desde luego, las experiencias de la infancia y adolescencia no trazan un destino. Jóvenes y adultos se reconstruyen a sí mismos y cambian a lo largo del tiempo y a través de sus relaciones, pero investigaciones sobre identidad e identidad de género tienden a sugerir que hay cierta estabilidad en nuestras personalidades, en quiénes somos y cómo somos a través del tiempo.

Mi investigación surge del reconocimiento que la identidad cuenta y que cómo identidades de género son internalizadas y reconstruidas también importa. De hecho, la investigación sugiere que algunas identidades parecen ser más ‘saludables’ que otras, claramente algunas son más pro-sociales y funcionan mejor en escenarios difíciles. En los sectores en que he trabajado en Río de Janeiro, el tipo de identidad que un hombre joven adquiriría era para algunos un tema de vida, muerte o prisión. De hecho, numerosos investigadores han afirmado que una mayor conciencia del yo, o coherencia de identidad es asociada con resultados positivos a nivel educacional, bajos niveles de delincuencia y altas tasas de involucramiento comunitario positivo (Damon y Hart 1986; Hart y Fegley 1995). Luthar (1991) mostró que un mayor desarrollo del ego, que se sobrepone con el desarrollo de la identidad, estaba asociado con mejores resultados entre adolescentes de 14 a 17 años en barrios urbanos en Estados Unidos. Numerosos estudios sugieren que aquellos individuos que han asumido compromisos en ocupaciones e ideologías pro-sociales por libre elección se encuentran en mejores condiciones que los que tienen esta firmeza de identidad (Hart 1992). Saber quién se es y tener una evaluación positiva y realista del yo, y construir significados positivos del propio pasado y las experiencias de

la infancia temprana, está asociado con actitudes positivas en circunstancias difíciles y un mejor desarrollo.

Además de la coherencia de la identidad, también es importante el contenido de la identidad construido durante la adolescencia. Investigaciones realizadas en Estados Unidos y el Reino Unido han encontrado que jóvenes delincuentes y antisociales generalmente tienen una evaluación positiva de sí mismos asociada a pares que refuerzan esta auto-evaluación positiva (Cairns y Cairns 1994; Masten et al 1995; Emler y Reicher 1995). Por lo tanto, una auto-imagen positiva (i.e. alta autoestima), una visión del ser como competente en ciertas tareas necesarias para tener éxito en ambientes convencionales (siendo quizás uno de los más importantes el escolar) y un sentido del ser como pro-social son probablemente necesarios para una identidad coherente y autoestima positiva, conducentes a un desarrollo con resultados positivos.

La naturaleza de género del desarrollo identitario en la adolescencia, en este caso la identidad masculina, tiene también implicancias para el desarrollo así como para la vida. Como se planteó anteriormente, los varones que adhieren a identidades masculinas tradicionales sexistas en Estados Unidos y el Reino Unido son más propensos a usar la violencia contra las mujeres y contra otros hombres, y presentan una menor participación en salud reproductiva y cuidado infantil (Archer 1994; Pollack y Levant 1995). Otros autores han planteado que violencia y delincuencia, además de las funciones instrumentales que puedan tener, también dicen relación con la identidad. Emler y Reicher (1995) sugieren que la delincuencia para muchos adolescentes varones es un deliberado ‘proyecto de reputación’, un esfuerzo por afirmar una identidad ante otros, en este caso como delincuente, de manera de obtener un espacio en un grupo de pares antisocial – particularmente para aquellos varones jóvenes que ven fuera de su alcance las metas e identidad dominantes (o que se sienten rechazados por las instituciones sociales formales). Similarmente en Brasil, Zaluar (1994) sugiere que los jóvenes que participan de los *comandos* en las *favelas* son socializados o caen dentro de un “ethos guerrero”, una identidad y un conjunto de códigos que involucran, entre otras cosas, el deseo de usar la violencia para cumplir sus metas, incluido el acceso a bienes de consumo, y que ofrecen status social y una identidad. Dado que la mayor parte de las conductas delictivas y violentas (fuera del hogar) ocurren en grupos y que la mayor parte de los actos delictivos son cometidos por un número relativamente pequeño de adolescentes varones, hay una fuerte validez de la perspectiva que tanto conductas delictivas como violentas en adolescentes son una identidad y no sólo una serie de actos aislados.

¿Pero cómo debemos definir identidad? ¿Qué es? ¿Podemos medirla? ¿Es estable en el tiempo? ¿Cómo podemos medir sus cambios?

Desde una perspectiva occidental, el consenso entre los teóricos desarrollistas es que la adolescencia es el momento particular en el ciclo vital para construir una historia de vida, para dar significado a nuestras experiencias, para conectar las piezas de la existencia personal en el tiempo y construir una narración más o menos coherente de nuestra vida y persona; en otras palabras, de formar una identidad (Csikszentmihalyi y Larson 1984; Hoare 1991).

Erikson y otros desarrollistas argumentan desde una perspectiva occidental que durante la adolescencia, habilidades cognitivas emergentes proveen a la mayoría de los adolescentes la habilidad para imaginar futuros posibles y múltiples versiones potenciales del yo. Algunos investigadores y teóricos sugieren, sobre la base del trabajo de Erikson, que la

tarea de la adolescencia es integrar estos múltiples y contexto-específicos yo, en conjunto con la propia noción de posibles yo futuros, en una "auto teoría" coherente o identidad. (Harter 1990). Erikson (1968) caracterizó esta experimentación con varias identidades como "probar varios sombreros" antes de acomodarse en una identidad más coherente.

Sin embargo es importante introducir una advertencia aquí. En algunas culturas y contextos, la noción de probar diferentes sombreros o considerar identidades alternativas puede no existir o puede estar restringida significativamente. En semejantes culturas o subgrupos, las identidades adultas pueden estar claramente proscritas, y la noción de elección puede no ser valorada o no estar disponible. Además, en algunas culturas, la noción del yo como autónomo puede ser más difusa o simplemente puede no existir (Shweder, 1996). En tales ambientes, la identidad puede ser menos acerca del logro de la identidad individual y más sobre el yo-en-relación, o el yo como parte de una identidad colectiva. Y, como se mencionó previamente, debemos tener en mente que algunos aspectos de la identidad cambian tremendamente a lo largo del tiempo. El "yo" que soy a los diez y ocho puede ser muy diferente a mi "yo" a los cincuenta. También vale a la pena problematizar el propio concepto de adolescencia. Para muchos individuos, definir la identidad es algo que pasa en toda la vida o en varios momentos a lo largo de su vida. En este sentido decir que solamente se forma la identidad en la adolescencia es limitante.

Al discutir la identidad de género, es importante no sobre-simplificar y no caracterizar a los individuos como puramente autónomos, ni tampoco sobre-recetar como se forma la identidad. Las perspectivas de construccionismo social sobre identidad de género y masculinidades han sido extremadamente importantes precisamente porque han puesto atención en el rol preponderante de la cultura y del contexto social y han cuestionado correctamente las tendencias determinísticas de algunas teorías de identidad de género de base psicoanalítica. Las teorías sociales constructivistas han sido importantes para cambiar nuestro foco del estudio desde la identidad de género como un proceso intra-psíquico a analizar diferentes tipos de masculinidades que se encuentran y reproducen en un contexto social dado. Sin embargo, si bien las perspectivas constructivistas son extremadamente útiles para explicar la pluralidad de identidades de género y masculinidades y el rol de la cultura, han ofrecido pocas reflexiones sobre la interacción entre lo intra-psíquico y lo social, y sobre cómo los individuos pueden construir identidades alternativas en un mismo escenario.

ESTUDIANDO LA IDENTIDAD MASCULINA EN LA FAVELA

Mi investigación surgió de un interés en estudiar la identidad masculina en ambientes de bajos ingresos y, específicamente, en comprender cómo algunos hombres jóvenes en estos contextos son capaces de afirmar sus identidades masculinas basadas en el respeto por sus parejas femeninas (identidades más equitativas de género) y no-violentas (no involucradas en pandillas) y qué factores parecen explicar estas identidades masculinas más equitativas y menos violentas. Descubrimientos de esta investigación alimentaron el desarrollo de un programa con el Instituto PROMUNDO y son el marco de una evaluación de impacto para medir cambios en las actitudes de hombres jóvenes.

Inicialmente, usando un enfoque cualitativo, y de base etnográfica, realicé múltiples entrevistas de historias de vida e interactué por más de un año con veinticinco hombres

jóvenes en una *favela* (Nova Holanda, un barrio al interior de una *favela* mayor llamada Complejo de Maré), un vecindario de bajos ingresos, donde *comandos* armados, traficantes de drogas (de alguna manera, pero no exactamente equivalentes a pandillas en el contexto de los Estados Unidos, Colombia, partes de América Central y Jamaica) han sido poderosas fuerzas sociales que han reclutado muchos hombres jóvenes de la comunidad. Durante el período estudiado (iniciado en 1999-2000, y continuado durante el 2002 con un nuevo proyecto de investigación) este barrio enfrentó lo que sus residentes llamaron “*esta guerra*” refiriéndose al intenso conflicto armado entre dos *comandos* rivales que luchan por el territorio para traficar cocaína y marihuana (y algunas veces para llevar adelante otras actividades de crimen organizado).

Los hombres jóvenes estudiados enfrentan la presión social para probar y definirse como hombres, que en este escenario significa primero y sobre todo trabajar y proveer para sí mismos y sus familias. Sus opciones de lograr la “verdadera hombría” como es definida localmente se encuentran entre: (1) una versión más convencional de hombría basada en encontrar un trabajo legítimo, algo difícil para hombres jóvenes con bajos logros educacionales; o (2) una versión violenta de la hombría asociada con los *comandos*, o bandas de tráfico de drogas. Por supuesto, la tensión entre ser un “trabajador duro” versus ser parte de pandillas armadas y violentas de tráfico de drogas es sólo uno de sus múltiples desafíos. Estos hombres jóvenes también enfrentan el desafío diario de hacer frente a un medio violento, de bajos ingresos, y a la exclusión relacionada con ser hombre joven, Afro-Brasileño, de bajos ingresos en una sociedad racista y clasista. Los hombres jóvenes también luchan por permanecer en la escuela, y mantener contacto con la escuela de algún modo significativo. En virtud de su bajo logro educacional y limitada exposición al mercado de trabajo formal, ellos enfrentan desafíos para conseguir trabajos. También están aprendiendo a relacionarse con mujeres jóvenes en relaciones de intimidad y a manejar los conflictos en estas relaciones.

Muchos también enfrentan la paternidad temprana y la presión que trae consigo el ser padre. Finalmente, los hombres jóvenes se enfrentan con las dificultades relativas a las tensiones familiares, incluyendo conflicto familiar, violencia familiar, la muerte o encarcelamiento de uno de los padres, abandono de los padres biológicos y pobreza familiar.

Este estudio se basa en un estudio previo en Río de Janeiro (1994-1995) en que entrevistamos cincuenta y ocho adolescentes y hombres adultos jóvenes de quince a treinta años en focus groups. En cada focus group había uno o dos hombres jóvenes que cuestionaban las visiones dominantes de que el sexo para los hombres es visto como una urgencia incontrolable, que la violencia contra las mujeres era justificable en casos de infidelidad y la falta general de involucramiento masculino en los asuntos de salud reproductiva (Barker y Loewenstein 1997). Posteriormente llevamos a cabo ocho entrevistas individuales con estos hombres más equitativos de género, la mayoría de los cuales reportó y describió relaciones o interacciones con un pariente, amigo o adulto importante que modeló o sustentó roles de género no tradicionales.

Basándonos en este primer estudio, en 1999 comenzamos un proyecto de investigación cualitativo con un grupo de hombres jóvenes que actuaban con mayor equidad de género que las normas predominantes en la comunidad. Un estudio previo en un asentamiento de bajos ingresos en Chicago, Estados Unidos, sirvió de prueba piloto de la metodología y para pulir los conceptos (Barker 1998). Los hombres jóvenes en Río de

Janeiro vivían en un sector urbano de bajos ingresos, donde las versiones dominantes de masculinidad están asociadas con un limitado involucramiento masculino en salud reproductiva y cuidado infantil, un sentido de derechos masculinos al sexo con mujeres y una amplia tolerancia a la violencia contra las mujeres. En suma, estos hombres jóvenes estaban socializados y aceptaban la masculinidad hegemónica en Brasil que es caracterizada por la “actividad” de los hombres y la “pasividad” de las mujeres, y la predominancia de la capacidad sexual de los hombres por sobre la capacidad sexual de las mujeres (ver Parker 1991 y 1998).

Tanto para identificar como describir a los hombres jóvenes entrevistados en este estudio, usamos el término “equitativos de género” para referirnos a hombres jóvenes que:

- (1) Son respetuosos en sus relaciones con mujeres jóvenes y en general buscan relaciones basadas en la igualdad e intimidad en vez de la conquista sexual y creen que hombres y mujeres tienen iguales derechos, y que las mujeres tienen tanto deseo sexual y “derecho” a la actividad (agency) sexual como los hombres.
- (2) Buscan involucrarse como padres, para aquellos que ya son padres, lo que significa que ellos creen que deben hacerse cargo económicamente y asumir al menos alguna responsabilidad de cuidados por sus hijos. Han mostrado este involucramiento proporcionando al menos algún tipo de cuidado infantil, mostrando preocupación por proveer financiamiento para el niño, y/o tomando un rol activo en el cuidado de la salud de sus hijos.
- (3) Asumen alguna responsabilidad en asuntos de salud reproductiva. Esto incluye tomar la iniciativa para discutir materias de salud reproductiva con su pareja, usar condones o ayudar a su pareja para conseguir o usar un método anticonceptivo.
- (4) No usan violencia en contra de las mujeres en sus relaciones íntimas, y se oponen a la violencia en contra de la mujer. Esto puede incluir hombres jóvenes que relatan haber sido violentos hacia una pareja mujer en el pasado, pero que actualmente creen que la violencia contra la mujer es un comportamiento no aceptable, y que no aprueban este comportamiento por parte de otros hombres².

Pocos o ninguno de los hombres jóvenes entrevistados cumplen las cuatro características todo el tiempo, si es que las cumplen alguna vez. Pero esta investigación identificó una importante minoría de hombres jóvenes que al menos parte del tiempo demostró un alto grado de comportamiento equitativo de género y actitudes en sus interacciones con mujeres jóvenes, más que el comportamiento de sus pares y hombres adultos en el mismo contexto. Para la mayoría de los hombres jóvenes, es más apropiado considerar-

² Estos cuatro criterios “género equitativo” deben ser considerados exploratorios. Se basan en parte en lo que han sido los logros fundados del involucramiento masculino en proyectos de salud reproductiva, y en parte en lo que las mujeres dicen que “quieren” de los hombres. Usando estos cuatro criterios, una escala exploratoria ranqueada mas detallada fue ideada para ordenar los hombres jóvenes como alto, medio o bajo en “equidad de género”. Los hombres jóvenes fueron ordenados usando notas de campo y transcripción de entrevistas. El orden de las escalas enfocó en los comportamientos y actitudes con respecto al mayor peso dado al comportamiento informado por los jóvenes varones. Las entrevistas con los miembros de la familia, equipos que trabajaban con los jóvenes y observación personal también se usaron para calificar el grado de “equidad de género” de los jóvenes. Un segundo lector estuvo comúnmente leyendo las transcripciones de las entrevistas de algunos de los jóvenes para proveer un orden independiente de los varones jóvenes.

los en transición en términos de roles de género antes que verdaderamente “género-equitativos”. Mas aún, ser más género-equitativo no es probablemente un estado o cualidad que los hombres jóvenes alcancen y luego posean para el resto de sus vidas. El comportamiento de los individuos es complejo y contextual, cambiando a través del tiempo y en diferentes relaciones. Sin embargo, en el curso de interacciones con estos hombres jóvenes durante un año, había al menos alguna consistencia con sus comportamientos y actitudes. Finalmente, mientras algunos de los hombres jóvenes entrevistados reportaron haber tenido relaciones sexuales con otros hombres, todos los hombres jóvenes entrevistados se identificaron a sí mismos como heterosexuales, y la investigación se enfocó en sus relaciones íntimas con mujeres.

Los métodos de investigación incluyeron observación e interacción con veinticinco hombres jóvenes de quince a veintiún años, dos días a la semana por un año; tres grupos focales de discusión y aproximadamente quince grupos informales de discusión con hombres jóvenes, mujeres jóvenes y adultos de la comunidad; una entrevista de historia de vida de tres partes con nueve varones; entrevistas con cuatro miembros de la familia dispuestos a ser entrevistados; y aproximadamente quince entrevistas a informantes claves en la comunidad. Los casos de estudio fueron las historias de vida de nueve de los hombres jóvenes. En atención a que las definiciones de equidad de género estaban siendo desarrolladas mientras la investigación progresaba (y porque también estábamos desarrollando intervenciones para el trabajo con hombres jóvenes mientras el estudio se llevaba a cabo), la investigación es un estudio cualitativo, iterativo, orientado etnográficamente. Si bien limitado solamente a un año de observación e interacción, la investigación toma una perspectiva desarrollista, de ciclo de vida, acompañando a los hombres jóvenes durante la formación y disolución de relaciones, embarazos (algunos interrumpidos, algunos llevados a término), ingresando al ejército o consiguiendo empleo, y numerosas crisis y triunfos individuales.

Los veinticinco hombres jóvenes que formaron el grupo mayor de los cuales nueve fueron seleccionados para entrevistas individuales representan un grupo auto-seleccionado de hombres jóvenes de la comunidad que estaban participando en un grupo de discusión sobre salud y sexualidad. De este grupo de veinticinco, que ya son relativamente diferentes en términos de normas de género al participar en el grupo de discusión, pedimos a los líderes del grupo que identificaran un número de hombres jóvenes que: (1) mostrara al menos uno o dos de los criterios de ser más “equitativo de género” como se describe más arriba, y/o (2) tuviera una historia relativamente significativa de relaciones con mujeres jóvenes (i.e. tenían una historia de relaciones de la que hablar en una entrevista). Aproximadamente todos los hombres jóvenes del grupo de veinticinco cumplían con estos dos criterios. La selección final de los nueve hombres jóvenes de este grupo de veinticinco fue entonces una muestra parcialmente conveniente, con un sesgo hacia los hombres jóvenes que eran algo mayores (diez y siete y más) porque tenían más historia de vida que relatar.

MAPEANDO MASCULINIDADES EN UNA FAVELA EN RÍO DE JANEIRO

El escenario para esta investigación es una *favela* (un asentamiento urbano de bajos ingresos) en Río de Janeiro con una población total cercana a 160,000 personas que va desde familias de clase trabajadora con viviendas más adecuadas, a áreas de bajos ingresos con viviendas más precarias. El área está localizada cerca del aeropuerto internacional de Río de Janeiro y de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Debido a su visibilidad y a su alto grado de violencia, esta *favela* ha sido terreno para varias iniciativas gubernamentales de viviendas sociales, de educación y recreación. También es escenario de una tremenda actividad de *comando* (pandillas armadas de tráfico de drogas que controlan un territorio específico), con peleas entre pandillas rivales que generan una fuente constante de estrés.

Como en cualquier área, observamos y mapeamos un rango de masculinidades o categorías de identidad masculina, primero explorando las categorías que usaban los hombres jóvenes, que son las siguientes:

- *Bandidos o Gángsteres*: Aquellos que participan en los *comandos* de tráfico de drogas son comúnmente llamados *bandidos* (ladrones o gángsters), y pueden comprometer hasta un quinto de los hombres jóvenes en la comunidad (generalmente de edades quince y más). El involucramiento en los *comandos* puede variar desde "soldados" portadores de armas y "mirones" a mensajeros, o "agentes de ventas," todos los cuales implican diferentes grados de riesgo y uso de violencia.
- *Estudiantes*: Esto se refiere a hombres jóvenes que están conectados o relacionados con el sistema escolar y que encuentran una identidad positiva y significativa en el sistema escolar formal. Esta *favela* tiene algunos hombres jóvenes que han tenido éxito educacional (completaron la escuela secundaria) y están matriculados en diversas formas de la educación secundaria o terciaria. Estos son probablemente menos de un tercio de los hombres jóvenes en la comunidad.
- *Trabajadores, o Trabajadores Pesados*: Hay muchos hombres jóvenes que trabajan a tiempo completo, o que están incorporados en programas de entrenamiento vocacional de alguna clase y, por lo tanto, son raramente vistos en las calles durante el día, a menos que sea cercano a su lugar de empleo. Una sub-categoría de los *trabajadores* son los llamados *biscateiros*, refiriéndose a hombres jóvenes que tienen trabajo o asignación de tareas de corto plazo, irregulares.
- *Payaso, holgazán, contra-artista*: Esta categoría se refiere a hombres jóvenes que "se las arreglan" teniendo un buen sentido del humor, haciendo reír a otros o usando sus habilidades callejeras. También pueden trabajar parte de su tiempo, o ser estudiantes, pero sus identidades son menos definidas por el trabajo o el estudio de lo que son por sus personalidades.
- *Creyentes, Evangélicos o "Creyentes Religiosos"*: Estos son hombres jóvenes que participan en alguno de los grupos religiosos evangélicos de la comunidad. La participación en un grupo religioso representa un camino para que aquellos hombres jóvenes involucrados previamente en bandas salgan de las pandillas (ya que esta es una de las pocas razones "aceptables" para dejar la banda). Para otros hombres jóvenes, además del contenido y significado religioso, el ser parte de estos grupos

evangélicos les ofrece contactos con una red de individuos que informalmente los ayudan en encontrar empleo.

Los hombres jóvenes de los *comandos* fueron descritos como la versión extrema de seres de una versión tradicional, insensible y violenta de la masculinidad. La participación en un *comando* generalmente representa una versión de la masculinidad caracterizada por: (1) usar la violencia para obtener logros personales, y disposición a matar si es necesario; (2) actitudes insensibles hacia las mujeres, incluyendo el uso de violencia en contra de ellas; y (3) una concepción exagerada del “honor masculino” que incluye una propensión a usar violencia en altercados menores e insultos.

Las mujeres jóvenes que están románticamente relacionadas con hombres jóvenes que participan en *comandos* deben ser absolutamente fieles, y después de terminar con un *bandido* no están autorizadas para salir con nadie más en la *favela*. La trasgresión de estas reglas puede resultar en una expulsión forzada de la comunidad o en la muerte. Algunos autores sugieren que la versión de masculinidad reforzada por los *comandos* representa una versión extrema o exagerada de una masculinidad hegemónica dominante encontrada en los sectores de ingresos bajos y medios bajos en Brasil (Zaluar 1994; Linhales Barker 1994).

Sin embargo, si bien había una categoría claramente definida para al menos algunos hombres que tratan a las mujeres de forma sexista y violenta, no existía una categoría claramente identificada para los hombres que son más género-equitativos. Algunas mujeres jóvenes se refieren a los hombres con más equidad de género simplemente como “hombres buenos”. Muchos de los hombres jóvenes más sensibles a la equidad de género describen tíos, padres u hombres que ellos conocieron a quienes describían como dedicados a sus familias, y algunas veces llamados “buenos padres”, pero no había una categoría definida claramente para hombres más equitativos como sí la había para las otras categorías.

Aún entre los hombres que no son parte de los *comandos*, informantes claves reportaban que hay una visión preponderante entre los hombres en la comunidad de que la salud reproductiva es una responsabilidad de las mujeres, que a los hombres les está permitido y se espera que tengan parejas sexuales ocasionales, mientras que las mujeres deben ser fieles, que el involucramiento de los hombres en tareas domésticas incluyendo el cuidado infantil era limitado, y que muchos adultos y hombres jóvenes toleraban el uso de la violencia en contra de la mujer, si bien no al extremo, decían, de los hombres de los *comandos*. Los hombres de los *comandos* eran descritos como “golpeadores de sus mujeres como muñecas”, mientras muchos otros hombres en la comunidad decían usar la violencia “cuando la mujer había hecho algo como para merecerla”.

Si estas son las visiones prevalentes de la masculinidad, sin embargo, hay excepciones, y estas excepciones fueron el foco de nuestra investigación. Unos pocos hombres en la comunidad, incluyendo algunos de los hombres jóvenes entrevistados, pueden ser vistos en espacios públicos cuidando niños pequeños. Los hombres jóvenes entrevistados informaron de padres o tíos que viajaban largas distancias para mantener a sus familias e hijos, y para mantener lazos con los hijos, aun cuando no estuvieran viviendo con la madre de los niños. Un grupo de diez a quince hombres de la comunidad ha formado un grupo de conversación de hombres que lleva a cabo actividades de servicio comuni-

tario. Sin embargo, la mayoría de los hombres de la comunidad, de acuerdo con las entrevistas y algunas observaciones, actúan generalmente de manera tradicional, ‘no-género-equitativa’ como fue descrito previamente.

Los veinticinco hombres jóvenes que han estado participando en un grupo de discusión juvenil, representan un grupo de hombres jóvenes que no están involucrados en los *comandos* (aún cuando muchos tienen hermanos u otro miembro de la familia que sí lo está), que no están teniendo éxito en la escuela y que generalmente no están trabajando a tiempo completo; hombres jóvenes que parecen de alguna manera carecer de un espacio donde encajar. Algunos de los jóvenes sobresalen en la comunidad por el hecho que son vocales y visibles, componiendo rap que promueve la paz en vez de la violencia. Los hombres jóvenes, mientras no están envueltos en los *comandos*, reportan que ellos tienen buenas relaciones con el *comando*; es peligroso hablar abiertamente en contra del *comando*.

Los hombres jóvenes entrevistados eran casi todos compañeros de curso, vecinos o amigos. Casi todos se auto-caracterizan como negro o “afro”, refiriéndose a “afro-brasileño.” Casi todos estos jóvenes estaban estudiando en el nivel primario (hasta el 8º grado), y por lo tanto están varios años atrasados respecto al grado acorde con su edad; la mayoría tiene menos de cinco años de educación formal.

¿QUÉ PODRÍA EXPLICAR QUE ALGUNOS NIÑOS LLEGUEN A SER MÁS GÉNERO-EQUITATIVOS Y NO VIOLENTOS?

Al presentar los resultados de nuestra investigación, es importante de reconocer las limitaciones del estudio. Debido a que no hubo un verdadero grupo de comparación, los hombres jóvenes más género equitativos están siendo comparados con los comportamientos comunes de los hombres en este asentamiento, de acuerdo con lo que recogimos de los informantes clave y de la gente joven entrevistada. Aún más, el número de hombres jóvenes observados y entrevistados es pequeño para los propósitos de una generalización. Los jóvenes fueron deliberadamente escogidos ya que representaban de alguna manera un pequeño grupo que está fuera de la comunidad (“desviados positivos” pueden llamarlos algunos). Sus historias nos interesaron precisamente porque eran diferentes, pero este hecho limita nuestras posibilidades de generalizar a partir de sus vidas.

El análisis de las entrevistas transcritas y las discusiones de grupos se centró en identificar factores en tres niveles –el nivel individual, el nivel familiar y el más amplio escenario social contextual– que parece haber permitido a estos jóvenes obtener una identidad masculina con más igualdad de género que las normas predominantes. Antes de entregar estos descubrimientos, sin embargo, es importante destacar algunas de las realidades de las vidas de estos jóvenes:

- **Bajo logro educacional.** Para la mayoría de los hombres jóvenes, la escuela carece de importancia inmediata y a la mayoría le falta incentivos y modelos de roles para completar la escuela en su barrio. De aproximadamente 25 jóvenes, 15 están todavía matriculados en el colegio, y todos tienen al menos un año de repitencia escolar (fracasaron por lo menos un nivel). Parece haber un patrón normativo en las dificultades escolares que lleva al menos a un año de repitencia durante el rango de edad de 11-13 años, cuando muchos de los jóvenes comienzan a incorporarse a su verdadero grupo de pares. Como grupo, los

jóvenes no están fuertemente conectados con la escuela, pero tampoco son antagonistas hacia ella.

- **Violencia familiar.** Mientras las familias representan para estos jóvenes una tremenda fuente de fortaleza y formación, también representan una combinación de protección y exposición a la violencia relacionada con las pandillas, y son el escenario para una considerable violencia interpersonal. La mayoría de los hombres jóvenes reporta incidentes de hombres que son violentos hacia las mujeres en sus hogares, algunos casos de represalias de mujeres (pero menos amenazantes físicamente) violencia hacia hombres, y unos pocos casos de haber sido víctimas de violencia por sus padres. En varios de los incidentes, la familia extendida intervino para ofrecer continuidad en el cuidado de los jóvenes.

- **Violencia comunitaria y los comandos.** Casi todos los hombres jóvenes tienen un extenso conocimiento e interacción con los *comandos*, y la violencia llevada a cabo por los *comandos* es un factor constante en la vida comunitaria. Durante el curso de un año, la lucha entre *comandos* rivales se desató, llegando a numerosas muertes y “ocupación” policial de la comunidad por períodos cortos de tiempo; durante uno de los incidentes, cerca de la mitad de los 25 jóvenes se quedó en casa de parientes en otras comunidades. Ninguno de los jóvenes está involucrado en los *comandos* (aun cuando al menos tres de ellos lo estaban previamente), pero todos tienen amigos, primos, hermanos y otros miembros de la familia que lo están. En términos de sus interacciones con los *comandos*, los jóvenes describen los *comandos* como útiles, accesibles, amistosos y respetuosos hacia aquellos que los respetan. Varios de los jóvenes describen momentos de llamada a miembros del *comando* para resolver conflictos, particularmente aquellos que involucran violencia doméstica.

Dado que los *comandos* representan de alguna manera el ejemplo más extremo o visible de una visión tradicional de la masculinidad, sexista, el no estar involucrado en el *comando* está de alguna manera relacionado o es el correlato de ser más género-equitativo. Así, parte del análisis de datos se ha centrado en los factores que han permitido a estos jóvenes mantenerse fuera de los *comandos* (y de ser más género-equitativos). Los hombres jóvenes entrevistados –reflejando su alto grado general de auto-reflexión– perciben el significado subjetivo dado a la propia vida como un factor que separa a aquellos que están en los *comandos* de quienes están fuera de ellos. Varios de los jóvenes dijeron que tenían todos los factores de riesgo como para convertirse en un miembro de los *comandos* –por ejemplo, provenían de familias de bajos ingresos y tenían hermanos y otros miembros de la familia involucrados– pero no se involucraron. Ser el más joven de una familia, en que los miembros mayores están involucrados en *comandos*, parece ser un factor de protección en contra de la inclusión en *comandos*. Después de “perder” un hijo por los comandos, las familias se esfuerzan más para prevenir que otro se una. El percibir que se tienen otros medios para hacer frente –fundamentalmente estar dispuestos a recurrir a otros para pedir ayuda en tiempos de crisis personales– parece ser otro factor. Tener un espacio para “pensar en voz alta” sobre por qué no unirse a un *comando*, tanto como ser capaz de expresar temor ante la violencia representada por los *comandos*, también parece ser importante. La habilidad de la familia de un joven para proporcionarle apoyo personal durante sus crisis y de monitorear sus movimientos y los de su grupo de pares también eran cruciales.

Muchos de los hombres jóvenes no-involucrados en –*comando*– también se quejaban de que los jóvenes en los comandos eran capaces de “obtener” [o conquistar] más mujeres, en

gran parte porque eran vistos como poderosos y tenían acceso a dinero: “GB: ¿Por qué a las mujeres les gustan los tipos en los comandos? João³ (edad 19, padre adolescente): *Porque tienen las mejores ropas. (Una chica dice): ‘Huh, ¿Voy a salir yo con un tipo sin dinero? El no me da nada’. Pero un gangster puede dar una motocicleta o cualquier cosa que ella desee porque un gangster nunca sale sin dinero... Pero si una chica sale con un trabajador esforzado, ustedes saben como es, él pasará un mal rato encontrando trabajo y para tener dinero. Por ello las chicas prefieren salir con un gangster porque es raro encontrar una mujer (en este lugar) que sea trabajadora esforzada. Es difícil encontrar eso”.*

- **Empleo.** Para la mayoría de los hombres jóvenes entrevistados, sus definiciones de masculinidad estaban relacionadas al trabajo y el ser capaz de mantener a la familia y a sí mismos. Solamente dos o tres de los aproximadamente veinticinco jóvenes estaban trabajando a tiempo completo. Otros habían tenido previamente trabajos, a tiempo completo o a tiempo parcial, pero habían sido despedidos o no los requerían más. Aquellos que aún no cumplían diez y ocho años y no se habían presentado al servicio militar citaban esto como un impedimento para obtener un trabajo a tiempo completo.

La mayoría de los hombres jóvenes eran apoyados por sus familias (extendidas o nucleares) y se percibían a sí mismos como teniendo una moratoria adolescente limitada hasta que comenzaran a trabajar a tiempo completo. Algunos hombres jóvenes sentían una intensa presión de sus familias porque trabajaran. Otros ponían presión sobre sí mismos diciendo que querían trabajar, pero no podían encontrar nada. Unos pocos jóvenes tenían como su meta ocupacional el convertirse en jugadores profesionales de fútbol y pasaban la mayor parte de su tiempo practicando y jugando en clubes de entrenamiento que son parte de los equipos profesionales de fútbol en Brasil. Varios de los jóvenes están esperando entrar al ejército como un camino para tener empleos estables.

- **Equidad de género y las visiones hacia las mujeres.** Los hombres jóvenes entrevistados generalmente apoyan o aceptan la masculinidad hegemónica en que la sexualidad masculina es “naturalmente” incontrolable, en que a los hombres les está permitido e incluso se espera de ellos que tengan relaciones sexuales fuera de su unión o relación estable (incluyendo uniones formales, matrimonios y relaciones de noviazgo), y en que a los hombres se les permite esta libertad sexual mientras que a las mujeres no. Sin embargo, al menos unos pocos de los jóvenes entrevistados dicen ver la fidelidad mutua como “justa”, y dijeron estar en el momento intentando construir relaciones íntimas basadas en la confianza mutua. (Ninguno pareció soportar la posibilidad que ambos, ellos y sus parejas, pudieran tener parejas ocasionales). Estos hombres jóvenes más género equitativos también cuestionaban la falta de compromiso masculino en la salud reproductiva y el cuidado infantil, y generalmente no apoyaban la violencia en contra de las mujeres. Varios de los hombres jóvenes son padres jóvenes comprometidos. Uno de los jóvenes se comparaba a sí mismo de esta manera con relación a otros padres adolescentes en la comunidad: “João (padre adolescente, 19): allí está ese tipo que es amigo mío y que tenía una novia y ella quedó embarazada y él la abandonó cuando estaba embarazada, y a él nunca le gustó trabajar, y él no hace nada, sólo recibe de su madre. Y su novia tuvo el bebé y él no trabaja para nada. El no da nada al bebé, nada a la chica, no quiere trabajar. Mi punto de vista es

³ Todos los nombres son seudónimos.

diferente. Yo pienso en trabajar porque quiero tener una familia, una buena familia de verdad. Yo quiero estar con ellos cuando me necesiten, aceptando mis responsabilidades. Aun si yo me fuera a separar de la madre de mi hija y tuviera otra esposa, no me voy a olvidar de mi hija. Ella siempre estará primero. Pero muchos tipos jóvenes, ellos no piensan en trabajar, sólo piensan en robar, usar drogas, fumar. Aquí eso es normal. Pero yo, yo no. Yo me mantengo fuera de eso, drogas y fumar y cosas. Pueden pensar que soy cuadrado, entonces seré cuadrado”.

Después de describir la versión de masculinidad presente en este asentamiento, analizamos el discurso de nueve hombres jóvenes que fueron entrevistados tres veces individualmente en un intento por identificar *factores en tres niveles que pudieran explicar como adquirirían actitudes con más equidad de género que sus pares*. A partir de cada uno de estos factores, desarrollamos o afinamos programas de intervención, como se describe en la sección final.

a) *Variables Personales / Características Individuales*

Jóvenes con una mayor habilidad para reflexionar acerca de su pasado, para conectar pasado y presente, y para identificar los costos de la versión dominante de masculinidad parecían estar más dispuestos a ser género equitativos y no violentos (no envueltos en pandillas). Adicionalmente, el haber sido víctima de, o testigo, o aún haber sido parte de violencia masculina, y haber sido capaz de reflexionar sobre los costos de esa violencia, y de expresar dolor o remordimiento, estaba asociado con el logro de una versión de masculinidad más género-equitativa. Algunos de los jóvenes relataban historias de hombres que terminaban solos, o quedarse solos, por el doble estándar de los hombres de tener parejas sexuales ocasionales: *“Gustavo:... un montón de tipos tendrá una novia, y luego irán y la engañarán. Por eso después cuando quieran encontrar una novia, será difícil. Porque las chicas pensarán: ‘¿Acaso quiere este tipo estar conmigo y después se irá con otra?’ Por eso las chicas no quieren salir con él. Por eso el tipo empezará a pensar y se irá despacio. Empezará a salir solo con una chica”.*

Similarmente, otro joven contó: *“GB: ¿Cómo es para un hombre estar con sólo una mujer? Fernando: No es fácil. GB: ¿Cómo qué? Fernando: Como si tú tienes tu chica, tú sabes quien es tu novia, y entonces aparece una chica, ella es como para que tú rompas, y yo salgo con ella (la otra niña) y mi chica lo descubre, ella me deja, y luego la otra niña te deja también, entonces terminas solo en el espacio, simplemente solo. Entonces tú la embarraste. Pero los hombres son h... de todas maneras. Cuando la otra chica te llama la atención, te vas y ya sabes cómo va a terminar. GB: ¿te ha pasado a ti eso antes? Fernando: Muchas veces”.*

Otro joven dice: *“GB: ¿Qué buscas en una novia? Murilo: Hombre, ella tiene que ser sincera conmigo y yo lo voy a ser con ella, si no, yo no voy a ser sincero con ella. GB: ¿Son las chicas sinceras? Murilo: No lo creo, realmente si lo piensas, es nuestra culpa (de los hombres), es nuestro error porque nuestra novia está con nosotros en un baile, y entonces miramos.... entonces aparecen otras chicas y es difícil para nosotros correrla (la otra niña) y entonces terminamos yéndonos con la otra chica. Y entonces, como ella (nuestra novia fija) termina viendo eso. Por eso (cuando las chicas no son sinceras) nos están pagando con el otro lado de la misma moneda”.*

Los jóvenes más género-equitativos y no-violentos parecen haber construido una narrativa de vida suficientemente coherente de sí mismos como diferente de la mayor parte de los hombres a su alrededor. Para la mayoría de los hombres entrevistados en este estudio, esta habilidad de reflexionar acerca de las dificultades de la vida, contratiempos y tragedias, dar a esas dificultades un significado, y pensar acerca del tipo de masculinidad que se les presenta, emerge como un factor importante en la construcción de una versión de sí mismo con mas equidad de género. *“Said João: Mi padre es uno de esos tipos que ustedes dicen... okay, si tú usas drogas es a causa de tus padres. Para mí no son tus padres. Es la propia cabeza de la persona joven. Un adolescente piensa por sí mismo. Ellos saben lo que es bueno y lo que es malo. Yo saco mis propias conclusiones. Sólo porque mi padre hizo esto... mi padre (usó drogas), mi hermano y mi hermana lo hicieron. Mi madre lo hizo. Mi tío también lo hizo. Si fuera por eso, Yo sería el mayor de los gángsters del barrio. Y no lo soy. Todo lo que quiero hacer es trabajar... sólo tener trabajo”*.

Muchos de los jóvenes se definen a sí mismos como queriendo ser el opuesto de sus propios padres: *“GB: ¿Hay alguien en tu familia o alguien que tú conozcas que dirías que es un hombre ‘grande’ (la palabra de Miguel para los hombres que él respta), si dices que no fue tu padre? Miguel: ... Es por lo que he pasado, lo que sufrí con mi padre. (El padre le pegaba a la madre y luego abandonó a la familia). No valoro lo que él me dio (mi padre). Ser un gran hombre, eso será mi hijo. En mi casa (que él tendrá) las mejores y buenas cosas. Cuando yo era chico yo no tuve buenas cosas o las mejores cosas, sólo las peores cosas. Pasé hambre. Mi madre bebía. Estaba siendo avergonzado. Todos me hacían burla por ella (porque ella tomaba). Eso realmente dolía. Entonces pensaba en mi padre que no era un gran hombre. Si se hubiera quedado con mi madre (en vez de abandonar la familia), ella no habría dejado que su vida se fuera. ... Ella se sentía rechazada (cuando mi padre se fue y yo me fui a vivir en las calles), y entonces ella sólo sufría y se mantenía bebiendo, hasta que estuvo realmente sin arreglo (y murió poco después) ... ”*.

Algunos de los jóvenes eran capaces de identificar aspectos de su personalidad; por ejemplo, un temperamento volátil o una falta de honestidad en sus relaciones íntimas que previamente los pusieron en apuros y estaban trabajando para “reconstruirse” a sí mismos de diferentes maneras. Murilo, por ejemplo, era capaz de pensar en su “ser anterior” que describía como “cabeza-caliente”, especialmente hacia las figuras de autoridad femeninas: *“Murilo: He sido expulsado de tres escuelas. Y de colegios privados más encima. De eso todavía me arrepiento. Si no hubiera sido expulsado de al menos uno de esos, habría sido mejor hoy día. No voy a hacer eso nunca más porque sé que me voy a arrepentir después, sé que sólo hará las cosas peores para mí. Ya tengo tres cosas de qué arrepentirme, está bien embarrarla tres veces, pero la cuarta vez es estupidez”*.

Encontrar una identidad coherente teniendo una habilidad, competencia o conexión significativa a una institución social fundamental también parece estar relacionado con ser más género equitativo y no-involucrado en pandillas. Los varones que estaban fuertemente conectados al colegio, destacaban en alguna competencia cultural como baile o música, o eran jugadores de football, parecen tener una mayor libertad para explorar ideas de igualdad de género. Estas otras áreas de competencia parecen actuar en contra de la presión social para adherir a una versión tradicional e insensible de masculinidad.

b) *Variables relacionadas con la familia*

Las familias que ofrecen acceso a modelos de roles masculinos comprometidos y nutricios, o modelos de roles de género alternativos, masculinos o femeninos, emergen como un factor importante que puede estar relacionado con lograr identidades más género-equitativas. Un hombre joven se describía a sí mismo como habiendo estado cercano a un tío homosexual, que lo llevó aparentemente a cuestionar algunos de sus propios prejuicios hacia los hombres homosexuales y a preguntarse acerca de sus visiones sobre lo que era un comportamiento “aceptable” para los hombres en general: *“Murilo: Cuando mi tío estaba vivo... (Yo frecuentaba mucho con él) Él era homosexual, pero eso no me molestaba. Antes estaba en el carnaval por él. Él era como la estrella de nuestra escuela de zamba. Y la última vez que estuve en el carnaval (el año después que mataron al tío), miré alrededor y no ví a mi tío y me puse a llorar ahí mismo, en el medio de la parada. Entonces mis amigos se rieron de mí. Bien, mis amigos de verdad, me apoyaron. Eran uno o dos tipos que estaban ... burlándose de mí diciendo: ‘Miren eso, Leo está llorando’. Pero a mí no me importó”*.

Otros hombres jóvenes más género equitativos describen padres, padrastros, tíos, u hombres en su medio social extendido que sirvieron de modelos de roles para una versión de la masculinidad con más equidad de género. Tener una familia que reaccionaba a la violencia masculina directa y abiertamente, expulsando un padre o padrastro violento, también parece ser un factor contributivo a actitudes más género equitativas entre los hombres jóvenes. Interviniendo o actuando para detener la violencia masculina en contra de las mujeres, las familias aparentemente envían importantes mensajes de que este comportamiento por parte de los hombres no es aceptable. Las madres y las abuelas emergen como extremadamente importantes en la intervención en la violencia en contra de las mujeres. Muchos de los hombres jóvenes señalaron la violencia de su padre o padrastro en contra de su madre –y la reacción de la familia a esa violencia– como la razón por la que no creían que la violencia en contra de las mujeres fuera aceptable.

c) *Factores Sociales Contextuales*

Los hombres jóvenes más género-equitativos eran del mismo sector social que los de jóvenes de menor equidad de género, y todos los jóvenes aceptaban hasta cierto grado la versión de inequidad de género presentada y reforzada por los medios, en las políticas públicas en Brasil y en sus hogares y comunidades. Lo que aparentemente varía es cómo ellos como individualidades y sus familias median este escenario social, o sub-grupos que ellos encuentran o crearon al interior de un contexto mayor, y los “puentes” o “barreras” que las familias son capaces de proveer a la versión de la masculinidad, dominante, tradicional, machista y algunas veces violenta que se encuentra en estos ambientes. El pertenecer o encontrar un grupo de pares alternativo (en este caso mantenido por una institución social), que refuerce una versión de la masculinidad más género equitativa parece ser un factor importante para contribuir a que los niños afirmen sus ideas de mayor equidad de género. Mientras los jóvenes parecen haber llegado al grupo de discusión organizado con algunas tendencias en igualdad de género, el tener este grupo de pares alternativo, y el tener un facilitador hombre género equitativo parece proveer un espacio importante para algunos de los niños para que afirmen sus actitudes de mayor equidad de género sin o con

menos ridiculización o crítica de pares. No obstante, las inequidades de género en el nivel macro –el nivel de las políticas públicas y el más amplio escenario social– se deben convertir en el foco de atención si más hombres jóvenes han de cambiar verdaderamente sus comportamientos y actitudes con equidad de género.

Finalmente, la investigación sugiere que ninguna variable sola contribuyó a que ningún joven individualmente obtuviera una identidad con mayor equidad de género. En cambio, una combinación de variables interactuando a través del tiempo, sumado al significado subjetivo individual dado a las experiencias de vida y al entorno, crea un camino que conduce a una identidad masculina con más equidad de género. También es importante hacer notar que ninguno de los niños pareció cumplir verdadera y totalmente los cuatro criterios para la equidad de género como fueron presentados previamente. Ninguno de los jóvenes entrevistados, por ejemplo, pareció creer que todas las mujeres tuvieran los mismos derechos que los hombres, particularmente con relación a la actividad sexual. Sin embargo, los jóvenes, aún teniendo camino por recorrer, parecen estar moviéndose más cerca de las actitudes de igualdad de género de manera importante.

IMPLICANCIAS PARA EL DESARROLLO DE PROGRAMAS

Como se estableció desde el comienzo, esta investigación se enmarcó, desde sus inicios, como conectada al desarrollo de programas. El Instituto PROMUNDO, una ONG con base en Brasil, trabaja con hombres jóvenes en varias comunidades de bajos ingresos en la promoción de la equidad de género y la prevención de la violencia. Las siguientes son algunas de las implicancias del programa y los elementos que surgieron de esta investigación:

1) La necesidad de promover la existencia de más hombres género equitativos en la comunidad. Aún en sectores donde la masculinidad es asociada con actitudes tradicionales, patriarcales hacia las mujeres, hay modelos de roles presentes en esos escenarios –femeninos y masculinos– que promueven y crean caminos para versiones de masculinidad más género equitativas para algunos hombres jóvenes. Más jóvenes género equitativos pueden ellos mismos servir de modelos de roles para promover la equidad de género entre los hombres jóvenes. Consecuentemente, PROMUNDO reclutó un número de hombres jóvenes (algunos del mismo estudio) y hombres adultos de la comunidad para actuar como mentores y monitores. El mensaje y el lenguaje de estos jóvenes es, entonces, incorporado en las actividades y materiales del programa.

2) La necesidad de incentivar la igualdad de género entre los hombres jóvenes en múltiples lugares y escenarios. Esta investigación confirma que las familias, novias, organizaciones comunitarias, escuelas y adultos en la comunidad están todos involucrados directa o indirectamente en modelar y reforzar las ideas acerca de la igualdad de género y las masculinidades. Por ejemplo, en una discusión de grupo, los jóvenes con mayor equidad de género se quejaban que las mujeres jóvenes preferían a los hombres jóvenes que son parte de *comandos* por sobre los “agradables” tipos o trabajadores esforzados, por ello indirectamente reforzaban algunas de las visiones machistas de la comunidad. Consecuentemente comprometimos mujeres jóvenes en una discusión con hombres jóvenes sobre los roles de género y sus expectativas. Cuando fue posible, también tratamos de comprometer a los padres u otros miembros de la familia en conversaciones sobre los hijos y sobre

nuestro trabajo con ellos. También hemos trabajado con varias organizaciones comunitarias para formar una red de grupos de trabajo y de grupos de discusión en los roles de los hombres y en la violencia basada en el género. Al abrazar la Campaña de la Cinta Blanca en Brasil también promovimos cambios en la norma-comunitaria.

3) La necesidad de superar barreras institucionales al trabajo con hombres jóvenes en asuntos relacionados con la sexualidad, salud reproductiva y género. En numerosas interacciones en la comunidad hemos encontrado resistencia institucional al trabajo con hombres jóvenes, y nociones preconcebidas acerca de los jóvenes como problemáticos o agresivos. En las interacciones en una escuela pública en la comunidad, observamos las inclinaciones de los profesores a expulsar niños que ellos percibían como potencialmente violentos. Observamos una enfermera en una clínica de salud pública comunitaria echar a un hombre joven porque trajo su perro a la clínica, en vez de tratar de negociar con el joven. Una ONG de base-comunitaria, que inicialmente colaboró con nuestro trabajo, nos pidió en tres ocasiones que reubicáramos nuestro grupo de discusión porque creían que los hombres jóvenes eran muy perturbadores y ruidosos. Todos estos ejemplos confirman la necesidad de trabajar con las instituciones sociales para que superen sus estereotipos sobre los hombres jóvenes, y para comprender las realidades y necesidades de los hombres jóvenes. PROMUNDO esta habitualmente trabajando con OPS y la Universidad Estatal de Río de Janeiro (UERJ/NESA) para entrenar equipos clínicos en comprometer a los jóvenes en sus necesidades de salud.

4) La necesidad de grupos y actividades individuales que promueven la reflexión acerca de las historias de vida y que ayudan a hombres jóvenes a percibir los costos de algunas versiones tradicionales de masculinidad. La investigación confirmó que la mayoría de los hombres jóvenes había visto la violencia de los hombres hacia las mujeres, y generalmente han interactuado con hombres sin equidad de género. Varios de los jóvenes estaban interesados en conversar sobre las tensiones que habían enfrentado en la vida – algunos de ellos se refirieron a la violencia inflingida por los hombres en el hogar o en el espacio público. Dado que un alto grado de auto-reflexión y conciencia de los costos de algunas masculinidades, surgían como factor importante que aparentemente contribuyó a actitudes género equitativas por parte de algunos jóvenes, hemos tratado de promover estas auto-reflexiones en actividades grupales. Una actividad incorpora el uso de una grabadora y pedirle a los jóvenes que se entrevisten mutuamente acerca de los acontecimientos difíciles de vida, y sobre los costos de la masculinidad que ellos habían percibido. Algunas de esas experiencias y actividades se incluyeron un conjunto de manuales; “Las Series del Proyecto H: trabajando con Hombres Jóvenes en la Promoción de la Salud y la equidad de Género”. Estos materiales incluyen manuales con actividades grupales para llevar a cabo con jóvenes y un video para promover la reflexión sobre los roles masculinos y el género. (Los materiales fueron desarrollados por PROMUNDO, PAPAI, ECOS y Salud y Género).

5) La necesidad de proveer conexiones con espacios donde los hombres jóvenes puedan aprender nuevas habilidades culturales y vocacionales. En este escenario de bajos ingresos, muchos hombres jóvenes se acercan a los *comandos*, y/o las versiones tradicionales de masculinidad en parte porque ambas proveen identidades claras y posibles de lograr. Muchos de los hombres jóvenes habían tenido un acceso limitado a otras habilidades, vocacionales y culturales, que les permitieran hacerse de identidades alternativas. Ayudar a los hombres jóvenes a obtener habilidades vocacionales es importante para su bienestar y el de sus familias, pero también es importante en términos de ayuda

a los hombres jóvenes para encontrar identidades pro sociales significativas. De esta manera, hemos ofrecido entrenamiento en habilidades a los hombres jóvenes en un proyecto consistente en un curso de danza y música afro-brasileña, y en otro en computación básica y habilidades de diseño gráfico. Varios de los hombres jóvenes trabajan actualmente con PROMUNDO en un proyecto de mercadeo social de condones que incluye aprender habilidades de publicidad, administración y otros.

REFLEXIÓN FINAL

La tabla 1 provee un resumen de nuestros esfuerzos iniciales de aplicar y poner a prueba las implicancias de la investigación. El año 2002, mientras construíamos estos conceptos, también iniciamos un proyecto de dos años de investigación que usa una serie de preguntas acerca de actitudes (Escala de Actitudes Masculinas Género Equitativas – GEM Scale) para medir (pre- y post -test, y un post-test demorado) cambios en actitudes entre hombres jóvenes que participan en varias combinaciones de esta intervención. El estudio apunta conjuntamente a afirmar la utilidad de evaluar las actitudes de relaciones de género en un cuestionario estandarizado (por lo tanto haciéndolo útil en otros escenarios) también para evaluar hasta qué grado estas intervenciones pueden de hecho cambiar actitudes, y a cambio modificar algunos aspectos de las identidades masculinas. No concluimos ni tampoco creemos que los cambios en las actitudes masculinas (y sus comportamientos e identidades para esta materia) se logren fácilmente en el corto plazo. Nuestra propia investigación nos ha confirmado la compleja y multifacética naturaleza de la identidad. Sin embargo, habiendo visto cambios en las identidades a lo largo del tiempo y en individuos varones, creemos que es posible e imperativo considerar cómo –trabajando con hombres jóvenes y comunidades– podemos promover aún más cambios positivos.

Tabla 1

CONCLUSIONES DE INVESTIGACIÓN APLICADA A PROGRAMA DE DESARROLLO CON NIÑOS

Factores asociados con actitudes más género-equitativas	Desarrollo o refinamiento de elementos del Programa
1. Habilidades de Auto-reflexión.	1. Discusiones grupales, desarrollo de materiales sobre el costo de las masculinidades tradicionales.
2. Competencias vocacionales y culturales que amortiguan el progreso de las masculinidades tradicionales.	2. Curso de danza afro-brasileña; curso de entrenamiento computacional; entrenamiento en promoción de la salud para cuarenta niños; desarrollo de liderazgo.
3. Disponibilidad de adultos / mentores ofreciendo roles de género alternativos.	3. Programas de Apoyo; reclutamiento de hombres género-equitativos de la comunidad para el apoyo al proyecto; obra de teatro y fotonovela.
4. Intervención familiar o rechazo a la violencia doméstica masculina.	4. Creación de conciencia Comunitaria sobre violencia doméstica enfocada a hombres y mujeres; Campaña Cinta Blanca; obra de teatro y fotonovelas.
5. Alternativas, de grupos pares más género-equitativos.	5. Creación y fomento a la formación de grupos.

El nivel macro/político: Promover seminarios y conciencia pública y formar alianzas con organizaciones de pensamiento similar para promover igualdad de género en Brasil.

Bibliografía

- Archer, J. (1984) “Gender roles as developmental pathways”. *British Journal of Social Psychology*, 23, 245-256.
- Archer, J., ed. (1994) *Male Violence*. Routledge, London.
- Ariilha, M. (1998) “Homens: ‘Entre a ‘zoeira’ e a ‘responsabilidade’” M. Ariilha, S. Ridenti & B. Medrado (1998) en *Homens e Masculinidades: Outras Palavras*, Eds. ECOS and Editora 34. Sao Paulo, Brazil.
- AVSC International (1997) “Men as Partners Initiative: Summary Report of Literature Review and Case Studies”. AVSC International. New York.
- Bang, A., Bang, R. & Phirke, K. (1997) “Reproductive health problems in males: Do rural males see these as a priority and need care?” Unpublished mimeo.
- Barker, G. & Loewenstein, I. (1997) “Where the boys are: Attitudes related to masculinity, fatherhood and violence toward women among low income adolescent and young adult males” en Rio de Janeiro, Brazil. *Youth and Society*, 29/2, 166-196.
- Barker, G. (1998) “Non-violent males in violent settings: An exploratory qualitative study of pro-social low income adolescent males in two Chicago (USA) neighborhoods”, en *Childhood: a global journal of child research*, Vol. 5, Number 4, November 1998. 437-461.
- Barker, G. (2000a) *What about boys? A Review and Analysis of International Literature on the Health and Developmental Needs of Adolescent Boys*. World Health Organization. Geneva (In press).
- Barker, G. (2000b) “Gender Equitable Boys in a Gender Inequitable World: Reflections from Qualitative Research and Programme Development in Rio de Janeiro”. *Sexual and Relationship Therapy*, 15/3, 263-282.
- Barker, G. (2001) “Peace Boys in a War Zone: Identity and Coping among Adolescent Men in a Favela in Rio de Janeiro, Brazil”. Doctoral dissertation, Erikson Institute Loyola University-Chicago.
- Bledsoe, C. & Cohen, B. Eds. (1993) *Social dynamics of adolescent fertility in Sub-Saharan Africa*. National Academy Press. Washington, D.C.
- Courtenay, W.H. (1998) “Better to die than cry? A longitudinal and constructionist study of masculinity and the health risk behavior of young American men”. Doctoral dissertation, University of California at Berkeley. *Dissertation Abstracts International*, 59 (08A), (Publication number 9902042).
- Erikson, E. (1968) *Identity: Youth and crisis*. W.W. Norton. New York.
- Frydenberg, E. (1997) *Adolescent coping: Theoretical and research perspectives*. Routledge. London.
- Gorgen, R., Yansane, M., Marx, M. & Millimounou, D. (1998) “Sexual behaviors and attitudes among unmarried youths in Guinea”. *International Family Planning Perspectives*, 24 (2), 65-71.
- Green, C., Cohen, S. & Belhadj-el Ghouayel, H. (1995) *Male involvement in reproductive health, including family planning and sexual health*. Technical Report, Number 28. United Nations Population Fund. New York.
- Helzner, J. (1996) “Men’s involvement in family planning”. *Reproductive Health Matters*. No. 7, May 1996, 146-154.
- Im-em, W. (1998) “Sexual contact of Thai men before and after marriage”. Paper presented at the seminar on Men, Family Formation and Reproduction, Buenos Aires, Argentina, 13-15 May 1998.
- Jejeebhoy, S. (1996) *Adolescent sexual and reproductive behavior: A review of evidence from India*. International Centre for Research on Women. ICRW Working Paper No. 3, December 1996. Washington, DC.
- Keijzer, B. (1995) “La Masculinidad como un factor de riesgo”. Ponencia presentada en el Coloquio Latinoamericano sobre “Varones, Sexualidad y Reproducción”. Zacatecas, México, Nov. 17-18, 1995.
- Keys Young (1997) *Research and consultation among young people on mental health issues: Final report for Commonwealth Department of Health and Family Services*. Australian Government Publishing Service. Canberra.
- Kindler, H. (1995) “Developmental-psychology aspects of work with boys and men”. Learn to Love: Proceedings of the Federal Centre for Health Education (Germany) First European Conference “Sex Education for Adolescents”.
- Linhaes Barker, S. (1994) “The disguised: A study on the production of subjectivity among low income adolescents in a favela in Rio de Janeiro”. Unpublished master’s thesis, State University of Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, Brasil.
- Lundgren, R. (1999) *Research protocols to study sexual and reproductive health of male adolescents and young adults in Latin America*. Division of Health Promotion and Protection, Family Health and Population Program, Pan American Health Organization. Washington, D.C.
- Manstead, A. (1998) “Gender differences in emotion”. En: Clinchy, B. & Norem, J., Eds. *The Gender and Psychology Reader*. New York University Press. New York 236-264.

- Marsiglio, W. (1988) "Adolescent male sexuality and heterosexual masculinity: A conceptual model and review." *Journal of Adolescent Research*, Vol 3, Nos. 3-4, 285-303.
- Marsiglio, W., Hutchinson, S. & Cohan, M. (1999) "Young men's procreative identity: Becoming aware, being aware and being responsible". (Unpublished document.). University of Florida. Gainesville.
- Necchi, S. & Schufer, M. (1998) "Adolescente varón: Iniciación sexual y conducta reproductiva". Buenos Aires, Argentina: Programa de Adolescencia, Hospital de Clínicas, Universidad de Buenos Aires/OMS/CONICET. Buenos Aires, Argentina.
- NSW (New South Wales) Health (1998) "Strategic directions in men's health: A discussion paper". NSW Health Department. New South Wales.
- Parker, R. (1991) *Bodies, Pleasures and Passions: Sexual Culture in Contemporary Brazil*. Beacon Press. Boston.
- Parker, R. (1998). "Hacia una economía política del cuerpo: Construcción de la masculinidad y la homosexualidad masculina en Brasil". En: Valdes, T. & Olavarría, J. Eds. *Masculinidades y Equidad de Género en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO. 106-129.
- Rivers, K. & Aggleton, P (1999) *Men and the HIV Epidemic*, Gender and the HIV Epidemic. UNDP HIV and Development Programme. New York.
- Ross, J.M. (1994) *What Men Want: Mothers, Fathers and Manhood*. Harvard University Press. Cambridge.
- Shepard, B. (1996) "Masculinity and the male role in sexual health". *Planned Parenthood Challenges*, 1996/2.
- UNAIDS (2000). "World AIDS Campaign, 2000-2001, Men and AIDS briefing paper".
- WHO (1998) *The World Health Report 1998*. WHO. Geneva.
- WHO (1997) *Sexual behavior of young people: Data from recent studies*. WHO. Geneva.
- Wight, D. (1996) "Beyond the predatory male: The diversity of young Glaswegian men's discourses to describe heterosexual relationships". En: L. Adkins & V. Merchant, Eds., *Sexualizing the Social: Power and the Organisation of Sexuality*. MacMillan. London.
- World Bank (1993) *World Development Report 1993: Investing in Health*. Oxford University Press. New York.
- Yon, C., Jimenez, O. & Valverde, R. (1998) "Representación de prácticas sexuales y preventivas en relación a los ETS y VIH/SIDA entre adolescentes en los barrios pobres en Lima (Perú): Relaciones entre parejas sexuales y representaciones de género". Ponencia presentada en el seminario Hombres, formación familiar y reproducción, Buenos Aires, Argentina, 13-15 May 1998.
- Yunes, J. & Rajs, D. (1994) "Tendencia de la mortalidad por causas violentas en la población general y entre los adolescentes y jóvenes en la región de las Américas". *Caderno de Saude Publica*, Rio de Janeiro 10 (Supl. 1). 1994. 88-125.
- Zaluar, A. (1994) "Gangsters and remote-control juvenile delinquents: Youth and crime" en I. Rizzini (Ed.) *Children in Brazil Today: A Challenge for the Third Millennium* (pp. 195-217). Editora Universitaria Santa Ursula. Rio de Janeiro, Brasil.

LA EXPERIENCIA DE VIOLENCIA DE GÉNERO DE LOS HOMBRES JÓVENES. COMPLEJIDAD EN LA PREVENCIÓN Y ATENCIÓN A LA VIOLENCIA DE LOS HOMBRES JÓVENES EN LAS ESCUELAS¹

Roberto Garda²

I. INTRODUCCIÓN

La presente ponencia trata sobre los esfuerzos que Coriac está haciendo en México para detener la violencia de género en las escuelas, particularmente en el abuso sexual hacia mujeres jóvenes. Esta necesidad surgió por dos motivos que se muestran en la ponencia. En primer lugar hicimos una recopilación y reflexión sobre las problemáticas centrales que había en las escuelas desde una perspectiva de género y los derechos sexuales y reproductivos. Esta reflexión se encuentra en la primera parte del trabajo. En ella vimos que si bien la violencia es un problema reconocido por los hombres jóvenes, la violencia sexual hacia las mujeres es una experiencia totalmente invisible para ellos. Así, al revisar cifras y estadísticas sobre violencia en escuelas, encontramos que la violencia sexual hacia estudiantes es un problema creciente que se articula de manera compleja con otras formas de maltrato que se ejercen en el ámbito escolar.

Con base en esta realidad comenzamos a reflexionar cómo abordar desde una perspectiva de la masculinidad la violencia sexual en las escuelas. Al hacer esta reflexión encontramos límites interesantes sobre la propuesta de la masculinidad. Básicamente encontramos que propone una mirada dicotómica de los jóvenes, y donde la diversidad y particularidad de estos es invisibilizada. Esta reflexión la desarrollo brevemente en la segunda parte de este trabajo. Después de ver estos aspectos decidimos realizar una investigación en las escuelas sobre violencia de género. Presento los resultados en la tercera parte de este trabajo. En ella encontramos que para los jóvenes la violencia es algo complejo, y no sólo se da de forma direccional: de ellos hacia ellas. Los jóvenes nos comentan, la violencia es amplia, tiene diversas direcciones y adquiere formas diferentes en diversos espacios sociales. Así entendimos que teníamos que ver la violencia escolar en la dinámica de violencia de género que se ejerce en la casa, la sociedad y el trabajo. Finalmente, en la cuarta parte presento brevemente la propuesta de Coriac para atender la violencia de género. Señalo que estamos creando estrategias de intervención con los hombres jóvenes desde la prevención y la atención. En la atención comento que trabajaremos con hombres jóvenes, maestros, padres, etc. a nivel de sensibilización y

¹ Deseo reconocer a Laura Rosas, integrante de Coriac, como coautora de las cifras y la reflexión sobre violencia sexual en las escuelas y como coautora del modelo de intervención de Coriac con jóvenes.

² Economista, magister en Sociología. Responsable del Programa de Hombres y Violencia Doméstica, Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, AC (Coriac).

brindar información. A nivel de atención señalo que trabajaremos problemas de identidad y formas de control y dolor, retomando la experiencia del “Programa de hombres renunciando a su violencia” de Coriac.

Concluyo señalando que existe una tensión en la atención a jóvenes, que ésta se debe a dos perspectivas que se dan en el movimiento de hombres adultos. Esta es, o bien se atiende la violencia como un tema más como sexualidad, paternidad, etc. o se atiende como un elemento que atraviesa cualquier tema de los hombres. Comento que dependiendo cómo se resuelva esa tensión en los estudios y en el trabajo de quienes laboramos desde la perspectiva de la masculinidad, será la forma en que se reproduzcan o no formas de control y dominio sobre los jóvenes.

II. LA VIOLENCIA SEXUAL MASCULINA EN LAS ESCUELAS

La violencia contra las mujeres jóvenes en las escuelas es parte de la violencia contra las mujeres. Organismos internacionales señalan que el contagio de VIH, el embarazo adolescente y la violencia sexual se reporta en el rango de edad de 15 a 29 años (UNFPA 2001). Por otro lado, Warshaw (Warshaw en Bagley 1994) menciona que un 38% de las mujeres que han sido violadas en citas son jóvenes de entre los 14 y 17 años señala que la violación se realiza por hombres conocidos. Una publicación de IPAS en el 2001 señala que independientemente de la región geográfica o de la cultura, se estima que entre el 40% y el 60% de los casos de violencia sexual ocurren en mujeres menores de 16 años de edad cometidas por otro hombre joven o un adulto. En México aún existe una impresionante falta de información sobre esta violencia. El problema se puede inferir de datos y cifras de violencia familiar y sexual. Por ejemplo, en 1990 COVAC encontró que un 36% de las víctimas de violación tenían menos de quince años y que el 67% de los agresores eran conocidos por ellas. Las agencias de PGJDF señalan que entre un total de 1.303 casos de violencia sexual atendidos en el período de enero a septiembre de 1995, los delitos sexual ocurridos en mujeres menores de trece años consisten en 39.8% violaciones, 37.9% abuso sexual, 5% tentativas de violación, 1% estupro y 16.8% otros. Asimismo, el CAVI señala en el mismo periodo que los casos de maltrato a adolescentes son cometidos contra 51% de hombres y 49% de mujeres, y de ellas 67% tienen de doce a quince años y 33% de diez y seis a diez y ocho. Finalmente señala que 83% de los agresores son los padres, 7% hermano, 4% excónyuge, 2% ambos padres y 4% otro familiar (padraastro, abuelo, tíos, etc.). Por otro lado, el Centro de Terapia de Apoyo señala que en 1997 atendió 1.689 casos de víctimas menores de diez y ocho años (53%), y de enero a septiembre del mismo año señala que atendió a 294 hombres y a 641 mujeres menores de trece años.

En la estadística revisada encontramos que las escuelas son un espacio privilegiado donde los derechos sexuales y reproductivos de los y las jóvenes no son respetados. Por ejemplo, Agerton (Agerton en Levy 1983) señala que un 67% de las mujeres jóvenes han sido asaltadas sexualmente en los centros escolares como el bachillerato y la universidad. Koss M. (1987) encontró en una investigación que realizó a 6.159 estudiantes de 32 secundarias y universidades en Estados Unidos que un 25% de las mujeres encuestadas había sido víctimas de violación o tentativa de violación, de las cuales un 85% habían

sido por conocidos. Menciona que el 57% de estos ataques se llevaron a cabo en citas. En esta misma encuesta se menciona que tres de cada doce varones jóvenes admite haber forzado a una mujer a actividades sexuales, sin embargo, ninguno se define a sí mismo como violador³. Por otro lado, Bachman y Saltzman (Bachman y Saltzman en Peters D.K. 1995) reportan que el 45% de todos los ataques violentos a jóvenes entre los doce y catorce años de edad suceden a manos de un conocido, normalmente novio y/o amigo de la escuela. En el artículo "Amigos que violan a sus amigas" O'Gorman (1987) de la Asociación de Universidades Americanas menciona que "los actos de violencia sexual ocurren prácticamente en todos los campus privados o públicos, rurales o urbanos y en centros escolares pequeños o grandes, y que desafortunadamente no pueden ser prevenidas fácilmente debido a la complejidad del fenómeno y a lo difícil que resulta reconocer que alguien a quien conoces y probablemente quieres te haya violentado sexualmente y a todo el desconocimiento de los derechos que cada una y uno tenemos". Por otro lado, en México en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México el Programa de Atención Integral a Víctimas y Sobrevivientes de Agresión Sexual (PAIVSAS) ha encontrado que en una población de mujeres jóvenes de la misma Universidad el 50% de las violaciones ocurren en situaciones de citas, por gente conocida de la víctima y con quien se ha entablado en un 30% de los casos una relación de noviazgo o de pareja. De estos casos un 25% de las mujeres consideró que la violación no era tal en el momento de haber ocurrido el ataque, pero con el tiempo, después de vivir las consecuencias, sí estableció una relación con la experiencia de violación⁴. Los estudios sobre prevalencia de violación en el ámbito universitario son consistentes en diversos países del mundo y afirman que una de cada cinco jóvenes serán víctimas de violaciones consumadas y que cuatro de cada cinco serán objeto de otro tipo de violencia sexual (acoso, hostigamiento, intento de violación, etc.), antes de concluir su vida escolar (Heise 1994). La estimación internacional indica que una de cada cinco mujeres va a sufrir de violación sexual a lo largo de su vida.

Tres son los aspectos a destacar en estas cifras, en primer lugar se confirma que la violencia sexual contra las mujeres jóvenes es un problema que se ejerce en las escuelas. En segundo, existe violencia sexual contra los hombres jóvenes y al mismo tiempo ellos ejercen este tipo de maltrato contra sus novias y compañeras. Sin embargo consideramos que la violencia que ellos reciben y viven aún no se haya ni suficientemente ni satisfactoriamente documentada. Finalmente, se confirma el papel central de los hombres adultos; ellos son los principales perpetradores de la violencia sexual hacia hombres y mujeres jóvenes. De esa manera intervenciones que no los consideren (en sus diversas figuras como padre, maestro, policía, etc.) podrían caer en responsabilizar totalmente a los hombres jóvenes sin ver ni la violencia que ellos también viven, y sin los aprendizajes que los adultos transmiten.

³ Esta investigación se publicó en la revista Ms. en 1987, en el artículo "Violación en citas. La historia de una epidemia y de aquellos que la niegan", octubre de 1987. Y se considera la investigación más completa del fenómeno de la violación en citas.

⁴ El PAIVSAS es un lugar de atención a la violencia sexual que prioritariamente atiende a estudiantes y trabajadoras/ es de la Universidad Nacional Autónoma de México.

III. LA COMPLEJIDAD DE LA VIOLENCIA MASCULINA

1. La propuesta de la masculinidad

Por masculinidad entenderemos los estudios que reflexionan sobre la forma en los hombres llegan a ser hombres. Los primeros estudios sobre la masculinidad surgieron desde la antropología, pero no toman en cuenta las relaciones de poder que hay entre los hombres, y entre hombres y mujeres. Por ello, nos centraremos en los estudios que surgen desde el feminismo. Esta corriente parte del “feminismo radical” que coloca a la violencia contra las mujeres como el eje de su reflexión. Robert Connell señala que la masculinidad debe entenderse como prácticas que realizan hombres (o mujeres) que “comprometen” sus cuerpos a una cultura que produce y reproduce relaciones “masculinas” mundiales globales de violencia, trabajo, sexualidad y auto-interpretación. En ellas la dominación se da de los hombres hacia las mujeres y entre hombres, por medio de la reproducción, el poder, la catexis y la simbolización (Connell en Valdés y Olavarría 1997 y Connell en Valdés y Olavarría 1998).

Por otro lado, Kaufman señala que los hombres tienen un “nexo” con la masculinidad hegemónica que les brinda beneficios y privilegios. Para él esta relación demanda suprimir las emociones y necesidades de los hombres, y por ello el poder de la masculinidad dominante se convierte en fuente de “enorme dolor” para los hombres (Kaufman en Valdés y Olavarría 1997). En este mismo sentido Víctor Seidler comenta que el poder de los hombres también surge del mismo proceso en que ellos asimilaron su rol: los hombres como seres racionales que tienen el poder y el control. De esta forma, para este autor los hombres culpan a las mujeres por sus fracasos y guardan silencio sobre lo que sienten ante ellos (Seidler 2000). Finalmente, Gregory Lehene señala que la masculinidad es el control que ejercen los hombres sobre otros hombres para mantener el rol masculino, y debido a ello surgen fuertes experiencias homofóbicas entre ellos. De esta forma, estos autores coinciden en que la masculinidad se traduce en formas de ejercer el control y el abuso de poder sobre las mujeres y otros hombres. Y que al hacerlo hay elevados costos emocionales para los hombres. Así la masculinidad está relacionada íntimamente con la violencia.

¿Es esta la misma experiencia para los hombres jóvenes? ¿También ellos ejercen el poder y sienten el mismo dolor que los hombres adultos? Por ejemplo, Sue Askew y Carol Ross, en una investigación que realizaron en escuelas señalan que para “madurar” los jóvenes deben demostrar su masculinidad y esconder su vulnerabilidad (Askew y Ross 1988). Comentan que la masculinidad es parte de la estructura social y que ésta debiera explicarse primero antes de colocar a los chicos como “el problema” o “los malos”. Comentan que la agresividad y la conducta ruda son bien vistas en los chicos y que el mensaje más importante que los niños aprenden es de evitar que los demás piensen que les da miedo pelear (Askew y Ross 1988). Asimismo, en otra investigación con jóvenes en Nicaragua se señala la dificultad de que los jóvenes adquieran, o miren a la condición masculina como algo ideal. Abaunza comenta que “Todos los muchachos se mostraron encantados con su condición masculina. Ninguno de ellos consideró muy interesante ser mujer, frente a muchas jóvenes que expresaron su deseo de haber nacido varón ante las ventajas y libertades que ellos disfrutaban” (Abaunza 1995). Y, sin embargo

señala la autora que los jóvenes ven que el costo de conservar los privilegios de ser hombre es muy grande, como lo comentaron los mismos entrevistados, ya que tienen que observar en todo momento las reglas del “ser hombre”, lo que implica correr riesgos para la salud como drogadicción, las muertes violentas para demostrar la falta de emociones, entre otros.

Algo similar comenta Luis Bonino respecto a los accidentes de tráfico que tienen los jóvenes en Argentina. Este autor señala que “Los jóvenes que mueren por accidentes, implican un alto costo social más aún en los varones. La realización de acciones que tiendan a disminuir las cifras de mortalidad por esta causa, deben por ello incluirse en las preocupaciones de Sanidad y la atención de Estrategia Primaria de Salud. Esto supone definir a los varones jóvenes como “grupo de riesgo” y desarrollar prácticas que contemplen las situaciones individuales, familiares, sociales y de inseguridad ambiental. De esta manera, hay que revisar los mitos, los modelos y los estereotipos de masculinidad vigentes, condicionantes, no sólo del sometimiento de la mujer, sino además, del descuido suicida por la propia vida del varón (Bonino 1989).

De esta forma hay dos características en este análisis de los estudios de la masculinidad. En primer lugar se mira al ejercicio de la violencia de los hombres jóvenes como producto de la asimilación de los mensajes de la masculinidad. Esto es, creencias y cuerpo son separados, pero unidos en una relación de causalidad y de apropiación de los cuerpos jóvenes por las creencias adultas de la masculinidad. En segundo lugar se brinda a los jóvenes la dicotomía básica de poder y dolor. Esto es, se reconoce que los jóvenes sienten malestar y dolor al ejercer el abuso de poder, y con ello se hacen equivalentes las experiencias de violencia de los hombres adultos a las de los hombres jóvenes, y por ello sus posibilidades, estrategias y dimensiones de cambio parecieran ser las mismas.

2. Complejidad en la violencia de los hombres jóvenes

Ante esta problemática y estos problemas en la perspectiva teórica de la masculinidad decidimos ir a preguntar a los jóvenes cuál era su experiencia en la problemática de violencia. Realizamos diez y nueve grupos focales en escuelas y organizaciones que trabajan con hombres y mujeres jóvenes. Los grupos tuvieron una participación total de 222 jóvenes (105 hombres y 117 mujeres) y la pregunta “generadora” que exploramos fue: “¿Cómo viven ustedes la violencia?” después de realizar una dinámica sobre la perspectiva de género. Decidimos hacer los grupos focales de hombres y mujeres separados, pues cuando hicimos los grupos con un solo sexo vimos que había más libertad para expresarse y de hecho las interacciones entre los jóvenes fueron mayores y más dinámicas⁵.

⁵ En total realizamos nueve grupos con hombres y ocho grupos con mujeres. Algunos datos sociodemográficos son: el 80% tenía entre 12 y 19 años, el 87% era soltero/a y el 64% señaló que “no trabajaba”. Asimismo, el 87% dijo no tener hijos/as y el 98% que vivía con al menos un familiar (padre, madre, hermano, tío/a, primo, abuelo/a, etc.).

¿Qué encontramos en los grupos focales? A continuación presento algunos resultados que considero relevantes. Sin embargo, es importante señalar que presentaré sólo los resultados de los hombres jóvenes (y el de las mujeres) por problemas de espacio, y porque me interesa explorar su experiencia. Reconozco que al no analizar el discurso de las jóvenes renuncio a una mirada que nos daría una visión más amplia de la violencia masculina. Asumo ese riesgo y lo desarrollaré en otro espacio, pero en este sólo deseo presentar el análisis de la violencia de los hombres jóvenes y como ellos la entienden y problematizan.

Del análisis de las sistematizaciones de los grupos se obtuvieron tres categorías que nos indican qué entienden y cómo viven los jóvenes la violencia de género. Las categorías son: las direcciones y tipos de violencia, las creencias sobre la violencia, el aprendizaje de la violencia, y las alternativas a la violencia. A continuación veamos qué dicen los jóvenes.

a) *Sobre la dirección de la violencia en las escuelas*

- *La violencia de los adultos/as a los hombres jóvenes.* La violencia que se ejerce en casa se ejerce principalmente por el padre. Este violenta se explica porque el padre desea mostrar una imagen de hombre dominador y de autoridad, o por menosprecio del padre hacia el hijo o por problemas de alcohol. En la calle señalan que son los policías quienes los violentan cuando les quitan sus pertenencias o su dinero, por su apariencia o cuando la policía les siembra la droga. Además, los jóvenes mencionan la violencia de los policías sobre las mujeres: *“Algunos policías se quieren manchar con las chavas”*. Finalmente la escuela es un lugar mencionado donde se vive violencia, pero es un espacio menos mencionado que los anteriores. En las escuelas se señala a los “maestros” ejercen violencia física cuando: *“... te pegan o te castigan cuando no haces bien las cosas o las tareas. Te avientan el borrador o lo que sea”* y sexual cuando *“Los maestros también llegan a violar a las chavas”*. Así los jóvenes sí miran la violencia sexual de los adultos hacia las mujeres jóvenes, pero no la propia.

- *La violencia entre mujeres y hombres jóvenes.* Cuando hablan de esta violencia los jóvenes reconocen más la violencia que se vive en la escuela que en la calle y la escuela, y menos en la casa. Sobre la violencia que se vive en la calle señalan que se debe a la lucha que existe contra otras bandas o pandillas o entre dos personas en lo individual desde balaceras, hasta golpizas y descalificaciones por aspectos físicos y amenazas. En la calle la violencia para entrar a la banda, entre las bandas y de la banda hacia los jóvenes son formas de aceptación social que se dan por hechas entre los muchachos. En la calle el “no abrirse” y el “entrarle” a los pleitos con otros jóvenes son elementos similares al “llevarse” y el “aguantarse” en la escuela. Ambos indican dos cosas: a) hay una gran importancia del grupo o la banda para los jóvenes. La grupalidad es central para los hombres jóvenes. Pero al igual que ella, la violencia para entrar y permanecer en la banda, o el grupo, son importantes.

En la escuela los jóvenes reconocen dos direcciones de la violencia: entre ellos, y hacia las mujeres. Entre ellos los jóvenes mencionan:

- “Facilitador: ¿Cómo es la violencia entre ustedes en la escuela?: *Joven T: La violencia entre nosotros es ‘llevarse pesado’.* Facilitador: “¿Qué es ‘llevarse pesado’? *Joven U: Nos pegamos jugando, decimos groserías, a mochilasos y a madrazos.*
- Facilitador: ¿Qué es ‘llevarse’ entre ustedes [en la escuela]?: *Joven O: Llevarse son mentadas, madrazos, apodos, o cosas así; pero luego hay putos que no aguantan.* *Joven F: Sí, es violencia porque empiezan las palabras y se van haciendo más fuertes.* *Joven H: El que no se lleva es puto.*
- Facilitador: ¿Qué es ser puto? *Joven R: Los que sí se llevan pero no a madrazos, nada más apodos, empujones, pero golpes no.* *Joven O: Sí, existe porque cuando yo y otro compañero nos llevamos y cualquiera no se aguanta empieza a discutir o a los golpes.* [Silencio] *También hay unos que no se llevan, pero tampoco los puedes obligar a que se lleven.* *Joven I: Hay quienes ‘aguantan’ y los que ‘no aguantan’.* *La diferencia es que los que ‘aguantan’ se integran y los que no, pues no.* *Joven 2: Los que no se aguantan son las ‘niñitas bonitas’ del salón. Son los ‘jotos’ que no se dejan maltratar.* *Joven 3: Ellos echan desmadre y no se aguantan. Para ser del grupo hay que ‘aguantarse’ y no ser chismoso”.* *Joven 2: Una condición para estar en el grupo es ‘aguantar’.* *Joven 4: Eso nos va servir para saber con quien podemos contar.*

Asimismo, existe la violencia entre ellos en la escuela por cuestiones de “andar con una pareja”: “Entre dos chavos se pelean por una chava”.

Por otra parte, cuando se habla de la violencia ejercida hacia las mujeres jóvenes. Se señala que la mujer violenta a otras mujeres. Cuando ello ocurre se señala que es por la rivalidad con otras mujeres: “También las mujeres son agresivas y se golpean entre ellas por rivalidad. Además de que ellas también roban” y “Entre ellas existe más rivalidad que entre hombres. Ellas se dicen más de cosas, se hacen señas y sólo por eso se golpean incluso de rodillazos”. Pero la que más se comenta es la violencia de los hombres jóvenes hacia las mujeres: la violencia emocional “Si una chava no te cae bien le creas mal espejo en la escuela hablando mal de ella”, “[Es violencia] Andando con varias chavas en la escuela” y “La infidelidad en la escuela, ya que es un tipo de violencia”. También la violencia sexual: “Yo me enteré de dos chavos que violaron a una chava y no les hicieron nada, sólo los expulsaron de la escuela y ya”. La física: física: “En una fiesta un chavo le dio un golpe a su chava, ella se asustó mucho, y todo porque otro buey la saco a bailar” y “[Los jóvenes violentan a las mujeres]”. Cabe señalar que la clasificación entre física, emocional y sexual es relativa, porque todas tienen connotaciones de control sexual sobre las mujeres jóvenes⁶.

b) Sobre las creencias de la violencia

Las creencias de los hombres jóvenes sobre la violencia son aquellas ideas que tienen acerca de la violencia en general. Hay cuatro ideas básicas que los jóvenes comentaron.

- *La violencia es algo grande que está en todos lados y se autorreproduce.* Los jóvenes perciben que la violencia se encuentra en muchos lados, y tiene consecuencias

⁶ Además de estas direcciones de la violencia (de los adultos hacia ellos y de entre ellos) los jóvenes señalan que hay violencia entre adultos y de ellos a los adultos. Pero en ninguno de éstas narran experiencias en escuelas. Sólo aquella que se ejerce en la calle y en la casa.

para todas las personas: *“Todos somos violentos por diversas razones”, “Estamos rodeados de violencia, y nos adaptamos a ella. Nos desensibilizamos”, “El mismo ambiente te hace violento”, “Hay una violencia permanente en todos y hacia todos”* y *“La violencia se da en todas partes”*. Además los jóvenes señalan que la violencia tiene una propia lógica de autorreproducción, donde ella misma se genera: *“La violencia engendra más violencia”* y *“La violencia nos lleva a más violencia”*.

- *La violencia se ejerce en lugares diferentes.* La violencia es diferente de acuerdo al lugar donde se ejerce pues *“la violencia se vive de diferentes formas, no es lo mismo en la Condesa que en Neza”, “...es diferente dependiendo el lugar y el momento, por ejemplo en la escuela no es lo mismo entre cuates que cuando esta un maestro”* y *“La violencia se da más en las calles”*. Pero también se reconoce que la diferencia se da no sólo porque se ejerce diferencias por zonas, sino también porque existe una influencia del medio: *“La zona geográfica influye en la violencia”*.

- *La violencia es una decisión.* Los jóvenes consideran que deciden si ejercen o no la violencia a pesar de las presiones que puedan recibir. Por ejemplo en el siguiente diálogo: *“Joven 1: Yo conozco chavos que se drogan porque tienen problemas con su familia. Facilitador: ¿Los que se drogan lo hacen porque tienen problemas en su casa? Joven 1: No, eso va desde antes. Uno se droga porque quiere, porque le gusta, porque es una adicción y luego uno se escuda en eso de los problemas. Lo tomamos como pretexto”*.

Otro ejemplo en el siguiente diálogo: *“Facilitador: ¿Qué fue lo que hicieron para consumir droga?: Joven Ñ: Me invitaron un toque de mota y me gustó. Antes tenía pedos y los sigo teniendo. Facilitador: Entonces ¿Se puede decir que es por decisión personal?: Joven W: Sí, y también por curiosidad. Joven Ñ: Yo llego, y le doy un toque a alguien y si me dice que ‘no’, ya no le doy. Pero si me dicen que ‘sí’, pues ya es por gusto”*.

- *La mujer tiene la culpa de la violencia y ella también es violenta.* Otro aspecto muy mencionado es la idea de que la mujer tiene la culpa de la violencia que recibe. Ya sea por motivos biológicos de su sexualidad, porque *“le gusta”* o por la ropa que usan. En última instancia dicen los jóvenes, ellas buscan la violencia que reciben. Por ejemplo, los jóvenes dicen: *“La mujer es caliente, si la tratas más se aferra más a uno”, “La mujer es un misterio. Cuando vi que me aguantaba me dije: ‘esta bien ¿no?’”* y *“Yo pienso que ellas tienen la culpa, ya por su vanidad, se ponen ropa muy llamativa, como minifaldas o cosas así. Por eso en la calle les silban, les dicen piropos, pero también vulgaridades. Creo que existe mucha relación entre la ropa que se usa y la violencia”*. Asimismo, otra idea muy manejada, y que ya habíamos visto arriba, es que la mujer también es violenta. Señalan que lo es por su aspecto físico o por dificultades para manejar sus sentimientos. Sobre el aspecto físico comentan: *“Hay muchas mujeres que son muy altas y están bastante fornidas, hacen ejercicio y cosas así. Por ello si te bofetean o golpean te tiran. Por ejemplo las mamás también pegan fuerte”* y *“La mujer joven es más rebelde y está más desarrollada. Ellas son rebeldes y reflejan más la violencia”*. Sobre el manejo de los sentimientos de las mujeres: *“La mujer va guardando un rencor o un resentimiento, y explota fácil”* y *“Entre mujeres también hay violencia, cuando se pelean o se dicen de cosas en la calle, si se enojan te insultan. O cuando te celan, ya que el tener control por parte del celoso puedes ser violencia”*.

- *La violencia es por ser hombre o por el machismo.* Los jóvenes también reconocen que ellos son violentos por las formas de ser hombre que se vinculan con el machismo. En general existe una percepción de que ser hombre es ser duro y fuerte, y que la violencia es un recurso para ganar respeto y/o sobrevivir. Por ejemplo: “*El hombre lo puede todo, y por eso es violento*”, “*El hombre hace otras cosas como balaceras o picar a las personas*”, “[*La violencia*] *Es mas fuerte entre chavos, se meten en más problemas, como pleitos callejeros o discusiones*”, “*Ellos [los hombres] se lastiman más que las mujeres, los hombres son más fuertes que las mujeres*” y “*El hombre es más agresivo que la mujer*”. Sobre el machismo: “*Por el mismo machismo [hay violencia], es la ley del más fuerte, [el hombre] piensa en él, cree en él, es autosuficiente*” y “*Provocamos la violencia, yo también tengo la culpa para que se refleje en el machismo*”. Sobre el respeto: “*Es una forma de ganar respeto y territorio, además uno sabe donde ponerse agresivo, no nada más en cualquier lugar*” y “*Es una forma de sobrevivir. Nadie debe pasar sobre nosotros [los hombres]*”.

c) *Sobre el aprendizaje de la violencia*

Los jóvenes aprenden la violencia de diversas fuentes de información. El aprendizaje son aquellos actos, lugares, personas, etc. que ellos señalan como ilustrativos para moldear su comportamiento. Veamos en qué consisten estos aprendizajes:

- *La familia enseña la violencia.* Los jóvenes señalan que el ver la violencia en la familia entre el papá y la mamá es una forma de aprender la violencia. Señalan que este aprendizaje se da desde que se es pequeño: “*La violencia entre los padres la comienzas a ver desde que eres chico. Si vez la violencia entre tus padres de pelear, te traumas*”, “*Te pegan tus papás y te queda el coraje. Más cuando estas pequeño de unos 5-7 años. En el caso de jóvenes generarán más violencia*” y “*También la violencia es moral o física, ya que desde muy pequeños sufren maltrato, ya que los regaños son un tipo de violencia, es por eso que los niños odian a sus padres*”. Asimismo, señalan que la violencia surge por la diferencia de trato que se da a las mujeres y a los hombres desde chicos: “*A las mujeres se les cuida más en la familia La formación de las mujeres es menos violenta, simplemente desde el jugar: a los hombres se les dan guantes, pistolas y a las chavas se les dan ‘barbies’*”. De esta forma, los jóvenes señalan que ellos aprenden a ejercer la violencia hacia la pareja en la familia: “*Si depende de la educación, ya que si ves maltrato en tu casa pues aprendes a hacerlo con tu pareja o hijos*”.

- *El padre enseña la violencia.* Los hombres jóvenes señalan que ésta se aprende principalmente del papá. Señalan que ellos “aprenden”, se “inculcan”, “toman la imagen” o “heredan” actos o formas de relacionarse similares a los del padre, y con base en ello se relacionan con la pareja y otras personas. La mención sobre este proceso se da desde la infancia y en los procesos de socialización donde el padre interviene: “*¿En qué nos fijamos cuando estamos chiquitos? yo quiero ser como mi papá, yo me baso en cómo es él, se nos queda la imagen*” y “*Es difícil detener la violencia, porque es algo que te inculcan desde tu casa, tu papá te dice que ‘no te dejes’, ‘se la rompes o si no yo te la rompo a ti’, y se reproduce ahí hasta que*

sales de ahí. Y si te vuelves pandillero va de nuevo". De esta forma, los jóvenes aprenden a golpear a la mujer y el machismo: *"Los hijos aprenden a pegarle a las mujeres"*, *"Algunos padres son machistas y nos lo están inculcando"*, *"Yo creo que el machismo del padre se lo puede inculcar, pero depende de dónde vienen los padres, de qué lugar [de la República]"*.

- *Los medios de comunicación enseñan la violencia.* Además de la familia y el padre, los jóvenes ubican en los medios de comunicación otra fuente de aprendizaje de la violencia. En general señalan que los niños toman escenas violentas de la tele y terminan agredidos, además comentan que los periódicos inventan cosas de algo "leve" o no tan "grave", y finalmente comentan que los medios usan a la violencia con fines comerciales y por ello "falsean" o "exageran la información".

d) *Alternativas a la violencia*

Ante esta gama de problemáticas ¿Cuáles son las alternativas que los jóvenes ven? Por alternativas entenderemos aquellas actividades o personas donde los jóvenes ven (o creen que habrá) mensajes, ideas, etc. que les permita enfrentar una problemática sin violencia. En general la persona donde los jóvenes señalan que existe la alternativa es en ellos mismos y en la figura femenina como la madre.

- *La alternativa está en uno mismo.* Los jóvenes señalan que ellos mismos son las personas que pueden decidir otra alternativa diferente a la violencia. Que los jóvenes deberían: i) Pensar: *"Pensar las cosas antes de hacerlas"*, *"Cuando insultan a las personas en la calle o en el metro, siempre hay consecuencias negativas, por eso hay que pensar en esas consecuencias"*; ii) Responsabilizarse: *"Responsabilizarse de lo que hizo"*, *"La violencia es responsabilidad de cada quien"*, *"Para combatir la violencia debes pensar por uno mismo. El hablar groserías es violencia"*; iii) Respetarse: *"Respeto y no decirse de cosas como burlas"* y *"Para combatir la violencia debe pensar por uno mismo, el hablar groserías es violencia, aprender a respetarnos"*; y iv) buscar otras alternativas: *"Hay que saber tomar, saber tomar es saber decir 'no'"*, *"Llevarse bien, sin decirse de groserías"*, *"no meterte en problemas"*, *"Comenzar por uno mismo, dejar de ejercerla"*, y *"Uno debe buscar entretenerse en algo sin daño. Por ejemplo, salir al campo, tener otra actividad aparte del trabajo y el estudio"*.
- *La alternativa está en solicitar apoyo a otras personas.* Los jóvenes también comentan que el apoyo de otras personas puede ayudarlos a encontrar otras alternativas. Desde el padre y la policía, hasta personas desconocidas o la banda: *"Si le tienes confianza a tu padre, es tu mejor amigo"*, *"Que la policía interviniera más para que no hubiera tanta violencia"*, *"Si una persona te está molestando, puedes recurrir a otras personas. No a golpes, hay personas que nos ayudan, las diferencias con otros niños"*, *"Platicar con varias personas"*, y *"La banda es para protegerse... El líder me platicaba cosas muy personales y me confió eso. Mi reacción no fue de rechazo y de respeto y de la comunicación. La banda no sólo es violencia, droga o alcohol, también hay cosas personales. Encontré a chavos que no se inyectaban y no tomaban: Iban a las tocadas a escuchar, bailar y tomar un poco. Pero a veces sí sabían responder cuando era necesario y peleaban"*.

IV. LA PROPUESTA DE CORIAC

Al escuchar a los hombres jóvenes nos dimos cuenta que la violencia sexual hacia las mujeres es un problema multicausal, complejo y que debieran evitarse miradas reduccionistas. La violencia en las escuelas se articula con la violencia familiar y la violencia social. En estos tres espacios se dan interacciones de género comunes que permiten y/o facilitan dos tipos de violencia fundamentales: aquella violencia que se ejerce contra los y las jóvenes de parte de los adultos, y aquella violencia que se ejerce específicamente contra las mujeres jóvenes de parte de otros jóvenes y los adultos. En estas violencias el maltrato sexual hacia las mujeres jóvenes se articula con otras formas de maltrato donde los hombres jóvenes juegan el papel de ejecutor y receptos de violencia. Así la propuesta de la masculinidad nos permite trabajar con los hombres jóvenes como maltratadores, y con base en ella se podrían crear programas de intervención para construir la responsabilidad de los jóvenes sobre su violencia. Pero ¿cómo atender el maltrato a los hombres jóvenes? ¿Cómo atender el que ellos ejercen hacia ellos mismos, y el que reciben de los adultos? Con base en estas dos líneas de reflexión estamos construyendo la propuesta de Coriac para atender la violencia masculina en las escuelas.

Esta propuesta se está construyendo y comienza a ser aplicada a partir del mes de septiembre del 2002. Consiste en dos aspectos, el preventivo y el de atención. En el primer caso estamos trabajando en diez escuelas de la Ciudad de México. La población es de 10.000 alumnos con una población promedio de 400 maestros y 100 trabajadores administrativos. La idea central de la propuesta es trabajar con los temas de violencia de género, violencia familiar y derechos en salud sexual y reproductiva. Se realizarán actividades con los maestros y autoridades escolares en talleres de sensibilización, con los estudiantes (hombres y mujeres) en talleres y actividades de teatro, y con los papás y madres en pláticas y espacios de reflexión. Se desea crear grupos interdisciplinarios dentro de las escuelas que identifiquen y canalicen a estudiantes con problemas de violencia familiar y/o sexual en la casa, escuela o calle.

Los talleres a las autoridades, maestros y padres/madres, y a las y los jóvenes tienen una especie de “currículo oculto” relacionado con las formas en que se ejerce el poder en las escuelas. Por ello, en los talleres las temáticas se ven diferentes para cada población. Por ejemplo, con los adultos (especialmente padres varones, maestros/as y autoridades) estamos impulsando la reflexión de la violencia de género desde la vivencia en la propia experiencia de violencia y la crítica al ejercicio del poder de los adultos. Básicamente reflexionamos las formas masculinas y violentas de ejercer el control y el poder en las escuelas más allá de los cuerpos que sean instrumentos de este poder, y cómo ello se encuentra íntimamente relacionado con la vida personal y familiar. Así nos centramos en la cuestión de género, particularmente en las formas en que la pedagogía de la masculinidad enseña a solucionar los conflictos (violentamente). En las mujeres jóvenes buscamos empoderarlas por medio de la información sobre los temas del taller. La centralidad la ponemos en la identidad femenina y el valor de ellas como mujeres jóvenes. Por ello, vemos temas como autoestima, identidad, trabajo, salud, etc., –de hecho, esta agenda surge de grupos de reflexión de mujeres que viven maltrato– y a esto sumamos información con técnicas vivenciales de temas de derechos sexuales y reproductivos como las ITS, el SIDA, la sexualidad placentera y responsable, etc. Obviamente adaptamos los temas y la metodología a la edad de las participantes.

Finalmente, con los hombres jóvenes estamos trabajando en dos líneas de reflexión. Los talleres y actividades con ellos tienen dos objetivos: en primer lugar resignificar la experiencia emocional de los hombres jóvenes: recuperar el valor de sentir, no pelear, llorar, “rajarse” y “no llevarse”. Básicamente buscamos cuestionar la grupalidad masculina generada con base a la alianza y la violencia, y buscamos fomentar lazos de solidaridad y afecto entre ellos y las mujeres jóvenes. Esto es, buscamos pasar de una alianza donde los hombres jóvenes se ven a sí mismos contrarios y/o enemigos de las mujeres y de ellos mismos, al respeto de las diferencias y la expresión de afectividades sin violencia entre ellos y las mujeres. El otro objetivo con los hombres jóvenes consiste en empoderarlos sobre sus derechos sexuales y reproductivos por medio de temas y técnicas similares a los brindados a las mujeres.

Finalmente, otro aspecto importante que estamos impulsando en las escuelas, es el invitar a facilitadores de los grupos de reflexión para hombres adultos de Coriac a las escuelas para que platiquen y dialoguen sobre los problemas de pareja y familia con los jóvenes. La idea es que cada facilitador tenga una escuela asignada, y asista de manera estable y continua para brindar un discurso alternativo y no violento a los hombres jóvenes.

El segundo nivel de trabajo con los hombres jóvenes es el de la atención. Estamos creando espacios de reflexión a nivel piloto que atiendan a los hombres jóvenes. La idea de estos espacios es abordar a la violencia de los jóvenes desde una perspectiva de la complejidad, donde el género, la edad, la identidad juvenil y la sociedad sean reflexionados. Por ello la agenda del trabajo de los grupos de reflexión de jóvenes tienen las siguientes características: La atención a jóvenes se desarrolla en diez y seis sesiones. Cada sesión dura aproximadamente 2:30 minutos, y se divide la agenda en dos momentos centrales: en el primer momento retomamos las propuestas de la perspectiva de las culturas juveniles y de los derechos sexuales y reproductivos. Se ven temas que se abordan en los siguientes cuatro módulos temáticos:

- identidad masculina (cuatro sesiones)
- problemáticas para la juventud –drogas, alcohol y delincuencia– (cuatro sesiones)
- sexualidad, salud reproductiva (cuatro sesiones)
- alternativas/ proyecto de vida (cuatro sesiones)

Estos temas los estamos cruzando con cuatro actores fundamentales para los jóvenes:

- la familia
- la pareja
- las amistades
- el mismo

Como se señaló las técnicas son vivenciales y se busca ejercitar experiencias lúdicas y entretenidas, pero no menos reflexivas.

En la segunda parte de la agenda se retoma la metodología del *Programa de Hombres Renunciando a su Violencia* (que es el programa donde se crean y atienden grupos de reflexión de hombres adultos que reconocen que tienen problemas de violencia con su pareja) de esta metodología retomamos tres líneas de reflexión:

- Los hombres pueden detener su violencia mediante técnicas que los inviten a reconocer señales y momentos de enojo con la pareja.
- Para detener su violencia los hombre debe reflexionar sobre momentos de dolor en las relaciones con sus padres, hermanos, amigos, etc. pues hacer responsables de su violencia significa responsabilizarse de sus sentimientos.
- Los hombres pueden negociar con sus padres, ellos mismos, las mujeres y la pareja desde la expresión de estos sentimientos, sin caer en la simulación, sino desde la responsabilidad de su cuerpo y sus sentimientos. Esto es desde el ejercicio de autocuidado.

Estas tres líneas de reflexión son trabajadas en el segundo momento de una sesión. Las técnicas con las que las llevamos adelante no son tan dinámicas como en la primera parte de la agenda, porque deseamos impulsar en los jóvenes la reflexión desde el “detenerse y pensar”, pensar en un sentido profundo las consecuencias de los actos y su vínculo con la identidad masculina. Finalmente, otro aspecto que estamos impulsando es la incorporación de los padres y madres. Estamos impulsando que los hombres asistan a los grupos de reflexión de Coriac para que hagan una reflexión sobre el ejercicio de su violencia, y a las madres las estamos invitando a los grupos de reflexión de mujeres con organizaciones de mujeres que viven maltrato.

V. CONCLUSIONES

La violencia contra las mujeres se está haciendo visible en las escuelas. El problema de abuso sexual siempre ha estado, pero hasta ahora lo estamos viendo y documentando. Asimismo, el problema de maltrato hacia jóvenes y entre jóvenes también se comienza a documentar. Ambas violencias están íntimamente relacionados por las dinámicas de abuso de poder entre los géneros, y por ello el maltrato en la casa, el acoso sexual en el trabajo y la violencia sexual y moral hacia las mujeres y otros hombres “diferentes” en la calle se articulan con esta violencia escolar. Sí tiene sus particularidades, pero también la escuela se encuentran inmersa en una dinámica de abuso de poder y violencia de género social e institucional. Por ello, la escuela es exactamente igual que otras instituciones como la familia, la empresa, la iglesia, etc., en cada una de ellas el poder elige estrategias específicas, formas de control y dominación únicas, pero al mismo tiempo en todas se reproduce una misma dominación, un solo control y el mismo daño.

La forma en que la masculinidad tradicional enseña a enfrentar los conflictos es central para entender esta dinámica de dominación por las diferencias de género y edad. Las creencias de ser hombre tradicionales que invitan a usar la violencia para terminar con lo opuesto, lo diferente y lo débil tienen mucho que explicar de la violencia en estas instituciones, y específicamente en las escuelas. Debido a ello alarma un poco el nivel de reflexión en los estudios de las masculinidades. La dicotomía entre el poder y el dolor es muy importante para explicar las formas de dominación masculinas, pero resulta insuficiente cuando la realidad nos lleva a la complejidad, a la multicausalidad y al trabajo inter y transdisciplinario. La teoría de la masculinidad debiera profundizar sus estudios sobre la diferencias de los hombres, si no, se corre el riesgo de ver a los jóvenes como parte del bloque de dominación de hombres blancos, heterosexuales, adultos y de clase media o

alta. El principal peligro de ver sólo desde una perspectiva del poder y el dolor a los hombres jóvenes es que el discurso y análisis adulto reproduzca esquemas y formas control y dominación hacia los hombres jóvenes. Exactamente lo que queremos evitar.

Pero el movimiento de hombres que impulsa la reflexión sobre la masculinidad no podrá ofrecer esta perspectiva compleja y multicausal si no realiza primero esa apertura con ella misma. O mejor dicho, si los hombres que se encuentran en esa reflexión no han impulsado la reflexión sobre ellos mismos desde perspectivas complejas. En este sentido hay una contradicción en los hombres que impulsamos el trabajo de la reflexión masculinidad. Por una parte estamos con marcos teóricos que analizan el poder y el control masculino hacia las mujeres, hacia nuestros cuerpos y los cuerpos de otros hombres. Por otro lado existe la necesidad de abrir y reflexionar nuevos temas que también hablan sobre la masculinidad (paternidad, sexualidad, identidad, trabajo, etc.). Entre estos dos campos se está creando una tensión, pues se podría hablar de afectos, querencias, y cuerpos, ignorando las formas de control y violencia. O se podría hablar de la violencia que hemos vivido y ejercido entre nosotros como hombres, pero dejando de lado la que hemos ejercido contra las mujeres.

Así se está creando una tensión al desmarcarse del discurso del poder y control y llegar a nuevas temáticas e intereses para los hombres. Esta misma tensión se está generando con los jóvenes cuando se trabaja desde la perspectiva de género, y en particular de la masculinidad: ¿Desde dónde trabajamos con ellos: como perpetradores de violencia o como personas objetos de violencia? ¿Cómo delimitar la problemática de los derechos en salud sexual y reproductiva con el específico de violencia de género, y aún más particularmente con las formas de abuso sexual que ejercen los jóvenes contra las mujeres? ¿Desde dónde abordar a los jóvenes? ¿Cómo incorporarlos a esta lucha? Considero que esa invitación no será resuelta diferente a la forma en que atendamos nuestras contradicciones como hombres adultos. Nos podemos quedar en el campo de la masculinidad y considerar a la violencia como un tema más como la paternidad, la sexualidad, la salud, la identidad juvenil, etc. o consideramos que la violencia masculina es una realidad transversal que pasa por cualquier tema donde trabajemos con los hombres. Ojalá que en América Latina no nos ocurra como al movimiento de hombres de los países desarrollados, donde la espiritualidad de los hombres no es considerada parte de las formas de control masculinas, o donde las formas de control masculinas a veces no contemplan que los hombres también podemos tener espiritualidad y afectos.

Bibliografía

- Abaunza, Humberto, et al. (1995) *Una causa para rebeldes. Identidad y condición juvenil en Nicaragua*. Puntos de Encuentro. Nicaragua.
- Askew Sue y Ross Carol (1988) *Los chicos no lloran. El sexismo en educación*. Paidós Educador. Barcelona, España.
- Bagley, C.; Wood, M. y Yong, L. (1994) *Victims to abuser: Mental Health and Behavioral Sequelae of Child Sexual Abuse in a Community Survey of Young Adult Males*. Child Abuse and Neglect. USA.
- Bonino Mendez Luis (1989) *Mortalidad en la adolescencia y estereotipos masculinos*, mecanograma, Argentina.
- Connell Robert W. (1998) "El imperialismo y el cuerpo de los hombres". En Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, FLACSO-UNFPA. Santiago, Chile.
- Connell, Roberto W. (1997) "La organización social de la masculinidad". En Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, FLACSO-ISIS. Santiago, Chile.
- González, S.R.; Rosas, L. y Pérez, K. (1996) *Revisión teórica-estadística de los casos de agresión sexual, en sus tres modalidades atendidos en el PAIVSAS. Proyecto de Investigación Interinstitucional sobre Violencia social en México*. Facultad de Psicología, UNAM. México.
- Heise, Lori (1994) "Violencia y salud reproductiva", Ponencia presentada en el *Seminario internacional de violencia doméstica y salud reproductiva. Una reflexión sobre las intersecciones*. Colegio de México, D.F.
- IPAS (2001) *Jóvenes en Riesgo. Los y las adolescentes y la salud sexual*. IPAS.
- Jones, Mark (1996) "Men and feminist research". En Pilcher, Janne y Catey, Amanda, *Gender and qualitative research*, Avebury.
- Kaufman Michael (1997) "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres". En Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, FLACSO-ISIS. Santiago, Chile.
- Koss M. (1987), "Violación en citas. La historia de una epidemia y de aquellos que la niegan". *Revista M.S.* octubre de 1987.
- O'Gorman (1987) *Amigos que violan a sus amigas*. Asociación de Universidades Americanas.
- Peters, D.K. y Range, L.M. (1995) "Childhood sexual abuse and current suicidality in college women and men". En *Child Abuse and neglect*, 335-341.
- Seidler Victor, *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. Paidós-UNAM. México, 2000.
- UNFPA (2002) *Annual Report 2001*, Fondo de Población para Naciones Unidas.

LA PORNOGRAFÍA ENTRE LOS JÓVENES ADOLESCENTES CHILENOS

Enrique Moletto¹

Revisando un tratado sobre adolescencia, me topé con algo que llamó mucho mi atención. Una sección del libro dedicada a los aspectos no materiales de la cultura de los adolescentes, se detenía en temáticas como las canciones de amor, el heavy metal, el canal *MTV* y los videos musicales. En cierto párrafo, se citaba un breve listado de grupos *hard rock* en los siguientes términos: “*Grupos como Twisted Sister resaltan una apariencia muy rara: lleva un maquillaje inusual y ropa andrajosa. Otros grupos como WASP, intentan hacer su música tan violenta, sexi y cruda como sea posible (...) Mötley Crüe es conocido como una de las bandas más atroces de los 90*” (Rice:2000).

Da la casualidad que conozco a los tres grupos mencionados porque fueron famosos a mediados de la década de los 80, período en que viví mi propia adolescencia. Esta simple constatación me condujo a un súbito extrañamiento respecto del discurso especialista, y a una inesperada identificación con el sujeto de estudio: en alguna medida, y por un instante, el *otro* estaba siendo *yo mismo*. A partir de esta vivencia, me permito discrepar de los términos en que dichas bandas son *descritas* en el tratado. Los Twisted Sister usaban ropas cuidadosamente rasgadas, con tajos y desflecadas, en telas brillantes, elásticas y de fuertes colores, con un toque, a mi juicio, teatral y circense. No diría que fuera ropa *andrajosa*. La música de WASP, francamente no me parece tan violenta, ni tan cruda, pero tampoco muy sexi. Creo que hay también un error en el situar a Mötley Crüe en los 90, siendo del año 83 su álbum clásico “Shout at the devil” (conocido en español como “Gritale al diablo”) y del año 87 su mayor éxito discográfico “Girls, girls, girls”. Pero entre todo esto, lo que no termina de sorprenderme, es el juicio categórico sobre la *atrocidad* de esta banda, que no detalla ni una palabra acerca de aquello que motiva tal fama de atroces. Y mucho menos explicita quiénes son los que *conocen* de ese modo a la banda.

A mi yo adolescente le gustaba Mötley Crüe. No he vuelto a oír a este grupo hace ya muchos años, pero la opinión que tengo de ellos, sigue siendo la que se forjó en aquellos tiempos de adolescencia: rock energético, bien logrado, interpretado por buenos músicos, y todo esto unido a una propuesta visual ciertamente colorida, agresiva e irreverente. Si los problemas de sus integrantes con el alcohol y las drogas, y sus comportamientos desenfadados, los convierte en “atroces”, habría que extender el adjetivo a grupos emblemáticos de la historia del rock, como los Rolling Stones, The Doors, Led Zeppelin,

¹ Antropólogo, investigador de FLACSO-Chile.

y tantos otros que encarnaron el lema “sexo, drogas y rock and roll”.

Mi propio recuerdo de las bandas en cuestión, me lleva a considerar que una *opinión* como la del libro citado no puede provenir de la propia cultura adolescente. Al menos no de quienes compran los discos, asisten a sus conciertos, o bailan en las fiestas al son de “*Smoking in the boys room*”, que implícitamente quedan retratados como devotos de la atrocidad. El juicio hacia Mötley Crüe, revela la presencia de una voz externa a los jóvenes, que se asume como poseedora de una percepción estética o moral más elevada. Es la voz de los adultos.

Lo relevante del caso, es que transluce con mucha nitidez la presencia de lo que podríamos llamar “*etnocentrismo generacional*” (constatándose una vez más, que el conocimiento especializado no se constituye únicamente en base a argumentos razonados). Y la pregunta que queda abierta, por incómoda que resulte, es ¿hasta qué punto los estudios sobre adolescencia no retratan mejor a los adultos que los sustentan, a sus clasificaciones, a sus modos de simbolizar, que a los pretendidos sujetos de estudio? En este punto quiero recuperar la clásica aspiración antropológica de suspender concepciones autorreferentes (de intentarlo al menos), cuando existe un genuino interés por comprender a un “otro”.

Si el etnocentrismo generacional aparece en el discurso especializado a propósito de la música de los jóvenes, ¿qué cabría esperar a la hora de abordar temas relativos a su sexualidad? Porque probablemente no exista un terreno más dominado por una noción evolutiva del sujeto que el de la sexualidad: en nuestras sociedades se sobreentiende que su control debe estar en manos de adultos, porque de sexo son los adultos los que saben.

Espero que este preámbulo pueda ayudar a que entremos en el tema de la pornografía entre los jóvenes, con menos ideas preconcebidas y más dispuestos a recoger sus propias vivencias y atribuciones de significado, por más que difieran de las nuestras. Antes de esto, creo conveniente dar un mínimo encuadre conceptual al tema de la pornografía como asunto de interés para la investigación socio-cultural.

UNA DEFINICIÓN DE PORNOGRAFÍA

El debate acerca de qué es y qué no es la pornografía, es de larga data (Rolph 1965; Arcand 1993; Weeks 1998). Coincidimos con el antropólogo Bernard Arcand, en que tanto las definiciones de pornografía que han debido utilizar los censores en su desempeño, como aquellas más sesudas provenientes del discurso teórico y erudito, no han logrado iluminar mucho el tema, y por lo general, tienden a mantenerlo estancado entre el dogma y la tautología. Ante este panorama, una definición desde el mercado de la pornografía, referida a una familia de mercancías, al contenido de ciertos productos de una industria, y al tránsito de estos objetos en el escenario social (Arcand 1993) nos parece que es la que mejor posibilita un enfoque socio-antropológico del tema. Se trata de una definición de tipo “arqueológica” por su filiación en ciertos objetos, lo que permite tomar distancia de ímpetus normativos, y abordar la cuestión de manera más descriptiva.

Desde esta mirada, podemos responder a la pregunta ¿qué es pornografía?, con una cuasi definición operacional: pornografía es el conjunto de mercancías que se comercializa en un sex-shop. Hay que resaltar que la oferta de estas tiendas es notablemente

regular, homogénea y estable, al punto que es un lugar común decir que conociendo un sex-shop se los conoce a todos.

Tomamos a los objetos pornográficos como productos de una cultura, por lo tanto, portadores de significados y expresión de relaciones sociales de la sociedad a la que pertenecen (Appadurai 1991; Douglas 1990; García Canclini 1995). En este sentido tienen para nosotros el estatus de objetos etnográficos, y son de muy especial interés para el antropólogo si pensamos en la carga simbólica que recae sobre ellos.

El programa de investigación propuesto en función de este marco conceptual, debe centrarse en seguir la pista a estos objetos en el espacio social, e indagar los discursos que suscitan, las clasificaciones que los incorporan y las que los expulsan, la clausura que los confina, los límites simbólicos que contribuyen a demarcar, y las identidades a las que sirven de punto de apoyo.

EL INTERÉS DE LA PORNOGRAFÍA COMO FENÓMENO CULTURAL

Podemos señalar tres nudos temáticos en los cuales la pornografía adquiere especial interés como fenómeno cultural.

1. Pornografía y antropología del tabú

En primer lugar, y de especial interés para la disciplina antropológica, es la posibilidad que ofrece la pornografía de estudiar la constitución de los límites simbólicos en nuestras sociedades, a partir de enfoques análogos a los usados por la tradición etnológica en sus intentos de comprender, de un modo estructural, el sentido de las interdicciones que regulan la sexualidad en sociedades “otras”. La pornografía expone la mecánica del tabú en nuestras sociedades modernas.

2. Pornografía y teoría de género

Un segundo punto relevante lo constituye el hecho, puesto de manifiesto insistentemente por la crítica feminista, de ser la pornografía un ámbito marcadamente generizado: básicamente ha sido hasta ahora un producto realizado por hombres para ser consumido por hombres. En opinión de muchas teóricas, la pornografía es otra elaboración simbólica de la subordinación de la mujer en el patriarcado, además de una imposición violenta del deseo masculino hacia la sexualidad femenina. Y se denuncia la cosificación del cuerpo de la mujer como una manifestación moderna del “tráfico de mujeres”.

El debate sobre pornografía que han llevado adelante las feministas en países anglosajones principalmente, lo ubica por sí sólo como uno de los temas clásicos de los análisis de género en sociedades occidentales modernas, con una abundancia asombrosa de bibliografía al respecto. En claro contraste, llama la atención la casi total ausencia de la variable pornografía en las investigaciones socioculturales en género y sexualidad desarrolladas en Latinoamérica, y en nuestro debate académico en general.

Es imposible intentar siquiera una reseña mínima de los lúcidos argumentos generados por el debate feminista sobre pornografía, excedería con creces las posibilidades y

el alcance de esta ponencia. Pero consideramos importante señalar dos elementos que, a nuestro juicio, representan un cambio considerable en el curso reciente de este debate:

a) *La diversificación de las posturas feministas sobre pornografía.*

Hoy en día, existen tres posturas bien diferenciadas con respecto a la pornografía al interior del feminismo norteamericano: las feministas anti-pornografía, que mantienen el enfoque radicalmente crítico de los años setenta, y que han llegado a aliarse con mujeres de sectores ultra conservadores en contra del enemigo común; las feministas liberales, que toleran la pornografía y se orientan contra la censura y en favor de la libertad de creación y expresión; y más recientemente, las feministas pro-pornografía, que ven en ella una vía de liberación ante la represión histórica de la sexualidad femenina, propugnando entre otras cosas, la producción de una pornografía creada desde y para las mujeres.

b) *El comienzo de una reflexión sobre pornografía desde la propia subjetividad masculina*

Al ser la pornografía hasta ahora un ámbito de interés marcadamente masculino, y por ser la sexualidad su foco de atención, la pornografía puede aportar pistas reveladoras acerca de la construcción de las identidades y sexualidades masculinas. Algunos connotados investigadores de la masculinidad han señalado la necesidad de que los hombres se hagan cargo de las críticas de las mujeres hacia la pornografía, e indaguen desde sí mismos, desde la propia masculinidad, el lugar y el sentido que esta tiene en sus vidas, evitando caer en la negación culposa y vergonzosa. Si hay algo que no contribuye a un proyecto de redefinición de la masculinidad, es la simple repetición que hacen algunos hombres de las ideas feministas, sin pasarlas por el tamiz de la propia subjetividad masculina (Kimmel 1991; Seidler 2000).

3. Pornografía y medios de comunicación

La pornografía nos remite al tema, crucial en nuestros días, del papel de los medios de comunicación y de las tecnologías audiovisuales en la reproducción de la cultura. Y de modo más específico, a la pregunta por el papel de la imagen, impresa o filmada, en la incorporación de las categorías de género y en el aprendizaje de las prácticas y guiones sexuales.

LA PORNOGRAFÍA ENTRE LOS ADOLESCENTES

Como dijimos antes, trataremos de aproximarnos al tema de la pornografía entre los adolescentes varones, desde un interés que podríamos llamar “etnográfico”. Aunque obviamente, por tratarse de un tema tabuado, existen limitaciones reales (metodológicas, éticas, etc.) para llegar a observar las prácticas asociadas al consumo de pornografía en los jóvenes, y la ritualidad que conlleva. La alternativa posible es acercarse al tema a través del discurso de los jóvenes.

El análisis que presentamos se basa en la información obtenida mediante entrevistas en profundidad realizadas a un total de cuarenta y cinco jóvenes, de entre catorce y diez

y nueve años de edad, más diez entrevistas grupales, del tipo “grupo de discusión”, con jóvenes de igual rango etáreo. Las entrevistas forman parte de dos proyectos de investigación en curso en el Área de Estudios de Género de FLACSO, sobre identidad, sexualidad y paternidad en adolescentes varones de sectores populares. Todos son estudiantes de enseñanza media, pero de dos contextos geográficos distintos: la mitad de ellos asiste a un colegio municipalizado en la populosa comuna de La Florida en la ciudad de Santiago, y la otra mitad al liceo de una pequeña localidad semi-rural cercana a Chillán, en la zona centro-sur del país.

La pauta de entrevista abordaba una amplia variedad de temas relacionados con los ámbitos en que se desenvuelve la vida de los jóvenes: la familia, las amistades, el grupo de pares, la escuela, la calle, etc. Pero el énfasis estuvo puesto en recoger especialmente las vivencias y aprendizajes sobre sexualidad, construcción de identidad masculina, y relaciones de género. En la pauta de entrevista se incluyó la pregunta sobre acceso de los jóvenes a la pornografía, no obstante, en la mayoría de los casos, los entrevistados se adelantaron a mencionarla espontáneamente, a propósito de otras preguntas referidas a sexualidad. Todas las entrevistas fueron grabadas, transcritas y procesadas en el programa computacional “Ethnograph”. Al realizar las búsquedas por código, llamó la atención el cuantioso volumen de citas reunidas bajo el término “pornografía”.

Un primer ordenamiento de la información, revela algunas pautas acerca de la circulación de pornografía en los escenarios de la vida de los hombres adolescentes, y de los significados que se construyen socialmente en torno a ella. De entrada, dos opiniones fuertemente instaladas en el sentido común, se ven seriamente impugnadas por los datos recogidos: primero, que la pornografía interesa sólo a una reducida minoría, a un pequeño porcentaje de la población que padecería de algún tipo de trastorno psicosexual; segundo, que la pornografía sólo puede llamar la atención de los sujetos mientras viven su etapa de adolescencia.

Un esbozo preliminar de la información revelada por el estudio, podemos ordenarlo en función de cinco constataciones básicas:

1. La enorme mayoría de los hombres adolescentes ha visto pornografía

Los jóvenes de sectores populares, de una forma u otra, tienen acceso a las tecnologías de transmisión de imágenes. No pocos tienen un equipo de video en sus casas (hoy en día son incluso más baratos que un televisor), y los que no lo tienen, acceden fácilmente a este medio a través de algún primo, amigo, o vecino, que los invita. Con los computadores pasa algo similar, aunque por su costo, son bastante más escasos que los videos. Aquí se da una de las pocas diferencias palpables entre los jóvenes de la ciudad y los del campo: estos últimos tienen mucho menos acceso a Internet.

Del total de cuarenta y cinco entrevistados, cuarenta afirman haber visto pornografía, ya sea en videos, revistas o Internet. Sólo cuatro dicen no haberlo hecho nunca, en ninguno de sus formatos: dos de ellos viven en Santiago y dos en la localidad semi-rural (tres de ellos cursan primero medio, y ninguno se ha iniciado sexualmente). Con un sólo entrevistado no surgió ni se tocó el tema de la pornografía.

Las revistas son el material pornográfico más común y de más fácil acceso, pero seguidas muy de cerca por los videos tipo hardcore o triple xxx. Por ejemplo, de los

veinte y dos entrevistados de la zona rural, diez y siete han visto revistas y diez y seis videos xxx.

La revista más mencionada, por lejos, entre los adolescentes es la “Cien por ciento”, producción “armada” en Chile, a partir de fotografías sacadas de revistas extranjeras, y que además de caricaturas y chistes, tiene mucho contenido escrito. Varios entrevistados dijeron leer los artículos de la revista como fuente de información. En segundo lugar, pero con muchas menos menciones se citó a la revista Play Boy. “P: Te acuerdas cuales eran las revistas (que compraban)? R: *La Cien por ciento*. P: ¿100 %? R: *Porque las Play Boy nadie las quería, porque ... como se llama, eran muy superficiales, más superficiales*” (Cerapio, 15 años).

Los adolescentes no tienen que hacer ningún esfuerzo para acceder a la pornografía, de una u otra forma “les llega”. Ver pornografía por primera vez, constituye para los adolescentes un develamiento del sexo, una especie de iniciación. “P: ¿y dónde aprendiste sobre sexo, en qué lugar has aprendido? R: *Aquí en (...) no mas. Aquí, donde me han contado todo, a donde traen puras revistas, aquí en el liceo traen*. P: ¿y dónde las ven? R: *aquí en clases*. P: ¿En clases? R: *Sí poh, las ponen arriba de una carpeta no mas, y las ven atrás; y ahí vamos a ver nosotros. Y ahí conocí el sexo*” (Marco, 17 años). ... “R: *A los quince, más o menos, fue cuando descubrí la teoría sexual en realidad*. P: ¿Cómo ese eso? R: *Pero no es que hubiera tenido relaciones, sino que cuando vi mi primera película, porque como por ahí mas o menos me empezó a llamar más la atención las mujeres...*” (Neruda, 18 años).

2. La pornografía no involucra únicamente a los adolescentes, sino también a los adultos

La pornografía llega a menudo a los adolescentes a través de los adultos. Varios jóvenes dijeron haber tenido acceso a la pornografía por intermedio de los tíos, generalmente los hermanos más jóvenes de sus padres. Ricardo, de quince años, veía revistas porno cuando visitaba la casa de sus tíos solteros: “*antes si compraban, ahora ya no, porque están casi todos casados*”. “P: Y cómo había llegado la revista al curso? R: *De un compañero, la había traído*. P: Y dónde la había encontrado? R: *Un tío parece se la había prestado*. P: Un tío más grande? R: *Sí, un tío más grande*” (Mobi, 15 años). ... “R: *Me acuerdo que un tío le regaló a mi hermano una revista, y ahí empecé a ver*. P: ¿Qué revista era? te acordai qué nombre tenía, qué marca de revista? R: *Una Cien por ciento*. P: Cien por ciento, ya, y qué edad teníai tu ahí? R: *Como 10 años*” (Carolo, 19 años).

Pero no siempre son los adultos más jóvenes de la familia los que tienen pornografía. Como cuenta Floripondio, de 16 años: “*O sea, yo sabía lo que era el sexo, porque mi abuelo suponte tenía revistas pornográficas, o sea no me acuerdo si era mi abuelo o mi bisabuelo, y yo las pescaba y las empezaba a ver y ahí me empezaba a dar cuenta lo que era y cuestiones...*”.

Se podría concluir apuradamente que la pornografía es cosa de adolescentes, de hombres solteros y de “viejos verdes”. Pero tampoco es así, ya que se comprueba en diversos testimonios, que el padre de los jóvenes, o el padrastro, también guarda material pornográfico: “*No falta el amigo que llega con una revista que se la sacó al papá,*

uno se pone a verla no más...” (A.J. 16 años). Y Juan de 17 años: “*resulta que el papá (de mi amigo), bueno el padrastro que tenía, tenía hartas películas pornográficas, entonces él las veía y yo me acuerdo que vi una y empecé a entender un poco más y después llegué a la casa con la curiosidad*” (Juan, 17 años).

Se constata a partir de los testimonios, que la pornografía está presente incluso en las propias casas de los adolescentes. Y se puede comprobar además, indirectamente, que la pornografía aparece de distintas maneras, a lo largo de todo el ciclo de vida de los sujetos varones.

Incluso un joven de la localidad rural, contó que veía videos pornográficos con su familia. “*R: yo con mi hermano, con mi mamá igual, en la familia, con mi viejo y mi vieja. Porque igual ellos también sabían que yo también iba creciendo... que si dicen que hasta nosotros sabemos más que ellos también, que tenemos más expresión. P: ¿pero con ellos, con tus papás veías de los mismos triple x, porno-porno? R: Preferían ellos que viera ahí que después andar escondido... P: ¿y que... después comentaban también, hablaban de eso con ellos también o no? R: Que ellos también hacían eso, me decían pa’ que viera como ellos también lo hacía, y de ahí pa’ cuando yo más grande... para que vieran las cosas que se hacían y después no lo vas a estar haciendo con su pareja...*”.

3. La pornografía no involucra únicamente a los hombres adolescentes sino también a las niñas

Si las revistas y los videos porno, forman parte del mundo de los hombres adolescentes, se puede esperar que también las amigas y compañeras con que comparten los escenarios de la vida cotidiana, tengan también contacto con este tipo de material. En los testimonios de los jóvenes, aparecen varias menciones a niñas viendo pornografía. Carolo, de 19 años, cuenta haber visto videos xxx con amigos y amigas: “*P: ¿Cuando los veían con ellas, ellas qué decían? R: Na’, se colocaban rojas. P: ¿Sí? R: Igual había algunas... P: ¿Algunas qué? R: Que igual tiraban más la talla, que les gustaba el leseo... P: ¿Era común verlos con ella también? R: Sí era común, es que yo fui como a tres veces; pero siempre yo veo, siempre veo*”.

Otros dos testimonios, también nos hablan de niñas “tirando la talla” cuando ven las revistas porno: “*P: ¿Y circulan las revistas, es común que vean revistas? R: Sí, acá siempre ven revistas, mis compañeras ... hasta mis compañeras ven las revistas acá ... P: ¿Sí, y qué revistas ven ellas? R: Las mismas que nosotros. P: ¿Y qué dicen? R: No sé ... como le gusta la talla: ‘oh que lo tiene grande, lo tiene chico ...’ (risa), ‘no, yo me conformo con una de 13 centímetros’, dice una compañera mía... y cosas así*” (Crum, 18 años). ... “*P: ¿Y qué hacían con las revistas pornográficas ... las veían acá en el colegio ... se juntaban a verla ... dónde? R: en el colegio casi ... en los recreos ... nos juntábamos un grupo así puros hombre ... y veíamos igual las mujeres se interesaban por ver la revistas ... P: ¿Y las veían o no? R: sí, las veían ... igual les pasábamos una y igual se juntaban todas las mujeres a verla, se largaban a reír, no sé por qué ... nosotros la veíamos como por interés que teníamos*” (Mario, 15 años).

Otro joven del campo interpretó el interés de las niñas por la pornografía en los siguientes términos: “*R: Yo conocía a dos o tres mujeres que andaban con revistas casi siempre... P: ¿Qué les gustaba, crees tu, a ellas? R: Les gustaba ver las cosas que hacían...*

o verse ellas en eso... P: ¿Y eran las mismas revistas que tu nombrabas antes, las Cien por ciento? R: *Sí, porque eso veían esas minas.* P: ¿Y qué les comentaban?, ¿alguna vez las comentaron con ellas? R: *No...o sea sí, ellas decían que querían ver como era no mas...*"

En las entrevistas a los adolescentes varones, se describe una amplia gama de comportamientos que relacionan a las adolescentes mujeres con el consumo de pornografía. Las niñas también sienten curiosidad por ver estas imágenes, y su actitud más común hacia ellas parece ser la de reírse y hacer bromas, aunque también se mencionan la vergüenza, el asco e incluso la indiferencia. Esteban, de 18 años, elaboró un interesante comentario acerca de la recepción de la pornografía por parte de las mujeres: "P: Las mujeres que tú conoces ¿te han contado si han visto películas de ese tipo? R: *Sí, yo de hecho, con mi pareja hemos visto juntos, pero más que nada nos terminamos riendo (...) Muy loco, no fue eso de que nos hubiéramos excitado ni nada de eso. Pero no conozco ninguna mujer que me haya dicho: "Sí, he visto una película y me excité", nunca.* P: ¿Qué te dicen cuando las han visto? ¿cuáles son sus opiniones? R: *Me pueden decir "que asqueroso", me pueden decir que les dio risa, me pueden decir que simplemente no les interesó, pero que les gustó y las excitó, no. No porque tengan vergüenza, sino porque en realidad no les produjo nada. Es que la mayoría de los videos porno están muy dedicados al hombre o sea, son como muy 'hola, hola' y se van a la cama, o sea, una cosa así. En cambio a la mujer a lo mejor le excitaría si tuviera más caricias previas, si digamos, fuera una pareja que está en la playa enamorada, ahí a lo mejor las excitaría, pero como que de repente, pucha, prender la tele, dos personas copulando no les interesa".*

Finalmente, también hay testimonios que muestran a las niñas burlándose de sus compañeros que ven pornografía: "*Ellas veían y se hacían las lesas. Decían: 'oh, lo que están viendo, cochinos'. Cosas así decían. 'Cabros chicos', nos decían. Como que estaban picadas, así. Les decíamos: '¿te gustaría estar ahí!'"* (Andrés, 15 años). Y a otras incluso, en actitudes de censura y "soplonaje": "*R: Pero nos pillaron, nos delataron.* P: ¿Cómo fue eso? R: *Estábamos viendo la revista en la sala, y nos vio una mujer, y dijo estos están viendo esto, y fueron a buscar al profesor, y el profesor nos quitó, y nos mandó a buscar al apoderado"* (Mobi, 15 años).

4. Los hombres adolescentes dicen aprender de la pornografía

Es muy frecuente que los jóvenes comenten que ver pornografía les ha servido para aprender sobre sexualidad. A través de las fotos y películas, han empezado a conocer sobre cuerpos sexuados. Por una parte, empiezan a reconocer las respuestas de su propio cuerpo ante los estímulos: "*Claro, me excitaba por ver la mujer no más. Por el cuero"* (Andrés, 15 años). Y son varios los jóvenes que cuentan haberse masturbado por primera vez, viendo fotografías o películas porno. "P: ¿... y qué otras cosas se ven en los videos porno? R: *se ven ... lo más importante, haciendo el amor y como seducción del hombre con la mujer ... eso no más.* P: ¿consideras que te ha servido en algo? R: *sí.* P: ya ... qué diferencia ves tú entre lo que te ha servido viendo los videos y el otro tipo de información ... ¿cuál es la diferencia? R: *la diferencia es que ... en los videos muestran como hacen el amor ... y en biología vemos como las partes ... como lo que se forma después que se hace el amor ... nace el niño ... como se forma y cuánto dura la etapa del embarazo ... eso"* (La Roka, 18 años).

Consideran también que el porno les ha develado en parte, los misterios del cuerpo femenino. Un entrevistado manifestó que su motivación era la *“curiosidad por ver el genital de la mujer”* y por *“el tamaño de los senos”*. Otro joven, cuando le preguntaron ¿qué se veía en las revistas porno?, respondió *“la vagina”*. También se les anuncia que las mujeres experimentan placer sexual: *“entendí que el hombre servía para hacer el amor y que de ahí las mujeres como que sentían placer. Se veía a una mujer que gritaba, gritaba, eso debe ser el placer”* (Andrés, 15 años).

Muchos mencionaron que las imágenes del porno les confirmó en qué consistía el coito, la penetración. Y algunos se sintieron *“impactados”* por escenas lésbicas, (muy frecuentes en la pornografía estándar, dirigida mayoritariamente hacia el público masculino heterosexual). *“P.: ... y qué tipo de imagen salía que recuerdes, porque hay como de distintos grados, ¿qué fue lo que te impactó más? R.: Una mujer con otra mujer (risas), claro ... entonces, tu llegas así como así como ¡ooh!, yo pensaba mujer con mujer, o sea bah mujer con hombre, hombre con mujer, pero mujer con mujer fue extraño, sí fue quedé p' dentro me acuerdo esa vez. P.: ¿Qué edad tenías ahí? R.: doce años, doce o diez años igual. P.: ¿Qué otro tipo de imagen así, que te haya impactado? R.: Ah que se veía como todo muy cerca, o sea yo jamás había visto una penetración tan cerca, entonces fue como (risas) no se poh quedé como pegao en la imagen así, porque había... me imaginaba yo con la revista que había visto, pero no la vagina... o sea no una penetración más bien, pero en general no fue, ah y cuando le agarran el flaco, como es sexo oral entonces también eso me impactó”*.

El tema de las posiciones sexuales y de las variantes del coito que aparecen en las escenas de la pornografía, es de especial interés para los entrevistados. El sexo oral, en particular, los intriga y es materia de arduas disquisiciones. Algunos rechazan el sexo oral por razones de higiene: *“R: no ... terrible de charcha² ... el loco también hace el sexo oral con ella ... asco ... como dijo el Gustavo, sexo oral por las orejas ... P: ya ... no les gustaría qué a ustedes les hicieran sexo oral, ¿eso les tinca ... o no les tinca? R: o sea por decir ... sexo oral ya ... ¿y si después quiero darle un beso?”* (Entrevista grupal).

En cambio Andrés, de 15 años, opina distinto: *“claro que me gustaría, porque cuando uno va a tener sexo, yo creo que va por hartas sensaciones, no creo que sea la pura penetración que uno tenga con la mujer, yo creo que va a implicar más cosas, sexo oral, todo”*.

La pornografía les exhibe a los adolescentes un amplio repertorio de prácticas sexuales, que los induce a plantearse la pregunta por los límites en el terreno de la sexualidad. En las entrevistas se mencionan escenas de lesbianismo, sexo de a tres, y sexo en grupo. *“P.: ¿Y qué es lo que muestran las películas?, ¿las que tu viste?, ¿te acuerdas? R.: A ver, una vez vi una de pasada que tenían relaciones sexuales de a dos, o sea dos mujeres con dos hombres o dos hombres con una mujer, con diferentes poses, pero eso. P.: ¿Y qué sensación te provocaba eso? R.: No sé como que un rechazo, no me provocaba algo así como: ‘uy que lindo lo que hay en la tele’, no”* (Carlos, 18 años).

Sólo un entrevistado dijo haber visto en un video, una inesperada escena de sexo entre hombres: *“P.: ¿Y qué se veía, qué tipo de imágenes?, por ejemplo una pareja, ¿siempre era un hombre y una mujer? R.: No, yo veía cuando llegaba un hombre y aparecía una mujer*

² *Charcha*: De mala calidad.

y lo hacían *altiro*³, después cuando llegaba una mujer con una mujer, lesbianismo, homosexual, películas ya muy ardientes me entiende. Yo cuando veía era hombre con mujer, mujer con mujer, pero cuando empecé a ver más vi películas mujer con mujer, hombres con hombres y mujer con hombres, eran películas más ardientes, me entiende, entonces yo nunca había visto un hombre con un hombre, en todas las películas que he visto supongamos que diez películas he visto en tres años. Y ahí vi una película que era muy ardiente, era hombre con hombre y yo quedé impresionado así que: ‘oh por qué salió esto, por qué un hombre con hombre, por qué salió esto’. Por caliente preguntaba puras leseras, entonces mis amigos, ‘oh’ también quedaron sorprendidos porque veíamos lesbianismo y con parejas, siempre veíamos esas dos no más, y de repente sale una imagen con hombre con hombre y quedamos así y miramos los dos así: ‘oye, ¿y por qué eso?’, y después ya empezamos a retroceder a ver qué pasó, cómo se conocieron, queríamos saber por qué salió eso, ah ya fome, como cinco minutos ya veíamos muchas veces, ah chao. Así que eso” (Rokawa, 16 años).

La mayoría de los entrevistados dice haber visto pornografía en grupos exclusivamente de hombres. Sergio de 17 años aporta una explicación: “No, puros hombres. Mostrarle una película de esas a una mujer es como yo creo tirarle una indirecta, ya acostémonos, así. En cambio verla con hombres, tirar la talla, se va más pa’l leseo: mira, esa yo la conozco, esa me la hecho según la posición en que están, dice: ah, esa yo la conozco, esa yo la inventé, puras bromas así, mira es más guerrera esa mina”.

Aparecen también cuatro menciones a escenas de zoofilia (en un caso, la película era de los padres de un amigo). Y un entrevistado dijo haber visitado sitios de sadomasoquismo y “piercing” genital en Internet.

También hubo otros que dijeron no estar interesados en el porno: “No, no me gustó, o sea yo cacho que si hubiera visto otra película, a lo mejor me hubiese gustado, pero esa película fue tan fome, que no, ahí decidí no ver más puh” (Vico, 17 años) ... “P.: ¿Y películas pornográficas has visto tu? R.: No, o sea he visto de pasada así, pero porque de repente en los carretes⁴ que se hacen típico que alguien lleva una revista o una película así o una revista así, pero la verdad es que no me llama mucho la atención” (Carlos, 18 años).

Es interesante comprobar que varios entrevistados evalúan la pornografía estableciendo una clara distancia entre lo que ven en pantalla, y la sexualidad “real”. Varios opinan que la falta de afectividad y de expresiones de romanticismo que muestran las escenas pornográficas, la sitúan de inmediato en el plano de la ficción. “R: Es que yo creo que muchas de las cosas que uno sabe ... o sea, hay muchas cosas que uno aprende viendo videos. O sea, tipo, no sé ... hasta caricias, formas de tocar a una mujer que ..., pero me refiero a cosas mías, porque uno sabe que los videos son como extremos y no son como cariñosos tampoco, y no es la mejor forma de desarrollar una relación sexual, pero hay poses, de repente, cosas así ... P: ¿Por qué no es la mejor forma de desarrollar una relación sexual? R: Porque es una película, porque están actuando, porque son personas que no están preocupadas de darle placer a la otra, no están preocupados de compartir, o sea, están preocupados de actuar, de ganar plata, nada más, no sé. Enton-

³ *Altiro*: Inmediatamente.

⁴ *Carrete*: Diversión, fiesta.

ces, la idea de una relación sexual, especialmente con la polola, no con una galla que conociste en el momento es, pucha, entregar lo mejor de sí y aprender a recibir de la otra persona también, o sea, ese es mi concepto y trato de aplicarlo” (Esteban, 18 años).

5. La pornografía es representada como un material ilícito en el escenario de los adolescentes

“El año pasado hubo un tráfico de revistas porno, pero yo como andaba con poca plata en ese tiempo, no tuve acceso, pero mis amigos igual me dejaban...” (Cerapio, 15 años) ... “P: Tu vecino tenía videos...¿y cómo se los conseguía? R: No sé, con un amigo que se los pasaba, el tal Johny O., el ‘Chupacabras’”.

El lenguaje, las prácticas, y las actuaciones que rodean a la pornografía en el mundo adolescente, la representan como un material peligroso, algo que se “trafica” y que debe permanecer oculto. La pornografía, de ser detectada por los adultos, puede traer reprimendas y castigos de diverso grado para los jóvenes: “P: ¿Y qué revistas porno ... llevaban ... te acuerdas de los nombres? R: Cien por ciento y Play Boy ... igual nos pillaron una vez en 8vo ... lo hicieron, ... una profesora nos revisó porque andábamos con un calendario ... y nos revisó a todos ... hasta nos revisó las billeteras que teníamos ... no lo encontró, porque justo el que andaba trayéndola la había prestado a otro curso ... nos salvamos todos los hombres ... y nos revisó a todos los hombres ... las mujeres no las revisó ...” (Mario, 15 años).

La pornografía, como hemos visto, está muy presente en el entorno de los adolescentes, con los adultos visiblemente implicados en su adquisición y difusión. Sin embargo el mundo adulto, simultáneamente, clasifica a la pornografía como algo inmoral, malsano o peligroso. Así se genera una suerte de doble vínculo con la pornografía, que de un modo u otro expresa también un doble vínculo con la sexualidad: “Siempre la profesora de ciencias naturales que nos hacía antes, decía que esas revistas y esas películas eran lo más tonto y ordinario que había, que por qué por el sexo van a ganar dinero. Eso se debe aprender que es inmoral, que esas revistas eran inmorales porque eh...cambiaban el tema de la sexualidad, porque eh...el sexo no era por placer, era para engendrar hijos y mantener la descendencia de cada persona...” (Servicio, 14 años).

A modo de epílogo: la pornografía sirve para pensar

Alguna vez Levi Strauss afirmó que las taxonomías de especies vegetales entre las culturas tribales más que posibilitar la alimentación, permitían a los nativos pensar. Tiempo después, y en un sentido análogo, García Canclini sostiene que en nuestras sociedades modernas *el consumo sirve para pensar*. Parafraseando a estos autores, podemos sostener que *la pornografía sirve para pensar*. La pornografía, en términos socio-antropológicos, es un extraordinario marcador simbólico. Se elabora mucho discurso en torno a estas mercancías. Se invierte una gran energía social en mantener un sistema de imperativos contradictorios en torno a estos productos:

La pornografía es cosa de adultos / la pornografía es cosa de “cabros chicos”.

El porno es ilícito pero está presente en el interior de los hogares familiares.

Hay mujeres que les gusta y mujeres que lo denuncian.

El porno puede producir unas veces placer y otras asco.
 Sujeto en tensión con la estructura.
 Deseo en tensión con la norma.
 (La pornografía encierra toda la problemática de la sexualidad humana).

Bibliografía

- Arcand, Bernard (1993) *El jaguar y el oso hormiguero. Antropología de la Pornografía*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.
- Appadurai, Arjun ed. (1991) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Editorial Grijalbo. México.
- Bataille, Georges (1997) *El erotismo*. Tusquets Editores. Barcelona. España.
- Douglas, Mary (1973) *Pureza y peligro. Un Análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Editorial Siglo Veintiuno. Madrid, España.
- Douglas, Mary y Isherwood, B. (1990) *El Mundo de los Bienes. Hacia una antropología del consumo*. Editorial Grijalbo. México.
- García Canclini, Nestor (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo. México.
- Kimmel, Michael (1991) *Men confront pornography*. Meridian, New York.
- Mc Elroy "A feminist defense of pornography" <http://www.freeinquiry.com/FeministDefense.html>
- Ramp, Stephanie "The positive powers of porn" <http://www.fairfieldweekly.com/articles/porn.html>
- Rice, Philip (2000) *Adolescencia. Desarrollo, relaciones y cultura*. Prentice Hall. Madrid, España.
- Rolph, C.H. ed. (1965) *Encuesta sobre la Pornografía*. Ed. Seix Barral, Barcelona.
- Rubin, Gayle (1996) "Tráfico de mujeres: notas para una economía política del sexo", en Marta Lamas (comp.) *El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual* UNAM/Programa Universitario de Estudios de Género. México.
- Seidler, Victor (2000) *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. Editorial Paidós. México.
- Sontag, Susan (1985) "La imaginación pornográfica", en *Estilos radicales*. Muchnik Editores. Barcelona, España.
- Weeks, Jeffrey (1998) *Sexualidad*. Paidós. México.

CAPÍTULO VI

BÚSQUEDAS Y EXPLORACIONES EN EL COMPORTAMIENTO SEXUAL, ITS Y VIH/SIDA

DIMENSIONES DE LA SEXUALIDAD: PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES DE LOS JÓVENES VARONES EN ARGENTINA

Ana Lía Kornblit¹

En este trabajo me propongo comentar algunas de las dimensiones de la sexualidad de los jóvenes varones, referidas tanto a sus prácticas como a sus representaciones sociales en torno al tema, vinculándolas con sus estereotipos de género. Me detendré especialmente en las prácticas y representaciones que se vinculan con la asunción de su parte de conductas de riesgo en relación con la salud.

Los datos en los que se basan estas reflexiones han surgido de investigaciones llevadas a cabo en Argentina por el equipo de trabajo que dirijo, desde hace diez años².

EL PERFIL DIFERENCIAL DE LOS VARONES EN CUANTO A LAS CONDUCTAS SEXUALES

Algunos aspectos de las conductas sexuales de los jóvenes varones entrevistados son relevantes en términos de lo que ellos aportan a la comprensión de la especificidad de su sexualidad. Por ejemplo, el valor medio del número de relaciones sexuales que los jóvenes entrevistados (Investigación 2) mantienen a lo largo de un mes es de 7.05 veces. El modo, o sea el caso más típico, es cuatro veces por mes.

La edad establece las diferencias más importantes en el promedio de relaciones sexuales: el grupo de 23-30 años tiene más relaciones sexuales promedio que el de menor edad (18 a 22 años). Otra diferencia está dada por el nivel socioeconómico: los jóvenes de nivel socioeconómico bajo tienen un promedio mayor de relaciones sexuales por mes.

¹ Socióloga, Psicóloga, Médica y Doctora en Antropología del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

² Para facilitar la lectura, me referiré a las distintas investigaciones que hemos realizado con jóvenes varones numerándolas, según el siguiente listado:

Investigación 1: A.L. Kornblit y A.M. Mendes Diz (1994) *Modelos sexuales en jóvenes y adultos*.

Investigación 2: A.L. Kornblit et al. (1997) *Y el SIDA está entre nosotros*.

Investigación 3: A.L. Kornblit et al. (1999) *Ser hombre, ser padre*.

Investigación 4: A.L. Kornblit (comp.) (2000) *SIDA: entre el cuidado y el riesgo*.

Investigación 5: A.L. Kornblit y A.M. Mendes Diz (2000) *Las lógicas del amor*.

Las precisiones muestrales de cada uno de los estudios figuran en el Anexo.

PROMEDIO DE RELACIONES SEXUALES POR MES SEGÚN NIVEL SOCIOECONÓMICO Y EDAD

Total muestra	7,05 (100)
NSE bajo	7,76 (50)
NSE medio	6,34 (50)
18-22	5,88 (50)
23-30	8,22 (50)

Fuente: A.L. Kornblit et al. (1997) *Y el SIDA está entre nosotros*.

Si reagrupamos los datos referidos al número mensual estimado de relaciones sexuales en base al criterio de número de relaciones sexuales mantenidas semanalmente encontramos que el 60% de los entrevistados mantiene menos de dos relaciones sexuales semanales. Estos datos indican una tendencia acerca de la presencia de un grupo joven con una frecuencia de relaciones sexuales menor. La misma tendencia se verifica en la Investigación 1, que abarcó jóvenes de 14 a 18 años, en la que surgió que los varones que mantenían relaciones sexuales esporádicamente (menos de una vez por semana) o no las mantenían llegaban al 56%.

Con respecto a la edad de inicio, tal como surge del mismo estudio, cerca del 80% de los jóvenes varones de 17 a 18 años había tenido relaciones sexuales. La edad de comienzo de las relaciones, para los varones que se habían iniciado sexualmente, era para el 57% inferior a los 15 años y para el 43% restante entre los 15 y los 18 años. En cambio, el porcentaje de jóvenes varones que respondieron haber mantenido relaciones sexuales con distintas personas durante el último año dobló al del resto de la población (Investigación 4).

Los datos parecen conducir a la conclusión de que la actividad sexual es menor de lo que podría suponerse para el período de edad considerado. Sin embargo, tenemos también evidencias de que vivimos en una era en la que el erotismo ha invadido espacios que hasta hace unos años estaban ocluidos a sus expresiones. La cultura de la imagen avanza sobre la censura de los cuerpos y de los gestos eróticos, pero a juzgar por los datos de los que disponemos, no desencadena una exacerbación de la actividad sexual. Contradiendo a los cultores de la censura, y confirmando a Sigmund Freud, la sexualidad se alimenta de elementos reprimidos, y no de la saturación de imágenes eróticas que banalizan las fantasías.

Por consiguiente, puede decirse que si bien a los diez y ocho años la mayoría de los varones se ha iniciado sexualmente, muchos de ellos llevan una vida sexual con poca frecuencia de relaciones. Probablemente esto se deba a que, a diferencia de las mujeres de las mismas edades, sus relaciones son frecuentemente con parejas casuales. Las mujeres, en cambio, revelaron mantener con mayor frecuencia parejas “estables”, con las que tienen una vida sexual más intensa.

Alrededor del 55% del total de jóvenes entrevistados en la Investigación 4 manifestó estar en pareja, pero entre ellos el porcentaje de varones era bastante menor: 38%. Por otra parte, para el 92% de las mujeres las relaciones sexuales implican un compromiso afectivo con la pareja, mientras que esto es así sólo para el 34% de los varones.

Como vemos, existe un marcado perfil diferencial con respecto a la conducta sexual entre varones y mujeres durante la adolescencia, que se prolonga en la juventud, aunque de modo algo atenuado. Los varones se inician sexualmente más temprano, pero tienen en

mayor proporción parejas de corta duración o circunstanciales, cambian de pareja con mayor frecuencia, tienen relaciones sexuales con menos frecuencia y no necesariamente la sexualidad está ligada para ellos a la afectividad.

LAS RAZONES ADUCIDAS POR LOS VARONES PARA CUIDARSE O NO CUIDARSE EN LA RELACIÓN SEXUAL

En la misma investigación mencionada en el acápite anterior, el preservativo fue el método anticonceptivo nombrado en primer término. Después de él, si bien con porcentajes de uso mucho menores, aparecen las pastillas y el cuidado a través de métodos naturales. Los entrevistados mencionaron utilizar el preservativo en las relaciones ocasionales y otros métodos en el caso de las estables. Surge de esto que la percepción del riesgo del SIDA está presente para estos jóvenes en el primer tipo de relaciones y no en las segundas, en las que lo que aparece claramente es la necesidad de la anticoncepción. Esta es, pues, la barrera más importante en cuanto a la aceptación del uso del preservativo de un modo más generalizado. La principal argumentación del rechazo a su uso es la “incomodidad” que deriva en una “disminución del placer”; sin embargo, este argumento es suscripto por un porcentaje menor de jóvenes que de población general (Investigación 4).

Puede deducirse de esto que existe una mayor aceptación del condón entre los jóvenes que entre los adultos, que se deriva seguramente del hecho de que su iniciación sexual ha tenido lugar en la era del SIDA, por lo que la necesidad de la prevención está más incorporada en ellos que en los adultos, quienes han debido introducir un cambio en sus prácticas sexuales para incorporarlo. Además de la “disminución del placer”, los otros dos aspectos más importantes que los jóvenes varones perciben como obstáculos para usar preservativo son *el no tenerlos cuando se los necesita* y el hecho de que *proponer su uso les resulta difícil*. El primer motivo señala la imprevisibilidad en cuanto al momento en que puede tener lugar una relación sexual y el segundo muestra la dificultad de la comunicación verbal con la pareja.

En general, podemos decir que si bien los jóvenes han adoptado en mayor medida que la población general el uso del preservativo en su doble función de anticonceptivo y profiláctico del SIDA, su aceptación más amplia de la práctica del *sexo más seguro* es limitada. El coito vaginal tiene en su mundo una gran significación simbólica y los estereotipos de género ligados a la sexualidad son mantenidos por una proporción importante de jóvenes³.

La razón del no uso del preservativo en ciertos encuentros sexuales entre los jóvenes es el no disponer de ellos en el momento, por lo que la imprevisión en cuanto al mantenimiento de relaciones sexuales es el principal obstáculo a su uso cuando éste está aceptado. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la marca simbólica del preservativo es la falta de confianza en el otro, lo que hace difícil su incorporación en parejas que se

³ En la investigación I surgió, por ejemplo, que la ecuación “amor-novia” y “sexo-prostituta” es mantenida aún por alrededor de un 25% de los jóvenes varones. Por otra parte, estos últimos afirmaban en mayor proporción que sus pares femeninos (edades de 14 a 18 años) que la adopción de métodos anticonceptivos por parte de las mujeres está ligada a la promiscuidad y que las mujeres deberían dedicarse a la pareja y a los hijos.

definen como “estables”. Sería interesante indagar en futuros trabajos cuál es el límite que divide, a juicio de los sujetos, una pareja circunstancial de una estable.

Debe tenerse en cuenta que, tratándose de un estudio sobre varones, el preservativo puede haber sido mencionado en primer lugar como método anticonceptivo por ser el método usado por los varones. También hay que considerar que el uso del preservativo aumenta a medida que se desciende en la escala de edad, dado que su aceptación es mayor entre los más jóvenes. En la investigación 1, realizada con jóvenes de 14 a 18 años, por ejemplo, el 94% de los varones que mantenían relaciones sexuales contestaron que lo usaban. Este dato, si bien es importante, no debe hacer pensar que su uso es sistemático: el 67% respondió que lo usaba siempre y el 33% que lo usaba ocasionalmente.

LOS JÓVENES VARONES Y LAS “LÓGICAS DEL AMOR”

A pesar de las numerosas investigaciones realizadas en torno al tema de la asunción por parte de los jóvenes en general, y de los jóvenes varones en particular, de conductas de riesgo ligadas al ejercicio de la sexualidad (básicamente el riesgo del embarazo no deseado y la infección por el VIH y otras ITS), las variables explicativas que se han explorado hasta ahora no han logrado aclarar qué es lo que los lleva a incurrir en tales conductas, aun cuando en la mayoría de los casos tienen información acerca de los riesgos que corren. Una dimensión que no se ha explorado suficientemente aún es la posible influencia del tipo de pareja en la asunción de las conductas de riesgo, lo que está avalado por el hecho de que las decisiones que están en su base deben ser tomadas forzosamente entre dos (aunque no necesariamente en forma conjunta).

Una cantidad considerable de estudios (por ejemplo, la Investigación 2) ha mostrado que existe una gran discrepancia entre el conocimiento que los jóvenes tienen acerca de la necesidad de adoptar conductas preventivas en el plano sexual (especialmente en relación con el SIDA) y la adopción efectiva por su parte de tales conductas. Estas diferencias entre lo que podríamos denominar teoría y práctica se han estudiado a partir de una serie de factores que han intentado explicarlas, tales como variables demográficas, grado de información, actitudes, creencias, percepción de riesgo, etcétera, sin que se hayan logrado avances significativos en cuanto a su comprensión. Es posible que este relativo fracaso se deba a que la mayor parte de los trabajos se han desarrollado partiendo de modelos sobre el individuo, y no sobre la pareja y su particular dinámica interactiva, que configura un sistema social relativamente autónomo y auto-regulado. Así, es posible hablar de la “racionalidad de la relación”, que torna comprensibles conductas que pueden parecer inexplicables a la luz de la perspectiva individual.

Nuestros estudios han confirmado también lo hallado en investigaciones realizadas en otros países (cf. por ejemplo DiClemente 1992; Bajos *et al.* 1995), en cuanto a la estrategia preventiva del SIDA llevada a cabo por un porcentaje importante de jóvenes, especialmente varones, que consiste en el uso del preservativo con parejas casuales y en las primeras etapas de una pareja, y su abandono posterior, cuando el vínculo se considera “estable”.

La interacción social íntima demanda la creación de una “realidad erótica” compartida que se aparta de la realidad cotidiana. Dado que esta realidad erótica es altamente frágil, las intromisiones en ella por parte de la realidad cotidiana son a menudo rechaza-

das y éste puede ser uno de los motivos por los que se evite el tomar en consideración los mensajes preventivos, percibidos como externos al sistema íntimo.

Las estrategias que los jóvenes ponen en práctica con sus parejas para encarar el riesgo de la transmisión del VIH han sido descritas (Peto et al. 1997) como opciones que varían entre dos polos: 1) la confianza ciega y 2) la gestión racional del riesgo. Cada uno de los tipos de protección que adoptan las parejas tiene su propia *lógica de acción*. Se denomina de este modo a la consistencia de una serie de prácticas de adaptación al riesgo del VIH que se vinculan con determinadas situaciones vitales de las personas. La noción de modos de adaptación al riesgo supone la modificación de la conducta de modo tal de tener en cuenta dicho riesgo por lo menos en alguna medida. Describiremos a continuación las *lógicas* adoptadas en relación con el riesgo de infección por el VIH y también en relación con el embarazo no deseado, que hemos podido detectar en los jóvenes varones entrevistados, a partir del análisis cualitativo de los datos recogidos⁴.

Las *lógicas adoptadas por los que no se cuidan del riesgo de la infección del VIH y las adoptadas por los que sí se cuidan* revelan dos tipos de escenarios de pareja. El primero se caracteriza por un sistema íntimo fuerte, en el que la devoción al otro o la idea misma de la pareja son rasgos prioritarios. Se busca en él la fusión con el otro, aunque ella sea fugaz. Los que adhieren a estas lógicas de no cuidado constituyen un continuo en cuyos polos podemos encontrar características propias de dos estilos amorosos caracterizados por Hendrick y Hendrick (1992) como “amor pasión” en un extremo y “amor juego” en el otro extremo. En el primer caso se pospone toda otra consideración a la fuerza de la pasión amorosa y en el segundo el valor otorgado a la conquista sexual opaca cualquier otra preocupación.

El segundo escenario, constituido por las lógicas adoptadas por los que sí se cuidan, se caracteriza por un sistema íntimo débil, que coexiste por lo menos en un pie de igualdad con otros intereses sociales y otras valoraciones. Como caso extremo se hace un culto en él de la autorrealización y de la preservación de la diferenciación. También se observa heterogeneidad entre los que adhieren a estas lógicas de cuidado, particularmente en lo que se refiere al compromiso afectivo entre los integrantes de la pareja. Por un lado existen quienes asumen un compromiso de tal intensidad que el cuidado de uno mismo es una mera consecuencia del cuidado de la pareja; por el otro, la relación ha alcanzado tal deterioro afectivo que el cuidado surge como protección con respecto al riesgo que implica las posibles otras relaciones de la pareja. Podría decirse que los primeros se protegen *para* el otro y los últimos se protegen *del* otro.

El análisis de las “lógicas” desarrolladas por los entrevistados en relación con el riesgo de infección por el VIH pone de relieve que la modificación de la conducta en el sentido de la prevención tiene lugar o no según cuál sea el sistema social íntimo que se da en la pareja. Es ese sistema el que regula la entrada o no entrada de estímulos del afuera referidos a la necesidad de protección frente al riesgo.

⁴ El procedimiento de análisis de los datos consistió en la categorización de los mismos según la asignación de los sujetos a diversas “lógicas”, que fueron surgiendo a partir de la lectura del corpus. Las estrategias detectadas constituyen un continuo cuyos polos están representados en un extremo por quienes transitan por lógicas no preventivas y en el otro por aquellos que adoptan el uso del preservativo de manera constante en sus encuentros sexuales (Investigación 5).

En la medida en que el sistema social íntimo se define como amoroso más que como sexual se tenderá a rechazar el preservativo, asociado con lo puramente sexual, como se desprende de los datos, y se admitirá el riesgo en todo caso como un resabio del pasado, a través del reconocimiento de la existencia de parejas anteriores potencialmente riesgosas.

La posibilidad de admitir el riesgo de la infección por el VIH como proveniente de experiencias pasadas abre el resquicio para proponer un contrato que resguarde el sistema social íntimo: la realización de la prueba del VIH por ambos miembros de la pareja como requisito contractual para abandonar el uso del preservativo, que se acepta en la primera fase de una relación. La invasión de la realidad cotidiana, representada por la posibilidad del riesgo actual vía la infidelidad, no puede entrar en el horizonte del sistema social íntimo más que a costa de tornarlo frágil. En consecuencia, se aparta la idea del riesgo posible, en salvaguarda del sistema social íntimo.

Los datos recogidos han permitido comprender mejor los puntos de vista de las personas, en este caso los jóvenes varones, y el peso del tipo de interacción en la pareja sobre la decisión de adoptar o no medidas de protección frente a la infección por el VIH. Abonan, también, por la necesidad de cambiar el abordaje de la temática desde un enfoque individual a un enfoque orientado social e interaccionalmente, que privilegie los elementos contextuales de las decisiones en torno a lo sexual.

LA COMUNICACIÓN EN LA PAREJA CON RESPECTO A LAS PRÁCTICAS SEXUALES

Entre los jóvenes, y particularmente por parte de los varones, las estrategias de protección en que las opciones de conductas son negociadas abiertamente, como la comunicación directa respecto a temas sexuales, parecen ser la excepción más que la norma (Hart y Boulton 1996).

El tipo de comunicación prevaleciente en una pareja se vincula con el sistema de normas que se establece en ella, que a su vez crea expectativas con respecto a la conducta y a los sentimientos de ambos miembros. Dichas normas, que se entretienen de modo particular en cada pareja, son también su nexo con el sistema social más amplio.

En uno de nuestros estudios (Investigación 2) todos los jóvenes varones entrevistados habían hablado con sus parejas acerca de las prácticas anticonceptivas. En cuanto al nivel de frecuencia con el cual conversaban con sus parejas actuales o lo habían hecho con las anteriores sobre dichas prácticas, el 28% manifestó que esas conversaciones eran *muy frecuentes*. Si a este porcentaje se le suma el 23% que lo hace con *bastante frecuencia* encontramos que la mitad de la muestra –independientemente de la edad y del nivel económico-social– dialoga con su pareja frecuentemente acerca de las prácticas anticonceptivas.

Los métodos anticonceptivos son también un tema de diálogo dentro de la pareja con relación al costo de los mismos. Si bien no son considerados de precio elevado, dos son las estrategias comentadas por los varones: o se afrontan con un fondo común o bien se dividen los gastos de acuerdo a quién sea el usuario del método, esto es, los preservativos son pagados por los varones y las pastillas por las mujeres.

La comunicación con la pareja acerca de la necesidad de los cuidados preventivos en relación con el SIDA, en cambio, ofrece más dificultades. En otro estudio, (Investigación 4) los jóvenes respondieron que hablaban menos con sus parejas sobre este tema

que los adultos. Las razones que dieron para explicar esta dificultad fueron la timidez y el no “querer ofender” a la pareja, por el temor a que sintiera que se “desconfía de ella”.

LA POSTURA FRENTE AL ABORTO

En la Investigación 3, uno de cada diez entrevistados manifestó haber atravesado la experiencia del aborto con sus parejas.

Consultados acerca de las conductas posibles ante un embarazo no deseado, la mayor parte de los entrevistados planteó que tendría el hijo, basándose en argumentos morales (culpa, responsabilidad) y de temor por las consecuencias físicas y psíquicas para la mujer. Reconocen, sin embargo, que lo que ocurre en la generalidad de los casos es que los hombres “se borran”. El aborto es visto como un desencadenante de la ruptura de la pareja. Sin embargo, a un nivel general, todos están de acuerdo con la legalización del aborto.

Esta discrepancia entre lo que plantean en cuanto a la normativa a la que adherirían y la conducta personal marca un grado parcial de la aceptación del aborto por parte de los entrevistados. Esta aceptación parcial está en concordancia con otras de sus expresiones relacionadas con las conductas asociadas al género, como por ejemplo su preferencia porque las mujeres se dediquen al cuidado de los niños, cuando los tienen, en lugar de que continúen desempeñándose en tareas laborales fuera del hogar.

LOS SIGNIFICADOS DE LA MASCULINIDAD

Si bien entre los jóvenes varones entrevistados no está en juego el sentimiento del “honor”, una de las fases del sistema honor-vergüenza que ha sido descrito como característico en la región del Mediterráneo (Peristiany 1966), sigue estando presente la sensación de disminución de la autoestima en el caso de que un “otro” haya sido preferido por sus parejas. La fidelidad en la pareja es uno de los valores a los que los jóvenes varones entrevistados en la Investigación 1 adhieren en mayor porcentaje que las mujeres, en la misma muestra.

Según Giddens (1995) es en esta inseguridad básica en la que debe buscarse la explicación del patrón de violencia hacia las mujeres que mantienen muchos hombres en la esfera doméstica y también fuera de ella (como en los casos de violaciones). Más que un resultado de la perpetuación del poder patriarcal, dicha violencia es la reacción masculina a la disminución de la complacencia femenina con respecto al poder omnímodo de los hombres.

El catálogo de defecciones que muchas mujeres reprochan a los hombres con los que están o han estado relacionadas tiene que ver, seguramente, con esta paradoja en la que los hombres están atrapados: ser *varonil* o implicarse fundamentalmente en “cosas de hombres” es lo más valorado –tanto por los hombres como por muchas mujeres–, pero ello implica afrontar un estilo “machista” que es al mismo tiempo censurado.

Sólo una cuarta parte de los jóvenes entrevistados piensa que los hombres no demuestran sus emociones y sus dolores, por lo que la imagen masculina actual comprende, para la gran mayoría de ellos, el ser emotivo y mostrarlo, pero al mismo tiempo ser *varonil*, vale decir, fuerte, recio, arremetedor ¿Cómo pueden conciliarse estas cualidades por lo

menos en primera instancia antagónicas? y sobre todo ¿cómo no caer en sensaciones de minusvalía cuando predominan unas sobre las otras? ¿Cómo no reaccionar con violencia contra las mujeres cuando se piensa, como ocurre a menudo, que son ellas las que sostienen tales exigencias y no uno mismo?

La respuesta frente a esta especie de doble vínculo puede ser una nueva distancia emocional y un negarse a relaciones comprometidas con el otro sexo, que pueden ser vistas como escenarios en los que estas exigencias se potencien. Lo que se juega en estas cuestiones es precisamente algo tan valorado como la atracción sexual. ¿Por qué no puede ser sexy un hombre bueno y por qué no puede ser bueno un hombre sexy? se pregunta Giddens (1995). La evitación de las situaciones que llevarían a plantear esta cuestión, que indudablemente puede surgir con más intensidad a partir de una relación prolongada, es lo que lleva a muchos hombres a adoptar el patrón que el mismo autor denomina “sexualidad episódica”, conformado por encuentros más circunstanciales que estables, en los que la limitación temporal de la relación impide la exposición al riesgo de perder la condición de ser deseable sexualmente.

CONCLUSIONES

Las respuestas de los jóvenes entrevistados en las investigaciones a las que hemos pasado revista muestran que se han producido modificaciones en el sistema género-sexualidad, pero ellas han tenido lugar hasta ahora a nivel de la conducta, más que a nivel de las imágenes o representaciones sociales acerca de ella.

Un dato relevante que surge de los estudios mencionados es que si bien la posibilidad de relación coital existe de hecho y la libertad sexual es una conquista que está dada, sin embargo, aun hoy sobrevive como representación el lastre, compartido por chicos y chicas, de que una mujer que accede sin demasiadas vueltas a los requerimientos masculinos es una “mujer fácil”.

A diferencia de lo que ocurre con las mujeres, no existen “hombres fáciles”. Por el contrario, las conquistas sexuales son emblemas de una demostración de masculinidad frente a los demás hombres. Sin embargo, tal como señala Giddens (1995), en el momento actual, en el que las mujeres aceptan la sexualidad en mucha mayor medida que en épocas anteriores, la “conquista” carece de la expectativa y el sentido de logro del que gozaba. Para retener el valor de que estaba imbuida, ella debe mantener la negación de la condición de sujeto de las mujeres, que las hace capaces de dar y recibir amor, y reducirlas a ser objeto de un deseo masculino que se marchita al “conseguir” tal objeto, para reiniciar el ciclo con otro. Esta dinámica sexual puede vincularse con la dificultad para adoptar las prácticas del sexo más seguro, dado que el énfasis está puesto en los avatares de la conquista, lo que puede relegar otros aspectos.

A otro nivel, sin embargo, los jóvenes varones aceptan la idea de que la preocupación por la pérdida de la virginidad de las mujeres es algo del pasado y que tanto los varones como las mujeres son libres de concretar sus deseos sexuales, sin que esto incida en sus vidas a posteriori.

¿Cómo se explican entonces estas diferencias entre lo que podríamos denominar conductas sexuales y estereotipos de género? A nuestro entender, este “retraso” de las creen-

cias o representaciones ligadas a lo sexual con respecto a las conductas es consecuencia de la vigencia simultánea de sistemas de lealtades que se superponen. Mientras por un lado se acepta una mayor liberalización a nivel de la conducta sexual, en la que el referente es la pareja en concreto (el él o ella particulares), los estereotipos de género incluyen, como su misma definición lo sostiene, generalizaciones acerca de “las mujeres” o “los hombres”, a los que se llega también a partir de una adscripción a un género que subsume la lealtad hacia él. Cuando se piensa en “las mujeres fáciles”, por ejemplo, esta referencia surge de jóvenes varones que hablan como miembros del género masculino, y a partir de una cierta oposición al género femenino. Los estereotipos de género serían así más resistentes al cambio que las conductas a raíz precisamente de su carácter de estereotipos, que, como sabemos, constituyen los aspectos cognitivos del prejuicio. Lo que resulta preocupante, entonces, además de su vigencia como aspectos retrógrados en relación con la sexualidad, es su vigencia como expresión de estilos prejuiciosos, particularmente entre los jóvenes varones, de quienes podría esperarse una mayor amplitud de miras.

En conjunto, los jóvenes están más avanzados en las etapas del cambio que lleva a la adopción de medidas preventivas del SIDA que la población general, si bien el importante porcentaje de jóvenes que expresan inseguridad en cuanto a su *performance* sexual hace pensar que es prioritario trabajar con ellos para mejorar su autoeficacia en cuanto a sus habilidades para realizar prácticas sexuales más seguras.

El hecho de que en la conducta sexual de los jóvenes el factor imprevisión juegue un papel importante lleva a considerar la posibilidad de mejorar la accesibilidad de los preservativos ofreciendo más bocas de expendio.

Las ansiedades de los varones jóvenes con respecto a su sexualidad no han sido tan analizadas como las de las mujeres, pero hoy sabemos que la impotencia, la eyaculación precoz y las preocupaciones con respecto al tamaño del pene, entre otros temas, forman parte de los temores de muchos jóvenes. Por otra parte, si bien ellos muestran estereotipadamente que están más interesados en el sexo que en el amor, expresan también una gran desconfianza con respecto a la posibilidad de ser amados. El temor al abandono por parte de una pareja, y más aún el temor a ser “traicionados” en el curso de una relación se mantiene como uno de los temores masculinos más profundos.

Así, a pesar de muchas evidencias que podrían hacer pensar en el borramiento de los límites de los estereotipos ligados a los roles de género, las respuestas de los jóvenes entrevistados en las investigaciones mencionadas muestran que ellos subsisten, más allá de prácticas que podrían hacernos pensar lo contrario.

Parecería que el proceso de democratización familiar que cuestionó el esquema de autoridad emanada del *pater familiae* ha avanzado hasta un punto que posibilita su coexistencia con el orden patriarcal, sin producir una transformación más profunda en el sistema sexo-género.

Podría también pensarse que los jóvenes varones que entrevistamos en nuestros estudios pertenecen a hogares que no han sido atravesados por el protagonismo público femenino de las últimas décadas, que facilitó las negociaciones de género en muchas familias, especialmente de sectores populares (Schmuckler y Di Marco 1997).

Tal como lo expresa Di Marco (1997: 137), las mujeres, especialmente las de sectores populares “... han desarrollado en las últimas décadas prácticas transicionales que entran en contradicción con el modelo dominante de género existente en la familia, pero aún tales

prácticas no han podido ser incorporadas en la construcción de un lenguaje autónomo que ponga en cuestión la ideología patriarcal”. Esto es lo mismo que revelan las respuestas de los jóvenes entrevistados en nuestros estudios con respecto a los estereotipos de género. Sus respuestas los muestran en un momento transicional: no aceptan que sus compañeras sean mujeres relegadas a lo doméstico, pero tampoco toleran que sean sus iguales.

Lo anterior se corresponde con la idea de que la incorporación de la mujer al mercado laboral no acarrea de un modo automático cambios en el sentido de la democratización familiar. Para que ésta se dé es necesario que se produzca una serie de negociaciones en las que se planteen los derechos de las partes intervinientes en los conflictos surgidos de la vida en común. Esto es lo que parece haber estado ausente en las historias familiares de los jóvenes entrevistados.

La democratización familiar implica una nueva dinámica del grupo, en la que las mujeres y los hijos participen en la toma de decisiones, lo que implica que puedan plantear sus deseos, rompiendo, en el caso de las mujeres, con el mandato del altruismo materno, y en el caso de los hijos, con el mandato del “respeto” y la sumisión a las figuras paternas.

La no sumisión a los estereotipos de género implicaría asimismo, para los jóvenes varones, la posibilidad de encarar la sexualidad desde parámetros que incluyan la consideración de los riesgos y la adopción de conductas de sexo más seguro.

Bibliografía

- Bajos N., Bozon M. y Giami A. (1995) *Sexualité et SIDA*. ANRS. Paris, France.
- DiClemente R. (Ed.) (1992) *Adolescents and AIDS: A generation in jeopardy*. Sage. Newbury Park.
- Di Marco G. (1997) “El impacto de la participación en los cambios de los modelos de género”. En: B. Schmukler y G. Di Marco: *Madres y democratización de la familia en la Argentina contemporánea*. Biblos. Buenos Aires, Argentina.
- Giddens A. (1995) *La transformación de la intimidad*. Ed. Cátedra. Madrid; España.
- Hart G. y Boulton M. (1996) “Sexual behaviour in gay men: towards a sociology of risk”. En: P. Aggleton, P. Davies y G. Hart: *Aids: safety, sexuality and risk*. Taylor & Francis. Londres.
- Hendrick S. y Hendrick C. (1992) *Romantic love*. Sage. Newbury Park.
- Kornblit A. y Mendes Diz A. (1994) *Modelos sexuales en jóvenes y adultos*. CEAL. Buenos Aires, Argentina.
- Kornblit A., Giménez L., Mendes Diz A., Petracci M. y Vujosevich J. (1997) *Y el SIDA está entre nosotros*. Corregidor. Buenos Aires, Argentina.
- Kornblit A., Pecheny M. y Vujosevich J. (1998) *Gays y lesbianas: formación de la identidad y derechos humanos*. La Colmena. Buenos Aires, Argentina.
- Kornblit A.L. y Mendes Diz A.M. (1994) “Representaciones sociales sobre el SIDA en estudiantes secundarios”. *Medicina y Sociedad*, 17, 1-2: 12-18.
- Kornblit A. L., Petracci M. y Mendes Diz A. M. (1999) *Ser hombre, ser padre*. Mimeo. Buenos Aires, Argentina.
- Kornblit A.L. y Mendes Diz A.M. (2000) “Las lógicas del amor”. En: A.L. Kornblit (comp.): *SIDA: entre el cuidado y el riesgo*. Ed. Alianza. Buenos Aires, Argentina.
- Kornblit A.L. (comp.) *SIDA: entre el cuidado y el riesgo*. Ed. Alianza. Buenos Aires, Argentina.
- Peristiany J. (1966) (Ed.) *Honour and Shame: The Values of Mediterranean Society*. Weidenfeld & Nicholson. Londres.
- Peto D., Remy J., Van Campenhout L. y Hubert M. (1997) *SIDA. L'amour face à la peur*. L'Harmattan. Paris, France.
- Schmukler B. y Di Marco G. (1997) *Madres y democratización de la familia en la Argentina contemporánea*. Biblos. Buenos Aires, Argentina.

ANEXO

Investigación 1:

Muestra: 400 jóvenes entre 14 y 19 años (200 varones y 200 mujeres).

Se realizó una selección al azar de las 4 escuelas de la ciudad de Buenos Aires en las que se trabajó, y luego una selección también al azar de las divisiones que entraron en la muestra, en las que se encuestó a todos los alumnos.

Instrumento de recolección de datos: cuestionario con preguntas cerradas.

Investigación 2:

Muestra: se realizó una muestra domiciliaria probabilística en la primera etapa, con cuotas de sexo, edad y nivel económico social, de 400 jóvenes entre 14 y 25 años en 4 ciudades del país, 200 de los cuales eran varones y 200 mujeres.

Instrumento de recolección de datos: cuestionario con preguntas cerradas.

Investigación 3:

Muestra por cuotas, compuesta por 100 jóvenes varones entre 18 y 30 años de edad.

Instrumento de recolección de datos: entrevistas en profundidad y grupos focales.

Investigación 4:

Muestra polietápica, probabilística en la primera etapa, con cuotas de sexo y edad. Se tomaron 1600 encuestas, en 4 ciudades del país, a personas entre 14 y 59 años.

Instrumento de recolección de datos: cuestionario con preguntas cerradas.

Investigación 5:

Muestra: se realizaron 40 entrevistas a varones entre 18 y 30 años, de diferentes niveles educativos, que hubieran tenido en el transcurso de los últimos cinco años, por lo menos dos relaciones de pareja que incluyeran relaciones sexuales.

Instrumento de recolección de datos: cuestionario con preguntas cerradas y abiertas.

TABÚ Y PROFILAXIS. LA INVESTIGACIÓN SOCIAL SOBRE LAS INFECCIONES DE TRANSMISIÓN SEXUAL ENTRE ADOLESCENTES VARONES EN EL CHILE DE LOS '90

Gabriel Guajardo¹ y Rodrigo Parrini²

INTRODUCCIÓN

En este artículo se busca desarrollar una reflexión en torno a las posibilidades y condiciones necesarias de sortear en una potencial investigación social sobre Infecciones de Transmisión Sexual (ITS) en adolescentes varones en Chile. Esta inquietud surge del encuentro con una publicación sobre esta materia, específicamente el Boletín No.3 Enfermedades de Transmisión Sexual del año 2000, del CONASIDA.

En la lectura de este Boletín y en la conversación con sus autores de la Comisión Nacional del SIDA (CONASIDA), del Ministerio de Salud de Chile, surgió la interrogante respecto a la necesidad de abrir o proponer investigaciones de ciencias sociales sobre esta materia, por cuanto los adolescentes constituyen el 12.2% del total de ITS notificadas por los centros centinela durante el año 2000, con un total de 250 casos. En este grupo hay un predominio de notificaciones en el sexo femenino, con una distribución de casos por sexo constituida por un 72.8% de mujeres y un 27.2% de hombres (2000, p.15). En el conjunto de ITS diagnosticadas en varones adolescentes, el condiloma acuminado es la de mayor presencia, con un 39.7% de los casos, seguido por la sífilis con un 23.3% y la gonorrea con un 19.1% (ver tabla 1).

Por el momento, en una revisión de las publicaciones sobre sexualidad y género encontramos importantes elementos que permitirían contextualizar las ITS como campo de investigación social; sin embargo, durante la década de los noventa se registran escasas publicaciones que aborden las ITS como principal materia de investigación. Ante este panorama, nos preguntamos por el silencio de las ciencias sociales y humanas respecto a las Infecciones de Transmisión Sexual (ITS), en comparación con la importante producción de estudios sobre Educación Sexual o Adolescencia y Sexualidad en la década; por supuesto insuficiente desde la perspectiva de las preguntas y temas de investigación.

- ¿Cómo leer esta tabla sin considerar la posibilidad de elaboración de los propios sujetos que experimentan estas enfermedades?
- ¿Cuáles son las resonancias subjetivas que tienen cada una de esta serie de patologías?
- ¿Cuál es la importancia de contar con sujetos hablantes para una estrategia de prevención, además de atención y curación?

¹ Psicólogo, investigador asistente FLACSO-Chile.

² Antropólogo, investigador FLACSO-Chile.

PATOLOGÍAS NOTIFICADAS EN ADOLESCENTES, (15 A 19 AÑOS).
VIGILANCIA CENTINELA ETS 2000

Sexo/patología	Hombres		Mujeres		TOTAL	
	Casos	%	Casos	%	Casos	%
Sífilis*	16	23.3	23	12.6	39	15.6
Gonorrea	13	19.1	8	4.4	21	8.4
UNG	9	13.2	0	0.0	9	3.6
Condiloma	27	39.7	91	50.0	118	47.2
Herpes genital	1	1.5	6	3.3	7	2.8
Flujos**	2	2.9	46	25.3	48	19.2
Otra	0	0.0	8	4.4	8	3.2
TOTAL	58	100.0	182	100.0	250	100.0

*Sífilis todas sus etapas.

**Candidiasis, Vaginosis bacteriana, Tricomoniasis.

Fuente: CONASIDA. *Boletín N° 3 Enfermedad de Transmisión Sexual* (Diciembre 2000). Comisión Nacional del SIDA, Santiago, 2000, p. 16.

La investigación social se funda en la posibilidad de relacionar observadores con sujetos hablantes y no sólo vivientes.

- ¿Los adolescentes, al experimentar una infección de transmisión sexual, se constituyen ante los observadores –sean investigadores o funcionarios o personal de salud– en sujetos con la posibilidad de enunciar un discurso?
- ¿La relación actual, entre el saber médico y los adolescentes, ha estado orientada por una razón profiláctica que asegura la posibilidad de cifrar la enfermedad y de ahí a los sujetos?

Queremos compartir una doble aproximación ante éstas y otras interrogantes que se podrían formular. Por una parte, revisar la vigencia de un tabú sobre la sexualidad, especialmente de los jóvenes, que remite a una hegemonía de sexo/genérica; y por otra, proponer una interpretación de ese estado de cosas, siguiendo la reflexión sobre la primacía de una razón profiláctica sostenida, entre otros, por Martín Hopenhayn y los planteamientos de Mary Douglas acerca del estatuto de la cultura.

LAS PROHIBICIONES E INTERDICIONES EN EL ORDEN SEXUAL Y DE GÉNERO: LAS POSIBILIDADES DE UN SUJETO HABLANTE

La necesidad de generar transformaciones en las prohibiciones e interdiciones respecto a un orden sexual y de género ha sido un interés recurrente en las investigaciones chilenas sobre sexualidad en la década de los noventa, y constituyó un argumento en la justificación de estudios y acciones, tanto de la sociedad civil como del Estado. En ese contexto, la ausencia de una comunicación habilitadora o el silencio respecto a las desigualdades entre e intra hombres y mujeres conforma una especificación de dichas restricciones culturales.

Al inicio de la década, un estudio acerca del estado de la discusión sobre la educación sexual en el país reconocía su carácter tabú: “Sin lugar a dudas, la educación sexual ha sido uno de esos temas tabúes, cuya discusión pública no ha podido asumirse en toda su complejidad. Sobre todo cuando se enfoca la educación sexual dentro del sistema formal de educación, puesto que ello implica buscar respuestas y estrategias metodológicas desde la esfera pública para un tema ubicado tradicionalmente en el ámbito privado. Tal vez por ello sea que la escuela sólo ha podido tratarlo de un modo restringido: la sexualidad reducida a los aspectos biológicos de la reproducción” (Ortega y Gaete 1991:5).

Iguals planteamientos los podemos encontrar transcurridos diez años, en una reflexión sobre la promoción de derechos, del Foro Red de Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos, donde se señala que la sexualidad “sigue siendo en Chile un tema que no se discute abiertamente, gracias en gran parte a la influencia de sectores de la Iglesia Católica y la derecha, lo que tiene un efecto importante en las políticas públicas. No hablar de la sexualidad limita nuestra sexualidad, impide que conozcamos nuestros propios cuerpos, su funcionamiento, el descubrir nuestras zonas de placer, lo que nos gusta, lo que no nos gusta” (Maynou y Olea 2000).

Estas restricciones no sólo se constatan en la escuela y la opinión pública (Vidal 1997), sino, también, al interior de la familia, la pareja (Rossetti 1997) y en las relaciones parentales.

Las experiencias de hablar de sexualidad como tema de interés serio en las conversaciones entre miembros de la familia “provocan intensas y encontradas reacciones emocionales, surge una sensación como si al hablar de sexualidad se pusieran en riesgo y en vulnerabilidad las instituciones básicas de la familia, de la moralidad y de la convivencia social, como si éstas estuvieran absolutamente fundadas en el sexo y en la sexualidad” (Hamel 1991:99). En particular, a los varones, en su desempeño parental con los hijos adolescentes, les resulta incómodo el reconocimiento de que éstos son personas sexuadas, especialmente las mujeres. En general, no hablan sobre sexualidad y las conversaciones con las hijas que giren en torno a los varones y la sexualidad no son consideradas convenientes (Olavarría 2001a).

En cambio, la posición de las madres es diferente en los diálogos sobre sexualidad con sus hijos: “Es relevante señalar que el tema de la sexualidad, al contrario de lo que muchos podrían pensar, es un tema recurrente y no oculto en la conversación, no sólo entre los/as jóvenes, sino que también de éstos/as con el mundo adulto. En este sentido, un aspecto sobresaliente dentro del ámbito de los agentes socializadores/informadores sobre sexualidad es el rol de importancia que le cabe a la madre dentro del contexto familiar. Tan relevante es la importancia asignada a la madre que en algunos aspectos iguala o supera el rol asignado al grupo de pares, lo que es muy revelador ya que éste, en esta etapa de la vida, tiene gran ascendiente sobre el/la joven” (Lavín et. al. 1996:59). En general, los varones en Chile son resistentes a relatar vivencias sexuales, la relación con la pareja y su propia sexualidad, especialmente ante otro varón. Existen aspectos contextuales, como son la estructura social y de orden situacional, que modulan la comunicabilidad de la sexualidad como tema de interés (Olavarría, 2001b). En la visión de los varones adultos, la comunicación sobre este tema, en la cotidianeidad social, se elabora diferencialmente según siete dimensiones o posibles variables (Caro y Guajardo 1997):

- Contexto laboral
- Lazos afectivos de amistad
- Etapas del curso biográfico
- Género de los hablantes (hombres/mujeres)
- Orientación sexual explícita o supuesta de los hablantes
- Generaciones de pertenencia
- Contexto familiar y de pareja

En este marco, los jóvenes experimentarían con mayor dramatismo un “contexto represivo y conservador”. En un estudio de FLACSO-Chile, se señala que “los jóvenes viven su sexualidad en el secreto” (Gysling, et. al 1997). Este silencio encuentra su principal coordenada interpretativa en las diferencias con un mundo adulto que “no ha aceptado todavía que es natural que los jóvenes tengan una vida sexual activa, menos aún se ha reconocido que esto es un derecho. Sin embargo, distintas investigaciones señalan que los jóvenes se están iniciando a más temprana edad y la información que manejan en relación a su sexualidad es muy escasa” (Kleinseck, et. al. 1996).

La posición dominante sigue siendo el negar la sexualidad de los jóvenes, instándolos a que se abstengan de tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Es importante destacar, que esta postura frente a la sexualidad juvenil “es parte de una cultura que en general ha hecho de la sexualidad un tema tabú. Es conocido el conservadurismo y el “doble discurso” que existe en estas materias en nuestro país” (Gysling, et. al. 1997:5).

Este sentido compartido respecto a ciertas prohibiciones en el campo de la sexualidad se registra incluso en aquellos colectivos participantes en las Jornadas de Conversación sobre Afectividad y Sexualidad (JOCAS); una intervención educativa de gran notoriedad pública, que generó un conjunto de publicaciones académicas y concitó el interés de los medios de comunicación social. En una investigación evaluativa de los cambios o impactos que se registraron en las comunidades escolares, se constató que las familias en las que alguno de sus miembros participó en las Jornadas, se diferenciaban según las culturas familiares abiertas o cerradas en los diálogos sobre sexualidad; y en todas ellas se identificaron temas prohibidos o de difícil verbalización en los escenarios familiares (Kleinseck et al., 1999).

En síntesis, el conjunto de investigaciones de ciencias sociales compartirían, con diversos énfasis, la presencia de una cultura pública restrictiva para la posibilidad de que los sujetos puedan desplegar su estatuto de sujetos hablantes en su experiencia acerca de la sexualidad. En este contexto, la propuesta realizada por Mary Douglas de entender la cultura como los valores públicos compartidos, nos permite señalar la regla que establece el tabú como una forma en la que “se mediatiza las experiencias de los individuos –proveyendo– de antemano algunas categorías básicas, y configuraciones positivas en que las ideas y los valores se *hallan* pulcramente ordenados. Y por encima de todo, goza de autoridad ya que induce a cada uno a consentir porque los demás también consienten (...) No pueden ser sometidas fácilmente a revisión” (1973:59). No obstante, configurará una hegemonía en un campo de fuerzas en pugna, nunca establecidas de forma estática, sino que en permanente negociación, como vemos que ocurre al interior de la familia y con el grupo de pares.

TRANSFORMACIONES EN LA SEXUALIDAD ADOLESCENTE Y JUVENIL

A pesar de la eficacia simbólica del tabú, existen transformaciones en la sexualidad adolescente juvenil que, en la práctica, indican su ruptura o lo que ha denominado Manuel Canales “la caída del tabú” (1997). Esto conduce a una disociación entre el decir y el hacer, de modo que el tabú descrito opera a nivel discursivo, pero no experiencial; o, más precisamente, su mayor eficacia se sitúa en el espacio público, ordenando las conversaciones que en él se pueden establecer.

La sexualidad adolescente no se constituye sólo en la experiencia y en los discursos de aquellos sujetos que se catalogan como adolescentes, no se resuelve en una especie de endogamia simbólica y corporal que remite la sexualidad de éstos a sus propios pares y la configuración de la sexualidad a sus voluntades y prácticas. Asumiendo una perspectiva estructural, diremos que la sexualidad, inserta en un orden social, ámbito de incumbencia colectiva, es remitida a una trama de relaciones sociales y sexuales, de valores, de pugnas generacionales, de dispositivos de poder y de saber, que la conforman, que la están permanentemente azuzando y atisbando.

Los adolescentes varones, como cualquier otro colectivo, son depositarios de una sexualidad situada en coordenadas sociales mayores, que operan como elementos constituyentes de sus propias experiencias y discursos. No se puede estudiar la sexualidad adolescente sin considerar éstas dimensiones –y este ha sido uno de los aportes de la investigación social y construccionista en Chile–, esta dinámica imbricada de expectativas, mandatos, temores y demandas que se activa en torno al sexo que los adolescentes pueden o quieren vivir.

- ¿Cómo entender y estudiar esta imbricación entre generaciones que configurará la sexualidad de los adolescentes, en el contexto de las ITS?
- ¿Cómo atisbar la influencia que moviliza el mundo adulto, la sociedad constituida, sus instituciones sobre la sexualidad adolescente en su despliegue, cuando el adolescente enferma al experimentar su sexualidad?
- ¿Cuáles son las líneas de tensión que se generan entre adultos y adolescentes?

En Chile en el transcurso del siglo XX se han provocado cambios en la entrada de los individuos en la sexualidad activa. La experiencia en “la sexualidad genital es un proceso más temprano que a comienzos del siglo, pero desde el punto de vista de los individuos, es más prolongado. No obstante, las modificaciones crecientes respecto de la sexualidad activa han tenido en los géneros su más importante expresión. Desde una perspectiva biográfica, hoy existe un modelo de transición progresiva hacia la sexualidad activa. La entrada de los/as jóvenes a ésta ya no es un rito de paso iniciático (con una prostituta, en el caso de los hombres; o en la noche de bodas, en el caso de las mujeres). Corresponde más bien a un proceso de familiarización y aprendizaje progresivo respecto del cuerpo, de las reacciones y sentimientos del/a otro/a. Es un conjunto de etapas sucesivas, desde el beso profundo y las caricias sobre el cuerpo y los genitales, a la penetración genital y a la exploración de otras formas de realizar los acoplamientos corporales. Este proceso involucra, generalmente, una sucesión de compañeros/as” (Palma 2002:2).

Si revisamos los datos estadísticos podemos constatar que, durante la década de los '90, ciertas pautas en la conformación de la sexualidad de los sujetos entre 15 y 24 años han experimentado una progresiva transformación:

- En un análisis de distintas estadísticas, el Instituto Nacional de la Juventud plantea que “en 1991 un 42% declaró tener actividad sexual, en tanto que en 1996 lo hace un 55%. Asimismo, mientras la edad de la primera relación sexual ha permanecido relativamente estable entre los hombres (16,4 años en 1991 y 16,1 años en 1996), en las mujeres ha disminuido significativamente de 18,9 años en 1991 a 16,8 años en 1996” (INJUV 2001:21).
- Según las Encuestas Nacionales de Juventud, “entre 1997 y 2000 el grupo de 15 a 19 años es donde se produce el mayor incremento de relaciones sexuales en la población desde 35% a un 42% respectivamente para dichos años” (ibid).
- En los adolescentes hombres, quienes declaran haber tenido relaciones sexuales antes de los 15 son muchos más que las mujeres (20,8% contra 6,2%).
- Según el tipo de vínculo, “es posible apreciar algunas diferencias por sexo (...) De hecho, la mayor parte de las mujeres declara haber tenido su última relación sexual con su pareja habitual (87,5%) mientras que este porcentaje en los hombres disminuye a un 64,6%” (ibid: 23). Existe además una importante cantidad de jóvenes varones que tuvo su último encuentro sexual con una ex pareja (13,1%) o con una pareja ocasional (12%).
- Para la mayoría de los hombres la condición esencial para tener relaciones sexuales es sólo que los involucrados lo deseen (59,6%), mientras que entre las mujeres la mayoría opina que la condición principal es que haya amor (44,1%). En ninguno de los dos casos tiene mayor relevancia el Estado Civil, el convivir o el compromiso para casarse.

Los adolescentes varones en su cultura sexual y experiencias han ido progresivamente modificando las categorías y configuraciones básicas respecto al orden de género y sexual, al separar crecientemente sexualidad de reproducción. No obstante, las diferencias y desigualdades de género se invisten de nuevas formas.

CONSIDERACIONES FINALES: LA RAZÓN PROFILÁCTICA

La posibilidad de desarrollar investigación social en el campo de las ITS y adolescencia requiere, en el caso chileno, la mediación de una reflexión sobre la lógica que ha primado en el espacio público, lo que Hopenhayn ha denominado *razón profiláctica*. “Esta razón se extiende, literal y metonímicamente, desde los quirófanos de los hospitales (o desde el desierto de Arizona) hacia el conjunto de la ciudad y del paisaje (...) razón descontaminante que, al erradicar de la vida humana toda su proximidad con la muerte (incluida la pasión, el placer, el sufrimiento, el contagio, la locura), introduce, por la ventana del patio trasero, la muerte en el corazón de la vida misma” (Hopenhayn 1993:3).

Esta alerta se origina desde la ausencia de investigación; el silencio también es comunicación y vehículo de significados y sentidos para quienes lo experimentan, tanto

desde la propia enfermedad, como de la investigación social y desde la acción preventiva, aún incipiente.

Emerge una utopía profiláctica que sustenta “un sujeto absolutamente construido, ideado, aislado de toda vinculación disolutiva con lo que lo rodea”. Hopenhayn establece paralelos y dice “el concepto extremo de sujeto no alienado cristalizaría en esta nueva imagen paradigmática de un sujeto no contaminado” (ibid).

Planteada la pregunta acerca del sujeto del saber médico, el de la epidemiología y la profilaxis. Se despliega una ideología sobre la salud y la enfermedad, sobre la cura y el tratamiento; un sujeto informado y atento modera sus conductas y las ordena según un cúmulo de información que ha procesado según ciertas pautas cognitivas: un saber sanitario que opera como ortopedia de la subjetividad y de las prácticas, en un campo donde las disciplinas del discurso y de los actores sociales guardan silencio.

Como indica Abadie “[L]a conceptualización del discurso médico-epidemiológico sobre los comportamientos indica que se podría esperar una reducción de las “prácticas de riesgo” en directa proporción con el nivel de información adquirido por los individuos (...) El individuo es el único responsable por el cuidado de su salud –y si– éste posee una correcta información adoptará de inmediato las medidas de prevención necesarias” (Abadie Demarchi 1999:112).

Algunos sostienen que la epidemia del SIDA hace explotar ciertos axiomas clásicos acerca del comportamiento y la prevención, lo que conduce a una “apertura a la revalorización de los elementos subjetivos y culturales, a la pluralidad de los universos simbólicos y su papel en la formación de las identidades sociales, a la contingencia de la acción humana y sus efectos sobre las estructuras contextuales, colocando el debate en las mismas polaridades distintivas y fundantes de la modernidad (...), subjetividad-objetividad, naturaleza-cultura, individuo-sociedad, mente-cuerpo” (Meré 1999:148).

La pregunta es, entonces, acerca del estatuto de la cultura y su incidencia en la dinámica salud y enfermedad de los adolescentes; y más intensamente para nuestro tema, la pregunta es en torno al ordenamiento cultural de la sexualidad, y por tanto, de sus lazos con la salud, la enfermedad y la muerte. Requerimos salir de una cierta noción empiricista de los hechos relativos a la sexualidad, el deseo y, por extensión, a la enfermedad y su “transmisión”; se les debe otorgar un sustento simbólico, que las relacione con tramas más amplias y las intercepte con el ordenamiento general de una cultura, como señala Douglas “el orden ideal de la sociedad es custodiado por los peligros que amenazan a los transgresores (...) Ciertos valores morales se sostienen, y ciertas normas sociales se definen, gracias a las creencias en el contagio peligroso” (1973:15). En la misma línea, agrega que “[M]uchas ideas acerca de los peligros sexuales se comprenden mejor si se interpretan como símbolos de la relación entre las partes de la sociedad, como configuraciones que reflejan la jerarquía o la simetría que se aplican a un sistema social más amplio” (ibid:16).

La autora sostiene que “las ideas acerca de la separación, la purificación, la demarcación y el castigo de las transgresiones tienen por principal función la de imponer un sistema a la experiencia, que de por sí es poco ordenada. Sólo exagerando la diferencia entre adentro y afuera, encima y debajo, macho y hembra, a favor y en contra se crea la apariencia de un orden” (ibid:17). Es ante la apariencia de un orden que nos encontramos, frente a su emergencia y constitución; y, comprendiendo las ITS, ante su impugnación y disolución, o la amenaza de que esto suceda, dada la presencia del tabú.

En las Infecciones de Transmisión Sexual se interceptan dos órdenes que no necesariamente coinciden: el de la enfermedad, el padecimiento y otro del deseo, el placer y la satisfacción. Uno y otro orden se interceptan *transmitiéndose* el uno al otro: la infección a la sexualidad y la sexualidad a la enfermedad. En esta transmisión el uno y el otro se modifican, la enfermedad porque se satura de deseo, el cuerpo reducido a soma de los estados insanos adquiere una calidad deseante, a la vez que enferma, o en tanto que enferma, quizás. La sexualidad se satura de corporalidad, ya no sólo evanescente, sino que, también, como huella –el chancro sifilítico, las protuberancias–, se aproxima de un modo real –ya no sólo simbólico o imaginario– a la pérdida y a la muerte como representación posible.

Pero esto es necesario interceptarlo con la etapa del ciclo vital que nos incumbe: la adolescencia. Aquí, nuevamente, nos topamos con la liminaridad, es decir, como zona de indefinición y de tránsito, que sería una característica propia de las ITS, no sólo una infección diagnosticable tratable ni pura sexualidad, sino que ante todo *transmisión*, entendida como la mezcla de dos órdenes. Retomamos a Mary Douglas, “el peligro reside en los estados de transición; sencillamente porque la transición no es un estado ni el otro, es indefinible. La persona que ha de pasar de uno a otro está ella misma en peligro y emana peligro para los demás” (ibíd:131). Los adolescentes corresponden a una de estas resonancias atávicas del orden social, seres liminares, que no pertenecen al mundo de los niños ni al de los adultos, que pueden ir de uno a otro, sosteniendo la “inocencia” que encarecidamente se destina a la infancia, y la “seducción” de la que hacen gala los adultos. Habiendo comido del fruto prohibido, no han sido expulsados del Paraíso. Puede seducir y ser seducido, pero no es imputable. Se instala el fantasma de la pedofilia como telón de fondo en el Chile contemporáneo.

Podemos intercambiar términos y disponer “transición” en vez de “transmisión” y mantenemos el acrónimo: *Infección de Transición/Transmisión Sexual*. Entonces, nos encontramos ante un suceso que no es puramente biológico o médico –como podría entenderse desde una perspectiva positivista–, sino que ante un hecho cultural: la mezcla de órdenes, su des-orden. De modo que, el sujeto que no está plenamente definido, patentiza sus opciones y sus prácticas, las instala en el sentido común de quienes están ya definidos –los adultos–. Aquello que es temido, que se evidencia como tabú, lo que se prefiere negar emerge como enfermedad, y lo hará en tanto se le niegue; en quienes se esperaba aún un des-conocimiento de lo sexual, se muestra un repertorio de saberes: la enfermedad es una huella que los señala como sexualizados. La misma Douglas, refiriéndose a la contaminación, sostiene que “las ideas de suciedad expresan igualmente sistemas simbólicos”.

Bibliografía

- Abadie D., Roberto (1999) “¿Sueñan los *junkies* con jeringas descartables? Percepción y gestión del riesgo de VIH en los consumidores de drogas inyectables”. En *Nueva Sociedad* 159, enero-febrero 1999, pp 110-119.
- Canales, M. et al. (1997) JOCAS, Jornadas de Conversación en Afectividad y Sexualidad. Evaluación Cualitativa. Documento inédito, versión resumida. Santiago, Chile.
- Caro, I.; Guajardo, G. (1997) *Homofobia Cultural en Santiago de Chile. Un estudio cualitativo*. Nueva Serie FLACSO, FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- CONASIDA (2000) Boletín No.3 *Enfermedades de Transmisión Sexual* (Diciembre 2000). Comisión Nacional del SIDA, Ministerio de Salud de Chile. Santiago, Chile.
- Douglas. Mary (1973) *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Ed. Siglo XXI. Madrid, España.
- FLACSO-Chile (1998) *Informe de Encuesta: Representaciones de la Sociedad Chilena*. Vol. 2, temas políticos. FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Gysling, J.; Benavente, M.; Olavarría, J. (1997) *Sexualidad en jóvenes universitarios*. FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Hamel, P. (1991) “El dilema de la sexualidad en los jóvenes”. En: Ortega, X.; Gaete, J. (eds.), *Educación sexual. Experiencias y desafíos*; pp. 97-107. Ediciones PAESMI. Santiago, Chile.
- Hopenhayn, Martín (1993) “La profilaxis como peste (En torno al texto “Sobrevivencia e Inmortalidad” de Jean Baudrillard)”. En *Estudios Públicos* 51, invierno 1993, pp. 1-6.
- Instituto Nacional de la Juventud (2001) *La Salud de las y los Jóvenes y la Sexualidad Juvenil*. INJUV Temas de Juventud, noviembre 2001. Santiago, Chile.
- Lavín, F.; Lavín, P.; Vivanco, S. (1996) *Estudio de conducta sexual en los/as adolescentes de la Región Metropolitana, urbano/rural*, 1995. Unidad de Estudios, Facultad de Medicina Universidad de Chile (UNICERH). Santiago, Chile.
- Kleincsek, Magdalena y otros (1996) “ETS/SIDA, discurso y conductas sexuales de las chilenas y los chilenos”. EDUK, Santiago, Chile.
- Kleincsek, M.; Guajardo, G.; Rivera, D. y Espinoza V. (1999) “Impacto de Largo Plazo de las JOCAS en la Comunidad Educativa en las Regiones IV, VII y Región Metropolitana (1995-1996) y producción de materiales de difusión en educación en sexualidad”. EDUK/Fundación Ford. Documento inédito. Santiago, Chile
- Maynou, P.; Olea, P. (2000) *Derechos Sexuales y Reproductivos*. Foro Red de Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos-Chile. Santiago, Chile.
- Meré R. Juan José (1999) “El estallido de las certezas. Los desafíos de la prevención de sida”. En *Nueva Sociedad* 159, enero-febrero 1999, pp 140-151.
- Olavarría, J. (2001a) *Y todos querían ser (buenos padres)*. FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Olavarría, J. (2001b) *¿Hombres a la deriva?* FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Ortega, X.; Gaete, J. (eds.) (1991) *Educación sexual. Experiencias y desafíos*. Ediciones PAESMI. Santiago, Chile.
- Palma, I. (2002) “Salud y derechos sexuales y reproductivos de adolescentes y jóvenes en el contexto de la reforma de salud en Chile”. En OPS/OMS, Oficina de Representación en Chile. Género, equidad y reforma de la salud en Chile. *Voces y propuestas desde la sociedad civil*. OPS/OMS, vol. 5 , pp. 1-11. Santiago, Chile.
- Rossetti, J. (1997) *Sexualidad adolescente: un desafío para la sociedad chilena*. Biblioteca Nacional de Chile-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago, Chile.
- Vidal, P. (1997) “La sexualidad sin derechos”. En Guadalupe Santa Cruz (eds). *Veredas por cruzar, 10 años*; pp. 65-73. Instituto de la Mujer. Instituto de la Mujer. Santiago, Chile.

SALUD SEXUAL Y JUVENTUD: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA PREVENCIÓN DEL VIH/SIDA EN LOS JÓVENES CON PRÁCTICAS HOMOSEXUALES EN BRASIL*

Luis Felipe Rios¹

En este artículo busco presentar reflexiones acerca de algunos comportamientos sexuales de hombres jóvenes, y sus implicancias en las cadenas de transmisión de las ITS, incluido el VIH/SIDA. Considerando que este encuentro tiene la misión de llevar la discusión, por un lado, a un nivel transnacional, y por el otro, expresar diversas sexualidades. Mi contribución tendrá un doble límite. Se enfocará en el joven brasileño con prácticas homosexuales –obedece al cuadro de mis investigaciones, facilitándome la discusión–, y en cuanto a la diversidad, espero desarrollar argumentos de acuerdo a los debates, datos producidos y análisis realizados, provenientes de distintas localidades, y sobre los más diversos posicionamientos de los hombres jóvenes latinoamericanos.

Este texto está organizado en tres partes: inicialmente presento algunos datos procedentes de un análisis realizado el 2000 acerca de programas e investigaciones relacionadas con la salud sexual de los jóvenes brasileños. A continuación y tomando en referencia este estudio, presento algunas reflexiones sobre barreras para la prevención del VIH/SIDA en la población joven HSH (hombres que tienen sexo con hombres), considerando el trabajo de intervención realizado por el ABIA y algunas investigaciones que vengo desarrollando con jóvenes HSH perteneciente a religiones afro-brasileñas. Finalizo señalando algunos caminos que creo deben ser construidos y que implican un mayor desafío para la intervención: introducir la cultura de un sexo más seguro en un contexto plural donde se desarrollan las juventudes y las homosexualidades brasileñas. Contexto que a pesar de las diversidades, tiene en común el hecho de estar marcado por la homofobia y el heterosexualismo.

LOS HOMBRES JÓVENES FRENTE A LA SEXUALIDAD: UNA SÍNTESIS DE LAS INVESTIGA(ACCIONES)

En Brasil, la discusión sobre a quién corresponde informar a los jóvenes acerca de las sexualidades, y las implicaciones de hacerles saber tal temática, viene desde la primera década del siglo XX. Este debate ha estado atravesado por determinantes socioculturales e instituciones

* Traducción del portugués de Paul Ewans.

¹ Psicólogo con Maestría en Antropología UFPE, Doctorado en Salud Pública en el IMS/UERJ. Asesor de los proyectos de la ABIA, Brasil.

de distintos órdenes (como la Iglesia Católica y su moral conservadora, un discurso médico, y los cambios del propio Estado), además de fenómenos que surgen en otros ámbitos de las realidades, como el crecimiento poblacional y la epidemia del VIH/SIDA, que a su vez, tienen efectos en la vida sexual de las personas y las sociedades. Estos determinantes hacen que el trato de la temática y los desarrollos científicos para la comprensión de los fenómenos relacionados con la sexualidad, así como los resultados en un medio social más amplio, estén marcados por avances, retrocesos y estancamientos (Pimenta et al 2000).

Asimismo, ese desarrollo parece no acompañar completamente el “espíritu del tiempo”, no consigue dar cuenta del gran desafío estructural relacionado a la inestabilidad del mercado del trabajo, y las transformaciones de las instituciones tradicionalmente abocada a la formación de identidades adultas y la socialización del joven, como la escuela, la iglesia y la familia, cuando, a su vez, las relaciones de desigualdades ligadas al género –sexismo y, homofobia, pobreza y racismo, entre otras–, se cruzan de modo “sub-reptil” en la sociedad brasilera (cf. Parker y Camargo 1999).

Solamente tomando como fondo este contexto más amplio, podemos pensar las barreras y oportunidades de promover la salud sexual en los jóvenes brasileños. Con esa intención –y queriendo mapear el campo de las investigaciones e intervenciones, el pensamiento académico y los principales cuestionamientos respecto del tema y la salud sexual y reproductiva–, revisamos la literatura de la década de los 90 respecto de los trabajos de intervención, y conversamos con algunos investigadores, estudiosos y especialistas del país en esta área (Pimenta et al 2000). En esta sección me restrinjo a señalar los aspectos de análisis más cercanos al público masculino y en las dos secciones siguientes profundizo en los jóvenes HSH.

Considerando tanto las propuestas de investigación como las de intervención, en la categoría salud sexual y reproductiva se observan dos conjuntos de temáticas o cuestiones empíricas a ser desafiadas y vencidas: la vulnerabilidad de los jóvenes a las ITS y al VIH/SIDA, y el embarazo adolescente. La emergencia de problemáticas provenientes de estos fenómenos comienza a inicios de la década de los 80’, y ambos envuelven cuestiones relacionadas con el sexo doblemente seguro (con relación al SIDA y al embarazo), concepciones de sexualidad y relaciones de género, edad/generación, instituciones, grupos de clases, etnia y orientación sexual, entre otros. Si por un lado se orientan a las necesidades de investigaciones e intervenciones en el área de la sexualidad, por otro, han generado un incremento en la aproximación, que Arilha y Calazans (1998) llamaron “preventiva”.

Tal abordaje es bastante pretencioso y está basado en que el interventor sabe y debe decir qué es lo mejor para uno y otro, con la expectativa de que los sujetos cambien su forma de pensar y actuar. Una alternativa que se ha mostrado más eficiente es tratar de comprender cómo se han generado y qué alimenta esos comportamientos. A partir de este entendimiento, debemos proponer acciones en diferentes ámbitos, buscando canales de comunicación y diálogo para ayudar a los jóvenes en la confrontación de dichas problemáticas (Pimenta, et al 2002).

De hecho, en el transcurso de los abordajes sobre el VIH/SIDA se identifican tres fases de orientación teórica de investigaciones y acciones: la primera, en la década de 1980, tomando una perspectiva más individualista y desde el comportamiento, teniendo el concepto de riesgo como clave; la segunda, que comenzó a prefigurarse al inicio de la

década de 1990, focaliza en las determinantes socioculturales de la infección del VIH y se preocupa del sentido que las personas y grupos atribuyen a sus prácticas; y la tercera fase, más contemporánea, se aboca a los factores estructurales, teniendo como concepto operativo el de vulnerabilidades. Vale resaltar, que las primeras perspectivas no han sido totalmente superadas, y continúan orientando investigaciones y acciones (Parker 2000).

Es importante remarcar que el concepto de la vulnerabilidad aparece en oposición al de riesgo social y/o epidemiológico. Éste tiene a la base una revisión de la idea de responsabilidad, en la medida que suspende la responsabilidad individual y se enfoca en otros factores determinantes del comportamiento, implicando la noción de interrelación entre los factores sociales, culturales, políticos y económicos, en el grado de susceptibilidad de individuos y de grupos determinados como “peligros” socialmente (cf. también Parker y Camargo 1999; Ayres, Calazans y Francia Jr. 1999; Parker 2000). Al mismo tiempo disloca el campo del conocimiento y práctica relacionadas a las situaciones sociales de riesgos, de una visión basada en el desvío y la marginalidad, por otra en que los actores son considerados capaces de transformarse en sujetos cambio, lo cual permite entender el “paso a la vida la vida adulta” y sus dificultades como un proceso vivenciado socialmente.

Las investigaciones de adolescentes se orientan, sobre todo, a la violencia y a la marginalidad y también a la vulnerabilidad frente al VIH/SIDA, buscando entender cómo piensan la sexualidad y principalmente, el sexo protegido, cómo se insertan bajo las relaciones de género instituidas y la construcción de las identidades masculinas, para así generar estrategias de prevención en esta materia (cf. Motta 1996; Merchán-Hamann 1996).

Algunos trabajo más recientes comienzan a dar respuestas a la cuestión del embarazo adolescente de forma más integral, incluyendo a los hombres, e investigando su paternidad (cf. Lyra 1997; Medrado y Lyra 1999), en cuanto instancias fundamentales para entender y viabilizar programas eficaces. Más y más, las cuestiones de salud sexual y reproductiva de adolescentes pasan a ser pensadas como no disociadas, perspectiva que es adoptada también cuando se piensa en la violencia, esa sexual o no. (cf. Monteiro 1995, 1999; Leal y Fachel 1999; Barker y Loewenstein 1996; Barker 1999; entre otros).

En tanto, el heterosexualismo actual aún domina investigaciones y acciones. Los trabajos respecto a jóvenes HSH en el país son insignificantes, no considerando que los datos epidemiólogos apuntan hacia un índice más juvenil en la epidemia del VIH/SIDA entre los hombres homosexuales y bisexuales.

Calazans (2000), en su revisión crítica de la producción académica con relación a la salud sexual y reproductiva de los jóvenes, ni siquiera registra un único título acerca de la temática; es más, tampoco se cuestiona la ausencia de estudios sobre sexualidad entre jóvenes HSH. Por otro lado, hay tres trabajos destacados en esta materia, el de Parker (1989) sobre homosexualidad y juventud en Brasil, el trabajo de Birman (1997) sobre jóvenes en grupos de Candomble Carioca (Rio de Janeiro), y el de Louro (1999) que, no se detiene específicamente en el asunto de la homosexualidad, pero plantea importantes preguntas referentes a las dificultades enfrentadas por los joven HSH en el recinto escolar.

Además de las preguntas relacionadas con el HIV/SIDA, Allen y sus colaboradores (1998) enfatizan que a pesar que los adolescentes gays y lesbianas comparten muchas de las preguntas que tienen los adolescentes heterosexuales en esta etapa de vida. Sin embargo, los jóvenes homosexuales son más susceptibles de abuso físico, problemas escolares, abandono del hogar y problemas psicológicos, entre ellos depresión y suicidio.

Así, investigar este rango de edad y orientación sexual adquiere relevancia, sobre todo, considerando que las vivencias que tienen lugar en este período –la juventud– marcan la trayectoria de vida de las personas rumbo a *la adultez*. También en el campo de la prevención, sólo recientemente aparecen las primeras iniciativas orientadas a los jóvenes HSH, atendiendo a sus especificidades generacionales, de aspiraciones, del idioma, etc. (Rios y Almeida 2002 y Almeida, Rios y Parker 2002).

JUVENTUD Y HOMOSEXUALIDAD

Una experiencia de la investigación-acción

Jueves, 18:30 horas, los jóvenes comienzan a llegar. La diversidad está claramente presente: orígenes regionales, étnicos, predominio de clases sociales, posicionamientos de géneros, y, si caminamos hacia la esfera del mundo privado, también “preferencias en la cama”. Semanalmente se presentan de doce a dieciocho jóvenes, algunos más dispuestos a hablar de sus vidas, otros más tímidos, sin embargo atentos a las historias de otros – muchas veces una timidez condicionada por la falta de oportunidad para protagonizar sus propias vidas.

La conducción de las reuniones se realiza utilizando la perspectiva del teatro expresionista: el actor (joven) debe “sacar de adentro” los sentimientos y los modos de expresión para así representar su personaje. En el caso de los talleres del proyecto Juventud y Diversidad Sexual, para hablar acerca de ellos cada uno protagoniza “el llegar-a-ser homosexual” en las grandes ciudades brasileñas, al mismo tiempo que presta su propia historia como un *guión* para realizar su performance (Almeida, Rios y Parker 2002).

La propuesta pretende facilitar la expresión de las experiencias de cada uno, y que las diversas historias puedan servir como material de trabajo, para que en conjunto –los facilitadores de esas historias y el “público”– examinen y extraigan diversas líneas de desigualdad que guían las acciones, con el objeto de identificarlas, y así poder evaluar las situaciones en que se ven vulnerables. Muchas veces los participantes se sienten vulnerables en las mismas representaciones (Almeida, Rios y Parker 2002).

El objetivo central es que, a partir de ese proceso analítico, se llegue a una síntesis, construida en forma colectiva, donde el ciudadano sea menos objeto de las perversas fuerzas sociales y que sea más protagonista de la construcción de su trayectoria en la vida. Nuestro foco es la prevención del VIH, pero, considerando el público objetivo, la perspectiva adoptada muchas veces permite que el sexo seguro y los modos de infección –informaciones repetidas millones de veces en folletos, conferencias, medios, etc.– pasen a segundo plano. No debe suceder que la información de carácter más técnico cubra o impida que los procesos del mundo vividos diariamente sean explicitados, examinados y discutidos. Procesos que, muchas veces, obstaculizan las prácticas de sexo seguro.

En este punto, cabe destacar que el trabajo en los talleres es en sí intervención. La perspectiva reflexiva que lo dirige (pensar colectivamente los factores que hacen a los ciudadanos vulnerables) permiten concebirlo, como investigación-acción. La acumulación de material en los talleres permite reportar sucesos y señalar algunos factores que vienen comprometiendo la calidad de vida de los jóvenes y las barreras para que una cultura del sexo seguro se establezca entre ellos.

En los datos obtenidos, llama la atención algunos temas que emergen de los propios participantes: relaciones raciales (gente del noreste x negros), geografía de la desigualdad (favela x pavimento / zona sur x suburbio /Rio x Baixada), cultura de la pobreza, prácticas heterosexuales, embarazo adolescente, trabajo, tráfico, parejas sexuales, fidelidad, prácticas eróticas, actividad/pasividad, visibilidad-apariencia personal, lugares para “agarrar”, seguridad, violencia y educación.

Temas que son de extrema importancia para comprender cómo nuestros “agentes/actores” piensan y construyen su sexualidad. Algunos de ellos, por estar directamente relacionados con las diferentes “sub-culturas sexuales” (homosexuales o no) existentes en Brasil, se presentan con muchos matices diferentes. Sin embargo, todas las temáticas se vinculan fuertemente con el modo de transmisión del VIH y que, muchas veces, no son considerados por los abordajes más técnicos. Sólo basándose en la posición de cada actor, tenemos condiciones para ajustar nuestro encuadre, a un lenguaje y objetivos que respondan en contra la epidemia de forma efectiva.

Por otra parte, otras preguntas/temáticas traídas por los facilitadores de las experiencias, tienen como objetivo directamente la movilización del espíritu de la ciudadanía (sexual), elemento indispensable para la construcción de una cultura de sexo seguro y de autoestima. Informar a cada uno de los participantes que posee derechos legales que deben ser respetados, a pesar de la forma en que son prejuiciados y estigmatizados. Más aún, se fomenta el espíritu de lucha hacia la construcción de una cultura donde la ciudadanía sexual sea respetada.

Entre las diversas historias reconstruidas en los talleres he elegido tres para ejemplificar de un modo más claro a qué me refiero con “llegar a ser Homosexual en Brasil”.

Carlinhos, Paulinho y Maria

Carlinhos tiene 16 años. Un muchacho clase media como cualquier otro de su edad. Él adora divertirse con sus amigos, oír música, ir al cine, y estar con su pareja. Los problemas comenzaron debido a la intolerancia de sus familiares ... El padre de Carlinhos ya estaba ejerciendo presión sobre él, más bien detrás de él ... Cierta día, el Sr. João escucha una conversación de Carlinhos al teléfono, quien estaba comentando a uno de sus amigos su enamoramiento por Pedro. Apenas Carlinhos cuelga el Padre (Sr. João) le hace la pregunta: “*hijo no me digas que eres “VEADO” (“Venado/Ciervo”, se usa como “maricón” en Brasil)*” Y el contesta: “*¡no padre, VEADO no! El VEADO es un animal que anda en los bosques, ¡yo soy homosexual!*” (Rios, Almeida y Parker 2002).

Que bueno sería que la conversación continuara en ese tono casi jocoso, pero en la realidad ésta está cargada de un cierto sarcasmo, que sirve más para ocultar un momento de mucha tensión para ambos, joven y padre, que para hacer agradable la conversación. De hecho, el tono humorístico pronto se desvaneció debido a la afirmación del hijo ... La violencia, típica respuesta machista hacia la homosexualidad, ha prevalecido: el joven fue azotado, simplemente por sentirse atraído sexualmente y amorosamente por una persona de su mismo sexo. El dicho popular “*Prefiero un hijo muerto, que un hijo maricón (VIADO)*”, prevaleció en este caso ... (Rios, Almeida y Parker 2002).

Paulinho también tiene dieciseis años, no se considera un trabajador sexual; no obstante cuenta las innumerables veces donde entrega servicios sexuales para satisfacer ne-

cesidades que demanda su condición de joven de “clase trabajadora”; hijo de un padre miserablemente asalariado y una madre dueña de casa, que de vez en cuando se consigue un pequeño trabajo de limpieza en la casa de una “madama” (uso para mujeres de clases sociales acomodadas). Para no salir de la “regla del color de la pobreza” en Brasil, Paulo es negro. Él mismo a los dieciséis años, ya se considera una persona desempleada. Para los muchachos de su clase social la adolescencia no existe. Aún siendo «niños», tienen que ir a la batalla, a ganar su sustento y el de sus familias. De niño vendía dulces en los semáforos y helados en la playa. A los dieciséis años, por presión de sus amigos, le da vergüenza obtener dinero de esta forma. De vez en cuando, él se consigue un trabajito corto, pero dice, que no compensa. Con un encuentro sexual de tres horas, obtiene fácilmente ciento cincuenta reales, lo que le tomaría un mes obtener haciendo trabajitos y vendiendo, en el mejor de los casos. Además, reitera, que siente mucho placer y considera su actividad una aventura, especialmente cuando obtiene “para comer” alguna de las “Barbies”² de la zona sur (a Rios y a Almeida 2002). Sumado a los peligros de la noche y las calles –el peligro de ser reconocido como homosexual por algún homofóbico que lo ve apoyado en algún poste del centro de Río a la espera de un posible cliente y ser víctima de la violencia– hay otros peligros que rodean al joven, aún en proceso de formación y crecimiento. Las estructuras sociales parecen conspirar contra él: frecuenta una escuela que, aunque posea un programa muy interesante de prevención, no lo satisface en sus preguntas más difíciles. Casi nada se habla sobre las especificidades de las prácticas homosexuales.

Él, por su lado, nada dice sobre el hecho que, de vez en cuando “tiene relaciones” con hombres. Además, siempre que son relatados temas similares, la carga de prejuicios y estigmatización en la sala de clases es tan grande que nadie que vive o ha vivido situaciones como las de Paulo abriría la boca para exponerse a sí mismo. Por no reconocerse homosexual o gay y también, para conseguirse una “mina” (mujer) para “atracar”, Paulinho nunca quiso saber de los grupos de gays o las cosas de ese estilo. Su gran pregunta hoy en día es cuando detenerse; cuando la “cosa” no va a dar para más sabe que esa “profesión” termina muy temprano, alrededor de los veintidós años (Rios y Almeida 2002).

María es una joven “travesti” de dieciocho años. Ella percibe su trayectoria de vida cargada de sufrimientos. Desde pequeña encontró su cuerpo inadecuado a su espíritu. Ella dice que desde pequeña deseaba vestirse como niña y hacer todo lo que las muchachas hacen. Su madre, que siempre deseó tener una “hija mujer”, la apoyó en sus travesturas, pero su padre, un verdadero machote, hacía de todo para cambiar aquello que él consideraba una “anormalidad”.

Decía que María era la “*vergüenza de la familia*”. La golpeaba casi a diario y muchas veces llegó a amenazarla de muerte. Cierta día, cuando ella tenía solamente ocho años, llegó a casa borracho y, trastornado por verla maquillada, la violó. Dijo que si deseaba tanto ser mujer, entonces él mismo la haría una “*mujer de verdad...*”.

En la escuela la gente siempre le tenía prejuicios, nunca pudo tener amigos. Aunque iba a clases vestido de niño, cuando comenzó a dar “*pinta de que es ...*” y sólo por desear estar con las muchachas, el prejuicio vino de todos los lados: profesores, alumnos, empleados de la escuela ... Antes de finalizar la educación básica, prefirió abandonar la escuela, ya que no

² Jóvenes homosexuales rubios y practicantes del físico culturismo.

aguantaba más las burlas. Burlas que la acompañan hasta hoy, día tras día, sólo basta con *“poner el pie en la calle”*. Relata que hasta le arrojaron piedras cuando un día decidió ir a la feria del modo que siempre deseó ir vestida. Nunca quiso entrar al mundo de la prostitución. Dice que ella es muy tímida y no sabe seducir. Con la ayuda de la madre puede sobrevivir, tenga o no trabajo. Ha intentado buscar trabajo, pero sin calificación y con su *“manera de ser”*, viene recibiendo respuestas negativas en cada lugar donde toca la puerta.

María no tiene novio y, donde vive, encuentra imposible obtener uno. Descubrió el *“Aterro del Flamengo”* (sector de Río de Janeiro) como alternativa para satisfacer lo que llama *“sus perversiones”*. Sobre los peligros del *“Aterro”*, dice que tiene mucho miedo de la policía, porque cuando llegan, si no tiene dinero, *“ellos golpean de verdad”*. De los ladrones, no tiene miedo: *“apenas llegan, ven pronto que soy un pobre travesti”*. Cuando ella desea tener relaciones, espera que se formen grupos donde todos tiene relaciones con todos, se pone de espalda a ellos y *“levanta el trasero”* y *“los compadres van llegando”*... dice ella. No tiene ni idea si utilizan o no condón para penetrarla. Tampoco nunca deseó saber de la prueba del VIH ... Dice: *“si me voy a morir, ya es tarde...”*.

Estas historias muestran claramente lo que denomino *“llegar-a-ser homosexual”* en las clases populares brasileñas: son trayectoria de la vida marcadas por la estigmatización y la violencia. Personas consideradas por la sociedad como *“marginales”*, pervertida o pecadoras.

En éstas y otras historias, se observa que el estigma ataca directamente a los HSH en su auto-estima. No tienen el respaldo de la sociedad y, por encima de todo, de las familias para reconocer positivamente sus orientaciones sexuales o posicionamientos del género. La baja auto-estima, producto de esa valoración negativa que la sociedad impone a los homosexuales (trangenéricos o no), los lleva, muchas veces, a presentar un sentimiento de inadaptación social y/o psicológica, y algunas veces se transforman en disturbios psicológicos más serios, tales como la depresión y el suicidio; o tomar un camino de despreocupación en el cuidado de sí mismo, que, muchas veces, se traduce en la no práctica de un sexo seguro, como se aprecia en el ejemplo entregado por María.

Estigmatización que se ha traducido, también, en situaciones de violencia física, muchas veces simplemente por presentar sus orientaciones sexuales de formas femenina. Manteniéndose en la línea de las situaciones de violencia, la búsqueda de los ambientes salvajes y peligrosos para la práctica del sexo casual, carentes de la posibilidad social y legitimidad del amor y sexo entre el iguales, los pone bajo riesgo de violencia por parte de la policía y los ladrones.

El estigma afecta a homosexuales desde niños, la homofobia *“preventiva”* se pone en funcionamiento a través de cada movimiento considerado *“extraño”* (es decir que esté en el campo de lo femenino). Los esfuerzos de hombres y mujeres adultos (muchos gays identificados) son de contener o de castigar prácticas y deseos homo-eróticos, siempre utilizando la violencia física y/o psicológica (cf. Lancaster 1999). Si desde el comienzo, pudiésemos esperar que la familia, uno de los agentes principales en la socialización de los individuos, toma la información correcta sobre sexualidad y diera apoyo a los jóvenes en el principio de sus vidas afectivas y sexuales, sería distinto. Por el contrario, se observa que cuando la homosexualidad de los hijos se divulga, la familia reproduce el prejuicio y el estigma presente en la sociedad, actuando de manera dañina, y también contribuyendo a hacer vulnerable a los jóvenes homosexuales.

La experiencia de María en la escuela es paradigmática de muchos transgénicos e igual para los muchachos que, incluso no travestidos, sean más afeminados. Son prácticamente excluidos del sistema educativo. Para aquellos que guardan invisibles sus orientaciones sexuales, el efecto tampoco es menos dañino. En lo referente a la prevención, muchas de las acciones en educación sexual no consideran la presencia de jóvenes con prácticas homosexuales entre su público. Las informaciones normalmente se dirigen al público heterosexual. Además, el propio miedo de exponerse en la sala de clase hace que los jóvenes homosexuales y bisexuales dejen de plantear preguntas apropiadas el universo donde se desenvuelven, temiendo represalias o burlas, impidiendo que sus dudas sean aclaradas, lo cual queda expresado en la historia de Paulo (Louro 1999).

La entrada de los HSH en el mercado laboral también se dificulta, sobre todos aquellos que demuestran sus preferencias sexuales con gestos considerados como femeninos, muchos buscan alternativas en el mercado informal, incluso como trabajadores del sexo.

En este contexto, cuando queremos pensar la prevención en el VIH/SIDA entre los hombres jóvenes homosexuales y los bisexuales de clases sociales populares de Río de Janeiro, el concepto de violencia estructural nos parece predominante (Parker 2000 y Cáceres 1999). Este concepto intenta mostrar las líneas de las desigualdades sociales por la que atraviesa la sociedad brasileña y oprime algunas categorías sociales, ubicándolas en diversas situaciones de vulnerabilidad social.

En este sentido, la infección del VIH-SIDA, más que resultante de comportamientos de riesgo individual, sería un síntoma, en el caso de los HSH, de la relación de sinergia que el sistema de sexualidad (uno de los referenciales para la construcción e interpretación de la sexualidad) establece con otros vectores de opresión. La pluralidad es grande y muchas veces refleja el cruce de estos vectores: *“allá encuentras maricón negro, maricón blanco, barbie, maricón pobre, maricón rico, maricón gordo ..., hasta hombres hay ...”*.

Si tomamos esta descripción, hecha por uno de los participantes de los talleres para caracterizar el público que frecuenta un cabaret, evidenciamos la diversidad de los posicionamientos y pertenencias sociales y culturales concerniente a los HSH: raza (negro y blanco), género (del lado femenino tendríamos “pintositas”, “maricones”, travestis, etc., mientras que del lado masculino tendríamos “amachado”, mismo hombre), clase social (miserables, pobres, clase media y los ricos) ... (ver Perlongher 1987; Parker 2002; Almeida, Rios y Parker 2002, entre otros).

Podemos entonces señalar que, no obstante, todos los HSH son afectados por las acciones del sistema de sexualidad, que los ubica como inferiores por ejercer una forma de sexualidad no reproductiva y/o supuestamente anti-natural, inmoral o pecaminosa (ver Foucault 1993; Weeks 1985 y Rubin 1998), otra escala jerárquica de “homosexualidad” puede ser percibida. En esta escala, la sexualidad se articula con género, raza y clase social. El resultado de esto, en términos de lo que nos interesa, es que algunos HSH son más vulnerables a la epidemia que otros: el travestí negro y pobre se encuentra, por diversos motivos, infinitamente más vulnerable a la epidemia, y muchos otros agravios sociales, que las “Barbies” de la clase media blanca.

Otras problemáticas

Todavía existen algunos fenómenos que merecen una atención especial, por estar en relación directa con el comportamiento sexual de los jóvenes, que tienen efectos en la adopción de estándares más seguros de comportamientos sexuales. Fenómenos que necesitan ser entendidos de forma que nos hagan pensar en estrategias más eficaces para la prevención:

- *La expansión de los cuartos oscuros en cabaret* ha provocado cierto pánico en algunos de los sectores que trabajan con la prevención del VIH entre HSH. Dicen que el ambiente de estos lugares, oscuro y favorable al anonimato, estimula el sexo sin protección. Sin embargo, nuestra reflexión se refiere a que en estos cuartos difícilmente se puede verificar que haya sexo sin protección (ver también Bolton 1999). Para algunos técnicos, la visibilidad de lo que supuestamente habrían conseguido combatir; en vez de remitirlos a la reflexión sobre la dialéctica seguro/sexo desprotegido, los hace culpar moralmente al ambiente (o sino, “los pervertidos” que los frecuentan). Creo que la pregunta que en realidad deberíamos hacernos, en lugar depromover “cruzadas” para la prohibición de los cuartos oscuros —que disloca el problema sin solucionarlo— es cómo aprovechar el uso de estos espacios para crear conciencia, cómo intervenir en estos lugares a favor de la salud y qué mensaje se debe utilizar ...
- Adoptar el uso de condones con *las parejas estables* es un gran dilema tanto para los homosexuales, como para los heterosexuales. Si la idea de que “el sexo con el condón es igual que comer un dulce con papel” fue en parte suplantada por motivos de salud, no ha sido enteramente vencido en los imaginarios individuales y colectivos. Basándose en el argumento de la búsqueda de proximidad, de contacto e intimidad; o, por esa misma situación, utilizando como prueba el amor y lealtad, el condón se abandona con frecuencia en las relaciones más duraderas. Todavía el desafío sigue siendo para construir modos de diálogo acerca del asunto, sobre todo en el diálogo entre las parejas.
- En Brasil la distribución de los HSH en *activos y pasivos* significa que homosexualidad es pasividad, y actividad es ser “hombre”, sobre todo en las clases sociales populares y en los ambientes lejanos del movimiento gay (Perlongher 1987; Parker 2002, entre otros). Apoyándose en esto, aún prevalece la idea del “*SIDA como enfermedad de homosexuales*”, lo que hace que los HSH “hetero-identificados” se sientan inmunes al VIH y no deseen utilizar el condón. Es necesario hacer un esfuerzo para comprender la complejidad de estas dos ideas, con el sentido de descubrir una clave para desarticularlas. Paralelamente, y quizás como una de las muchas soluciones a ser descubiertas, creo que deben ser pensados modos de fomentar la desestigmatización de la homosexualidad en la sociedad, como la reciente campaña llevada a la TV por el Ministerio de Salud de Brasil, a pedido del movimiento social.
- Otra idea frecuentemente tratada por los jóvenes de los talleres es entender *el “SIDA como una enfermedad que se convirtió en crónica”*, ubicándola al lado de, por ejemplo, la diabetes o la hipertensión. El argumento es que, aunque no exista cura existe el cóctel que hace posible la vida a los portadores del virus. Creo que ha habido información suficiente sobre la acción de los medicamentos y sus efectos en la calidad de la vida de los portadores.

CONSIDERACIONES FINALES

Más allá de estos temas, necesitamos tener en mente que la construcción de una cultura de un sexo más seguro entre los jóvenes HSH solamente se concretizará con el respaldo de la comunidad y con el compromiso colectivo (Watney 1999; Deverell y Prout 1999 y Parker 2002). En esta perspectiva, respuestas estructurales –como la desestigmatización de la homosexualidad comentada anteriormente– deben darse paralelamente con otras, con el objetivo de construir, a nivel de subgrupos, sentidos positivos para los diversos tipos de homosexualidad y la promoción de la autoestima.

Por otra parte, cuando miramos las estrategias de acción del Movimiento Gay, todavía vemos que en general prevalecen en el discurso categorías que se enfocan en una política de resistencia (por ejemplo, Derechos Humanos para los Homosexuales). Aunque este tipo de política es fundamental para dar el primer paso con el objetivo de exigir un lugar en el mundo, muchas veces dificulta la articulación con otros movimientos; sean los que tienen el *sexo* como referencia (por ejemplo, el Movimiento Feminista), o los que luchan por los derechos humanos de un modo más amplio. La necesidad de juntar fuerzas y dar a conocer propuestas para la inclusión de preguntas comunes o específicas a los diversos movimientos, con una agenda común, fortalecería el impacto social, proponiendo y exigiendo cambios en la propia estructura de la sociedad, en vez de solamente llamar a la tolerancia. En este sentido, vemos que aún no están totalmente incluidas en el Movimiento Gay brasileño, las discusiones tratadas sobre la base de la categoría de Derechos Sexuales, que se han mostrado bastante beneficiosas en los foros de debate internacional (cf. Petchesky 1999).

Finalmente, aunque la epidemia continúe exigiendo cada vez más y más respuestas, y la situación de crisis en que nos ubica justifique en parte, continuar actuando más sobre la base de intuiciones en lugar de tecnologías construidas científicamente, no podemos dejar de lado la reflexión de nuestro funcionamiento y la conducción de los diversos trabajos de investigación sobre las temáticas señaladas anteriormente:

- los sentidos que las diversas sub-culturas (homosexuales o no) atribuyen a las parejas (homo)sexuales y las prácticas (homo) eróticas, sobre todos cuando son realizados por jóvenes;
- los sentidos de la construcción de la intimidad y los conceptos de amor (temas recurrentes entre los jóvenes) relacionados con el asunto del sexo más seguro -en este gran grupo, investigaciones acerca de la experiencia de las parejas cero- discordantes [uno (+) el otro (-)] (Maksud et al 2002);
- estudios sobre biografías sexuales son, a mi parecer, dentro de otras temáticas/objetos de investigación asociadas a enfoques que relacionan las estructuras sociales y las implicaciones culturales de las prácticas, buenos caminos a ofrecer claves y subsidios a una respuesta que tenga más afinidad con la pluralidad de contextos y opresiones que afectan los jóvenes HSH.

Bibliografía

- Allen, L., Glick, A., Beach, R., Naylor, K. (1998) "Adolescent health care Experience of gay, lesbian, and bisexual young adults". En *Journal of Adolescent Health*. 23:212-220, 1998.
- Almeida, V., Rios, L. e Parker, R. (2002) *Ritos e ditos de jovens gays*. ABIA. Rio de Janeiro, Brasil.
- Arihla, M., Calazans, G. (1998) "Sexualidade na adolescência: o que há de novo?". En Berquó, E. (Org.) *Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas*. V. 2. CPND. Brasília, Brasil.
- Ayres, J., Calazans, G., Franca, JR. (1998) "Vulnerabilidade do adolescente ao HIV/AIDS". En Vieira, E., Fernandez, M., Bailey, P., Mckay, A. (Orgs.) *Seminário "Gravidez na Adolescência"*. Associação Saúde da Família/Women's Studies Project/Family Health International/Agência Norte-Americana para o Desenvolvimento Internacional. Rio de Janeiro, Brasil.
- Barker, G. (1999) "Listening to boys: some reflections on adolescent boys and gender equity. Comments prepared for the AWID". Conference Panel "Male involvement in sexual and reproductive health: hindrance or help to gender equity?", Alexandria, VA.
- Barker, G.; Loewenstein, I. (1996) "Where the boys are?". In: *Promoting greater male involvement in sexuality education: conclusions from qualitative research in Rio de Janeiro, Brazil*. CEDUS. Rio de Janeiro, Brasil.
- Birman, P. (1997) "Futilidades levadas a sério: o candomblé como uma linguagem religiosa do sexo e do exótico". En: Viana, H. (1997) *Galeras cariocas: territórios de conflitos e encontros culturais*. Editora da UFRJ. Rio de Janeiro, Brasil.
- Bolton, R. (1999) "Mapping terra incognita: Sex research for AIDS prevention – an urgent agenda for the 1990s". En Parker, R. and Aggleton, P. (ed.) (1999) *Culture, society and sexuality: a reader*. UCL. London.
- Cáceres, C. (2000) "Opressão sexual e vulnerabilidade ao HIV". En *Boletim ABIA*, Rio de Janeiro, 44:10-11, 2000.
- Calazans, G. (2000) "Cultura adolescente e saúde: perspectivas para investigação". En Oliveira, M. (2000) *Cultura, Adolescência, Saúde: Argentina, Brasil e México*. Campinas, Consórcio de Programas em Saúde Reprodutiva e Sexualidade na América Latina: CEDES/COLMEX/NEPO-UNICAMP.
- Deverell, K. & Prout, A. (1999) "Sexuality, identity and community: the experience of MESMAC". En Parker, R. and Aggleton, P. (ed.) (1999) *Culture, society and sexuality: a reader*. UCL. London.
- Foucault, M. (1993) *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Graal. Rio de Janeiro, Brasil.
- Herdt, G. (1998) "Gay and lesbian youth, emergent identities, and cultural scenes at home and abroad". En Nardi, P., Schneider, B. (Orgs.) (1998) *Social perspectives in lesbian and gay studies: a reader*. Routledge. Londres.
- Lancaster, R. (1999) "That we should all turn queer?: Homosexual stigma in the making of manhood and the breaking of a revolution in Nicaragua". En: Parker, R. and Aggleton, P. (ed.) (1999) *Culture, society and sexuality: a reader*. UCL. London.
- Leal, O., Fachel, J. (1999) "Jovens, sexualidade e estratégias matrimoniais". En Heilborn, M.; Brandão, E. (Orgs.) (1999) *Sexualidade: o olhar das ciências sociais*. Jorge Zahar Editora. Rio de Janeiro, Brasil.
- Louro, G. (1999) "Pedagogias da sexualidade", en Louro, G. (Org.) (1999) *O corpo educado: pedagogias da sexualidade*. Autêntica. Belo Horizonte, Brasil.
- Lyra, J. (1997) "Paternidade adolescente: uma proposta de intervenção. Dissertação", (mestrado em Psicologia Social) – PUC/SP, Brasil.
- Maksud, I., Terto Jr, V., Pimenta, M. E Parker, R. (Org.) (2002) *Conjugalidade e AIDS: a questão da sorodiscordância e os serviços de saúde*. ABIA. Rio de Janeiro, Brasil.
- Medrado, B.; Lyra, J. (1999) "A adolescência "desprevenida" e a paternidade na adolescência: uma abordagem geracional e de gênero". En Schor, N., Mota, M., Castelo Branco, V. (Orgs.) (1999) *Cadernos: juventude, saúde e desenvolvimento*. V. 1. Ministério da Saúde. Brasília, Brasil.
- Merchán-Hamann, E. (1996) "Adolescente pobre, escola e prisão: práticas, representações e cenários culturais dos riscos de HIV/AIDS". Tese de Doutorado em Saúde Pública – FIOCRUZ.
- Ministério da Saúde (1999) *Boletim Epidemiológico AIDS*. Ministério da Saúde, jun-ago, 1999. Brasília, Brasil.
- Monteiro, S. (199) "AIDS, sexualidade e gênero: a lógica da proteção entre jovens de um bairro popular carioca". Dissertação de Mestrado em Saúde Pública – FIOCRUZ. Brasil.
- Monteiro, S. (1999) "Gênero, sexualidade e juventude numa favela carioca". En Heilborn, M., Brandão, E. (Orgs.) (1999) *Sexualidade: o olhar das ciências sociais*. Jorge Zahar Editora. Rio de Janeiro, Brasil.
- Mota, M. (1996) "Gênero e sexualidade: fragmentos de identidade masculina nos tempos da AIDS". Dissertação de Mestrado em Saúde Pública – Fundação Oswaldo Cruz, Brasil.
- Parker, R. (2002) *Abaixo do equador: culturas do desejo, homossexualidade e comunidade gay no Brasil*. Record. Rio de Janeiro, Brasil.
- Parker, R. E Camargo Jr., K. (1999) "Pobreza e HIV/AIDS: aspectos antropológicos e sociológicos". En Ministério da Saúde (1999) *Sobre a epidemia da AIDS no Brasil: distintas abordagens*. Ministério da Saúde. Brasília, Brasil.

- Parker, R. (2000) *Na contramão da AIDS: sexualidade, intervenção, política*. ABIA. Rio de Janeiro, Editora 34 São Paulo, Brasil.
- Parker, R. (1989) "Youth, identity and homosexuality: changing shape of sexual life in contemporary Brazil", *Journal of Homosexuality*, v. 17, b.3/4: 269-289, 1989.
- Perlongher, N. (1987) *O negócio do michê: a prostituição viril*. Brasiliense. São Paulo, Brasil.
- Petchesky, Rosalind (1999) "Direitos Sexuais: Um novo conceito na prática política internacional", en Barbosa, Regina e Parker, Richard (Orgs.) (1999) *Sexualidades pelo Avesso: direitos, identidades e poder*. Editora 34. São Paulo, Brasil.
- Pimenta, C., Rios, L., Brito, I., Terto Jr., V., Parker, R. (2000) *Passagem segura para a vida adulta: oportunidades e barreiras para a saúde sexual dos jovens brasileiros. Coleção ABIA, Nº 1*. ABIA. Rio de Janeiro, Brasil.
- Rios, L. E Almeida, V. (2002) "Diversidade sexual e o trabalho do sexo: os jovens michês no Rio de Janeiro". Boletim ABIA n.º 47. Rio de Janeiro, Brasil.
- Rios, L., Almeida, V. e Parker, R. (2002) *Juventude e Homossexualidade: o que os pais precisam saber*. ABIA. Rio de Janeiro, Brasil.
- Rubin, G. (1998) "Thinking sex: notes for a radical theory of the politics of sexuality". En Nardir, P. & Schneider, B. (Org.) (1998) *Social perspectives in lesbian and gay studies: a reader*. Routledge. London.
- Watney, S. (1999) "Safer Sex as community practice". En Parker, R. and Aggleton, P. (ed.) (1999) *Culture, society and sexuality: a reader*. UCL. London.
- Weeks, J. (1985) *Sexuality and its discontents: meanings, myths, and modern sexualities*. Routledge and Kegan Paul. London.

GRUPOS DE TRABAJO

GRUPO N° 1: EDUCACIÓN SEXUAL

PROPUESTA GUBERNAMENTAL DE SEXUALIDAD RESPONSABLE

M. Cristina Avilés¹
SERNAM, Chile

I. INTRODUCCIÓN

Los Ministerios de Educación y Salud, el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) y el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), coincidentes en su misión de contribuir a mejorar la calidad de vida de las personas, y considerando los resultados de numerosos estudios que dan cuenta de la realidad y los desafíos que presenta la sociedad chilena frente al tema de la sexualidad, han diseñado y puesto en marcha la Propuesta Gubernamental: “Hacia una sexualidad responsable”, de carácter nacional, cuyo principal propósito es el de promover un diálogo social y una reflexión activa, respecto a la necesidad de facilitar el desarrollo de una sexualidad sana, plena y reflexiva en las personas, familias y comunidades. La propuesta está orientada a favorecer las capacidades y el ejercicio de la autonomía de hombres y mujeres, especialmente jóvenes, favoreciendo la reflexión, el diálogo y la toma de decisiones respecto a la vivencia de su sexualidad.

El eje central de las acciones de la propuesta, considera la sexualidad como parte constitutiva e inseparable del desarrollo humano de las personas y a lo largo de toda su vida. Toda persona se proyecta, se expresa, crea y se relaciona, construye su razón y su conciencia, participa y hace cultura desde su ser sexuado.

La propuesta abarcará un período de cinco años, comenzando su implementación con la puesta en marcha de un Plan Piloto que tiene por propósito validar un modelo de gestión cuyas principales características son su descentralización, intersectorialidad y componente participativo. Por otra parte, pretende realizar un abordaje integral de la sexualidad superando el enfoque de riesgo con que el tema ha sido abordado hasta ahora.

El Plan Piloto se está desarrollando –desde mediados del año 2001– en ocho comunas del país. Estas son: Calama, Ovalle, Valparaíso, Cerro Navia, Pudahuel, Lo Prado, San Bernardo y Temuco.

En cada una de estas comunas se constituyó un equipo de trabajo que tiene la responsabilidad de conducir el proceso de implementación del modelo. Integran estos equipos representantes del Municipio, de los consultorios de salud, de los establecimientos educacionales, de las organizaciones sociales, de las distintas iglesias, entre otros.

¹ Asistente Social, Coordinadora del Plan Piloto del Proyecto “Sexualidad responsable”. SERNAM, Ministerio de Salud y Ministerio de Educación.

Además a nivel de la región se ha constituido un equipo intersectorial (con representantes de las Secretarías Regionales Ministeriales de Educación y Salud y de las Direcciones Regionales del Servicio Nacional de la Mujer e Instituto Nacional de Juventud) que tienen la función de asesorar y apoyar a los equipos locales.

Siguiendo las orientaciones metodológicas que emanan desde el nivel central, cada equipo local, con asesoría del regional, ha diseñado y puesto en marcha un proceso de planificación. En una primera etapa se desarrollaron diagnósticos participativos en sexualidad, los que permitieron identificar las necesidades específicas de cada territorio focalizado. A partir de esta información cada equipo diseñó y puso en marcha su Plan de Trabajo.

Nuestra presentación estará organizada en dos partes. En la primera parte damos a conocer las principales características de la propuesta gubernamental propiamente tal, en tanto que en la segunda parte damos a conocer el Plan Piloto, con una descripción del modelo que se está validando y una síntesis de los principales resultados obtenidos hasta este momento.

II. DESCRIPCIÓN DE LA PROPUESTA GUBERNAMENTAL

La sexualidad involucra aspectos biológicos, emocionales, sociales, culturales, valóricos, éticos y filosóficos. Si bien las personas nacen con una determinada carga genética que define su sexo biológico, el proceso a través del cual se llega a asumir la propia sexualidad como una dimensión personal y relacional, se ve fuertemente ligado a condiciones del medio ambiente y a las relaciones interpersonales, en especial, las relaciones afectivas que se establecen a través del tiempo. De esta forma, la sexualidad es una dimensión constitutiva de las personas, que comienza y termina conjuntamente con la vida. En este proceso la familia juega un rol protagónico, constituyéndose los padres como los primeros y principales educadores sexuales de sus hijos e hijas.

Junto con la dimensión personal de la sexualidad, también se reconoce que ésta se concreta histórica y socialmente. Además de ser parte del desarrollo humano, constituye un ámbito de la vida configurado histórica y socialmente en sus significaciones, subjetividades y normatividad; en su vinculación con la construcción social de la masculinidad y feminidad; y de la forma de convivencia entre hombres y mujeres, las cuales se encuentran atravesadas por diversas dificultades e inequidades.

Considerando la relevancia y significado de esta dimensión humana, las personas requieren desarrollar grados crecientes de autonomía y capacidad reflexiva en las distintas etapas y situaciones de su vida, de manera de resguardar el valor y la dignidad personal. Por lo anterior, entendemos como sexualidad responsable al conjunto de valores, actitudes y habilidades que se manifiestan durante la vida, de manera que las opciones y decisiones sean consistentes con el reconocimiento de la dignidad de esta dimensión.

Esta concepción asume que de acuerdo a su proceso de crecimiento y desarrollo, hombres y mujeres son sujetos libres, capaces de discernir respecto de sus derechos y deberes y, por lo tanto, de asumir responsablemente las decisiones y acciones relacionadas con su sexualidad.

Por lo anterior, la propuesta pretende fortalecer la educación sexual así como el apoyo, orientación y promoción del desarrollo de una actitud responsable y activa hacia

la salud sexual con autocuidado y mutuo cuidado, además de contribuir activamente a la igualdad de oportunidades de hombres y mujeres.

Los tres objetivos estratégicos de la “Propuesta Gubernamental: Hacia una Sexualidad Responsable” son los siguientes:

- Favorecer en las personas las capacidades para asumir satisfactoria y responsablemente su sexualidad, como parte de su desarrollo integral.
- Asegurar y articular una respuesta gubernamental acorde a las necesidades de hombres y mujeres, para el desarrollo de su sexualidad y salud sexual.
- Favorecer y asegurar que cada comunidad local, con representación de sus actores más relevantes y en forma participativa, desarrolle sus propias propuestas en sexualidad responsable.

La formación en sexualidad es un proceso de permanente aprendizaje para la vida, unido al crecimiento y desarrollo del ser humano. Es mucho más que entregar conocimientos de la biología y acerca de los elementos que intervienen en el proceso reproductivo de la especie. Consiste en un aprendizaje para vivir en sociedad, para el desarrollo socioafectivo, social, cultural, valórico y espiritual de hombres y mujeres.

La multifactorialidad de este proceso impide remitirlo exclusivamente a la esfera familiar, a las aulas o a los servicios de atención en salud. Es en cada uno de esos ámbitos, y en las instancias de relación con la comunidad, donde se encuentran y dialogan todos los actores de este proceso.

Por ello, la Propuesta Gubernamental “Hacia una sexualidad responsable” ha definido tres orientaciones metodológicas, con la intención de dar respuesta a los objetivos estratégicos propuestos en ella. Cada una de ellas apunta a diferentes líneas de acción con áreas y objetivos específicos. Estas son:

- Acciones Educativas;
- Acciones Comunitarias y de Participación Ciudadana;
- Acciones de Información, Orientación y Atención en el campo de la salud sexual.

III. DESCRIPCIÓN DEL PLAN PILOTO

El Plan Piloto tiene por propósito validar un modelo de gestión y en tanto proceso de validación tiene un plazo acotado: se inició a mediados del año 2001 y finalizará en diciembre del año 2003.

Este trabajo se realiza con un enfoque comunitario, es decir, que los diferentes actores, como representantes del municipio, dirigentes sociales, centros de padres, alumnos, organizaciones no gubernamentales, iglesias y otros, en forma organizada y a partir del diagnóstico de su realidad local y sus propias necesidades, diseñan e implementan un plan de trabajo que considera objetivos estratégicos, estrategias, proyectos, acciones, acuerdos y compromisos en el tema de sexualidad.

Con esto se busca reafirmar la descentralización de los programas sociales, reconociendo la importancia y responsabilidad de las comunidades locales en la toma de decisiones respecto a temas que afectan su vida cotidiana, dado que son ellos quienes mejor conocen sus necesidades y quienes pueden generar respuestas más adecuadas a las

especificidades locales. En este contexto los sectores gubernamentales actúan como facilitadores de los procesos locales, ofreciendo una serie de instrumentos y recursos para que las comunidades, articuladas por el municipio, diseñen e implementen planes locales en torno al tema de la sexualidad.

El modelo de gestión planteado se fundamenta en los siguientes principios:

Desde las personas

Busca fortalecer la capacidad de mujeres y hombres para vivir su sexualidad de manera sana y plena, promoviendo que éstos, de acuerdo a su crecimiento y desarrollo, tomen decisiones de manera libre, informada y responsable, contando con la información, la orientación, educación y servicios de apoyo necesarios, a lo largo de las distintas edades y situaciones de vida.

Desde las familias y las relaciones interpersonales

Considera a la familia como el actor principal en el apoyo de sus miembros para la vivencia plena, satisfactoria y reflexiva de la sexualidad. Por lo que las acciones tienen un componente destinado a mejorar y desarrollar las capacidades de una buena comunicación interpersonal, donde se consideren los elementos particulares de cada núcleo familiar.

Desde la participación comunitaria

Orienta su acción hacia el fortalecimiento de las capacidades de la comunidad local, representadas por todos sus actores, para que –a partir de un diagnóstico de necesidades en el tema y el conocimiento y análisis de diversos programas y experiencias ya validados a nivel nacional– definan, propongan, desarrollen y evalúen iniciativas que den respuestas a dichas necesidades y promuevan la creación de redes de apoyo locales para el logro de las metas propuestas.

Desde la comunidad escolar

Busca fortalecer a las comunidades educativas para que, en el marco de sus proyectos institucionales, estimulen la participación activa de padres y madres al interior del establecimiento, de manera de asegurar su presencia en la toma de decisiones y en las actividades que se realicen en el tema de la educación sexual de sus hijos e hijas, generando así propuestas propias.

Desde el modelo de atención de salud

Se enmarca en la necesidad de entregar a las personas una atención integral, con un enfoque multidisciplinario, que permita responder a las necesidades de cada persona conforme a su historia vital, entorno familiar y ambiente. Además considera la participación activa de la ciudadanía en un proceso de cambio de las condicionantes y determinantes de la salud.

Desde el rol del municipio

Considera al municipio como actor clave en la generación y promoción de la participación activa de la comunidad, dado que es un ente articulador que tiene la capacidad de trabajar con todos los actores sociales, incorporando el mundo privado y público. Por estas razones, el municipio cumple un rol importante para la implementación del Plan local de Sexualidad Responsable. Se espera que a partir de las acciones que se realicen en las comunidades, se desarrollen estrategias y capacidades en sus miembros e instituciones para dar continuidad a las iniciativas que desde ella nazcan.

Desde la sociedad civil

Reconoce que el tema de la sexualidad ha sido un campo donde existen exitosas y variadas experiencias a lo largo del país, por lo que recoge lo acumulado en estos años por distintos organismos y organizaciones, concertando la acción de distintas instituciones privadas y públicas especializadas en el tema, que puedan ser conocidas y eventualmente apoyar el desarrollo de las acciones y objetivos que se plantea la comunidad local.

Desde la perspectiva gubernamental

El desarrollo global de la propuesta es de responsabilidad de los sectores involucrados, los Ministerios de Educación y Salud, el Servicio Nacional de la Mujer y el Instituto Nacional de la Juventud. Algunas acciones serán desarrolladas desde cada sector dada su especificidad y otras, se asumirán intersectorialmente.

De acuerdo a lo descrito, el modelo pretende ser flexible y adecuado a cada realidad local, incluyendo entre otros, los siguientes elementos:

- Considerar a las personas, familias y comunidades, y especialmente a los jóvenes, como sujetos de derechos y responsabilidades, actores sociales comprometidos en la búsqueda de soluciones y no como simples usuarios y receptores pasivos de acciones y decisiones estatales.
- Abordar los ámbitos educativo, valórico, socio-cultural, psico-afectivo y bio-médico de la sexualidad en forma integral.
- Espacios de participación social y comunitaria y no sólo de las personas en forma individual.
- Enfocar las acciones desde la perspectiva de la demanda y no desde la oferta.

Esto implica que el modelo de gestión propuesto, hace énfasis en la descentralización de las acciones y potenciación del trabajo local, integrando aspectos educativos, formativos, preventivos, promocionales, asistenciales y de desarrollo comunitario, donde los sectores gubernamentales actúan como facilitadores de los procesos.

En la implementación del modelo se distinguen cinco etapas, a saber:

1. Constitución de Equipo Local.
2. Elaboración de Diagnóstico Participativo.
3. Elaboración de Plan de Trabajo.
4. Ejecución del Plan de Trabajo.
5. Evaluación y actualización del Plan de Trabajo.

De acuerdo las dificultades presentes en cada realidad local, la etapa de constitución de los equipos fue dificultosa y lenta. De hecho, la mayoría de ellos, que se constituyeron durante el año 2001 y posteriormente se desintegraron y rearticulaban con nuevos integrantes. Así, el proceso culminó en julio del 2002 con la constitución del equipo de Temuco.

Pese a estas y otras dificultades, a la fecha es posible señalar resultados de todo este esfuerzo.

En cuanto a la aplicación del Modelo:

- Respecto a la constitución de los equipos, se observan realidades cualitativamente distintas entre las comunas. Si bien en todas las comunas hay presencia de los sectores salud y educación, en algunas ha sido difícil incorporar a otros sectores.
- Tendencia a delegar la responsabilidad de la conducción y la ejecución de las acciones, en estos dos sectores.
- Si bien la mayoría de los equipos se estabilizó, se advierten diferencias de enfoque respecto a cómo abordar el tema de la sexualidad. A excepción de un equipo, no ha habido reflexión y discusión de estos diferentes enfoques.
- El proceso de participación comunitaria aún es débil, falta mayor presencia de organizaciones sociales y comunitarias en los equipos.
- La comunidad escolar está representada fundamentalmente por profesores y apoderados, falta incorporar un mayor número de alumnos/as en los equipos locales.

En cuanto a las acciones realizadas en las comunas:

- Cada equipo diseñó e implementó un proceso de Diagnóstico participativo con características particulares. En la mayoría de los casos se promovió el trabajo con grupos de la comunidad, opción que contribuyó a “poner” el tema en las conversaciones y preocupaciones de diferentes actores locales.
- Planificación con distintos grados de desarrollo.
- Se han realizado acciones educativas a nivel escolar y de formación de supervisores, docentes, padres y madres, directivos, alumnos/as.
- También se han realizado acciones comunitarias y de participación ciudadana y Acciones de información, orientación y atención en salud sexual.

En cuanto a los aportes de los sectores:

Sector educación:

ha realizado aportes a nivel de la gestión educativa, de la participación de padres y madres y de la implementación curricular del tema educación sexual:

- Incorporación de la educación sexual en el Proyecto Educativo Institucional
- Capacitación continua de docentes en el tema.
- Incorporación de recursos didácticos para apoyar la educación sexual en los niveles de aprendizaje.
- Constitución de redes de apoyo con organizaciones locales y de la sociedad civil para apoyar el desarrollo de la temática.
- Fortalecimiento de redes de apoyo local y comunitario para responder a las necesidades de los sujetos: red de salud, red social, red comunal, etc.
- Fortalecimiento de la participación activa de padres, madres y apoderados en las actividades y toma de decisiones respecto de la implementación de la educación

sexual en la comunidad educativa.

- Incremento de los espacios de formación en educación sexual dirigida a padres, madres y apoderados.
- Conocimiento y vinculación con redes de apoyo local y comunal en el tema.
- Relevamiento y difusión de los contenidos específicos y graduados referidos al desarrollo y formación de la sexualidad que están presentes en el nuevo currículum escolar: conceptos, habilidades, actitudes y valores.
- Capacitación a supervisores, jefes técnicos y docentes de aula en el tema.

Sector salud:

- Las Tardes Jóvenes. En conjunto con el INJUV, generar confianza y acercar a los adolescentes para acudir y establecer una relación con los equipos de salud de atención primaria, para constituir participativamente un diagnóstico de salud de este grupo poblacional e identificar nuevas estrategias orientadas a lograr la satisfacción integral de sus problemas de salud y promover estilos de vida saludables.
- Programa de salud mental, desarrollo de habilidades para la vida: en conjunto con la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (JUNAEB), otorgar apoyo al desarrollo psicoafectivo y social de los escolares y promover relaciones intergeneracionales saludables.
- Servicio de Atención Directa: reforzamiento de recursos humanos e infraestructura para dar respuesta a las necesidades específicas de la población en el tema: salud sexual y reproductiva; ITS y VIH-SIDA; maltrato, violencia y abuso sexual.
- Información: orientado a la derivación de los pacientes para favorecer una atención expedita y eficaz a partir de las necesidades de las personas.
- Consejería: acceso a servicios de orientación y consejería en los temas de salud sexual y reproductiva, y atención de adolescentes en ITS y VIH-SIDA.
- Capacitación y asesoría técnica: personal de salud de los consultorios de atención primaria capacitados en el tema de sexualidad y salud sexual, para una atención personalizada y especializada en el tema.
- Acciones de apoyo comunitario: implementación de estrategias que favorecen la participación ciudadana, orientadas a la promoción de ambientes sociales y estilos de vida saludables en relación a la salud sexual y la equidad de género, que promuevan la comunicación interpersonal en la pareja, la familia y entre generaciones.

Desde el *SERNAM*, se han realizado los siguientes aportes:

- Aporte de recursos frescos para el desarrollo de los planes de trabajo y proyectos comunitarios en el tema de sexualidad.
- Capacitación de dirigentes sociales en el tema sexualidad y género, maternidad y paternidad responsables, igualdad de oportunidades, prevención de violencia y abuso sexual.
- Elaboración y difusión de materiales educativos relacionados con los temas de sexualidad y género.

PROGRAMA GENTE JOVEN MEXFAM

Alfonso López Juárez¹
MEXFAM, México

La Fundación Mexicana para la Planeación Familiar, MEXFAM, fundada en 1965, ha sido pionera en México en planeación familiar, distribución comunitaria, educación sexual, perspectiva de género y anticoncepción de emergencia. El Comité Juvenil de la MEXFAM desarrolló un proyecto que tiene la intención de entregar educación sexual a los jóvenes de manera integrativa y participativa. Su objetivo ha sido proporcionar servicios de calidad y vanguardia en planeación familiar, salud y educación sexual; de manera preferencial a la población más necesitada: los pobres y los jóvenes. Para abarcar los distintos ámbitos que cubre esta problemática se definieron líneas de acción que a su vez entregan los componentes centrales del proyecto: la salud sexual juvenil, la promoción comunitaria de la salud, y la creación o fortalecimiento de clínicas y consultorios.

Se trata fundamentalmente de difundir una nueva visión de la sexualidad, disminuir el número de embarazos tempranos y prevenir el contagio de ITS. Esta nueva visión de la sexualidad se basa en los valores de afecto y amor, equidad de género, respeto y responsabilidad.

Este programa se desarrolla en los lugares donde se reúnen los jóvenes, aprovecha la disponibilidad de escuelas, clubes y centros recreativos, y en caso de ser necesario, trabaja directamente en la calle.

El programa consta de tres componentes: el comunitario, el escolar y el médico. En cada uno de ellos se trabaja con distintos agentes que se consideran centrales para lograr los objetivos planteados por el programa, así en el caso de los centros comunitarios se trabaja con promotores juveniles, en las escuelas con los maestros y en el ámbito clínico con el personal médico.

Los promotores y el personal comunitario llevan las actividades del programa a los lugares donde los jóvenes se reúnen. En este caso, la población que no asiste a la escuela es la prioridad. A su vez, en el componente de la escuela los principales colaboradores son los maestros de todos los niveles. Se les proporciona adecuado entrenamiento, un modelo educativo que se adapta localmente y materiales educativos. Los contenidos educativos mínimos que se deben establecer son los siguientes:

- Comunicación en la familia
- Anatomía y fisiología de los órganos sexuales

¹ Maestro Normalista, Sociólogo, Maestría en Ciencia Política. Director General de MEXFAM.

- Sexualidad y juventud
- Infecciones de transmisión sexual, HIV y SIDA
- Embarazo temprano y uso de anticonceptivos
- Género y sexualidad
- Prevención de la violencia de género

En el componente clínico los principales colaboradores son el personal médico, a los cuales se les proporciona autocapacitación. El objetivo es lograr servicios médicos amigables para los jóvenes.

Además el programa contempla algunas estrategias específicas que consisten en:

- Trabajo con padres de familia
- El Comité Juvenil
- Trabajo intensivo en la comunidad
- Farmacias amigables
- Ligas deportivas
- Eventos recreativos y culturales
- Discotecas
- Trabajo en cooperación con otras agencias
- El baúl de la salud sexual
- Teatro y títeres
- Clínica juvenil

Trabajo con padres de familia

En el caso del trabajo con padres de familias es central considerar las escuelas, el convencimiento de dirigentes y la utilización de materiales visuales para la presentación del programa.

Comité Juvenil

En el caso de los comités juveniles se selecciona a los mejores voluntarios, se los empodera como cuerpo decisorio y se les otorga un papel clave en planeación y evaluación; se ocupan procedimientos democráticos y se utilizan incentivos simbólicos.

Trabajo comunitario intensivo

La realización de un trabajo comunitario intensivo también es central para el desarrollo del programa. Es una exploración de la comunidad mediante visitas casa por casa distribución, de folletos, reclutamiento de voluntarios y se van creando mapas que señalan el progreso en el acceso a la comunidad.

Farmacias Amigables

Crear farmacias amigables para los jóvenes. Darles una imagen atractiva para (posters alusivos), capacitación del personal de ventas y combinación con el mercadeo social.

Ligas deportivas

En las ligas de básquetbol, fútbol y volley, los capitanes de los equipos son capacitados como promotores y se aprovechan los juegos para difundir información.

Eventos recreativos y culturales

En los conciertos musicales, las ferias de salud y las celebraciones, se usa un stand de información, se distribuyen folletos y condones y se hacen anuncios públicos.

Discotecas

Estos lugares son ideales para establecer relaciones, es una gran oportunidad de difundir mensajes y es una posibilidad de distribución oportuna de condones.

Trabajo en cooperación con otras agencias

En la cooperación interinstitucional se comparten recursos e instalaciones, se amplían las oportunidades y se multiplican las referencias recíprocas.

El baúl de la salud sexual

Este baúl es un medio de autoaprendizaje realizado por promotores juveniles y utiliza formatos de aprendizajes atractivos para los jóvenes.

Teatro y títeres

El teatro y los títeres son muy útil para romper el tabú de hablar en público sobre sexualidad. Gusta mucho entre los jóvenes y ayuda a formar espíritu de equipo entre los promotores juveniles.

Clinica juvenil

La clínica juvenil debe tener una ubicación conveniente y visibilidad, una decoración escogida y realizada por los mismos jóvenes y debe ser autosuficiente al corto plazo.

RECURSOS REQUERIDOS

De acuerdo con lo señalado los recursos que se requieren para realizar el programa son básicamente:

a) Recursos humanos

- Apoyo por parte del profesional directivo de la ONG
- Profesionales capacitados a disposición
- Un coordinador de programa, menor de 30 años
- Promotores voluntarios juveniles
- Profesores de escuelas

- Profesional médico en clínicas y centros de salud
- b) Recursos materiales
 - Espacio para reuniones
 - Oficina básica
 - Acceso a escuelas y centros de salud
 - Acceso a instalaciones comunitarias
 - Acceso a farmacias
 - Anticonceptivos y condones
 - Equipo audiovisual
 - Materiales educativos
- c) Materiales educativos:
 - Videos educativos
 - Rotafolios
 - Folletos
 - Carteles
 - Manuales
 - Sitios de internet

EVALUACIÓN DEL PROGRAMA

Para la evaluación del Programa es necesario considerar los siguientes aspectos.

- Definición del área de aplicación
- Línea de base con iniciadores apropiados
- Línea de base cualitativa
- Reportes mensuales de avance
- Evaluación intermedia
- Evaluación final, cualitativa y cuantitativa

Se utilizan indicadores de proceso e indicadores de impacto. Entre los indicadores de proceso están los siguientes:

- Aumento general de conocimientos sobre sexualidad y reproducción (de 59,6% a 70,9% entre 1999 y 2002).
- Aumento sobre el conocimiento de los métodos anticonceptivos y su uso concreto (de 82% en 1999 a 86% en el 2002).
- Aumento en el conocimiento sobre el correcto uso del condón (de 90% a 97,3% entre 1999 y 2002).
- Aumento en el conocimiento del uso de anticoncepción de emergencia y su correcto uso (de un 15,1% en 1999 a un 45,4% el 2002).

La estrategia de farmacias también ha tenido resultados positivos. En 1999 el 72% adquirió los métodos en farmacias y en el 2002 aumentó al 99,2%. Además, con relación a si son tratados con respeto en las farmacias, en 1999 sólo el 49,1% consideraba ser tratado con respeto, aumentando en el 2002 a 70,2%.

Entre los indicadores de impacto se pueden mencionar que uno de los más relevan-

tes se refiere al porcentaje de adolescentes de 13 a 15 años que ha tenido relaciones sexuales y que no está en la escuela. Este porcentaje disminuyó de un 3% en 1999 a un 1,9 % en el 2002. De la misma forma, el porcentaje de jóvenes que tienen relaciones sexuales con servidoras sexuales disminuyó de un 9,4% a un 0,3% entre 1999 y 2002. Complementariamente el porcentaje de jóvenes que tiene relaciones sexuales con sus parejas aumentó de un 61,1% a un 69,4 de 1999 al 2002.

Otro indicador de impacto directamente relacionado es el de las mujeres menores de 16 años que se han embarazado. El porcentaje disminuye de un 45,1% a un 18,7 en los años de estudio. El aumento de los jóvenes entre 13 y 15 años que utilizaron un método anticonceptivo en su primera relación sexual (de un 19,4 a un 54,8%) es otro indicador que habla de la efectividad del programa.

En este sentido podemos decir que el Programa Gente Joven entrega una nueva visión de la sexualidad, mejorando la salud sexual juvenil y construyendo un futuro mejor con equidad de género y participación juvenil.

GRUPO N° 2: VIH/SIDA Y IST

PROGRAMA PREVENCIÓN SIDA EN ADOLESCENTES DEL ABIA Juventud y diversidad sexual: salud y ciudadanía para hombres jóvenes con prácticas homosexuales* ¹

Luis Felipe Rios²
ABIA, Brasil

EL CONTEXTO Y LOS OBJETIVOS

El trabajo de la prevención del VIH/SIDA para los jóvenes con prácticas homosexuales es una tarea extremadamente compleja. Estos jóvenes viven diariamente, las desavenencias impuestas por la sociedad –diferentes discriminaciones relacionadas con sus orientaciones sexuales y posicionamiento de género– incluyendo la relación con la familia, en el colegio, el trabajo etc.. Desavenencias y discriminaciones que poseen una repercusión directa y hacen vulnerables a esos mismos jóvenes en diferentes situaciones sociales de gravedad, entre ellas con VIH/SIDA³.

Trabajar el rompimiento de los valores instituidos en la sociedad “de la moral y buenas costumbres” es una actividad desafiante, puesto que exige no solamente trabajar las actitudes y los comportamientos de los jóvenes, sino de toda la sociedad. Nuestro alcance, sin embargo, es limitado. Está implícito la mayoría de las veces, en el ámbito individual, aunque la intención es de consolidar la movilización colectiva como estrategia del cambio social.

Pensando en eso, el Proyecto Juventud y Diversidad Sexual tiene como objetivo el rescate de la ciudadanía del joven homosexual de las clases sociales populares. Creemos que, sin ciudadanía y auto estima estos individuos no consiguen insertarse en la sociedad y/o reaccionar positivamente a los diversos factores que los convierten en más vulnerables.

Aplicando este objetivo de un modo más amplio –realizar talleres y otras actividades complementarias, que serán presentadas–, se tiene la intención de formar a “*ciudadanos sexuales*”, es decir, gente capaz, entre otras cosas, de desarrollar una relación consciente y negociada con las normas de la cultura de las clases y para la actividad sexual, con los valores familiares y grupos con quienes deben coexistir, capaces de garantizar un sexo más seguro y protegido; personas conocedoras e informadas de cómo tener acceso a los

* Traducción del portugués de Paul Ewans.

¹ Consultar el sitio: www.abiaids.org.br. En el sitio el lector tendrá acceso a más información sobre el proyecto y a todo el material realizado.

² Asesor de Proyectos de la ABIA y coordinador, en conjunto con Vagner de Almeida, del Proyecto Juventud e Diversidades Sexual desarrollado con el apoyo de la CN DST e AIDS del Ministerio de Salud. E-mail: felipe@abiaids.org.br.

³ Para más información sobre nuestro trabajo consultar: Almeida, Vagner de (1997); Almeida, Vagner de, Hamann, Edgar M. (1994); Rios, Felipe, Almeida, Vagner (2002); Almeida, Vagner e Rios, Felipe (2002); Rios, Felipe e Almeida, Vagner (2002).

medios materiales y a los servicios para garantizar el cuidado de una salud de calidad y elecciones sexuales (Paiva 2000).

REALIZACIÓN DEL PROYECTO

Nuestro trabajo comienza con una intervención directa en las calles, los bares (cabarets), los clubes, los lugares del flirteo y de convivencia homosexual con la distribución de panfletos/invitaciones para los talleres, y condones. También la distribución de carteles y de tarjetas postales en los locales de frecuencia mixta (heterosexuales, homosexuales y bisexuales) teniendo como objetivo eliminar la estigmatización de la homosexualidad.

En los talleres, el joven tiene la posibilidad de “sacar para afuera lo que tiene”, por medio de técnicas y experiencias del teatro del expresionismo, sus ideas, sus ansias, sus sueños y sus deseos. En la perspectiva del teatro del expresionismo, el individuo, el joven, el “actor”, debe sacar de adentro de sí mismo las sensaciones, sus conflictos y, a partir de ese momento, crear personajes. En el taller, la realidad es (re)presentada. La propuesta es hacer posible el revelar las experiencias de cada uno de ellos.

Con el objetivo de que las diversas historias puedan servir como materia prima de modo que, en conjunto, los facilitadores de historias, el público y los protagonistas examinen y revelen las diversas líneas de desigualdad para hacer que las personas actúen con el objetivo de reforzarlas, muchas veces siendo expuestos o exponiéndose a situaciones de vulnerabilidad.

El principal objetivo es que, a partir de este proceso analítico, se puede llegar a una síntesis, construida colectivamente, donde el ciudadano quede menos expuesto a las perversas fuerzas sociales y actúe en pos de la construcción de su trayectoria de vida.

Nos basamos en el principio de que “todos son iguales antes de la ley, sin la distinción de cualquier naturaleza, garantizándose a los brasileños y a los extranjeros residentes en el país la no-violación de los derechos a vivir, la libertad, la igualdad, la seguridad y la propiedad” (Artículo 5°. De la Constitución Brasileña). Incentivamos la búsqueda de estrategias colectivas con el fin de construir una “nueva” cultura sexual en Brasil. Una cultura en la cual exista, de hecho, la posibilidad de convivencia, el respetar las diferencias y la diversidad sexual.

En paralelo a los talleres, se ofrecen cursos de profesionalización, períodos de prácticas profesionales en actividades de prevención del VIH y actividades de producción artística (vídeo).

En esta última actividad, integramos las otras actividades. Los jóvenes se forman en técnicas de filmación y participan en lecciones prácticas para el uso de cámaras de video. A partir del material producido en los talleres, se crean *guiones*, que también son actuados y filmados por ellos mismos. La intención es trabajar lúdicamente en las profundas preguntas que les afligen y los hacen vulnerables, y ofrecer a un público más amplio un cuadro de la “homosexualidad joven” en Brasil⁴.

⁴ Cf. el Video ABIA (2002) “Rituales y Dichos de los jóvenes homosexuales”, también los libros *Juventud y Homosexualidad: qué los padres necesitan saber*; *Rituales y Dichos de los jóvenes homosexuales*, productos de este trabajo.

Estas actividades nos permite avanzar hacia la prevención del VIH/SIDA considerando el amplio contexto (pobreza, opresión racial, de géneros etc.). La perspectiva que adoptamos muchas veces permite informar sobre el sexo seguro y las maneras de la infección (información algunas veces repetidas en los folletos, las conferencias, los medios, etc.) pasan a ser “escenario” y los vectores de vulnerabilidad pasan a ser la “escena”. Lo que no tiene que suceder es que la información de carácter técnica encubra o impida que los procesos de los jóvenes sean explicitados, examinados y discutidos. Procesos que, muchas veces, obstaculizan que el ideal del sexo seguro si satisface.

En términos de recursos operacionales de los talleres, vale destacar que el lenguaje utilizado sea lo más parecido al lenguaje cotidiano, el mismo compartido en los espacios sociales de encuentro de homosexuales. Creemos que es por el incentivo de la expresión libre, por el uso y abuso del vocabulario dicho “que las situaciones aproximadas a la realidad llegan hasta nosotros y se discuten y describen”.

Nuestra perspectiva de acción tiene como uno de sus propósitos el promover el reconocimiento colectivo, la percepción de las afinidades (tener sexo con el mismo sexo), que ubica a todos en un mismo “barco”, independientemente de la enorme diferencia en las posiciones sociales y culturales que lo hace singular.

Finalmente, enfatizamos que el propósito del proyecto es, sobre todo, el avance rumbo a la conquista de los derechos sexuales y del reconocimiento de la ciudadanía del joven HSH (hombres que tienen sexo con hombres).

Bibliografía

- Almeida, Vagner de (1997) *Cabaret Prevenção*. ABIA. Río de Janeiro, Brasil.
- Almeida, Vagner de, Hamann, Edgar M. (1994) *Manual do facilitador*. ABIA. Río de Janeiro, Brasil.
- Almeida, Vagner e Rios, Felipe (2002) *Ritos e Ditos de Jovens Gays*. ABIA. Río de Janeiro, Brasil.
- Paiva, V. (2000) *Fazendo arte com a camisinha*. Summus. São Paulo, Brasil.
- Rios, Felipe; Almeida, Vagner (2002) *Juventude e homossexualidade: o que os pais precisam saber*. ABIA. Río de Janeiro, Brasil.
- Rios, Felipe e Almeida, Vagner (2002) “Diversidade sexual e o trabalho do sexo: os jovens michês no Río de Janeiro”, *Boletín ABIA*, n. 47, 2002.

GRUPO N° 3: PATERNIDADES ADOLESCENTES

PROYECTO PAPAI

Paternidad en la adolescencia. La construcción de una agenda política* ¹

Jorge Lyra²

Programa PAPAI, Brasil

La paternidad adolescente en la actualidad es un tema desconocido tanto para la población en general como para los trabajadores en salud y educación en Latinoamérica. Con el objeto de aportar el desarrollo de conocimientos referentes a esta temática, desde 1997 se ha implementado el Programa PAPAI dirigido a padres adolescentes de Recife, noreste de Brasil. De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (2000), este programa es una de las primeras instituciones de América Latina que ofrece servicios de orientación y consejo a los padres jóvenes.

La escasa información que existente respecto del tema muchas veces oculta la realidad del fenómeno por no considerar aspectos centrales en la definición del problema. Un ejemplo paradigmático es la fuerte preocupación por un alarmante crecimiento en el número de embarazos en esta etapa de la vida. Sin embargo, al mirar más en detalle la información, se observa que dicha afirmación ha producido una “idea engañosa”, ya que se basa en resultados de investigaciones insuficientes y cuyas suposiciones e interpretaciones poseen importantes limitaciones.

El fenómeno del embarazo adolescente no se puede analizar exclusivamente desde números absolutos, ni mediante el análisis de las tasas de fecundidad. Existen otros factores como las condiciones demográficas e históricas, importantes de considerar.

En Brasil, la Investigación Nacional de la Demografía y Salud (DHS) de 1996, divulgó que en último los diez años, hubo una reducción aproximada a un 30% de la fecundidad en todos los rangos de edad, con la excepción de los adolescentes. La fecundidad de las mujeres entre 15 y 19 años creció hasta 1990 y se mantuvo en los cinco años siguientes. La fecundidad de las mujeres en el rango de 20-24 años de edad, ha declinado desde 1965 a 1995, con un marcado descenso en el período 1985-1990.

Esta información, que parece tan rotunda en su magnitud, tiene una doble falencia. Por un lado, no considera que la demografía brasileña ha registrado un aumento gradual de la población con edades entre 15 y 24 años. De 8.3 millones en 1940 a 31,1 millones en 1996. Así, no es posible medir el embarazo en la adolescencia en base exclusivamente al número de partos, basándose en los datos del Ministerio de Salud.

* Traducción del portugués de Paul Ewans.

¹ Texto preparado con la participación de Benedito Medrado, coordinador del Programa PAPAI, y Pedro Nascimento y Karla Galvão.

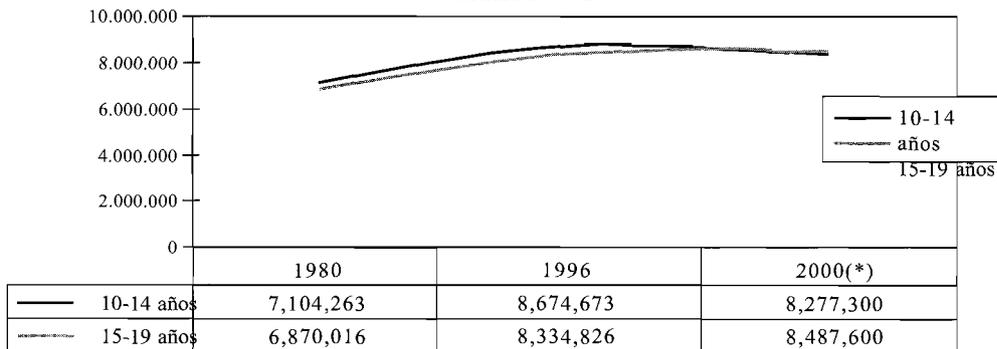
² Psicólogo, Programa PAPAI, Brasil.

Un número mayor de jóvenes reflejará ciertamente un número mayor de embarazos en ese rango de edad.

Por su parte, las tasas de la fecundidad entre las mujeres adultas habrían disminuido principalmente en la función del incentivo y práctica de la esterilización a gran escala. Los datos de 1996, también publicados por la BEMFAM, señalan que el 40% de mujeres adultas en la edad reproductiva se realizaron esterilización.

Para una correcta aproximación al fenómeno del embarazo adolescente se debe dividir esta población en dos grupos: 10-14 años y 15-19 años. Al observar su comportamiento demográfico de las mujeres de entre 10-14 años éstas pasaron de cerca de 7.1 millones en el año 80 a 8.7 millones en 1996. De acuerdo con las proyecciones, este número se reduciría en el 2000 a cerca de 8.3 millones. El grupo de 15-19 años de las mujeres creció de 6.9 millones en el año 80 a 8.3 millones en 1996, según proyecciones, este número continuará creciendo hasta aproximadamente 8.5 millones en el 2000, cuando comenzará a declinar. (Ver Gráfico N°1)

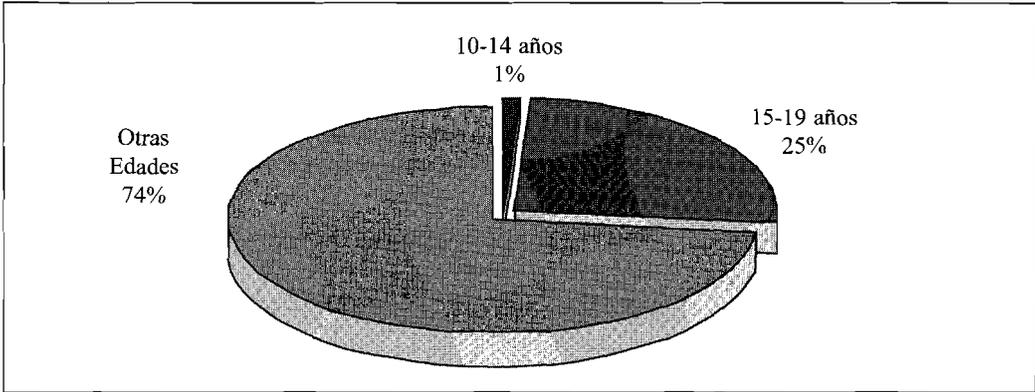
Gráfico N°1



(*) datos proyectados

Los datos del Sistema Único de Salud (SUS) demuestran que en 1998 hubo 2.617.377 partos. Según el IBGE, como la notificación de los datos en Brasil todavía no es totalmente eficiente, se aconseja que los datos del SUS sean aumentados en un 16%. Así en 1998 hubo 3.036.157 partos. De este total, 37.041 mujeres de 10-14 años y 773.309 mujeres de 15-19 años dieron a luz. En términos porcentuales tenemos la siguiente distribución:

Gráfico N°2
 EDAD DE MADRES. EN PORCENTAJES



Dividiendo el número estimado de los partos (37.041) por el número total de mujeres en el mismo rango de edad (8.277.300), verificamos que el porcentaje de los 10-14 años de las mujeres que dieron a luz en 1998 era igual al 0.45%. El mismo razonamiento demuestra que 9.11% de la población femenina de 15 a los 19 años dieron a luz alrededor del año 1998. Si comparamos con años anteriores, tenemos el siguiente cuadro:

Cuadro N°1
 MUJERES QUE DIERON A LUZ EN PORCENTAJES

	1993	1998	Aumento
10 a 14 años	0.36%	0.45%	0.09%
15 a 19 años	9.03%	9.11%	0.08%

Del análisis anterior podemos decir que aunque hubo un aumento en la fecundidad en mujeres con edad entre 10-14 y 15-19 años, basándose en estos datos, NO se puede hablar de una “epidemia” de embarazos en la adolescencia.

Esto no significa que el tema pierda relevancia para la investigación social y las políticas públicas. Sin embargo, se debe abandonar las posiciones que, en general, producen abordajes vigilantes y punitivos, poco coherentes con un abordaje humano y ético, propio de la adolescencia.

Apoyar a los adolescentes en esta situación es central para prevenir posibles problemas futuros. Cuando hablamos de apoyo no nos referimos al estímulo o sanción de una práctica o actitud. De acuerdo con lo observado, se pueden producir daños irreversibles para aquel que necesita ayuda. El apoyo consiste fundamentalmente en escuchar el deseo del o la adolescente, correspondiendo con un discurso con eficacia ética, pero no moral o punitivo.

Conversar, respetando el límite emocional del o la adolescente, es la mejor herramienta para ayudarlos en su situación, de manera más ajustada a la realidad individual,

teniendo en cuenta los obstáculos sociales que se pueden generar por el embarazo en esa etapa de la vida. La ayuda no hará que los embarazos en la adolescencia aumenten en número, sin embargo, contribuirá ciertamente para disminuir los males físicos y psicosociales de las “parejas embarazadas”.

En este sentido, consideramos que existen dos momentos y dos modos para trabajar con los hombres jóvenes adolescentes en el campo la salud y derechos de reproducirse:

- Por un lado, es necesario desarrollar con ellos, reflexiones sobre el embarazo antes de que este suceda, estimulando medidas preventivas para así prevenir un embarazo indeseado.
- Por otro, es importante ofrecer el apoyo cuando el embarazo es confirmado, previniendo consecuencias indeseables. Las dificultades existen, no obstante pueden ser reducidas al mínimo con una red de ayuda ajustada, una práctica que, insisto, es incompatible si adoptamos exclusivamente la perspectiva de la prevención.

Basándose en la contribución del movimiento feminista y las reflexiones sobre las relaciones del género, Benedito Medrado y yo elaboramos en 1996, el proyecto *Paternidad Adolescente: construyendo un lugar*. Este proyecto, apoyado por la Fundación MacArthur y utilizando de las reflexiones generadas en nuestras disertaciones de la maestría previa, en líneas generales, plantea la necesidad de construcción de un lugar social para la paternidad en la adolescencia, apoyando al padre adolescente, sensibilizando a la madre adolescente y profesionales que actúan junto a ellos, así como generando y divulgando conocimientos.

En 1997, fundamos el Programa PAPAÍ. Equipo que viene sedimentándose y ampliando la propuesta original, estableciendo grupos, fructíferas alianzas, produciendo nuevos proyectos y concretizando los productos.

Inicialmente, el PAPAÍ tenía como tema principal, la paternidad en la adolescencia y como programa principal de acción, el Programa de Apoyo al Padre. Más allá de la paternidad en la adolescencia, otros dos temas de interés dirigen la investigación y acción en nuestra institución: la prevención de ITS y SIDA y la violencia de las aulas.

A lo largo de estos años, mantenemos como objetivo principal: *el promover una revisión del modelo machista y los procesos de socialización masculina, en nuestra sociedad, fomentando la participación de los jóvenes en los campos de la salud, sexualidad y reproducción*.

Particularmente, hemos trabajado con los padres jóvenes en dos espacios: *hospitales y unidades de la red pública de la Salud de Recife*. En aquellos espacios, nuestro equipo ha realizado encuentros semanales con los padres jóvenes o las parejas de las adolescentes embarazadas. Nuestro equipo está compuesto por una asesora de proyectos, Luciana Leão, psicóloga, y algunos estudiantes de graduación.

En los hospitales de la red pública de la salud, la metodología de la estrategia que utilizamos para aproximarnos a los padres jóvenes es la invitación (cara-a-cara), pasando por los diversos sectores del hospital: Programa de Salud del Adolescente, Prenatal para las jóvenes embarazadas adolescentes, Maternidad y el sector Adolescente de Salud de la Mujer, Egresos del hospital, Puericultura y Pediatría. También estamos promoviendo en los hospitales reflexiones referentes a la importancia de la participación del padre en el acompañamiento prenatal y principalmente en el Parto y Post-parto, dentro de la propuesta de humanización del Parto.

En los casos de las Unidades de Salud, estamos asociados con el Programa de Salud de la Familia y el Programa de los Agentes Voluntarios de la Salud, principalmente este

último, para realizar una *búsqueda-activa* de los padres jóvenes, a través del acompañamiento en visitas domiciliarias, que los agentes de la salud realizan en los barrios cercanos a los centros de salud.

También tomamos acción con otras instituciones que se relacionan, directamente o indirectamente, con los adolescentes con la intención de ampliar el radio de acción de nuestro trabajo, entre ellos: las escuelas, las guarderías infantiles, las iglesias, los grupos comunitarios, los servicios jurídicos, las ONG, las fuerzas armadas, o cualquier red comunitaria disponible.

La reunión se lleva a cabo a través de talleres, usando el estilo de la sala de espera, abordado de una forma psico-social, enfocándose en los siguientes temas: experiencias de la paternidad; relaciones familiares y relaciones conyugales; cuerpo y procesos del cuerpo; reproducción humana, contracepción y aborto; parto al momento de gestación y futuro parto; paternidad, relación familiar y cuidado infantil; sexualidad masculina, entre deseos y necesidades; paternidad, entre los deseos, los derechos y compromisos; el lugar del trabajo en la vida de los hombres; vulnerabilidad y prevención de ITS/SIDA.

Desde 1999, hemos seguido a más de 183 padres jóvenes directamente, en las instituciones donde trabajamos. Me refiero a 183 por dos razones:

- Primero, porque al principio de nuestro trabajo, los registros no fueron llevados a través de manera tan sistemática, como hemos hecho desde 2000.
- En segundo lugar, porque más allá de los padres jóvenes adolescentes que constituyen nuestro foco de acción, eventualmente, también asistimos a padres adultos que buscan información y ayuda.

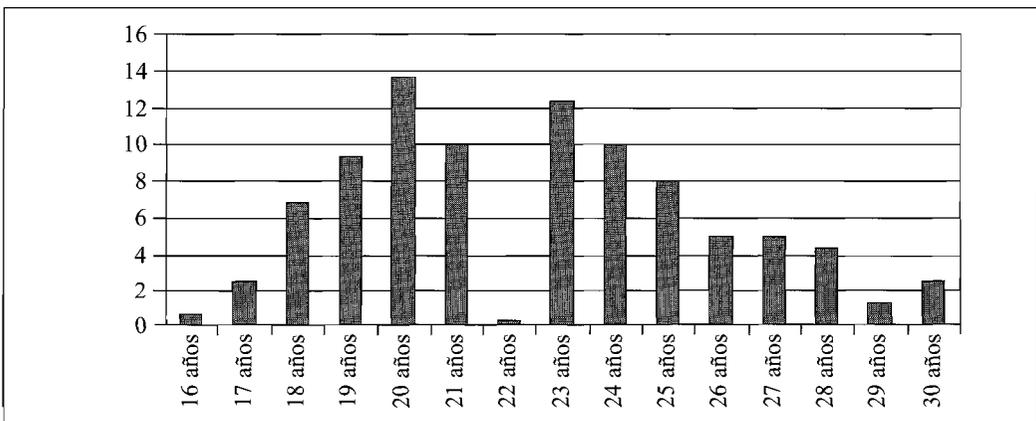
Entonces, conozcamos más de esa muestra de padres adolescentes y padres jóvenes. En lo referente al rango de edad, el más joven tenía catorce años y los mayores treinta años. La edad media es de 21.69 años, con la concentración entre 18 y 25 años.

1. Rango de edad de los padres jóvenes y adolescentes.

- Edad mínima: 14 años
- Edad máxima: 30 años
- Edad media: 21.69 años

Gráfico N°3

EDAD DE LOS PADRES JÓVENES Y ADOLESCENTES

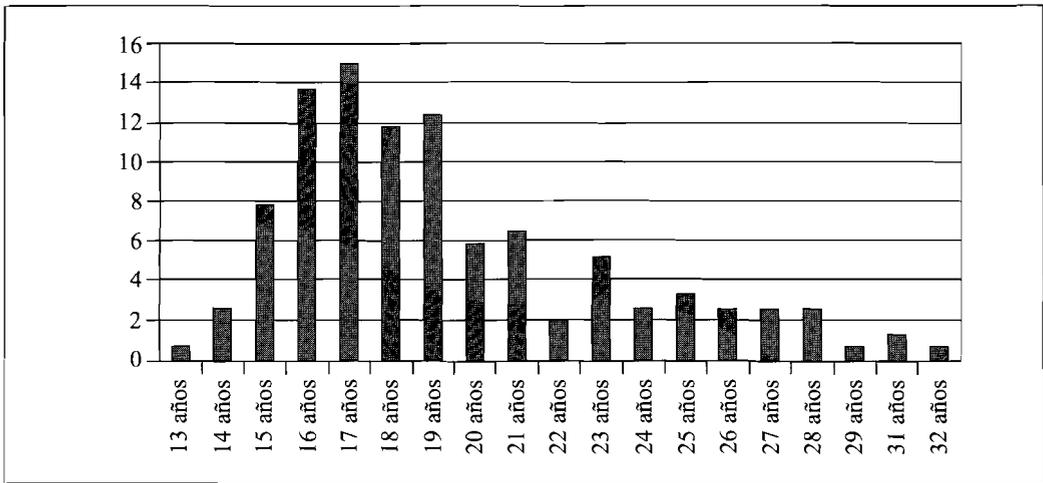


En la relación a la edad de la pareja (mujer), nuestros registros siguen la tendencia demográfica brasileña que ubica generalmente la edad de la pareja, siendo inferior a la del hombre. Así, la edad media es de 19.87 años, con una concentración más grande entre los 15 y 19 años. La más joven tenía 13 años.

Edad de la pareja

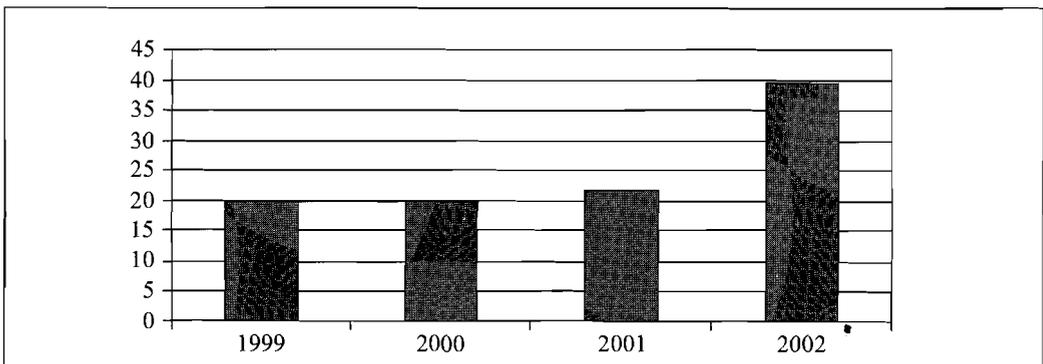
- Edad mínima: 13 años
- Edad máxima: 32 años
- Edad media: 19.61 años

Gráfico N°4
EDAD DE LAS PAREJAS



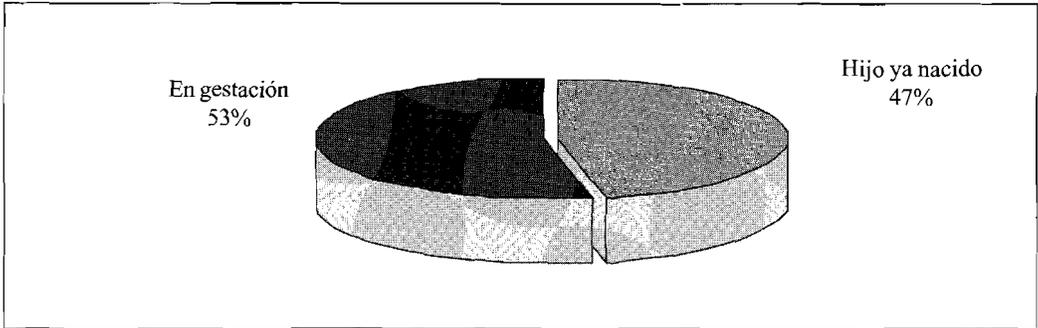
Desde 1999, hemos atendido un promedio de cuarenta acompañamientos por año. Este año, hasta el mes de agosto de 2002, ya hemos recibido sesenta y cuatro padres jóvenes (ver gráfico 5).

Gráfico N°5
NÚMERO DE ACOMPAÑAMIENTOS POR AÑO



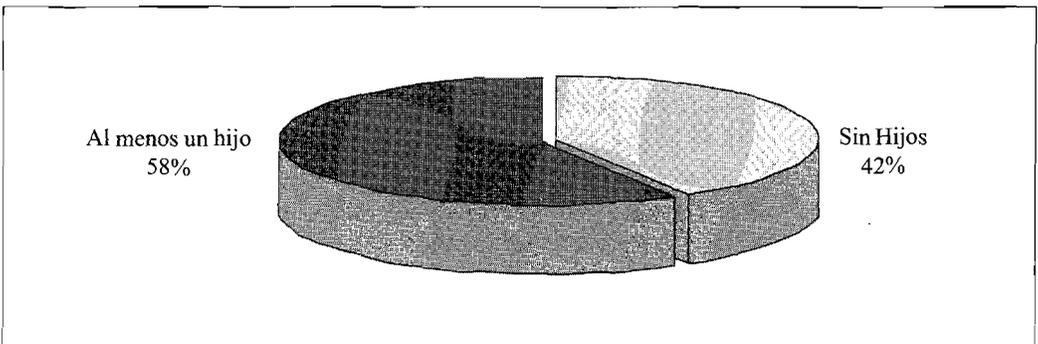
La mayoría de las parejas de ellos (el 53%) estaban en proceso de gestación.

Gráfico N°6
GESTACIÓN



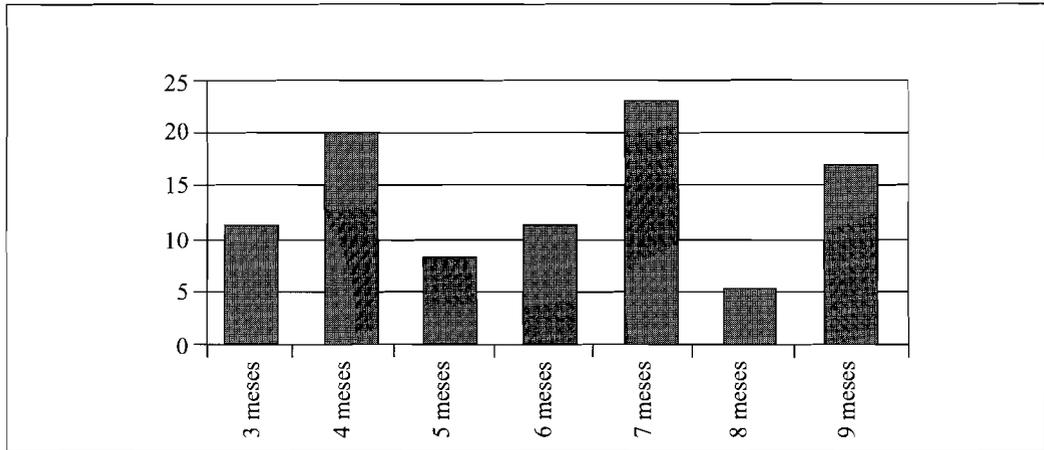
El 58 % del total de estos padres jóvenes tenían ya por lo menos un hijo, más allá de la gestación.

Gráfico N°7
NIÑOS MÁS ALLÁ DE LA GESTACIÓN



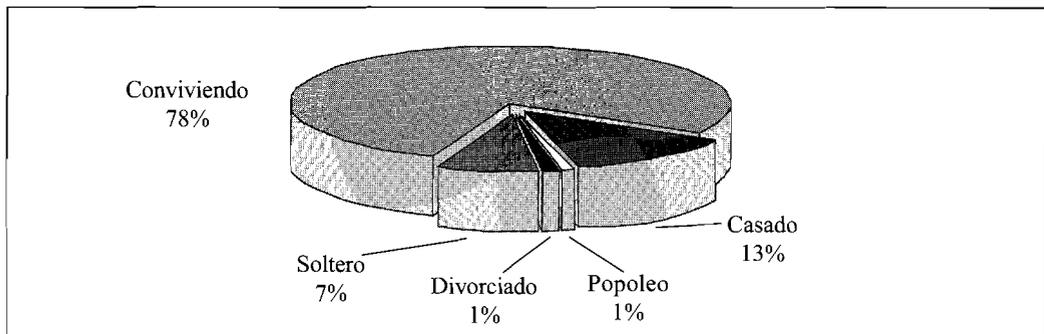
La edad de gestación varía entre tres y nueve meses.

Gráfico N°8
EDAD DE GESTACIÓN



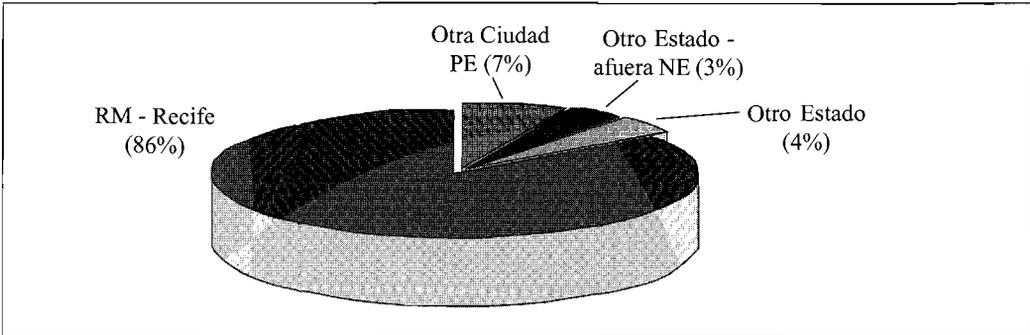
Con relación al estado civil, la gran mayoría (78% de ellos) estaba conviviendo (unión de convivencia).

Gráfico N°9
ESTADO CIVIL



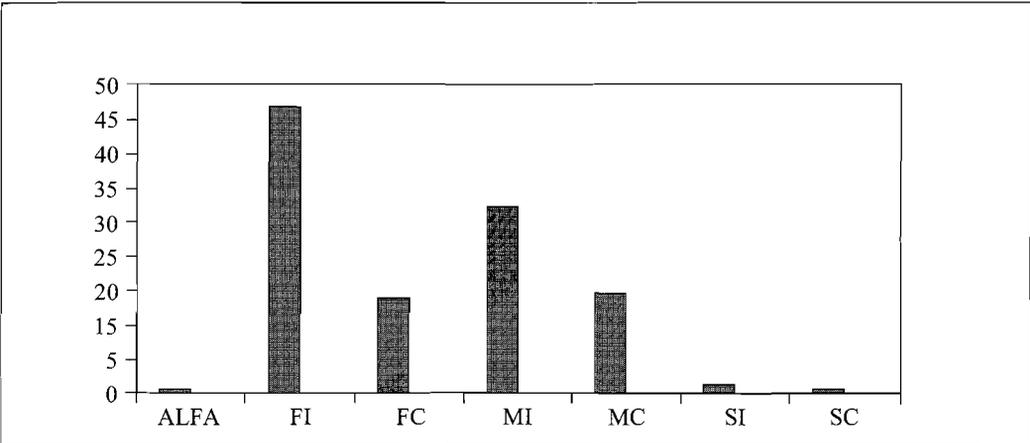
La mayoría (el 86%) nació en la Región Metropolitana de Recife y solamente 4.5% nació en ciudades afueras del Noreste.

Gráfico N°10
ORIGEN



En lo referente al nivel de escolaridad, el 41.7% aun no había terminado el nivel básico. Solamente uno no había sido alfabetizado y uno había concluido un curso de nivel superior.

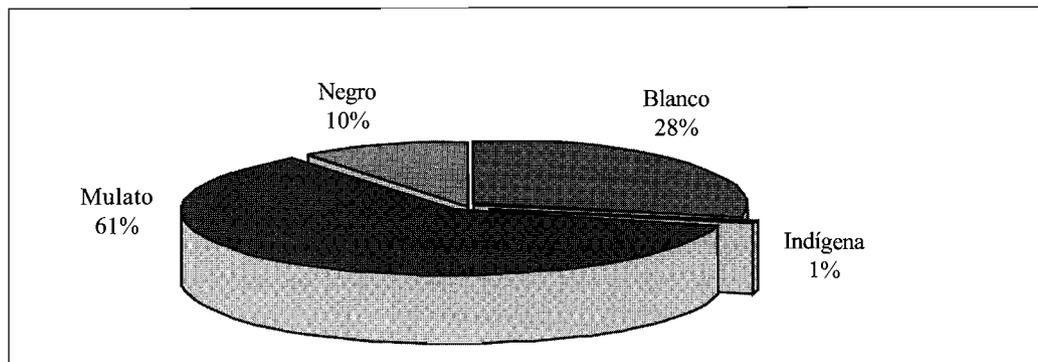
Gráfico N°11
ESCOLARIDAD



(ALFA: analfabeto, FI: primaria incompleta, FC primaria completa, MI: media incompleta, MC: media completa, SI: superior incompleta, SC: superior completa).

Más recientemente, hemos incluido la categoría raza-etnia en nuestros registros, para considerar la importancia nacional de esta discusión en el contexto de salud y políticas nacionales. Así, usando el criterio de la auto-clasificación, tenemos un registro de 61 % que se están clasifican como marrón medio (mulatos, pardos), el 28% que habían sido clasificados como blancos y 10% como negro. Y sólo un padre está clasificado como aborigen.

Gráfico N°12
RAZA/ETNIA



Éste es, entonces, el perfil de los padres jóvenes con los cuales hemos trabajado.

Y, una vez me preguntaron, basándose en nuestra experiencia, “¿cuáles serían los anhelos más comunes que enfrentan los adolescentes al saber que serán padres?” y yo contesté “Ellos se enfrentan con el mismo miedo que cualquier ‘Padre primerizo’, enfrenta, no importando la edad: el miedo a lo desconocido”. Puesto que es una nueva experiencia en la vida de estos hombres jóvenes, el miedo de no ser exitoso y la dificultad de ocuparse de una situación inesperada es muy, muy fuerte. Sin embargo, nos referimos a una experiencia múltiple y diversa. No existe un “formato único” de la experiencia que podríamos definir como “experiencia típica” de los padres adolescentes.

Aún existen aquellos que abandonan a la muchacha y no desean asumir el compromiso de ser padre. Sin embargo, existen otros que desean compartir con otros padres (más o menos experimentados) sus dudas y preguntas.

¿Y cuáles serían, entonces, los mejores resultados de nuestras acciones, en términos de impacto?

Bien, el mejor resultado del Programa PAPAI ha sido el convertir la paternidad en la adolescencia en algo VISIBLE. Hace cinco años, cuando nosotros comenzamos este trabajo, se hablaba poco (o casi nada) de la paternidad en la adolescencia. Hoy, felizmente, este tema comenzó a ser parte de la pauta de diversos medios (prensa, TV, etc.) y empezó a recibir la atención de organizaciones gubernamentales y no-gubernamentales. Estamos, poco a poco, rompiendo este verdadero “Muro del Silencio”.

Además de los trabajos dirigidos a los jóvenes, hemos activado diversos dispositivos legales, actuando en conjunto con organizaciones gubernamentales, a escala local y nacional, incentivando las reflexiones sobre el trabajo con los hombres jóvenes, basándose en una perspectiva de género, para que así sean incluidas en las agendas de políticas públicas de educación y salud.

Por otra parte, hemos desarrollado exitosas e importantes uniones con sociedades no-gubernamentales, procurando llevar nuestra experiencia hacia otros grupos, en otras ciudades y otros países. Una de estas sociedades, diría que la más productiva de ellas, ha sido el proyecto H (léase “agá”. En conjunto con ECOS (de São Paulo), Salud y Género (de México) y la excelente coordinación del instituto PROMUNDO, hemos producido

una serie cinco libretos temáticos y de un vídeo. En el libreto específico de la paternidad y cuidado, presentamos más reflexiones y nuestra experiencia.

En lo referente al ejercicio de la paternidad hemos llegado a la conclusión de que es necesario construir mensajes más positivos. Cuando hablamos de paternidad responsable por ejemplo, están asumiendo que la paternidad en sí, es irresponsable y que la dimensión de la responsabilidad es su único o principal eje. La paternidad no es obligación. Pertenece a la orden del deseo, la dinámica del derecho e implica compromisos.

Así, nos gustaría a invitar a todos y todas a unirse al Programa PAPAÍ en la campaña que lanzamos este año en Recife, en la semana del día de los padres. Esta campaña tiene como lema: “La paternidad es deseo, es derecho, es compromiso”.

Para concluir, quisiera decir que, hoy en día, cuidar a un hijo no es una tarea fácil, principalmente si consideramos las condiciones económicas por las que está pasando la mayoría de los países latinoamericanos. Por otra parte, no podemos negar que, aunque el concepto de la madurez es tan cuestionable y difícil de definir, algunos jóvenes (quizás la mayoría) no están preparados para cuidar un niño. Definitivamente, no consideramos que el embarazo y el ser madre o padre en la adolescencia sea la mejor opción para todos o cualquier adolescente. Sin embargo, el embarazo y la paternidad pueden brindar a algunos padres adolescentes beneficios emocionales substanciales, siempre y cuando podamos superar el enfoque de vigilia y castigo que condiciona nuestra percepción sobre la sexualidad de los adolescentes.

GRUPO Nº 4: VIOLENCIA JUVENIL Y DROGAS

PROYECTO “ADOLESCENCIA, MARGINALIDAD Y DROGAS”

Los adolescentes, la droga y la exclusión social

Fanny Pollarolo V.¹
CONACE, Chile

Los adolescentes de familias pobres o indigentes, que se encuentran desvinculados de los sistemas formales de educación y trabajo, que crecen en condiciones de adversidad y carencias y cuyos lazos familiares son débiles o inexistentes, constituyen una población de muy alta vulnerabilidad psicosocial, que muestra una marcada incidencia del consumo abusivo y la adicción a drogas.

Carencias familiares y sociales, grave déficit en la estructura de oportunidades que ofrece la sociedad, y un contexto falto de oportunidades de empleo y desarrollo personal, constituyen una realidad de exclusión y de experiencias reiteradas de fracaso y frustraciones, que los empuja a una socialización con sus pares, “en la calle”; y en torno a identidades contraculturales y trasgresoras, las que, por otra parte, se constituyen en auto sostén de la propia exclusión. Son adolescentes que van quedando al margen del desarrollo del país, formando parte de la “fractura social” que nos afecta. Son una población marginada y excluida, imposibilitada de aportar sus capacidades y que queda al margen del cumplimiento constitucional de doce años de estudios obligatorios.

Y no se trata de un grupo pequeño de chilenos, puesto que la CASEN 2000 los contabiliza en 254.000 personas, considerando todos quienes no estudian ni trabajan y tienen entre siete y diez y nueve años de edad.

Ahora bien, abordar con estos adolescentes la prevención o el tratamiento de la droga, exige necesariamente asumirlo como parte de una intervención mas global, que reconoce las condiciones generales en las que se desenvuelven sus vidas; y entiende que la especificidad de esta población esta dada por el hecho de que corresponde a un periodo etario marcado por las tensiones y tareas propias del desarrollo, de las cuales la construcción de identidad constituye una muy fundamental, la que, sin embargo, se realiza en las difíciles condiciones de marginalidad y exclusión ya descritas.

Por estas razones, al momento de definir un programa que tome en cuenta todos los elementos de especificidad de esta población, no bastará con que consideremos criterios como: integralidad, políticas proactivas, “trabajo de calle”, coordinación intersectorial y trabajo de redes. De igual manera, no será suficiente con ir pertrechados de los conceptos de “factores protectores” y “factores de riesgo”. Todo ello es útil e importante,

¹ Médica Psiquiatra. Encargada del Área de Marginalidad del Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes (CONACE), Chile.

pero será, sin duda, insuficiente, si el trabajo no es personalizado y el diseño de las políticas no está sustentado en los sentimientos, experiencias, anhelos, temores y dificultades, que surgen de las propias voces de estos adolescentes.

“Escuchar” los testimonios recogidos por quienes trabajan junto a ellos, o conocer los estudios cualitativos que se vienen realizando, puede ser la mejor de las brújulas al momento de diseñar políticas efectivamente promocionales y con perspectiva de derechos y de género.

Un primer aspecto que consideramos necesario analizar, es el que se refiere a la debilitada autoestima que experimentan estos niños/as y adolescentes.

Un interesante estudio sobre autoestima en adolescentes desescolarizados fue realizado recientemente en la Universidad de Concepción y consistió en comparar los resultados obtenidos en un grupo que habían desertado de la educación media, con los de un grupo, que permanecía escolarizado. Las diferencias fueron altamente significativas, puesto que en los desertores, un 54,4% de los casos mostró una autoestima baja o muy baja, mientras en los que permanecían en la escuela, el 54,2% de ellos mostró una autoestima alta o muy alta, y solo un 29% autoestima baja o muy baja.

Los datos recogidos en este estudio son concordantes con la impresión que es posible recoger de especialistas, así como de equipos de terreno que han acumulado gran experiencia y comprensión acerca de esta población; quienes concuerdan que la minusvalía y la marginalidad se encuentran en la base del sentimiento de sí mismo de estos adolescentes.

De igual manera, señales de esta desvalorización, así como del sentimiento de ser marginales y no contar con el adulto significativo que necesitan, aparecen en los contenidos de los discursos de los adolescentes desescolarizados que participaron en los grupos de discusión que constituyeron parte del estudio solicitado por CONACE, y que estaba destinado a formular orientaciones para un programa de prevención de drogas para esta población (Morales et al 2002). A través de numerosos testimonios, estos adolescentes hablan de huellas y experiencias que los han marcado, y dejan traslucir fuertes sentimientos de incapacidad y desesperanza.

Destacan las huellas que ha dejado la experiencia de sus años escolares; y que es vivida prácticamente en todos ellos como experiencias de fracaso personal. Se describen a sí mismos como flojos, asumiendo de este modo el discurso adulto, es decir, la calificación que maestros y familias han hecho de ellos, al desvalorizarlos como estudiantes y hacerlos responsables del mal rendimiento escolar. *“...repetí dos años ... por flojera ... mucha inasistencia, cimarra² ... se me hizo hobby andar en skatte”... “... siempre fui desordenado ... es como nacer desordenado”.*

Unido a lo anterior aparece la clara sensación de que ésta es una desventaja de tipo personal frente a otros, aquellos que son los capaces, los que valen como alumnos, los que serán exitosos. Frente a ellos surge, en ocasiones, dolorosos sentimientos de culpa y desesperanza. *“..al estudioso le va mejor que a uno ...” “a mi me gustaría harto querer estudiar ... de repente uno tiene que aceptar como es ... terrible de vago, andar robando en la vida ...” “cuando uno necesita el estudio ... ya es muy tarde...”.*

² Cimarra: Faltar a la escuela sin autorización.

Agreguemos a todo eso la experiencia del estigma, porque, unido a la desvalorización que hacen de ellos mismos, se encuentra el sentimiento de marginalidad, de ser dejado fuera de un mundo que los estigmatiza. La vida de la calle genera rechazo de los adultos del sector y los adolescentes se transforman, a ojos de estos vecinos, en jóvenes amenazantes, que molestan, o simplemente: “no sirven para nada”. *“te critican como andai, con los pantalones anchos ... con el pelo largo ... con aros ... No, este huevón es delincuente, anda robando”*; *“... que ya por estar en la esquina, que son ladrones, que son volados ... Eso es charcha³ ... que te pongan la chapa de ladrón”*.

Si pensamos en el papel que puede jugar el estigma en la construcción de identidad, resulta de interés lo que afirman algunos autores acerca de que los estigmatizados se apropian del estigma y lo visibilizan en actitudes, formas y conductas amenazantes. Sería la única manera de “hacerse visibles”; de “ser tomados en cuenta”; de tener existencia para los demás, intentando vencer, de este modo, la soledad y la exclusión.

Por otra parte, es posible reconocer lo que podría denominarse: el círculo de la exclusión. Los adolescentes permanecen distantes de las ofertas públicas destinadas a la juventud y no pertenecen ni se integran a los grupos organizados, a excepción de las pandillas y la contracultura que ellas representan, reafirmando, de este modo, la situación de exclusión a que han sido llevados.

LA CALLE Y LA IRA

Una pregunta que nos ha surgido y que hemos buscado ahondar desde sus comunicaciones, es acerca de cómo puede desarrollarse el proceso de individuación en condiciones de vida tan carenciadas, donde el sentimiento de seguridad básica y los vínculos primarios tuvieron tan pocas posibilidades de desarrollarse. Igualmente surge la pregunta acerca de cómo es posible cumplir la tarea etaria del desarrollo de la propia identidad, si los brutales cambios puberales los encuentra con imágenes tan desvalorizadas de sí mismos.

Nos parece que parte de la respuesta puede estar en la reflexión acerca de la calle, como ese espacio tan complejo y particular, que ha venido a reemplazar de manera casi completa a la familia y a la escuela. Porque la calle, para ellos y muchas de ellas, pasa a ser el espacio donde, junto al grupo de pares, se construye la propia identidad; es decir, se convierte en el lugar donde estos adolescentes deben realizar la principal y obligatoria tarea etaria. Allí está la amistad, el afecto, y para muchos de ellos, la nueva familia. Es, también, el lugar donde dejan de ser los fracasados, porque en la calle no están las exigencias escolares para las que no servían, sino otras muy distintas y en las cuales descubren tener mejores habilidades. La calle es el lugar donde no son forzados a cumplir normas y horarios para lo que nunca fueron preparados en sus hogares. La calle es donde la cultura de la violencia parece tener su lugar natural. Pero, queda también perfectamente claro, que lo que permite y también lo que exige este espacio urbano, no es para nada coincidente con las demandas culturales y las normas de una sociedad integrada. *“yo lo que hago en la tarde, me pongo a tomar copete ... estoy puro vacilando⁴ con*

³ *Charcha*: No vale nada.

⁴ *Vacilar*: pasarlo bien.

mis amigos. No queda otra ... si no hay pega⁵ ... ”; “despierto a las dos ... después salgo, me junto con mis amigos ... estoy toda la tarde así ... después llego a acostarme ... ”.

El tener que sobrevivir en ella, y el tratar de construir una identidad valorada con lo que allí y con su grupo de pares es posible hacer, hace esperable que aparezcan las conductas extremas y contestatarias. Porque son los comportamientos más asequibles para ellos; y los más coherentes con la vida que se les ofrece. Y porque es el actuar violento el que permite hacer coincidir tanto las oportunidades para construir identidad que ofrece ese mundo de la calle, con las exigencias para sobrevivir que también ese mundo les impone. *“En la población uno tiene que pelear al tiro⁶ ... si no pelea, después no hay respeto por uno ... ”; “salir a fumar ... andar peleando ... pitiarme los focos, ir a quebrar vidrios a la casa de los cuicos⁷ ... agarrarnos a puñetes⁸ ... ”; “para que voy a decirle ... a mí me gusta pelear ... y cuando peleo, me gusta ponerle bueno ”; “Se desahoga uno ... de los problemas que tiene en la cabeza ... se desahoga con los combitos ... ”.*

Es en ese modelo de poder sobre los otros, que es la oferta que hace la violencia, donde estos adolescentes logran encontrar una identidad que les da valor, al mismo tiempo que les otorga la necesaria protección. El “choro”, el mejor para machetear, aquel que sus éxitos en las raterías⁹ le permite ser el que dispone de dinero y paga la droga o el licor. Los “vivos”, los que consumen drogas y delinquen. Esas son las identidades valoradas, y en gran medida, necesarias. Hay situaciones en las que la violencia y la ira parece alcanzar niveles extremos. *“... el Director me corto el pelo ... me pego un machetazo¹⁰, así a la mala ... yo pesque las tijeras y le iba a pegar una puñalada ... porque me dio rabia ... me paso a llevar ... ”.*

En otros testimonios, entregados ahora por niños y adolescentes que viven las más duras formas de exclusión, la violencia y maltrato adquiere niveles estremecedores.

Niñas mujeres que deben sobrevivir en la violencia de la calle. Niñas que se prostituyen luego de una historia familiar de violencia y abuso. *“He tenido hartas peleas. Por eso casi me cortaron la cara. Pero nunca me han violado. Mi tío sí, cuando chica, pero en la calle nunca me han hecho nada”* (adolescente infractora de ley) (Skopus 2002).

¿Y LAS FAMILIAS?

Ahora bien, si nos preguntamos por el papel de la familia, no cabe duda que las experiencias de daño y abandono son mucho mayores en los niños y adolescentes de la más extrema marginalidad, aquellos llamados de la calle. La bibliografía y los expertos así lo indican: el maltrato y el abuso sexual, la desprotección e incluso la aceptación de la explotación sexual como ingreso económico, aparecen descritos entre las graves vulneraciones de derechos que sufren estos niños y niñas, y en las huellas de minusvalía y desvalorización que experimentan.

⁵ Pega: trabajo.

⁶ Al tiro: Inmediatamente.

⁷ Cuicos: Ricos.

⁸ Puñetes: Golpes de puño.

⁹ Rateria: Robos pequeños.

¹⁰ Machetazo: Golpe.

Una institución que trabaja con adolescentes abusados o en comercio sexual, entrega testimonios de vida que muestran grave maltrato¹¹. *“Mi padrastro violó a mi hermana y quiso hacer lo mismo conmigo. Mi mamá nunca nos creyó”; “Teníamos que salir a pedir ..., porque no había para comer”; “Yo me iba a la calle y volvía con plata. Ahí se arreglaba la cosa”*.

Es la violencia de la miseria. La que al decir de muchos que trabajan en estas realidades de carencia y exclusión, son familias a las que “no es posible pedirles que cumplan con los roles tradicionales de vínculo, normas y capacidad de establecer cierta disciplina ..., porque se trata de las limitaciones brutales que la pobreza plantea”. Son las situaciones más extremas y más dramáticas, que, sin embargo, no deben hacer perder de vista la existencia de tantas otras familias que, a través de una notable capacidad de resiliencia, logran sobreponerse a la adversidad.

Estas familias, mucho más integradas, corresponden a lo observado en muchas de las familias de los adolescentes desescolarizados de los grupos de discusión, a que nos hemos referido. En ellos y ellas, la imagen de las familias no aparece tan deteriorada, y los daños provocados representan más bien lo que podría llamarse un dejar hacer; un cierto tipo de abandono emocional o de impotencia que, en definitiva es no hacerse responsable por el futuro de ese hijo. Lo que termina siendo, inevitablemente, otra forma de manifestarse la desvalorización de él y sus capacidades. *“... en mi casa me aburro ... ellos trabajan todo el día y no me pescan¹² mucho ...”; “... a mí me echan pa’ afuera ... pa’ la calle ... lo paso mejor afuera ...”; “... mi papá me dijo ... si no querí estudiar no estudiái, pa’ que gastar plata ...”*.

LOS OTROS ADULTOS

El adulto hostil juega sin duda un decisivo papel en los sentimientos de minusvalía que experimentan estos adolescentes. Como viéramos anteriormente, cuando se trata de experiencias escolares, es decir, provenientes de quienes fuera sus maestros, las descalificaciones tienden a ser asumidas como tales e internalizadas. Sin embargo, al mismo tiempo formulan claras y fuertes expresiones de crítica y reclamo hacia una manera de ser maestros que ellos rechazan. *“... hay profes que a veces uno no aprende y no te enseñan ... dicen ¿pero cómo no vai a aprender? ... pero cómo ... ¿tenís tantos años y no te sabís las tablas?; “... profes que tratan de herir los sentimientos ... dicen: no tenís ni pa’ caerte muerto, no tenís ni pa’ comer ... no tenís que ser algo en la vida ...”*.

Son los adultos descalificadores, desvalorizadores, y también los que reafirman el estigma, cuestión que ocurre especialmente con la autoridad policial, hacia quien muestran un fuerte resentimiento. *“... porque no tenís carnet, vamos pa’ adentro ... por hablar nomás, pa’ adentro ... ya ... vos soy feo, ven pa’ acá ... pa’ adentro”; “uno no puede estar en la esquina tranquilo ..., porque de repente viene la yuta¹³ ... el carnet ... y si uno tiene los papeles sucios ... ‘a ver ... la computadora ... vos tay fichao ... tay’ negro ...’, te*

¹¹ Corporación Raíces.

¹² Pescar: Tomar en cuenta.

¹³ Yuta: Policía.

sacan la chucha¹⁴, te llevan al furgón ..., pa' dentro ... Y a quién le vai a reclamar ... ellos son la autoridad ...”.

Pero en el recuerdo está también el buen maestro; aquel adulto significativo que les hizo experimentar un vínculo de afecto y de interés por sus vidas. Y valoran mucho esas experiencias, y lo que significó de guía y orientación. Es la expresión del anhelo de contar con una autoridad cariñosa, que los confronte a sus errores pero respetándolos en su dignidad, y que les otorgue estructura y normas a sus vidas y les permita experimentarse como seres valiosos y significativos para otros. “... *la sinceridad ... que de repente querían lo mejor para uno ... yo sentía que querían lo mejor ... por eso nos paqueaban¹⁵ ... Hay profes que te reprimen, pero te aconsejan ... y uno siente como que son cercanos ... aún que uno no lo diga por orgullo ..., pero es así ...*”.

Al recordar con afecto a un profesor, dicen: “... *como que te enfrentaba ... ‘¿a qué vai a la escuela’ ... te decía y te enfrentaba ..., pero te sacaba de la sala ... no delante de todos ... te decía lo bueno y lo malo ... de frente ...*”.

En todo lo que dicen se expresa un anhelo profundo de vínculo significativo y nutricio. Quizás sintiendo que de haberlo tenido, probablemente habría sido posible que se reparara la autoexclusión: “... *la oportunidad a veces uno la tiene ..., pero no la sabe aprovechar, porque todavía uno es joven ... le falta alguien ...*”; “... *que los profes se acerquen más a los alumnos ... no tanto escribir ... que conversemos ... más comunicación ...*”.

ALGO SOBRE LA DROGA

La droga forma parte de sus vidas. El consumo de drogas mas que triplica el del mismo grupo etario que permanece en el sistema escolar; siendo aun mucho mas elevado en aquellos adolescentes que ya han establecido conductas trasgresoras que los coloca en conflicto con la justicia (Skopus 2002).

El mayor consumo es el de la pasta base. Y también los inhalantes. Se le reconoce como drogas muy dañinas, que los lleva a ser los angustiados; los que dependen de la droga; los que han perdido el control. Ellas aparecen como vehículo compensatorio de un malestar de vida (hambre, frío, soledad, debilidad). Malestar que para algunos estudiosos corresponde al sentimiento de “fragilidad”, producido por la falta de certezas, respaldo y predictibilidad que se experimenta respecto a la propia vida. La marihuana, en cambio, no es percibida como droga y se la mira con benevolencia.

El efecto de la pasta base genera la ilusión de fortaleza. Relatan una experiencia de estar “duros”, de “criar corazón”. La compensación estaría en la posibilidad de acorazarse física y emocionalmente ante la realidad dolorosa que viven, experimentando un aumento de la temeridad y facilitando la sobrevida en la calle.

Los solventes volátiles calman el frío, anestesian el hambre. Los daños de estas drogas duras son enormes, tanto por su potencial adictivo, y los daños neurológicos que provocan, como porque potencian los rasgos de impulsividad, inmediatez y violencia

¹⁴ *Sacar la chucha:* Golpear fuerte.

¹⁵ *Paco:* Policía.

tan característicos de estos niños, niñas y adolescentes, y que puede llevar a conductas delictivas de mayor gravedad.

Reconocen estos riesgos (“la droga puede matarme”) pero no pueden prescindir de ella, y del mundo que la droga les provee, puesto que tampoco cuentan con recursos propios para el cambio.

Realizar este análisis del “para qué” de la droga permite, así mismo, encontrar pistas sobre los sentimientos de marginalidad y minusvalía que estos adolescentes experimentan. También aquí, como en otros testimonios entregados por ellos, junto a las carencias y la baja autoestima aparece la ira, el enojo contra un mundo que los rechaza y los estigmatiza. Ira y tensión que de algún modo, en este caso con la droga, necesitan calmar. *“como que te desafía la droga ... como que le estoy llevando la contraria a la gente. Sé que esta mal ..., pero fue así no más ... y sigue siendo así ...”*; *“de repente fumai ... te sentís relajado, como que no estai ni ahí con nadie ... te relajai ..., con la marihuana anda riéndose ... anda alegre ...”*; *“... te olvidai por un rato ... pa’ pasarlo bien un rato ...”*; *“yo fumo pa’ olvidar ... Bacán¹⁶ estar volado ... se olvida de la rabia de uno ...”*.

LA MIRADA DE GÉNERO

En el relato de los adolescentes varones, las mujeres que se incorporan a los grupos de calle son descritas como “astutas” y “rebeldes”, capaces de relacionarse “de igual a igual” con sus compañeros. Ellos las ven osadas, menos manipulables, y por lo tanto menos sumisas, percibiendo un cambio en relación a las vivencias que les dejaron sus madres y abuelas. Ellas, por su parte, se perciben a sí mismas como mujeres más autosuficientes, intentando no repetir la historia materna; haciéndose más claras las ambiciones materiales, con el fin de no depender de los hombres. En este sentido, los varones ven en ellas un “potencial” de trabajo y oportunidades más asociado a actividades de carácter sexual (cabaret, prostitución). *“Aparte esta tan mala la situación, que casi nadie trabaja, o sea hay más pega para las mujeres, más pega en esas cosas. Esas cosas malas ...”*.

El tema de la maternidad es también un elemento que cruza la vida y preocupaciones de estas adolescentes, y en muchas de ellas es posible que juegue el papel de la identidad valorada que se necesita construir. Especialistas sobre el tema han manifestado que el embarazo en las adolescentes aparece muy ligado a las necesidades de afecto, pero es posible que signifique también, un camino de valoración que repare autoestimas que se encuentran tan dañadas. En expresiones que fueron recogidas en los grupos, aparecen sentimientos muy fuertes ligados a la maternidad y a su rol. *“... de repente me acuerdo que pensaba en mi hijo ... me acordaba de mi hijo y dejaba de consumir”*; *“nunca dejé de pensar en mi hijo ... Siempre pensando en él ...”*; *“... yo fumé marihuana hasta los dos meses de embarazo, ... tomaba copete¹⁷ ... todo, y después, cuando me iba creciendo la guata ...”*.

¹⁶ Bacán: Bueno, agradable.

¹⁷ Tomar un copete: Beber bebida alcohólica.

LOS ANHELOS

Y en medio de estas dificultades para construir una identidad valorada, en nuestros adolescentes desescolarizados, se manifiesta un deseo de otra posibilidad de vida, de otra posibilidad de ser. Resulta esperanzador escucharlos expresar aspiraciones de construir una identidad que tenga valor, pero no ya en la habilidad para pelear, o delinquir, sino que relacionándose más bien con el estudio, y con lo que alguno de ellos llamo: “la buena vida”, ligado a hijos y familia. Con relación a todo esto, ellos y ellas dijeron: “... estudiar para ser una persona ..., porque ahora si no tenis estudio, no soy nadie ...”; “por eso quiero cambiar ... y tirar pa’ arriba, porque si no cambio voy a seguir en este hoyo ... Quiero salirme de este hoyo ... tirar pa’ arriba ...”.

Y también demandaron ayuda. Quieren y no cabe duda que pueden hacerlo, pero no solos. Necesitan ayuda. Y formularon, por eso, una fuerte demanda: “... Yo quiero que lo que hemos conversado aquí no sea en vano ...”; “...No sé ... ojalá esta conversación sea escuchada ... para igual ser algo en la vida ...”.

Bibliografía

- Morales, P.; M. Valencia y M. Insunza (2002) “Diagnóstico para la formulación de un programa de prevención del consumo de drogas, dirigido a adolescentes desertores del sistema escolar”. CONACE, Chile.
- Skopus Ltda (2002) “La representación social del consumo de drogas en la población de menores pertenecientes al SENAME”. Informe ejecutivo. Santiago, Chile.

GRUPO N° 5: EDUCACIÓN, LA ESCUELA

PROYECTO CULTURA DE LAS PAZ Y ESCUELAS

El papel de la escuela en la construcción de identidades de género

María Luisa Jáuregui¹
UNESCO, Oficina Regional

La educación comienza en el hogar. Es allí donde las niñas y niños aprenden lo que es “ser mujer” o “ser hombre” en la sociedad a la cual pertenecen. Cuando la niña o el niño llegan a la escuela, ya llevan consigo una idea bastante arraigada sobre su identidad de género, así como el íntimo o implícito conocimiento de los roles que deben jugar en la sociedad por ser mujeres o varones.

Esto lo han asimilado y lo han aprendido observando a sus padres, a sus hermanos o familiares cercanos o amigos de la familia. Además han sido corregidos muchas veces por sus progenitores cuando no han actuado de “manera conforme” a su papel de mujer o varón. Cada uno de nosotros guarda recuerdos de estas amonestaciones o en el peor de los casos, de los castigos recibidos por haber transgredido o por no haber actuado de manera conforme a su sexo.

Si bien la idea es hablar del papel de la escuela en la construcción de identidades de género, no quería dejar de mencionar el “aprendizaje” de los roles que nos tocan a cada uno de nosotros, según nuestro sexo, que se inicia desde el nacimiento, es decir, fuera de la escuela.

En el mismo sentido, es tan importante el trabajo que realizamos con los padres, ya sea en las Escuelas de Padres, ya sea en charlas informales o en otros encuentros en donde las escuelas pueden y deben jugar un papel preponderante.

La escuela entonces es el lugar donde los roles aprendidos se van a afianzar. Es el lugar donde el aprendizaje que se inició en el hogar se reafirma con la socialización. Aquella niña o niño que había vivido en el círculo cerrado de su familia se abre ahora a otras niñas y niños y debe entonces asegurarse un lugar en esta nueva comunidad humana.

Esto no ocurre sin conflictos y por ello es importante reconocer que la socialización es, en cierto modo, una “negociación permanente”, para situarse acuerdo a la aceptación del grupo de pares. Lamentablemente no todos aprendemos en la familia cómo hacer una “buena negociación” y es así que la escuela se convierte en una nueva oportunidad para lograrlo.

La falta de destrezas para esta “negociación” se traduce en comportamientos violentos, ya que allí las relaciones de poder se convierten en esenciales para balancear los comportamientos de unos y otros.

¹ Punto Focal de Género. Especialista Regional en Educación para la Paz, UNESCO.

El tema de la negociación de conflictos es de fecha reciente relativamente. A su vez, al observar la historia de la educación constatamos que el tema de las relaciones democráticas en el aula es un tema muy reciente. En efecto, todos sabemos que las relaciones autoritarias han sido y siguen siendo las que prevalecen, tanto en el aula, como en la escuela, como en la comunidad, como en nuestras familias.

Por los roles aprendidos desde nuestra más tierna infancia y en nuestras sociedades sabemos que los varones llevan el sello de este autoritarismo y que en su socialización en la escuela lo traducen en comportamientos violentos.

¿Qué se puede hacer desde la escuela para modificar estos comportamientos violentos, tanto de niñas como de los niños y en particular de los adolescentes varones?

La UNESCO ha estado trabajando en estos temas desde hace muchos años, pero en esta oportunidad me referiré a dos actividades que estuvieron a mi cargo y que cubrieron varios países de la región.

Estas actividades surgieron luego de que la UNESCO realizara un estudio en varios países de la región para conocer los logros en el aprendizaje de los niños de tercero y cuarto grado de la educación básica, en el cual se destacó que uno de los factores asociados que más incidían en el aprendizaje era el “clima escolar”. Es decir, que si el clima era armonioso, los niños aprendían más, que de lo contrario.

La primera actividad fue un concurso realizado en el año 2000, Año Internacional de la Cultura de la Paz, en que se invitó a escuelas pertenecientes a la Red de Escuelas Asociadas a la UNESCO en cinco países (Colombia, el Salvador, México, República Dominicana y Uruguay), a identificar programas o proyectos en sus escuelas que buscaran promover una cultura de la paz en sus escuelas. Lo interesante es que los programas seleccionados tenían lugar dentro y fuera de la escuela, pero sus resultados afectaban al trabajo en las escuelas.

En República Dominicana se destacó un “Proyecto de Formación de Jóvenes Líderes por la Paz”, que se realizaba desde la Secretaría de Estado de Educación y Cultura, con jóvenes –mujeres y hombres– escogidos por distintas escuelas en el país, que recibían entrenamiento especial para formarlos de tal manera que pudieran identificar la violencia en todas sus formas y ámbitos y formarlos para que puedan actuar de forma efectiva para detenerla a través de mecanismos pacíficos de resolución de conflictos.

En El Salvador se destacó un “Programa de Prevención y Disminución de la Violencia Estudiantil en El Salvador”, realizado mediante una alianza estratégica entre el Ministerio de Educación y tres grupos estudiantiles de los Liceos más violentos del país. Los grupos se llamaban INTI, INFRAMEN y ENCO y se convirtieron en INTIFRAMENCOS. Se trabajó mediante talleres y se invitó a participar a sus padres, por un lado para fortalecer su liderazgo y por otro para facilitar la comunicación y el papel de la familia en la prevención de la violencia estudiantil.

En Colombia se destacó el “Proyecto Educativo del Colegio Distrital Rodrigo Lara Bonilla de Educación Básica y Media”, que buscaba incrementar y desarrollar la autoestima de los miembros de la comunidad mediante la participación activa y democrática para transformar al estudiante en sujeto activo de su propia historia. Se tomaron en cuenta aspectos estéticos, científicos, deportivos, lúdicos, etc.. Se identificaron y promovieron valores como el respeto, la equidad, la responsabilidad, la solidaridad, la justicia, la colaboración, la tolerancia y la autoestima.

En México se seleccionó al “Programa de la Escuela Secundaria Técnica N. 12” en Aguascalientes, cuyo énfasis estaba en la internalización, por parte de los alumnos y docentes, de los valores contenidos en la Carta de Derechos Humanos, como parte de su vida diaria. Se realizaron talleres con todo el personal de la escuela –incluso el administrativo– y se fueron evaluando las temáticas propuestas cada dos meses, para fomentar un acercamiento entre la comunidad educativa y sus padres.

En el Uruguay se escogió el programa “Crecer con Amor” de la Escuela No. 1 Artigas en la ciudad de Minas en Lavalleja. Este programa promueve una educación basada en la tolerancia y el respeto a los demás, utiliza la evaluación del impacto que tiene cada maestro como modelo a ser imitado por sus alumnos. Se enseñan técnicas de resolución pacífica de los conflictos y se valora la diversidad cultural.

Los principales aprendizajes de estas experiencias fueron las siguientes:

- El trabajo en las escuelas para contrarrestar la violencia es promovida tanto por los ministerios de educación como por otras instituciones como Consejería Presidencial para la Defensa y Promoción de los derechos Humanos o la Comisión para la Reforma y Modernización del Estado.
- Todos los programas trabajan con el trinomio alumnos, docentes y padres de familia, extendiéndose algunas veces a la comunidad más cercana.
- La mayoría se abren a otros horarios fuera del tiempo escolar e introducen aspectos culturales para promover la expresión artística y fomentar sentimientos positivos de paz.
- En todos los casos se trabaja la autoestima y el desarrollo del espíritu crítico.
- También se busca el efecto multiplicador, ya sea a través de la formación de cuadros (líderes juveniles), ya sea a través del trabajo con organizaciones juveniles de los mismos liceos donde se quiere trabajar.
- El trabajo con los padres busca alcanzar ambientes armónicos y de convivencia pacífica en la escuela y en el hogar.

En diciembre de 2002, la UNESCO realizó un Encuentro Regional sobre Equidad de Género y Educación que tuvo lugar en Santiago de Chile con la participación de los representantes de los ganadores del concurso y con ejemplos de otras escuelas en Argentina, Brasil y Chile.

También se contó con tres documentos elaborados por la Licenciada Gloria Bonder de FLACSO Argentina, por el Sociólogo José Olavarría de FLACSO Chile y por el Profesor Dr. R. Connell, de la Universidad de Sidney en Australia.

Gloria Bonder se refirió al tema de género y educación con ejemplos de la Argentina y haciendo recomendaciones concretas en cuanto a la necesidad de abordar el tema de género en los programas de capacitación docente. También se refirió a la violencia simbólica y real y a la discriminación.

José Olavarría se concentró en la crisis de identidad en que están submergidados los hombres en la época actual y cómo esta crisis afecta a los adolescentes ya que produce desorientación y los obliga a reafirmar su condición masculina, muchas veces de forma muy violenta física y psicológicamente. Esta situación se refleja en todos los aspectos de la vida de los jóvenes incluyendo la escuela.

El Profesor Connell se refirió a la investigación que se está realizando sobre masculinidad y estrategias de género para las escuelas, en donde se da mucha importancia a los

comportamientos de los adolescentes varones y se realizan talleres especiales para encarar la violencia en su vida diaria.

En el caso del Brasil se presentó la experiencia de las “Escolas do Paz”, que está siendo impulsada por la Oficina de la UNESCO en Brasil y que se lleva a cabo en escuelas públicas y liceos que abren sus puertas los fines de semana y se convierten en verdaderos centros culturales comunitarios donde participa toda la familia.

En Chile se presentaron distintas experiencias, una de ellas es el “Programa de Niños Mediadores” de la Escuela Valle de Lluta en San Bernardo, por el cual se fomenta la mediación entre pares, es decir que los niños y niñas se convierten en “mediadores de conflictos” siguiendo un entrenamiento especial.

En el Encuentro Regional se hicieron recomendaciones en tres áreas:

- Para la reducción de diferencias educativas desde una perspectiva de género.
- Para mejorar el clima escolar desde el currículo y desde las prácticas docentes.
- Para construir una cultura de la paz desde las relaciones de hombres y mujeres.

En las recomendaciones se introdujo nuevamente la idea de trabajar con los alumnos y alumnas, con las familias y con los docentes, facilitando encuentros y discusiones sobre estas temáticas. Se sugirió mejorar de las comunicaciones entre la escuela y la familia para mejorar el clima escolar y dar respuesta creativa a los conflictos.

Se recomendó una mayor atención al cuerpo y a las necesidades emocionales de los alumnos y alumnas en el aula. Se recomendó que las escuelas dedicaran más atención a la autoestima de los alumnos, utilizando metodologías socio-afectivas y de educación corporal.

Con respecto a los docentes se sugirió que la formación docente haga visible las discriminaciones de género en lo que respecta las actitudes, comportamientos y lenguaje no sexista.

También se sugirió que los directores de escuela se interesen por la temática, así como en el currículum y en la evaluación. Se recomendó así mismo la creación de redes de intercambio con otras escuelas, ONGs y universidades, de procesos encaminados a mejorar el clima escolar o para tratar asuntos relacionados con la educación, salud y ocupacionales.

Se recomendó la necesidad de respetar la diversidad, mejorar la tolerancia, la justicia y no violencia, trabajar la resolución pacífica de conflictos y el desarrollo de la resiliencia. Asimismo, se sugirió considerar el humor, el optimismo, los juegos y otros temas afines.

Finalmente se sugirió desarrollar en los niños y niñas una visión crítica de la realidad para facilitar su interpretación de los mensajes transmitidos por los medios de comunicación, para que sean conscientes de los procesos de globalización y de incertidumbre en la que vivimos.

La idea de este trabajo es intercambiar experiencias y conocimientos sobre los temas antes mencionados. Sus intervenciones van a tratar temas relativos a las identidades masculinas adolescentes y a los retos que éstas suponen para el logro de la equidad de género.

Esto es una breve síntesis de los trabajos que hemos realizado en la región para facilitar el intercambio de ideas, pero necesitamos avanzar, ir más allá, buscar elementos que nos permitan ver el tema de la identidad masculina por un lado, su relación con

la violencia y la educación en la escuela por otro y finalmente buscar elaborar propuestas y recomendaciones que nos permitan elaborar acciones e intervenciones para plasmarlas en políticas públicas.

Además debemos encarar nuestras propuestas en el marco de la construcción de derechos y del ejercicio de la ciudadanía, por parte de las y los adolescentes. Es decir, que no sólo nos importa que sean mejores alumnos y aprendan mejor, si no que también se forjen sus personalidades que les permitan ser mejores ciudadanos.

GRUPO Nº 6: DERECHOS Y CIUDADANÍA

PROYECTO ADOLESCENCIAS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE. ORIENTACIONES PARA LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS.

Adolescencia y derechos humanos aportes para la formulación de políticas públicas en América Latina¹

Eleonor Faur²
UNICEF, Buenos Aires

INTRODUCCIÓN

Este trabajo busca hacer visible el aporte del paradigma de derechos humanos para la definición de políticas públicas que fortalezcan la ciudadanía de adolescentes varones y mujeres. Para ello, se inicia con una sintética presentación del marco de derechos humanos y su especificación en términos de género y ciclo vital. Posteriormente, se identifican algunos problemas y situaciones que atraviesan los y las adolescentes latinoamericanos y que se relacionan especialmente con su inscripción de género. Finalmente, se presentan los lineamientos que forman parte de las orientaciones de UNICEF para la formulación de políticas públicas para la adolescencia en América latina y el Caribe y se mencionan algunos desafíos pendientes para consolidar políticas que contribuyan al pleno ejercicio de los derechos humanos de los y las adolescentes.

I. LOS DERECHOS HUMANOS COMO MARCO PARA LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Cuando una sociedad ratifica las convenciones internacionales de derechos humanos se compromete a adoptar un marco ético para la regulación de relaciones sociales y el respeto a la dignidad humana. El compromiso básico lo asume el Estado y sus desafíos operativos suponen tanto adecuaciones en el cuerpo de la legislación como diseño y ejecución de políticas públicas –incluyendo planes y programas sociales–. A partir de la firma y ratificación de la Convención sobre los Derechos del Niño (CDN 1989), las políticas dirigidas a la adolescencia enfrentan un nuevo reto: proteger los derechos de esta población sin ningún tipo de discriminación.

Ahora bien, pensar a los adolescentes como titulares de derechos humanos no hubiera sido posible de no haberse atravesado un proceso previo de definición de un marco

¹ Varios puntos de este artículo se basan en Faur, E. (2002) “¿Escrito en el cuerpo? Género y derechos humanos en la adolescencia” (en prensa). Pese a que incluyo referencias a textos institucionales, las opiniones expresadas no representan necesariamente a las de UNICEF.

² Socióloga. Especialista en Género y Desarrollo. Coordinadora Área de Mujer y Equidad de Género en UNICEF, Argentina.

jurídico internacional para la protección de los derechos humanos. Es sabido que la Declaración Universal de Derechos Humanos (DUDH), de 1948, fue el primer tratado de aplicación internacional aprobado por las Naciones Unidas. En palabras de Norberto Bobbio: “*los derechos enumerados en esta declaración no son los únicos ni posibles derechos humanos: son los derechos del hombre histórico tal y como se configuraba en la mente de los redactores de la Declaración después de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial*” (Bobbio 1991:71). Así, esta Declaración recuperó parte de los documentos de derechos que la precedieron y les imprimió por primera vez el signo de *universalidad*³.

Hasta allí, ni los adolescentes ni las mujeres parecían formar parte de las “mentes de quienes redactaron la Declaración Universal”. Sin embargo, el principio de universalidad indicó que todas las personas tienen los mismos requerimientos básicos para una vida digna y, por tanto, deben tener iguales oportunidades para su satisfacción.

Afirmar que los derechos eran iguales para todos no significaba que las personas fueran idénticas entre sí ni que tuvieran las mismas condiciones de desarrollo social y personal. Tampoco suponía que estuvieran dadas las posibilidades de ejercer estos derechos en igual medida para todos. Ni siquiera ocultaba que existían barreras que hacían que algunos grupos encontraran mayores obstáculos que otros para satisfacerlos. Precisamente, o más bien *justamente*, la idea de igualdad remitía a la necesidad de equiparar las diferencias entre las personas y sus circunstancias bajo un parámetro de dignidad *mínima* que fuera común para todos. Permitía ver y cuestionar la existencia de desigualdades en el ejercicio de derechos como parte de un proceso producido social e históricamente y, por tanto, invitaba a identificar oportunidades y herramientas para la equiparación del goce de estos derechos.

Posteriormente, el análisis continuo acerca de las vulneraciones o violaciones de derechos en distintos grupos poblacionales y contextos socio-políticos, así como la ampliación de la conciencia social sobre cuáles son los requerimientos mínimos para la dignidad humana, contribuyeron a producir formulaciones cada vez más precisas al *corpus* de los derechos que se consideran humanos.

II. ESPECIFICACIÓN DE DERECHOS SEGÚN GÉNERO Y CICLO VITAL

A partir de la firma de la DUDH, se desató un importante proceso de especificación de derechos humanos y de mecanismos de protección regionales e internacionales. En 1979, y en plena ebullición del movimiento feminista, las Naciones Unidas aprobaron la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer –conocida como CEDAW por su sigla en inglés–. Esta Convención puede leer-

³ Fueron sus antecedentes más importantes la Declaración de la Independencia norteamericana de 1776 y la Declaración sobre los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, redactada en Francia. En esta última, la idea de “hombre” se restringía literalmente a personas de sexo masculino, que además debían ser propietarios de tierras. Ni los hombres pobres, ni las mujeres, ni los niños estaban incluidos en el universo de los titulares de derechos. Aún cuando se había dado un primer paso en la noción de derechos civiles y políticos, la misma era todavía muy restringida.

se como una efectiva ampliación de la Declaración de 1948, en tanto buscó orientar disposiciones para alcanzar la igualdad entre los hombres y las mujeres en distintas esferas. Sus postulados se centraron en áreas como la salud, la educación, la justicia, el trabajo y la participación política, especificando las medidas necesarias para eliminar la discriminación basada en el género⁴. Producto del importante avance académico y político que cuestionó las diferencias de género en la sociedad, esta Convención implícitamente reconoció tanto la especificidad del cuerpo de las mujeres (en tanto otorgó status vinculante a la atención de su función reproductiva), como las desigualdades producidas por pautas culturales que imprimen a las instituciones sociales con imágenes estereotipadas y jerárquicas, y que filtran los sistemas escolar, sanitario, laboral, judicial, familiar y político. La importancia de la CEDAW consiste en que, al firmarla, los Estados Parte asumen como *injusticia* la existencia de muchas de las disparidades de género, y se comprometen a otorgar un trato igualitario para hombres y mujeres, a sancionar cualquier tipo de práctica que perpetúe esta desigualdad y a promover medidas transitorias de “acción afirmativa” para su transformación. Vale decir que la CEDAW no ha sido una convención sobre *las mujeres* sino que ha orientado transformaciones de las relaciones sociales y familiares de hombres y mujeres a través de un enfoque amplio (UNICEF 2000).

En relación con la adolescencia, alguno de los debates corrientes era si la CEDAW se refería exclusivamente a la población adulta o si también incluía a niñas y adolescentes. Al igual que la DUDH, las niñas aparecen claramente en esta Convención cuando se señalan referencias a su educación⁵, pero en otras áreas (como la salud) fue el Comité encargado de la veeduría de la CEDAW, quien ha finalmente indicado en una de sus recomendaciones que “el término mujeres incluye a niñas y adolescentes”⁶, superando el viejo dilema.

Años más tarde, con la firma y ratificación de la Convención sobre Derechos del Niño (CDN, 1989), los adolescentes de ambos sexos son reconocidos explícitamente como titulares de derechos humanos, y con ello, son también incluidos en parámetros de dignidad universales.

El enfoque de derechos imprime a la política destinada a la niñez y la adolescencia el desafío de universalidad. Exige por tanto superar la visión reducida que localiza su accionar en los niños, niñas o adolescentes “problema” para ampliarla hacia el fortalecimiento de la plena ciudadanía de *todos y todas*.

Según Emilio García Méndez (1998), históricamente, la infancia y la adolescencia fueron reconocidas como etapas de *necesidades* particulares, pero la visión que este grupo de población tenía además, y sobre todo, *derechos* exigibles fue una de las grandes novedades inauguradas por la CDN. La diferencia central entre las aproximaciones

⁴ El tema de la violencia contra las mujeres no fue incluido en la CEDAW, pero fue retomado en una convención más reciente que es la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (conocida como Convención de Belem do Pará de 1994).

⁵ Estas referencias son tan específicas como para sostener que la educación debe eliminar cualquier tipo de parámetro estereotipado acerca de hombres y mujeres, promover la participación igualitaria en actividades físicas y brindar información sobre planificación familiar (CEDAW, Art. 10).

⁶ Me refiero a la Recomendación General Número 24 del Comité sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, citada en: Consejo Nacional de la Mujer (2001).

caritativas basadas en las necesidades y el enfoque de protección integral de derechos consiste en que este último, requiere de la creación de mecanismos jurídicos e institucionales que garanticen su cumplimiento y por tanto, *empodera a la población para su exigibilidad*.

Este hito representa un importante avance en el tratamiento jurídico de la infancia y la adolescencia, entre otras cosas, por inaugurar el reconocimiento de quienes atraviesan etapas tempranas del ciclo vital como sujetos con derecho a opinar y ser oídos en todas las esferas que transitan (incluso las jurídico-administrativas), y a buscar y difundir informaciones e ideas por sí mismos (CDN, Arts. 12 y 13). Es decir, que a partir de esta Convención la cuestión de la *participación adolescente* pasa a ser un tema central.

Otra de las novedades que surgen de esta Convención es la noción de “*interés superior de la infancia*” (Art. 3), que induce a que todas las medidas que tomen las instituciones públicas o privadas deben atender *primordialmente* el interés de la niñez y la adolescencia⁷. Amén de sus notables aportes, la CDN no incorpora en su texto señales acerca de la diferencia sexual entre mujeres y varones. Tampoco interpela las relaciones sociales de género, ni la discriminación existente en la simbolización de esta diferencia. Obviamente, no fue objeto de esta Convención hacerlo, aún cuando su orientación universalista es explícita al referir en su segundo artículo que todos los derechos enunciados deberán ser respetados sin ningún tipo de distinción. Podría, por ende, considerarse una convención *neutral* en términos de género. Y por lo tanto, plausible de ser articulada con la CEDAW para alcanzar una más amplia comprensión de los derechos de los seres humanos en las primeras etapas de su ciclo vital.

Así, vemos que existen instrumentos jurídicos que especifican los derechos de ciertas poblaciones definidas en función de su edad o de su género. Dichos instrumentos refuerzan el principio de universalidad de los derechos humanos, pero lo hacen a partir de poner en evidencia que existen particularidades que es necesario atender para la búsqueda de la plena dignidad humana y, desde este punto de vista, encierran un supuesto común sobre la necesidad de construir condiciones para alcanzar la igualdad entre distintos sujetos de derecho.

No sin razón, podrá sostenerse que la noción de igualdad es un horizonte imposible de ser alcanzado (Butler 1999), pero la tarea del movimiento de derechos humanos —la tarea *política*—, consiste en su búsqueda, en su promoción, la no que debería interpretarse como una tendencia hacia la homogeneización de los seres humanos sino como una aceptación y “*proliferación de las diferencias*” (en palabras de Laclau 1999) bajo un común denominador de respeto por sus derechos. Vale decir, que las nociones de igualdad y diferencia no son incompatibles, sino que “*en el campo político la igualdad es un tipo de discurso que intenta manejar las diferencias; es una manera de organizarlas*” (Laclau 1999).

Ahora bien, sintéticamente, la CEDAW y la CDN ofrecen el piso normativo internacional con el que contamos para identificar los derechos de los adolescentes de ambos

⁷ Autoras como Nelly Minyersky (2002) han llamado la atención sobre la necesidad de prescribir una interpretación garantista a este principio, basada en el cumplimiento del conjunto de derechos de los niños/as y adolescentes tanto en el ámbito público como en el privado.

sexos y de las mujeres. Pero lo que encontramos en la realidad son sujetos que participan de, al menos, estas dos características a la vez en algún momento de su vida: *mientras* son adolescentes, *también* son mujeres o varones (entre otras características étnicas, sociales, culturales, económicas, familiares, de orientación sexual, etc.). Sus cuerpos cambian, sus relaciones sociales se transforman, sus necesidades se modifican y ello no sólo genera nuevas disposiciones en el plano subjetivo, sino que también conlleva posibilidades, riesgos y restricciones diferenciales para unos y otras.

De este modo, si el hecho de ser varón o mujer durante toda la vida trae algunas inscripciones particulares, mandatos sobre nuestro modo de actuar y de vivir, y fronteras que indican los espacios y las actividades que se esperan de unos y otros, en la adolescencia esta situación se revela de un modo particular. Y en este sentido, el enfoque de derechos humanos puede permitirnos abogar simultáneamente por el cumplimiento de los derechos de los adolescentes de ambos sexos y la equidad entre los géneros (Faur 2002).

III. SER VARÓN O SER MUJER ADOLESCENTE: SITUACIÓN Y TRATAMIENTO DE SUS DERECHOS

En algunos países de la región, se percibe una tendencia –poco saludable– a pensar los derechos de las mujeres en términos de personas adultas y los derechos de los niños en función del género masculino. Así, por ejemplo, en la Argentina, las leyes orientadas a proteger la capacidad reproductiva de las mujeres y los programas creados por las mismas, en escasas oportunidades mencionan a las adolescentes entre sus beneficiarias⁸. Por otra parte, los programas diseñados para dinamizar la participación de adolescentes en los niveles locales, tienden a movilizar recursos para realizar canchas y torneos de fútbol u otras actividades en las que participan mayoritariamente varones y no se detienen en el reconocimiento de la situación de las jóvenes mujeres de un modo integral.

Y mientras los intentos “a medias” se suceden entre sí, los y las adolescentes se encuentran expuestos a una serie de riesgos y limitaciones que, en muchos casos, se asocian con sus identidades como hombres o mujeres en contextos determinados. En América latina, el 53% de los adolescentes se encuentra “fuera” del sistema educativo (CEPAL, 1998)⁹. Entre ellos, en algunos países la tendencia a abandonar el colegio es levemente superior en los varones que en las mujeres. Sin embargo, entre las mujeres pobres de algunos grupos indígenas pueden aún encontrarse niveles de escolaridad menores que los de los hombres¹⁰. Las hipótesis más frecuentes alertan sobre distintas causas de deserción escolar en varones y en mujeres. Mientras ellos estarían vinculándose en actividades de producción, ellas estarían participando mayoritariamente en las labores domésticas o atendiendo a sus propios hijos (UNICEF 2001).

Centrando nuestra mirada en las causas de muerte de los adolescentes, vemos que en la Argentina, la mayor parte de defunciones en jóvenes se asocian con accidentes de

⁸ Entre los ejemplos positivos se encuentra la Ley aprobada en la Ciudad de Buenos Aires en el año 2000.

⁹ CEPAL, 1998, citado en UNICEF (2001).

¹⁰ Este es según el BID, el caso de Guatemala, Fuente: S. Durvea (2001) “Measuring social exclusion”, Research Development, IDB.

tránsito, suicidios y agresiones, y el 80% de estas víctimas son varones (más de 4.000 jóvenes de entre 15 y 24 años al año)¹¹. Lo mismo sucede en muchos otros países. De hecho, en casi todo el mundo, las tasas de jóvenes víctimas de homicidio son sustantivamente más bajas entre las mujeres que entre los hombres. En aquellos países con mayores tasas de homicidio la brecha tiende a ser mayor. Así, por ejemplo, la razón entre las tasas de hombres y mujeres asesinados es de 13.1:1 en Colombia; de 14.6:1 en El Salvador, y de 16.5:1 en Venezuela (WHO 2002).

En Colombia, hay cerca de 6.000 niños y niñas vinculados, directa o indirectamente, con los grupos que participan en el conflicto armado interno. En una investigación realizada por la Defensoría del Pueblo, en la cual se entrevistó a niños desvinculados del conflicto armado: “el 83% de los jóvenes manifestó que ingresó a los grupos armados ilegales de manera voluntaria. De estos, el 52% de los varones afirmó haberlo hecho por el sentido de pertenencia que brinda el uniforme y el inmenso poder que genera tener un arma en las manos, mientras que las mujeres por lo general lo hacían por razones afectivas” (Defensoría del Pueblo, 2001)¹².

Al enfrentarnos con un dato tan contundente sobre la participación de jóvenes varones en situaciones vinculadas con múltiples formas de violencia, y su alta valoración de las mismas en función del “poder” que les otorga, nos encontramos en un escenario donde las identidades de género se tornan problemáticas también para los hombres. La expectativa de crianza del género masculino supone fuertes dosis de valentía, fuerza, coraje y exposición al riesgo. Los signos inversos, ligados al temor, la suavidad, la ternura son percibidos como “debilidad” y, por lo tanto, como característica “femenina” que no suele estimularse en la construcción de masculinidades. Al llevar este simbolismo a su expresión extrema, nos topamos con el protagonismo arrasador que los hombres detentan en escenas y escenarios de violencia, tanto en la esfera pública como en la privada (WHO 2002).

Si pensamos, junto a Robert Connell (1995) que la masculinidad constituye al mismo tiempo: “la *posición* en las relaciones de género, las *prácticas* por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los *efectos* de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura”, encontramos el importante costo que esta posición tiene en los propios cuerpos de los jóvenes.

Mientras tanto, en la región, entre el 20 y el 25% de las mujeres tienen su primer bebé antes de cumplir los veinte años. Y, en las zonas rurales, esta cifra asciende a 30% (CEPAL 1998, citado en UNICEF 2001). El riesgo vinculado con el embarazo es cuatro veces mayor entre adolescentes que entre mujeres adultas (UNFPA 1997, citado en UNICEF, ob.cit.). Por otra parte, muchos de estos embarazos ocurren en niñas de entre diez y catorce años, generalmente como producto de un abuso sexual. En la Argentina,

¹¹ Fuente: Ministerio de Salud, 1998, 1999, 2000. *Estadísticas Vitales*. Argentina.

¹² Sin embargo, como anota el informe: “esta voluntariedad es relativa, si se tiene en cuenta que los niños y niñas que habitan en las zonas rurales del país, cuentan con mínimas condiciones de vida, y en sus comunidades y poblaciones, como consecuencia del conflicto armado, existe presencia permanente de la guerrilla o de las autodefensas. Esta situación los obliga a escoger entre vincularse a los grupos armados, o desplazarse a otro lugar del país”. Fuente: *Informe sobre los Derechos Humanos de la Niñez en Colombia 2001*-. <http://www.defensoria.gov.co>.

por ejemplo, la extensión cuantitativa de este problema no es mucho menor que el de las muertes de varones de edades mayores¹³.

Existe una serie de condicionantes culturales y económicos que hacen que las mujeres de los grupos sociales más desaventajados continúen portando “imágenes de género” altamente tradicionales (Geldstein y Pantelides 2001). La escasa posibilidad de desarrollo personal y social en otras áreas de sus vidas (educativa, deportiva, artística o cultural), sumado a un contexto de creciente crisis económica y desempleo, se acompaña de una alta valoración de la maternidad en edades tempranas. Pero además, las adolescentes de clases bajas conocen menos métodos anticonceptivos que las de clase media y los utilizan en menor medida en sus encuentros sexuales. Entre ellas, es más probable que el cuidado (y su falta) quede bajo su responsabilidad, mientras en la clase media, la protección en los encuentros sexuales recae en ambos miembros de la pareja. Por otra parte, las mujeres que detentan estas imágenes tradicionales de género (más frecuentes entre las más pobres) probablemente evaden la negociación de preservativos durante el coito, por temor a ser estigmatizadas por sus compañeros, lo que las expone a mayores riesgos tanto de quedar embarazadas como de adquirir enfermedades de transmisión sexual y VIH/SIDA (Geldstein y Pantelides, ob.cit.). En actos de apariencia tan sutil como éste, se concentra un cúmulo de historia cultural que demuestra distintas capacidades en la construcción de autonomía para mujeres y varones y que, lejos de ser liviano, dificulta fuertemente la toma de decisiones de cuidado del propio cuerpo por parte de las jóvenes mujeres. Tales situaciones, que afectan en la actualidad los proyectos vitales de los y las adolescentes en función de su género, invitan al diseño de políticas basadas en el paradigma de derechos humanos.

IV. ORIENTACIONES DE POLÍTICAS Y ESTRATEGIAS: LA PERSPECTIVA DE UNICEF¹⁴

Es posible distinguir dos grandes categorías de políticas dirigidas a los y las adolescentes. Las mismas serían (UNICEF, ob.cit.):

- *Políticas universales*: orientadas al desarrollo de las capacidades de los individuos y dirigidas a todos los adolescentes. Permiten tomar medidas preventivas y –cuando incluyen una participación auténtica de los adolescentes– contribuyen a realizar el ejercicio de sus derechos y la construcción de su ciudadanía.
- *Políticas de prevención y protección*: atienden a quienes se encuentran en situaciones problemáticas. Reconocen la insuficiencia de la implementación de las políticas universales y la vulneración del ejercicio de derechos en algunos grupos específicos. Constituyen, por tanto, medidas compensatorias y medidas de protección.

¹³ Según el Ministerio de Salud, en más de 105.000 nacimientos anuales las madres tienen entre 15 y 19 años y casi 3.000 nacimientos anuales corresponden a niñas de entre 10 y 14 años. Alejandra Pantelides y Marcela Cerrutti han encontrado que en general los padres de estos bebés son mayores de 30 años.

¹⁴ Este ítem recupera la posición de UNICEF (2001).

Las orientaciones de UNICEF sugieren que ambas políticas deben aplicarse en forma paralela y complementaria y que, en ambos casos, debería incorporarse el componente de *participación adolescente*, de modo de articular la visión específica de la población a la cual se dirigen y reforzar la construcción de ciudadanía en los jóvenes de ambos sexos. En este sentido, un tema no menor será preguntarse cuáles son los obstáculos para la participación de adolescentes en los distintos espacios (familiar, escolar, comunitario, etc.) y cómo estos obstáculos están condicionados por el hecho de ser varón o ser mujer.

Independientemente de su orientación universal o focalizada, los *objetivos* de las políticas deberán enmarcarse en la universalización de los derechos de los y las adolescentes, para lo cual deberán promover:

- la participación en las decisiones que afectan sus vidas,
- el acceso a los servicios básicos y a las oportunidades de desarrollo,
- la convivencia en ambientes cálidos, protectores y seguros,
- el desarrollo pleno de sus capacidades y talentos.

Las políticas de educación, salud y fortalecimiento de las familias constituyen los mecanismos más adecuados para contribuir al cumplimiento de estos objetivos. Igualmente, la política pública deberá atender otros temas más sensibles que representan una necesidad medular en la protección de los derechos de los y las adolescentes, como ser la implementación de un sistema de justicia penal juvenil y la promoción de la salud sexual y reproductiva.

UNICEF sintetiza seis líneas estratégicas para el diseño de políticas públicas para la adolescencia. Estas son:

1. *Participación autónoma de los adolescentes*: exige fortalecer la participación en procesos de diseño e implementación de políticas públicas, alejándose de los estilos “simbólicos, decorativos y manipulados” (Hart, 1993); fijar prioridades que incluyan a todos los adolescentes; promover la creación de defensorías de niñez y adolescencia y enfrentar el estigma y la visión negativa de la adolescencia.
2. *Universalización de la educación secundaria*: requiere el desarrollo de programas de retención y repitencia escolar; la evaluación de programas escolares y metodologías de enseñanza con los estudiantes, así como desarrollar mecanismos de participación, protección y exigibilidad de derechos dentro de las escuelas; la erradicación de formas de trabajo que impida o interfiera con la educación; la prohibición de formas abiertas o encubiertas de expulsión a adolescentes madres o embarazadas, entre otras.
3. *Fortalecimiento de las familias*: incluyendo el fortalecimiento económico de las familias; la creación de programas de democratización familiar; la promoción de beca escolar; el cambio de modelos y prácticas que fomentan la discriminación de género y la promoción de paternidades responsables; la aplicación de leyes y programas contra la violencia doméstica y el abuso de niños y adolescentes, entre otras.
4. *Establecimiento de sistemas de justicia penal juvenil*: fundados en la modificación de las leyes de infancia y adolescencia, deben asegurar la desjudicialización de los problemas sociales; las reformas institucionales necesarias para la implementación de dichos sistemas; la capacitación de policías, jueces y otros funcionarios responsables de su implementación y la adaptación de las condiciones de detención a las normas internacionales.

5. *Promoción de la salud sexual y reproductiva en un marco de Derechos Humanos:* definición de políticas en salud sexual que articulen con políticas de salud integral adolescente; necesidad de claridad en la comunicación; desarrollo de programas de educación sexual y desarrollo humano como parte de los currículos escolares; ampliación de cobertura y acceso a servicios para adolescentes hombres y mujeres; programas de prevención y atención del VIH-SIDA; promoción de jóvenes como capacitadores en salud sexual y reproductiva; programas de prevención y atención a víctimas de explotación y violencia sexual, entre otras.
6. *Estímulo a la creación y a la expresión cultural y artística:* incorporando el estímulo a la creatividad y promoción de actividades culturales, deportivas y artísticas; apoyo a grupos y proyectos de adolescentes con propuestas culturales; reconocimiento de la herencia y diversidad culturales; apoyo al deporte y el entretenimiento sano.

Amén de la responsabilidad estatal en la definición y ejecución de políticas públicas, el enfoque de derechos permite concebir todas estas estrategias como parte de una concertación continua entre los representantes gubernamentales y otros actores sociales. Como sostiene Soraya Hoyos: “la participación de los adolescentes resulta esencial en dos sentidos. Desde el punto de vista del Estado, es una condición para la profundización de la democracia y de los valores de justicia, solidaridad e igualdad que la sostienen. Y desde el punto de vista de los derechos, resulta clave para hacer cumplir sus derechos más esenciales. Al concebir a los adolescentes como sujetos autónomos que tienen derechos inalienables a expresarse con libertad y a ser oídos, comprendidos y tomados en cuenta en las decisiones que los afectan, se debe concluir que sólo es posible concretar una política social que realmente haga cumplir esos derechos, si se le construye a partir de un diálogo entre adolescentes y adultos” (Hoyos 2001).

REFLEXIONES FINALES

Las políticas para adolescentes tienen el importante desafío de promover sus derechos humanos de un modo integral. Para ello, tanto aquellas de corte universalista –que tengan un auténtico efecto igualador de diferencias– como las políticas compensatorias –que atiendan discriminaciones específicas–, pueden aportar significativamente. Unas y otras serán fortalecidas en la medida en que se incorpore la participación autónoma de adolescentes como componente central de las mismas.

Sin embargo, es necesario reconocer que la participación autónoma requiere tanto de espacios favorables a escuchar e incorporar las voces de distintos actores sociales, como de sujetos autónomos que la ejerzan. En este sentido hay una dinámica de ida y vuelta, una relación de recursividad entre la construcción de autonomía y la articulación de una palabra “libre” y a la vez, dotada de peso social. Una línea influye sobre la otra y constituye un punto de inflexión en la construcción de actores sociales: un sujeto autónomo supone, entre otras cosas, dar cuenta de una voz propia, pero la misma se construye también en el espejo que recibe de su entorno.

En la cultura latinoamericana (sin negar los múltiples matices que existen dentro de la misma) puede sostenerse que históricamente, los grados de autonomía de hombres y mujeres

—especialmente en el mundo público— han sido diferentes¹⁵. El modelo de relaciones de género que ha sido hegemónico durante siglos, supuso tanto la formación diferencial de capacidades de decisión de unos y otras, como la creación de entornos más favorables para la puesta en práctica de las decisiones tomadas por ellos. Esto se tradujo no sólo en una esfera pública e institucional predominantemente masculina, sino también en la correspondiente socialización de varones con un mayor estímulo que las mujeres para vivir su autonomía¹⁶. Y más allá de los altos costos que este impulso trae para los propios hombres, como sintetizó un joven estudiante de psicología en una entrevista realizada en el marco de una investigación en la ciudad de Bogotá: “*esa libertad también da como un poder*”.

En este contexto, el fortalecimiento de ciudadanía en la adolescencia requiere identificar algunas estrategias particulares para varones y para mujeres. Para ellas, será necesario consolidar la construcción de una voz propia desde pequeñas, la apropiación de sus cuerpos, la posibilidad de “salir al mundo” con recursos propios y la de-construcción de patrones de feminidad encapsulados en patrones tradicionales. Para ellos, será importante de-construir los componentes de poder ligados a múltiples formas de violencias y esquemas de dominación y afianzar su autonomía en función de proyectos personales y colectivos enmarcados en el ejercicio de los derechos humanos y en el cuidado de sus cuerpos y de sus vidas.

Con este enfoque, será necesario diseñar y consolidar políticas que contribuyan al pleno cumplimiento de derechos de los y las adolescentes, paliando problemas específicos de unos y otras, al tiempo que disminuyan inequidades sociales y de género ¿Demasiado? Probablemente, pero —en todo caso— también posible.

Bibliografía

- Bobbio, Norberto (1991) “Presente y porvenir de los derechos humanos”. En: Bobbio, N. *El tiempo de los Derechos*. Editorial Sistema. Madrid, España.
- Butler, Judith y Ernesto Laclau (1999) “Los usos de la igualdad”. En: *Cuerpo, ley y sujeto*, Debate Feminista Año 10. Vol. 19, Abril 1999. México.
- Connell, Robert (1995) *Masculinities*. University of California Press. Berkeley, Los Angeles.
- Consejo Nacional de la Mujer (2001) “Adolescentes: salud sexual y reproductiva. Un abordaje de sus derechos”. Mujer y Salud Nota Técnica N° 3. Mimeo. Buenos Aires, Argentina.
- Colombia. Defensoría del Pueblo. *Informe sobre los Derechos Humanos de la Niñez en Colombia 2001-*. <http://www.defensoria.gov.co>.
- Faur, Eleonor (2002) “Adolescencia, género y derechos humanos”. En: VV.AA. *Proponer y dialogar. Temas jóvenes para la reflexión y el debate*. UNICEF. Buenos Aires, Argentina.
- Faur, Eleonor (en prensa) “¿Escrito en el cuerpo?. Género y derechos humanos en la adolescencia”. En: Checa, Susana (comp.), *Paidós*, Colección Tramas sociales.
- Faur, Eleonor (en prensa) *Masculinidades y desarrollo social. Aportes para la democratización de las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. UNICEF. Bogotá, Colombia.
- García Méndez, Emilio (1998) *Infancia. De los derechos y de la justicia*. Editores del Puerto. Buenos Aires, Argentina.
- Geldstein, Rosa y Edith A. Pantelides (2001) “Riesgo reproductivo en adolescentes: desigualdad social y asimetría de género”. *Cuaderno del UNICEF N° 8*. Buenos Aires, Argentina.

¹⁵ José Olavarría (2001) realiza aportes interesantes en este sentido.

¹⁶ En unos talleres realizados en Colombia con funcionarios y líderes comunitarios, el tema de la construcción diferencial de autonomía constituyó una referencia continua por parte de los hombres que participaron. Esta información se presenta en Faur, E. (en prensa) *Masculinidades y desarrollo social. Aportes para la democratización de las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Bogotá, UNICEF.

- Hart, Roger (1993) "La participación de los niños. De la participación simbólica a la participación auténtica. UNICEF. Oficina Regional para América latina y el Caribe. Ensayos Innocenti No.4. Santafé de Bogotá, Colombia.
- Hoyos, Soraya (2001) "La participación de los adolescentes y el cumplimiento de sus derechos". Mimeo.
- Kaufman, Michael (1989). "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres", en León y otras (comp.). *Género e identidad. Ensayos sobre lo masculino y lo femenino*. Tercer Mundo Editores. Bogotá, Colombia.
- Minyersky, Nelly (2002) "Derecho de familia y aplicación de las Convenciones internacionales sobre niños y mujeres". En: Faur, E. y A. Lamas (comp.) (en prensa) *Derechos universales, realidades particulares. Reflexiones y herramientas para la concreción de derechos humanos de niños, niñas y mujeres*. UNICEF. Buenos Aires, Argentina.
- Nikken, Pedro (1994): "El concepto de derechos humanos". En: *Estudios Básicos de Derechos Humanos*. IIDH. San José, Costa Rica.
- Olavarría, José (2001) "Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile". En: Viveros, M.; Olavarría, J. y Fuller, N. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, CES-Universidad Nacional de Colombia; Colombia.
- Olsen, Frances (2000) "El sexo del derecho". En: Ruiz, Alicia E.C. (comp.) *Identidad femenina y discurso jurídico*. Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires. Editorial Biblos. Colección Identidad, Mujer y Derecho. Buenos Aires, Argentina.
- Pantelides, A. y M. Cerruti (1992) "Conducta reproductiva y embarazo en la adolescencia". *Cuaderno del CENEP 47*. Centro de Estudios de Población. Buenos Aires, Argentina.
- UNICEF (2000) "La Convención sobre los Derechos del Niño (CDN) y la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la mujer (CEDAW): Nuevas bases para la formulación de Políticas Públicas", documento presentado por la Oficina Regional de UNICEF para América Latina y el Caribe en la *VIII Conferencia Regional sobre la Mujer*. CEPAL, Lima, Perú.
- UNICEF (2001) *Adolescencia en América Latina y el Caribe: Orientaciones para la formulación de políticas*. UNICEF. Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- WHO (2002) *World report on violence and health*. World Health Organization. Geneva.

PROYECTO SERVICIOS PARA ADOLESCENTES: POSIBILIDAD PARA EL EJERCICIO DE SUS DERECHOS SEXUALES Y REPRODUCTIVOS.

Los servicios de salud sexual y reproductiva para adolescentes en PROFAMILIA/Colombia: posibilidades para el ejercicio de sus derechos¹

Marcela Sánchez B.²
PROFAMILIA, Colombia

En los años noventa, las limitaciones para el ejercicio de la sexualidad por parte de los-as adolescentes colombianos, se reflejaba en crecientes tasas de embarazos no planeados y de ITS, información insuficiente y/o errada en aspectos sexuales y reproductivos, medicalización de la atención a adolescentes e información sobre sexualidad que sobredimensionaba los aspectos reproductivos de la misma.

Estas situaciones se presentaban en medio de un contexto que se caracterizaba por la ausencia de políticas públicas de salud o educación sexual para los-as adolescentes y escasos servicios en el campo de la Salud Sexual y Reproductiva (SSR), que por lo general se limitaban al control prenatal, la atención del parto y de las infecciones de transmisión sexual. Es decir servicios que eran consecuentes con el imaginario que asocia la sexualidad adolescente femenina a “la problemática del embarazo adolescente”, y la masculina a la atención de las consecuencias de una sexualidad “irresponsable” que deriva en ITS.

En este sentido no existían espacios donde los-as adolescentes pudieran formular sus dudas, prejuicios y creencias. No existían lugares donde se les abordara sin ser juzgados, por una visión adulta que se reservaba el ejercicio de la sexualidad para sí misma y ponía de esta manera a otras poblaciones, entre ellas niño/as y adolescentes, en una situación de fragilidad social y cultural, negándoles sus más básicos derechos en este campo. Todo esto reforzado por el supuesto que consideraba arriesgado y hasta peligroso, hablar abiertamente de sexualidad a los jóvenes, pues esto provocaría su ejercicio indiscriminado.

Colombia carecía entonces de lugares donde las necesidades específicas de los/as adolescentes en materia de sexualidad fueran atendidas y se hacía necesaria la elimina-

¹ La Asociación Pro-Bienestar de la Familia Colombiana - PROFAMILIA es una entidad privada sin ánimo de lucro, fundada por el Dr. Fernando Tamayo Ogliastrí en septiembre de 1965 y afiliada a la Federación Internacional de Planificación Familiar (IPPF). Brindamos el 65% de la Planificación Familiar en el país a través de nuestros 35 Centros. Es la primera institución privada a nivel nacional y la segunda a nivel mundial, que ofrece programas de Salud Sexual y Reproductiva. Su misión es velar permanentemente por difundir los programas de planificación familiar, salud sexual y reproductiva, haciéndolos asequibles y promocionándolos entre la población colombiana, especialmente en aquellas clases menos favorecidas económicamente, brindándoles un servicio de óptima calidad y respetando siempre los derechos del individuo y la pareja dentro del marco constitucional vigente.

² Trabajadora Social de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente Directora de la Oficina de Género de PROFAMILIA, Colombia.

ción de barreras socioculturales que dificultaban el acceso de la población adolescente a la atención en salud sexual y reproductiva como sujetos autónomos, con capacidad de decisión y despojándose del control paterno.

Ante esta situación PROFAMILIA, institución pionera en la defensa de los derechos sexuales y reproductivos de las poblaciones de escasos recursos y en situaciones de vulnerabilidad, se empeñó en buscar respuestas para esta población que reclamaban cada vez más espacios para sí mismos/as.

Fue así como en 1990, con el apoyo de la Fundación Moriah y la Federación Canadiense de Planificación Familiar, se inician actividades de prestación de servicios de Salud Sexual y Reproductiva para la población adolescente (13 a 19 años) a través de la creación del Primer Centro para Jóvenes en la ciudad de Bogotá, que garantizaría suficientemente la confidencialidad e incluiría la provisión de servicios y espacios de consejería. Paralelamente y como misión institucional, contribuiría al posicionamiento del tema de la legitimidad del ejercicio de la sexualidad por parte de los adolescentes en la sociedad en general.

La expansión y rápido crecimiento de la demanda por servicios por parte de los/as adolescentes, merece atención si se tiene en cuenta por un lado, el reto de adecuar la institución a una población nueva, de difícil captación, y por el otro, si se tiene en cuenta el contexto conservador, tradicional y altamente religioso que frente a la sexualidad de los jóvenes existía en el país.

DIFERENTES MODALIDADES DE ATENCIÓN PARA ADOLESCENTES

La prestación de servicios que previamente prestaba la institución, se hizo evidente a través de un análisis de punto de partida que mostraba la necesidad de formalizar el trabajo existente y ampliar la oferta institucional y la población beneficiaria, especialmente en servicios de anticoncepción y pruebas de embarazo.

Si bien es cierto, los centros de PROFAMILIA venían prestando servicios a los/as jóvenes fundamentalmente mujeres, su personal no había recibido capacitación, ni entrenamiento en la atención específica que demandaba asumir, ya no de manera espontánea, sino estructurada la Salud Sexual y Reproductiva de los/as adolescentes.

Para ser consecuentes con las necesidades de la población adolescente y de acuerdo a la oferta institucional posible, fue necesario: adecuar procedimientos administrativos, horarios, tiempos de espera, costos de los servicios, superar mitos y estereotipos por parte del personal que prestaría servicios para adolescente y reconocer en la consulta los miedos y temores de los/as nuevos usuario/as. Ofrecer estos servicios desde esta nueva perspectiva, implicaba también una disposición y compromiso por parte de alguno, si no de todo el personal vinculado a estas clínicas, lo cual también ameritaba un conocimiento de su sensibilidad hacia la nueva propuesta.

El posicionamiento del tema de la Salud Sexual y Reproductiva de los/as jóvenes, demandó respuestas institucionales acordes y una provisión de servicios integrales que incluyera criterios de calidad: privacidad, confidencialidad, oportunidad y consejería, que facilitara el acceso no sólo a través de bajos costos, sino llevando los programas a las comunidades, administraciones locales, docentes, proveedores de servicios de salud y madres y padres de familia.

Esta nueva tarea, no sólo implicaba tareas puntuales como el diseño de nuevas historias clínicas acordes a la situación, sino también disciplina a la hora de registrar la información específica de jóvenes e incluso nuevos conocimientos y habilidades administrativas y de mercadeo social de servicios.

Financieramente, se creó la necesidad de ir fortaleciendo el trabajo con miras a superar las limitaciones presupuestales y de apoyo financiero externo, y convertirse en cualquiera de las dos estrategias para jóvenes manejadas hasta entonces por la institución: centro o programa exclusivos para jóvenes³, cuyas diferencias se explican adelante.

En 1998 con evidencias de buenos resultados en veintidos ciudades del país, surge la idea de evaluar la viabilidad de ampliar la cobertura de servicios para jóvenes, apoyándose tanto en la infraestructura física, como el recurso humano, de trece clínicas más de PROFAMILIA que atendían mujeres adultas en edad fértil. Idea que implicaba menores gastos de inversión y aprovechaba espacios, horarios, consultorios y profesionales que habitualmente atendían mujeres adultas.

Entre los aspectos novedosos que se pueden resaltar de esta iniciativa, se encuentran: aprovechamiento de recursos existentes para brindar nuevos servicios; sensibilización al personal prestador de servicios para hacer que la consulta se convierta en una oportunidad para orientar al joven; evaluación y seguimiento formativo; capacitación y sensibilización que buscaba comprometer a la mayoría de miembros de la clínica y no sólo a los encargados de trabajar el tema de jóvenes y unos contenidos que abarcaban la prestación, mercadeo y administración de servicios para jóvenes, que a la vez cuestionaba las propias concepciones de sexualidad de los involucrados en el proceso, entre ellas lo referido a aborto y orientación sexual en adolescentes, entre otras.

Actualmente, la prestación de servicios directos a los adolescentes se lleva a cabo bajo tres modalidades:

- Centros para Jóvenes (en ambientes de atención exclusiva);
- Programas para Jóvenes (con espacios reservados a adolescentes, dentro de las clínicas para adultas) y;
- Servicios para Jóvenes (donde comparten espacios y profesionales con la población adulta).

OTRAS ESTRATEGIAS

Dado que muchos jóvenes no pueden acceder directamente a los servicios –debido a razones como falta de dinero, centro de servicios retirado del lugar de vivienda, temor de acercarse a los servicios por miedo a ser juzgados o rechazados, necesidad de intimidad, confianza y confidencialidad–, acuden a pares y amigos/as con quienes comparten información imprecisa que muchas veces facilita el fortalecimiento de mitos y estereotipos frente a la sexualidad, poniéndolos inevitablemente en situaciones de alto riesgo en salud sexual y reproductiva.

³ En la actualidad el *Programa Atención Directa a Adolescentes* ha alcanzado cerca de un 75% de autosuficiencia, lo que lo protege de las contingencias generadas por el retiro de los donantes. Cada año reciben información/educación y servicios de salud sexual y reproductiva más de 120.000 adolescentes, sus padres, maestros y profesionales del sector salud.

Algunos estudios (PROFAMILIA 1994, 1995), mostraban datos contundentes que nuevamente demandaban respuestas creativas. La población total entre 10 y 19 años en Colombia correspondía al 21.54% del total de la población, tan sólo el 5% de los jóvenes colombianos acudía a instituciones especializadas en SSR para solicitar información; el 90% de los solicitantes eran mujeres; el 66% de la población joven no conocía las formas de prevención de las ITS; el 63% de los encuestados no daban cuenta con certeza del momento de mayor riesgo de embarazo del ciclo reproductivo; la edad promedio de las madres adolescentes era de 16.2; el 3.1% de las adolescentes había sido forzada a tener relaciones sexuales y el 58% de los/as adolescentes entre 15-19 años pensaba que no tenía ningún riesgo de adquirir VIH/SIDA.

Ante esta situación y dada la contundencia de los datos, surge la idea de ampliar y fortalecer el trabajo de información y asesoría telefónica especializada para la población adolescente, aprovechando la línea de atención telefónica que tenía la institución.

PROFAMILIA a lo largo de estos 13 años ha logrado ganarse un lugar como espacio de atención y promoción de la Salud Sexual y Reproductiva de los adolescentes con calidad, entre los propios jóvenes y ante entidades municipales, instituciones educativas y de salud y adultos en general.

Atender la salud sexual y reproductiva de lo/as adolescentes y posicionar como legítima la sexualidad adolescente, ha requerido de abordajes integrales y de la confluencia de diversas estrategias de capacitación, información, educación, comunicación, provisión de servicios, incidencia política, investigación y evaluación de programas.

Actualmente PROFAMILIA ha extendido programas de atención a jóvenes en treinta y cinco centros del país y dispone de:

- Equipo interdisciplinario de profesionales entrenados/as para ofrecer servicios e información/educación en Salud Sexual y Reproductiva apropiados para adolescentes entre diez y diecinueve años, basados en principios de igualdad, no discriminación y respeto por la experiencia vital del otro/as.
- Modelos integrales de promoción, prevención y atención en Salud Sexual y Reproductiva para la población adolescente que los demanden directamente o sean remitidos por otras instituciones.
- Diversificación de servicios para adolescentes que van desde asesoría gratuita, hasta exámenes de apoyo diagnóstico (pruebas de embarazo, citología vaginal, ecografías y laboratorio clínico), anticoncepción (incluyendo la distribución de métodos), medicina general, ginecología, control prenatal, urología, psicología, programas de apoyo a padres y madres gestantes.
- Herramientas conceptuales, pedagógicas y metodológicas para abordar el tema de la sexualidad adolescente entre padres y madres de familia, personal de salud y docentes, en temas como toma de decisiones, adolescencia y sexualidad, comunicación familiar, autoestima, derechos en salud sexual y reproductiva, género, prevención de embarazo, infecciones de transmisión sexual incluido el VIH/SIDA, etc.
- Documentación de su experiencia de trabajo integral en el campo de la salud sexual y reproductiva de los/as adolescentes, que puede ser multiplicada y adaptada en cualquier contexto por planeadores y diseñadore/as de políticas, directore/as de programas y prestadores-as de servicios.

- Material informativo en Salud Sexual y Reproductiva, especialmente diseñado y producido para adolescentes.
- Caracterización de adolescentes colombianos/as que usan servicios de Salud Sexual y Reproductiva.
- Relaciones establecidas con organizaciones gubernamentales y no gubernamentales que trabajan el tema de la salud sexual y reproductiva de los adolescentes.
- Grupos de adolescentes multiplicadores/as en salud sexual y reproductiva que realizan actividades educativas a lo largo del país, donde se posibilitan espacios para intercambiar información, opiniones, dudas, interrogantes sobre sexualidad entre pares y especialmente entre jóvenes no escolarizados.
- Relaciones establecidas con grupos comunitarios y de base.
- Contactos con medios de comunicación locales y nacionales para la movilización de una opinión pública favorable en torno a la necesidad de que lo/as adolescentes puedan ejercer una sexualidad libre de riesgos.
- Estrategias educativas con adolescentes, padres y madres de familia, proveedores de servicios de salud, autoridades locales, docentes.
- Amplia cobertura y garantía de sostenibilidad del programa para adolescentes.
- Investigaciones sobre demografía y salud, actitudes y prácticas de adolescentes.
- Experiencias de incidencia en políticas públicas en Salud Sexual y Reproductiva de Adolescentes respetuosas y habilitantes del ejercicio de sus derechos. Especialmente con los Ministerios de Salud y Educación.

De esta manera podemos afirmar que PROFAMILIA no sólo ha mostrado la realidad de la salud sexual y reproductiva de los/as adolescentes, sino que permanentemente se está enfrentando a innovar en la prestación de servicios que le permitan a esta población un ejercicio libre, autónomo y respetuoso de su sexualidad.

Podría decirse que durante años se ha contribuido a generar en los/as adolescentes, la noción de sujeto de derechos en el campo de la sexualidad y las decisiones reproductivas, es decir, a reconocerse como sujetos sexuados con derechos y con herramientas y posibilidades para ejercerlos. La posibilidad de contar con espacios especializados, ha motivado a los/as adolescentes a tomar decisiones en lo que a la vida sexual se refiere, de manera informada, responsable y voluntaria y ha contribuido por tanto a ampliar la noción de ciudadanía más allá de las fronteras generacionales, sociales y de sexo.

Quedan todavía desafíos por enfrentar: queda mucho por hacer para lograr la ampliación de las coberturas de servicios, en especial para adolescentes que se encuentran fuera del sistema de seguridad social y no cuentan con aseguramiento y aquello/as que no están dentro del sistema educativo.

Así mismo, muchas mujeres adolescentes continúan asumiendo solas las consecuencias sociales, culturales y económicas de los riesgos que se corren en un ejercicio de la sexualidad carente de legitimidad social, cuyo principal efecto es ponerlas en condiciones de vulnerabilidad en este campo. Por lo que fortalecer el trabajo con los hombres jóvenes, para que asuman responsabilidades en el campo de la Salud Sexual y Reproductiva, es otra tarea aún pendiente.

Se hace urgente pensar en estrategias para trabajar temas, algunos de ellos curiosamente reservados en otras épocas a la población adulta, como: paternidad; VIH/SIDA;

violencia en la pareja; asistencia jurídica en derecho de familia adolescente; derechos de los/as adolescentes ante el sistema de seguridad social en salud; homosexualidad y bisexualidad en la adolescencia (que supere su tratamiento como etapa de duda y transición hacia la heterosexualidad adulta como norma) y finalmente, incidencia política en temas de salud sexual y reproductiva por parte de jóvenes organizados.

Bibliografía

- Fernández, Ana María (1997) "Por la ciudadanía de las niñas". Ponencia presentada en el Taller "Embarazo y maternidad adolescentes". Oficina Regional de UNICEF para América Latina y el Caribe. Kingston, Jamaica, 3 al 7 de noviembre de 1997.
- PROFAMILIA (1994) *Adolescentes: sexualidad y comportamientos de riesgo para la salud*. PROFAMILIA. Bogotá, Colombia.
- PROFAMILIA (1995) *Conocimientos actitudes y comportamiento sexual de los adolescentes*. PROFAMILIA. Bogotá, Colombia.

CONCLUSIONES DE LOS GRUPOS DE TRABAJO

GRUPO N° 1: EDUCACIÓN SEXUAL

Moderadora: Graciela Infesta, CENEP, Argentina.

Relatora: María Cristina Avilés, SERNAM, Chile.

SÍNTESIS DE LA DISCUSIÓN DEL GRUPO

1. Se valora la Conferencia como espacio de encuentro, diálogo y aprendizaje mutuo, entre investigadores, académicos y “operadores” de políticas y programas.
2. Igualmente se valora la diversidad presente en la Conferencia, que de alguna manera refleja la diversidad de nuestras sociedades.
3. A partir del análisis de dos experiencias de educación sexual en la comunidad, el grupo discutió los siguientes temas:
 - Aporte de la investigación en la formulación de programas, por ejemplo en lo que dice relación con la relativización de conceptos, la formulación de propuestas específicas para grupos específicos, entre otros.
 - La acción –políticas, programas, proyectos– también genera conocimiento.
 - Importancia de la retroalimentación entre investigación-acción y acción-investigación.
 - Importancia de las estrategias participativas para legitimar y afianzar los programas.
 - Importancia de considerar una estrategia comunicacional que apoye el proceso de implementación de los programas.
 - Importancia de realizar evaluaciones de proceso y de impacto de los programas, con el fin de tomar decisiones respecto a la continuidad de éstos.
 - Importancia de definir conceptos básicos presentes en las propuestas, como por ejemplo: adolescentes, sexualidad, educación sexual, género, enfoque de género, transversalización de Género, diagnósticos Participativos, metodologías participativas.
 - ¿Cómo se hace transversalización de género? Es más fácil decirlo que hacerlo.
 - La palabra “intervención” genera molestia en muchas personas que la relacionan con autoritarismo, imposición. Se propone hablar de implementación o ejecución de las acciones¹.

¹ En Trabajo Social, el concepto “intervención social” alude a una acción racional, planificada, que se desarrolla con el propósito de modificar una realidad social dada. Ver por ejemplo: “Manual de Trabajo Social, Modelos de Práctica Profesional”. María José Escartín. Editorial Aguacilara, España, 1992.

PRESENTACIÓN EN EL PLENARIO

Lo más importante: la necesaria coordinación o retroalimentación entre investigación-acción. La propuesta formulada por el grupo de trabajo es la siguiente:

Momentos o Etapas	Cómo hacerlo
1. Momento de la investigación	<ul style="list-style-type: none"> - Conocer estado de situación de las prácticas y de los sujetos - Consideración de la investigación acumulada - Diagnóstico participativo; autodiagnóstico - Negociaciones para obtener apoyo de autoridades políticas y financieras y de otros referentes tales como grupos religiosos, autoridades locales.
2. Momento del diseño o formulación	<ul style="list-style-type: none"> - Definición de contenidos - Protagonismo de la comunidad - Estrategia comunicacional: usar el lenguaje de los/as actores/as. - Abogacía (Advocacy), lograr incidencia política para legitimar propuestas - Formación de recursos humanos
3. Momento de la implementación	<ul style="list-style-type: none"> - Consideración de los distintos escenarios y distintos/as actores - Metodologías activo-participativas - Transverzalización de género - Cuando se trabajan temas tales como sexualidad y/o violencia, es necesario considerar también el problema del poder y el trabajo corporal, la noción de cuerpo que vive la sexualidad, la violencia, etc.
4. Momento de la evaluación	<ul style="list-style-type: none"> - Evaluación de proceso y de impacto - Metodologías participativas
5. Momento de devolución de la evaluación y replanteamiento de la intervención	<ul style="list-style-type: none"> - Evaluación de la factibilidad de mantener o proyectar el programa

- Ausencia de investigación sobre las intervenciones.
- Los supuestos del financiamiento, sus orientaciones temáticas y por otra parte, las realidades socioculturales que se investigan o intervienen.
- Ausencia de reflexión sobre la investigación misma.
- Evaluación:
 - Hay una dificultad para evaluar cualitativamente las intervenciones. Ausencia de indicadores y metodologías adecuadas.
 - Hay una tensión entre la demanda de los financiadores acerca de evaluación y las posibilidades y necesidades de los investigadores y quienes intervienen.

Políticas Públicas

- En su conceptualización y diseño sería necesario articular dos ejes:
 - Uno de la desigualdad.
 - Otro de la discriminación y estigmatización.
- Ambos ejes se interceptan en la perspectiva de la jerarquía y las relaciones de poder.
- Sería necesario reflexionar en las relaciones entre lo microsocioal y lo macrosocioal.

Salud y masculinidad

- Reconocer la especificidad del VIH/SIDA y las ITS en los adolescentes, al considerar un vínculo particular de los hombres con su salud y los sistemas sanitarios.
- Considerar y respetar los contextos culturales en los que viven los adolescentes afectados.
- Es necesario reconocer la heterogeneidad del colectivo que conforman los adolescentes al momento de pensar intervenciones

Agenda académica

- Se propone revisar lo escrito en el tema de los varones adolescentes, VIH/SIDA y ITS con los siguientes propósitos:
 - Determinar el saber acumulado.
 - Estimar el saber sobre la acción en este campo.
 - Señalar estrategias para orientar y modificar las intervenciones en estos ámbitos.
 - Formular propuestas acerca de políticas públicas.

GRUPO N° 3: PATERNIDADES ADOLESCENTES

Moderador: Alejandro Villa, CEDES, Argentina.

Relator: Marcelo Rozas, Papás por Siempre, Chile.

En primer lugar esta mesa se abocó a la tarea de definir conceptualmente “padre adolescente”, ya que, iniciado el debate se hizo necesario contar con un concepto teórico y/u operativo. La definición de paternidad adolescente no es tan obvia como parece. Existen varias conceptualizaciones de “padre” y de “adolescente”.

Concepto de adolescente

El concepto adolescente tiene varias vertientes, con definiciones conceptuales y operacionales diferentes según la perspectiva disciplinaria y la época en que se acuña el concepto.

Se considera adolescencia el período que va desde la pubertad, considerada como madurez biológica y reproductiva hasta la edad en que se alcanzan las habilidades sociales de independencia, siendo central una relativa autonomía financiera.

Se entiende adolescencia como un período de transición, lo que dificulta que el interés por este período se centre en sus características propias. Desde la perspectiva de la transición pesa una “moratoria” que impone exigencias sociales, culturales, y especialmente generacionales y de edades específicas de los adolescentes, ya que impone exigencias desde la óptica de los adultos.

Desde el derecho el concepto joven o adolescente no existe. Se es mayor o menor de edad, las diferencias jurídicas por la pertenencia determinados a grupos etáreos no satisface la complejidad de la etapa adolescente.

Definiciones instrumentales:

- Se suele distinguir operativamente al adolescente por su pertenencia a algún grupo etáreo:
- Grupos de edad: 10 a 19 años.
- Subcategorías de 10-14 y de 15 a 19.
- Categoría “joven” de 20 a 24.

Categorías de padres

Es importante señalar que conceptualmente sólo se es padre desde el momento en que nace el hijo. Durante el embarazo se ha nominado al futuro padre adolescente como “*adolescente embarazador*” (CEMERA), término que se ha hallado con connotaciones un tanto agresivas. En el grupo de trabajo preferimos hablar de “*adolescente embaraza-*

do”, que nos parece involucra al futuro padre de una manera cualitativamente distinta. A pesar de que técnicamente aún no ser padre, por la importancia que tiene el estudio del futuro padre adolescente o “*adolescente embarazado*” lo incluimos para este trabajo como una categoría de “*padre*”. En el caso de la mujer, se entiende por adolescente embarazada, cuando el embarazo ocurre entre los quince y los diez y nueve años. A menor edad se entiende como embarazo precoz, que se entiende siempre como una entidad mórbida. El tema de las edades también conlleva a consideraciones legales, con la posibilidad de una figura de estupro entre un adolescente de quince años y su pareja de catorce por ejemplo.

El listado de categorías de padres señalada a continuación no es exhaustivo ni está cuantificado. Se consideró que el hecho de que en alguna de las categorías enumeradas haya un número mínimo de casos no significa que sea “insignificante”. Por otro lado, el hecho de que una eventual mayoría de casos se encuentre en otra de las categorías no significa que sea la única en la que debemos interesarnos. Las categorías no son necesariamente excluyentes. Un mismo padre adolescente puede estar incluido en más de una. Cabe hacer notar la absoluta ausencia de estudios cuantitativos respecto a la fecundidad masculina en todo nivel de edad, y, en el caso de los padres adolescentes difícilmente se podría saber la cantidad de casos en las siguientes categorías, debidas probablemente más bien a desinterés que a las dificultades metodológicas. En el tema se levanta un “muro de silencio”. El INE (Instituto Nacional de Estadísticas) de Chile está iniciando el registro de la edad de los padres. En el caso de Argentina, el penúltimo censo consultó la edad del padre, cosa que no se repitió en el último.

De acuerdo al CEMERA (Chile), en un registro de 600 embarazos adolescentes, el 70% de los padres también lo era y el otro 30% llega hasta los 24 años de edad. El 52% mantiene la relación de pareja y el 70 % inscribe a sus hijos en el Registro Civil (reconocen). En el caso de los abandonos a la pareja éste se produce al momento de saberse el embarazo. Los abandonos posteriores ocurren en una compleja realidad en que las biografías (ser hijo/a de padre ausente tiene una gran influencia) y las familias de ambos son determinantes. Desde la experiencia de PAPAI, Brasil, se han observado asimismo diversos grados de involucramiento en el compromiso paterno, desde el abandono hasta un compromiso total.

Cabe destacar que el concepto “paternidad responsable” deviene de los ’60, de las políticas de control de la natalidad. Posteriormente se habla de salud reproductiva adolescente y luego de “derechos reproductivos de los adolescentes”.

La noción de responsabilidad no debe ser entendida solamente en una dimensión normativa, sino también en la perspectiva del significado que le otorgan los mismos adolescentes a la misma. Habría que preguntarse cuáles son las similitudes y diferencias entre ambas nociones.

Padres

Padre que asume:

- “Padre y esposo”: enterado del embarazo de su pareja, tras una negociación en que las familias de ambos participan activamente, forman un nuevo hogar con algún apoyo de las familias.

- “Padre conviviente”: misma situación anterior, pero sin formalizar la unión de pareja.
- “Padre reconocedor”: aquí cabe el padre que reconoce a su hijo espontáneamente y el que reconoce a su hijo tras una demanda de reconocimiento de paternidad.
- Padre sólo proveedor: se limita a aportar económicamente, ya sea en forma voluntaria u obligado por la ley.
- Padre “cuidador”: cumple sólo funciones socioafectivas, no así económicas.
- Padre con el cuidado exclusivo del hijo, y madre ausente.
- Padre “adoptivo”: se trata de adolescentes que asumen el cuidado de niños sin ser el progenitor biológico ni el padre legal.
- Padre gay.
- Padre adolescente con pareja adulta.

Padre ausente: hay varias subcategorías:

- El padre que no sabe que es padre (a la pregunta ¿tienes hijos? Responde “no lo sé”, o “no que yo sepa”).
- Padre evasor: elude la responsabilidad luego de enterarse del embarazo, niega que él sea padre. En ocasiones hasta cambia domicilio.
- Padre sólo reconocedor: luego de reconocer se ausenta.
- Inductor de aborto: activamente presiona a su pareja para abortar.
- Padre impedido: no está presente en la vida de su hijo/a por que su familia o la familia de la pareja (o ex pareja) le impiden asumir el rol.
- Padre irregular: incluye varias posibilidades, parricida (asesina a su hijo, sólo o en complicidad con su pareja). El padre - tío, que ha tenido un hijo con su propia hermana. Casos como estos aparecen en la crónica roja de algunos diarios, o se encuentran en los registros de Hogares de Menores.
- Padres en conflicto con la madre del hijo/a, demandados en tribunales por pensión de alimentos y/o que litigian tuición o un régimen de visitas.

En la aproximación conceptual se comentó ampliamente la necesidad de establecer un abordaje humanamente ético para abordar la paternidad adolescente.

Encontramos una vertiente normativa y valórica que tiende a considerar la paternidad adolescente como un fenómeno patológico dado que el adolescente interrumpiría un plan de vida y la ocurrencia del embarazo sería un obstáculo, tanto para el desarrollo de su propio plan de vida como para el de su pareja, si se trata de otra adolescente. Junto con esta interrupción al plan de vida se producen complicaciones para las familias de ambos. Desde este punto de vista se ha considerado como vital la prevención del embarazo adolescente y también se ha considerado a priori que el embarazo adolescente coincide con el embarazo no deseado.

Junto a las posibles complicaciones de salud en un embarazo adolescente, es central el considerar que la paternidad/maternidad adolescentes son significativos para la mantención en el círculo vicioso de la pobreza. De ahí el énfasis en la prevención y reducción de los daños. La gran mayoría de los embarazos adolescentes se dan en sectores pobres, y tiende a afectar la continuidad de la escolaridad y la ubicación en sectores precarios del mercado laboral. En este contexto, habría que acentuar los aspectos “protectores” de la salud, en lugar de una concepción de “riesgos”.

Por la misma razón es que también se ha discutido sobre el impacto que tiene apoyar la paternidad adolescente al provocar tal vez un incentivo que aumente la incidencia de casos, aún cuando se acentúa la diferencia entre “apoyar” sin incentivar a los adolescentes a la paternidad. En definitiva, es una cuestión de derechos reproductivos, es decir, brindar oportunidades a los varones de ejercer sus roles, más que una cuestión de políticas natalistas de los Estados.

En contradicción con lo anterior, es posible que el ejercicio de la paternidad adolescente, lejos de interrumpir u obstaculizar un plan de vida se puede constituir en su eje central. La paternidad así sería un “organizador biográfico”. En este sentido las experiencias en Argentina de PROMAPÁ y otras similares en Brasil así lo demuestran. Se entiende en PROMAPÁ y en PAPAI que lo que constituye lo dañino es precisamente no apoyar a los padres adolescentes. En los estratos económicos bajos, donde los jóvenes se inician tempranamente en la vida laboral no existiría la “*moratoria*”, característica comúnmente enunciada como característica de la adolescencia. Se hacen necesarios mayores estudios para cuantificar y cualificar la situación escolar y laboral de los padres adolescentes, en los distintos contextos socio culturales, especialmente con apertura a las categorías propuestas por los propios adolescentes.

Respecto de la cualidad del compromiso, hay coincidencia desde las distintas experiencias que se verifica una fuerte presión para que el padre ejerza el rol de proveer, siendo incluso condición para optar a ejercer otro tipo de papel en la vida de los hijos. Ello podría estar vinculado a cierto imaginario social que promueve una figura de “padre prescindible”.

Si bien hay acuerdo en lo deseable que es el compromiso del padre adolescente en el ejercicio de su paternidad, se generó un amplio debate acerca de las características del compromiso paterno, en que se conjugan exigencias legales, culturales y generacionales, frente al ejercicio de los derechos reproductivos del adolescente ¿Es ejercer la paternidad sólo un deber o es también un derecho?

Políticas Públicas

- Consideramos que las políticas públicas deben consultar los intereses de los jóvenes atendiendo su extensión y diversidad.
- Es imperativo mayor investigación en la realidad social de los padres adolescentes. Particularmente deben conocerse aspectos educativos, económicos y del derecho.
- Los estudios deben considerar un enfoque de género. La atención en derechos reproductivos se centra en la mujer, dándose así una “feminización” en los servicios de atención a futuros padres/madres adolescentes.
- Se deben construir propuestas centradas en favorecer el desarrollo y no sólo en la prevención, que suele ser entendida por los adolescentes como represión de conductas. (Se propone el término “disciplinamiento” como alternativo a otros más bien represivos. Asimismo debe evitarse la “patologización” de la paternidad adolescente.
- Deben capacitarse profesionales, técnicos y prestadores de servicios.
- El trabajo en red debe considerar llegar donde están los varones adolescentes, en los niveles de métodos contraceptivos, atención prenatal, parto y post parto, cuidado infantil, autocuidado. Durante el proceso de embarazo se debe promover las habili-

dades y capacidades del varón adolescente de aprender roles parentales de cuidado, atención y crianza de sus hijos/as.

- La producción y divulgación de material educativo debe ser adecuadas a los padres adolescentes, en este sentido. En la actualidad, el material educativo en embarazo y paternidad adolescente está dirigido a la mujer.
- Las políticas de atención deben involucrar a la familia y a la comunidad en general.
- Debe brindarse mayor cobertura a espacios de debate sobre valores éticos relativo a cultura adolescente, juvenil y paternidad.

Páginas de interés

<http://www.cide.cl/paternidades>

<http://www.cemera.uchile.cl/VI2paternidad.doc>

<http://www.cemera.uchile.cl/VI1paternidad.doc>

<http://www.cemera.uchile.cl/V2estudio.doc>

<http://www.papaspor siempre.cl>

<http://www.hombresigualdad.com>

<http://www.flacso.cl/flacso/main.php?page=area&cat=red>

GRUPO N° 2: ITS Y VIH/SIDA

Moderadora: Edith Pantelides, CENEP, Argentina.

Relator: Rodrigo Parrini, FLACSO, Chile.

La discusión de este grupo giró en torno al concepto de adolescencia, los derechos sexuales, la importancia de las investigaciones y las intervenciones respecto del tema. Los acuerdos principales fueron:

Uso de categorías

- Las categorías adolescencia y juventud como posibilidades de interpretación en la investigación y la intervención. Se reconoce por una parte, el origen biomédico en la noción de adolescencia y por otra, el de orden sociocultural de juventud.
- Es necesario construir y utilizar las categorías empleadas por los propios sujetos.
- Se constata la réplica de los modelos de género de tipo dominante en la construcción erótica entre hombres. Esta réplica se ordena en un eje activo/pasivo que es coincidente con la polaridad masculino/femenino.
- Este modelo de género dominante no necesariamente remite a las prácticas de los sujetos, éstas pueden ser divergente o contradictorias con ese orden.

Derechos sexuales

- Los derechos sexuales de los adolescentes plantean dificultades para reconocer un “sujeto pleno” de derechos.
- Se observa una carencia general en los derechos de los jóvenes dada su posición social a partir de la edad.
- Los derechos sexuales deberían ser incorporados en una gama amplia de derechos sociales.

Al abordar los derechos de los jóvenes/adolescentes se registran tensiones entre las dimensiones colectivas e individuales, subjetivas y sociales.

Investigación social

- Se detecta un conjunto de desfases: entre los caminos que siguen la intervención y la investigación.

GRUPO Nº 4: VIOLENCIA JUVENIL Y DROGAS

Moderadora: Alejandra Brito, Universidad de Concepción, Chile.

Relatora: Jimena Silva, Universidad Santos Ossa, Antofagasta, Chile.

En términos generales esta mesa se dedicó fundamentalmente a abordar los temas relacionados con la violencia entre adolescentes los distintos tipos de violencia y los factores involucrados. A continuación se presentan sus principales conclusiones.

La violencia es del orden del poder se manifiesta en distintos espacios: en la escuela, la casa, la calle y el ámbito laboral.

En este sentido, la violencia ineludiblemente se vincula al poder (sujeto-objeto-subordinación). Desde aquí se pueden definir características y que por tanto distintos tipos violencia:

- La violencia se constituye, es estructural.
- La que ejercen los jóvenes hacia otros/as.
- La que los adultos ejercen sobre los y las jóvenes.
- La violencia atenta contra la identidad.
- Recurso masculino “antes de mostrar el dolor, nuestro poder”.
- La violencia tiene como recurso la violencia.
- No violencia es eliminar los conflictos.
- La violencia también se gesta por la ausencia del poder a causa de la impotencia
- La violencia contra sí mismo por construcción social.
- La violencia muchas veces se resuelve desde el modelo hegemónico.

Una de las ideas centrales al visualizar las distintas características es tomar en cuenta la diversidad y la particularidad de la violencia.

La definición simbólica de la violencia es la valoración de lo masculino. Asimismo, la violencia opera simbólicamente en el género, la ética, la etnia, la orientación sexual y generacionalmente. Es por esto, que un cambio en cualquiera de estas dimensiones puede modificar la valoración de lo masculino, y por ende, el uso de la violencia. Mediante lo simbólico se puede sublimar la violencia.

La valoración de lo masculino se introduce institucionalmente mediante metodologías educativas y el uso-abuso del poder. Las metodologías educativas aportan en la valoración de lo masculino mediante: el currículo oculto, los contenidos, horarios, el lenguaje y la discriminación. A su vez, el uso y abuso se lleva a cabo mediante herramientas disciplinarias en los sistemas educativos.

Violencia entre hombres

En el caso de la violencia entre hombres se asocia a consumos sociales: alcohol, cigarro, droga, sea por:

- Presión del grupo.
- Por pertenencia-inducción.
- Por placer-autonomía.
- Por alianza-complicidad.

La *jerarquía* masculina valida la lucha del más fuerte contra el débil. El más inteligente contra el menos. Chivos expiatorios, alianza defensiva, lenguaje codificado de poder cargado de sexualidad. Todo esto es una construcción cultural.

Las expresiones de violencia en los adolescentes son frecuentemente:

- Apodo, amenaza, códigos de miedo, carencia de negociación.
- Deportes: competencia.
- Laboral: debe mostrar fuerza y correspondencia, contacto para hacer público el control sobre el otro.
- La violencia como un modo de estar juntos, guerreros concebir al otro como igual.

De la misma manera, hay una forma de violencia que se genera en oposición a las mujeres:

- El hombre pone el cuerpo y al más rápido le otorga prestigio.
- Entre hombres la fuerza se demuestra con la resistencia: drogas, juegos y dolor.
- Debe demostrar autocontrol entre el grupo.
- Se diferencia de las mujeres denigrándolas.
- Demuestra el dominio de la mujer.
- La apropiación.
- El poder.
- Protección.

Violencia de los adultos a los jóvenes

Por su parte, la violencia de los adultos a los jóvenes tiene dos caras: la dinámica de lucha de poder, el poder no se da a sí mismo, el presenciar se va con el otro, y la falta de escucha a los jóvenes, se limita o se les baja el perfil.

Violencia contra las mujeres

De acuerdo a lo discutido existen distintos tipos de violencia contra la mujer:

- Según su clasificación, según sexualidad, moralidad y atributos: daño a la reputación.
- según raza / clase:
 - estética / modelos / belleza: provoca la anorexia.
- Violencia física: en el noviazgo, él y ella atrapados en conceptos idealizados y estereotipados del amor: poder, sumisión.

- Violencia sexual: sexo presionado:
 - violación.
 - hostigamiento sexual.
 - abandono cuando ella se embaraza.
 - imposición al aborto.
 - Violencia en la calle: violencia, delincuencia y robo.

Los elementos relacionados con la violencia, de acuerdo a los estudios realizados por los participantes son:

- Abuso de sustancias.
- Pandillas - violencia entre ellos.
- La calle se concibe como masculina / violencia hacia la mujer: tocamiento, palabra.
- Identidad territorial: desarrollo capacidades de sobrevivencia.
- Muy jerárquicos: rol de abusos intergeneracional a niñas y menores, pero muy solidario, hacia enemigos externos.

También existe violencia en el trabajo y sus expresiones más frecuentes son:

- Niño que trabaja en la calle: lucha por espacio de poder.
- Trabajo asalariado con menos derechos: sector formal, informal, marginal, sin derecho.
- También espacio, resiliencia en desarrollo de habilidades autocuidados.
- No hay perspectiva de educación para el trabajo.

GRUPO N°5: EDUCACIÓN, LA ESCUELA

Moderador/a: Gloria Careaga, PIEG/UNAM, México y Rodrigo Vera, FLACSO, Chile.

Relator: Sebastián Madrid, FLACSO, Chile.

La relatoría de esta mesa de trabajo se estructuró de la siguiente forma. Presentación del objetivo de la mesa; elementos contextualizantes que enmarcan la discusión posterior; presentación de las principales reflexiones.

Estas últimas se presentan en un contexto general (elementos que entran en juego en la construcción de identidades de género a través de prácticas más democráticas al interior de la escuela). Luego se presentan tres puntos específicos: a) el cuerpo en la escuela; b) ciudadanía adolescente en la escuela, y c) Hacia cambios en la cultura escolar.

Objetivo de la mesa de trabajo

Proponer, a través de un diálogo abierto, sugerencias en torno a políticas públicas para lograr equidad de género, a partir de la experiencia de la escuela.

Elementos contextualizadores

- En el contexto de las transformaciones socioculturales que experimenta la sociedad latinoamericana, es posible apreciar cambios en las relaciones de género como también el surgimiento de nuevos conflictos de género, que afectan las certezas y certidumbres a las cuales estaba habituada la masculinidad (ej: esferas del trabajo, la intimidad sexual y de relaciones padre e hijos).
- Esto repercutirá de forma notoria en el proceso de socialización, en especial, en la familia (en la entrega de valores individuales) y la escuela (en la entrega de valores sociales). Esta última puede considerarse un espacio de producción y de reproducción cultural en cuanto, en ella, entendida como experiencia, a través de las prácticas pedagógicas, los contenidos curriculares, las relaciones entre los distintos actores, etc. Se va reproduciendo el orden de género imperante en la sociedad, pero a la vez, presenta una posibilidad única para lograr cambiar este orden hacia prácticas más equitativas.
- Por otro lado, sin pretender entrar en el debate conceptual entre juventud y adolescencia, se puede caracterizar a esta última como una búsqueda de identidad; donde la identidad se presenta como un proceso dinámico y plural (existen múltiples formas de ser hombre y ser mujer que varían según el contexto sociocultural) y se diferencian la identidad de género y la identidad sexual. En este sentido, no estamos frente a sujetos pasivos, sino que por el contrario, sujetos activos en el proceso de socialización.

Construcción de identidades de género: hacia prácticas democráticas al interior de la escuela

- Reconocer a los adolescentes como sujetos de aprendizaje, lo cual invierte la relación en el proceso enseñanza y aprendizaje. Reconocer las capacidades de los adolescentes e incentivarlos a sacarlas desde su interior hacia el exterior. En este sentido, es sumamente importante valorar y promover el aprender a aprender, el auto aprendizaje, y la pregunta por el tipo de sujeto que la escuela está preparando.
- Escuelas no violentas y cultura para la paz: el reconocimiento y valoración social de la emocionalidad, de la afectividad, y del cuerpo (propio y ajeno), juegan un papel clave en para superar la violencia que se produce al contrastar concepciones idealizadas/ideologizadas de lo masculino y lo femenino. En este sentido, el diálogo en todos los niveles (y que involucre a los distintos actores del proceso educativo) aparece como una herramienta pedagógica trascendental, para promover en los adolescentes habilidades emocionales; y dentro del proceso comunicativo, promover (principalmente desde los varones) el aprender a escuchar, para que los adolescentes aprendan a expresar sus miedos, aspiraciones, etc.
- Resolver la tensión de la escuela entre homogeneización y diferenciación. En la cultura escolar se debe continuar introduciéndose la cultura adolescente. En este sentido, y vinculado a la capacidad de escuchar, que el mundo adulto se detenga a escuchar las demandas intereses y el *en qué están* los jóvenes: no se les puede pedir a los adolescentes que realicen algo que los adultos no hacen. Insertar en el proceso educativo, las necesidades, aspiraciones y expectativas de los jóvenes, para promover así, recursos que les permitan desenvolverse en condiciones equitativas de género, considerando la diversidad propia del mundo adolescente.
- Tomar en cuenta lo que ocurre al interior del aula como las prácticas pedagógicas (uso efectivo de nuevas metodologías, materiales, y contenidos a pasar), como también, en las relaciones de poder que se producen entre docente y alumno y entre los alumnos (del mismo género y de distinto género).
- Por otra parte, es sumamente importante poner atención a las prácticas cotidianas de las relaciones entre los distintos actores que participan en el proceso educativo (la experiencia diaria), como también, a las formas de aprendizaje fuera del ámbito escolar (como la relación en el grupo de pares, entre padre hijo, y la influencia de los medios de comunicación –MC– y las tecnologías de la información –TICS–).
- Respecto a los MC y TICS se debe considerar el tipo de relación que establecen los jóvenes con ellos, en cuanto formas a través de las cuales se adquieren conocimientos y visiones de mundo. En este sentido, hay que visualizar el rol de la cultura de la imagen mediatizada en la valoración, y en el rol que ocupa el cuerpo, entre los jóvenes.
- Promover en los curriculums y programas las expectativas de los distintos géneros, y asegurarse que éstos promuevan una equidad de género por vocaciones. Promover también, las oportunidades, para quienes trabajan en escuela, teniendo en cuenta la equidad de género (tanto en la contratación, como el la promoción, y en los honorarios).

1. El cuerpo en la escuela

- Existen diferentes formas de conceptualizar al cuerpo. No se pretendió una definición amplia y precisa, sino que visualizar una dimensión de la experiencia escolar que a veces se tiende a ocultar o pasar por alto. En este sentido, se reconoció la necesidad de realizar más investigación sobre su significado, y la relación que con el cuerpo se establece en la escuela.
- Importancia de incluir en las prácticas pedagógicas las nociones de cuerpo, amor, deseo y placer. En este sentido, se presenta la necesidad de traspasar la visión del cuerpo como algo negativo, sucio e impuro, sino que presentarlo en su sentido positivo y bueno, a partir de la experiencia de los jóvenes: el cuerpo es una realidad para ellos que está ahí y que lo usan en y de distintas formas.
- Desarrollar una conciencia corporal en los adolescentes. Inculcar que el cuerpo se puede integrar en las distintas relaciones, como la emotividad relacionada con él. Establecer (y darle visibilidad) al derecho sobre sus cuerpos.
- Necesidad de hacerse cargo del erotismo y de la afectividad implícitos en el cuerpo, para no reducir la educación sexual a la salud reproductiva. Presentar el cuerpo desde su dimensión afectiva y emotiva. Darle una significación a la relación que los jóvenes establecen con sus cuerpos, como forma de superar los elementos de poder que el cuerpo masculino pueda establecer.
- Generar espacios para que los adolescentes puedan profundizar en su relación consigo mismo, descubriendo su cuerpo y su sexualidad desde una dimensión afectiva.
- Necesidad de reconocer la pornografía, tanto en investigaciones y prácticas pedagógicas, como un elemento de la cultura adolescente. En este sentido, es necesario realizar estudios sobre las formas en que la pornografía se despliega en la escuela, y cuáles son sus consecuencias en distintos ámbitos. Por último, la necesidad de definir políticas en estas temáticas. Necesidad de reflexionar sobre cómo superar la tensión entre derechos individuales y los límites que pone la sociedad.

2. Ciudadanía adolescente en la escuela

- Superar las representaciones que, desde el mundo adulto, se han construido en torno a los adolescentes (ociosos, vándalos, etc.). En este sentido, valorar a los adolescentes como sujetos de derechos, reconociendo sus saberes y habilidades, experiencia y emociones (ellos pueden estar bastante adelantados respecto a las nuevas configuraciones en las relaciones de género).
- Necesidad de cambiar los modelos de autoridad y de disciplinamiento (del cuerpo, de comportamientos, de relaciones interpersonales, etc.). La autoridad no tiene por qué caer en modelos violentos y de fuerza para darse a entender, ni en las relaciones dominantes de género, ni en las relaciones intergeneracionales. Buscar nuevas formas de autoridad.
- Los adolescentes deben ser el centro del proceso educativo, por lo tanto se los debe integrar al diseño y gestión de su propia educación.
- Promover la crítica y la toma de conciencia entre los adolescentes para que se atrevan a manifestar abiertamente sus necesidades, demandas y opiniones, a través de la argumentación de sus posturas.

3. Hacia cambios en la cultura escolar

- El cambio en la cultura escolar y en las relaciones de género que se dan cotidianamente en su interior debe realizarse venciendo al silencio que rodea a éstas temáticas. Es a través de la conversación donde se pueden superar los silencios y transformar aspectos culturales. Concebirla como un intercambio fluido y de carácter horizontal, donde se busque lograr acuerdos, para sí, levantar la prohibición que existe para conversar sobre sexualidad y afectividad. Esto se debe da entre los distintos niveles del sistema educativo (e integrando al resto de la comunidad), como forma de reflexionar la temática y establecer nuevos espacios de búsqueda y de nuevas formas de relaciones.
- Rescatar experiencias prácticas en escuelas exitosas en la transformación de prácticas autoritarias. Indagar en los distintos pasos que se requirieron para ello como forma de aplicar las estrategias exitosas en otras instancias educativas y escuelas.
- Promover una educación para la vida que prepara para enfrentar distintas situaciones, sin caer en discriminaciones de género. Considerar también, abrir la escuela hacia espacios informales de aprendizajes.
- Eliminar prácticas hipócritas en la vida cotidiana que tienden a crear comportamientos poco veraces. Considerar los nuevos requerimientos de respeto que desde el mundo adolescente se hacen y que son distintos a los que los adultos estaban acostumbrados.
- Promover una formación docente distinta, donde se incorporen en el curriculum universitario elementos no discriminatorios hacia hombres y mujeres. Entregarles herramientas sobre procesos reflexivos, además de los conocimientos técnicos, que les permita contar con herramientas para acompañar y orientan a los varones en la construcción de sus identidades masculinas. También, sería útil reflexionar en estos cambios desde la propia experiencia de los docentes. Por último, generar instancias de capacitación permanente que incluyan los miedos y aprensiones de los docentes (como deben enfrentar temas “difíciles” como la droga, la violencia, el embarazo adolescente, etc.).
- Promover espacios de conversación y apoyo sobre sexualidad a varones y mujeres adolescentes como forma de generar orientación en las inquietudes relacionadas que surgen en la adolescencia.
- Implementar en la escuela los conocimientos generados por las distintas investigaciones, vinculando desarrollo de conocimientos, resultados y prácticas pedagógicas. Esto último también requiere de voluntad política a distintos niveles.
- Como forma de vencer la resistencia que puede provocar entre los adolescentes varones insertar un programa de género, sondear a través de un proceso de investigación, las opiniones y actitudes sobre las relaciones de género al interior de los establecimientos. Indagar en:
 - El estado de las relaciones de género entre el personal (estructuras de oportunidades, entre docentes y no docentes).
 - Currículum: cuáles son los temas relacionados con género que se tratan y cómo se tratan.
 - Relación entre pedagogía, disciplina y métodos de enseñanza (cómo los docentes se relacionan con los alumnos).
 - Indagar en las definiciones y comprensiones de las relaciones de género en las comunidades.
 - Indagar en cuál es la política de género que impulsa el establecimiento.

GRUPO N° 6: DERECHOS Y CIUDADANÍA

Moderadora: Ana Amuchástegui, UAM, México.

Relatores: Hernán Manzelli, CENEP, Argentina y Eleonor Faur, UNICEF, Argentina.

¿DÓNDE ESTÁN LOS ADOLESCENTES?

Algunos problemas conceptuales discutidos:

1. *Definición de adolescencia.* El concepto de adolescencia tiene que ser problematizado, pues define un grupo con características específicas (clase media, sectores urbanos, de determinados contextos socioculturales). Consideramos importante tomar un criterio etario cuando hablamos de este grupo, asumiendo la arbitrariedad de esta definición, pero que al menos no le imprime tanto significados asociados como el concepto de “adolescencia”. Por otro lado, al definirla como una categoría más vacía de contenido puede dar cuenta de distintos grupos (diversidad) y modo de vivir esta etapa de la vida. Además, es una definición heterónoma, viene del campo de la psicología, la medicina y del mundo adulto.
2. *Status ambiguo de los derechos.* Se percibe una tensión entre un discurso que subraya la necesidad de los adolescentes de asumir una serie de responsabilidades pero hay una serie de derecho típicos del orden de lo moderno que no se reconocen a esta población (derecho a votar y ser elegido; a tener propiedades; transitar fuera de las fronteras; contraer matrimonio; etc.) Los argumentos utilizados para esta restricción son los mismo que se usaban para justificar la falta de reconocimiento de derechos de las mujeres en el pasado (incapacidad de discernimiento). Mientras tanto, los derechos sexuales y reproductivos no se encuentran reconocidos explícitamente para esta población.
Otros derechos se reconocen pero los adolescentes no tienen posibilidades de participar para su ejercicio pleno (derecho a participar, buscar y difundir información de todo tipo, etc.).
3. *¿Cuál es el bien jurídico que se protege en el caso de los derechos sexuales? ¿Se protegen los cuerpos? ¿De quién son los cuerpos de los adolescentes? ¿Se protege el placer? ¿Acaso puede legislarse sobre el placer? ¿El deseo y el placer son “bienes jurídicos” estables? ¿O lo que protegen los derechos sexuales, en todo caso, es la libertad de los sujetos?*
4. *Autonomía como concepto problemático.* Hubo en el grupo diferentes maneras de pensar la autonomía. Si se la piensa desde una perspectiva individualista, la autonomía sería un concepto negativo (en el sentido de afirmarse por oponerse a la imposición externa de normas). Si se la piensa en un marco de relaciones sociales, la

autonomía sería la capacidad de definir formas de convivencia dinámicas en diálogo con otros y otras. El grupo consideró que es necesario seguir discutiendo sobre este punto.

5. *¿Cómo pensar la masculinidad a través de algunos de estos puntos? ¿La visión sobre adolescencia está atravesada por un marco analítico “masculinizado”?* Esto podría pensarse si se mantiene una concepción economicista de la autonomía (por ejemplo, si pensamos que el final de la adolescencia es el ingreso al mercado del trabajo habría muchas mujeres que nunca dejarían de ser adolescentes).
6. *Políticas públicas.* En el marco de los derechos sexuales, las políticas deberán tender a generar las condiciones de posibilidad materiales y simbólicas para ejercer el propio deseo en respeto de los derechos de otros y otras. Extendiendo la mirada hacia el resto de los derechos, se trata de ampliar las posibilidades del ejercicio de los mismos, fortaleciendo la participación de los sujetos titulares de derechos.
7. *Participación como concepto problemático.* Puede dar lugar a variadas formas de participación (simbólicas, decorativas) que no siempre construyen ciudadanía.